

ALEXANDER SOLYENITSIN

# PABELLON DE CANCEROSOS



# **PRIMERA PARTE**

## **(1963-1 966)**

### **CAPITULO I**

#### **NO ES CANCER...**

El Pabellón de los Cánceros llevaba el número ... trece. Pablo Nicolaievich Rusanov nunca había sido supersticioso, y no era que ahora lo fuera, pero sintió un dejo de desaliento cuando leyó en su hoja de ingreso: Pabellón Trece. Ni siquiera habían tenido el tacto de asignarle ese número a un pabellón cualquiera, el de prótesis o el de enfermedades del tubo digestivo ... Como quiera que fuese, ahora no tenía él, en toda la República, más recurso que el hospital ...

-No tengo cáncer, ¿verdad, doctora, que no es cáncer? - preguntaba esperanzado Pablo Nicolaievich, mientras sus dedos rozaban con delicadeza ese feo tumor que le sobresalía allí, en el lado derecho del cuello, creciéndole casi de día en día; sin embargo, la epidermis que lo cubría seguía siendo igualmente blanca e inofensiva ...

-Claro que no, claro que no, por supuesto - le respondió por décima vez la doctora Dontsov, para tranquilizarlo, al mismo tiempo que llenaba con su letra grande las páginas de la ficha clínica correspondiente. Para escribir se ponía anteojos, unos anteojos cuadrados redondeados en las esquinas, que se sacaba

apenas había terminado. Ya no era muy joven y tenía un rostro pálido, bastante fatigado.

Esto había ocurrido algunos días atrás, en el consultorio para cancerosos. El que debía concurrir a esta consulta ya no dormía por las noches, y a Pablo Nicolaievich le había prescrito la doctora Dontsov una hospitalización inmediata!

Agobiado por la enfermedad imprevista, inesperada, que en dos semanas se abatiera como un huracán sobre el hombre despreocupado y feliz que era él, Pablo Nicolaievich se sentía ahora doblemente agobiado ante la idea de tener que someterse al sistema de sala común; hacía tanto tiempo que esto no le sucedía ... Llamados telefónicos a Eugenio Semionovich, a Shandiapin, a Ulmasbasbaiev; llamados de éstos, a su vez, explorando todas las posibilidades, preguntando si en este hospital no había habitaciones reservadas o si no se podía, por lo menos en forma provisoria, hacer una en alguna piececita. Pero no se llegó a nada, debido a la falta de espacio.

El único punto acerca del cual se logró un acuerdo, por intermedio del médico jefe del establecimiento hospitalario, fue que se podría eximir al enfermo de las formalidades de ingreso, del baño de rigor y del pijama uniforme del hospital.

Así era como Yura había traído a su padre y su madre, en su autito Moscovich azul celeste, hasta el pie de la escalinata que conducía al Pabellón Trece.

Aunque estaba algo helado, se hallaban paradas en las gradas de piedra dos mujeres con toscas blusas de fustán, muy encogidas, friolentemente cruzadas de brazos sobre el pecho, inmóviles.

Empezando por las blusas sucias, todo le chocó aquí a Pablo Nicolaievich: el cemento de la escalinata, desgastado por los pasos; las manillas de la puerta, enteramente empañadas, ensuciadas por las manos de los enfermos; la sala de espera, con su cielo raso cuya pintura se descascaraba; los altos zócalos oliváceos de las paredes (color que de por sí daba impresión de suciedad); las grandes banquetas de listones repletas de gente; y los enfermos sentados en el suelo, uzbekos venidos de lejos - los hombres con largos capotes acolchados, las viejas de pañolón blanco y las jóvenes con pañoleta malva, roja o verde -, todo aquel gentío calzado con botas o chanclos de goma. Un joven ruso ocupaba solo todo un banco; estaba tendido, colgándole hasta el suelo el abrigo desabrochado; se veía flaco, pero tenía el vientre muy hinchado y no cesaba de gritar de dolor.

Y estos aullidos resonaban en los oídos de Pablo Nicolaievich y lo hacían sufrir como si el muchacho desahogara no su propio mal, sino el de Pablo Nicolaievich. Sus labios palidecieron; se detuvo y dijo en voz baja:

- ¡Capitolina!, aquí voy a morirme; no quiero entrar, volvamos. -  
Capitolina Matveiev lo cogió del brazo con firmeza y dijo:

- ¡Pablo! ¿Volver, para ir adónde? ... ¿Y qué harás después?

- Y bien, puede que aún sea posible gestionar algo con Moscú ...

Capitolina Matveiev volvió hacia su marido su gran cabeza, que hacía más voluminoso aún su peinado de cortos bucles cobrizos ahuecados.

-Pablito mío: eso de Moscú puede requerir otras dos semanas, y acaso no resulte. ¿Podemos seguir esperando? Cada mañana está más grande, bien lo sabes.

Ella le apretaba la muñeca fuertemente, como para comunicarle su energía. Inflexible en todo lo concerniente a su vida cívica o profesional, Pablo Nicolaievich encontraba tanto más agradable y aliviado dejar por cuenta de su mujer todo problema de índole familiar: ella resolvía todos los asuntos importantes con prontitud y sin equivocarse jamás.

¡Y aquel muchachón que aullaba, retorcido de dolor, en su banqueta!

-¿Quizás los médicos acepten venir a casa? .. Les pagaremos ... - prosiguió Pablo Nicolaievich, quien se obstinaba, sin gran convicción.

-¡Querido! - dijo con acento persuasivo su mujer, que sufría tanto como él -. Bien sabes que yo soy la primera en estar dispuesta a hacer venir a alguien y pagarle. Pero nos dijeron claramente que aquí los médicos no se trasladan, que no aceptan dinero. Y tienen todo su instrumental en el lugar donde trabajan... No es posible.

Pablo Nicolaievich, por su parte, comprendía que no era posible. Había dicho eso por si acaso.

Según lo convenido con el jefe del servicio de cancerología, la enfermera jefa debía esperarlos a las dos de la tarde aquí mismo, al pie de la escalera por la cual un enfermo bajaba en este momento prudentemente, ayudándose con sus muletas. Pero, por supuesto, la enfermera no se hallaba en el sitio previsto y su cuartito, bajo la escalera, estaba cerrado con llave.

-¡Realmente, no es posible ponerse de acuerdo con nadie! - estalló Capitolina Matveiev -. ¡Una se pregunta para qué les pagan!

Y sin vacilar, sumida entre los dos zorros plateados que componían el gigantesco cuello de su pelliza, Capitalina Matveiev se introdujo en un corredor donde decía: "Prohibido entrar sin la blusa de reglamento".

Pablo Nicolaievich se quedó de pie en el vestíbulo. Con miedo, inclinándose levemente la cabeza a la derecha, se palpó el tumor, entre la clavícula y la mandíbula. Le pareció que, en la media hora transcurrida desde que se lo mirara al espejo por última vez en su casa, al ponerse la bufanda, había vuelto a crecer. Pablo Nicolaievich se sentía débil y hubiese querido sentarse. Pero los bancos le daban la impresión de estar sucios y, además, habría que pedirle que se corriera un poco a una mujer con pañolón que había puesto en el suelo, entre sus piernas, un maletín grasiento. Pablo Nicolaievich tenía el olfato sensible y hasta de lejos le parecía que le llegaba el olor pestilente de ese maletín.

¡Cuándo aprendería, pues, nuestro pueblo a viajar con maletas limpias y decentes! (Por lo demás, con su tumor, eso le resultaba ahora hartamente indiferente.)

Ligeramente reclinado en un saliente de la muralla, padecía oyendo los gritos de aquel muchacho, viendo lo que veían sus ojos, oliendo lo que le penetraba las narices. Entró del exterior un campesino que traía delante de él una botella como de medio litro, rotulada, casi llena de un líquido amarillo. Portaba esa botella sin disimulo, orgullosamente en alto, cual un jarro de cerveza conseguido después de hacer una larga cola ante el mesón. Llegado a donde

estaba Pablo Nicolaievich, el campesino se detuvo y, poco menos que tendiéndole su botella, iba a preguntar algo, pero su mirada se posó en el birrete de nutria de Pablo Nicolaievich, y desistió; buscando a alguien más distante, se dirigió al de las muletas:

-¿Adónde hay que llevar esto, joven?

El cojo le indicó la puerta del laboratorio.

En cuanto a Pablo Nicolaievich, simplemente tenía náuseas.

La puerta exterior se abrió de nuevo y entró una enfermera de blusa blanca, sin capa a pesar del frío. Su cara, un poco larga, no era bonita. Se fijó de inmediato en Pablo Nicolaievich y, adivinando quién era, se le acercó.

-Discúlpeme - dijo, mientras recobraba aliento; sus mejillas estaban tan rojas como sus labios pintados, tan apurada venía - ¡Discúlpeme, por favor! ¿Lleva mucho rato esperándome? Trajeron unos medicamentos y fui a recibirlos.

Pablo Nicolaievich iba a contestar en tono áspero, mas se contuvo. Estaba demasiado contento de que la espera hubiese terminado. Con una maleta y una bolsa de provisiones en la mano, se aproximó Yura, en cuerpo, a cabeza descubierta, tal cual viniera al volante del coche, completamente tranquilo y con su mechón al viento.

-¡Vengan! - dijo la enfermera, quien los condujo a su pequeño reducto bajo la escalera - Ya sé, me lo dijo Nizamutdin Bacjramovich, que usted conservará su propia ropa interior y trae su pijama, siempre que no esté usado, ¿no es cierto?

-Viene directamente de la tienda.

-Es de rigor; de lo contrario, tendría que pasar a desinfección, ¿comprende? Mire, va a cambiarse ropa aquí.

Abrió la puerta de madera terciada y encendió la luz. El reducto tenía un techo en declive; carecía de ventanas; sujetos a las paredes había numerosos gráficos de todos colores.

Yura dejó la maleta sin decir palabra y salió, mientras Pablo Nicolaievich entraba a mudarse. La enfermera iba a aprovechar este lapso para ir a dar una vuelta más a alguna otra parte, pero acaeció que entretanto llegó Capitolina Matveiev.

- ¿Qué hubo, señorita? ¿Tan apurada está?

- ¡Oh! .. , sí.. , un poco.

- ¿Cuál es su nombre de pila?

- Mita.

- ¡Qué curioso! ¿No es rusa?

- No, soy alemana.

- Nos dejó esperando.

- Le ruego que me disculpe, pero hoy recibo yo los medicamentos...

-Bueno; ahora escúcheme bien, Mita, quiero que usted lo sepa. Mi marido no es un cualquiera, es un trabajador de gran mérito. Se llama Pablo Nicolaievich.

-Pablo Nicolaievich; muy bien, me acordaré.

-Entiéndame: siempre ha estado colmado de atenciones, y he aquí que ahora se halla gravemente afectado. ¿No se podría ponerle una enfermera

permanente? - La expresión inquieta y preocupada de Mita se ensombreció aun más. Irguió la cabeza.

-Aquí, a excepción de los operados, siempre hay tres enfermeras para cincuenta enfermos, y de noche, dos.

-Entonces, bien lo ve usted, pueden agonizar, gritar: no acudirá nadie.

-¿Por qué se imagina eso? Nosotras los atendemos a todos.

-¡Pero Pablo Nicolaievich no está entre esos "todos"! Además, sus enfermeras se cambian.

- Sí, cada doce horas.

- ¡Qué manera de cuidar tan terriblemente impersonal! Yo querría poder atender a mi marido yo misma con mi hija, por turno. Desearía hacer venir a una enfermera por cuenta mía. ¿También eso es imposible, por lo que parece?

-Creo que sí. Es algo que jamás he visto hacer. Por otra parte, en la sala no hay espacio para poner ni siquiera una silla.

- ¡Dios mío! Me figuro cómo debe de ser esa sala. ¡Valdría la pena ir a verla! ¿Cuántas camas hay?

-Nueve; y ya es mucho que lo instalen ahí en seguida. Por lo general, los nuevos tienen cama en la escalera, o en el corredor.

- Señorita, sin embargo yo insisto; usted conoce a sus subordinadas, le es más fácil disponer algún arreglo. Póngase de acuerdo con alguna enfermera o con alguna encargada de sala, para que mi marido tenga derecho a algo mejor que la atención reglamentaria ... - Y abriendo su gran cartera negra, cuyo cierre restalló, sacó de ella tres billetes de cincuenta rublos.

Su hijo, que estaba aguardando a algunos pasos de allí, siempre tan silencioso, con su copete muy levantado, se dio vuelta. Mita se puso las dos manos detrás de la espalda.

- ¡No, no!, esa clase de encargos yo no ...

- ¡Vaya, si no es a usted a quien se los doy! - prosiguió Capitalina Matveiev, tratando de introducir los tres billetes, dispuestos en abanico, por debajo del blusón de la enfermera - Pero ¡ya que eso no se puede hacer oficialmente ...! Es el trabajo lo que estoy pagando, y sólo le pido que tenga la amabilidad de traspasarlo.

- No, no - dijo la enfermera, cuyo tono se volvió muy frío -; aquí eso no se hace.

Rechinó una puerta y Pablo Nicolaievich salió del reducto, vistiendo un pijama café con verde y calzando unas cómodas pantuflas guarnecidas de piel. Adornaba su cabeza, casi calva, un pequeño birrete uzbeko, también nuevo, color frambuesa. Ahora, que ya no tenía ni el grueso cuello de su abrigo ni su bufanda, el tumor del tamaño de un puño en el costado de su garganta presentaba un aspecto especialmente amenazador. Ya no mantenía la cabeza derecha, sino un poco ladeada.

Echó adentro de la maleta todo lo que acababa de sacarse. Capitalina Matveiev hizo desaparecer el dinero en el interior de su cartera. Miraba a su marido con angustia:

- ¿No irá a darte frío? Debimos haberte traído una bata de levantarse abrigadora. Traeré una. Mira, ando trayendo esto - dijo, y sacó del bolsillo un pequeño chal -, pónelo en el cuello, para no resfriarte. - Con su pelliza y sus zorros, se veía ella dos veces más imponente que su marido - Ahora ve a la sala, instálate; saca tus provisiones, haz una primera revisión; reflexiona, a ver si no te falta nada; yo voy a sentarme a esperar. Cuando bajes de nuevo, me dirás cómo ha ido, y esta noche te lo traeré todo.

Jamás perdía la cabeza; cualesquiera que fuesen las circunstancias, pensaba en todo. Era, para él, una verdadera compañera. La miró con pena y gratitud, luego miró a su hijo.

- Entonces, ¿esta vez partes, Yura?

- Sí, en el tren de esta noche, papá - dijo Yura, acercándose.

Tenía para con su padre una actitud respetuosa, pero, como siempre, no había en él nada de fervor, ningún impulso hacia este padre de quien iba a estar separado y a quien dejaban en el hospital. Lo recibía todo con aire apático.

- De modo, pues, hijo mío, que es tu primera misión seria. Adopta de inmediato el tono justo. ¡Nada de indulgencia! ¡Eso sería tu perdición! Nunca olvides que tú no eres Yura Rusanov, que no eres un individuo particular, sino el representante de la ley, ¿comprendes?

Yura comprendía, o no comprendía; en todo caso, a su padre le era difícil, en este momento, encontrar palabras más adecuadas. Mita movía los pies con impaciencia y deseaba ardientemente marcharse.

- Entonces, espero aquí con mamá - dijo Yura, sonriendo -; todavía no es el momento de la despedida; anda, papá.

- ¿Sabrá ir usted solo? - preguntó Mita.

- ¡Señor, un hombre que apenas se tiene sobre sus piernas! ¿No podría acompañarlo hasta su cama?, ¿llevarle el maletín?

Pablo Nicolaievich miró a su mujer y a su hijo con aflicción; rechazó la mano con que Mita trataba de sostenerlo y, aferrándose del pasamano, comenzó a subir. El corazón empezó a latirle con violencia, no del todo por el esfuerzo que hacía. Trepaba por la escalera como se sube a eso ... , ¿cómo se llama?, en suma, a esa especie de estrado, para allá arriba ofrecerle la cabeza al verdugo.

La enfermera jefa lo había dejado atrás y escalaba los peldaños a toda prisa, con su maletín; en la cima, le gritó algo a una tal María y, ya antes de que Pablo Nicolaievich hubiera llegado al primer rellano, descendía la escalera por el otro lado, demostrándole a Capitolina Natveiev qué clase de atención le esperaba aquí a su marido.

Entretanto, Pablo Nicolaievich había llegado lentamente al descansillo intermedio, un rellano ancho y hondo, como ya no se ven más que en los edificios antiguos. Ahí se hallaban dos camas, ocupadas por enfermos, como asimismo dos mesas de noche, sin que todo eso estorbara de ningún modo la pasada. Uno de los enfermos estaba muy grave, exhausto, y le habían puesto un balón de oxígeno.

Esforzándose por no mirar aquel rostro de agonizante, Rusanov se desvió y continuó trepando los escalones con la mirada dirigida hacia lo alto.

Pero tampoco al cabo de esa ascensión lo esperaba nada alentador. Ahí estaba de pie la enfermera llamada María. No iluminaba su faz abatanada de icono ninguna sonrisa, indicio alguno de afabilidad. Alta, delgada y lisa, lo aguardaba como un soldado y, sin perder un minuto, se introdujo en el corredor de los altos mostrándole el camino. A este corredor daban varias puertas, y dondequiera que no estorbaban había camas con enfermos. El pasillo formaba un recodo y en ese lugar, sin ventana, habían instalado el escritorio de la enfermera, iluminado por una lámpara encendida de día y de noche, como también su tablero de llamados; al lado, colgaba un armario mural con una cruz roja, cerrado por un vidrio esmerilado. Bordearon estas mesas, luego otra cama, y María dijo, asestando una larga mano enjuta:

- La segunda cama a partir de la ventana.

Y se fue a toda prisa. Era uno de los aspectos desagradables de estos hospitales públicos: nunca se quedaban con uno, jamás se daban tiempo para charlar.

La puerta de la sala estaba constantemente abierta de par en par; no obstante, al cruzar el umbral sintió Pablo Nicolaievich un olor húmedo a encierro, entremezclado con dejes de medicamentos; para él, tan sensible a los olores, éste era un verdadero suplicio.

Las camas estaban dispuestas perpendicularmente a la pared y las separaban pasillos estrechos, de la anchura de las mesas de noche; un pasillo central atravesaba la pieza en el sentido de su longitud, dejando paso apenas para dos personas.

En este pasillo se hallaba parado un enfermo rechoncho, ancho de espaldas, vestido con un pijama a rayas rosadas. Tenía el cuello apretadamente envuelto en un tupido vendaje que le llegaba hasta muy arriba, casi a los lóbulos de las orejas. Ese blanco collar de vendas no le dejaba libertad para mover su pesada cabeza de greñas castañas y expresión obtusa.

Con voz ronca, estaba contándoles algo a los demás enfermos, que le escuchaban desde sus lechos. Cuando entró Rusanov, se volvió entero hacia él, pues su cabeza y su busto ya no formaban más que un solo bloque, y dijo, mirándolo sin simpatía:

- Vaya, otro pequeño cáncer que se prepara.

Pablo Nicolaievich consideró inútil responder a una observación tan ordinaria. Sentía que todos los de la sala estaban mirándolo, pero no tenía ganas de devolverles la mirada a esos individuos a quienes reuniera aquí el azar; ni tampoco tenía ganas de darles siquiera los buenos días. Solamente hizo con la mano un gesto en el aire, invitando al enfermo de las greñas castañas a apartarse. El otro lo dejó pasar; después, volviéndose de nuevo hacia él de una sola pieza, con la cabeza como soldada al cuerpo, le preguntó, con voz enronquecida:

- Dime, viejo, ¿cáncer a qué tienes tú?

A esta pregunta, Pablo Nicolaievich, que acababa de llegar a su cama, vaciló sobre sus piernas. Alzó la vista hacia aquel grosero y, esforzándose por no perder la calma (esfuerzo que le ocasionó sacudimientos convulsivos en los hombros), dijo con dignidad:

- A absolutamente nada. No es cáncer.



El tipo resopló; luego, en voz muy alta que resonó por toda la sala, espetó en forma sentenciosa:

- ¡Ya han visto qué imbécil! Si no tuviera cáncer, ¿es aquí donde lo habrían puesto?

## CAPITULO II

### ¡LA EDUCACION NO PONE MAS LISTO!

Desde esa primera noche en la sala común y en el término de algunas horas, Pablo Nicolaievich trabó conocimiento con el miedo.

Había sido precisa la bolita dura de un tumor inesperado, absurdo, perfectamente inútil, para que lo arrastrasen acá, cual un pescado en el anzuelo, y lo tirasen sobre este angosto catre de fierro, lastimoso con su rechinante somier metálico y su colchón adelgazado. Le había bastado mudarse ropa bajo la escalera, despedirse de su mujer y su hijo y subir hasta esta sala para que toda su vida anterior, armoniosa, ponderada, se cerrara como una puerta que cruje, bruscamente suplantada por otra vida, tan abominable que le infundía aun más miedo que su mismo tumor. En adelante ya no le era lícito poner los ojos en nada que fuese agradable, tranquilizador; tenía que contemplar a ocho infelices - convertidos al parecer en iguales suyos -, a ocho enfermos en pijama blanco con rosado ya medianamente descolorido y gastado, parchado por aquí, rasgado por allá, que a unos les quedaba chico, y a otros, grande. Tampoco le era posible ya escuchar lo que le gustaba, sino que se veía obligado a oír a aquellos seres groseros, cuyas tediosas conversaciones de ningún modo le concernían ni le interesaban en lo más mínimo. De buena gana les hubiera intimidado a todos la orden de callarse, y en especial a ese fastidioso personaje de las greñas castañas, del cuello vendado y la cabeza aprisionada, a quien todos llamaban sencillamente Efrem, aunque ya no era joven.

Pero Efrem no se sosegaba ni por asomo; tampoco era cosa de que se acostara o saliera de la sala: recorría con nerviosismo el pasillo central. A veces, fruncía el ceño, se le crispaba el rostro como por efecto de una puntada y se tomaba la cabeza a dos manos; en seguida reanudaba su marcha. Otras, en mitad de su paseo, se detenía precisamente ante el lecho de Rusanov e, inclinando hacia él por encima de los barrotes del catre la rígida parte superior de su cuerpo, decía en tono sentencioso, adelantando su ancha cara morena salpicada de grandes pecas:

- ¡Ahora se acabó, profesor! Ya no volverás más a tu casa, ¿entiendes?

En la sala hacía mucho calor. Pablo Nicolaievich estaba tendido sobre la colcha, vestido con su pijama y tocado con su pequeño birrete. Se enderezó los anteojos con montura de oro, miró a Efrem con la severidad con que sabía hacerlo, y respondió:

- No comprendo qué es lo que quiere de mí, camarada. ¿Y por qué trata de asustarme? Yo no le pregunto nada. - Efrem resopló malévolamente y, al hacerlo, ¿no lanzó algunas gotas de saliva sobre la colcha de Pablo Nicolaievich?

- Puedes preguntar todo lo que quieras, pero tu casa no volverás a verla. Puedes mandar de vuelta tus anteojos y tu pijama nuevo.

Después de haber soltado esta grosería, enderezó de nuevo su busto tieso y se puso a recorrer el pasillo, ¡el maldito!

Naturalmente, Pablo Nicolaievich habría podido pararlo en seco y volver a ponerlo en su lugar; mas no halló, para hacerlo, su energía habitual; esa energía había disminuido y las palabras de aquel demonio forrado en vendajes la anulaban aun más. Lo que necesitaba era un apoyo, y lo precipitaban a un abismo. En el lapso de algunas horas, Pablo Nicolaievich lo había perdido todo: su posición, sus numerosos méritos, sus planes para el porvenir; él ya no era más que setenta kilos de carne blanca y tibia ignorante de su futuro.

Era probable que su rostro reflejara la desesperación, pues en uno de sus trayectos sucesivos Efrem se le plantó delante y le dijo, en tono más conciliador:

- Y aunque vuelvas a hallarte en tu casa, no será por mucho tiempo. Regresarás acá en seguida. El cáncer se encariña con su gente: una vez que la coge entre sus tenazas, es hasta la muerte.

Pablo Nicolaievich no tuvo fuerzas para replicar y Efrem reanudó su marcha. Además, ¿quién de la sala habría podido parar su cháchara? Tendidos en sus camas, los otros estaban demasiado abatidos para hacerlo; o bien no eran rusos. A lo largo de la pared que enfrentaba a Pablo Nicolaievich no había más que cuatro lechos, a causa del saliente de la salamandra: la cama que se hallaba justo frente a la suya, pie contra pie, al otro lado del pasillo, era la de Efrem; las tres restantes las ocupaban personas muy jóvenes: junto a la estufa, un muchacho de tez curtida y expresión algo simplona; luego, un joven uzbeko con una muleta y, cerca de la ventana, un mozo muy amarillento, flaco como un alambre y que gemía, encogido en su lecho. En la misma hilera donde se encontraba Pablo Nicolaievich había, a su izquierda, dos nativos; más lejos, al lado de la puerta, un joven de origen ruso, rapado como un escolar, pero ya adolescente, leía sentado en su cama; el último lecho de su derecha, junto a la ventana, lo ocupaba un individuo que también parecía ruso, pero no había motivo para congratularse de semejante vecino: el hombre tenía una catadura de bandido; lo que le daba ese aspecto era, probablemente, la cicatriz que iba de la comisura izquierda de los labios al nacimiento del cuello, tarjándole la parte inferior de la mejilla; a menos que fueran sus cabellos negros mal peinados, hirsutos, erizados en todas direcciones; o puede que también la expresión total de su fisonomía, ruda y grosera. Aquel siniestro bandido se inmiscuía igualmente en la cultura y estaba terminando de leer un libro.

Ya habían encendido la luz y caía de las dos lámparas del techo una claridad demasiado fuerte. Fuera, estaba oscuro. Se aproximaba la hora de la comida.

- Miren: por ejemplo, aquí hay un viejo - proseguía Efrem, quien no cejaba -, está abajo, lo operan mañana. Pues bien, ya a los cuarenta y dos le extrajeron un tumorcito y le dijeron: "No es nada en absoluto; puedes volver a casa y disfrutar de la vida, ¿conforme?" -Efrem adoptaba un aire de desenfado, mas su tono era tal que hubiérase dicho que era a él a quien iban a operar -. Hace de eso trece años; hasta se había olvidado de este hospital; bebía copiosamente, frecuentaba a las muchachas ... , un viejo parrandero, ¡había que ver! ¡Y ahora

tiene un cáncer de los mil demonios! - Hizo chasquear los labios de satisfacción - Lo que lo amenaza, después de la mesa de operaciones, es, sin vuelta, ¡la morgue!

- ¡Bueno, basta de predicciones sombrías! - dijo Pablo Nicolaievich, volviéndose hacia otro lado, con la intención de ponerle coto y sin reconocer su propia voz, tan quejumbrosa e insegura había sonado.

En cuanto a los demás, nada decían. Otro que inspiraba ideas negras era aquel muchachón esquelético que sin cesar se daba vueltas en su cama junto a la ventana, en la otra hilera. No se estaba quieto ni sentado ni acostado, sino todo encogido, con las rodillas contra el pecho; renunciando a encontrar una posición conveniente, había dejado resbalar la cabeza hacia los pies del lecho, en vez de apoyarla en la almohada. Gemía en forma leve y sus muecas y las crispaciones de su rostro evidenciaban la intensidad de sus dolores.

Pablo Nicolaievich se dio vuelta, buscó sus pantuflas con los pies y se puso a inspeccionar estúpidamente su mesa de noche, abriendo y volviendo a cerrar de manera alternativa la puerta de la pequeña división donde estaban colocadas sus numerosas provisiones y el cajón de arriba, que contenía sus artículos de tocador y su máquina de afeitar eléctrica.

Y Efrem seguía andando, con las manos enlazadas sobre el pecho, estremeciéndose a veces como por efecto de una puntada; su voz runruneaba monótona cual una letanía, como cuando están velando a un muerto.

- Sí ... , estamos en un gran aprieto, de veras estamos en un gran aprieto ...

Sonó un leve chasquido a espaldas de Pablo Nicolaievich. Este se volvió con cautela, pues cada vez que movía el cuello, por poco que fuese, le dolía, y vio que su vecino, el tipo con cara de bandido, acababa de cerrar de golpe el libro cuya lectura terminara, haciéndolo girar entre sus grandes manos callosas y rudas.

Al sesgo sobre la tapa azul oscura, como asimismo en el lomo del ejemplar, se desplegaba la firma del escritor, en caracteres dorados ya desteñidos.

Pablo Nicolaievich no pudo descifrar a quién pertenecía aquella firma; no tenía ganas de preguntarle a ese individuo. Había hallado para su vecino un apodo: "Hocicón". Le venía de perillas.

"Hocicón" miraba el libro con grandes ojos tristes, y de improviso, sin mayor esfuerzo, dijo con voz estentórea, que resonó de un extremo a otro de la sala:

- Si no hubiera sido Diomka el que escogió este libro en la biblioteca, difícil sería creer que no nos lo trajeron a escondidas.

- ¿Qué es lo que hay con Diomka? ¿Qué libro? - replicó el muchacho próximo a la puerta, todavía absorto en su lectura.

- De seguro que ni registrando la ciudad entera se encontraría uno como éste. - "Hocicón" miraba la ancha nuca chata de Efrem (el pelo, que no le habían cortado desde hacía mucho tiempo, por no ser nada fácil hacerlo, le caía por sobre el vendaje); en seguida le vio el semblante tenso - ¡Efrem, ya has

lloriqueado bastante! Toma, más vale que leas este libro. -Efrem se detuvo como un solo bloque; tenía la mirada vidriosa del toro.

- ¿Y para qué leer? ¿Para qué, si pronto hemos de reventar todos?

La cicatriz de "Hocicón" se estremeció.

- Por lo mismo que todos debemos reventar, hay que apurarse, Vamos, toma. - Le tendió el libro a Efrem, pero éste no se movió

- Hay demasiadas cosas que leer. No quiero.

- ¿No sabes leer, o qué? - prosiguió "Hocicón", sin gran convicción.

- Sé leer, e incluso muy bien. Cuando hay que hacerlo, sé leer muy bien. -"Hocicón" buscó un lápiz en el alféizar de la ventana, abrió el libro en la última página y, recorriéndolo con la vista, hizo marcas en una que otra parte.

- No temas – refunfuñó -, son relatos muy cortos. Echale una ojeada.

Es que nos fastidias demasiado lamentándote todo el tiempo. Más vale que leas.

- ¡Efrem no le teme a nada. - Cogió el libro y lo tiró encima de su lecho.

Renqueando, apoyado en su única muleta que ya casi no utilizaba, el joven uzbeko Ajmadyan, el más alegre de todos aquí, entró a la sala y proclamó:

- ¡Cucharas en ristre! - Hasta el muchacho moreno próximo a la salamandra se animó - ¡Que viene la sopa, chicos!

La auxiliar encargada de repartir las comidas apareció, de blusón blanco, portando sobre el hombro una bandeja que hizo pasar ante sí al iniciar su recorrido por entre las camas. Fuera del muchacho retorcido de dolor allá lejos, junto a la ventana, todos se pusieron en movimiento, apoderándose cada cual de su plato. Cada enfermo de la sala tenía derecho a una mesa de noche; sólo Diomka no tenía ninguna y compartía la de su vecino, un kasajo huesudo con el labio superior adornado por una costra horrible, pardusca e hinchada, sin vendar. A estas alturas, Pablo Nicolaievich ya no tenía apetito, ni siquiera ante la mesa familiar, y la sola vista de esa comida - un budín de sémola rectangular, elástico, acompañado de una temblorosa salsa amarilla - y de esa cuchara de aluminio con el mango torcido en dos partes no hizo sino recordarle con amargura, una vez más, el lugar donde se hallaba y el error que posiblemente cometiera aceptando venir a hacerse cuidar aquí.

Entretanto, todos los demás se habían puesto a comer, excepto el muchachón que gemía. Pablo Nicolaievich no se sirvió su porción y, golpeando con la uña el borde de su plato, miró en torno de él para ver a quién podría dárselo. A todo su alrededor, no vio más que perfiles o espaldas; pero allá, cerca de la estufa, lo percibió el muchacho de tez tostada.

- ¿Cómo te llamas tú? - le preguntó Pablo Nicolaievich, sin forzar demasiado la voz (el otro tendría que arrequárselas para oír). Tintineaban las cucharas, mas el muchachón comprendió que se dirigían a él y respondió con presteza:

- Proshka, eh ... eh.. Procopio Semionich.

- Ven, toma.

- A fe mía que sí, con mucho gusto - dijo y, acercándose, tomó el plato -. ¡Muchas gracias!

Y Pablo Nicolaievich, sintiendo bajo la mandíbula la bolita dura de su tumor, comprendió de súbito que seguramente no era él aquí uno de los menos graves. De los nueve, uno solo – Efrem - llevaba vendaje y precisamente en la parte de la cual Pablo Nicolaievich corría peligro de que también lo operaran. Uno solo tenía dolores agudos. De nuevo uno solo - el robusto kasajo a dos lechos de distancia del suyo - tenía ese castrón violáceo. Y estaba, además, la muleta del joven uzbeko, aunque apenas si se apoyaba en ella. En cuanto a los otros, no tenían por fuera tumor alguno, ninguna deformidad; parecían sanos. Proshka, en especial; tenía un semblante rosado, cual si estuviese en una casa de reposo y no en el hospital, y estaba lamiendo el fondo de su plato con gran apetito. "Hocicón" tenía la tez algo grisácea, pero se trasladaba fácilmente, conversaba en tono despreocupado y se había arrojado sobre su porción de sémola con tal voracidad, que Pablo Nicolaievich se había preguntado de repente si no sería un simulador, uno más que vivía a expensas del Estado (ya que en nuestro país se alimenta a los enfermos gratuitamente).

Pablo Nicolaievich, por su parte, tenía debajo de la mandíbula ese bulto que le pesaba, le impedía volver la cabeza y engrosaba de hora en hora; aquí, empero, por cierto que los médicos no contaban las horas; entre el almuerzo y la comida, nadie lo había examinado, no se había iniciado ningún tratamiento. Sin embargo, la doctora Dontsov lo había atraído acá justamente prometiéndole un tratamiento de urgencia. Era, pues, por completo irresponsable; su negligencia era criminal y Rusanov, habiendo confiado en ella, estaba perdiendo un tiempo precioso en esta sala de hospital sucia, exigua, de atmósfera viciada, en vez de telefonar a Moscú y tomar el avión.

Y la conciencia del error cometido, de estas dilaciones vejatorias, agregada a la angustia en que lo sumía su tumor, oprimía a Pablo Nicolaievich tan violentamente, que se le hizo insoportable oír cualquier cosa que fuese, empezando por aquel ruido de cucharas golpeadas contra los platos, y ya no pudo tolerar la vista de esos catres de fierro, de esas colchas burdas, de esas paredes, de aquellas lámparas, de esa gente. Tenía la impresión de haber caído en una trampa, siéndole imposible adoptar ninguna medida decisiva hasta la mañana siguiente.

Profundamente desdichado, se acostó y, cogiendo la toalla que trajera de su casa, tapóse los ojos con ella, para protegerse de la luz y de todo lo demás. Para pensar en otra cosa, se puso a pasar revista a su casa, a su familia, preguntándose en qué podían estar ocupados en este momento. Yura ya está en el tren. Es su primera gira de inspección. Imponerse es muy importante para él. Pero Yura es un blando, un indolente; ojalá que no se cubra de deshonra. Avieta está en Moscú, de vacaciones; en su caso, se trata de distraerse un poco, de frecuentar los teatros; pero tiene, sobre todo, un objetivo bien preciso: tantear el terreno, trabar relaciones, quizás; es que va en quinto año, tiene que pensar en orientarse debidamente. Avieta tiene amplitud de miras; la apasiona su futuro oficio de periodista; es muy hábil y, por cierto, será preciso que se vaya a Moscú, aquí pronto le faltaría el aire. Ella es más inteligente y mejor dotada que cualquiera en la familia. Pablo Nicolaievich no es envidioso y lo hace feliz tener una hija considerablemente más desarrollada que él mismo en el aspecto

intelectual. Todavía tiene poca experiencia, pero ¡con cuánta rapidez comprende! Laurik es un poco holgazán; es mediocre en la escuela, pero muy bien dotado para los deportes; ya ha ido a competencias en Riga, alojando en hoteles, como un adulto. Con el auto ya se desenvuelve bastante bien. En este momento recibe instrucción militar para aprobar su licencia. En el segundo semestre sacó dos veces un 2; ahora es necesario que compense esa nota<sup>1</sup> (*1. En Rusia, las calificaciones van del 1 a 5 (N. dela T.)*). Maika tiene clases en la mañana y en este momento está en casa, probablemente tocando el piano (es la primera de la familia que practica piano); y Yulbars está echado sobre su felpudo, en el corredor. En este último año, Pablo Nicolaievich había tomado por costumbre sacarlo a pasear todas las mañanas; eso le era beneficioso a él, también; ahora será Laurik quien se encargue de hacerlo. Le gusta eso, primero azúzar un poquito al perro contra los transeúntes y después tranquilizarlos: "¡No tema, yo lo sujeto!"

Pero toda la hermosa y ejemplar familia Rusanov, con sus dos mayores y sus dos menores; toda su vida bien ordenada; el departamento impecable, que habían amoblado sin escatimar nada; todo eso se había desprendido de él en algunos días, desplazado en cierto modo por su tumor. Ellos vivían y seguirían viviendo, ocurriérale a su padre lo que le ocurriese. Por más que se atormentaran, se preocuparan y lloraran, su tumor había levantado un muro entre ellos y él, y en este lado él se hallaba solo.

No ayudándolo el pensar en los suyos, Pablo Nicolaievich trató de distraerse pensando en los problemas de política general. El sábado debe inaugurarse la sesión del Soviet Supremo. Parece que no se espera nada importante; el presupuesto se aprobará. En los parlamentos de Italia, Francia y Alemania Occidental, está la lucha contra los ignominiosos acuerdos de París. Se combate en el Estrecho de Formosa ... ¡Ah, sí!, y además, hace poco, cuando él partía para el hospital, la radio había empezado a difundir un importante informe sobre la industria pesada. ¡Y decir que aquí, en la sala, ni siquiera había radio, tampoco en el corredor! ¡Qué bonito! Por lo menos se necesitaría poder leer regularmente Pravda. Hoy es la industria pesada, ayer era una resolución acerca del aumento de la producción ganadera. Sí, la vida económica se desarrolla en forma muy activa y sin duda son de esperar grandes transformaciones en los diversos organismos estatales y económicos.

Y Pablo Nicolaievich se puso a pasar revista a las reorganizaciones que podían precisamente producirse a nivel de la República y de la provincia. Estas reorganizaciones siempre sembraban cierta confusión, sacaban por el momento de la rutina; los colegas se telefoneaban, se reunían, discutían posibilidades. Y cualquiera que fuese la orientación de las reformas, aun cuando implicaban un cambio total de directiva, nadie - incluido Pablo Nicolaievich - había logrado jamás sino un ascenso.

Mas estas reflexiones tampoco lograron distraerlo ni sacarlo de su abatimiento. Tuvo un tirón en el cuello y el tumor, indiferente, inhumano, reasumió sus derechos y barrió con todo lo demás. El presupuesto, los acuerdos de París, la industria pesada, los productos pecuarios, todo eso cayó, como un

momento antes, al otro lado de su enfermedad. Y en este lado él, Pablo Nicolaievich, estaba solo por completo.

Resonó en la sala una agradable voz femenina. Aunque hoy nada pudiera serle agradable a Pablo Nicolaievich, aquella vocecita le pareció sencillamente deliciosa.

- ¡Vamos a tomar la temperatura! - dijo esa voz, y fue como si anunciara un reparto de bombones.

Rusanov retiró la toalla con que se cubriera el rostro, se incorporó levemente y se puso los anteojos. ¡Qué felicidad! Ya no era esa María morena y desagradable, sino una personita joven, regordeta y rozagante que no llevaba en la cabeza la pañoleta austera, sino una cofia pequeña como la que usan las doctoras, de la cual escapaban unos rizos dorados.

- ¡Azovkin! ¡Vamos, Azovkin! - habló en tono jovial, inclinándose sobre el lecho del joven, junto a la ventana. El estaba en una posición aun más rara que antes: estirado encima de la cama, con la cabeza echada hacia adelante, la almohada sobre el abdomen y el mentón apoyado en el colchón, a la manera de un perro que ha posado el hocico en tierra, y mirando a través de los barrotes, lo cual le daba la apariencia de estar dentro de una jaula. Por su semblante demacrado se veían pasar los reflejos de sus padecimientos internos. Su brazo colgaba hasta el suelo -, ¡A ver, no hay que dejarse llevar así! - dijo la enfermera, para avergonzarlo -. Usted tiene fuerzas. Tome inmediatamente el termómetro.

El levantó el brazo con esfuerzo, como quien iza un cubo del interior de un pozo, y cogió el termómetro. Estaba tan debilitado, tan absorto en su dolor, que costaba creer que no tenía más de diecisiete años.

- ¡Zoe! – imploró -. ¡Dame la bolsa de agua caliente!

- Se perjudica usted mismo - dijo Zoe con severidad -; no se le ha dado una bolsa de agua caliente para que se la ponga en el vientre, sino para que se la ponga sobre el pinchazo.

- Pero así me alivia - insistió él, con su cara llena de tortura.

- Haciendo eso, hace crecer su tumor, se le ha explicado. En el Servicio de Cancerología están prohibidas las bolsas de agua caliente; le han hecho una concesión especial.

- Pues bien, entonces no me dejaré clavar más.

Pero Zoe ya no le escuchaba; golpeando con el dedo la cama vacía de "Hocicón" preguntó:

- Y Kostoglotov, ¿dónde está?

(¡Conque así! Cabe decir que Pablo Nicolaievich había acertado, concordando el verdadero nombre de ese tipo con el apodo que él le pusiera.)<sup>1</sup> (1. Derivado compuesto de Kost, hueso, y gloat, tragar; en conjunto, algo así como "tragahuesos". (N. de la T.))

- Se ha ido a fumar - respondió desde la puerta Diomka, siempre enfrascado en su lectura.

- ¡Va a ver si yo lo dejo fumar! - masculló ella.

Pero ¡qué menudas pueden ser las jovencitas! Pablo Nicolaievich examinaba con satisfacción su talle redondeado, bien ceñido por la blusa, y sus



ojos algo protuberantes; la admiraba sin segunda intención y se sentía calmarse. Ella, sonriente, le pasó el termómetro. Se encontraba precisamente en el lado de su tumor, pero nada en su rostro, ni el más leve fruncimiento de cejas, daba lugar a creer que tuviera miedo o que nunca hubiese visto nada semejante.

- Y para mí ¿no hay prescrito ningún tratamiento? - preguntó Rusanov.

- Hasta ahora, no - contestó ella, disculpándose con una sonrisa.

- Pero ¿por qué, pues? ¿Dónde están los médicos?

- Su jornada ha terminado.

Era imposible enojarse con Zoe; mas ¡tenía que haber un responsable del abandono en que habían dejado a Rusanov y era preciso actuar! Rusanov despreciaba la inacción y los caracteres llorones, de modo que cuando Zoe regresó a buscar los termómetros, le preguntó:

- ¿Dónde queda el teléfono local, aquí? ¿Cómo se puede llegar a él?

Después de todo, muy bien podía decidirse en el acto y telefonar a Ostapenko. La mera idea del teléfono había vuelto a introducir a Pablo Nicolaievich en su mundo habitual y le había restituido su ánimo. Volvía a ser el luchador que era.

- Treinta y siete - dijo Zoe; con una sonrisa, y marcó el primer punto de la curva en el registro de temperatura colgado a los pies del lecho -. El teléfono está en la oficina de ingreso, pero a esta hora no podrá usted tener acceso a ella, se va allá por la otra entrada principal.

- Permítame, señorita. - Pablo Nicolaievich se enderezó y su tono se hizo más severo -, ¿Cómo puede ser que no haya teléfono en un hospital? ¿Y si se produjera un incidente? ¿Si me pasara algo, por ejemplo?

- Correríamos a telefonar - respondió Zoe, sin desconcertarse.

- ¿Y si hubiera una tormenta de nieve, una lluvia torrencial?

Zoe ya había pasado a donde su vecino, un viejo uzbeko, y estaba prolongando su curva en el registro de temperatura.

- En el día no hay que dar esa vuelta; pero a esta hora está cerrado.

Sí, ella era encantadora, muy encantadora, mas era una descarada; había seguido a donde el kasajo sin esperar que él hubiese concluido. Elevando involuntariamente la voz para que ella le oyera, exclamó:

- ¡Entonces, se necesita otro teléfono! ¡No es posible que no haya más que uno!

- Hay otro - contestó Zoe -, pero está en la oficina del médico jefe.

- ¿Puede explicarme, pues..?

- Diomka ... , treinta y seis ocho... La oficina está cerrada con llave.

A Nizamutdin

Y desapareció.

Claro, era lógico. Es desagradable que en ausencia de uno vayan a telefonar desde su oficina. Pero, de todas maneras, en un hospital habría que hallar una solución ...

El hilo que lo conectaba con el mundo exterior había vibrado por espacio de un instante, luego se había cortado; y de nuevo, el tumor del tamaño de un puño que tenía bajo la mandíbula volvió a cubrir todo lo demás.

Pablo Nicolaievich cogió un espejito de bolsillo y miró. ¡Oh, cuánto había engrosado! Ver sobre uno eso. ¡qué espectáculo tan pavoroso! Pues, al fin y al cabo, no existían monstruosidades parecidas. Aquí, por ejemplo, a nadie le había visto él nada semejante ... Le flaqueó el ánimo y renunció a establecer si el tumor había crecido de nuevo o no; dejó el espejo en su sitio y, sacando de su mesa de noche un poco de alimento, se puso a masticar.

Los dos enfermos más desagradables, Efrem y "Hocicón", no estaban en la sala; habían salido. Cerca de la ventana, Azovkin había adoptado una nueva postura estrambótica sobre su cama, pero no gemía. Los otros no hacían ruido; se oía dar vuelta unas páginas; algunos se habían acostado. A Rusanov no le quedaba otra cosa que dormirse él también. Pasar la noche, no pensar más y, ya en la mañana, decirles cuatro frescas a los médicos, de una vez por todas.

Se desvistió, se deslizó bajo la frazada, volvió a taparse la cabeza con la toalla esponjosa que trajera de su casa y trató de dormirse.

En el silencio, le llegó entonces, con especial nitidez, un susurro irritante que provenía quizás de dónde y le daba directamente en el oído. Colmado, se arrancó de la cara la toalla, se incorporó esforzándose porque el cuello no le doliera y descubrió que el responsable del bisbiseo era su vecino, un viejo uzbeko alto y flaco, de barbilla negra en punta, de tez casi café, tocado con una pequeña gorra gastada, también café.

Tendido de espaldas, con las manos cruzadas debajo de la nuca y la vista fija en el cielo raso, mascullaba sus oraciones, sin duda, ¡el viejo imbécil!

- ¡Eh, Aksakal! - le dijo Rusanov, amenazándolo con el dedo - ¡Deténte, que me molestas!

Aksakal se calló. Rusanov volvió a acostarse y de nuevo se cubrió la cabeza con la toalla. Seguía, empero, sin poder dormirse. Entonces comprendió que lo que le impedía descansar era la fuerte luz que caía de las lámparas del techo; el vidrio no era empavonado y sus pantallas las opacaban poco. Aun a través de su toalla, percibía aquella luz.

Jadeante, apoyándose en los brazos. Pablo Nicolaievich se levantó otra vez de su almohada, al mismo tiempo que se esforzaba por no provocar tirones en su tumor.

Proshka estaba de pie junto a su lecho, cerca del interruptor, y empezaba a desvestirse.

- ¡Joven! ¡Apague la luz, pues! - le ordenó Pablo Nicolaievich

- ¡Oh!, es que todavía no han traído los remedios - farfulló Proshka, que no obstante alzó la mano hacia el interruptor.

- "¡Apague! ¡Apague!" ¿Qué significa eso? - tronó "Hocicón", a espaldas de Rusanov -. ¡Poco a poco! No está usted solo aquí.

Pablo Nicolaievich se sentó decididamente en sus posaderas, se puso los anteojos y, con grandes precauciones para con su tumor, se dio vuelta, haciendo rechinar bajo él la red metálica del somier.

- ¿No podría ser más cortés?

Un rictus le torció la cara al grosero, quien contestó con voz cavernosa:

- No cambie la conversación; yo no soy subordinado suyo.

Pablo Nicolaievich lo fulminó con la mirada, sin que esto surtiera ningún efecto en Kostoglotov.

- Bueno; pero ¿para qué necesitan la luz? - preguntó Rusanov, entablando negociaciones en buena y debida forma.

- Para rascarnos el hoyo del c..." - soltó aquel granuja.

De pronto, a Pablo Nicolaievich le costó esfuerzo respirar; sin embargo, había tenido, al parecer, tiempo de sobra para habituarse al ambiente de la sala.

¡Había que despedir del hospital a ese insolente - no se requerían más de veinte minutos - y mandarlo a trabajar! Mas él no tenía a mano ningún recurso concreto. (Sobre todo, no olvidarse de hablarle de él a la administración.)

- Si es para leer, o para otra cosa, se puede salir al corredor - sugirió con lógica Pablo Nicolaievich -, ¿Por qué se atribuye usted el derecho a decidir en nombre de todos? Aquí no todos los enfermos son iguales y hay que saber hacer la diferencia.

- La haremos - chanceó el otro, enseñando los colmillos -. A usted le escribirán una necrología: miembro del Partido desde tal año; y nosotros reventaremos así no más.

Pablo Nicolaievich no recordaba haberse encontrado jamás con una falta de sumisión tan desenfundada, con una repulsa tan incontrolable de toda disciplina. Y estaba por completo desconcertado: ¿qué podía oponer a eso? No era cosa de querellarse con aquel necio charlatán. Por el momento, no le quedaba sino terminar la conversación lo más dignamente posible. Se quitó los anteojos, se estiró con cautela y volvió a ponerse la toalla sobre la cara.

Lo atenazaban la indignación y la angustia al pensar que se había dejado manejar ingresando a este hospital. Pero mañana aún sería tiempo de salir de él.

En su reloj eran poco más de las ocho. ¡Conforme!, ahora había decidido soportarlo todo. Por cierto que terminarían por estarse tranquilos.

Recomenzaron, empero, las idas y venidas por entre las camas y las sacudidas: naturalmente, era Efrem, que había vuelto. Las viejas tablas del piso se cimbraban bajo sus pasos y esta trepidación se transmitía a Rusanov a través del catre y la almohada. Pero Pablo Nicolaievich había resuelto no hacerle más observaciones y tomar sus males con paciencia. ¡Cuánta grosería arraigada aún en nuestro pueblo; ¿Y cómo guiarlo hacia una sociedad nueva, con el pesado fardo que lleva a cuestas?

La velada se prolongaba, interminable. La enfermera vino una primera vez, luego una segunda, una tercera, una cuarta, trayéndole a éste una pócima, a aquél unos polvos, poniendo una que otra inyección. Azovkin prorrumpió en gritos por el pinchazo, mendigó de nuevo la bolsa de agua caliente para disipar el dolor. Efrem seguía andando pesadamente de un lado para otro, sin encontrar reposo. Ajmadyan y Proshka charlaban, desde sus respectivos lechos, cual si no hubiesen esperado más que este momento para animarse de veras, como si nada los preocupara, cual si no tuviesen nada de que

hacerse cuidar. El mismo Diomka, en lugar de acostarse, vino a sentarse en la cama de Kostoglotov y ambos se pusieron a mascullar ahí, junto a su oreja.

- Yo trato de leer lo más posible - decía Diomka -, mientras tengo tiempo. Tengo ganas de entrar a la Universidad.

- Eso está muy bien. Solamente recuerda bien esto: la instrucción no pone más listo.

(¡Miren lo que le enseña al chico, este bocón!)

- ¿Cómo así?

- Es como te digo.

- ¿Qué es lo que hace más listo, entonces?

- La vida.

Diomka respondió, tras una pausa:

- No estoy de acuerdo.

- En nuestra unidad teníamos a un comisario llamado P ... , que siempre decía: "La instrucción no pone más listo, ni los grados tampoco". Algunos creen que porque tienen una estrella más han llegado a ser más listos. No es cierto.

- ¿Qué hacer, entonces? ¿No estudiar más? Yo no estoy de acuerdo.

- ¿Por qué no estudiar más? Claro que sí, estudia; solamente no olvides que la inteligencia es otra cosa.

- Pero ¿qué es, entonces?

- ¿Qué es? Creer lo que ven tus ojos, no lo que oyen tus orejas. ¿A qué Facultad quieres entrar?

- Todavía no he decidido exactamente. Me gustaría mucho la Facultad de Historia, y también me gustaría mucho la de Letras.

- ¿Y las escuelas técnicas?

- No ...

- Es curioso. Así era en mis tiempos, pero ahora todos los muchachos prefieren la técnica. ¿Tú no?

- A mí ... es la vida pública lo que me entusiasma.

- ¿La vida pública? ¡Oh!, Diomka, con la técnica vive uno mucho más tranquilo. Harías mejor en aprender a instalar estaciones de radio.

- ¡A mí no me hace falta una vida tranquila! ... Por el momento, debo permanecer aquí alrededor de dos meses; tengo que ponerme al día en el programa de primero, en la materia del segundo semestre.

- ¿Y los textos?

- Tengo dos. La estereometría es muy difícil.

- ¿Estereometría? ¡Muéstrame eso!

Se oyó al joven alejarse y luego regresar.

- Eso es, claro que es eso ... , la estereometría de Kisselev, ese viejo libraco ... , siempre el mismo ... Una recta y un plano paralelos...si una recta es paralela a otra recta situada en un plano, también es paralela a dicho plano... !Por la flauta, Diomka, qué libraco! ¡Si todo el mundo escribiera así! Es de lo más mediocre, ¿verdad? ¡Y lo que contiene!

- Nos sirve durante año y medio.

- Yo también lo usé. ¡Me sabía una buena porción!

- ¿Cuándo fue eso?  
- Te diré ... , fue cuando estaba en primero yo también; a partir de! segundo semestre, es decir, en los años 37 y 38. Resulta muy raro tenerlo entre las manos. Lo que yo prefería era la geometría ...

- ¿Y después?  
- ¿Qué quieres decir?  
- ¿Después de la escuela?  
- Después de la escuela ingresé a un instituto notable: el Instituto de Geofísica.

- Y eso ¿dónde?  
- Siempre en Leningrado.  
- ¿Y en seguida?  
- Terminé el primer año, pero en septiembre del 39 salió un decreto según el cual se movilizaba a contar de los diecinueve años, y me embarcaron.

- ¿Y luego?  
- Y luego, ¿no sabes lo que hubo? Guerra.  
- ¿Era usted oficial?  
- No, sargento.  
- ¿Por qué?  
- Porque si todos llegaran a general, ya no quedaría nadie con quien ganar la guerra ... Si un plano corta una recta paralela a otro plano y corta a este segundo plano, la línea de intersección ... ¡Oye, Diomka! ¿Y si los dos repasáramos estereometría todos los días? ¡Progresaríamos! ¿Quieres?

- Con mucho gusto.  
(¡No faltaba más que eso, ahí, en sus propias orejas!)  
- Te daré tareas.  
- De acuerdo.  
- Si no, realmente se pierde demasiado tiempo; vamos a empezar en seguida. Examinemos, por ejemplo, estos tres axiomas. Parecen muy sencillos, fíjate; pero más adelante estarán subentendidos en cada teorema, a ti te toca ver dónde. Aquí está el primero: Si dos puntos de una recta pertenecen a un plano, le pertenecen a un plano, le pertenecen todos los puntos de dicha recta. ¿Qué quiere decir eso? Digamos, por ejemplo, que este libro es un plano, y este lápiz, una recta. ¿De acuerdo? Ahora, trata de colocar...

Y helos ahí, embarcados en discurrir; y sus voces zumbaron por largo rato más, discutiendo axiomas y corolarios. No obstante, Pablo Nicolaievich, dándoles la espalda ostensiblemente, estaba decidido a soportarlo todo. Por último, callaron y se separaron. Con una dosis doble de somnífero, Azovkin se había quedado dormido y había dejado de gemir. Fue entonces cuando empezó a toser Aksa-kal, hacia cuyo lado se había dado vuelta Pablo Nicolaievich. Por fin habían apagado la luz, y he ahí que este maldito viejo tosía y tosía, de un modo repugnante, con prolongados accesos interrumpidos por silbidos; hubiérase dicho que se ahogaba.

Pablo Nicolaievich se volvió del otro lado. Retiró la toalla que se pusiera sobre el rostro, pero aún no había en la sala verdadera obscuridad;

llegaba luz del corredor; se oían ruidos, idas y venidas, estrépito de recipientes y escupitines removidos.

No acudía el sueño. El tumor le oprimía el cuello. Su vida —tan bien concebida, tan armoniosa y tan útil— amenazaba con interrumpirse de repente. Estaba lleno de compasión por sí mismo. Habría bastado una nadería, para que le brotasen lágrimas.

El golpe final fue, naturalmente, Efrem quien se lo dio. La obscuridad no lo había sosegado y estaba relatándole a su vecino Ajmad-yan un cuento enteramente idiota.

—¿Para qué había de vivir el hombre cien años, pues? Es absolutamente inútil. Fue así como sucedió eso: Alá repartía las vidas y, juzgando que eso bastaba, les dio a todas las bestias salvajes cincuenta años de existencia. El hombre llegó último y a Alá ya no le quedaban disponibles más que veinticinco años.

—¿La cuarta parte, pues? —preguntó Ajmadyan.

—Exacto. Y el hombre se ofendió: "¡Es muy poco!" Alá contesta: "Es suficiente". Pero el hombre insiste: "Pues bien", responde Alá, "entonces ve tú mismo a pedir, puede que alguien tenga unos años sobrantes que darte." El hombre se marchó; y he aquí que se encuentra con un caballo. "Escucha", dice, "me han dado poca vida, cédeme parte de la tuya." "Conforme; mira, toma veinticinco años." El hombre prosigue su camino; he ahí que llega un perro. "Oye, perro: ¡cédeme un poco de vida!" "¡Vaya, toma veinticinco años!" Fue más lejos; se presenta un mono. También de él consigue veinticinco años y regresa a donde Alá. Este le dice: "Será como lo has querido: los primeros veinticinco años vivirás como hombre; los veinticinco años siguientes, trabajarás como un caballo: los otros veinticinco años, gruñirás como un perro; y en los últimos veinticinco años serás, como un mono, objeto de irrisión" ...

## CAPITULO III

### LA ABEJITA

Aunque Zoé era muy avispada y recorría su piso sin perder un segundo, corriendo de su mesa a las camas de los enfermos, regresando después a su mesa, vio que no conseguiría hacer todas las tareas prescritas hasta la hora de apagar las luces. Entonces los apuró a todos, para terminar de apagar en la sala de hombres y en la sala chica de mujeres. En cambio, en la sala grande de mujeres —una sala inmensa con más de treinta lechos— las enfermas no se sosegaban jamás, apagaran o no. Buen número de esas mujeres llevaban mucho tiempo hospitalizadas; estaban cansadas del hospital, dormían poco; la atmósfera de la pieza era sofocante y había interminables discusiones para decidir si debían dejar abierta o cerrada la puerta que daba al balcón. También había entre ellas maestras en la conversación entreverada de un ángulo a otro de la sala. Hasta medianoche o a la una de la madrugada, se discutía ahí de todo: precios, productos alimenticios, muebles, hijos, maridos, vecinos, y sin retroceder ante los detalles más impúdicos.

Precisamente esa noche, todavía estaba Nelly, una de las auxiliares de sala, lavando el suelo; era una muchacha rezongona y gorda de nalgas, de cejas gruesas y labios abultados. Hacía ya largo rato que había empezado su faena, pero como se mezclaba en todas las conversaciones, no la terminaba nunca. Entretanto, Sigbatov, cuyo lecho estaba en el vestíbulo, frente a la puerta de la sala de hombres, esperaba su baño de asiento. Debido a estos baños de todas las noches, y también porque le daba vergüenza el hedor de su espalda, Sigbatov había permanecido voluntariamente en el vestíbulo, a pesar de ser más antiguo que todos los veteranos del establecimiento y de hallarse en él más bien de servicio permanente, por decirlo así, que en calidad de enfermo. Mientras corría de un lado para otro, apareciendo y desapareciendo, Zoé le hizo a Nelly una primera, luego una segunda observación; Nelly reaccionó con grandes respingos, pero no por eso varió su ritmo de antes: no era menor que Zoé y juzgaba ofensivo someterse a una mozuela. Zoé había llegado hoy de excelente humor a su trabajo, pero la exasperó la oposición de aquella auxiliar. En general, Zoé consideraba que toda persona tenía derecho a su parte de libertad y que no se tiene obligación, cuando se viene al trabajo, de consagrarse a él hasta el agotamiento; pero que existía, sí, un límite razonable, especialmente cuando se estaba entre enfermos.

Zoé concluyó por fin su reparto, Nelly terminó de fregar su piso; apagaron donde las mujeres, apagaron asimismo en el vestíbulo y ya eran más de las doce cuando Nelly bajó al primer piso a hacer calentar agua y le trajo a Sigbatov su jofaina cotidiana, llena de un líquido tibio.

— ¡Ah ... ah ... ah, estoy muerta de cansancio! —dijo, bostezando ruidosamente—. Voy a eclipsarme por algunas horas. Oye, tú vas a quedarte en tu palangana por lo menos una hora, no es posible esperarte. Podrías, pues, ir abajo a vaciarla tú mismo, ¿no?

(A este viejo edificio de construcción sólida, con vestíbulos amplios, no le habían puesto agua más que en el primer piso.)

Ahora era imposible adivinar el hombre que fuera en otro tiempo Charaf Sigbatov; nada permitía apreciarlo; llevaba tanto tiempo sufriendo, que parecía no quedarle nada de su vida anterior. Pero, al cabo de tres años de una enfermedad agobiadora e implacable, este joven tártaro era el enfermo más cortés, más afable de todo el servicio. Sonreía a menudo, con una sonrisita mísera, como excusándose por todos los trajines que causaba. Después de los períodos de cuatro meses, luego de seis meses que había permanecido aquí, conocía a todos los médicos, a todas las enfermeras y auxiliares, ya él lo conocía todo el mundo. Pero Nelly era nueva, estaba ahí desde hacía algunas semanas solamente.

—Será pesado para mí —contestó con suavidad Sigbatov—. Si es preciso, mejor lo haré en varias veces.

La mesa de Zoé quedaba cerca; ella oyó y saltó;

¡No te da vergüenza! No puede agacharse, y pretendes que lleve su palangana, ¿no es así? —Todo esto casi lo había gritado, pero n media voz; nadie pudo oír, aparte de ellos tres. Sin perder la calma, Nelly respondió con voz estentórea:

¿Vergüenza de qué? Yo también estoy reventada.

¡Estás de servicio! ¡Para eso te pagan! —prosiguió Zoé, con indignación, con voz más sofocada aún.

¡Bah! ¡Me pagan! ¿Es dinero eso? Hasta en una fábrica de tejidos ganaría más.

¡Silencio! ¿No puedes hablar más bajo?

¡Oh... oh... oh! —suspiró ruidosamente Nelly, sacudiendo sus gruesos rizos—, ¡mi querida almohadita! ¡Estoy loca por ir a dormir! ... La otra noche anduve de juerga con los chóferes... Bueno, conforme, no tendrás más que meter tu palangana debajo del catre, yo la retiraré mañana temprano. —Y bostezó prolongada, profundamente, sin ponerse la mano delante de la boca; luego le dijo a Zoé, completando su bostezo—: Estaré allá en la sala de reuniones, en el diván.

Y sin esperar su permiso, se dirigió a una puerta, en un rincón del vestíbulo, que daba acceso a una pieza con muebles mullidos, reservada para las reuniones ocasionales de médicos y las reuniones diarias de la plana mayor.

Dejaba muchos otros trabajos por hacer, escupitines que limpiar; también se habría podido lavar el suelo del vestíbulo; pero Zoé miró su ancha espalda y se contuvo. Ella tampoco llevaba tanto tiempo trabajando, pero empezaba a comprender este lamentable principio: a los que ponen el hombro siempre se les exige el doble, a los que no se molestan por nada, no se les exige nada.

A la mañana siguiente la reemplazaría Isabel Anatoliev, quien limpiaría y lavaría por Nelly y por ella.

Cuando se halló de nuevo solo, Sigbatov desnudó la parte inferior de su espalda; se encucilló dentro de la palangana, en el suelo, cerca de su cama, y allí se quedó, en esa posición incómoda, sin hacer ruido. El más mínimo



movimiento imprudente le provocaba un dolor en el sacro y, además, todo contacto con la parte afectada le acarreaba una sensación de quemadura, en especial el contacto permanente de las sábanas; por eso, trataba de acostarse de espaldas con la menor frecuencia posible. Nunca había visto lo que tenía ahí atrás: no podía sino tocarse esa parte con los dedos de vez en cuando. Dos años antes, lo habían traído a este hospital en una camilla: no podía levantarse ni mover las piernas. Numerosos médicos lo habían examinado entonces, pero era Ludmila Afanasiev quien lo había cuidado siempre. ¡Y en cuatro meses el mal había desaparecido por completo! Podía caminar, agacharse, y ya no se quejaba de nada. En el momento de salir del hospital le había besado las manos a Ludmila Afanasiev; ella, por su parte, lo había prevenido con insistencia: "¡Sé prudente, Charaf! ¡No saltes, no te des golpes!" Pero no lo habían tomado en el trabajo que le habría convenido; había vuelto, pues, a encontrar su antiguo oficio de pioneta. ¿Cómo iba a librarse de saltar de la tolva? ¿Cómo no ayudar a cargar? ¿Cómo no secundar al chofer? Sin embargo, todo eso no fue nada hasta cierto día en que un tonel cayó rodando de un vehículo y golpeó a Charaf justamente en la parte enferma; y en el lugar del golpe, la llaga se puso a supurar y ya no volvió a cerrarse. Y desde entonces, Sigbatov estaba como encadenado al dispensario de los cancerosos.

Todavía contrariada, Zoé se sentó a su mesa y comprobó una vez más que había dispensado bien todos los cuidados prescritos, repasando las líneas ya señaladas con rayitas de tinta que, sobre ese papel de mala clase, de inmediato formaban manchones bajo la pluma. Era inútil dar cuenta del hecho. Por lo demás, eso no encajaba en la manera de ser de Zoé. Debía sobreponerse sola a la situación; pero precisamente en el caso de Nelly no sabía cómo salir del paso. No había nada de malo en dormir un poco. Con una auxiliar abnegada, la misma Zoé habría dormido una mitad de la noche. Mas ahora era preciso permanecer ahí.

Mientras miraba la hoja ante ella, oyó que se acercaban mucho a su escritorio. Levantó la cabeza: era Kostoglotov, con su cuerpo grande, su cabeza hirsuta y negra como el carbón y sus grandes manos que apenas cabían en los bolsillitos laterales de su chaqueta de hospital,

—Hace mucho rato que es hora de dormir —le hizo notar Zoé—; ¿por qué anda paseándose?

—Buenas noches, pequeña Zoé —dijo Kostoglotov, con una voz lo más dulce posible, hasta casi armoniosa.

—Buenas noches —respondió ella, sonriendo brevemente—; fue agradable para mí, hace poco, tener que buscarlo por todas partes con el termómetro.

—Eso fue en horas de trabajo, no me rete; pero ahora he venido de visita.

—¡Vaya, vaya! —Levantó las cejas, abrió mucho los ojos, todo' eso sin darse cuenta—. ¿Por qué cree que yo recibo visitas en este momento?

—Porque generalmente durante sus turnos de noche estaba usted repasando toda clase de libracos, y hoy no le veo manuales. ¿Terminó sus exámenes?

—Es usted observador. Sí, terminé.

—¿Y qué nota sacó? Pero no tiene importancia, después de todo.

—Después de todo, igual me saqué un 4. ¿Y por qué no tendría importancia?

—Pensé que acaso se hubiera sacado un 3 y que le desagradaría comentarlo. ¿Entonces, ahora está de vacaciones? —Ella agitó los párpados, en un gesto de alegre despreocupación, y de improviso todo se le hizo claro: en efecto, ¿por qué estar de mal humor? Dos semanas de vacaciones, ¡una verdadera felicidad! Fuera del hospital, nada más que hacer. ¡Cuánto tiempo libre! Y durante sus turnos de noche podría leer un buen libro o charlar, como ahora—. ¿Hice bien, pues, en venir de visita?

—Vamos, siéntese.

—Pero dígame, Zoé, veamos: si mal no recuerdo, las vacaciones de invierno comenzaban antes el 25 de enero.

—Sí, pero en el otoño fuimos a cosechar algodón. Todos los años es así.

—¿Y cuántos años de estudio le quedan?

—Un año y medio.

—¿Y adonde pueden destinarla?

Ella alzó sus pequeños hombros redondos.

—La patria es inmensa. —Sus ojos protuberantes, aun cuando miraba normalmente, parecían no hallar sitio bajo los párpados y querer escapar.

—¿Pero, no podrían dejarla aquí?

—Seguramente no.

—¿Entonces tendrá que separarse de toda su familia?

—¿Qué familia? No tengo más que a mi abuela. La llevaré conmigo.

—¿Y papá y mamá?

Zoé lanzó un suspiro.

—Mi madre murió.

Kostoglotov la miró y nada le preguntó acerca de su padre.

—¿De dónde es usted? ¿De aquí?

—No, de Smolensk.

—

¡Ah, ah! ¿Y se vino hace mucho tiempo?

—¿Cuándo piensa que vine? ¡Durante la ocupación, pues!

—¿Tendría entonces . . . unos nueve años?

—Así es. Allá fui dos años a la escuela primaria. Y luego nos vimos a perdernos aquí, abuela y yo,

Zoé alargó el brazo hacia un maletín anaranjado fuerte, en el suelo, próximo a la pared; sacó de su interior un espejito de bolsillo, se quitó la pequeña cofia de doctora, se esponjó con mano ligera los cabellos, que el sombrerito le había aplastado, y alisó el delgado fleco dorado que se curvaba sobre su frente. Por el semblante rudo de Kostoglotov pasó un reflejo de ese rubio. Su expresión se suavizó y se puso a observarla con satisfacción.

—Y su abuela ¿dónde está? —bromeó Zoé, bajando su espejo.

—Mi abuela —respondió Kostoglotov muy seriamente— y mi mamá —esa palabra, mamá, no le sentaba— murieron las dos durante el bloqueo.

t

—¿El bloqueo de Leningrado?

—Hum.. Y a mi hermana la mató un obús. Era enfermera. Una muchacha exactamente como usted. ¡Un perfecto microbio!

—Sí —dijo Zoé, con gravedad—, ¡cuántos murieron en ese bloqueo! ¡Maldito sea ese Hitler!

Kostoglotov tuvo una sonrisa sibilina.

—Que Hitler sea maldito, no hay necesidad de probarlo por segunda vez. Pero a pesar de todo, yo no le cargo a él el bloqueo de Leningrado.

—  
¡Cómo! ¿Pero por qué razón?

—¿Por qué razón? Y bien, ahí la tiene: Hitler venía precisamente a aniquilarnos. ¿Se esperaba realmente que entreabriera la puerta y propusiera a los sitiados: salgan de a uno, sin atropellarse? Estaba haciendo la guerra, era el enemigo. No, es algún otro el responsable del bloqueo.

—¿Quién, pues? —murmuró Zoé, estupefacta. Jamás había oído ni supuesto semejante cosa. Kostoglotov frunció sus negras cejas.

—Pues bien, digamos, el o los que estaban dispuestos a la guerra, aunque se hubieran aliado con Hitler, Inglaterra, Francia y Norteamérica. Aquellos a quienes, desde hacía años, se les pagaba para prever la posición excéntrica de Leningrado. Los que habían evaluado la intensidad de los futuros bombardeos y habían pensado en esconder bajo tierra reservas de provisiones. Fueron éstos, junto con Hitler, los que hicieron morir a mi madre. —Era simple, mas asombrosamente novedoso. Sigbatov seguía juiciosamente sentado en su jofaina, detrás de ellos, en el rincón.

—Pero entonces. . . , pero entonces hay que juzgarlos —dijo Zoé en un susurro.

—No sé —repuso Kostoglotov y un rictus le torció los labios, de por sí gesticulantes—. No sé. —Zoé no había vuelto a ponerse la toca. La parte superior de su blusa desabrochada dejaba ver el cuello de una bata gris pardo—. Mi pequeña Zoé, a decir verdad, en parte vine también para pedirle algo.

—  
¡Ah, ah! —Le temblaron las pestañas—. Durante mi turno de día, por favor. Y ahora, hay que dormir. ¿No era una visita lo que me había anunciado?

—Es una visita la que estoy haciéndole . . . Zoé, antes que pierda lo que tiene de buena, antes que se convierta definitivamente en doctora, tiéndame una mano fraterna.

—¿Entonces, según usted, los médicos no tienden una mano fraterna?

—¿Cómo decirle? Las manos de ellos no son así.. y, además, no le tienden a uno la mano. Pequeña Zoé, me he distinguido toda la vida por mi negativa a que me traten como a un mono. Aquí me cuidan, pero no me explican nada. Yo no puedo aceptarlo. Ví que usted tenía un libro llamado Anatomía Patológica. ¿No es así?

—Sí.

—Es acerca de. los tumores, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y bien, sea comprensiva, ¡tráigamelo! Quiero hojearlo y formarme una opinión sobre ciertos puntos. Para mí solo.

Zoé frunció los labios e irguió la cabeza.

—Pero si los enfermos no deben leer libros de medicina. Es contraproducente. Hasta a nosotros, los estudiantes, cuando estudiamos una enfermedad, siempre nos parece . . .

—Puede que sea contraproducente para algunos, pero no para mí! —dijo Kostoglotov, golpeando la mesa con su gran zarpa—.

Yo he conocido en mi vida todos los temores posibles e imaginables y he dejado de tener miedo. En el hospital regional donde estaba, un cirujano coreano, el que estableciera mi diagnóstico algunos días antes de Año Nuevo, tampoco quería explicarme nada, y yo le ordené hablar. "No es la norma, entre nosotros", dijo: y yo le contesté: "¡Hable! Debo adoptar medidas con respecto a mi familia", Entonces acabó por soltar: "Le quedan tres semanas; sobre lo que vendrá después, no me pronuncio".

¡No tenía derecho a hacer eso!

¡Ese era un hombre de bien! ¡Ese era un hombre! Le estreché la mano. ¡Yo tengo que saber! Al fin y al cabo, hacía seis meses que yo estaba sufriendo como un mártir; en el último mes había llegado a no poder ya descansar ni acostado, ni sentado, ni de pie, sin dolores; ya no dormía más que algunos minutos en veinticuatro horas; y bien, en todo caso, había tenido tiempo de reflexionar. Aquel otoño aprendí que el hombre puede cruzar la línea que lo separa de la muerte permaneciendo, al mismo tiempo, en un cuerpo todavía vivo. Aún hay en uno, en alguna parte, sangre que fluye; pero psicológicamente ha pasado uno ya por la preparación que precede a la muerte, y ya ha vivido la muerte misma, Todo cuanto uno ve a su alrededor, lo ve ya como después de la tumba, sin pasión, y por más que uno. no se incluya en el número de los cristianos, y aun cuando a veces se sitúe en el lado contrario, he ahí que de repente se da cuenta de que ha perdonado del todo a los que lo habían ofendido y de que ya no les tiene odio a los que lo persiguieran. Todo ha llegado a serle indiferente, y no hay más; ya no se sienten impulsos de reparar nada; no se tiene ningún remordimiento. Hasta diría que se encuentra uno en un estado de equilibrio, en un estado natural, como los árboles, como las piedras. Ahora me sacaron de ese estado, pero no sé si debo alegrarme o no. Van a volver todas las pasiones, tanto las malas como las buenas.

¡Cómo puede hacerse el difícil! No alegrarse . . . ¡No faltaba más! Cuando ingresó aquí . . . , ¿Cuántos días hace?

—Doce.

—Pues bien: estaba allá, en el vestíbulo, retorciéndose sobre el diván, con un aspecto terrible; tenía cara de cadáver, no comía nada; tenía treinta y ocho de fiebre, mañana y tarde, ¿y ahora? ¡Hace visitas! ¡Es un verdadero milagro, revivir así en doce días! Eso sucede aquí raras veces. —En efecto, tenía entonces en todo el rostro, como -labradas a cincel, profundas Arrugas grises, provocadas por la tensión constante en que se hallaba, Y ahora tenía infinitamente menos y su tez se había aclarado.

—Toda mi suerte estriba en que, al parecer, soporto bien los rayos.

—¡Eso está lejos de ser frecuente! ¡Es un verdadero éxito!  
—dijo Zoé con entusiasmo.

Kostoglotov tuvo una sonrisa amarga.

—Mi vida ha sido tan rica en mala suerte, que hay justicia en este éxito. Ahora hasta tengo una especie de sueños, muy vaporosos y gratos. Creo que es una señal de curación.

—Es perfectamente posible.

—¡Mayor razón para que yo comprenda y me oriente! Quiero entender en qué consiste el tratamiento que están haciéndome; quiero saber cuáles son las perspectivas, cuáles son las complicaciones posibles. ¿Me siento tan bien que acaso fuera bueno suspender el tratamiento? Es preciso que yo sepa a qué atenerme. Ni Ludmila Afanasiev ni Vera Korniliev me explican nada; ellas me atienden como si yo fuese un mono. ¡Tráigame ese libro, Zoé, se lo ruego! No la traicionaré y nadie se dará cuenta de nada, puede estar segura.

Hablaba con vehemencia, con creciente animación. Zoé, muy turbada, puso la mano en la perilla de su cajón.

—¿Lo tiene aquí? —adivinó Kostoglotov—. ¡Pequeña Zoé! ¡Démelo! —y ya tenía la mano estirada—. ¿Cuándo está de servicio la próxima vez?

—El domingo en la tarde.

— ¡Se lo devolveré el domingo! ¿Entendido? ¡De acuerdo!

¡Qué amable era ella, qué próxima le parecía, con aquel flequillo dorado, con sus lindos ojos un poco salientes!

No se veía a sí mismo. Su cabeza, dé mechones en tirabuzón para todos lados, conservaba aún el desorden de la almohada; estaba desaliñado, como todos los enfermos del hospital; el cuello desbocado de su chaqueta dejaba ver una esquina de la camiseta de algodón entregada por la administración.

—Bien, bien, bien. —Hojeó el libro y buscó el índice—, Muy bien. Aquí voy a encontrarlo todo. ¡Gracias, de veras! Después de todo, ¿quién me dice que no van a prolongar demasiado su tratamiento? Lo que les interesa es hacer estadísticas, bien sabido es. ¿Pero quién sabe si no les fallará mi compañía? De tanto curar, se mata.

—¡Conque ésas tenemos! —exclamó Zoé, juntando las manos de indignada sorpresa—. ¡Buena la he hecho con darle ese libro! Si es así, devuélvame. —Tiró del libro, primero con una mano, después con ambas. Pero Kostoglotov no aflojó—. ¡Va a rasgar la etiqueta de la biblioteca! ¡Devuélvame!

El blusón de hospital moldeaba y destacaba sus hombros redondeados y rollizos, sus bracitos regordetes. Su cuello no era ni delgado ni grueso, ni corto ni largo; era perfectamente proporcionado.

Disputándose el libro, se habían acercado el uno al otro y ahora estaban mirándose a lo blanco de los ojos. La faz sin gracia de Kostoglotov se distendió en una sonrisa. Y su cicatriz ya no pareció tan horrorosa; desde luego, era antigua, ya descolorida. Mientras con su mano libre desprendía suavemente del libro los dedos de la joven, Kostoglotov trataba de convencerla a media voz:

—Al fin de cuentas, pequeña Zoé, usted no es partidaria del oscurantismo, por cierto que está en favor de la instrucción. ¿Cómo se puede impedirle a la gente desarrollar sus conocimientos?

Con igual vehemencia le respondió ella, susurrando:

—Voy a decirle por qué es usted indigno de leer este libro: ¿Cómo pudo llegar a eso? ¿Por qué no vino antes? ¿Por qué tenía que llegar ya moribundo?

•—¡Vaya, vaya, vaya! —suspiró Kostoglotov, y añadió, en voz más alta—: No había medio de transporte.

—Pero, ¿qué paraje es éste, donde no hay transporte? ¿Era preciso tomar avión, entonces! Pero ¿por qué esperar el último extremo? ¿Por qué no haberse venido antes a un lugar un poco más civilizado? De seguro que allá tienen un médico, un practicante. —Soltó el libro.

—Hay médico, un ginecólogo; hasta son dos ...

—¿Dos ginecólogos? —dijo Zoé, desconcertada—, Entonces, ¿no hay más que mujeres, allá, entre ustedes?

—Al contrario, faltan mujeres. Hay dos ginecólogos, pero no hay otros médicos, ni tampoco laboratorio. No podían hacerme análisis de sangre. Yo tenía una velocidad de sedimentación de 60, y nadie lo sabía,

—¿Qué horror! Y usted, vacilando todavía: "¿Voy a hacerme cuidar o no?" Si no quiere hacerlo por usted mismo, ¡hágalo al menos por sus familiares, por sus hijos!

—¿Mis hijos? —dijo Kostoglotov, quien pareció despertar, cual si todo ese jovial alboroto con el libro no fuese más que un sueño; y recuperó poco a poco su expresión ruda, su habla lenta—. Yo no tengo hijos.

—Y su mujer, ¿no cuenta para nada?

Habló más lentamente aún:

—Tampoco tengo mujer.

—Los hombres no tienen en la boca más que una palabra: no. ¿Y lo que le dijo al coreano? ¿Esos asuntos de familia que debía arreglar?

—Le mentí.

—¿O bien es a mí a quien está mintiendo en este momento?

—No, créame, no —aseguró Kostoglotov, y su semblante se puso grave—. Yo no soy fácil de contentar, usted lo sabe.

—¿Tal vez no soportó ella su carácter? —preguntó Zoé, irguiendo la cabeza con simpatía.

Kostoglotov hizo señas de que no.

Perpleja, Zoé calculó mentalmente la edad que él podía tener. Abrió la boca una primera vez, para preguntárselo, y luego renunció a su pregunta. Abrió la boca por segunda vez, mas volvió a retenerse.

Zoé le daba la espalda a Sigbatov, mientras que Kostoglotov se hallaba de cara a él y lo vio levantarse de su jofaina con infinitas precauciones, sujetándose los riñones a dos manos; después lo vio secarse. Tenía el aspecto de un hombre que, habiendo sufrido todo lo que se puede sufrir, retrocede ya ante la desgracia más extrema, pero a quien ya nada atrae a ninguna alegría.

Kostoglotov inspiró profundamente, luego espiró, como si respirar fuera un verdadero esfuerzo.

—¡Oh, qué deseos tengo de fumar! ¿De veras no es posible aquí?

—No, no es posible. Y para usted, fumar es la muerte.

—¿No hay manera, pues?

—Ninguna manera, sobre todo en presencia mía. —Pero estaba sonriendo.

—¿Quizás podría turnar uno de todos modos?

—Los enfermos están durmiendo, ¡no es posible! —No obstante, sacó él de su bolsillo una larga boquilla desarmable, hecha a mano, y se puso a chuparla.

—Usted sabe lo que dice la gente: para casarse, cuando se es Joven es demasiado pronto; cuando se es viejo, demasiado tarde. —Se apoyó con ambos codos sobre la mesa de Zoé y se metió entre el pelo los dedos que sostenían la boquilla—. Estuve a punto de casarme, después de la guerra; sin embargo, yo era estudiante, ella también era estudiante. Nos habríamos casado, de todas maneras, pero todo se vino al suelo.

Zoé observaba el rostro arisco pero enérgico de Kostoglotov, sus hombros y sus brazos huesudos (debido a la enfermedad).

—¿Eso no prosperó?

—Ella.. .., ¿cómo decirlo? . . . Ella zozobró —dijo, con una mueca maligna que lo hizo cerrar un ojo mientras el otro seguía fijo en ella—. Zozobró pero, de hecho, está viva. El año pasado intercambiamos algunas cartas. —Su semblante se relajó; percibiendo entre sus dedos su boquilla, la recolocó en su sitio, en el bolsillo—. ¿Y sabe usted?, leyendo ciertas frases de sus cartas, me pregunté de repente si era ella entonces tan perfecta como yo la veía .. Puede que no. ¿Qué comprendemos a los veinticinco años? —Miraba a Zoé en plena cara, con sus grandes ojos castaños oscuros—. Mire: usted, por ejemplo, ¿qué es lo que entiende de hombres? Absolutamente nada.

Zoé se echó a reír.

—A lo mejor entiendo mucho, precisamente.

—Es en absoluto imposible —dijo Kostoglotov, en tono sentencioso—; lo que cree comprender, no lo comprende; y cuando se case, se equivocará, ¡infaliblemente!

—¡Qué alentador! —exclamó Zoé, irguiendo la cabeza; de su gran maletín naranja sacó y desplegó una labor de bordado: un pedacito de cañamazo estirado en un bastidor, con una garza real verde ya bordada, y un zorro y un florero que aún no estaban sino dibujados. Kostoglotov miraba asombrado.

—¿Borda usted?

—¿Y por qué lo sorprende eso?

—No me imaginaba que hoy en día una estudiante de medicina pudiera bordar.

—¿Nunca ha visto a las jóvenes bordar?

—Jamás, salvo acaso en mi más tierna infancia. Durante ¡a década del 20. Y todavía eso pasaba por ser una ocupación burguesa. La habrían vapuleado por eso en la asamblea de la Komsomol.

—Ahora está muy difundido. ¿No había visto usted aún?

Kostoglotov sacudió la cabeza.

—¿Y lo desapruueba?

— ¡En lo más mínimo! Es tan encantador, tan íntimo. Lo admiro.

Alineando punto tras punto, ella se dejaba admirar, mirando su labor mientras él la contemplaba. A la luz amarilla de la lámpara brillaban sus pestañas doradas y la porción de bata que sobresalía del cuello de la blusa emitía suaves visos tornasolados.

—Usted es mi abejita con fleco ...

—¿Cómo? —dijo ella, mirándolo por debajo de sus cejas levantadas. El lo repitió—. ¿Ah, sí? —Hubiérase dicho que Zoé esperaba un cumplido más halagador—. Pero allá, donde vive usted, como nadie borda, será fácil encontrar canutillos.

—¿Qué cosa?

—Canutillos. Mire, esos hilos verdes, azules, rojos, amarillos. Aquí es muy difícil hallarlos.

—Canutillos. No lo olvidaré. Si los hay, se los enviaré, puede contar con ello. Pero si resulta que tenemos reservas ilimitadas, ¿por qué no viene simplemente a instalarse donde nosotros?

—Pero en suma, ¿dónde queda eso?

—Son en cierto modo tierras vírgenes, si se quiere.

—Entonces, ¿viene usted de las tierras vírgenes? ¿Es un pionero?

—A decir verdad, cuando yo llegué, nadie le decía a eso tierra virgen. Pero después descubrieron que era tierra virgen y nos mandan pioneros. Cuando hagan la repartición de puestos, ¡pida venir a donde nosotros! De seguro que no rehusarán. Venir a donde nosotros, eso no se rehúsa jamás.

—¿Tan poco atractivo es?

—De ningún modo. Sólo que las nociones de bueno y malo son completamente a la inversa. Se encuentra que está muy bien vivir en una jaula de cuatro pisos, con gente arriba de la cabeza que golpetea y camina, y con radios puestas por todos lados, mientras que vivir en medio de labriegos laboriosos, en una casita de adobe, en la linde de la estepa, se considera la peor de las desgracias. —Hablabla muy serio, con la convicción apacible de quien no quiere dar fuerza a sus argumentos ni siquiera levantando la voz.

—¿Pero es en la estepa o en el desierto?

—En la estepa. No hay dunas, y sí unas pocas hierbas. Hay kantak, la paja brava de los camellos, ¿no la conoce? Es una planta espinosa, pero que



tiene flores rosadas en julio, y hasta un perfume muy delicado. Los kasajos extraen de ella un centenar de medicamentos.

—¿Es en Kasajia, pues?

—Sí, eso es.

—¿Cómo se llama?

—Ush-Terek.

—¿Es un pueblo?

—Sí, un pueblo, o una cabecera de distrito, si se quiere. Hay un hospital, solamente faltan médicos, ¡Usted debería ir allá! —Entornó los ojos.

—¿Y no crece nada más?

—Sí, cómo no, se riega; hay betarraga, maíz. Se encuentra de todo en los huertos, pero hay que hacer un esfuerzo. Con ayuda de su regadera. En el mercado, los griegos siempre tienen leche que vender; los kurdos, cordero; los alemanes, cerdo. ¡Qué pintorescos mercados tenemos! ¡Si usted viera! Todos visten sus trajes típicos y llegan a lomo de camello,

—¿Es usted agrónomo?

—No. Administrador rural.

—¿Pero por qué vive allá?

Kostoglotov se rascó la nariz.

—Me gusta mucho el clima.

—¿Y no hay medios de transporte?

—Sí, cómo no, hay tantos coches como uno quiera.

—Pero, ¿por qué había de ir yo allá? —Lo miró de reojo. Mientras charlaban, el rostro de Kostoglotov se había humanizado y suavizado.

•—¿Usted? —Levantó mucho las cejas, como si fuera a brindar—. ¿Y cómo sabe usted, pequeña Zoé, en qué lugar de la tierra será dichosa? ¿En cuál otro será desdichada? ¿Quién puede pretender saber su porvenir?

## CAPITULO IV

### INQUIETUDES DE LOS ENFERMOS

Faltaba espacio, en las salas del primer piso, para los "quirúrgicos" (aquellos cuyo tumor estaba previsto operar) y los ponían igualmente en el segundo piso, mezclados con los "radioterápicos" (a quienes se trataba por los rayos o por medios químicos). De ahí que todas las mañanas hubiese en los altos dos visitas: los radiólogos venían a ver a sus enfermos y los cirujanos venían a ver a los suyos.

Pero el 4 de febrero era un viernes, día en que operaban, y los cirujanos no hicieron visita. Por otra parte, la doctora Vera Korniliev Gangart, a cargo del tratamiento de los "radioterápicos", tampoco fue a hacer visita, una vez terminada la reunión de la plana mayor. A la altura de la sala de hombres, se limitó a echar un vistazo por la puerta.

Vera Gangart era pequeña y muy bien formada; reforzaba esta impresión el estrechamiento pronunciadísimo de su talle. Su pelo, anudado en moño sobre la nuca, sin cuidado de la moda, era menos obscuro que el cabello negro; tampoco era castaño; era de ese color que curiosamente se nos propone llamar "caoba", mas yo prefiero decir castaño colorín.

Ajmadyan la divisó y la paludo jovialmente con la cabeza. Kostoglotov alzó la vista del grueso libro que estaba leyendo, justo a tiempo para saludarla también desde lejos. Ella les sonrió a ambos y levantó el dedo, como quien les indica a unos niños que se porten bien. En seguida desapareció del vano de la puerta.

Hoy debía ella hacer el recorrido de los enfermos en compañía de la jefa del Servicio de Radioterapia, doctora Ludmila Afana-siev Dontsov; pero a ésta la retenía, por el momento, el médico jefe del hospital —Nizamutdin Bacjramovich—, quien la había citado.

Estos días de visita —una vez a la semana— eran los únicos que la doctora Dontsov no dedicaba a la radioscopía. De ordinario, con su Interna, pasaba ante la pantalla las primeras dos horas de la mañana, esas en que la vista está más penetrante y la mente más despejada. Ella estimaba que era la parte más difícil de su trabajo y, en algo más de veinte años de este trabajo, había comprendido las consecuencias de cometer errores de diagnóstico. Tenía en su servicio tres médicos, tres mujeres jóvenes; y con el fin de que la experiencia de las tres fuese pareja y de que ninguna de ellas perdiera la costumbre de diagnosticar, la doctora Dontsov les imponía una rotativa y cada tres meses las mandaba por turno al consultorio, luego a la sala de rayos y por último al hospital, en calidad de médico a cargo de tratamientos.

La doctora Gangart se hallaba actualmente en esta tercera etapa. Aquí el problema más importante, más peligroso y menos conocido era velar por una dosificación precisa de los rayos. No existía una fórmula que permitiera calcular la Intensidad y la dosis de rayos más mortíferas para cada tumor y menos nocivas para, el resto del cuerpo; tal fórmula no existía; en cambio, había

cierta porción de experiencia, cierto olfato, y también la posibilidad de atenerse al estado del enfermo. Esto constituía también una operación, pero una operación con los rayos, realizada a ciegas, dilatada en el tiempo. Era imposible no lesionar, no destruir células sanas.

Las demás obligaciones del médico encargado de tratamientos no exigían sino método: había que mandar hacer los análisis, a tiempo, controlar los resultados, dar cuenta de ellos en treinta historias clínicas. A ningún médico le agrada llenar rimeros de formularios. Pero en estos últimos tres meses Vera Korniliev se había decidido por este trabajo, puesto que ya no tenía ante ella una pálida trama de luces y sombras sobre una pantalla, sino a unos enfermos muy suyos, a hombres y mujeres bien vivos que había aprendido a conocer, que confiaban en ella y esperaban de ella frases de aliento y miradas que les devolvieran las esperanzas. Y cuando tenía que ceder su puesto de médico tratante, siempre se separaba con gran pesar de aquellos cuyo tratamiento no había completado.

La enfermera de guardia, Olimpiada Vladislavov —mujer de edad madura, entrecana, que se imponía mucho a todos y tenía más prestancia que algunos médicos—, vino a avisar de sala en sala que los "radioterápicos" no debían alejarse. En la sala grande de mujeres esta información hizo el efecto de una señal: en el acto, una tras otra, con sus blusas grises todas parecidas, las enfermas endilgaron hacia la escalera y desaparecieron en alguna parte de los bajos; una, a ver si todavía no había llegado el viejo que vendía crema o la vendedora de leche; otra, a echar desde la escalinata una ojeada por las ventanas de la sala de operaciones (por encima de los vidrios inferiores, que eran empavonados, se percibían los bonetes de los cirujanos y las enfermeras y la fuerte luz de las lámparas sobre sus cabezas); ésta, a lavar un poco de ropa en el lavabo; aquélla, a hacer una visita.

No era sólo su destino de futuras operadas; eran también esas blusas grises de fustán, todas raídas, de aspecto sucio aun cuando estaban perfectamente limpias, lo que caracterizaba a estas mujeres, substrayéndolas a su destino de tales, a su encanto femenino. El corte de aquellas blusas era inexistente: eran todas suficientemente amplias para que cualquiera mujer corpulenta pudiese envolverse en ellas, y sus mangas colgaban como gruesos tubos informes. Las chaquetas a rayas rosadas de los hombres eran mucho más sentadoras; a las mujeres no se les proporcionaban batas, sino sólo estas blusas desprovistas de botones y ojales. Todas se ceñían a la cintura iguales cinturones de fustán, para que la blusa no se les abriera sobre la camisa; y todas, con idéntico gesto, se sujetaban la blusa en el pecho con la mano. Agobiada por la enfermedad, con esa blusa dándole un aspecto mísero, la mujer no podía deleitar la vista de nadie, y estaba consciente de ello.

Mientras tanto, en la sala de hombres, todos menos Rusanov esperaban la visita juiciosa y tranquilamente.

El viejo uzbeko, que era guardián de koljós y se llamaba Mursalinov, estaba tendido de espaldas sobre su cama hecha. Como siempre, le cubría la cabeza su gorrita gastada, archigastada; parecía muy contento de que no lo desgarrara la tos, Con las manos cruzadas sobre el pecho oprimido, miraba

un punto del techo. Los huesos de su cráneo resaltaban bajo su piel curtida. Se distinguían claramente las aletas de la nariz, los pómulos, el hueso agudo del mentón bajo la barbilla en punta. Sus orejas adelgazadas ya no eran sino unos pequeños cartílagos planos. Un poco más obscuro de pie! y un poco más desecado, habría parecido del todo una momia.

Su vecino, el kasajo entre dos edades —se llamaba Eganbur-diev y era pastor—, no estaba tendido, sino sentado en su lecho, con las piernas cruzadas, tal como en su casa sobre la alfombra. Las palmas de sus manos anchas y fuertes apretaban sus grandes rodillas redondas, y su cuerpo lomudo y carnosos estaba tan sólidamente instalado, que si por casualidad oscilaba a veces, en su inmovilidad esa oscilación era, por así decirlo, imperceptible, como lo habría sido en una torre o una chimenea de fábrica. Sus hombros y su espalda le distendían la chaqueta, y en el lugar de sus bíceps la tela parecía a punto de estallar. La pequeña úlcera que tenía en el labio al entrar a este hospital se había transformado aquí, bajo el tubo radiante, en una gruesa costra violácea que le cubría la boca, dificultándole el beber y comer. Mas él no perdía la calma, no se agitaba, tampoco chillaba; tragaba juiciosamente el contenido de todos sus platos, sin dejar nada, y podía permanecer horas enteras sentado, tranquilo, como ahora, con la mirada perdida.

Más lejos, junto a la puerta, el muchacho de dieciséis años llamado Diomka había estirado sobre su cama la pierna enferma y se acariciaba y masajeaba suavemente, sin cesar, la parte dolorida de la pantorrilla. Había doblado la otra pierna debajo de su cuerpo, a la manera de un gato, y leía, indiferente a todo lo demás; cabe decir que todo el tiempo que no estaba durmiendo, todo el tiempo no reservado a los cuidados prescritos, se lo pasaba leyendo. En el laboratorio de análisis había una biblioteca de la cual se encargaba la laboratorista jefa, y Diomka ya había logrado incursionar allá; cambiaba personalmente los libros, sin esperar el turno de su sala. En este momento estaba leyendo una revista de tapa azul oscura, una vieja revista gastada, raída por el sol: no había libros nuevos en el estante de la laboratorista.

Proshka, que había hecho su cama a conciencia, sin pliegues ni prominencias, también aguardaba, serio y paciente, sentado en el borde del lecho, como una persona en perfectas condiciones de salud. Estaba, por lo demás, perfectamente sano; no se quejaba de nada, no tenía ninguna afección visible; la rojez de sus mejillas le daba un semblante magnífico; le caía sobre la frente un mechón bien alisado. Era un mozo espléndido, de seguro las chicas se lo pelearían en los bailes.

No hallando a nadie con quien jugar, su vecino Ajmadyan había colocado sobre el cobertor su tablero de damas, con una de las esquinas frente a él, y estaba jugando solo en las cuatro esquinas.

Efrem había interrumpido sus paseos por el pasillo central que a todos ensombrecían; bien acuñaado en su lecho, con la espalda enderezada por dos almohadones, con su vendaje que le formaba algo así como una coraza y la cabeza muy rígida, estaba leyendo de un tirón el libro que le pasara la víspera Kostoglotov. A decir verdad, daba vuelta las hojas tan de tarde en tarde, que cabía preguntarse si no dormitaba mientras leía.

En cuanto a Azovkin, sufría tanto como la noche antes. Posiblemente ni siquiera había dormido nada. Sus cosas estaban tiradas en desorden sobre la mesa de noche y el alféizar de la ventana; su cama estaba toda deshecha. El sudor le perlaba la frente y las sienes; como la víspera, se veía su cara amarilla crisparse por momentos, por efecto de sus dolores internos. Doblado en dos, se sujetaba el abdomen con ambas manos. Hacía muchos días que ya no contestaba las preguntas que le hacían en la sala; ya no hablaba de su estado. No abría la "boca sino para reclamarles a enfermeras y médicos remedios adicionales. Y cuando venían a verlo los miembros de su familia, los mandaba a comprarle más aún de esos remedios que le daban aquí.

Fuera, la atmósfera estaba pesada, sombría, inmóvil. De regreso de la sesión de rayos a la cual iba en las mañanas, Kostoglotov abrió el ventanillo encima de su cabeza, sin tomarle el parecer a Rusanov; y por allá arriba llegaban bocanadas de aire, más húmedas que frías, es verdad.

Temiéndole a la corriente de aire por su tumor, Pablo Nicolaievich se arropó el cuello y se sentó un poco más lejos de la pared. ¡Qué hato de retrasados, todos ahí sin reaccionar, unos verdaderos zoquetes! Se ve que, aparte de Azovkin, aquí nadie sufre verdaderamente; nadie es digno, pues, de mejorar. Fue Gorki, creo, quien dijo que sólo merece la libertad el que lucha por ella día a día. Por su parte, sin esperar más, Pablo Nicolaievich había iniciado desde la mañana gestiones decisivas. Apenas abrieron la oficina de ingreso, fue a telefonar a su casa, comunicándole a su mujer su decisión de la noche: era preciso tratar, por todos los medios, de hacerlo trasladar a Moscú: no podía correr el riesgo de quedarse aquí, eso sería su perdición. Expeditiva como él la sabía, Capitolina debía de estar ya en acción. Sin duda, había sido una cobardía asustarse de un tumor e ingresar a este hospital. Por lo demás, ¿quién lo habría creído?, desde ayer a las tres de la tarde ¡nadie había venido a palpar su tumor y verificar si le crecía! ¡Nadie le había dado remedios! "Asesinos de blusón blanco", ¡qué bien dicho! Y ese registro de temperatura ¿está ahí para los imbéciles? Ninguna auxiliar había venido a hacerle la cama: ¡arréglatelas solo! ¡No, realmente, nuestros establecimientos hospitalarios necesitan, por cierto, mejorar radicalmente!

Por fin aparecieron las doctoras; pero no entraron de inmediato: detenidas allá lejos, detrás de la puerta, rodeaban a Sigbatov. Eso demoró un buen rato. El joven se había desnudado la espalda y la mostraba. (Kostoglotov aprovechó estos minutos para esconder su libro debajo del colchón.)

Sin embargo, acabaron por entrar a la sala, de a tres: la doctora Dontsov, la doctora Gangart y la imponente enfermera de guardia, con una toalla en el brazo y una libreta en la mano. La llegada simultánea de varias blusas blancas siempre provoca una corriente de curiosidad, temor y esperanza, y estos tres sentimientos son tanto más fuertes cuanto más blancas sean las blusas y las cofias y más severos los rostros. En el grupito se hallaba la enfermera Olimpiada Vladislavov, quien tenía la expresión más severa y solemne: para ella, la visita era como la misa para el diácono. Era de esas enfermeras para quienes el médico es superior al común de las gentes, las cuales, convencidas de que los médicos lo comprenden todo, no se equivocan nunca y jamás dan recetas erróneas, anotan

en su libreta cada una de las prescripciones con un sentimiento rayando en la bienaventuranza que no experimentan ni siquiera las jóvenes enfermeras principiantes.

Como quiera que fuese, una vez entradas, ¡las doctoras no se apuraron de ningún modo por venir a ver a Rusanov! Ludmila Dontsov, una mujer corpulenta de rostro sencillo y rudo, de cabellos ya grises, pero cortos y ondulados, dio los buenos días sin dirigirse a nadie en particular, sin elevar la voz; luego, deteniéndose junto al primer lecho, el de Diomka, posó en el joven una mirada escrutadora.

—¿Qué estás leyendo, Diomka?

(¿No habría podido hallar una pregunta un poco más inteligente? ¡Una doctora en el ejercicio de sus funciones!)

Siguiendo la costumbre de muchos, Diomka no respondió sino que dio vuelta la revista, mostrándole a la doctora la tapa azul oscura. La doctora Dontsov entornó los ojos.

— ¡Oh!, es una revista vieja, data del año pasado. ¿Por qué lees eso?

—Hay un artículo interesante —dijo Diomka con gravedad.

—¿A propósito de qué?

—Sobre la sinceridad —contestó Diomka, en tono más importante aún—; sobre la falta de sinceridad en la literatura, que... —Iba a apoyar en el suelo la pierna enferma, pero Ludmila Afanasiev lo contuvo con presteza.

—¡No, no hagas eso! Súbete la pierna del pantalón.

El se arremangó la pierna del pantalón; ella se sentó en su cama y cuidadosamente, a distancia, con dos o tres dedos, se puso a palpársela. Vera Korniliev, que estaba parada detrás de ella, afirmada en el catre y mirando por encima de su hombro, le dijo en voz baja:

—Quince sesiones, tres mil unidades R.

—¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Y aquí?

—Aquí, y también más allá.

—¿Por qué no lo decías? ¡Qué heroísmo! Tienes que decirme dónde te duele. —Y sus dedos localizaban lentamente el dolor—. Y cuando no te están tocando, ¿duele? ¿En la noche, por ejemplo? —Aún no había ni sombra de bozo en la limpia cara de Diomka; pero la expresión de tensión constante que se leía en ella lo había madurado mucho.

—Me duele de día y de noche.

Ludmila Afanasiev y la doctora Gangart intercambiaron una mirada.

—En todo caso, desde que estás aquí ¿tienes la impresión de que te duele más o menos?

—No sé; un poco menos, tal vez; pero puede que me engañe.

—¿Y la sangre? —preguntó Ludmila Afanasiev, y la doctora

Gangart le pasó en seguida la historia clínica del jovencito, Ludmila Afanasiev la recorrió, luego su mirada volvió a posarse en Diomka—. ¿Tienes apetito?

—Siempre me resulta agradable comer —contestó Diomka con la mayor seriedad.

—Ahora nos reclama repetición —agregó Vera Korniliev, con una voz acariciadora, casi maternal, sonriéndole a Diomka, quien le devolvió la sonrisa—. ¿Una transfusión? —preguntó brevemente, en tono aun más bajo, tomando de nuevo la historia clínica.

—Sí. Bien, Diomka, ¿entonces —prosiguió Ludmila Afanasiev, escrutando otra vez el semblante del muchacho— seguimos con los rayos?

—¡Claro que seguimos! —decidió él, y se le iluminó la cara, mientras la miraba agradecido.

Para él, eso significaba que no lo someterían a operación; y le parecía que para la doctora Dontsov significaba lo mismo. [En realidad, la doctora Dontsov sabía muy bien que antes de operar un sarcoma óseo era preciso reducir su actividad tratándolo mediante los rayos, para cerrarles el paso a las metástasis.)

Eganburdiev, preparado desde hacía largo rato, no perdía un gesto de la doctora Dontsov, y apenas la vio levantarse de la cama vecina, se irguió cuan alto era en el pasillo central, combando el torso, firme corrió un soldado. La doctora Dontsov le sonrió, se aproximó a su labio y examinó la costra que exhibía. En voz baja, la doctora Gangart le leyó algunas cifras.

—Bien, muy bien —dijo Ludmila Afanasiev en tono alentador, hablando más alto de lo necesario, como se hace siempre que uno se dirige a un interlocutor de idioma diferente—. Todo va bien, Eganburdiev. ¡Pronto volverás a tu casa!

Consciente de sus atribuciones, Ajmadyan tradujo al uzbeko. (Eganburdiev y él se entendían, aunque cada cual tenía la impresión de que el otro destrozaba la lengua.) Eganburdiev posó en la doctora una mirada que irradiaba esperanza, confianza y hasta admiración, esa admiración que le rinden las almas sencillas como ¡a suya a aquellos cuyo gran saber y abnegación a nadie merecen duda. No obstante, mostrando con la mano la costra de su labio, pronunció unas palabras que tradujo Ajmadyan:

—¿Se ha extendido esto? ¿Ha crecido?

—¡Todo eso va a desaparecer! Es- lo normal —aseguró la doctora Dontsov, forzando exageradamente la voz—. Todo va a desaparecer. Vas a descansar en tu casa tres meses, luego volverás a vernos.

Pasó a donde el viejo Mursalimov. Estaba sentado, con los pies puestos en el suelo, y trató de levantarse para irle al encuentro, mas ella se lo impidió y se sentó a su lado. La mirada que fijaba en ella ese viejo seco y negruzco expresaba la misma fe absoluta en la omnipotencia del médico. Siempre secundada por Ajmadyan, lo interrogó acerca de su tos y le pidió que se subiera la camisa; apoyándose en su pecho, ahí donde le dolía, lo auscultó golpeando con una mano sobre la otra; hizo que Vera Korniliev le dijera el número de transfusiones e inyecciones que le habían puesto y miró, sin decir palabra, la historia clínica. Ayer, todo tenía objeto, todo estaba en regla en un cuerpo sano; hoy todo era inútil y aquel cuerpo ya no era más que nudos y puntas que sobresalían.

La doctora Dontsov le recetó otras inyecciones más y le pidió sacar de su mesa de noche los comprimidos que estaba tomando y mostrárselos. Mursalimov tomó de su cajón un frasco vacío de polivitaminas.

—¿Cuándo lo compraste? —preguntó la doctora Dontsov.

Ajmadyan tradujo:

—Anteayer.

—¿Y dónde están los comprimidos?

—Me los tomé todos.

—¿Cómo es eso? —dijo la doctora, con sorpresa—. ¿Todos de una vez?

—No, en dos veces —tradujo Ajmadyan.

Las doctoras, las enfermeras, los enfermos de origen ruso, Ajmadyan, todos, prorrumpieron en carcajadas; el propio Mursalimov esbozó una sonrisa, todavía sin comprender bien.

Y Pablo Nicolaievich fue el único que se indignó de esa risa, que juzgó criminal, fuera de lugar, insensata. ¡Pero ya verían cómo iba él a volverlos a la razón! Buscó cuál sería la pose mejor para recibir a esas doctoras y decidió que semiacostado; con las piernas dobladas, tendría más autoridad.

—¡No es cosa grave, no es grave! —le dijo la doctora Dontsov a Mursalimov, para consolarlo; le recetó otra vez vitamina C; luego se enjugó las manos en la toalla que la enfermera le tendía con fervor y, con semblante preocupado, se volvió hacia el lecho contiguo. La luz de la ventana cercana destacó entonces el tinte grisáceo y poco sano de aquel rostro y su expresión hondamente fatigada, casi enfermiza.

Calvo, cubriéndole la cabeza un gorro pequeño y con los anteojos puestos, severamente sentado en su cama, Pablo Nicolaievich hacía pensar en un maestro de escuela; no en un maestro de escuela cualquiera, sino en uno de esos maestros de escuela jubilados que durante su carrera han formado a centenares de alumnos. Esperó que Ludmila Afanasiev hubiese llegado a los pies de su lecho, se enderezó los anteojos y declaró:

—Bueno, camarada Dontsov. Me veré obligado a hablarle de la organización de este servicio al Ministerio de Salud Pública, y habrá que llamar por teléfono al camarada Ostapenko. —Ella no tuvo ni un estremecimiento; su rostro no palideció, quizás sólo se puso algo más terroso. Hizo un raro movimiento simultáneo con los dos hombros; un movimiento circular, cual si sus hombros estuviesen cansados de los tirantes que los oprimían, sin poder liberarse de ellos.

—Si usted tiene fácil acceso al Ministerio de Salud, ¿por qué no? —admitió de inmediato—. Y hasta puede telefonarle al camarada Ostapenko, yo le suministraré otros temas de recriminación, ¿quiere?

—

¡La medida ya está suficientemente colmada! ¡Una indiferencia como la de ustedes excede toda imaginación! ¡Llevo dieciocho horas aquí y nadie me atiende! Sin embargo, yo no soy un cualquiera y tengo derecho a ciertas consideraciones.



Todos los de la sala habían callado y lo miraban. El golpe asestado por Rusanov no fue la doctora Dontsov quien manifestó haberlo recibido, sino la doctora Gangart: con los labios tan estirados como un hilo, el rostro crispado, contraída la frente, parecía constatar lo irreparable sin poder hacer nada.

En cuanto a la doctora Dontsov, inclinada pesadamente hacia Rusanov, no se permitió ni el más mínimo fruncimiento del ceño; sólo sus hombros tuvieron de nuevo ese raro movimiento circular; luego dijo con suavidad, en tono conciliador;

—Aquí estoy para atenderlo.

¡Demasiado tarde! —atajó Pablo Nicolaievich

—Ya he visto bastante cómo se procede aquí, y me voy. Nadie se interesa por uno, nadie establece un diagnóstico. —Y de repente le tembló la voz, pues se sentía verdaderamente ofendido.

—Su diagnóstico ya está establecido —dijo ella en tono mesurado, ambas manos apoyadas en el travesaño de su lecho—; con la enfermedad que tiene, no encontrará en parte alguna de nuestra República otro hospital que lo acepte.

—Pero al fin de cuentas, usted dijo que yo no tenía cáncer... ¡Entonces, dígame lo que tengo!

—En general, no tenemos la obligación de precisarles a nuestros enfermos el nombre de su enfermedad. Pero si eso puede aliviarlo, voy a decirle lo que tiene: linfogranulomatosis.

—¿No es cáncer, pues?

—De ningún modo. —Su cara y su voz no dejaban ver nada, ni siquiera esa natural irritación que nace de toda discusión. Le había visto el tumor del tamaño de un puño que tenía debajo de la mandíbula. ¿Con quién podía enojarse? ¿Con ese tumor?—. Nadie lo ha obligado a entrar aquí. Puede partir en seguida, si quiere. Recuerde, solamente. .. —Vaciló y después, con gran calma, le advirtió—: El cáncer no es lo único que causa la muerte ...

—Quiere intimidarme, ¿no es eso? —exclamó Pablo Nicolaievich—. ¿Para qué me asusta? No es el método correcto —prosiguió, reasumiendo su tono cortante y agresivo; pero ante la palabra "muerte" había sentido helarse todo su ser y preguntó, en tono ya aplacado—: ¿Tan grave es lo que tengo? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Si usted empieza a ir de un hospital a otro, entonces sí, por cierto. Sáquese la bufanda, pues. Levántese, por favor.

El se quitó la bufanda y se puso de pie. Lentamente, la doctora Dontsov se puso a palparle el tumor, luego la parte sana del cuello, comparándolos. En seguida le pidió que echara la cabeza para atrás lo más posible (y su cabeza no llegó muy atrás sin que de inmediato sintiera cómo el tumor se la retenía); después quiso que inclinara la cabeza lo más posible hacia, adelante, que la hiciera girar a derecha e izquierda. Y he ahí que, notoriamente, su cabeza había perdido casi toda su soltura de movimientos, esa soltura tan grácil, tan asombrosa y que no advertimos cuando la tenemos.

—Sáquese la chaqueta, por favor.

La chaqueta de su pijama café con verde tenía botones grandes y era más bien amplia, parecía fácil de sacársela; pero al estirar el brazo, sintió un dolor punzante en el cuello y lanzó un gemido. ¡Oh, qué grave era todo eso! La imponente enfermera de pelo gris le ayudó a liberarse de sus mangas.

—¿Debajo del brazo no le duele? —preguntó la doctora—, ¿No le molesta?

—¿Cómo? ¿También eso está amenazado? —La voz de Rusanov salía casi apagada y ahora él hablaba más bajo que Ludmila Afanasiev.

—Separe los brazos. —Y con aire concentrado, con presiones vigorosas, se puso ella a palparle las axilas.

—¿Y cómo va a curarme? —preguntó Pablo Nicolaievich.

—Ya se lo dije: con inyecciones.

—¿Inyecciones dónde? ¿Directamente en el tumor?

—No, intravenosas.

—¿Frecuentes?

—Tres veces a la semana ... Vuelva a vestirse.

—¿Y no es posible operarme? —Hizo esta pregunta, aunque lo que más temía era precisamente la mesa de operaciones. Como todo enfermo, prefería a eso cualquier tratamiento, aun largo.

—Una operación sería descabellada —repuso ella, limpiándose las manos en la toalla que le tendían.

¿Conque la operación era descabellada? ¡Muy bien!, se dijo Pablo Nicolaievich-, empezando a reflexionar; de todas maneras, había que pedirla consejo a Capitalina; las vías indirectas no eran tan fáciles; él no tenía toda la influencia que le hubiese gustado tener, y de seguro no tanta como aquella de que alardeaba aquí; telefonarle al camarada Ostapenko, por ejemplo, distaba de ser cosa de poca monta.

—Muy bien, voy a pensarlo; ¿decidiremos mañana, entonces?

—No —respondió la doctora Dontsov, en tono categórico—. Solamente hoy. Mañana es sábado y no podemos poner inyecciones.

¡Otra vez esos reglamentos! ¡Como si los reglamentos no se hicieran para infringirlos!

—¿Por qué desgraciada coincidencia es imposible justamente en sábado.?

—Porque hay que observar de cerca las reacciones del enfermo, el día en que se le pone la inyección y al día siguiente. Y el domingo eso no es posible.

—Luego, ¿esa inyección es algo muy serio? —Ludmila Afanasiev, que ya había pasado al enfermo siguiente, no contestó—. ¿Y si esperaríamos hasta el lunes?

—¡Camarada Rusanov! Usted nos ha reprochado por dejarlo sin atención durante dieciocho horas, ¿y aprobaría que la misma situación se prolongara por tres días más? —Se sentía vencido, aplastado por esta mujer, ¡y no podía hacer nada!—. O lo cuidamos o no lo cuidamos. En caso afirmativo, recibirá su primera inyección hoy a las once. Si no, declarará por escrito que renuncia a que lo tratemos nosotros y podrá salir hoy mismo. Pero no tenemos

derecho a esperar tres días sin hacer nada. Reflexione mientras yo termino mi visita aquí y después me dirá qué ha decidido.

Rusanov se tapó la cara con las manos.

Ceñida en su blusa blanca abotonada en la espalda, que le subía casi hasta el mentón, la doctora Gangart pasó sin ruido por delante de él. Olimpiada Vladislavov pasó a su vez, majestuosa como un navío.

Fatigada por la discusión, la doctora Dontsov contaba con hallar algún alivio junto al lecho vecino:

—Y bien, Kostoglotov, ¿qué nos cuenta usted? — Kostoglotov se había esforzado por alisarse las greñas siquiera un poco; respondió con voz fuerte y segura, una voz de hombre sano:

—¡Es magnífico, Ludmila Afanasiev. no puedo ir mejor! —Las dos doctoras intercambiaron una mirada. Los labios de Vera Korniliev sonreían apenas, pero sus ojos reían de satisfacción,

—Veamos, de todos modos —dijo la doctora Dontsov, sentándose en la cama—. Describanos un poco más extensamente su estado. ¿Qué siente, exactamente? ¿Qué es lo que ha cambiado desde su llegada?

—Muy bien —accedió Kostoglotov, desempeñándose con la mayor desenvoltura—: los dolores que sentía disminuyeron desde la segunda sesión; desaparecieron totalmente después de la cuarta. Desde ese momento, también bajó la temperatura. Ahora duermo como un lirón, diez horas seguidas, en cualquiera posición, sin sentir dolor. Antes no lograba hallar posición para dormir. Ya no podía ver la menor porción de comida, y ahora trago todo y pido repetición. Y no tengo dolores.

—¿Y no tiene dolores? —repitió la doctora Gangart, riendo ya abiertamente.

—¿Y le dan repetición? —agregó la doctora Dontsov, quien también estaba riendo.

—Sí, a veces. ¿Qué otra cosa decirle? Mi concepto del mundo ha cambiado radicalmente. Yo era un hombre muerto, cuando llegué aquí, y ahora he revivido.

—¿Y no le dan náuseas?

—No.

La doctora Dontsov y la doctora Gangart miraban a Kostoglotov con la expresión radiante del maestro de escuela que, interrogando a su mejor alumno, se enorgullece más de una respuesta brillante que de sus propios conocimientos y su propia experiencia. Esa clase de discípulo siempre inspira simpatía.

—Y su tumor, ¿lo siente?

—Ahora ya no me molesta.

—¿Pero todavía lo siente?

—Digamos que, cuando me acuesto, todavía siento un peso anormal, una pelota que parece desplazarse dentro de mi vientre. Pero eso no me molesta —recalcó Kostoglotov una vez más.

—Acuéstese, por favor.

Casi maquinalmente (estas últimas semanas, en los diversos hospitales por los cuales pasara, un buen número de médicos y hasta de practicantes le habían palpado el tumor, yendo después a buscar a sus colegas, a quienes invitaban a palpar a su vez, lanzando todas exclamaciones de sorpresa), Kostoglotov se acostó de espaldas, estirándose por completo, recogió las piernas y se descubrió el abdomen. De inmediato sintió a ese sapo que vivía en él, su compañero de todos los días, agazaparse en alguna parte, al fondo de su cuerpo, y pesarle en el vientre.

Ludmila Afanasiev, suavemente, presionando en redondo, cercaba poco a poco su tumor.

—Es necesario que se relaje —dijo; él lo sabía muy bien, pero sin querer, por un reflejo defensivo, su cuerpo se había crispado y entorpecía el examen; por último, su abdomen se puso suelto y confiado bajo los dedos de Ludmila Afanasiev, quien sintió claramente, muy hondo, detrás del estómago, el borde del tumor; entonces siguió su contorno, primero con delicadeza, una segunda vez con más fuerza, una tercera vez con más firmeza aún.

La doctora Gangart estaba mirando por encima de su hombro y Kostoglotov miraba a la doctora Gangart. Era muy simpática. Quería ser severa y no podía: se acostumbraba con los enfermos demasiado pronto. Quería conducirse como persona grande y tampoco lo conseguía: había en ella algo de niña.

—Los contornos siguen siendo igualmente claros —dijo por fin Ludmila Afanasiev—. Se ha achatado, es indiscutible; se ha hundido y ahora deja libre el estómago, lo cual explica que ya no tenga dolores. Se ha puesto más blando. Pero el contorno es casi idéntico. ¿Quiere ver?

—¡Oh, no!, lo hago todos los días. Yo prefiero dejar un intervalo más largo entre mis exámenes. Velocidad de sedimentación: 25; leucocitos, 5.800; plaquetas..., Tome, mire usted misma.

Rusanov levantó la cabeza de entre sus manos y le preguntó muy quedo a la enfermera:

—Y las inyecciones ¿son muy dolorosas?

También Kostoglotov quería saber:

•—Ludmila Afanasiev: ¿cuántas otras sesiones de rayos necesitaré?

—Es imposible decirlo en este momento.

—Pero, de todos modos, ¿más o menos en qué fecha cree usted que podré salir?

—¿Cómo? —Alzó la vista de su historia clínica—. ¿Qué es lo que está preguntando?

—¿Cuándo podré salir? —repitió Kostoglotov, en el mismo tono muy seguro. Sentado, rodeándose las piernas con los brazos enlazados, tenía un aspecto casi huraño. Ya no había rastro, en la mirada de la doctora Dontsov, de la admiración del maestro por su discípulo brillante. Tenía ante ella a un paciente difícil, de expresión obstinada.

—¡Pero si recién estoy empezando su tratamiento! —puntualizó para ponerlo a raya—; lo comenzaré a partir de mañana. Hasta aquí no fue más que una toma de puntería. —Pero Kostoglotov no se dio por vencido.

—Ludmila Afanasiev quisiera explicarme un poco. Comprendo bien que aún no he sanado, pero tampoco pretendo una curación completa.

¿Qué les pasaba, pues, a estos enfermos? ¡Todos se excedían hoy! Ludmila Afanasiev se ensombreció; esta vez montó en cólera.

—¿Qué historias son éstas? ¿Es usted normal o no?

—Ludmila Afanasiev —dijo Kostoglotov, interrumpiéndola con un gesto calmado de su voluminosa mano—, una discusión acerca de lo que hay de normal y de anormal en el hombre moderno nos llevaría demasiado lejos. Le estoy profundamente agradecido por haberme vuelto al estado tan agradable en que me encuentro en este momento; y ahora, llegado a esta etapa, yo quisiera vivir un poquito, pues ignoro lo que me reserva la continuación del tratamiento que usted quiere hacerme.

A medida que hablaba, Ludmila Afanasiev adelantaba un labio impaciente e indignado. Un tic nervioso le contraía las cejas a la doctora Gangart; sus ojos iban del uno a la otra; hubiese deseado interponerse, apaciguarlos. Olímpida Vladislavov miraba al rebelde con altivez; él proseguía:

—En una palabra, yo no quisiera pagar hoy demasiado caro una esperanza de supervivencia entregada a un porvenir incierto. Quiero confiar en las fuerzas defensivas de mi organismo.

¡Fue confiando en las fuerzas defensivas de su organismo

como llegó usted aquí arrastrándose en cuatro pies! —replicó con acritud la doctora Dontsov, levantándose del lecho—. ¡Ni siquiera comprende con qué está jugando! ¡Me niego a seguir hablando con usted!

Con un ademán colérico, de una brusquedad totalmente masculina, se volvió ella hacia Azovkin; mas Kostoglotov, siempre con las piernas encogidas, le lanzó de nuevo, con aire colérico de perro perverso:

—¡Y yo, Ludmila Afanasiev, le ruego que me escuche! Acaso esté usted haciendo un experimento interesante que le gustaría mucho saber cómo va a terminar; pero yo quiero vivir tranquilo, aunque eso haya de durar sólo un año. Eso es todo.

—Bueno —le espetó la doctora Dontsov, por encima de su hombro—. Lo citaremos.

Profundamente indignada, con el rostro y la voz todavía atorados, se acercó a Azovkin. El joven no se había levantado. Sentado en su cama, se sujetaba el vientre,

Cuando oyó venir a las doctoras, sólo alzó la cabeza. Sus labios parecían no formar ya una sola boca, sino que cada cual expresaba su propio sufrimiento. Su mirada no reflejaba más que una cosa: imploraba ayuda, pero era un ruego dirigido a sordos.

—Y bien, Kolia. ¿cómo te sientes? Dinos —comenzó Ludmila Afanasiev, pasándole el brazo por detrás de los hombros.

—Ma .. .al —contestó muy quedo y sólo se movieron sus labios; se esforzaba por no expeler aire de su pecho, pues el menor esfuerzo de sus pulmones le repercutía inmediatamente en el abdomen, sobre el tumor.

Seis meses antes marchaba él a la cabeza del equipo dominical de la Komsomol, con una pala al hombro, cantando a todo pulmón; hoy, interrogado acerca de su enfermedad, ya no era capaz sino de contestar en un susurro.

—Oye, Kolia: ¿y si lo pensáramos juntos? —dijo la doctora, también ella en voz muy baja—. ¿Tal vez estés cansado del tratamiento? Tal vez estés harto del hospital; dime, ¿estás harto?

—Sí..

—Tú eres de aquí; quizás podrías ir a descansar en tu casa. ¿Quieres? ¿Por un mes, un mes y medio?

—¿Y en seguida me recibirán ustedes de nuevo?

—Naturalmente. Vamos, ahora tú nos perteneces. Así descansarás de las inyecciones: en su reemplazo, comprarás en una farmacia un remedio que te pondrás tres veces al día debajo da la lengua.

—¿Sinoestrol?

—Sí.

La doctora Dontsov y la doctora Gangart ignoraban que, durante todos estos meses, Azovkin había perseguido fanáticamente un solo objetivo: obtener de cada enfermera reemplazante, de cada médico de guardia, somníferos adicionales, sedantes adicionales y todos los polvos y comprimidos posibles, además de los que le hacían tragar o le administraban en forma de inyecciones, de acuerdo con las recetas de los médicos. Esta provisión de remedios —una bolsita de género llena— representaba para él la última tabla de salvación para el día, justamente, en que los médicos no quisieran saber más de él.

—Necesitas reposo, Kolia, créeme ...

En el gran silencio que se había hecho en la sala, se oyó con claridad el suspiro de Rusanov; luego, levantando el rostro de entre las manos, declaró:

—Me someto, doctora. ¡Póngame la inyección!

## CAPITULO V

### INQUIETUD DE LOS MÉDICOS

Cuando tenemos el alma deprimida, ¿cómo se llama eso? ¿Confusión, agobio? Una bruma invisible, pero densa, pesada, penetra en nosotros, nos invade por entero y nos oprime en algún punto en mitad del pecho. Y sentimos en nosotros esa presión indefinida y necesitamos de algún tiempo para comprender lo que nos deprime con tal fuerza.

Vera Korniliev experimentaba todo esto mientras concluía la visita y luego bajaba por la escalera con la doctora Dontsov. Estaba sumamente incomodada.

En estos casos, lo que ayuda es adentrarse en sí mismo y tratar de ver claro; después se levanta una pantalla.

Mas ella aún no veía con bastante claridad.

No, lo que había era esto: temía por Ludmila Afanasiev; por "Mamá", como le decían ella y sus colegas internas. Este nombre respondía tan bien a su edad —frisaba en los cincuenta años, mientras sus internas tenían alrededor de treinta— como a ese fervor/ especialísimo que ponía en instruir las durante el trabajo; ella misma era dedicada hasta el encarnizamiento, y quería que igual dedicación e igual encarnizamiento se apoderaran de sus tres "hijas"; era una de las pocas que quedaban con tanta experiencia en radioscopia y radioterapia y, a pesar de la tendencia de la época a la parcelación de los conocimientos, hacía todo lo posible porque sus internas se instruyeran tanto en una materia como en la otra. No había ningún secreto que ella se reservara, que no compartiese. Y cuando ¡a doctora Gangart daba muestras de mayor rapidez y agudeza de discernimiento que ella misma, "Mamá" se deleitaba, lisa y llanamente. Vera llevaba ocho años trabajando con ella, desde su salida del instituto, y toda la fuerza que hoy sentía en su interior —esa fuerza que le permitía arrancar a la celada de la muerte a seres que le suplicaban—, toda esa fuerza le venía de ludmila Afanasiev.

Ese tal Rusanov podía acarrearle a "Mamá" los peores disgustos. Es más fácil cortar las cabezas que volver a pegarlas.

¡Y si no hubiera sido más que Rusanov! Pero había habido muchos otros, todos aquellos cuyo ánimo estaba amargado. Bien sabido es que toda calumnia, una vez lanzada, se esparce como la pólvora. No es una estela en el agua, es un surco en la memoria. En seguida se puede aplanar ese surco, llenarlo de arena; pero basta que un día alguien grite: "¡Abajo los médicos!", o bien: "¡Abajo los ingenieros!", para que cada cual blanda su garrote.

Del obscuro nublado de sospechas acumulado sobre los blusones blancos ya no quedaba sino uno que otro jirón que iba disipándose. Muy recientemente habían hospitalizado aquí a un chofer de la G.P.U.1 por un tumor en el estomago. Era un "quirúrgico" y Vera Korniliev nada tenía que ver con él; pero una noche estaba de guardia y fue ella quien hizo la visita vespertina. Aquel hombre se había quejado de dormir poco. Ella le recetó bromural; a raíz de eso, la enfermera le dijo que los comprimidos eran minúsculos y ella respondió: "¡Déle dos!" El enfermo los tomó y Vera Korniliev ni siquiera notó la mirada que le lanzó él. El asunto no habría pasado de ahí si no hubiese venido a visitarlo en su sala de hospital una de las laboratoristas de guardia, vecina del chofer en la unidad habitacional donde vivían. Acudió en seguida a donde Vera Korniliev, muy alterada; el chofer no se había tomado los comprimidos (¿por qué dos de una vez?); no había dormido en toda la noche y acababa de interrogarla. "¿Por qué se llama Gangart? —le había dicho—. Hábleme un poco de ella en detalle. Quiso envenenarme. Tenemos que ocuparnos de ella."

Y por varias semanas esperó Vera Korniliev que vinieran a ocuparse de ella. Semanas durante las cuales debió, empero —sin el más mínimo desfallecimiento, sin el más mínimo error y hasta con entusiasmo—, diagnosticar, calcular en forma irreprochable la dosis de rayos necesaria para cada tratamiento, alentar con la mirada y consolar con su sonrisa a los enfermos caídos- dentro del círculo infernal del cáncer sorprendiendo en todas las miradas la misma pregunta: "¿No serás una envenenadora, por lo menos?"

Y

además, había habido durante la visita de hoy otro hecho penoso: Kostoglotov, uno de los enfermos cuyo estado era más satisfactorio y que, sin saber a ciencia cierta el motivo, le inspiraba a Vera Korniliev una genuina simpatía, ese mismo Kostoglotov había litigado abiertamente con "Mamá" y sospechaba de manera ostensible de que estaba sirviéndose de él para algún dudoso experimento.

Asimismo penosa era la impresión que le había dejado la visita a la doctora Dontsov, a la que también le volvieron recuerdos, mientras se separaba de sus enfermos; por ejemplo, aquel desagradable incidente que la enfrentara con Paulina Zavodchikov, una verdadera arpía. La enferma no era ella, sino su hijo, con quien venía a alojarse en el hospital. Al muchacho le habían sacado un tumor interno y apenas divisó al cirujano en el corredor se le echó encima a reclamarle un trocito del tumor de su hijo. Su idea era la siguiente: quería llevar ese pedacito a otro hospital, mandar hacer otro diagnóstico y, en caso de no coincidir este segundo diagnóstico con el de la doctora Dontsov, hacer perseguir a ésta por la justicia y vengarse.

Y

cada una de las dos doctoras habría podido citar muchos otros casos similares.

---

<sup>1</sup> Policía secreta; forma abreviada de "Administración Política del Estado". (N. de la T.)



Ahora que había terminado la visita, ellas tenían que decirse lo que no habían podido decir en presencia de los enfermos; luego deberían tomar algunas decisiones.

Faltaban locales en el Pabellón Trece y las radiólogas no tenían oficina propia. No podían reunirse ni en la sala de la bomba de cobalto ni en aquella donde se hallaban los aparatos de radioterapia profunda, que funcionaba con ciento veinte mil y doscientos mil voltios. Habría habido espacio en la sala de radioscopia reservada a los diagnósticos, pero ahí estaba siempre obscuro. Por eso, habían instalado la mesa en que resolvían los asuntos corrientes y llenaban las fichas clínicas en el gabinete de curaciones, donde se encontraban los aparatos de radioterapia superficial; como si todavía, después de todos esos años de su trabajo de radiólogas, no tuvieran bastante de la atmósfera repulsiva de las salas de equipo, con su olor y su tibieza peculiares.

Entraron y se sentaron lado a lado ante su gran mesa desprovista de cajones y groseramente tallada. Vera Korniliev empezó por entresacar las fichas de los enfermos, hombres y mujeres, poniendo en un lado aquellas de las cuales se ocuparía ella misma y, en el otro, aquellas a cuyo respecto tenían que decidir juntas. Ludmila Afanasiev miraba con expresión triste ante sí, con el labio inferior imperceptiblemente adelantado, y golpeteaba distraída la mesa con su lápiz.

Vera Korniliev le lanzaba miradas llenas de simpatía, pero vacilaba en hablar de Rusanov, de Kostoglotov y de la suerte común a los médicos; en efecto, ¿de qué servía repetir lo que ambas habían comprendido de sobra?, y además, hablando podía faltar a la delicadeza, o al tacto, y herir en vez de consolar.

Fue Ludmila Afanasiev la primera en hablar:

— ¡Qué irritante es ser tan impotente!, ¿verdad? —Eso era aplicable a muchos enfermos vistos hoy. Siempre golpeteando la mesa con la punta del lápiz, prosiguió—: Sin embargo, sabemos que no hemos cometido ningún error. —Esto podía aplicarse a Azovkin, a Mursalimov—. Puede que hayamos andado a tientas en nuestro diagnóstico, pero nuestro tratamiento siempre ha sido acertado. Y no podíamos administrar dosis menores de rayos. ¡Pero ese tonel nos ha perdido!

¡Sigbatov! ¡Estaban pensando en Sigbatov! Realmente, hay enfermedades ingratas, en las cuales se gasta triple destreza que de ordinario, resultando al cabo impotente para salvar al enfermo. Cuando trajeron a Sigbatov por primera vez en su camilla, la placa radiográfica acusó fractura completa de casi todo el sacro. Los tanteos consistían en que al principio todos, hasta el profesor llamado a consulta, habían diagnosticado sarcoma óseo y sólo en seguida, paulatinamente, se había llegado a la conclusión de que era un tumor de células gigantes, con aparición de líquido en el hueso, todo el cual se transforma en una especie de gelatina. No obstante, el tratamiento era el mismo en uno u otro caso-.

Un hueso sacro no se saca, no se asierra: es la piedra angular que lo sustenta todo. Quedaba el recurso de los rayos, y de inmediato, en fuertes dosis, pues las dosis débiles habrían sido impotentes. ¡Y Sigbatov había sanado! ¡Su

sacro se había reafirmado! Había sanado; pero, de resultas de las dosis masivas de rayos que le aplicaran, todos los tejidos circundantes se habían puesto ultrasensibles y propensos a la formación de nuevos tumores malignos. Y cuando recibió en la espalda el choque del tonel, inmediatamente le apareció una úlcera trófica. Y ahora que su sangre y sus tejidos rechazaban los rayos, he ahí que un nuevo tumor le estragaba el organismo y no había cómo frenarlo, no se podía sino retardar sus efectos.

Para el médico, era la confesión de su impotencia, de la imperfección de sus métodos; mas para el corazón del médico era la piedad, la piedad más inútil: ahí estaba un tártaro llamado Sigbatov, tan dócil, tan amable, tan triste, tan agradecido, y todo lo que se podía hacer por él era prolongar sus sufrimientos...

Esta mañana, Nizamutdin Bacjramovich había convocado a la doctora Dontsov justamente por ese motivo: quería que se acelerara la rotación de los enfermos y, con tal objeto, que en todos los casos inseguros, en los que no se pudiera garantizar una mejoría decisiva, se los invitase a volver a sus casas. La doctora Dontsov estaba de acuerdo; su vestíbulo de los bajos no se desocupaba de pacientes en espera de su turno, a veces durante varios días, y de todos los centros de detección del cáncer instalados en cada distrito les llegaban solicitudes de admisión de enfermos. Ella estaba de acuerdo en principio; pues bien, nadie caía mejor que Sigbatov bajo el golpe de esta disposición; mas he aquí que ella era incapaz de echarlo. Demasiado prolongada y demasiado enervante había sido la lucha por salvar aquel simple sacro de hombre; le era imposible, ahora, ceder ante un argumento razonable; imposible renunciar, en esta partida de ajedrez, a la mera repetición de las jugadas que se intentaba con la esperanza ínfima de que fuese en definitiva la muerte y no el médico quien se equivocara. Por Sigbatov, la doctora Dontsov hasta había variado la orientación de sus investigaciones científicas; se había zambullido en la patología del hueso, impelida por un solo deseo: el de salvar a Sigbatov. Acaso hubiera allá abajo, en el vestíbulo, enfermos cuya premura fuese igualmente grande; pero ella no podía dejar irse a Sigbatov y recurriría a todas las artimañas necesarias para torcer la decisión del médico jefe.

Nizamutdin Bacjramovich también había insistido en que no se retuviera a los pacientes condenados a morir. Su muerte debía sobrevenir, en lo posible, fuera del hospital; eso dejaría otras camas libres, les ahorraría un espectáculo penoso a los enfermos que quedaban y mejoraría las estadísticas, ya que a esos enfermos se los borraría no por fallecimiento, sino mencionando: "Estado agravado".

Era lo que se había producido hoy en el caso de Azovkin. Su historia clínica, que en el transcurso de los meses se transformara en un grueso cuaderno de hojas parduscas rústicamente unidas, sembradas de puntitas de madera blancas incrustadas a trechos en las que se atascaba la pluma, esa historia estaba por entero cubierta de rayas y cifras azules y moradas. Y a través de las páginas de este cuaderno con folios agregados, lo que veían los médicos era al joven, encogido sobre su cama, todo bañado en sudor de tanto que sufría; no obstante, las cifras, leídas en voz baja y suave, eran más inexorables que las sentencias de

un tribunal, sin apelación posible. Había allí veintiséis mil unidades R, doce mil de ellas en la última serie; cincuenta inyecciones de sinoestrol; siete transfusiones de sangre, con un total de mil doscientos cincuenta centímetros cúbicos; a pesar de todo lo cual seguía no habiendo más que tres mil cuatrocientos leucocitos; en cuanto a glóbulos rojos... Las metástasis, como tanques, hacían pedazos el sistema defensivo; se habían instalado ya en el mediastino, habían aparecido en los pulmones, infectaban los ganglios supraclaviculares, y el organismo no era de ninguna ayuda para detenerlas.

Mientras las doctoras examinaban y completaban cada ficha, la enfermera radióloga continuaba la consulta. Acababa de hacer entrar a una niña de cuatro años con un vestido azul, acompañada de su madre. La niña tenía en la cara unos pequeños angiomas rojos, todavía minúsculos y hasta ahora benignos; pero se acostumbra aplicarle rayos a este tipo de tumor, a fin de que no empeore. En cuanto a la niña, ignorante de la grave amenaza de muerte que quizás llevaba ya sobre su pequeño labio, no estaba muy intranquila. No era la primera vez que venía: ya no tenía miedo: gorjeaba, extendía la mano hacia los aparatos niquelados, muy dichosa en este mundo rutilante. En su caso, la sesión no duraba sino tres minutos; mas ella no estaba del todo dispuesta a permanecer inmóvil tres minutos bajo el angosto tubo que la enfermera dirigía con precisión a la parte enferma. Hacía incesantes contorsiones, se apartaba, y la técnica desconectaba nerviosamente el aparato, rectificando sin cesar la orientación del tubo. La madre trataba de retener la atención de la pequeña con un juguete que tenía en la mano, prometiéndole otros, con la condición de que se estuviera sosegada. Después le tocó el turno a una vieja ceñuda que demoró interminablemente en desatarse el pañolón y quitarse el corpiño. Luego llegó de las salas una mujer de blusa gris; tenía en la planta del pie una pústula colorada del tamaño de una bolita, causada por un clavo que le atravesó la suela; charlaba alegre con la enfermera, sin sospechar que esa bolita insignificante, de un centímetro de diámetro, que sabe Dios por qué se negaban a sacarle, no era otra cosa que el rey de los tumores malignos, el melanoblastoma.

Distraídas de su trabajo, las dos doctoras, involuntariamente, se interesaban por cada caso, examinaban a los pacientes y le daban consejos a la enfermera; a continuación le llegó a Vera Komiliev la hora de ponerle a Rusanov su inyección de embiquina; entonces colocó ante Ludmila Afanasiev la última ficha, la que guardara adrede para el final: la de Kostoglotov.

—Habiendo partido, de un estado tan grave —dijo—, ¡qué brillantes comienzos! Sólo que es un buen hombre especialmente, porfiado. ¡Mucho me temo que se niegue a continuar!

—¡Que haga la prueba! —contestó Ludmila Afanasiev, golpeando la mesa con su lápiz. Kostoglotov tenía la misma enfermedad que Azovkin, pero ¡su tratamiento tomaba un giro tan promisorio! ¡Ya verían sí osaba negarse!

—Con usted, sí —asintió de inmediato la doctora Gangart—. Pero yo no estoy segura de llegar a convencerlo. ¿Podría mandárselo a usted, quizás? —Trató de sacarse de la uña una partícula de polvo que se le había pegado ahí—. Mis relaciones con él son bastante difíciles... Yo no logro imponerle mi opinión. No sé por qué.

Esas relaciones difíciles databan de su primer encuentro. Era un día de enero frío y lluvioso. La doctora Gangart se había hecho cargo de su turno de noche cuando, a eso de las nueve, una auxiliar gorda y robusta del primer piso vino a quejarse a ella:

—Doctora, allá abajo hay un enfermo que me saca de quicio; jamás podré arreglármelas con él yo sola. Realmente, si no se toman ciertas medidas, va a hacernos trabajar como burras.

Vera Korniliev bajó y vio al pie de la escalera a un gran demonio de hombre estirado a ras del suelo, cerca del reducto cerrado con llave de la enfermera jefa; calzaba botas y vestía un capote militar rojizo; un pasamontañas demasiado chico, que nada tenía de militar, estaba muy corrido sobre su frente. Se había puesto bajo la cabeza su saco enrollado y, con toda evidencia, se disponía a dormir ahí. La doctora se le acercó mucho, sobre sus piernas finas calzadas con tacos altos (vestía siempre con esmero), y lo miró severamente, esperando que esa mirada le diese vergüenza y se levantara; mas él, al verla, no se impresionó en lo más mínimo y no movió ni el meñique; hasta le pareció a la joven que volvía a cerrar los ojos.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Un hombre... —respondió a media voz, con indolencia.

—¿Tiene su boletín de ingreso?

—Sí.

—¿Cuándo lo recibió?

—Hoy. —Las señales que se veían a su alrededor, en el suelo, hacían suponer que su capote "estaba todo mojado, como por lo demás sus botas y su saco.

—Pero no puede quedarse aquí... Está ... prohibido. Y además es ... muy incómodo ...

—En absoluto —contestó él, arrastrando la voz—. Por otra parte, estoy en mi patria, ¿por qué he de incomodarme?

Vera Korniliev estaba muy confundida. Sentía que no era posible gritarle a aquel hombre; además, él no obedecería...

Se volvió hacia el vestíbulo, donde, durante el día, permanecían siempre muchos visitantes y enfermos en espera de su turno, y donde tres escaños acogían a las familias que venían a ver a los suyos; por la noche, cuando cerraban el hospital, se autorizaba para pernoctar ahí a los pacientes graves venidos de lejos y que no sabían a dónde ir. Esa noche no había más que dos escaños en el vestíbulo; ocupaba uno de ellos una vieja, acostada; en el otro estaba sentada una joven uzbeka con una pañoleta multicolor, que había colocado a su bebé al lado suyo.

Allá, en el vestíbulo, nada impedía dormir en el suelo; pero éste estaba sucio, pisado sin cesar.

Aquí, por el contrario, todo estaba esterilizado y no se entraba sino con tenida de enfermo, o bien con blusa blanca. Vera Korniliev bajó de nuevo la cabeza hacia aquel paciente arisco, cuyo rostro demacrado había perdido entretanto algo de su indolencia.

—¿Y no tiene a nadie en la ciudad?

—No.

—¿No intentó en los hoteles?

—Sí—informó él con lasitud.

—Aquí hay cinco.

—No quieren oír nada —dijo, farrando los párpados, como para indicar que la audiencia había terminado.

— ¡Si hubiese venido más temprano! —prosiguió la doctora, que estaba reflexionando—. Algunas de nuestras enfermeras albergan a pacientes por la noche, y no cobran caro. —El hombre había cerrado los ojos.

—¡Dijo que se quedaría acostado ahí una semana, si era preciso! —intervino acremente la auxiliar—. ¡En la pasada! Mientras no le dieran cama. ¡Oye, comediante, levántate, no te hagas el imbécil! Aquí está esterilizado —ordenó.

—Pero ¿por qué no hay más que dos escaños? —preguntó la doctora Gangart, con sorpresa—. Me parece que había un tercero.

—Lo entraron allá, el tercero —repuso la auxiliar, mostrando con la mano una puerta de vidrio.

Así era; atrás de aquella puerta, al corredor que conducía a las salas de equipo, habían trasladado un escaño, para los enfermos que venían a la consulta de la tarde a hacerse tratar con rayos.

Vera Korniliev le dijo a la auxiliar que abriera esa puerta y se volvió hacia el enfermo.

—Voy a instalarlo mejor; levántese.

Al principio la miró él con desconfianza. Luego, a costa de visibles sufrimientos, con crispaciones de dolor, se incorporó sobre sus piernas. Era evidente que el menor movimiento, la menor torsión del busto, le eran muy penosos. Al levantarse no había tomado su saco y ahora que era preciso agacharse para recogerlo, le temió al dolor.

Vera Korniliev se inclinó con ligereza, tomó entre sus dedos blancos el saco empapado y pringoso, y se lo entregó.

—Gracias —dijo él, con una mueca por sonrisa—, Tengo que haber caído muy bajo para... —Un rectángulo húmedo indicaba, en el suelo, el lugar en que permaneciera tendido.

—¿Lo mojó la lluvia?

— averiguó ella, observándolo con creciente conmiseración—. Allá en el pasillo hace calor. Sáquese el capote. ¿No tiene escalofríos? ¿No tiene fiebre? —Como esa fea gorra negra de orejeras colgantes que le ceñía el cráneo le tapaba toda la frente, aplicó dos dedos a su mejilla. Con este simple contacto comprendió que tenía fiebre—. ¿Está tomando algo? —La mirada que le lanzó él ya no era la misma; ya no reflejaba el aislamiento huraño que se leía en ella un momento antes.

—Analgésico. . .

—¿Tiene?

—Sí.

—¿Es necesario traerle un somnífero?

—Sí, si puede.

—¡Ah, es verdad! —dijo ella, acordándose repentinamente de algo—. Su boletín de ingreso... ¡Muéstrémelo! —El sonrió burlonamente (a menos que fuera el dolor, no más, lo que hizo moverse sus labios).

—Y sin ese papel ¿me manda usted de vuelta bajo la lluvia?— Se desabrochó la parte superior del capote y sacó, del bolsillo de la blusa marinera que llevaba debajo, un boletín de ingreso extendido, en efecto, ese mismo día en el consultorio. Ella lo leyó y vio que el recién llegado era uno de sus pacientes, un "radioterápico". Con el boletín de ingreso en la mano, dio media vuelta y partió a buscar el somnífero.

—Se lo traigo inmediatamente. Acuéstese.

—¡Espere, espere! —lanzó él con vivacidad—. Devuélvame mi papel. ¡Ya conozco esos sistemitas!

—Pero ¿qué es lo que teme? —se extrañó ella volviéndose, picada por su observación—. ¿No me tiene confianza?

El la miró indeciso, luego masculló:

—¿Por qué había de tenerle confianza? ¡No nos criaron con el mismo biberón, que yo sepa! —Y partió a acostarse.

La había encolerizado y decidió no regresar; fue la auxiliar quien le trajo el somnífero, junto con devolverle su boletín de ingreso; en lo alto de este boletín la doctora había inscrito la palabra "Cito", subrayándola y añadiéndole un signo exclamativo.

No volvió a pasar hasta avanzada la noche. El estaba durmiendo. El escaño era perfecto para eso: imposible caerse, la curva de! respaldo se juntaba con la curva del asiento, inclinado hacia adentro, formando una especie de canaleta. Se había sacado el capote empapado; no obstante, se había tapado con él, echándose uno de los faldones sobre las piernas y el otro sobre los hombros. Los pies le colgaban del extremo del banco. Las suelas de sus botas, gastadas hasta la trama, estaban remendadas con pedazos de cuero rojo y negro clavados en todas direcciones. Estoperoles protegían la punta y el taco.

En la mañana, Vera Korniliev habló con la enfermera jefa, quien instaló al recién llegado en el rellano del segundo piso.

En lo sucesivo, Kostoglotov ya no le había dicho ninguna insolencia, es cierto. Charlaba con ella en un tono neutro y cortés de ciudadano, la saludaba primero y le sonreía amigablemente. Pero ella tenía siempre la sensación de que él podía entregarse de un momento a otro a alguna extravagancia.

Anteayer, sin ir más lejos, ella lo hizo venir para comprobar su grupo sanguíneo; pero después que hubo preparado una jeringa vacía para tomar sangre de la vena, él se bajó de nuevo la manga que acababa de subirse y dijo, en tono firme:

—Vera Korniliev, lo siento mucho, pero busque un medio de prescindir de este examen.

—Pero ¿por qué, Kostoglotov?

—Ya me han sacado así bastante sangre; ahora s© acabó, que vayan a sacársela a los que tienen mucha.

—¿Y no le da vergüenza? ¡Un hombre! —dijo ella, lanzándole esa mirada irónica, muy femenina y tan antigua como el mundo, insoportable para un hombre—. No voy a sacarle más de tres centímetros cúbicos.

—¿Tres centímetros cúbicos? ¿Nada más que eso? Pero en fin, ¿para hacer qué?

—Para determinar su grupo sanguíneo, hacer un estudio de compatibilidad y, si éste es favorable, le haremos una transfusión de doscientos cincuenta gramos.

—¿A mí? ¿Una transfusión? ¡Muchas gracias! Yo no tengo qué hacer con ella. La sangre de otros no la quiero y la mía me la guardo. No tiene más que anotar mi grupo sanguíneo, me lo sé desde que estuve en el frente. — En vano recurrió a todo para convencerlo, él se entregó a otras consideraciones igualmente inesperadas y no cedió. Estaba persuadido de que todo eso era inútil. Ella terminó por exasperarse.

—Usted me pone en una situación estúpida y ridícula. Se lo ruego, por última vez. —Por cierto, era un error y una humillación de su parte. ¿Por qué rogarlo? Pero él se descubrió el brazo de inmediato y se lo tendió.

—Lo hago por usted, únicamente; sáqueme tres centímetros cúbicos, por favor.

Con él siempre perdía su aplomo, lo cual ocasionó un día un pequeño episodio cómico. Kostoglotov acababa de decirle: "En realidad, no tiene usted nada de alemana; ¿Gangart es el apellido de su esposo, sin duda?" Y ella le contestó atolondradamente: "Sí".

¿Por qué había respondido eso? Le habría parecido denigrante contestar otra cosa en aquel momento...

El no preguntó nada más. Lo cierto era que Gangart era el apellido de su padre, de su abuelo. Eran alemanes rusificados.

¿Era necesario decirle: "No soy casada, nunca he sido casada"?  
No, no era posible.

## CAPITULO VI

### HISTORIAL DE UN ANÁLISIS

Ante todo, Ludmila Afanasiev condujo a Kostoglotov a la sala de equipo, de donde acababa de salir una enferma después de su sesión de rayos. A partir de las ocho de la mañana, sin interrupción, funcionaba en dicha sala un tubo de Crookes de ciento ochenta mil voltios, que colgaba del techo sujeto por ganchos metálicos y, permaneciendo el ventanillo cerrado de la mañana a la noche, la atmósfera de la pieza estaba enteramente impregnada de esa tibieza dulzona y apenas repulsiva característica de las salas de radio.

Esta tibieza del aire, cuyo efecto sentían los pulmones (desde luego, era algo más que una simple tibieza), les causaba náuseas a los pacientes, al cabo de seis o diez sesiones; pero, agradable o no, Ludmila Afanasiev se había habituado a ella; durante sus veinte años de trabajo aquí, cuando aún nada protegía los tubos (y varias veces había estado a punto de topar un cable de alta tensión que pudo haberla matado), la doctora Dontsov había respirado a diario el aire de esas salas y todos los días se había quedado allí por más tiempo del permitido, estableciendo sus diagnósticos. Y a pesar de todas las pantallas, a pesar de todos los guantes, probablemente había recibido más unidades R que los enfermos más afectados y más sufridos; sólo que nadie las había contado, nadie las había sumado.

Se apresuraba, pero no solamente para salir más temprano: sobre todo, no había que inmovilizar los aparatos, ni siquiera unos minutos de más. Le hizo a Kostoglotov seña de tenderse en la dura camilla de madera, debajo del tubo, y de descubrirse el abdomen. Luego, pasándole por la piel una especie de cepillo que le hizo cosquillas y le dio frío, trazó unos perfiles extraños que semejaban cifras.

Sin perder un minuto, le explicó entonces a la enfermera radióloga el esquema de los cuadrantes que trazara y cómo había que correr el tubo hacia cada uno de esos cuadrantes. Luego le ordenó a Kostoglotov volverse de boca y le pintó el dorso en forma parecida. Al terminar, declaró:

—Después de la sesión de rayos, venga a verme.

Y se marchó. La enfermera le pidió a Kostoglotov ponerse otra vez de espaldas y recubrió el primer cuadrante con un lienzo; enseguida trajo unas pesadas cubiertas de caucho emplomado y las colocó sobre las zonas limítrofes, que por el momento no debían recibir el impacto directo de los rayos. Las cubiertas elásticas se le pegaron al cuerpo y su peso le resultó agradable.

La enfermera se fue y cerró la puerta. Ahora ya no lo veía sino por una pequeña abertura con vidrio practicada en el espesor de la pared. Se dejó oír un leve chirrido, se encendieron las lámparas auxiliares, el tubo principal comenzó a enrojecer.



Entonces, a través de ese cuadrado de piel del abdomen desprovisto de protección, luego a través de los tejidos' intermedios; a través de órganos cuyo dueño era el primero en ignorar cómo se llamaban; a través de la masa del tumor, agazapado como un sapo; a través del estómago o del intestino; a través de la sangre que recorría venas y arterias; a través de la linfa, a través de las células, a través de la espina dorsal y las vértebras; a través de nuevas capas de tejidos, de los vasos y la piel del dorso; luego a través de la camilla, de las tablas de cuatro centímetros del suelo; a través del subsuelo y los cimientos y más lejos, más lejos todavía, hundiéndose en las bases de piedra y en la tierra, se derramaron los duros rayos X, vectores vibrantes de los campos eléctrico y magnético, difícilmente concebibles por la mente humana, o algo más inteligible para el hombre, proyectiles quanta que lo acribillaban todo a su paso, despedazándolo.

Y aquella nutrida y bárbara metralla de quanta, que se efectuaba silenciosamente, sin que los tejidos bombardeados sintieran cosa alguna, le había devuelto a Kostoglotov, en doce sesiones, el deseo y goce de vivir, el apetito y el buen humor. Liberado, desde las sesiones segunda y tercera, de los dolores que le hacían la vida insoportable, él quiso saber y comprender cómo esos pequeños proyectiles que lo atravesaban de parte a parte podían bombardear su tumor sin tocarle el resto del cuerpo. Kostoglotov no podía, en verdad, aceptar un tratamiento sino una vez que hubiese comprendido claramente su significado y adherido a él sin reservas.

Para tratar de formarse una idea clara de la radioterapia, interrogó a Vera Korniliev, esa joven delicada que desarmara todas sus prevenciones y su desconfianza desde su primer encuentro, al pie de la escalera, cuando tan decidido estaba él a no irse de ahí si no lo desalojaban los bomberos o la policía.

—No tenga miedo de explicarme —le había dicho, para tranquilizarla—. Yo soy como un guerrero lúcido, que no puede combatir a menos que comprenda los objetivos de su lucha. ¿Cómo es que los rayos X destruyen los tumores sin tocar los demás tejidos?

Todo cuanto sentía Vera Korniliev lo expresaban sus labios, ya antes que sus ojos. Los labios de esta joven tenían algo de trémulo, de leve, como unas alas. Y ahora lo que reflejaban era incertidumbre: el soplo de sus labios delataba sus dudas.

(¿Qué podía decirle? Aquella artillería ciega ¿no ametrallaba con igual satisfacción tanto a los unos como a los otros?)

—¡Oh, con qué fin!... Bueno, sea... Por supuesto, los rayos lo destruyen todo a la vez. Sólo que los tejidos sanos se reconstituyen muy rápidamente y los otros no. —Verdadero o falso, lo que dijo le agradó a Kostoglotov.

— ¡Oh!, en tales condiciones, acepto jugar. ¡Gracias! Ahora sé que voy a sanar.

En efecto, él mejoraba. Se tendía de buen grado bajo los rayos y, lo que es más, a lo largo de toda la sesión se dedicaba mentalmente a convencer a sus células enfermas de que estaban aniquilándose y se hallaban, por decirlo así, fuera de combate.

O bien, pensaba en cualquier cosa, y hasta dormitaba.

En este instante estaba recorriendo con la vista los numerosos tubos y alambres que pendían sobre su Cabeza; trataba de comprender para qué había tantos y se preguntó si el sistema de enfriamiento era al agua o al aceite. Mas su pensamiento siguió vagando y la pregunta quedó sin respuesta.

Pensaba, en efecto, en Vera Gangart. Se decía que una mujer tan encantadora jamás se iría a vivir con ellos en Ush-Terek; que todas las mujeres como ella eran, por fuerza, casadas. Por lo demás, pensaba en ella independientemente de aquel marido hipotético. Se figuró que sería agradable charlar con ella, no a la carrera, sino extensa, tranquilamente; por ejemplo, el espacio de un paseo por el patio del hospital. De vez en cuando él la asustaría con alguna opinión un poco tajante que la turbaría. Era divertida cuando se turbaba. Su amabilidad brillaba en su sonrisa, como un sol, cada vez que se cruzaba con uno en el corredor o que entraba a la sala. En ella, la bondad no era impuesta, era natural; había bondad en su sonrisa; en su sonrisa, o más bien en sus labios. Tenía unos labios que se hubiera dicho vivos, independientes, prontos a remontarse, a apuntar hacia el cielo, como la alondra. Todos los labios están hechos para el beso; también aquellos labios, pero ellos tenían además una misión que les era privativa: murmurar frases de felicidad.

El tubo chirrió levemente.

Pensaba en Vera Gangart, pero también pensó en Zoe. Al parecer, la impresión más fuerte que le dejara la velada anterior y que resurgiera en él desde temprano era la que le causaron los senos firmes y erectos de la joven que formaban, los dos, una pequeña plataforma casi horizontal. Durante su charla de la víspera había en la mesa, al lado de ellos, una gran regla bastante pesada (no de madera terciada, sino maciza) que servía para trazar las columnas en las fichas; y Kostoglotov había estado todo el tiempo tentado de coger esa regla y ponerla sobre la pequeña meseta formada por los senos de Zoe, para ver si resbalaría o no resbalaría. Le pareció que no habría resbalado.

Pero había temido ofender a la joven.

Y además pensaba, con gratitud, en la gruesa cubierta plomada que le pusieran sobre el bajo vientre. Aquella cubierta que le pesaba sobre el cuerpo parecía decir jovialmente: "¡No temas, yo te defiendo!".

Y puede que no, después de todo. Acaso no fuera suficientemente gruesa. Acaso no la hubiesen puesto como era debido.

No obstante, en el lapso de estos primeros doce días, Kostoglotov no sólo había retornado a la vida, volviendo a hallar otra vez agrado en comer, en moverse y recobrando el buen humor; había vuelto también, en estos doce días, a eso que es la sensación más intensa en la vida de un hombre, que empero los sufrimientos de los últimos meses habían anulado por completo. En otras palabras, ¡el plomo aseguraba bien su defensa!

¡Poco importaba! Era preciso largarse de este hospital mientras aún estuviese entero.

Ni siquiera advirtió que había cesado el zumbido y que los alambres al rojo empezaban a enfriarse. La enfermera entró y lo desembarazó de las cubiertas protectoras y de los lienzos. El puso los pies en el suelo y entonces se

vio con claridad, en el abdomen, unos cuadrados y unas cifras violetas.

-Me gustaría mucho borrarle eso -le dijo a la enfermera.

-Solamente cuando lo autoricen los médicos.

-¡Muy práctico, en realidad! ¿Si he entendido bien, tengo por lo menos para un mes de este régimen?

Al salir, fue a donde la doctora Dontsov, a quien encontró sentada en la sala de radioterapia; se había encajado los anteojos cuadrados de esquinas redondeadas y estaba examinando al trasluz: unas radiografías. Los aparatos estaban desconectados, los dos ventanillos abiertos, y ya no había nadie más.

-Siéntese -le ordenó secamente. El se sentó.

Ella comparaba dos radiografías y continuó su examen.

Cierto, a veces él le hacía frente; mas ésa era su defensa contra los excesos de la medicina derivados de los reglamentos. Personalmente, Ludmila Afanasiev le inspiraba confianza, por su firmeza casi masculina; por la precisión de las órdenes que lanzaba con voz clara ante la pantalla, en la obscuridad; por su edad, también, y por su dedicación absoluta a su tarea; pero lo que sobre todo le inspiraba confianza era la seguridad de su mano, que ya el primer día le palpaba francamente el tumor, siguiendo su contorno sin la menor vacilación. Esta precisión de la mano de la doctora se la confirmó su propio tumor, que también era capaz de sentir. Sólo el paciente puede apreciar si en realidad el médico capta el tumor con sus dedos. La doctora Dontsov le palpaba el tumor con tal destreza, que bien podía prescindir de la radioscopia. Dejó a un lado las placas, se sacó los anteojos y le dijo:

-Kostoglotov, en su historia clínica hay una laguna demasiado importante. Necesitamos una confirmación exacta de la índole de su tumor primario. -Cuando empleaba un lenguaje técnico, el hablar de la doctora Dontsov se aceleraba en exceso: enhebraba de corrido largas frases y términos médicos-. Lo que usted nos cuenta de la operación que le hicieron dos años atrás, por una parte, y, por otra, la localización actual de la metástasis coinciden perfectamente y justifican nuestro diagnóstico. De todos modos, tampoco debemos excluir otras posibilidades; y esto nos dificulta más el tratamiento. Extraerle el tumor es, por el momento, imposible; no tengo para qué decírselo.

-¡A Dios gracias! Desde luego, yo me habría opuesto.

-Sigo sin comprender por qué no recibimos la preparación en placa microscópica de su primera extracción. ¿Sigue seguro de que hicieron un análisis histológico?

-Sí, totalmente seguro.

-Entonces ¿por qué no le entregaron el resultado? -prosiguió, en un tono cortante y apresurado de hombre de negocios, al punto de que había que adivinar algunas de las palabras que pronunciaba. Kostoglotov, en cambio, había perdido la costumbre de apurarse.

-¿El resultado? Es que estábamos cogidos en sucesos tan violentos, Ludmila Afanasiev, y la situación era tal, que a fe mía... simplemente me habría dado vergüenza averiguar acerca de mi biopsia. Es que, ve usted, las cabezas caían a todo nuestro derredor. Por lo demás, yo ni siquiera comprendí el motivo de aquella biopsia. -Cuando hablaba con médicos, le gustaba recurrir al

vocabulario de ellos.

-Usted, es natural, no comprendía. Pero los médicos..., ellos debían haber comprendido que con esas cosas no se juega.

-¿Los médicos?

Su mirada se posó en las canas, que ella no disimulaba y se negaba a teñir; luego bajó a su rostro, de pómulos algo anchos, cuya expresión estaba grave y tensa.

La vida era curiosa... Esa mujer sentada frente a él era compatriota suya; habían vivido la misma época, y además ella no le deseaba sino el bien; no obstante, aunque hablaban el mismo idioma, él no acertaba a explicarle las cosas más sencillas. Acaso porque había que remontarse a una fecha de demasiado remota, o bien interrumpirse demasiado pronto...

-Los médicos tampoco podían hacer nada, Ludmila Afanasiev. Al primer cirujano, un ucraniano, que decidió la operación y me preparó para ella, lo embarcaron en un convoy, justamente en la víspera.

-¿Y entonces?

-¿Y entonces? Pues bien, se lo llevaron.

-Disculpe, pero le habían avisado, y pudo...

Kostoglotov se echó a reír de buena gana. Estaba divirtiéndose mucho.

-Un convoyes algo de lo cual nunca se da aviso, Ludmila Afanasiev. Lo interesante es, precisamente, sacar a los tipos de su casa sin que ellos se lo esperen.

Grandes pliegues le surcaban la frente a la doctora Dontsov. Lo que decía Kostoglotov no tenía pies ni cabeza.

-Pero, puesto que había un enfermo que operar...

-¡ah! Se llevaron a otro aun más aviado que yo, un lituano que se había tragado una cuchara de aluminio, una cuchara de sopa.

-Pero, en suma, ¿para qué?

-Adrede. Para que lo sacaran del calabozo. Seguramente no sabía que iban a embarcar al cirujano...

-¿Y después?.. Porque su tumor crecía con rapidez, estoy segura.

-Sí, de día en día, algo muy serio... Y bien, después, al cabo de cinco o seis días, trajeron de otro campamento a otro cirujano; un alemán, Karl Fiodorovich. Bueno... Se tomó el tiempo de ponerse al corriente y en el término de veinticuatro horas me hizo la operación. Dicho esto, jamás se habló en mi presencia de tumor maligno ni de metástasis. Yo ni siquiera conocía la existencia de estas palabras.

- Y la biopsia, ¿fue él quien la envió?

-A la sazón, yo lo ignoraba todo, no tenía noción de biopsia alguna. Después de la operación permanecí acostado, con unas bolsas de arena sobre el vientre; luego, hacia el fin de semana, aprendí de nuevo a pisar en el suelo, a mantenerme de pie; y de repente, he ahí que vuelven a juntar un nuevo convoy de detenidos..., alrededor de setecientos hombres, supuestos renuentes. ¡Y en el lote está mi Karl Fiodorovich, tan pacífico!... Después supe que habían ido a buscarlo a su campamento, sin dejarle tiempo para ver a sus enfermos por última

vez.

-¡Qué salvajada!

-¡Oh, eso todavía no es nada! -prosiguió Kostoglotov, más animado que de costumbre-. Uno de mis amigos viene corriendo a avisarme que yo también estoy en la lista; que la encargada de la enfermería, madame Dubinsky, ha dado su aprobación. ¡Su aprobación! A sabiendas de que yo no podía caminar y de que aún no me habían sacado los puntos... ¡La muy zorra!... ¡Perdóneme!... Entonces tomo una decisión: partir en vagones para el ganado, con costuras mal cerradas que van a infectarse, es la muerte; dentro de algunos minutos estarán ahí... Pues bien, voy a decirles: "Fusílenme aquí, en mi cama; me niego a partir". Yo estaba firmemente decidido; pero nadie vino a buscarme. No que Mme. Dubinsky me hubiera compadecido, ella era la más sorprendida de verme permanecer ahí; en realidad, los del centro de reparto habían descubierto que me quedaba menos de un año. Pero estoy apartándome de mi tema... Me acerco, pues, a la ventana y veo, detrás de la empalizada del hospital, a una veintena de metros, el lugar de reunión y a los detenidos, a quienes empujan con sus bártulos. Karl Fiodorovich me divisa desde lejos en la ventana y me grita: "¡Kostoglotov! ¡Abra el ventanillo!" Los vigilantes aúllan: "¡Cierra el hocico, carroña!"; pero él continúa: "Kostoglotov, ante todo, no lo olvide, ¡es muy importante! Mandé un extracto de su tumor para análisis histológico a Omsk, a la Facultad de Anatomía Patológica. ¡Recuerde bien eso!" Y luego... los embarcaron. Esos fueron mis médicos y predecesores suyos" ¿De qué son culpables?

Kostoglotov se echó para atrás. Estaba muy emocionado, cogido de nuevo por el ambiente de este otro hospital.

Sin retener de este relato sino lo que juzgó útil (en sus historias los enfermos siempre intercalaban muchas cosas), la doctora Dontsov volvió a lo que le interesaba:

-Y entonces, ¿la respuesta de Omsk? ¿La recibió? ¿Se la comunicaron?

Kostoglotov encogió sus hombros angulosos.

-Nadie me comunicó cosa alguna. Desde luego, yo no entendía para qué me había gritado eso Karl Fiodorovich. No fue sino en el otoño pasado, una vez en relegación, habiendo progresado mucho mi enfermedad, cuando un viejo ginecólogo amigo mío insistió largo tiempo en que yo reclamara ese resultado. Escribí a mi campamento. No hubo respuesta. Entonces dirigí una reclamación a la directiva del campamento. Al cabo de unos dos meses recibí la respuesta siguiente: "Tras cuidadosa verificación de su historia clínica, no parece posible hacer un balance de análisis". Yo ya estaba tan abatido por mi tumor, que de buen grado lo habría abandonado todo; pero como de todas maneras el Resguardo me negaba el pase para ir a hacerme atender, escribí por si acaso a la Facultad de Anatomía Patológica de Omsk. Y muy pronto, en algunos días, recibí contestación; fue en enero, mire, antes que me autorizaran para venir acá.

-¡Henos ahí, por fin! Y esa respuesta, ¿dónde está?

-Ludmila Afanasiev, yo me venía para acá..., en suma, todo me daba lo mismo. Por lo demás, el papel no tenía membrete ni timbre, era una simple

carta escrita por una laboratorista. Me informaba en forma amable que habían recibido, por cierto, de la localidad que yo indicara, un corte histológico con la fecha indicada, y habían hecho el análisis, el cual confirmaba... justamente la clase de tumor que usted sospecha. Añadía que habían enviado de inmediato una respuesta al hospital interesado, es decir, a la enfermería de nuestro campamento. Cosa muy típica de lo que se estilaba en ese establecimiento, lo reconozco; llegó la respuesta, no supieron qué hacer con ella, y Mme. Dubinsky... -No... Decididamente, la doctora Dontsov no comprendía esa lógica. Había cruzado los brazos y se los golpeaba nerviosamente con las manos, más arriba de los codos...

-Pero, en suma, una respuesta así implicaba la necesidad de someterlo a usted, de inmediato, a la radioterapia.

-Radioterapia, ¿con qué? -exclamó Kostoglotov, mirándole irónicamente con los ojos fruncidos. ¡Estaba bueno! Llevaba un cuarto de hora tratando de contarle, ¿y con qué resultado? Una vez más, no había entendido nada... -. Ludmila Afanasiev -prosiguió con vehemencia-, no es posible imaginarse cómo son las cosas allá... ¡Nadie tiene la menor idea!... ¡Someterme a la radioterapia! ¡Pero si la parte operada todavía me dolía..., como ahora a Ajmadyan..., cuando ya me mandaron a trabajar como los demás y pavimentar! Y ni se me pasó por la mente estar descontento. ¿Sabe cuánto pesa un gran tambor de hormigón líquido, cuando lo levantan entre dos? -La doctora bajó la cabeza, cual si hubiese sido ella quien lo mandara a echar ese hormigón. Sí, poner al día esta historia clínica era un tanto complicado.

-Bueno, conforme. Pero esa respuesta que recibió de la Facultad de Anatomía Patológica ¿por qué no lleva sello? ¿Por qué es una carta personal?

-¡Bastante suerte es ya que al menos hubiera eso! -prosiguió Kostoglotov acaloradamente-. ¡Gracias a una buena laboratorista! En todo caso, hay más personas buenas entre las mujeres que entre los hombres, creo..., y esa carta personal es resultado de nuestra maldita manía del secreto. Esa mujer continuaba, en su carta: "Sin embargo, como ese extracto de tejido nos lo mandaron sin el nombre del paciente, no podemos darle ninguna información oficial, como tampoco podemos enviarle el corte".

La irritación iba apoderándose de Kostoglotov (la cólera se reflejaba en su cara más rápidamente que cualquier otro sentimiento).

-¡El gran secreto de Estado! -continuó-. ¡idiotas! Trabajan pensando que en alguna parte, en un laboratorio, podría saberse que en cierto campamento está muriéndose un prisionero llamado Kostoglotov..., hermano de un tal Luis... Y ahora el documento anónimo está rezagado allá, mientras aquí se rompe usted la cabeza por saber cómo curarme. ¡Pero el secreto está a salvo!

La doctora Dontsov posó en él una mirada clara y firme. Pero seguía su idea.

-Pues bien, debo adjuntar esa carta a su historia clínica.

-De acuerdo. Cuando regrese a casa se la mandaré inmediatamente.

-No, la necesito antes. Ese ginecólogo de quien me habló ¿no podría buscarla y enviársela?

-En cuanto a hallarla, es seguro que la hallaría. ¿Pero yo cuándo voy a irme? -preguntó Kostoglotov, mirándola sin levantar la vista.

-Usted se irá -dijo la doctora Dontsov, recalcando con fuerza cada palabra- el día en que yo considere necesario interrumpir su tratamiento, y aun así, no se irá sino por un tiempo. -Este instante lo esperaba Kostoglotov desde el comienzo de su conversación. ¡Y ahora había que atacar, en el acto!

-¡En serio, Ludmila Afanasiev! ¡Si usted dejara de tratarme como a un niño! ¡Si habláramos de adulto a adulto! Si esta mañana, en la visita, yo le...

-Esta mañana, en la visita -lo interrumpió la doctora Dontsov, cuyo rostro duro se había ensombrecido-, me hizo usted una escena vergonzosa. ¿Qué pretende? ¿Sembrar la confusión entre los enfermos? ¿Inquietarlos?

-¿Lo que quise esta mañana? -planteó él; y habló sin acalorarse, sopesando también sus palabras, sólidamente encajado en su silla, con la espalda bien apoyada-. Sólo quise recordarle que tengo derecho a disponer de mi propia vida. Una persona puede disponer de su propia vida, ¿no es cierto? ¿Me reconoce ese derecho? -La doctora Dontsov miró la línea pálida y sinuosa de su cicatriz y no contestó nada. Kostoglotov continuó su razonamiento-. Desde luego, parte usted de una posición falsa: una vez que un enfermo pasa a las manos suyas, es usted, en lo sucesivo, quien piensa por él; usted, sus reglamentos, sus reuniones de plana mayor, el programa, el plan y la honra de su establecimiento. Y yo, una vez más, no soy sino un grano de arena, como en el campamento; y ya nada depende de mí.

-Nosotros les pedimos a los pacientes una autorización escrita, antes de cada operación -le recordó la doctora Dontsov. ¿A qué venía eso de operación? En todo caso, ¡una operación es algo que él no aceptaría por nada del mundo!

-¡Gracias! Al menos por eso, ¡gracias! -Mas, en el fondo, ella no actuaba así sino para ponerse a cubierto-. Pero, aparte de la operación, bien sabe usted que nada se les consulta a los enfermos, nada se les explica. ¡Sin embargo, se sabe lo que cuesta una sola sesión de rayos!

-¿De dónde ha sacado toda esa palabrería a propósito de los rayos? -trató de adivinar la doctora Dontsov-. ¿No será Rabinovich el responsable?

-No conozco a nadie de ese nombre -respondió Kostoglotov, sacudiendo enérgicamente la cabeza-. Me refiero al principio.

(Sí, claro que era a Rabinovich a quien le debía esos sombríos relatos acerca de las consecuencias que acarrearían los rayos; pero había prometido no traicionarlo. Rabinovich era un enfermo que venía al consultorio; iba por lo menos en su duocentésima sesión; todas ellas le eran penosas, y sentía que cada decena de irradiaciones lo acercaba menos a la curación que a la muerte. Allí donde vivía, en su departamento, en su casa, en su ciudad, nadie lo comprendía; todos aquellos individuos sanos corrían, de la mañana a la noche, pensando sabe Dios en qué éxitos o en qué fracasos que les parecían muy importantes. Hasta su familia estaba harta de él. Solamente aquí, en la escalita del dispensario anticanceroso, le escuchaban durante horas y se condolían de su suerte; en efecto, todo enfermo comprende lo que significa cuando el trígono blando del cartílago tiroidal se ha endurecido por completo y todas las partes irradiadas

llevan cicatrices considerablemente engrosadas...)

¿Qué tal? ¡Habla de "principio"! ¡No les faltaba más, a la doctora Dontsov y a sus internas, que conversar con sus pacientes días enteros de los principios de cada tratamiento! Así, ¿cuándo aplicarían esos tratamientos?

Pero porfiados tan insaciables y tan quisquillosos como éste, o - como ese Rabinovich, que la hostigaban con toda clase de preguntas relativas a su enfermedad, surgían en su Servicio, era inevitable, a razón de aproximadamente uno por cada cincuenta enfermos, y tarde o temprano se estaba condenado a explicarse con ellos. A mayor abundamiento, el caso de Kostoglotov era también muy especial desde el punto de vista médico, y esto por una doble razón: por una parte, esa negligencia, esa malevolencia intencional con que atendieran al comienzo su enfermedad, llevando y empujando a aquel hombre a una muerte casi segura; y por otra parte, este retorno a la vida, brusco y excepcionalmente rápido, que provocaran los rayos.

- ¡Kostoglotov! Doce sesiones de rayos han hecho del moribundo que era usted un hombre bien vivo. ¿Cómo se atreve a hablar mal de los rayos? Se quejaba de no habersele atendido ni en el campamento en que estuvo ni en relegación y de habersele despreciado; y ahora se queja porque lo cuidan y porque se preocupan de usted. ¿Dónde está la lógica en todo eso?

-Visiblemente, no la hay -dijo Kostoglotov, agitando sus rizos negros-; pero acaso no deba haberla, Ludmila Afanasiev. El hombre es un ser muy complejo. ¿Por qué querer explicarlo mediante la lógica? ¿O bien mediante la economía? ¿O mediante la fisiología? Sí, llegué acá casi agonizante y reclamé sus cuidados y me tendí en el suelo, al pie de la escalera; pero usted inmediatamente deduce de ello que deseo que me salven a cualquier precio. No, ¡Yo no deseo que me salven a cualquier precio! ¡Nada hay en el mundo por lo cual acepte yo pagar cualquier precio!

Ahora hablaba con rapidez, aunque eso no le agradaba; mas la doctora Dontsov trataba de interrumpirlo y él aún tenía mucho que decir.

-Vine acá a buscar alivio a mis sufrimientos. "Me duele mucho, ¡ayúdenme! ", decía yo; y usted me ayudó y ya no tengo dolores. ¡Gracias! ¡Gracias! Le estoy infinitamente reconocido. Pero ahora ¡déjeme partir! Déjeme retirarme; como el perro en su caseta, ¡déjeme recobrar las fuerzas y lamerme las llagas!

- Y cuando esté de nuevo aniquilado de dolor, ¿se arrastrará hasta acá por segunda vez?

-Sí, posiblemente.

-¿Y deberemos aceptarlo?

-Sí. ¡Y en eso consistirá su caridad!... Al fin de cuentas, ¿qué es lo que la inquieta? ¿El porcentaje de curación? ¿Su responsabilidad? ¿Cómo consignar que se me despidió después de quince sesiones, en circunstancias que la Academia de Medicina recomienda no menos de sesenta?

Jamás había oído ella semejante ensalada de pataratas. Justamente desde el punto de vista de las estadísticas, causaría muy buena impresión despedirlo ahora, alegando una "súbita y franca mejoría", lo cual ya no sería posible al cabo de cincuenta sesiones. Y él seguía discutiendo:



-A mí me basta que usted haya hecho retroceder mi tumor, que le haya cerrado el paso. Está en posición de retirada; yo también, perfecto. Un soldado nunca está mejor que en posición de defensa. De todas maneras, usted no llegará a curarme "hasta el final", pues jamás hay final en el tratamiento del cáncer. Por lo demás, en general, todos los procesos naturales se caracterian por una saturación asintótica, etapa en la cual los grandes esfuerzos no van a parar sino a resultados cada vez más pequeños. Al comienzo, mi tumor retrocedió rápidamente; ahora será lento déjeme partir, pues, con lo que me queda de sangre.

-¿De dónde saca todos esos datos? ¡Me gustaría saberlo! -dijo la doctora Dontsov, frunciendo el ceño.

-Siempre me ha agradado consultar libros de medicina, ¿sabe?

-¿Pero qué teme, exactamente de nuestro tratamiento?

-¿Lo que temo? No lo sé, Ludmila Afanasiev, yo no soy médico; pero tal vez usted lo sepa y no quiera explicármelo. Por ejemplo, mire: Vera Korniliev quiere recetarme una inyección de glucosa...

-Es absolutamente necesario.

-Pues bien, yo no quiero.

-¿Y por qué no?

-En primer lugar, es antinatural. Si en verdad necesito azúcar de uva, ¡dénmela por la boca! ¿Qué invención es ésta del siglo XX, que consiste en poner inyecciones a troche y moche? ¿Se ve eso en la naturaleza? ¿Entre los animales? Dentro de cien años se burlarán de nosotros como de unos salvajes. En segundo lugar, está la manera de poner las inyecciones. Una enfermera encuentra la vena de inmediato; otra le perfora a uno toda la piel, ahí en el repliegue del codo. ¡Yo no quiero! Por otra parte, constato que tratan insidiosamente de hacerme una transfusión.

-¡Debería alegrarse de eso! Alguien le da su sangre. ¡Es salud, es vida!

-¡Pero yo no quiero! Vi hacerle una transfusión a un chechén<sup>2</sup> aquí, y en seguida estuvo tres horas pataleando en su cama; "la compatibilidad no era perfecta", al parecer. A otro le introdujeron sangre al lado de la vena y pronto se le formó en el brazo una pelota grande. Ahora llevan un mes poniéndole compresas calientes. ¡Yo no quiero!

-Es que sin transfusión no es posible aplicar muchos rayos.

-y bien, ¡no lo haga! ¿Por qué se arroga el derecho a decidir en nombre de los demás? Es un derecho temible y que no conduce a nada bueno. ¡Desconfíe de él! Tal derecho no se le ha dado a nadie, ni siquiera al médico.

-¡Sí, justamente ese derecho le corresponde al médico, ante todo al médico! -exclamó con impetuosidad la doctora Dontsov, a quien la conversación había acalorado mucho-. ¡Sin ese derecho no habría medicina en absoluto!

-¿Ya qué conduce? A ese informe sobre la enfermedad provocada por los rayos que pronto va a hacer usted, ¿no es así?

-¿Cómo lo sabe? -preguntó la doctora, con sorpresa.

---

<sup>2</sup> 'Pueblo de una región petrolera del Cáucaw. <N. de la T.I

-No es difícil suponer...

(En efecto, era sencillo: encima de la mesa había una gruesa carpeta con pliegos escritos a máquina. La tapa ostentaba una inscripción que Kostoglotov veía al revés, pero durante la conversación había tenido el tiempo necesario para leerla y reflexionar al respecto.)

-No es cosa de brujos adivinarlo... Como acaba de aparecer un término nuevo, preciso es hacer informes. Sólo que, bien lo sabe usted... hace de eso veinte años..., irradió usted a otro tipo, a otro Kostoglotov, y aquel Kostoglotov protestaba que le temía al tratamiento, mientras usted le aseguraba que todo era normal, porque aún no conocía esa enfermedad causada por los rayos. Y bien, es lo que pasa hoy conmigo: yo todavía no sé lo que me amenaza; pero, por favor, ¡déjeme irme! Quiero sanar por mis propias fuerzas. ¿V si tuviera de repente una mejoría, eh? -Hay un principio, entre los médicos: no intimidar al paciente; es preciso levantarle la moral. Pero a un paciente tan insoportable como Kostoglotov, por el contrario, había que desconcertarlo.

-¿Una mejoría? No habrá mejoría, puedo asegurárselo -dijo ella, y su mano restalló sobre la mesa secamente, cual un matamoscas-. ¡No la habrá! En cambio -añadió, midiendo el golpe que iba a asestarle-, ¡usted morirá!

Lo miró, esperando verlo estremecerse. Pero él permaneció quieto.

-Correrá la suerte de Azovkin. Está claro, ¿no? Usted tiene la misma enfermedad, atendida casi con igual retraso. Ajmadyan se salvará, porque empezamos a aplicarle rayos inmediatamente después de la operación. Pero usted..., usted perdió dos años, ¡Piénselo! Habría habido que hacer ante todo una segunda operación, al ganglio linfático más próximo, que lo normal era que debía estar a su vez afectado; y esa operación no se le hizo, recuérdelo, y las metástasis se han propagado a todas partes. ¡Su tumor es una de las formas de cáncer más peligrosas! Es peligrosa porque se desarrolla con gran celeridad y es un tumor especialmente maligno, que produce ramificaciones en forma muy veloz. Hasta hace poco su índice de mortalidad era del noventa por ciento. ¿Le conviene? Mire, voy a mostrarle...

Sacó de un montón de fichas una carpeta y comenzó a trajar los papeles que contenía. Kostoglotov callaba. Luego se puso a hablar, pero con voz suave, que ya no tenía la firme seguridad de un momento antes.

-Para hablar con franqueza, yo no le tengo tanto apego a la vida. No sólo no tengo ya expectativas, sino que tampoco he dejado atrás grandes cosas; y si tengo una ínfima probabilidad de vivir seis cortos meses, pues bien, preciso es que los viva. Pero proyectar de antemano diez o veinte años, no quiero. De tanto curar, se hace sufrir demasiado. Van a empezar las náuseas, los vómitos... ¿Con qué fin?

-Aquí está, lo encontré: son nuestras estadísticas. -Y le puso bajo los ojos una hoja doble de cuaderno, encabezada a todo lo ancho por el nombre de su tumor; en lo alto de la página izquierda se leía: "Fallecidos"; en lo alto de la derecha: "Todavía no fallecidos". En ambas, tres columnas llenas de nombres de pacientes hombres, escritos en momentos diversos, con lápiz, con tinta. En el lado izquierdo nada estaba tarjado; pero en el lado derecho había borrones y más borrones... -. Ve, pues: cada vez que despedimos a un enfermo lo anotamos en

la lista de la derecha y en seguida lo pasamos a la de la izquierda... Sin embargo, hay algunos afortunados que siguen en la de la derecha, ¿ve?

Le dio la hoja, para que la mirara más de cerca y reflexionara.

-A usted le parece haber sanado -prosiguió enérgicamente-, pero está enfermo, como antes. Tal como cuando negó, así mismo está todavía... Lo único que se ha dilucidado es que con el tumor que tiene usted es posible luchar y que no todo está perdido aún. ¿Es oportuno el momento que elige para anunciar que se va? Pues bien, ¡váyase, váyase! ¡Hoy, si quiere! ¡Haré inmediatamente lo necesario... y lo inscribiré con mi propia mano en esa lista, la de los "Todavía no fallecidos". -El nada decía-. ¿y bien? ¡Decida!

-Ludmila Afanasiev -dijo él por fin, a manera de conciliación-, si lo que necesito es un número razonable de sesiones, cinco o diez...

-Ni cinco ni diez, sino ninguna... ¡O tantas como se requieran! Por ejemplo, a partir de hoy, dos sesiones por día, en vez de una; ¡Y todas las formas de tratamiento que sean necesarias! ¡Y además hay que dejar de fumar! Y además, hay todavía otra condición obligatoria: ¡sobrellevar el tratamiento no sólo con confianza, sino también con alegría! ¡Solamente así podrá sanar!

Él bajó la cabeza. En realidad, en cierto modo había titubeado más por cuanto esperaba lo peor: temía que le propusieran operarse; pero no se había hablado de operación y con los rayos podía seguir, eso no lo incomodaba. Kostoglotov tenía de reserva un remedio que mantenía en secreto: una raíz que crecía en las riberas del lago tsyk-Kul y, si contaba con regresar a su aldea lejana, era con la oculta intención de medicarse con aquella raíz. Teniendo de reserva ese remedio, Kostoglotov no había venido al consultorio de cancerosos sino a título de ensayo. Viéndose con ventaja, la doctora Dontsov se mostró magnánima:

-Está bien, no le daremos glucosa. En su reemplazo, le pondremos otra inyección, una intramuscular.

Kostoglotov sonrió:

-Esa se la concedo con mucho gusto.

-y además, se lo ruego, hágase mandar cuanto antes esa carta de Omsk.

Al separarse de ella, le pareció caminar entre dos eternidades: de un lado, la lista de los "Todavía no fallecidos", con sus inevitables borrones; del otro, el exilio eterno, eterno como las estrellas, como la Vía Láctea.

## CAPITULO VII

### EL DERECHO A CURAR

Sólo que, si hubiese intentado dilucidar el cómo y el porqué de esta inyección, haciéndose decir cuáles serian sus efectos; si hubiera exigido saber en qué forma era realmente necesaria y moralmente justificada; si Ludmila Afanasiev se hubiese visto obligada a revelarle el significado y las posibles consecuencias de este nuevo tratamiento, casi con seguridad se habría sublevado Kostoglotov en forma definitiva. Mas en el instante preciso, agotados todos sus brillantes argumentos, él había cedido.

En cuanto a ella, había trampeado a conciencia al hablarle de esas inyecciones como de algo insignificante: ya estaba cansada de tales explicaciones y sabía con certeza que, una vez verificada en el paciente la acción de una terapéutica exclusivamente a base de rayos, había llegado la hora de asestarle al tumor un nuevo golpe, tal como lo recomendaban de manera encarecida, para esta forma de cáncer, todos los manuales contemporáneos. Presintiendo un éxito fuera de lo común en el tratamiento de Kostoglotov, ella no podía hacerse cómplice de su obstinación renunciando a poner en juego todos los medios por los cuales creía poder luchar contra su mal. Por supuesto, los resultados del primer análisis se habían perdido. Pero toda su intuición, todo su olfato, toda su experiencia le sugerían que había dado exactamente con el tumor que ella pensaba y no con un teratoma o un sarcoma.

Era precisamente sobre este tipo de tumor y sobre la migración de metástasis que acarreaba que la doctora Dontsov estaba escribiendo su tesis. A decir verdad, no trabajaba en ella en realidad en forma continuada; se había puesto a hacerla, la había dejado, la había retomado, en varias ocasiones; su maestro -el doctor Oreshchenkov- y sus amigos le repetían que todo marcharía muy bien; pero dominada, aplastada por las circunstancias, había cesado de creer que llegaría un día en que ella defendería su tesis. No era que le faltase experiencia o material; por el contrario, los tenía de sobra y los acrecentaba a diario, dirigiéndose ora a su pantalla, ora al laboratorio, ora a la cabecera de un paciente; pero ocuparse de las tres cosas y del aprovechamiento de las radiografías, redactar los casos clínicos, sistematizar y presentar algo que se pareciera a una tesis, sobrepasaba las fuerzas humanas. Habría podido conseguir una destinación por seis meses a Investigación, pero ni los enfermos ni el hospital le brindarían jamás una oportunidad propicia a tal alejamiento, ni llegaría nunca aquel día imposible a partir del cual fuera lícito abandonar a sí mismas a las tres jóvenes internas a quienes dirigía e irse por un semestre.

Un día le habían dicho a Ludmila Afanasiev que León Tolstoi habría declarado, a propósito de su hermano, que poseía todas las cualidades del

escritor, faltándole los defectos que hacen a un escritor. Cabe creer que a ella le faltaban los defectos que permiten llegar a ser médico. Ciertamente ella no experimentaba ninguna necesidad de oír cuchichear a espaldas suyas: "No es un simple médico; es catedrática en medicina, es la Dontsov", ni de ver figurar, encabezando sus artículos (ya tenía a su haber una decena de publicaciones, breves pero pertinentes) esas pocas letras adicionales, en tipos pequeños, que tanto peso tienen. Claro es que el dinero adicional nunca está de más. Pero, puesto que eso no se había realizado... y, bien, tanto peor, no había que hablar más al respecto.

De labor de interés público y científico, bastante tenía ya, sin redactar una tesis. Había en su hospital conferencias clínico-anatómicas, con estudios sobre errores de diagnóstico y de tratamiento, y exposiciones sobre métodos nuevos; era obligatorio asistir a ellas y participar en forma activa (a decir verdad, cirujanos y radiólogos no concurrían a dichas conferencias para consultarse mutuamente todos los días, discutir sus errores y aplicar nuevos métodos; pero, de todas maneras, había también esas conferencias). Y luego existía también la sección local de la Sociedad Científica de Radiología, que organizaba debates y jornadas prácticas. Además, muy recientemente, se había fundado la Sociedad Científica de Cancerología; la doctora Dontsov no sólo había adherido a ella, sino que pasado a ser su secretaria; y allá, como en toda organización nueva, las tareas eran enormes. Y en seguida estaba todavía el Instituto de Perfeccionamiento Médico; y después, toda la correspondencia con el Correo de Radiología, el Correo de Cancerología, la Academia de Medicina, el Centro de Información; y sumado todo esto, hacía que, si bien la "Gran Ciencia" parecía acantonada toda en Moscú y Leningrado, suponiéndose que ellos, aquí, se limitaban a curar, en realidad no pasaba día sin que tuvieran no sólo que curar, sino que preocuparse de ciencias.

Era el caso de hoy: ella debía telefonar al presidente de la Sociedad de Radiología a propósito de su informe, cuyo plazo ya estaba próximo; le era preciso revisar de urgencia dos articulitos de una revista; escribir una respuesta a Moscú y otra a un centro de detección del cáncer, perdido en algún lugar del campo, que le pidiera ciertas aclaraciones.

Pronto, apenas hubiese terminado de operar y de acuerdo con lo convenido, Eugenia Ustinov, la ayudanta de cirujano, debía mostrarle en consulta a una de sus pacientes del Servicio de Ginecología; y después también tendría que darse tiempo para ir al dispensaría a examinar, con una de sus internas, al enfermo llegado de Tashauz, sospechoso de tener un cáncer al intestino delgado.

Además, ella misma había fijado para hoy una reunión con los técnicos en radiología para discutir con ellos la manera de poder aumentar el rendimiento de los diversos aparatos, con el fin de hacer pasar a más pacientes. Estaba también la inyección de embiquina puesta a Rusanov, que no debía olvidar, y tendría que subir a verlo. (Ellos no atendían a esa clase de enfermos sino desde hacía muy poco, antes los mandaban a Moscú.)

¡Y he ahí que había perdido su tiempo en disputar estúpidamente con ese porfiado de Kostoglotov! ¡Era una puerilidad sistemática! Dos veces,

mientras conversaban, habían asomado la cabeza por la puerta los obreros instaladores que estaban perfeccionando el equipo de la bomba de cobalto: querían demostrarle a la doctora Dontsov la necesidad de ciertos trabajos no contemplados en su presupuesto y deseaban que les firmase una autorización para ejecutarlos y que convenciera de su necesidad al médico jefe. Ahora acababan, justamente, de llevársela a la sala de equipo; pero entretanto, en el corredor, una enfermera le había traído un telegrama. Ese telegrama provenía de Novocherkassk, era de Ana Zatsyrko. No se habían visto ni escrito desde hacía quince años; mas se trataba de una muy vieja amiga, a quien conociera en la Escuela de Obstetricia de Saratov, ya antes de ingresar al Instituto de Medicina, en 1924. Ana telegrafiaba que su hijo mayor, Vadim, de regreso de una expedición geológica, iba a ingresar hoy o mañana a su Servicio; lo encomendaba a su afecto y le rogaba escribirle qué tenía, sin ocultar nada. Preocupada por esta noticia, Ludmila Afanasiev dejó plantados a los obreros instaladores, para ir a pedirle a Mita, la enfermera jefa, que reservara la cama de Azovkin hasta las últimas horas de la tarde, en beneficio de Vadim Zatsyrko. Mita, como siempre, andaba trotando de una parte a otra del hospital y no fue tan fácil encontrarla. Cuando por fin Ludmila Afanasiev descubrió a Mita y obtuvo de ella la promesa de reservar la cama a Vadim, fue para enterarse de una novedad pasmosa: a la mejor enfermera del Servicio de Radiología, Olimpiada Vladislavov, la citaban a una jornada sindical de diez días, destinada a preparar tesoreros de sindicato. De modo que por diez días habría que hallarle una reemplazante. Tan inaceptable era y tan inconcebible, que con igual paso decidido se dirigieron ambas mujeres en el acto, a través de toda una corrida de salas, a la oficina de ingreso, para telefonar a la sección local del Sindicato.

Mas el teléfono no estaba disponible; luego marcó ocupado; después las remitieron a la sección regional; allá se sorprendieron mucho de su indiferencia política: ¿de veras creían que se podía abandonar la caja sindical a su suerte? Se veía que ni a los miembros de la sección local, ni a los de la sección regional, ni a sus familiares, los había mordido todavía el cáncer, y todos ellos debían de decirse que eso no les sucedería. Mientras estaba allá, Ludmila Afanasiev telefoneó a la Sociedad de Radiología; luego corrió a donde el médico jefe, a pedirle su intervención; pero Nizamutdin Bacjramovich se hallaba reunido con personas extrañas al hospital, discutiendo un proyecto para la renovación racional de una de las alas del edificio; el asunto quedó, pues, pendiente y Ludmila Afanasiev regresó al gabinete de radioterapia, pasando por la sala de radioscopia reservada a los diagnósticos, en la cual no trabajaba hoy ella misma. Era el momento de la pausa; a la luz de una lámpara roja, las enfermeras estaban anotando los resultados; apenas entró, le advirtieron a la doctora que se había hecho el recuento de las reservas de película y que, basándose en el consumo de esos últimos días, no quedaba sino para tres semanas; en otras palabras, significaba de todas maneras una **panne**, pues nunca demoraban menos de un mes en despachar los pedidos de película. La doctora dedujo de ello la necesidad de que el farmacéutico y el médico jefe se vieran hoy mismo, o mañana, lo cual no era fácil, y aceptasen enviar este pedido con la mayor celeridad posible.

En seguida la detuvieron los obreros instaladores que estaban trabajando en la sala de la bomba de cobalto y les firmó la autorización que reclamaban. Había llegado la hora de reunirse con los técnicos en radiología. Se sentó con ellos y los cálculos comenzaron. Las condiciones técnicas tradicionales exigían que cada aparato trabajase una hora y descansara media hora; pero se había abandonado esta norma hacía mucho tiempo y todos los aparatos funcionaban nueve horas seguidas, sin interrupción, es decir, una jornada y media de un equipo de técnicos. Y no obstante, a despecho de este rendimiento y a pesar de la rapidez con que los técnicos en radiología, todos expertos, hacían alternarse a los pacientes bajo los aparatos, no se lograban tantas sesiones como se hubiese deseado. En un día era preciso darse tiempo para hacer pasar a todos los enfermos del dispensario, cada cual una vez, y a algunos pacientes hospitalizados hasta dos veces (como le recetaran a contar de hoy a Kostoglotov); la finalidad era doble: por una parte, atacar los tumores más vigorosamente aún; por otra, acelerar la rotativa de pacientes. Todas estas razones hacían que, sin saberlo el personal de control técnico, se hubiese elevado la corriente eléctrica a veinte miliamperios en lugar de diez. Por consiguiente, se marchaba a doble velocidad (los tubos, visiblemente, se agotaban también con mayor rapidez...). Pues bien, a pesar de todo eso, ¡aún no se tenía tiempo para hacerlos pasar a todos! y hoy Ludmila Afanasiev había venido a marcar, en la lista de pacientes, de un lado aquellos para quienes autorizaba cierto número de sesiones sin el filtro de cobre de un milímetro que protegía la piel (lo cual acortaba la sesión a la mitad) y de otro aquellos a quienes se les podía poner el filtro de solamente medio milímetro.

En seguida subió al segundo piso a verificar el estado de Rusanov después de la inyección. Tras lo cual regresó al gabinete de radioterapia, donde, a todo esto, se habían reanudado las sesiones de irradiación; y por fin iban a ocuparse de los artículos que deseaba leer y dedicarse a su correspondencia, cuando de improviso, cortésmente, golpearon a la puerta: era Isabel Anatoliev, que solicitaba permiso para hablar con ella.

Esta Isabel Anatoliev no era más que una simple auxiliar del Servicio de Radiología. Sin embargo, a nadie se le habría ocurrido tutearla ni llamarla por su diminutivo, Lisa, costumbre que tienen empero los médicos, aun los jóvenes, cuando se dirigen a las auxiliares de cualquiera edad. Era una mujer que poseía educación; en sus ratos libres, durante los turnos de noche, leía libros en francés; ahora bien, por una causa que ella no decía, había llegado a ser auxiliar en un centro anticanceroso, y una auxiliar perfectamente concienzuda. Por supuesto, gozaba aquí de un salario una vez y media mayor, y por algún tiempo hasta había recibido una prima del cincuenta por ciento, en vista del carácter nocivo de los rayos mas, habiéndoseles rebajado esa prima a las auxiliares al quince por ciento, Isabel Anatoliev no se había ido, sin embargo.

-¡Ludmila Afanasiev! -dijo, inclinándose levemente, a manera de disculpa, como lo hacen las personas corteses en grado sumo-. Me desagrada mucho molestarla por un motivo tan fútil, pero en realidad ¡es para desesperarse! ¡No hay un traperero para los pisos en parte alguna! No hallo absolutamente nada. ¿Con qué hacer aseo?

¡Sí que era una verdadera desgracia! El Ministerio había previsto proveer al centro anticanceroso de agujas de radio, de una bomba de cobalto, de estabilizadores de voltaje, de equipos ultramodernos para transfusiones sanguíneas, de los remedios sintéticos más nuevos; pero ¿podía una lista tan científica dar cabida a simples escobas o simples traperos para asear pisos? Nizamutdin Bacjramovich decía, cuando se lo mencionaban: "Si el Ministerio no las ha previsto, ¡no voy a pagarlas yo de mi bolsillo!". Durante cierto tiempo se habían hecho traperos con ropa blanca fuera de uso; mas el economato había recapacitado y prohibido esto, por sospechar que algunos aprovechaban tal circunstancia para robar ropa nueva. En adelante exigió que la ropa blanca se entregara de vuelta a un sitio determinado, donde una comisión autorizada la registraba oficialmente antes de convertirla en traperos.

-A mí se me ocurre -prosiguió Isabel Anatoliev- que tal vez cada uno de nosotros, en el Servicio de Radiología, pudiera comprometerse a traer de su casa un trapero; sería un modo de salir de esta situación. ¿Qué le parece?

-Y bien, a fe mía -dijo la doctora, suspirando-, probablemente sea nuestra única salida. Estoy de acuerdo. Hable, por favor, con Olimpiada Vladislavov...

¡Pero si también Olimpiada Vladislavov necesitaba que la sacasen de un aprieto! En verdad, ¡era una estupidez manifiesta privarlos por diez días de su mejor enfermera!

Partió otra vez a telefonar; y de nuevo no llegó a nada. Sin perder un segundo, fue entonces a ver al paciente que venía de Tashauz. Primero se quedó sentada un momento, esperando que sus ojos se acostumbraran a la obscuridad. Luego, ya de pie, ya inclinada sobre su pantalla protectora, que ella bajaba como una mesa, miró la solución de bario en el intestino delgado del enfermo; de cuando en cuando daba vuelta al paciente sobre un costado, luego sobre el otro, para poder tomar radiografías. Con las manos enguantadas en caucho, masajeó el abdomen del paciente, al mismo tiempo que cotejaba sus gritos de "Eso duele" con el misterioso juego de los contornos imprecisos de manchas y sombras y traducía esas manchas y sombras en un diagnóstico.

Absorta como se hallaba en estas múltiples ocupaciones, se había saltado la pausa del almuerzo; a decir verdad, nunca observaba ella tal interrupción; no iba jamás a comerse su sandwich en la plazuela, ni siquiera en verano.

Entretanto, vinieron a buscarla para la reunión prevista con la cirujana y se dirigió a la sala de curaciones. Eugenia Ustinov la puso ante todo al corriente de la historia de su enferma; luego hicieron entrar a ésta y la examinaron. La conclusión de la doctora Dontsov fue que no quedaba sino un solo medio de salvar a la paciente: esterilizarla. La enferma, que tenía a lo más cuarenta años, se echó a llorar; la dejaron llorar algunos minutos.

-¡Pero si con eso se acaba la vida! ¡Si mi marido va a abandonarme!  
-repetía.

-Pues bien, ¡basta con que no le diga nada a su marido! -dijo Ludmila Afanasiev, tratando de convencerla-. ¿Cómo quiere que él lo sepa? Jamás lo sabrá. ¡Usted tiene suficiente fuerza de carácter como para ocultárselo!



Encargada de salvarles la vida a sus pacientes, nada menos que la vida -pues en su Servicio era casi siempre la vida lo que estaba en juego, no se trataba de otra cosa-, Ludmila Afanasiev estaba absolutamente convencida de que todo subterfugio se justificaba si era para que una vida se salvara.

Hoy, sin embargo, en vano se había dedicado de lleno a su Servicio: algo había, desde la mañana, que estorbaba su confianza, su sentido de responsabilidad, su autoridad.

¿Provenía esto del dolor que sentía claramente en su propio cuerpo, en la región del estómago? Le había desaparecido por algunos días, luego reaparecido; más débil al principio, y desde esta mañana más fuerte. De no haber sido canceróloga, ella no le habría concedido importancia alguna a este dolor; o bien, al contrario, habría ido sin temor a hacerse examinar. Mas conocía demasiado bien todo aquel engranaje para no temer incluirse también en él, confiando esto a su familia o a sus colegas. En su fuero interno se aferraba al fatalista "¡Ya se verá!", tan caro al pueblo ruso, y se decía: "Puede que se me pase, ¿quién sabe? Después de todo, puede que sea simplemente nervioso".

No, no era eso; era otra cosa más lo que la torturaba desde la mañana, cual una espina. Era vago, pero obsesionante. Por fin ahora, de regreso a su mesa en su rincón y rozando con la mano esa carpeta cuyo título -**La enfermedad causada por los rayos**- no escapara al clarividente Kostoglotov, acabó por comprender lo que desde la mañana la inquietaba y hasta mortificaba: su disputa con Kostoglotov acerca del derecho a curar.

Oyó una vez más la frase que él le dijera: "Hace veinte años irradió usted quizás a otro Kostoglotov que entonces le suplicó no hacerlo; ¡pero usted nada sabía aún de la enfermedad provocada por los rayos!"

En efecto, pronto debería ella presentar a la Sociedad de Radiología un informe sobre "Alteraciones tardías debidas a los rayos". Aproximadamente lo mismo que le reprochara Kostoglotov.

No hacía mucho tiempo, sólo uno o dos años atrás, habían surgido en su Servicio, en otros radiólogos, aquí, en Moscú, en Baku, casos que no se comprendieron de inmediato. Se habían suscitado sospechas; luego, una hipótesis; se entabló correspondencia al respecto; se empezaba a comentarlo, no ya en el marco de las conferencias, sino en los pasillos, antes y después de las conferencias. Más tarde alguien leyó un artículo sobre el tema en una revista norteamericana; luego dos, en seguida tres... Algo muy similar estaba madurando también entre los norteamericanos. En cuanto a los casos, se multiplicaban; un número creciente de enfermos venían a quejarse y, de repente, todos esos casos recibieron un mismo nombre: alteraciones tardías debidas a los rayos; había llegado el momento de abordar el tema desde lo alto de las cátedras y de buscar soluciones.

He aquí de qué se trataba: las radioterapias practicadas diez o quince años antes con dosis elevadas de irradiación y concluidas en forma positiva, exitosa o incluso brillante, daban lugar hoy, en las partes irradiadas, a inesperadas atrofas y lesiones.

Todavía eso era aceptable, o al menos se justificaba, cuando esas irradiaciones de diez o quince años antes se habían administrado en casos ele

tumor maligno. Para aquellos casos no había salida, ni siquiera desde el punto de vista actual: no había sino ese único medio para salvar al paciente de una muerte segura y sólo podían actuar las dosis fuertes, no siendo de ninguna ayuda las pequeñas; el propio enfermo que venía a mostrar su miembro atrofiado debía comprender que ése era el precio de los años adicionales que había vivido y que todavía le quedaban por vivir.

Pero diez, quince, dieciocho años atrás, cuando se ignoraba hasta el término "enfermedad causada por los rayos", la irradiación parecía un recurso tan directo, tan seguro, tan absoluto, un progreso tan grandioso en la técnica médica, que se calificaba de atraso mental y casi de sabotaje el hecho de rechazar tal recurso y buscar otras vías paralelas o divergentes. Lo único que se temía eran las afecciones agudas primarias a los tejidos y los huesos; mas se había aprendido a evitarlas ¡Y se irradiaba! ¡Se irradiaba con fervor! Hasta los tumores benignos, hasta a los niños chicos.

Hoy aquellos niños, convertidos en adultos; aquellos jóvenes y aquellas muchachas -algunos de los cuales inclusive estaban casados-, venían a mostrar las mutilaciones irreparables que llevaban en las partes otrora sometidas con tanto entusiasmo a las irradiaciones.

El otoño pasado había llegado -no acá, al pabellón de los cancerosos, sino al Servicio de Cirugía (Ludmila Afanasiev lo supo y consiguió examinar también ella a este paciente)- un muchacho de quince años cuyo brazo y pierna del mismo lado habían crecido menos que los del otro lado; otro tanto había ocurrido con los huesos del cráneo, de donde resultaba que ese joven parecía encorvado de arriba abajo, como una caricatura. Estudiando los archivos, Ludmila Afanasiev identificó en él a un niño de dos años y medio a quien su madre trajera al recinto hospitalario y que presentaba a la sazón un sinnúmero de alteraciones de los huesos, de origen por completo desconocido, mas de ningún modo tumoral, como igualmente una profunda perturbación del metabolismo; entonces los cirujanos se lo habían mandado a ella, por si acaso... ¿Quién sabe?, ¡tal vez los rayos pudieran hacer algo! La doctora Dontsov inició el tratamiento ¡Y los rayos surtieron efecto! El resultado fue magnífico: la madre lloraba de alegría, diciendo que jamás iba a olvidar a la salvadora de su hijo.

Esta vez el muchacho había venido solo, su madre ya no existía; y en lo sucesivo nadie podría ayudarlo, nadie podría borrar de sus huesos las irradiaciones de trece años antes.

Hacía muy poco, a fines de enero, una madre joven vino a quejarse de no tener leche. No había venido directamente acá; la habían pasado de un pabellón a otro, viniendo a dar al de los cancerosos. La doctora Dontsov no se acordaba de ella; pero como en su Servicio se guardaban por tiempo indefinido todas las fichas de los pacientes, había bastado ir a la bodega para, tras algunas búsquedas, encontrar efectivamente su historia, fechada en 1941; se confirmó que había venido, niñita confiada, a tenderse bajo los tubos radiantes y exponer a los rayos un tumor benigno que hoy en día ya a nadie se le ocurriría tratar de esa manera.

A la doctora Dontsov no le quedó más recurso que volver a tomar esa ficha antigua para consignar en ella que los frágiles tejidos se habían

atrofiado y que, según todas las probabilidades, se hallaban ante un caso de "alteración tardía debida a los rayos".

Por cierto que no se consideró conveniente explicarles ni a este joven todo asimétrico como tampoco a esta madre infortunada que no los habían curado en debida forma cuando niños; a ellos en cuanto individuos les habría sido inútil y, en un plano general, eso habría perjudicado la propaganda sanitaria que se trataba de introducir un poco entre la población entera.

Pero todos estos casos habían sacudido hasta lo más hondo a Ludmila Afanasiev; le habían provocado el doloroso sentimiento de un error imborrable e irremediable; y hoy Kostoglotov había golpeado justamente ahí, en ese punto dolorido,

Con los brazos estrechamente cruzados sobre el pecho, apretándose los hombros con las manos, se puso a medir la pieza, de la puerta a la ventana, de la ventana a la puerta, aprovechando la porción de suelo libre que separaba los dos aparatos, ahora desconectados.

¿Se podía aceptar eso, empero? ¿Se podía aceptar que cuestionaran el derecho del médico a curar? Si se aceptaba, si a propósito de cada método hoy científicamente reconocido se comenzaba a preguntarse si mañana no se lo desacreditaría y rechazaría..., pues bien, entonces, caramba, ¿adónde irían a parar? Al fin y al cabo, los textos daban cuenta de casos de muerte provocada hasta por la aspirina: alguien, al tornar la primera tableta de aspirina de su vida, ¡había muerto! De ser así, ¡no quedaba otra cosa que no curar en absoluto! ¡Y se habría acabado con todos los alivios cotidianos que procuraba la medicina!

Ciertamente tenía también un carácter universal la ley que dispone que toda persona que actúa genere tanto el bien como el mal. Sólo que unos generarían más de bueno y otros más de malo.

Pero aunque trató de tranquilizarse; aunque sabía muy bien que, en conjunto, aquellos casos desgraciados y los casos de diagnóstico erróneo, de medidas adoptadas tardía o equivocadamente, acaso no constituyeran más del dos por ciento de toda su actividad, mientras los jóvenes y viejos, mujeres y hombres que ella había atendido, devuelto a la vida, salvado, sanado, andaban por los campos, por la hierba, por el asfalto, volaban en los aires, cosechaban algodón, trepaban a los postes, barrían las calles, atendían clientes estaban sentados ante escritorios o en cafés uzbekos; que los habla de servicio en el ejército, en la flota; que eran miliares y muchos no la habían olvidado, muchos no la olvidarían; aunque sabía bien todo eso, también sabía que ella, por su parte, los olvidaría con facilidad, todos sus casos mejores, todos sus triunfos más difíciles, en tanto que recordaría hasta la tumba estos pocos, estos cuatro o cinco casos infortunados, caídos bajo las ruedas del destino.

Así estaba hecha su memoria.

No; decididamente, hoy ya no podía dedicarse a su informe; por lo demás, la jornada tocaba a su fin. (¿Se llevaría la carpeta a casa? Era casi seguro que no haría nada con ella; ¿no había llevado trabajo a casa más de cien veces, para nada?)

No; lo que aún estaba a tiempo de hacer era esto: terminar de leer los dos articulitos de la **Radiología Médica**, a fin de poder devolver la revista; y

contestar las preguntas de aquel médico asistente en Tajta-Kupyr.

La luz mortecina que caía de la ventana se hacía insuficiente; encendió la lámpara de escritorio y se sentó; una de sus internas asomó la cabeza por la puerta entreabierta; ya se había sacado el blusón.

-¿No viene usted, Ludmila Afanasiev?

También Vera Gangart vino a ver si ella se marchaba.

-¿Cómo va Rusanov?

-Está durmiendo. No le han venido vómitos, pero tiene temperatura.

-Vera Korniliev se quitó la blusa, abotonada en la espalda; debajo llevaba un vestido de tafetán gris verde, demasiado bonito para el trabajo.

-¿No teme estropearlo? -preguntó la doctora Dontsov, indicando el vestido con un movimiento del mentón.

-¿De qué serviría reservarlo? ¿Con qué fin? -respondió la doctora Gangart, en un tono que quiso hacer jovial; mas su sonrisa tenía algo un poco lastimero,

-Muy bien, Vera, si es así, la próxima vez le inyectaremos la dosis normal de diez miligramos -prosiguió, con esa habla acelerada que en ella significaba que las palabras no sirven sino para hacer perder tiempo, y continuó su carta al médico asistente.

-¿ Y Kostoglotov? -preguntó suavemente Vera Gangart, con la mano colocada ya en la puerta.

-¡Ha habido pelea, pero triunfé y él se sometió! -contestó Ludmila Afanasiev con una risa breve; y en el mismo instante volvió a traspasarla un dolor, cerca del estómago. Casi le dieron ganas de confiarse de inmediato a Vera, a ella antes que a nadie, y alzó hacia la joven sus ojos parpadeantes; pero la percibió, en la penumbra del fondo de la pieza, arreglada como para una velada teatral, de bata elegante y tacos altos.

Y decidió dejarlo para otra ocasión.

Ahora todos habían partido, pero ella todavía se quedó. Era en absoluto inútil que pasara media hora más en esos locales expuestos todos los días a los rayos; sólo que había un encadenamiento inevitable. Infalliblemente, cuando llegaba su feriado, tenía la tez terrosa y sus leucocitos, en disminución periódica a través de todo el año, bajaban a dos mil, proporción considerada criminal en cualquier paciente. Según las normas, un radiólogo debía examinar tres estómagos al día; pues bien, ella examinaba diez (y durante la guerra, hasta veinticinco). En vísperas de su feriado, hasta necesitaba una transfusión sanguínea; y lo que ella perdiera en un año no podía recuperarse en un mes.

Pero era prisionera de la imperiosa inercia del trabajo. Al término de cada jornada veía con enojo que otra vez no había podido hacerlo todo. Esta noche, entre otros problemas, se puso a pensar de nuevo en el doloroso caso de Sigbatov y anotó los consejos que deseaba pedirle al doctor Oreshchenkov en la próxima reunión de la Sociedad de Radiología. En otro tiempo, antes de la guerra, el doctor Oreshchenkov la había guiado en su labor, paso a paso, dirigiéndola con tino, como ella misma guiaba hoy y dirigía a sus jóvenes internas, y era de él de quien había heredado su repudio de toda especialización. "La especialización, mi querida Ludmila, puede resecarlo a uno como un jamón

añojo", le había advertido. "Deje que todos prefieran especializarse, pero usted manténgase firme, ¡aferre bien, la radioscopia en una mano, la radioterapia en la otra! Puede que sea la última de su estirpe; pero al menos existirá usted." Y su antiguo maestro seguía con vida y ahora vivía aquí mismo, en la ciudad.

Ya había apagado la lámpara y abierto la puerta, cuando volvió sobre sus pasos para anotar todavía ciertas cosas que hacer al día siguiente. Luego se endilgó su capa azul marino, que ya no estaba muy nuevá, y antes de irse quiso pasar a la oficina del médico jefe, mas estaba cerrada con llave.

Descendió por último los peldaños, entre los álamos, y siguió por las avenidas del recinto hospitalario; pero su labor absorbía aún todos sus pensamientos, sin que ella se esforzara siquiera ni tuviese deseo alguno de desecharlos. Hacía un tiempo cualquiera, al que por lo demás no prestó atención. Todavía estaba claro. En las avenidas se cruzó con numerosas caras desconocidas; mas ninguna curiosidad, muy natural empero en una mujer, se manifestó en ella con respecto a estos encuentros ocasionales, a la vestimenta de aquellas personas, a lo que llevaban en la cabeza o a su calzado. Caminaba con el ceño fruncido, posando en todos esos rostros una mirada penetrante que parecía escrutar en cada cual la ubicación de eventuales tumores, hoy todavía ignorados, pero dispuestos a manifestarse mañana.

Pasó frente al café uzbeko del recinto hospitalario, por delante del rapaz nativo instalado ahí en toda estación, que vendía sus almendras al peso en cucuruchos de papel de diario, y llegó al portón de la entrada principal.

Hubiérase podido creer que, una vez cruzado este portón -que una cuidadora gorda y gritona, siempre en acecho, les abría sólo a las personas sanas, mientras rechazaba a los enfermos con fuertes gritos-, hubiérase podido creer, pues, que una vez cruzado este portón Ludmila Afanasiev debía, necesariamente, dejar tras ella la mitad profesional de su vida y recobrar su existencia doméstica y familiar. Pero no; no repartía su tiempo y sus fuerzas por igual entre su labor y su casa; era en el interior del recinto hospitalario donde vivía la parte más lozana, la parte mejor de su vida activa, y las reflexiones profesionales remolineaban en torno a su cabeza, como abejas, mucho después de haber pasado el portón del hospital y, en la mañana, mucho antes de llegar a él.

Echó al buzón la carta para Tajta-Kupyr. Atravesó la calle a tomar el tranvía. El paradero era un terminal y los tranvías describían una extensa curva. Se acercó su tranvía, rechinando. La gente empezó a subir, precipitándose a las puertas de adelante y a las puertas de atrás. Ludmila Afanasiev se apresuró a ocupar un asiento; y esta preocupación fue la primera que le vino del exterior, transformando a la pitonisa do destinos humanos que fuera ella hasta aquí, en una simple pasajera de tranvía a quien empujaban sin miramientos,

No obstante, mientras el tranvía trepidaba rechinando sobre los vetustos rieles de esa línea, que aún era de una sola vía, y durante las largas paradas en los cambios de aguja, Ludmila Alanasiev, que miraba por la ventanilla sin ver nada, de nuevo no estaba pensando ya sino en las metástasis pulmonares de Mursalimov o en el posible efecto de las inyecciones en Rusanov. El tono sentencioso y ofensivo; también las amenazas, que caracterizaron a ese hombre esta mañana, en la visita, pero que más tarde otras impresiones pudieron

parecer borrar, le habían dejado, en realidad, una vaga sensación de agobio que resurgía ahora, después del final de su jornada; con eso tenía para toda la velada y para toda la noche.

Numerosas eran, en el tranvía, las mujeres provistas, como Ludmila, no de esas carteritas de señora donde no cabe casi nada, sino de esos maletines enormes, muy largos, en los cuales se podría introducir un lechón vivo o hasta cuatro marraquetas. A cada nueva parada, a cada tienda que brotaba y luego desaparecía en la obscuridad, las preocupaciones domésticas y familiares acaparaban un poco más a Ludmila Afanasiev. Todos esos afanes reposaban en ella, en ella sola, porque ¿se les puede pedir algo a los hombres? Cuando partía a Moscú, a un congreso, su marido y su hijo ni siquiera lavaban la vajilla de toda la semana; no con la intención de dejársela para la vuelta, sino juzgando que ese trabajo, recommenzado eternamente, carecía de sentido.

Ludmila Afanasiev tenía también una hija, casada y ya con un niño de pecho; mejor dicho, ya casi no estaba casada, pues se hablaba de divorcio. Y pensando en su hija, por primera vez desde la mañana, se ensombreció aun más.

Hoy era viernes. Este domingo era absolutamente necesario que Ludmila Afanasiev hiciese una gran colada. Las cosas que lavar se acumulaban desde hacía varios días. Costara lo que costase, tendría pues, que preparar ya el sábado al anochecer las comidas para la primera mitad de la semana (ella se las componía para no tener que ver con la cocina sino dos veces por semana), También debería poner la ropa en remojo esta noche, sin falta. Y además, de inmediato, aunque ya era tarde (no le quedaba otra alternativa), le era preciso pasar al mercado central; siempre había seguridad de encontrar allá a algún vendedor, aun a una hora avanzada,

Se bajó para cambiar de tranvía; mas, percibiendo las altas vidrieras de una gran tienda de comestibles cercana, decidió ir a dar una vuelta por allá. El mesón de la carnicería estaba desierto y el vendedor ya se había marchado. En el mesón de la pescadería, arenque, lenguado salado, conservas: nada muy tentador. Pasó por delante de los pintorescos escaparates del vino; por delante de los quesos, cilíndricos y parduscos, que parecían verdaderos salchichones; y decidió, en el mesón de abarrotes, comprar dos botellas de aceite de maravilla (antes no se hallaba más que aceite de algodón) y una caja de cebada en escamas. Así lo hizo y, cruzando la tranquila tienda, fue a la caja con su vale, para luego regresar al mesón.

Mientras aguardaba su turno detrás de otras dos clientes, animó de pronto la tienda una especie de rumor; acudió gente de la calle y se formaron colas ante el mesón de abarrotes y frente a la caja. Ludmila Afanasiev se estremeció y, sin esperar que la atendieran, corrió a juntarse a la cola. Aún no había nada detrás de las vitrinas convexas; mas las mujeres que se empujaban delante del mesón aseguraron que iban a poner a la venta bloques de jamón molido y que cada cual tendría derecho a comprar un kilo.

La oportunidad era demasiado hermosa: algunos minutos más tarde, Ludmila Afanasiev decidía hacer una segunda cola ...



## CAPITULO VIII

### LO QUE HACE VIVIR A LOS HOMBRES

Sin la opresión de ese cáncer que le apretaba el cuello, Efrem Podduiev habría sido un hombre en toda su plenitud. Aún no enteraba la cincuentena y era tan fuerte de hombros y firme de piernas como sano de espíritu. Poco es decir que era forzado por dos; hubiérase dicho que tenía doble espinazo y, tras una jornada de ocho horas, era capaz de hacer una segunda como si tal cosa. En su juventud, cuando trabajaba en el río Kama, Efrem Podduiev cargaba sacos de cien kilos. y no había perdido mucho de aquella fuerza; todavía hoy no se habría negado a echar una mano para instalar sobre su fuste una mezcladora de cemento. Era hombre que había viajado por Dios sabe cuántas regiones, probado sabe Dios cuántos oficios: alternativamente, obrero de demolición, cargador de tierra, camionero, obrero constructor... Hombre que no se rebajaba el contar por debajo de un rublo, a quien medio litro de vodka no hacía tambalearse y que sabía detenerse antes del segundo litro. En suma, aquel hombre sentía en el fondo de sí mismo, y comprobaba a su alrededor, que para Efrem Podduiev no había nada infranqueable ni inaccesible, y que siempre sería así. A pesar de su fuerza de coloso, no había estado en el frente (lo habían requerido para las canteras especiales) y no había sabido de heridas ni de hospital. Jamás había estado enfermo de la menor gripe o enfermedad contagiosa y nunca había tenido siquiera dolor de muelas. Hacía solamente dos años que había enfermado por vez primera; y al primer golpe había sido... ¡cáncer! ¡Cáncer! Era ahora cuando se lo confesaba abiertamente, mas por largo tiempo había andado con rodeos consigo mismo: no era nada, una insignificancia... y mientras pudo resistir el golpe, postergó el momento de ir a donde los médicos. Y luego, una vez que hubo visto médicos y que, de dispensario en dispensario, terminaron por mandarlo al consultorio de cancerosos donde, a todos los pacientes sin excepción, se les decía siempre que "eso no era cáncer", Efrem había seguido sin querer entender y, más que a su natural buen criterio, había atendido a su propio deseo: no era cáncer lo que tenía y todo acabaría por arreglarse.

Ahora bien, la enfermedad de Efrem había comenzado por la lengua, esa lengua ágil, activa, discreta, jamás visible pero siempre tan útil en la vida,.. En medio siglo de existencia, ¡cuánto trabajo le había dado a su lengua! Le producía, en discursos, lo que no le había ganado su trabajo. Ella juraba que él había hecho lo que no había hecho. Se tomaba una molestia de los mil demonios por cosas de las que él no creía una palabra. Era ella la que injuriaba a sus superiores, ella la que insultaba a los obreros, de nuevo ella la que, con terribles blasfemias, ensartaba de pasada lo que había de más sagrado sobre la tierra; también ella la que, cual un ruiseñor, hallaba regocijo en las armoniosas



modulaciones de una canción. Era ella la que propalaba anécdotas, siempre chascarros obscenos, jamás de política. Era ella la que cantaba las canciones del Volga y la que a tantas mujeres dispersas por el mundo les había hecho tragar tantas mentiras: que no era casado, que no tenía hijos y que volvería dentro de una semana, y que juntos formarían un hogar, "¡Ojalá se te seque tu maldita lengua!", le había espetado una de aquellas suegras efímeras. Mas preciso era que Efrem estuviese completamente borracho para que su lengua se negara a servirle.

Y luego, de improviso, ella había empezado a crecer, a topar con los dientes, Ya no cabía en la suavidad húmeda de la faringe.

Pero Efrem seguía fanfarroneando ante los camaradas y decía, con idéntica sonrisa: "¿Podduiev? ¡No existe en el mundo lo que pueda asustarlo!" Y ellos comentaban: "Podduiev.", por lo menos ése es uno con fuerza de carácter..."

No era, empero, fuerza de carácter; era miedo, que se agarraba, se aferraba a su trabajo, aplazando la operación lo más posible. A Podduiev toda su vida lo había preparado para vivir, no para morir. Semejante conversión quedaba por encima de sus fuerzas; no sabía cómo llevar a cabo esta conversión, y era para repelerla mejor que permanecía en su puesto, yendo todas las mañanas al trabajo como si tal cosa y escuchando los elogios que hacían de su fuerza de carácter.

Había rehusado operarse, y el tratamiento se inició con agujas. Le enterraban aquellas agujas en la lengua, como a un pecador en el infierno, y debía conservarlas durante varios días. Bien hubiese querido Efrem quedar en paz con eso, era toda su esperanza; y bien, no: ¡su lengua había seguido hinchándose! ..

Entonces, perdiendo aquella famosa fuerza de carácter Efrem había cedido: había puesto sobre la mesa blanca del hospital su cabeza de cuello toruno. La operación la hizo León Nicolaievich y fue una operación notable. De acuerdo con lo prometido, la lengua acortó, se recogió, rápidamente se acostumbró de nuevo a su antiguo vaivén y recommenzó a decir las mismas cosas que antes, sólo que con menos claridad, quizás. Volvieron a ponerle agujas y lo despidieron a su casa, luego lo citaron otra vez y León Nicolaievich dijo: "Pues bien, ahora vuelve dentro de tres meses y te haremos otra operación, esta vez en el cuello, pero no será grave".

"Operaciones no graves al cuello", Podduiev había visto demasiadas ..., de modo que no se presentó en la fecha fijada. Le enviaron varias citaciones por correo, no las contestó. Por regla general, tenía la costumbre de no quedarse nunca mucho tiempo en un mismo lugar y, por capricho, era capaz de mandarse cambiar a toda prisa, hasta las riberas del Kolyma o incluso, si se le antojaba, hasta Jakasia. No tenía, en parte alguna, nada que lo retuviese -ni bienes, ni casa, ni familia- y lo único que le gustaba era ser libre como un pájaro y tener los bolsillos bien provistos. Esta vez, sin embargo, Efrem se resistió a sus ganas de partir. De la clínica le escribían: "Si no se presenta por sí solo, se le hará buscar por la policía". Pues tal era el poder del pabellón de los cancerosos, aun con respecto a los que no tenían el más mínimo cáncer ...

Efrem se presentó. Por supuesto, aún podía rehusar su acuerdo; mas León Nicolaievich le palpó el cuello y lo reprendió abundantemente por su atraso en volver... Le tajearon el cuello, pues, a derecha e izquierda, como se lo tajea a cuchillo en el mundo de los hampones; permaneció por largo tiempo más en el hospital, con el cuello vendado; en seguida lo despidieron, irguiendo la cabeza...

Sólo que la libertad ya no tenía el mismo sabor que antes: él ya no tenía ánimo para nada; ni para trabajar, ni para divertirse, ni para beber, ni para fumar. Su cuello nada perdía de su rigidez, por el contrario: le clavaba, le tiraba, le punzaba, le cosquilleaba hasta la cabeza. El mal había avanzado hacia arriba, casi hasta las orejas. Y cuando por último -hacía de eso un mes apenas- regresó a este mismo vetusto edificio de ladrillos sucios, con el cuello sólidamente cosido donde se veía la marca de los puntos; cuando trepó por esta misma escalita gastada por millares de pasos, en este mismo patio con estos mismos álamos, y los cirujanos lo acogieron de inmediato como a un viejo amigo; cuando volvió a encontrarse vestido con idéntico pijama a rayas, en esta misma sala contigua a la sala de operaciones, con la misma empalizada obstruyendo las mismas ventanas, en espera de una nueva operación -la segunda para su pobre cuello, pero en total la tercera-, sólo entonces ya no pudo Efrem mentirse más a sí mismo: el engaño había terminado, se confesó que por cierto tenía cáncer.

Y después, como para restablecer la igualdad, se había dedicado con encarnizamiento a convencer a sus vecinos de que ellos también tenían cáncer. De que ninguno volvería a librarse de él. De que todos acabarían por regresar acá. No era que encontrase satisfacción en agobiarlos y oírlos rechinar los dientes, pero, por lo menos, ¡que no se engañen, que sepan la verdad!

Le hicieron una tercera operación, que le dolió más y llegó más adentro. Pero observó que, después de la operación, cuando le cambiaban el vendaje, los doctores tenían un curioso aire taciturno e intercambiaban, en un murmullo, palabras no rusas; y rehacían los vendajes siempre más altos, cada vez más apretados, a tal punto que su cabeza estaba como soldada al tronco. Y en su cabeza las punzadas se hacían cada vez más fuertes, más frecuentes, casi continuas.

¿Entonces de qué servía fingirse a sí mismo? Había que mirar más allá del cáncer y aceptar lo que, de dos años a esta parte, lo hacía hosco y retraído: ¡a Efrem le había llegado la hora de reventar! Dicho así, con rabia, hasta producía una especie de alivio: no morir, sino reventar...

No obstante, ésas son cosas que se dicen, pero que el espíritu realmente no concibe, que el corazón rehúye imaginar. ¿Cómo era posible que eso le sucediera a él, a Efrem? Y por lo demás, ¿cómo ocurriría? ¿Y qué había que hacer?

Esa cosa de la cual se escondía él en su trabajo y en medio de la gente estaba ahora cara a cara ante él, estrangulándolo con este vendaje en el cuello.

Y no podía consolarlo nada de lo que oía decir a sus vecinos, fuese en las salas, en los corredores, en el primer piso o en el segundo. Todo estaba

dicho y repetido..., todo sonaba a falso.

Y fue entonces cuando se apoderó de él aquel movimiento pendular que, durante cinco a seis horas diarias, lo llevaba de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana. Era su manera peculiar de ir en busca de ayuda.

En todos los años que llevaba de vida y adondequiera que viajase (aparte de las grandes ciudades, había recorrido todo el país, hasta las provincias más retiradas), siempre había existido para Efrem, como para los demás, una clara respuesta a la pregunta: ¿qué se le exige a un hombre? Lo que se le exige a un hombre es o una buena especialización, una gran energía vital. Si se tiene la una o la otra, el dinero acude solo. Desde luego, cuando los hombres traban conocimiento, después de la pregunta: "¿Cómo te llamas?" se sigue de inmediato: "¿Qué haces? ¿Cuánto ganas?" Y si un hombre no consigue ganar dinero, eso quiere decir que es un necio o un tipo sin suerte; en todo caso, una nulidad.

La vida comprendida en esta forma transcurría por sí sola, y era esa vida la que había encontrado Efrem, tanto en Vorkuta como a orillas del Yenisei, tanto en el Extremo Oriente como en el Asia Central. La gente ganaba mucho dinero y después lo gastaba; unos todos los sábados; otros, de una sola vez, durante su feriado.

Todo eso se cumplía, todo eso era válido, mientras los individuos no tenían cáncer u otra enfermedad mortal. Pero cuando llegaba la enfermedad, ya nada era la especialización, ni la energía vital, ni el puesto que uno ocupaba, ni el salario percibido. Y en su manera de quedar de inmediato desamparados, en el deseo insensato que se apoderaba de todos de mentirse a sí mismos, de convencerse de que no tenían cáncer, se evidenciaba que eran todos unos melindrosos y que todos habían descuidado algo en su vida.

¿Pero qué?

Desde su juventud, Efrem sabía y había oído repetir, con respecto a él mismo y a sus camaradas, que ellos, los jóvenes, tenían más sentido común que sus mayores. Los mayores ni siquiera habían puesto un pie en la ciudad en toda su vida; no se atrevían, mientras que a los trece años Efrem ya sabía galopar y disparar con la pistola y a los cincuenta había palpado, como un cuerpo de mujer, el país entero. Y he ahí que ahora, yendo y viniendo por la sala del hospital, la venía a la memoria la manera de morir que tenían esos viejos, en su rincón, allá en la ribera del Kama, tanto los rusos como los tártaros o los udmurtos. Sin baladronadas, sin hacer historias, sin jactarse de que no morirían, todos ellos aceptaban la muerte apaciblemente. No sólo no postergaban el momento de las cuentas, sino que se preparaban para él muy mansamente y por adelantado, indicando a quién pasaría la yegua, a quién el potro, a quién el gabán, a quién las botas. y se extinguían con una especie de alivio, cual si debiesen simplemente cambiar de isba. Y a ninguno de ellos lo habrían asustado con el cáncer. Por lo demás, entre ellos nadie tenía cáncer. ..

En cambio aquí, en la clínica, tipos que ya estaban pegados a su balón de oxígeno, que apenas si aún movían los ojos, seguían afirmando: "¡Yo no moriré! ¡No tengo cáncer!"

¡Vaya, unas verdaderas gallinas! Y eso que aunque las gallinas sepan

que el cuchillo les atravesará el cogote a todas, no por eso dejan de cacarear ni de rascar el suelo en busca de alimento. y aunque se coja a una para degollarla, esto no les impedirá a las otras rascar el suelo.

Así, un día tras otro, Podduiev recorría el viejo piso cuyas tablas ondulaban bajo su peso, sin llegar de ningún modo a aclarar la cuestión: ¿Cómo es preciso, pues, recibir a la muerte?

¿Inventar la respuesta? No era posible ... ¿Obtenerla de alguien? Nadie era capaz de darla... En cuanto a los libros, eran por cierto lo último que Efrem habría pensado en consultar...

En otro tiempo había ido a la escuela primaria, luego a una escuela de constructores; pero personalmente no había sentido jamás la necesidad de leer: para él, la radio reemplazaba a los periódicos; por lo que respecta a los libros, le parecían perfectamente inútiles para el vivir cotidiano; y además no era en los parajes perdidos y un tanto agrestes en los cuales arrastrara él toda su vida, porque en ellos pagaban bien, donde podía haber visto a muchos amantes de los libracos. Podduiev nunca había leído sino por necesidad: folletos relativos a su oficio, instrucciones para el uso de equipo levantador de pesas, las circulares oficiales y la **Breve Historia del PC (b)** hasta el capítulo cuarto. Gastar dinero en libros, o aun cansarse en ir a buscarlos a una biblioteca, le parecía decididamente ridículo. Y si por ventura le caía alguno entre las manos, durante un viaje o en una sala de espera, leía de veinte a treinta páginas, y siempre terminaba por desistir por no haber encontrado nada que se refiriese a la utilización cabal de la vida.

También los había aquí, en el hospital. encima de las mesas de noche y en el alféizar de las ventanas, mas él ni siquiera los tocaba. y tampoco habría tocado este librito azul con arabescos doradas si no se lo hubiese encajado Kostoglotov cierta noche aun más vacía y más desalentadora que las otras noches. Efrem se había afirmado bien los riñones, con ayuda de dos almohadones, y había empezado a hojearlo. Agreguemos que, de haber sido una novela, no habría iniciado la lectura. Pero eran cuentos cortos de poca monta, donde se decía todo en cinco o seis páginas, y a veces en una sola. El índice hormigueaba de títulos. Podduiev se puso a recorrerlos e inmediatamente tuvo la impresión de que eso debería de hablar de lo esencial. "Trabajo, muerte y enfermedad." "La ley esencial." "El origen." "Quien siembra vientos, recoge tempestades." "Tres corazones." "Caminad a la luz mientras haya luz."

Efrem buscó uno más breve que los otros. Lo leyó. Eso le dio ganas de reflexionar. Reflexionó. Le dieron ganas de volver a leer. Volvió a leer. Y de nuevo sintió ganas de reflexionar. y otra vez reflexionó.

Igual cosa ocurrió con el segundo relato.

En aquel momento apagaron la luz. De temor de que le escamoteasen el libro y para no tener que buscarlo al día siguiente, Efrem lo metió debajo de su colchón. En la obscuridad, le contó una vez más a Ajmadyan la vieja fábula de Alá, quien dividiera la vida en varias partes, y cómo el hombre había recibido en herencia muchas partes inútiles (por lo demás, él personalmente no estaba de acuerdo, no pareciéndole inútil ninguna parte de la vida, siempre que se tenga salud). Luego, antes de dormirse, volvió a reflexionar

en lo que había leído.

Sólo que sentía en la cabeza esos tirones que le impedían reflexionar.

La mañana del viernes estuvo tétrica y; como todas las demás mañanas de hospital. fue penosa. En esta sala ni una sola mañana comenzaba sin los macabros discursos de Efrem. Si alguno expresaba cualquiera esperanza o voto, Efrem se encargaba inmediatamente de enfriar su entusiasmo y anonadarlo. Pero hoy le disgustaba la sola idea de abrir la boca y se aprestó a leer el libro modesto y apaciguador de la víspera. Apenas si tenía arreglo personal que hacerse, en vista de que hasta sus mejillas estaban medio vendadas; el desayuno podía tomarlo en cama; en cuanto a los médicos, hoy no había visita "quirúrgica"... Y he ahí que Efrem volvía lentamente las hojas gruesas y rugosas del libro y, por una vez, contenía su lengua, leyendo y reflexionando alternativamente. Tuvo lugar la visita de los médicos a los que se curaba por los rayos; el tipo de los anteojos dorados denigró un poco a las doctoras, después se aplacó y se dejó pinchar; Kostoglotov enarboló sus derechos: se iba, luego regresaba; Azovkin recibió su boletín de salida, se despidió y partió, doblado en dos, sujetándose el vientre; a los demás los citaron ya a los rayos, ya a transfusiones. Podduiev, por su parte, olvidaba recorrer el angosto pasillo entre las camas; estaba totalmente enfrascado en su lectura y callaba. Hoy era con el libro con el que conversaba; y ese libro no se asemejaba a nada, era apasionante.

Era toda una vida la que él había vivido... y jamás había llegado a sus manos un libro tan serio.

A decir verdad, pocas probabilidades habría habido de que él lo leyese sin esta cama de hospital, sin este cuello vendado y sin estos tirones en la cabeza... No habrían sido esos pequeños relatos insignificantes los que hubiesen podido conmovier a un tipo sano.

Ya en la velada anterior, había reparado Efrem en el siguiente título: "¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?" Ese era un título bien acertado, como para creer que Efrem lo había hallado por sí mismo. Porque mientras recorría el entablado del hospital, en qué otra cosa pensaba él, pues, estas últimas semanas, si no en esta cuestión no formulada aún: "¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?"

El relato no era corto, pero fácil de leer desde las primeras palabras; se asentaba en el corazón con suavidad y sencillez.

"Había un zapatero remendón que vivía con su mujer y sus hijos en casa de un campesino. No poseía ni casa ni tierras y sustentaba a su familia con su trabajo de remendón. La alimentación estaba cara, y el trabajo, barato, de modo que se comían todas sus ganancias. El zapatero no tenía más que una pelliza para él y su mujer y, todavía más, una hecha jirones".

¡Eso, eso era comprensible! Y la continuación también se entendía muy bien: Simón estaba muy enflaquecido; también Miguelito, su aprendiz, estaba muy descarnado, mientras que el señor...

"Era un hombre venido de otro mundo: una carota colorada, apoplética, un cuello de toro... y un aspecto firme como una roca ...

Con semejante vida, cómo no iban a estar ahítos. A un potentado como ése ni la misma muerte podría echarle mano... "

También Efrem había visto un buen número de tipos así: Karachuk, el director de las faenas carboneras, era de esa calaña; Antonov era así, y además Chechev, y luego Kujtikov...

E incluso el propio Efrem ¿no empezaba a tomar el mismo camino?

Lentamente, cual si descifrara silaba por sílaba, Podduiev leyó todo el relato hasta el final.

Ya era casi la hora de almuerzo.

Efrem no sentía deseos de hablar ni de andar. Era como si algo hubiese entrado en él, trastornándolo todo. Y los ojos ya no estaban en el lugar de los ojos. Y en el lugar de su antigua boca ya no había boca.

El primer desbaste de Efrem había sido obra del hospital, pero el hospital no había hecho más que pulir. Ahora el trabajo iba a buen paso.

Siempre en idéntica posición, empotrado en los almohadones, con las rodillas encogidas hacia el pecho y sosteniendo sobre ellas el libro que volviera a cerrar, contemplaba Efrem la pared blanca y desnuda. La luz que llegaba del exterior era lúgubre.

En la cama frente a Efrem, abrumado por la clavadura, estaba durmiendo el "rojo", el habituado a casas de reposo gubernamentales ... Lo habían abrigado abundantemente, por los escalofríos.

Sobre el lecho vecino, Ajmadyan estaba jugando a las damas con Sigbatov. Sus idiomas poco tenían en común, y conversaban en ruso. Sigbatov se hallaba sentado y cuidaba de no torcer ni encorvar su espalda enferma. Era todavía joven, mas tenía la coronilla completamente calva.

Efrem, por su parte, no había perdido ni un solo cabello; tenía una tupida cabellera oscura y rebelde, un verdadero pelaje. Y en materia de mujeres, nada había perdido de su ardor. ¿Pero ahora de qué le servía?

¡No era posible imaginar la de mujeres que él había podido procurarse! Al principio había llevado la cuenta -con las legítimas aparte-, pero en seguida ni siquiera se tomó ya esa molestia. Su primera mujer había sido Amina, una tártara de Elabuga, blanca como la leche y tan delicada, con la piel del rostro tan fina, que le sangraba apenas se la rozaba con la uña. Y además, nada indulgente; la prueba era que se había marchado por su propia voluntad, llevándose a la chica. Desde entonces, Efrem no toleró más semejante oprobio y siempre fue el primero en marcharse. La vida que llevaba era ambulante, libre: un enganche aquí, un contrato en otra parte; arrastrar consigo una familia no habría sido muy práctico. Una mujer para cuidar de su vivienda, siempre la hallaba en cada nuevo lugar. Y en cuanto a las otras, todas las mujeres de paso, las que eran libres y las que no lo eran, ni siquiera les preguntaba siempre su nombre, limitándose a pagarles lo convenido. Y ahora todo estaba confundido en su memoria: caras, maneras de ser, circunstancias; solamente cónservaba el recuerdo de lo que no habla sucedido como de costumbre. Así, se acordaba de Eudoxia, la esposa de un ingeniero: fue durante la guerra, en la estación de Alma-Ata; ella estaba frente a la ventanilla de su vagón, contoneando el rabo para que él se la llevara. El se hallaba con un grupo que partía a Ili a abrir una nueva cantera, y habían venido muchos camaradas a dejarlos. Estaba también el marido de Eudoxia; tenía agallas y no estaba lejos, pero hablando con alguien.

La locomotora había piteado una primera vez. Entonces Efrem le gritó a la mujer, tendiéndole la mano: "Pues bien, si me amas, ¡encarámate y partamos!" Y ella se aferró, se izó hasta él por la ventanilla, en presencia de todos los compañeros y del marido, y se fue a vivir con él sus dos buenas semanitas ¡No, de esto no se había olvidado, de esa Eudoxia a quien él izara al vagónl ...

De modo que lo que Efrem había observado en las mujeres, durante toda su vida, era su manera de aferrarse. Conseguir a una mujer era fácil, pero desembarazarse de ella era difícil. Sin duda en todas partes se hablaba de "igualdad" y Efrem no la discutía: pero en su fuero interno jamás había considerado a las mujeres personas propiamente tales. Con seguridad se habría quedado muy asombrado si hubiese habido un buen hombre para explicarle seriamente que él se portaba mal con las mujeres.

Y he ahí que de la lectura de este libro maravilloso resultaba que Efrem era en absoluto culpable...

Encendieron la luz más temprano que de ordinario.

El bilioso que chocheaba acababa de despertarse sacando su cabezota calva de debajo del cobertor, se había encajado inmediatamente esos anteojos que le daban apariencia de profesor y apresurado a anunciar la buena noticia de cómo había soportado más o menos bien el pinchazo, que él había creído sería peor. Y se había zambullido hacia su mesa de noche, en busca de un trozo de ave.

A esos melindrosos, observó Efrem, siempre es ave lo que les hace falta. ¿El cordero?, siempre es "demasiado pesado". Mucho le habría gustado a Efrem tener a otro frente a sus ojos, mas para eso habría tenido que ejecutar una rotación con todo su cuerpo. Y si miraba ante sí. obligado estaba a ver a aquel viejo quisquilloso roer sus huesos de pollo.

Con un quejido. Podduiev se dio vuelta hacia la derecha. -Oigan - anunció en voz alta- una historia que hay aquí. Se llama "¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?"... -Se oyó una risita-. ¡Es una buena pregunta! ¿Quién nos dirá lo que hace Vivir a los hombres? -Sigbatov y Ajmadyan, que jugaban a las damas, levantaron la cabeza. Ajmadyan dijo con voz jovial, llena de seguridad (él iba mejorando):

-La comida y con qué envolverse, ¡eso basta! -Antes de entrar al ejército, Ajmadyan nunca había salido de su pueblo ni hablado sino en uzbeko. Todo cuanto sabía de ruso, palabras y conceptos, la disciplina y la desenvoltura, se lo debía al ejército.

-Y bien, ¿quién dice algo mejor? -preguntó Podduiev, con su voz ronca. El enigma que planteaba ese título, tan inesperado para él. les resultaba a los otros igualmente difícil de resolver-. ¿Quién dice algo mejor? ¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?

Puede que el viejo Mursalimov, que no entendía ruso, hubiera contestado mejor que todos los demás. Mas el enfermero Turgun, un estudiante que entró a ponerle su inyección, lanzó:

-¡El salario, eso es todo! -Proshka, el moreno, estaba boquiabierto, con los ojos desorbitados como ante una vidriera de tienda, y no hallaba qué decir.

-¿Y bien? ¿Y bien? -dijo Efrem, en tono inquisitivo.

Al escuchar la pregunta, Diomka dejó la obra que estaba leyendo y frunció el ceño. Ese libro que tenía Efrem era Diomka quien lo había traído, sin haber logrado realmente interesarse en él. Hablaba todo el tiempo apartándose del verdadero tema, algo así como un interlocutor sordo, que siempre responde fuera de tiesto. Eso lo empobrecía y embrollaba todo, allí donde se habría necesitado un consejo para actuar. Por eso, Diomka no había leído "¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?" y no conocía la respuesta esperada por Efrem. Diomka buscó su propia respuesta.

-¿Qué hubo, muchacho? -le inquirió Efrem, para estimularlo.

-¡Ya lo tengo!... A mi parecer... -Diomka pronunciaba cada palabra con lentitud, cual si estuviese ante el pizarrón contestándole al profesor y tratando de no equivocarse. Y hasta reflexionaba entre una palabra y otra-. A mi parecer, ante todo, el aire; luego, el agua; en seguida, el alimento. -Eso era lo que Efrem habría contestado antes, si le hubiesen preguntado; con la diferencia de que él habría añadido: y también el himeneo. Pero el libro apenas si se refería a esto. Chasqueó los labios.

-Y bien, ¿quién dice algo mejor? Proshka se decidió:

-Es el trabajo profesional. ..

También esto era acertado; Efrem había pensado así toda su vida. Sigbatov, por su parte, dio un suspiro y dijo con timidez:

-Es la patria.

-¿Cómo así? -Efrem se quedó sorprendido.

-Vamos, el lugar natal... Vivir ahí donde uno ha nacido ...

-¡Ah, sí, comprendo!... Eso no es forzoso. Yo abandoné el Kama muy joven, y no me da ni frío ni calor la idea de que aún esté el río allá o no. ¿Un río u otro acaso no da lo mismo?

-Donde uno nació las cosas le son más fáciles.

-Bien, de acuerdo. ¿Y qué más?

-¿Qué cosa? ¿Qué cosa? -dijo Rusanov, muy peripuesto-. ¿De qué pregunta se trata?

Quejándose, Efrem se volvió hacia la izquierda. En el lado de las ventanas los lechos estaban desocupados y no quedaba más que el "pensionista de casas de reposo". Este devoraba un trutro de pollo que sostenía a dos manos, por los dos extremos. Se hallaban frente a frente, cual si el demonio se las hubiese ingeniado en situarlos así. Efrem frunció los ojos,

-Y bien, profesor, ¿qué es lo que hace vivir a los hombres? Pablo Nicolaievich no se turbó en lo más mínimo y dijo, sin siquiera soltar su trutro de ave:

-No cabe la menor duda. Recuerde bien esto: los hombres viven de ideologías y de causas comunes.

Dicho lo cual, arrancó el trozo más tierno, cerca de la articulación. Ahora, salvo un poco de cuero grueso y algunos tendones, ya no quedaba nada en torno a los huesos y él los dejó sobre la mesa de noche, en un papel.

Efrem nada contestó. Lo fastidiaba que el melindroso hubiese salido del paso tan hábilmente. Cuando se trata de ideología, más vale dar la discusión



por terminada.

Volvió a abrir el libro y de nuevo se sumergió en él. Quería comprender por sí mismo cuál era la respuesta justa.

-¿Y de qué habla el libro? ¿Qué dice ahí? -preguntó Sigbatov, abandonando su tablero de damas.

-A ver, a ver... -Podduiev leyó las primeras líneas: "Había un zapatero remendón que vivía con su mujer y sus hijos en casa de un campesino. No poseía ni casa ni tierras... "

No obstante, leer en voz alta era difícil y demasiado largo. Por lo cual Efrem, bien apuntalado por los almohadones, se puso a resumir la historia a su manera, esforzándose una vez más por captar bien su sentido.

-Resumiendo, el remendón le ponía entre pera y bigote. Un día que regresaba a casa ebrio, recogió a un tipo que se moría de frío, que se llamaba Miguelito. Su mujer lo reprendió. ¿Dónde vamos a meter a este holgazán? Y después Miguelito tomó vuelo y aprendió a confeccionar las botas aún mejor que el zapatero. Una vez, en invierno, hay un señor que llega trayendo un cuero muy valioso. Se manda a hacer botas, pero unas botas que se gasten sin abrirse ni descoserse. ¡Y pobre del remendón! Si echa a perder el cuero, lo pagará con el suyo... Miguelito, por su parte, sonreía extrañamente: era que había divisado algo en el rincón, detrás del señor. Apenas hubo éste vuelto la espalda, Miguelito se puso a recortar el cuero, estropeándolo todo: ya no eran botas con contrafuerte y tirantes lo que se podía hacer con él. sino escasamente pantuflas. El zapatero se toma la cabeza a dos manos: "Quieres que me desuellen", le dice. "¿Pero qué has hecho?" Mas Miguelito le dice: "El hombre hace provisiones para un año, sin saber si vivirá hasta el anochecer". Y estaba en lo cierto: en el camino de regreso el señor había reventado. Y su esposa le encargó a un muchacho decirle al remendón que ya no hiciera botas, sino que enviara lo antes posible unas pantuflas para el muerto.

-¡Esas son pavadas! -dijo Rusanov, haciendo silbar la "s" de indignación-. ¿No podría cambiar el disco? Se huele a un kilómetro que ésa no es la moral nuestra. Y por lo demás, en su libracó ¿qué es lo que hace vivir a la gente, pues?

Efrem había parado de narrar y había vuelto sus ojos hinchados hacia su interlocutor calvo. Se sentía despechado de que el calvo hubiese asestado un golpe tan certero. En el libro estaba escrito que lo que hace vivir a los hombres no es el egoísmo, sino el amor al prójimo. El viejo quisquilloso había dicho: "El hombre vive de causas comunes". Era aproximadamente lo mismo.

-¿Lo que lo hace vivir?... Ni siquiera se atrevía Efrem a pronunciar la palabra en voz alta. Era casi inconveniente-. Pues bien, el amor, como dice él. ..

-¿El a...m...o...r? ¡Yo puedo decirle que ésa no es nuestra moral! -Se desternillaron los anteojos dorados-. A ver, ¿quién escribió eso?

-¿Cómo? -bramó Podduiev, sintiendo que lo hacían desviarse de lo esencial.

-Y bien, sí: el que escribió todo eso, ¿quién es? ¿Quién es el autor? No tienes más que mirar arriba, en la primera página.

¿Qué podía importar el nombre? ¿Qué tenía que ver eso con lo

esencial, con la enfermedad de ellos? ¿Con su vida o con su muerte? Erem no acostumbraba leer en los libros ese nombre que ponen bien en alto en la primera página y, si lo leía, era para olvidarlo inmediatamente.

Sin embargo, buscó la primera página y leyó en alta voz:

-Tols ... toi

-¡No es posible! -protestó Rusanov-. ¿Tolstoi? Pero veamos; Tolstoi no escribió más que cosas optimistas y patrióticas; si no, no lo habrían editado. **El pan, Pedro Primero.** Ha recibido tres veces el Premio Stalin, ipor lo menos sepa eso!

-¡Pero si no es ese Tolstoi! -intervino Diomka, desde su rincón-. Es León Tolstoi, simplemente.

-¡Ah, no es nuestro Tolstoi! ... -dijo Rusanov, prolongando la "o" (medio aliviado, medio picado)-. ¡Ah, entonces es el otro!. .. El del espejo de la Revolución y las albóndigas de arroz ... ¡Un pequeño burgués, ese Tolstoi! ¡El mal hay que contrarrestarlo, muchacho, hay que combatirlo!

-Yo también pienso así -respondió Diomka.

## CAPITULO IX

### "TUMOR CORDIAL"

Eugenia Ustinov, que era cirujana ayudanta, no poseía casi ninguna de las características de un cirujano: ni la mirada decidida, ni el pliegue autoritario surcándole la frente, ni las imperiosas mandíbulas férreas, ni la apariencia de sabiduría innata que se desprende de toda la persona. Había pasado los sesenta y sin embargo, cuando llevaba el cabello recogido bajo su cofia de médica, quienes la veían por la espalda la interpelaban con un: "Señorita, diga, por favor..." En otras palabras, tenía una silueta de muchacha y arrugas de abuela. Los ojos le formaban bolsas y parecían hinchados; su semblante estaba siempre fatigado. Ella trataba de enmendar esto mediante un eterno lápiz labial vistoso que debía renovar varias veces al día, porque se le salía con el contacto de los cigarrillos.

Sin perder un instante, apenas salía de la sala de operaciones o de la sala de curaciones, o de las piezas de los pacientes, fumaba. A la primera oportunidad, corría a echarse sobre un cigarrillo, como para comérselo. Durante las visitas a los enfermos le acontecía llevarse a la boca los dedos índice y del medio, de manera que en seguida se podía discutir para saber si había fumado o no durante la visita.

Eran dos para hacer todas las operaciones del hospital: el jefe de cirugía, León Leonidovich -un hombre realmente muy alto, de brazos largos- y además esta mujer menudita, ya envejecida, que amputaba miembros, practicaba traqueotomías, sacaba estómagos, penetraba hasta los últimos recodos de los intestinos, hacía estragos en el delicado fondo de las pelvis y reservaba para el término de su jornada de operaciones, como trabajo fácil y ya muy trillado, la ablación de una o dos glándulas mamarias afectadas por el cáncer. No pasaba martes ni viernes sin que Eugenia Ustinov procediera a varias ablaciones mames; y a la auxiliar que limpiaba la sala de operaciones solía decirle, chupando el cigarrillo con sus pálidos labios, que se podría hacer una colina juntando todos esos senos que ella había cortado ...

En toda su vida, Eugenia Ustinov no había sido sino cirujana.

Aparte de la cirugía, nunca había sido nada, ni hecho nada. y no obstante recordaba y comprendía las palabras pronunciadas por Eroshka, el viejo cosaco de Tolstoi, a propósito de los médicos europeos: "No saben nada más que amputar. Son unos asnos. Allá en las montañas hay verdaderos doctores; ellos conocen las hierbas".

Y si el día de mañana un tratamiento químico cualquiera, un tratamiento por los rayos o con hierbas, o incluso por la luz, los colores o la telepatía, pudiese salvar a sus pacientes ahorrándoles el escalpelo, con lo cual la cirugía se vería conminada a desaparecer, pues bien, Eugenia Ustinov no la

defendería ni por un momento. Quizás no fuese por convicción, sino porque toda su vida na había hecho ella más que amputar, amputar; toda su vida habían sido el escalpelo, las carnes vivas...

Una de las coacciones más abrumadoras de la humanidad era que los individuos no pudieran renovarse, hacia la mitad de sus vidas, cambiando radicalmente de ocupación.

La visita la hacían, generalmente, entre tres o cuatro: León Leonidovich, ella misma y las internas. Pero León Leonidovich había partido hacía algunos días para Moscú, a un seminario dedicado a las operaciones del tórax. Ese sábado quiso la casualidad que ella entrase a la sala de hombres del segundo piso sin que la acompañara nadie: ni médico tratante ni siquiera enfermera.

O mejor dicho, no entró, sino que se detuvo en el vano de la puerta y se apoyó en la jamba. Era una postura de joven. Sólo una muchacha muy joven puede apoyarse así en una pared, pues sabe que el efecto es agradable, que es mejor que permanecer bien erguida, con la espalda muy estirada, los hombros en línea recta y la cabeza derecha.

Detenida en esta pose, Eugenia Ustinov observaba pensativamente el juego al cual se entregaba Diomka. Este había extendido su pierna enferma y doblado la otra debajo de su cuerpo, de modo de utilizarla como mesa poniendo sobre ella un libro; y encima de ese libro hacía una construcción con ayuda de cuatro lápices grandes que sujetaba con ambas manos. Absorto estaba en la contemplación de esta figura, y habría seguido estándolo mucho rato, si no lo hubiesen interpellado. Alzó la cabeza y juntó los lápices.

-¿Qué estás construyendo ahí, Diomka? -preguntó Eugenia Ustinov con tristeza.

-Un teorema -contestó Diomka desenfadadamente, más fuerte que lo necesario.

Tales fueron las palabras intercambiadas; pero, al mismo tiempo, sus ojos se escrutaban mutuamente y era obvio que lo esencial no eran las palabras intercambiadas.

-Es para pasar el tiempo -siguió explicando Diomka, con menos desenfado y no tan fuerte.

Ella irguió la cabeza. Lo miró un instante en silencio, siempre apoyada en la jamba de la puerta; no, no era por coquetería de joven, sino por cansancio.

-Bueno, voy a examinarte.

Diomka, siempre respondón, replicó con más vivacidad que de costumbre:

-Ludmila Afanasiev me examinó ayer. Dijo que continuaríamos con los rayos.

Eugenia Ustinov alzó la cabeza. Emanaba de ella una especie de belleza melancólica.

-Perfectamente, pero de todas maneras voy a examinarte yo. Diomka se puso ceñudo. Apartó su manual de estereometría. se corrió hacia atrás sobre

sus posaderas, para dejar espacio sobre la cama, y se desnudó hasta la rodilla la pierna enferma.

Eugenia Ustinov se sentó a su lado. Se recogió de un solo movimiento, hasta más arriba del codo, las mangas de su vestido y de su blusón. Sus manos delicadas y flexibles se pusieron a recorrer, como dos seres vivos, la pierna de Diomka.

-¿Duele ahí? ¿Duele? -preguntaba solamente.

-Sí, sí -confirmaba Diomka, frunciendo cada vez más el ceño.

-En la noche, ¿sientes tu pierna?

-Sí.. Pero Ludmila Afanasiev...

Eugenia Ustinov irguió la cabeza con aire comprensivo y le dijo, dándole un golpecito amable en el hombro:

-Está bien, amigo mío. Sigue con los rayos.

Y una vez más se miraron directamente a los ojos.

En la sala todo había quedado en silencio y se oía cada palabra que ellos decían.

No obstante, Eugenia Ustinov se levantó y se volvió hacia la salamandra: Proshka debía haber estado ahí, mas había cambiado de cama la noche anterior (aunque era de mal agüero ocupar la cama de un enfermo a quien hubieran mandado a morir en otra parte), El lecho junto a la estufa tenía ahora otro ocupante: Friedrich Federau, un rubiecito apacible que no era totalmente nuevo, puesto que había pasado tres noches en la escalera. Federau se había levantado para ir al retrete y miraba a Eugenia Ustinov con expresión afable y respetuosa. Era más bajo que ella.

¡El, por lo menos, estaba sano! El no tenía dolores en ninguna parte!

La primera operación lo había sanado por completo. Y si había regresado al pabellón de los cancerosos no había sido para quejarse de algo, sino por simple escrúpulo; en su anterior boletín de egreso decía que debería presentarse a control el 1: de febrero de 1955. Y había vuelto desde muy lejos, por caminos difíciles, en numerosas etapas: primero en la tolva de un camión, bien abrigado con su pelliza de piel de carnero y sus botas de fieltro; luego en tren, desde la estación más próxima hasta acá, esta vez vestido con abrigo y calzando zapatos; y no se había presentado ni el 31 de enero ni el 2 de febrero, sino tan puntualmente como la luna en ocasión de los eclipses que le han fijado.

Y el eclipse había tenido lugar; su semblante se había ensombrecido: lo hospitalizaban de nuevo. Sabe Dios por qué. Tenía muchas esperanzas de que lo despidieran hoy.

Entró María, la enfermera alta y seca, de ojos sin brillo. Traía una toalla. Eugenia Ustinov se enjugó las manos; levantó los brazos, siempre desnudos hasta el codo, y, en igual completo silencio, le palpó el cuello a Federau prolongadamente. Después le ordenó desabrocharse y le examinó todavía la cavidad detrás de la clavícula, en seguida las axilas. Dijo, por último:

-Todo va bien, Federau, para usted todo va muy bien. -A él se le iluminó el semblante como a un hombre que recibe una condecoración-. Todo va bien -prosiguió ella; su tono era afectuoso; alargaba las palabras, al mismo tiempo que le palpaba todavía debajo de la mandíbula inferior-. Le haremos una

pequeña operación más y será todo.

Federau casi se desplomó.

-¿Cómo es eso? ¿Para qué una operación, si todo va bien, Eugenia Ustinov?

-Para que todo vaya mejor aún -dijo ella, con una débil sonrisa.

-¿Será aquí? -preguntó él, y la palma de su mano hizo el gesto de cortarle el cuello medio a medio. Su rostro afable asumió una expresión suplicante. Tenía las cejas gruesas, casi blancas.

-Sí, ahí. Pero no se preocupe, a usted todo se le ha hecho a tiempo. Si está de acuerdo, vamos a prepararlo para el martes próximo. -María lo anotó en su cuaderno-. A fines de febrero regresará a su casa, Y que no lo veamos más por acá!

-¿Habrá otro control más? -dijo Federau, esbozando una sonrisa, aunque sin resultado.

-¡Oh!, tal vez un control, pero eso es todo -le tranquilizó ella; y su sonrisa quiso ser una excusa: ¿con qué otra cosa, aparte de esa sonrisa cansada, podía consolarlo?

Lo dejó, pues, meditando de pie al lado de su lecho, luego sentado en ese mismo lecho, mientras ella continuaba su visita. Al pasar, le dirigió una sonrisa imperceptible a Ajmadyan, a quien operara de la ingle, y se detuvo a la cabecera de Efrem.

Efrem había puesto al lado suyo el librito azul y esperaba que ella se acercara. Estaba sentado en la cama, con las piernas recogidas contra el pecho: con su cabeza voluminosa, con aquel vendaje que le engrosaba increíblemente el cuello, con sus anchos hombros, hubiérase dicho algún gnomo surgido de 19s cuentos. La miró sin levantar la vista, como a la defensiva.

Ella apoyó los codos en la barandilla del catre y se llevó dos dedos a los labios, cual si estuviese fumando.

-¿Y bien? ¿Cómo va la moral, Podduiev? -La moral, la moral! . . . ¡No sabían decir otra cosa! Todo cuanto ella tenía que hacer era hablar un poco y después irse, ¡SU número habría terminado! ...

-Yo estoy harto de que me operen -dijo Efrem.

Ella alzó las cejas, como sorprendida de que alguien pudiese estar harto de que lo operaran. No contestó nada. Y él había dicho todo lo que tenía que decir. Permanecieron silenciosos, como se hace después de una desavenencia. Como antes de una separación.

-¿Es siempre en la misma parte?

La pregunta la había formulado Efrem casi involuntariamente. (Quería decir: ¿Pero entonces cómo se desempeñó usted la última vez que me operó? ¿Qué es lo que se cree? Pero él, que jamás respetara a los superiores, que siempre le soltara cuatro verdades a la gente, tenía miramientos para con Eugenia Ustinov. Por cierto que ella sola lo adivinaría.)

-Es justo al lado -respondió.

(De qué serviría decirte, desdichado, que el cáncer a la lengua no es igual que el cáncer al labio inferior. Sacando los ganglios submaxilares se descubre de repente que están afectadas las redes linfáticas profundas ... No fue

posible sacártelos antes.) A Efrem le vino una especie de estertor, como a quien le falta el aire.

-No vale la pena. Yo no quiero nada más. -y ella, cosa curiosa, no hizo ningún esfuerzo por convencerlo-. No quiero más operaciones. No quiero nada más. -Ella seguía mirándolo, sin decir nada-. Déjeme irme de nuevo!

Lo miraba de lleno a los ojos enrojecidos, a los cuales tantos trastornos parecían haberlos dejado ya imperturbables, diciéndose también ella: ¿Para qué? ¿Con qué fin atormentarlo, si el escalpelo no daba alcance a las metástasis?

-El lunes vamos a deshacerte el vendaje, Podduiev, y ya veremos. ¿Conforme?

(El había exigido que lo dejaran irse de nuevo; mas en el fondo esperaba que ella dijese todavía: "¿Estás loco, Podduiev? ¿Cómo es eso, dejar que te vayas de nuevo? Vamos a curarte. a sanarte! ")

Pero no, ella estaba de acuerdo.

Dicho en otros términos, él estaba bueno para ir a que lo enterraran...

Hizo con todo el cuerpo una inclinación indicadora de que aceptaba. Ya no podía inclinar simplemente la cabeza.

Ella pasó a donde Proshka, quien se levantó y le sonrió. Sin examinarlo, preguntóle:

-Y bien, ¿cómo se siente usted?

La sonrisa de Proshka se hizo aun más amplia.

-La cosa marcha... Estos comprimidos me han ayudado mucho. - Mostró un frasco de vitaminas. No sabía cómo arreglárselas para disponerla mejor a su respecto. Para convencerla de desechar toda idea de operación.

Ella inclinó la cabeza, como aprobando los comprimidos. Le palpó con la mano el lado izquierdo del pecho. -Ahí, ¿le dan puntadas?

-Un poco, sí.

-Usted podrá salir hoy del hospital.

Fue de la impresión que se alegró Proshka. y sus cejas negras se alzaron de asombro.

-¿Qué dice usted? ¿Y la operación? ¿No la habrá? Ella sacudió la cabeza con la misma sonrisa triste.

Hacía una semana que lo palpaban: cuatro veces lo habían mandado a rayos y lo hacían ya sentarse, ya tenderse, luego volvían a levantarlo; lo habían llevado a ver a unos viejos de delantal blanco ... En suma, él se esperaba alguna enfermedad espantosa, ¡Y he aquí que lo despedían sin operación!

-Entonces, ¿voy bien?

-No del todo ...

-Estos comprimidos me hacen singularmente bien, ¿no es cierto? - Sus ojos negros resplandecían de gratitud, de comprensión. Le era grato complacerla también a ella con esta curación tan fácil.

-Esos comprimidos los comprará usted mismo en las farmacias. Pero vaya prescribirle otra cosa más, la tomará con un poco de agua. -Volvió la cabeza hacia la enfermera y agregó:- Vitamina antiescorbútica.

María inclinó la cabeza con aire severo y tomó nota en su cuaderno.

-Solamente deberá tener cuidado -continuó Eugenia Ustinov, con dulzura-. No debe caminar rápido, ni levantar cosas pesadas, y sea muy cuidadoso para agacharse.

Proshka rió de pensar que hasta Eugenia Ustinov pudiese no comprenderlo todo en el mundo.

-¿Cómo no levantar pesos? ¡Si yo manejo tractores!

-Por el momento no puede trabajar.

-¿Cómo es eso? ¿Me arreglará usted una suspensión de trabajo?

-No, usted va a recibir una pensión de invalidez.

-¿De invalidez? -Proshka la miraba con ojos desfavoridos-.

¿Qué tengo que ver yo con una invalidez? Todavía soy joven, quiero trabajar. -Y, como para apoyar lo que decía, mostró sus manos sólidas, de dedos gruesos, que no pedían sino trabajo. Mas nada podía disuadir a Eugenia Ustinov.

-Bajará usted ala sala de curaciones dentro de media hora.

Su certificado estará listo y yo se lo explicaré todo.

Salió y, junto con ella, María, siempre flaca y tiesa,

De inmediato se soltaron en la sala todas las lenguas. Proshka hablaba de su invalidez; nada tenía él que ver con tal invalidez, y habría que conversar con los muchachos; pero los otros comentaban más bien el caso de Federau. Era para todos algo extraordinario: 'un cuello intacto, blanco, limpio, sin que duela nada, ¡Y una operación!

Podduiev, siempre sentado en la cama, con las piernas encogidas hacia el pecho, hizo girar su cuerpo entero ayudándose con los brazos (un poco a la manera de un lisiado) y le espetó con cólera, casi rojo:

-¡No dejes que te la hagan, Friedrich! ¡No seas imbécil! Si dejas que te la hagan, se quedarán con tu pellejo, como en mi caso.

Pero también. Ajmadyan tenía algo que decir:

-Es preciso dejarlos operar, Federau. Si ellos lo dicen, no es porque sí.

-¿Por qué operarlo, si no le duele nada? -dijo Diomka, muy indignado.

Intervino la voz ronca de Kostoglotov:

-¿Qué es lo que nos cuentas, viejo? Si empiezan a cortar cuellos sanos, ¡hay para volverse joco!

Al oír estos gritos, Rusanov se enfurruñó, mas se abstuvo de toda observación. La víspera, después de la inyección, se había alegrado mucho de haberla soportado bien. Pero todo seguía igual como antes; el tumor en su cuello le había impedido mover la cabeza toda la noche y toda la mañana, y hoy se sentía completamente desdichado: era evidente que no había disminuido.

Por supuesto, había recibido la visita de la doctora Gangart.

Lo había sometido a un interrogatorio muy detallado, para informarse de cada matiz de lo que sintiera él la tarde anterior, en la noche y esta mañana; lo había interrogado extensamente acerca de su grado de debilidad; en seguida le había explicado que el tumor no debía por fuerza ceder a la primera inyección y que hasta era lo más normal que había. En parte, había conseguido calmarlo. Mirándola bien, él se había dicho que no parecía tonta; claro que su



apellido era sospechoso. Al fin de cuentas, los médicos de este hospital no eran lo peor de lo peor; tenían experiencia, sólo se requería saber ser exigente con ellos.

Pero esa calma no había durado mucho tiempo. La doctora Gangart se había marchado y el tumor siguió sofocándole el cuello; los enfermos habían seguido provocándolo; y he aquí que a otro ,le proponían operarlo del cuello, en circunstancias que no tenía ahí absolutamente nada. ¡En cambio Rusanov tenía un verdadero bocio y no lo operaban, ni siquiera le proponían operarlo! ¿Estaba realmente tan grave?

La antevíspera, al entrar a esta sala, Pablo Nicolaievich no habría podido imaginarse por un instante que tan pronto se sentiría él ligado a todos esos tipos.

Ahora, ¿no es cierto?, lo esencial era el cuello. Eran tres, tres aquellos para quienes todo dependía del cuello ...

Federau estaba muy desmoralizado. Escuchaba todos los consejos con una sonrisa de desamparo. Todos le decían con seguridad lo que debía hacer, sólo él no acertaba ver claro en su propio asunto. (Desde luego, ellos tampoco veían claro, apenas se trataba de ellos mismos.) Operar era peligroso; no operar, también era peligroso. El ya le había dado vueltas al asunto en su última permanencia en el hospital, cuando le trataron el labio inferior por los rayos, tal como estaban haciéndolo ahora con Eganburdiev. Después, la costra había crecido, luego se había secado y finalmente habla caído; pero Federau comprendía por qué era preciso operar las glándulas del cuello: para impedirle al cáncer progresar.

Sin embargo, ahí estaba el caso de Podduiev. Había tenido dos operaciones, ¿y con qué resultado?.. Desde luego, puede que el cáncer hubiera renunciado a infiltrarse. Puede que no quedaran ya rastros. De todas maneras, tendría que consultarlo con su mujer y sobre todo con su hija Enriqueta, la más instruida y la más valerosa de la familia ... Federau sabía, empero, que estaba ocupando aquí una cama y que el hospital no esperaría que él hubiese intercambiado cartas con su familia (¡Y decir que desde la estación hasta su casa, en el fondo de la estepa, las cartas no viajaban sino dos veces por semana, yeso cuando los caminos estaban practicables !). En cuanto a abandonar el hospital para ir a consultar a los suyos, era cosa difícil, mucho más difícil de lo que imaginaban los médicos y todos los enfermos que tantos consejos le prodigaban. Para eso, era necesario ir al Resguardo local, hacer anular el permiso de permanencia temporal conseguido a costa de tantos trámites, hacerse borrar del registro y partir ... , primero en tren, hasta la estacioncita; luego, allá, recuperar la pelliza y las botas de fieltro, confiadas al cuidado de unas buenas gentes, conocidos de paso (es que allá el tiempo no era el mismo de acá; aún era invierno, con unos vientos desatados); y en seguida volver a arrastrarse malamente por más de ciento cincuenta kilómetros, en una cabina o acaso una tolva de camión, hasta la Estación de Maquinaria Agrícola; y apenas llegado, tendría que escribirle al Resguardo solicitando una nueva autorización de viaje y esperar dos, tres, cuatro semanas; y cuando llegase la autorización, pedir de nuevo licencia; seguramente eso coincidiría con la época del derretimiento de las

nieves: los caminos estarían impracticables; los camiones, inmovilizados; y una vez de regreso en la estacioncita donde se detenían, cada uno un minuto, los dos trenes diarios, todavía tendría que correr como un loco de vagón en vagón para pedirle un asiento al jefe de vagón; y de regreso en la ciudad, volver al Resguardo, hacerse inscribir de nuevo y luego esperar su turno, sabe Dios cuántos días, antes de contar con una plaza en el hospital. ...

Entretanto, toda la dotación de la sala comentaba los asuntos de Proshka. Después de eso, vaya uno a creer en los malos presagios! ¡Como si hubiera realmente camas que traen la mala! Todos lo felicitaban y le aconsejaban someterse a su nueva invalidez, ya que se la concedían. ¡Ya que te la dan, tómalala! ¡Si te la dan, es porque es necesario! ¡Siempre estarán a tiempo de quitártela! Proshka replicaba que él ten[ga ganas de trabajar. Pero, imbécil -le decían-, siempre tendrás tiempo de trabajar, bastante larga es la vida.

Proshka partió, pues, a buscar sus certificados. Los de la pieza empezaron a recuperar la calma. Efrem volvió a abrir su libro, pero por más que leía las líneas, no las comprendía; y pronto lo advirtió.

No las comprendía porque estaba muy nervioso, recorrido por estremecimientos, y observaba lo que ocurría en la sala y en el corredor. Para entender bien, habría sido preciso recordar que para él el tiempo estaba contado; que él ya nada cambiaría, que no convencería a nadie más, y que no tenía sino algunos días para poner orden en sí mismo.

Y no era sino cumplida esta condición como tendría acceso a las líneas de este libro. Eran pequeños tipos negros muy vulgares, alineados sobre papel blanco. Pero para leerlos a fondo, no bastaba saber leer.

Proshka volvió a subir muy pronto con sus certificados y se encontró con Kostoglotov en el rellano del segundo piso. Le mostró los papeles:

-Hasta tienen unos timbres muy redondos, ¡mira!

El primer certificado era para la estación: petición de entregar sin demora un pasaje al enfermo Fulano de Tal, que acaba de someterse a una operación. (Si no se hablaba de operación, en la estación mandaban a los pacientes a la cola y no podían partir antes de dos o tres días.)

El segundo era para la autoridad médica del lugar de residencia de Proshka: "Tumor cordis, casus inoperabilis".

Proshka dijo, mostrando ese pasaje con el dedo:

-No entiendo nada! ¿Qué es lo que dice ahí?

Kostoglotov frunció los ojos, en una mueca de descontento. -Déjame pensar ... Toma, puedes guardarlo; voy a pensarlo. Proshka cogió de nuevo sus preciosos papeles y fue a prepararse.

Kostoglotov se apoyó en la balaustrada y permaneció largo rato inclinado por sobre el descanso de la escalera; su mechón colgaba en el vacío.

De latín no sabía él prácticamente nada; por lo demás, en general, no sabía bien ningún idioma extranjero ni ciencia alguna, excepto la topografía; y eso no se trataba sino de topografía militar al nivel de suboficial. En todo tiempo y lugar denigraba él violentamente la instrucción; y sin embargo estaba siempre al acecho y no dejaba escapar una sola migaja de cuanto pudiera ampliar sus propios conocimientos. En 1938 había podido seguir un curso de geografía

física; y luego, durante el invierno 46-47, había tomado un curso de geodesia, sin terminarlo. Entre uno y otro habían estado el ejército y la guerra, poco propicios al desarrollo de los conocimientos. Pero jamás olvidaba Kostoglotov el proverbio de su abuelo preferido: "El tonto prefiere dar la lección; el vivo prefiere recibirla", e inclusive en el ejército siempre había cogido al vuelo lo que es útil saber, prestando oído a todo razonamiento sensato. Viniese de un oficial de otro regimiento o de un soldado de su propia sección. Por supuesto, para que su amor propio no tuviera que sufrir, ponía oído sin parecer hacerlo, como si nada de eso le fuera muy útil. En cambio, cuando conocía a una persona, Kostoglotov nunca se apuraba por presentarse, nunca trataba de posar, sino que, por el contrario, trataba inmediatamente de saber quién era aquel nuevo conocido, de qué bando, de qué lugar, de qué clase. Gracias a lo cual lograba oír y llegar a saber muchas cosas. Y si había habido un sitio donde pudo saciarse a su gusto, por cierto que eran las cárceles superpobladas de los alrededores de Moscú, durante los años de postguerra. Allí se organizaban todas las tardes conferencias dictadas por profesores de facultades, por catedráticos auxiliares y, más comúnmente, por especialistas; los temas eran de física atómica, arquitectura occidental o genética, tanto como de poesía o apicultura ... , y Kostoglotov era el auditor más asiduo de todas esas conferencias. Fuese debajo de las literas de la prisión de Krasnaia Presnia o sobre los listones rústicos de los vagones de carga adaptados o aun en las paradas, cuando los hacían sentarse trasero en tierra; o bien en su vida de deportado, en el campamento; en todas partes se atenía al proverbio de su abuelo y trataba de captar lo que no tuviera tiempo de aprender en los bancos de las facultades.

Fue así como una vez, en el campamento, interrogó al asistente médico; era un viejo tímido, encargado de los escritos en la enfermería, cuando no tenía que correr a buscar agua hervida ... Ahora bien, se trataba realmente de un profesor de filología clásica y literatura antigua en la Facultad de Leningrado. A Kostoglotov se le puso en la cabeza pedirle lecciones de latín. Para hacer esto, tenían que pasearse de un lado a otro dentro de su recinto, a despecho de las heladas, sin nada de lápiz ni papel; de vez en cuando, el asistente médico se quitaba el guante y escribía con un dedo en la nieve. (El asistente médico daba estas lecciones en forma absolutamente desinteresada: su única compensación era sentir, por un breve rato, que volvía a ser persona. Desde luego, Kostoglotov no habría podido pagarle. Pero el asunto estuvo a punto de costarles caro a ambos: el suboficial de guardia los convocó por separado y los sometió a un largo interrogatorio, pues sospechó que preparaban una fuga trazando en la nieve un plano de esos lugares.

La explicación de las clases de latín lo dejó escéptico y las lecciones tuvieron que cesar.

De esas lecciones recordó Kostoglotov que *casus* significaba "caso", que *in* era la partícula negativa; y sabía, o al menos pudo adivinar fácilmente, que *cordis* tenía la misma raíz que "cardiograma", palabra que se encontraba en cada página del manual de Anatomía Patológica que le prestara *Zoe*.

Fue así como entendió sin esfuerzo el diagnóstico en latín concerniente a Proshka: "Cáncer al corazón, caso no operable". Ni operación ni

tratamiento alguno podían lograr nada; la prueba era que solamente le recetaban vitamina antiescorbútica.

Inclinado por sobre el rellano de la escalera, Kostoglotov no estaba pensando, pues, en la traducción del latín, antes bien en su principio favorito, que ayer no más le expusiera a Ludmila Afanasiev, conforme al cual el enfermo debe saberlo todo.

Sólo que ese principio regia para los hombres que habían pasado por todo, como él mismo.

¿Pero era aplicable a Proshka?

El muchacha casi no tenía bagaje que llevar: sus efectos personales se reducían a nada. Lo acompañaban Sigbatov, Diomka, Ajmadyan. Los tres caminaban con precauciones: uno se cuidaba la espalda; el otro, la pierna; el tercero usaba muleta. En cuanto a Proshka, avanzaba alegremente mostrando sus dientes blancos, relucientes.

Allá, ¿no es cierto?, también, de vez en cuando, había una oportunidad de ir a dejar a algún camarada a quien pondrían en libertad ...

¿Acaso se le decía a aquel camarada que apenas hubiese cruzado las puertas lo detendrían de nuevo?

-Bueno, pues, ¿qué es lo que dice? -preguntó Proshka a la pasada, con aire despreocupado.

Kostoglotov hizo una mueca, también su cicatriz gesticuló: -¡Al diablo si entiendo algo! Los médicos se han puesto tan listos, que no hay modo de entender nada.

-Pues bien, ¡buena suerte! ¡Que se mejoren bien, muchachos! ¡Que vuelvan a ver pronto su casa y a su mujer!

Proshka les estrechó la mano a todos y, una vez en la escalera, se volvió una vez más y les hizo una seña con la mano.

Bajó la escalera seguro de sí mismo. Iba bajando hacia la muerte.

## CAPITULO X

### LOS NIÑOS

Ella no había hecho otra cosa que palpar con el dedo los contornos de su tumor y luego como que le había estrechado los hombros amistosamente, antes de pasar al siguiente. Pero fue en aquel momento cuando se produjo lo irreparable. Diomka lo intuyó con claridad. Habían caído los frágiles retoños de la esperanza.

No se dio, cuenta de ello de inmediato. Primero los de la sala habían discutido el caso de Proshka, luego habían venido las despedidas de Proshka; después había pensado él trasladarse a la cama que acababa de quedar desocupada y que ahora parecía traer buena suerte; esa cama estaba al lado de una ventana: tendría más luz para leer y estaría más cerca de Kostoglotov. para los comentarios. Pero en aquel momento había entrado un nuevo.

Era un joven de tez curtida, de pelo negro como azabache, bien alisado y levemente rizado en el cuello. Seguramente tenía más de veinte años. Traía tres libros bajo el brazo izquierdo, tres libros bajo el brazo derecho.

-¡Hola, amigos! -pronunció desde el umbral, y de inmediato le agradó mucho a Diomka por su sencillez y la franqueza de su mirada-. ¿Dónde debo instalarme?

Cosa rara: examinaba menos las camas que las paredes. -¿Va a leer mucho? -preguntó Diomka.

-Todo el tiempo.

Diomka reflexionó:

-¿Con fines serios, o nada más que por gusto?

-Con fines serios.

-Bueno, entonces ocupe la cama junto a la ventana, ¿convenido? Van a venir a hacérsela. ¿Y sus libros de qué son?

-De geología, viejo -contestó el nuevo.

Diomka leyó uno de los títulos: Investigaciones geoquímicas de los yacimientos metalúrgicos.

-Instálese cerca de la ventana, de acuerdo. ¿Y qué es lo que le duele?

-La pierna.

-A mí también, la pierna.

Efectivamente, el nuevo movía una pierna con precauciones; pero viendo su silueta, fácil era imaginárselo haciendo figuras sobre el hielo!

Rehicieron la cama y él, cual si no hubiese venido más que a eso, se apresuró a poner cinco de sus libracos sobre el reborde de la ventana y a enfrascarse en la lectura del sexto ... Permaneció una hora leyendo, sin preguntar nada ni contar nada; luego los médicos lo hicieron llamar.

Diomka también se esforzó por leer. Desde luego, volvió a tomar el libro de estereometría y trató de construir figuras con sus lápices. Pero no captaba los teoremas y los dibujos -segmentos de rectas, superficies de orillas dentadas- lo retrotraían continuamente a la misma obsesión.

Entonces tomó un librito más fácil. Era **El agua viva**, de un tal Koyevnikov, libro que había obtenido el Premio Stalin. Se trataba de A. Koyevnikov, a quien no había que confundir con S. Koyevnikov ni con V. Koyevnikov. A Diomka lo asustaba un poco la idea de que hubiera tantos escritores. En el siglo anterior no había más que una decena de escritores, y todos grandes escritores. Y ahora los escritores se contaban por miles; cambiándole una sola letra a su apellido, se obtenía de nuevo el apellido de otro escritor. Existía Safronov; pero existía también Safonov, y puede que hasta dos Safonov. ¿V quién sabe si Safronov no tendría también un homónimo? Leer todos sus libros era algo imposible. Y si se los leía hasta el final, se tenía la impresión de no haber leído nada. Veíase surgir por turno escritores desconocidos de todos; recibían el Premio Stalin y después zozobraban para siempre. Cada libro, por poco voluminoso que fuese, gozaba de una prima al año siguiente de su aparición y todos los años había de cuarenta a cincuenta premios.

También los títulos se confundían en la cabeza de Diomka. Se había escrito mucho a propósito de las películas *La gran vida* y *La gran familia* .. Había una de las dos que era extremadamente valiosa; la otra, extremadamente nociva; mas Diomka no lograba en lo más mínimo recordar cuál era la buena, cuál la mala, tanto más cuanto que no había leído ninguna de las dos obras. Los conceptos también se embrollaban, y más se embrollaban mientras más leía Diomka. Por ejemplo, apenas acababa de asimilar la idea de que analizar con objetividad significaba ver las cosas tales como son en la vida, cuando leía un artículo donde se le reprochaba a la escritora Panov el haberse "aventurado por el peligroso terreno del objetivismo".

¡Y no obstante Diomka debía dominarlo, comprenderlo, retenerlo todo!

Diomka había leído **El agua viva** y no acertaba a ver claro en la obra: ¿sería realmente que el libro era tan mediocre, o bien él quien no estaba preparado?

Sentía crecer dentro de sí mismo la opresión del fracaso, de la desesperación. En el fondo, ¿qué deseaba él? ¿Un alma a quien quejarse, en quien buscar consejo? ¿O aún nada más que hablar humanamente con alguien y que hasta lo compadecieran un poco?

Por cierto que había leído que la compasión era un sentimiento humillante, que rebajaba tanto al compasivo como al compadecido.

Y a pesar de eso deseaba que lo compadeciesen. Porque en general nadie en la vida se había condolido jamás de Diomka.

Aquí, entre los de la sala, se podían decir y escuchar cosas interesantes; pero no eran ni el tono ni realmente las cosas de que Diomka sentía necesidad. Con aquellos hombres era preciso conducirse todo el tiempo como hombre.

Mujeres, claro que había muchas en el hospital; pero jamás se había

atrevido Diomka a cruzar el umbral de su sala amplia y bulliciosa. Si todas las mujeres aquí reunidas hubiesen estado sanas, habría sido interesante ir a echar un vistazo allá, a la pasada, como por casualidad, y divisar algo. Su enfermedad era un tabú más poderoso que el simple pudor. Algunas de esas mujeres, cuando Diomka se cruzaba con ellas en la escalera o en el rellano, iban tan descuidadas, tan abatidas, que olvidaban cerrarse la bata, y le había acontecido verles la camisa de noche, ya al nivel de los senos, ya abajo de la cintura. Mas aquellos encuentros no despertaban en él una sensación de alegría sino de dolor.

Por eso, siempre bajaba los ojos ante ellas. Realmente, no era fácil trabar conocimiento aquí.

No había más que la vieja Estefanía, que se había fijado en él; se había puesto a hacerle preguntas y entonces él había entablado amistad con ella. La vieja Estefanía era madre y abuela y poseía ya los rasgos característicos de todas las abuelas: 'sus arrugas y su sonrisa de indulgencia para con todas las flaquezas. Permanecían parados en un rincón del rellano del segundo piso.

Ella y él, y se pasaban largos ratos charlando. ¡Y qué fácil era hablar con Estefanía! Diomka le había revelado, acerca de sí mismo y hasta de su madre, cosas que jamás le habría confiado a ninguna otra persona.

Diomka no tenía más de dos años cuando mataron a su padre en la guerra. En seguida tuvo un padrastro, no muy cariñoso, pero justo; con él, la vida era perfectamente posible; sólo que la madre de Diomka se había convertido en una... (la palabra no se la dijo a Estefanía, pero tiempo hacía que estaba en claro en su mente: una puta). El padrastro los había abandonado, en lo cual trizo bien. Desde aquel momento, su madre trajo hombres regularmente a su única habitación; era de rigor que comenzaran por la bebida (querían obligar a Diomka a beber, pero él se negaba), y los hombres se quedaban horas más, horas menos, unos hasta medianoche, otros hasta el amanecer. Y la pieza, sin el menor tabique, ni obscuridad suficiente, a causa de los reflejos de la calle. De suerte que se había apoderado de Diomka tal repugnancia, que no veía sino indecencia en lo que a otros de su edad aún les inspiraba ensueños y emociones.

Así fue mientras estuvo en segundo, luego en tercer año; pero una vez en cuarto, Diomka se fue a vivir donde el portero de la escuela, que era un viejo. La escuela alimentaba a Diomka dos veces al día. En cuanto a su madre, nada intentó para hacerlo regresar: se sobrepuso y hasta se congratuló.

Al hablar de su madre, Diomka no podía conservar la calma, se encolerizaba. La vieja Estefanía lo había escuchado hasta el final a cabeza gacha, llegando en seguida a esta extraña conclusión: -De todo tiene que haber en la tierra. No hay más que una misma tierra para todos los hombres.

El año anterior Diomka había emigrado a una población obrera que tenía una escuela vespertina. Le habían dado una plaza en un dormitorio colectivo. Diomka era aprendiz de tornero y tenía el certificado respectivo. No tenía gran éxito en su trabajo, pero en él todo era lo contrario del desenfreno de su madre: no bebía, no voceaba canciones y se moderaba. Había terminado con buen éxito su quinto año y cursado ya un semestre del sexto.

Su sola distracción era el fútbol: a veces iba a jugar con sus compinches. Y por esta única libertad mínima que se había concedido, lo castigó

el destino: en una refriega, sin hacerlo adrede, alguien le dio un zapatazo en la tibia; Diomka no le prestó atención. cojeó un poco, luego se le pasó. Durante el otoño la pierna le dolió cada vez más, pero él siguió sin mostrársela a los médicos; lo reprendieron duramente, su estado había empeorado; después lo enviaron, por decisión médica, primero a la capital del distrito y en último término acá ...

¿Pero por qué, pues, le preguntaba ahora Diomka a Estefanía, por qué semejante injusticia del destino? ¿Por qué hay personas para quienes todo marcha como sobre ruedas, y otras para quienes todo va mal? ¡Y decir que se pretende que el hombre es amo de su destino! Nada depende de él.

Es de Dios de quien depende todo, decía la vieja Estefanía, para apaciguarlo. Dios ve claro en ello. Hay que someterse, mi pobre Diomka.

-Pero entonces, ¡ mayor razón, si todo procede de Dios, si Dios es el único que ve claro! ¿Por qué agobiar siempre a los mismos? Preciso es que haya un poco de orden, ¿no?

Y sin embargo había que someterse, no había que discutir.

Por lo demás, si uno no se sometía, ¿qué otra cosa podía hacer?

Estefanía era de la región; sus hijas, sus hijos y sus nueras venían a menudo a verla y le traían regalos. Pero los regalos no se quedaban por mucho tiempo con Estefanía: los repartía a sus vecinas y a las auxiliares y también llamaba a Diomka a su pieza y le encajaba un huevo o un budín.

Diomka jamás había estado saciado; toda su vida había conocido el hambre. E incluso una obsesión constante por la comida hacía que su propia hambre le pareciese mayor de lo que era en realidad. V no obstante sentía escrúpulos de despojar a Estefanía y, si aceptaba el huevo, se defendía lo mejor posible para no coger el budín.

-¡Tómalo, pues, hijo! -decía ella, con grandes aspavientos-. Está relleno de carne. Hay que comérselo antes que sea día de abstinencia.

-¿Cómo es eso, después no se podrá?

-¡Claro que no! ¿Que no sabes eso?

-¿Y qué habrá después?

-La Semana Santa.

-¡Pero entonces se comerá todavía mejor! Es mejor aún, Estefanía, ¿no es cierto?

-Está bien, hijo. Mejor o peor, no sé, pero ya no se deberá comer carne.

-Bien, ¿pero luego eso tendrá fin?

-Por supuesto que tendrá fin. Una semana pasa volando.

-¿Y después qué tendremos? -Diomka se recreaba en hacerle preguntas; pero ya estaba atacando a dos carrillos el budín oloroso, preparado en casa, un budín como jamás habían hecho en la suya.

-¡Qué generación de paganos! Realmente no saben nada. Y bien, después vendrá la Gran Cuaresma.

-¿Y qué necesidad de que haya Gran Cuaresma? ¿Para qué sirve una Cuaresma, y lo que es más, una Gran Cuaresma?

-Pues bien, mi pequeño Diomka, es que cuando uno se llena la



panza, ya no puede despegarse de la tierra! De vez en cuando, es necesario alivianarse.

-¿Y para qué diablos alivianarse? -Diomka no podía entender; eso de andar liviano era lo único que conocía.

-Hay que alivianarse para estar más despejado. ¿No has notado que en ayunas se siente uno más fresco?

-No, Estefanía, jamás he notado eso.

Desde la preparatoria, cuando aún no sabía leer ni escribir, Diomka se había iniciado ya en el materialismo; ya sabía a ciencia cierta y entendía con claridad meridiana que la religión es un opio, una doctrina tres veces reaccionaria de la cual sólo sacan provecho los malhechores. Aún había partes donde la religión hasta les impedía a los trabajadores liberarse de la explotación. Mas tan pronto como se le ajustaban las cuentas a la religión, todo se hacía posible: era la libertad.

E inclusive Estefanía, con su cómico calendario, con aquel Dios que tenía sin cesar a flor de labios, con esa sonrisa radiante que no la abandonaba en el más lúgubre de los hospitales, con su budín que él estaba devorando ahora, inclusive la vieja Estefanía era, indiscutiblemente, un fenómeno reaccionario ...

Y/ a pesar de todo eso, he ahí que hoy, esta tarde de sábado en que los médicos habían vuelto a irse, dejando a cada paciente entregado a la pequeña idea que lo obsesionaba; en que una luz melancólica conseguía iluminar a medias las salas, mientras que las ampolletas ya estaban encendidas en los corredores y en los descansillos, he ahí que hoy Diomka iba y venía renqueando y buscaba por todas partes a esa reaccionaria de Estefanía, que nada bueno sabía aconsejarle sino resignación ...

Sobre todo, ¡ojalá. que no le corten la pierna, que no se la amputen! ¡Ojalá que no se vea obligado a sacrificarla!

-Sacrificar. " No sacrificar. .. Sacrificar ... No sacrificar. .. Pero, con este dolor lancinante quizás fuese lo mejor sacrificarla, después de todo.

Seguía sin poder encontrar a Estefanía. En cambio, en el primer piso, allá donde el corredor se ensancha para formar una especie de vestíbulo pequeño que en la clínica llamaban "sala de periódicos" -aunque no había nada más que la mesa de la enfermera del primer piso y su botiquín-, percibió Diomka a una muchacha, casi una niña, envuelta en una bata gris gastada por los lavados que parecía toda ella surgida de una película: tenía una cabellera dorada como no existe en la realidad, y llevaba los cabellos recogidos en una construcción extraña, aérea y movediza.

Ya el día anterior la había divisado Diomka por primera vez y hasta lo había deslumbrado la visión de aquel matorral de cabellos rubios. Tan hermosa le había parecido la joven, que ni siquiera se había atrevido a mirarla con detenimiento; había desviado la vista y seguido su camino. Por cierto que, en toda la clínica, ella era casi la única de su edad (estaba también Sarjom, a quien le habían amputado una pierna); pero a las Jóvenes tan bellas las consideraba, en general, enteramente inaccesibles.

De nuevo esta mañana la había visto un breve instante, por la espalda. Aún con la bata uniforme del hospital, tenía ella la gracia de un junco,

uno la habría reconocido entre mil. Y se veía agitarse el pequeño haz dorado sobre su cabeza.

Por cierto que hoy Diomka no andaba de ningún modo en busca de ella. ¿Cómo iba a hacerlo, puesto que jamás habría podido decidirse a entablar amistad? Bien sabía que, si lo intentaba, le faltaría el habla y apenas podría balbucir alguna cosa informe y necia. Pero acababa de divisarla y el corazón se le había como sobrecogido. Por eso, con mil esfuerzos para no cojear, para caminar lo más normalmente posible, se introdujo Diomka en la "sala de los periódicos" y se puso a hojear la colección de la Pravda local, muchas de cuyas páginas habían sido arrancadas para envolver objetos y para otras necesidades de los enfermos.

Llenaba la mitad de la mesa, cubierta con su carpeta de cretona, un busto en bronce de Stalin de tamaño mayor que el natural. En el otro extremo, en un rincón, se hallaba una auxiliar gorda, con unos grandes labios carnosos, que parecía hacer juego con Stalin. Contando con la modorra de los sábados en el hospital, no previendo más trajines, había vaciado un mantoncito de semillas de girasol en un diario extendido ante ella sobre la mesa y roía cada semilla con deleite, volviendo a escupir las cáscaras directamente en el diario. Sin duda se habría acercado a la mesa por un momento, pero ya no podía apartarse del placer de masticar girasol.

El altoparlante adosado a la pared difundía, con su voz enronquecida, una especie de música de baile. Sentados a una mesita, dos enfermos jugaban a las damas.

En cuanto a la joven, Diomka la percibía de reojo, sentada junto a la pared sin hacer nada, o más bien posando de reina, muy erguida, con una mano puesta en la garganta para mantener cerrada la bata, pues nunca había broche en el cuello, a menos que las mujeres se lo cosieran ellas mismas.

Hubiérase dicho un ángel de cabellera de oro, un ángel tierno y etéreo que nunca habría osado uno tocar con el dedo. ¡Qué maravilloso sería conversar con ella ... , hablar de su pierna enferma, por ejemplo!

Enojado consigo mismo, Diomka hojeaba los periódicos. Para colmo, recordó de repente que, para no perder tiempo, había adoptado para su pelo el corte más sencillo posible, haciéndose pelar al rape toda la coronilla, lo cual le daba la apariencia de un perfecto idiota.

Mas, de improviso, le dirigió la palabra el ángel en persona: -¡Qué raro y torpe eres! ¡Hace dos días que andas a las vueltas sin acercarte! ... - Diomka se sobresaltó, se dio vuelta. ¿Cómo era eso? ¿A él? ¿Era a él a quien hablaban? La borla, mejor dicho el penacho, oscilaba en lo alto de la cabeza, como en el ápice de una flor-. ¿Y bien? ¿Tanto miedo tienes? Toma una silla, córrela para mi lado y conozcámonos un poco.

-No, yo no tengo miedo -dijo Diomka, pero tenía en la voz algo trabado que le impedía hablar fuerte.

-Entonces, despábilate, instálate. -El cogió una silla y la llevó a todo lo que le daban los brazos, redoblando sus esfuerzos por no cojear. Puso la silla junto a la pared, al lado de ella, y le tendió la mano.

-Diomka.

-Asia. -Ella le tendió una manita muy suave y la retiró. Diomka se sentó. ¡Qué ridículo era eso! Ahora estaban sentados lado a lado, como dos novios. Y además, eso le impedía verla bien. Volvió a levantarse a medias y retiró un poco la silla.

-¿Qué haces ahí sentada, sin hacer nada?

-¿Cómo que sin hacer nada? Estoy ocupada.

-¿En qué?

-Estoy escuchando la música. Me imagino bailando. y tú, ¿seguro que no sabes?

-¿Bailar en la imaginación?

-¡No, tonto, con las piernas! -Diomka negó con un suspiro-.

Lo comprendí en seguida. No estás esbelto. Bien habríamos podido dar algunas vueltas juntos -añadió Asia, examinando el lugar-, pero no hay espacio. Por lo demás, ison unos bailes detestables! Si los escucho, es porque el silencio siempre me deprime.

-¿Y cuáles son los bailes bonitos? -interrogó Diomka, dichoso de esta oportunidad de conversar-. ¿El tango? -Asia suspiró:

-¿Qué estás diciendo? ¡Eran nuestras abuelas las que bailaban tango! El verdadero baile de hoy es el rock'n roll. Aquí todavía no se baila. Lo bailan en Moscú. ¡Y singularmente bien!

Diomka no captaba bien todo lo que ella decía, pero le producía agrado charlar así y tener derecho a mirarla a la cara. Tenía unos ojos extraños, con una pizca de verde. ¡Es que los ojos no es posible teñírselos, se los conserva tal como uno los tiene! Y así como eran, eran de todos modos muy agradables.

-¡Ese sí que es baile! -dijo Asia, haciendo chasquear los dedos-. Sólo que no puedo enseñártelo exactamente, yo misma no lo he visto. Dime, ¿en qué empleas tú el tiempo? ¿Entonas canciones?

-¡Oh, no!, yo no canto.

-¿Y por qué, pues? Nosotras cantamos. Cuando nos fastidia el silencio. ¿Y qué haces tú, pues? ¿Tocas acordeón?

-¡Oh, no! -Diomka estaba todo corrido. Realmente, al lado de ella él no valía nada. En todo caso, no podía decirle crudamente que la vida social lo aburría.

Asia estaba como aturdida. ¡Qué chiquillo tan raro éste:

-¿Tal vez practicas atletismo? Yo, desde luego, me he entrenado un poco para el pentatlón. Salto ciento cuarenta centímetros, y pongo trece segundos dos décimas en ...

-Yo no, yo no practico nada ... Un poco de "fut" solamente ... -Fue duro, para Diomka, confesar así su propia nulidad, como parado con ella. ¡Había tantas personas que sabían organizar su vida con toda libertad! El, Diomka, nunca sería capaz. ¡No tenía sino su merecido!

-Bueno ... , ¿fumas, por lo menos? ¿Bebes? -preguntó Asia, con un resto de esperanza-. ¿O bien no tomas más que cerveza?

-Sí, nada más que cerveza ... -Diomka dio un profundo suspiro. (En realidad, jamás bebía ni una gota de cerveza, pero en todo caso, no podía deshonorarse hasta el extremo ... )

-¡Ay, ay, ay! -gimió Asia, cual si le hubiesen dado un golpe en la boca del estómago-. ¡Caramba, es que los que son como tú siguen pegados a las faldas de mamá! ¡Y sin el menor espíritu deportivo! En la escuela también teníamos chiquillos así. En Septiembre pasado nos llevaron a donde los muchachos. Pues bien, el director no se quedó más que con los retraídos y los aplicados. Y a todos los chiquillos como se debe los mandó de vuelta a donde las muchachas. -No tenía intención de humillarlo, solamente lo compadecía; pero de todos modos, Diomka se sintió ofendido por lo de "retraídos".

-¿Y en qué curso vas tú? -preguntó él.

-En el último.

-¿Y quién las autoriza, pues, para llevar peinados así?

-¿Cómo es eso de "autoriza"? Se está luchando por ... Nosotras también luchamos por. ..

No, no, era una buena muchacha ... Desde luego, aunque lo hubiera embromado, aunque, aunque lo hubiese puñeteado, ideo no habría cambiado nada! ¡Qué bien estaba que le hablara así, con franqueza!

La música de baile había callado, iniciando. un locutor una extensa declaración acerca de la lucha de los pueblos y de los vergonzosos acuerdos de París, peligrosos para Francia porque la entregaban a Alemania atada de pies y manos, pero inaceptables también para Alemania porque la entregaban, atada de pies y manos, a Francia.

Así prosiguió sus averiguaciones. -y generalmente, ¿qué haces?

-¿Generalmente? .. Soy tornero -dijo Diomka, en tono desenvuelto y digno. Mas ni aun eso deslumbró a Asia.

-¿Y cuánto ganas al mes? -Diomka estaba muy orgulloso del dinero que llegaba a sus manos, porque era el primero que tenía, y ganado con el sudor de su frente. Pero ahora presintió de inmediato que él se negaría a decir con exactitud cuánto ganaba.

-¡Oh, una insignificancia, por supuesto! -se defendió, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

-Todo eso es faramalla -afirmó Asia perentoriamente-. Más valdría que practicaras deporte. Tienes lo que se requiere para hacerlo.

-Hay que ser capaz ...

-¿Capaz de qué? Todos pueden llegar a deportistas. Sólo es preciso entrenarse mucho. Pero el deporte, ideo sí que reporta beneficios! ¡Viajes gratis, hoteles, restaurantes a treinta rublos diarios! ¡Y además las medallas! ¡Y todas las ciudades que permite ver!

-Y tú, ¿dónde has estado?

-En Leningrado, en Voronezh.

-¿Te gustó Leningrado?

- Figúrate! Los portales, las grandes galerías... ¡Aquí, nada más que medias, allá nada más que carteras! Son todas especializadas ..

Diomka no tenía noción de nada de eso y le dio envidia. Porque, después de todo, acaso tuviera razón esa muchacha que discurría tan atrevidamente y fuese él el pobre provinciano obstinado con sus ideas falsas.

La auxiliar seguía instalada allá, como una estatua, y volviendo a

escupir cáscaras de girasol al diario, sin agacharse siquiera. -Pero tú, que eres deportista, ¿cómo es que te encuentras aquí? -Ni por un momento se habría atrevido a preguntarle qué le dolía; esto podría resultar impúdico.

-¡Bah! Yo no he venido sino por tres días, para unos análisis -dijo Asia, con un ademán impaciente del brazo. (Tenía una de sus manos ocupada todo el tiempo en sujetar o volver a cerrar el cuello de su bata.)-. Me encajaron el diablo sabe qué bata, me da vergüenza llevarla. Si tuviera que permanecer aquí una semana habría para volverse loca ... y tú, en suma, ¿cómo es que estás aquí?

-Yo ... -comenzó Diomka, emitiendo un evasivo chasquido con los labios. De buena gana hubiese hablado de su pierna, pero. seriamente. Formulada a quemarropa, la pregunta lo desconcertó-. Me duele la pierna ...

Hasta ahora, estas pocas palabras: "me duele la pierna", habían significado para él algo grave y doloroso. Pero enfrentado a la despreocupación de Asia, empezaba a dudar de esa misma gravedad. y adoptó, para referirse a su pierna, casi idéntico tono que para hablar de su salario, como si le diera vergüenza.

-¿Y qué te dicen?

-Pues bien, mira ... En cuanto a decir, no dicen demasiado ...

Pero quieren amputármela. -Después de lo cual alzó a la cara radiante de Asia una mirada muy entristecida.

-¿Oué estás diciendo? -Asia le dio una fuerte palmada en la espalda, como a un viejo amigo-. ¿Qué es eso de amputar? ¿Están locos? Se niegan a curarte! Ante todo, no dejes que te lo hagan! Más vale morir que vivir sin pierna, ¿comprendes? Imagínate por un momento, una vida de lisiado! La vida se ha hecho para la felicidad!

¡Sí, naturalmente, ella volvía a tener razón! ¡Bonita existencia, con una muleta! Ahora, por ejemplo, estaba sentado al lado de ella ... , ¿qué haría, pues, con su muleta? ¿Y con su muñón? Ni siquiera habría podido traer una silla, ¡habría tenido que hacerlo ella! ¡No, sin pierna, ya no era vida! ...

La vida se ha hecho para la felicidad. -¿Y hace mucho tiempo que estás aquí?

-¿Cuánto tiempo? -Diomka calculó-. Deben de hacer tres semanas.

-¡Oué horror! -exclamó Asia, encogiéndose de hombros-. ¡Qué aburrido debe de ser! ¡Sin radio, sin acordeón! Y por lo que se refiere a parlanchines en las salas, ya veo cómo es.

Una vez más, se abstuvo Diomka de confesar que se pasaba días enteros trabajando, estudiando. Ninguno de los valores caros a Diomka resistía el soplo rápido de los labios de Asia; ahora le parecían exagerados y como de cartón. Dijo, con una risa breve (mas en el fondo no le causaba risa en absoluto):

-Por ejemplo, hemos discutido para saber qué hace vivir a los hombres.

-¿Cómo es eso?

-Pues bien, para qué viven.

-¡Ah, sí! -dijo Asia, que tenía respuesta para todo-. A nosotras también nos dieron una disertación sobre ese tema: "¿Para qué viven los hombres?", hasta con el plan: los cultivadores de algodón, las vaqueras, los

héroes de la guerra civil, el heroísmo de Pablo Korchaguin y lo que piensas de él, el heroísmo de Matrosov y lo que piensas de él ..

-Y precisamente ¿qué piensas tú?

-¿Cómo así, qué pienso? Si yo lo habría hecho, ¿no es cierto? Hay que decirlo!, todos escribimos: "Sí lo habríamos hecho". ¿Con qué fin echarlo a perder todo antes de los exámenes? Hay uno, Sasha Gromov, que pregunta: "¿Y si yo contestara, de una vez por todas, lo que pienso?" "Yo voy a darte "lo que pienso", dice la profe: .. Te plantaré un buen cero!" Y además, había una chica que había escrito ... , vas a reírte ... : "Todavía no sé si amo o no a mi patria". Entonces la profe berrea: "¡Extraña reflexión! ¿Cómo puedes no amarla?" "Puede que la ame, pero yo no sé. Habría que comprobarlo." "¡No hay nada que comprobar! El amor a la patria debe mamarse al mismo tiempo que el amor a la madre. Rehaz todo para la próxima vez." Todos le decíamos "el candado". Cuando entraba a la sala, jamás una sonrisa! Desde luego, no es de sorprenderse: una solterona, una vida íntima fallida ... Se desquitaba con nosotros. Las emprendía en especial con las muchachas bonitas.

Asia había dicho esto aparentando no darle importancia, pero sabía a ciencia cierta lo que vale una cara bonita. Se veía que Asia no había recorrido aún las etapas de la enfermedad, el dolor, la tortura; que aún no conocía la falta de apetito ni el insomnio; nada había perdido todavía de su lozanía, de su esplendor; solamente se había escapado por tres días de sus gimnasios y sus pistas de baile, y venía para un simple examen ...

-Y los profesores ¿son buenos? -preguntó Diomka, a fin de que ella no callase, para que continuase hablando y poder seguir mirándola.

-No, en absoluto, ¡unos verdaderos pavos! Y además, los estudios ..., no es interesante hablar de eso!

Aquella vivacidad, aquella buena salud se reflejaron en Diomka.

Se sentía lleno de gratitud por esa charla; ya no había timidez en él, estaba relajado. No tenía ningún deseo de contradecirla, sino de mostrarse de acuerdo en todo, incluso contrariando sus propias convicciones. y aun con su pierna enferma, habría podido sentirse aliviado y estar de acuerdo. de no ser por el dolor lancinante con el cual esa misma pierna le recordaba que estaba cogida en la trampa y que él ignoraba por completo hasta qué punto lograría salvarla: ¿sería hasta media pantorrilla?, ¿hasta la rodilla?, ¿o hasta la cadera? y precisamente a causa de esa pierna, para él seguía siendo esencial el problema de "qué hace vivir a los hombres". Y. preguntó:

-Pero al fin de cuentas, sinceramente, ¿qué piensas tú? ¿Por qué razón vive el hombre? -Bien se veía, para aquella rapaza todo estaba claro. Fijos en Diomka sus ojos verdosos, cual si no acertase a creer que él no estaba haciendo comedia, que hablaba en serio.

-¿Cómo que por qué razón? ¡Para el amor, por supuesto! ¡Para el amor! ... Era también lo que decía Tolstoi, ¿mas cómo había que entenderlo? Y aquella profesora que Asia había mencionado también exigía que se actuara "por amor"; pero ¿en qué sentido? Diomka estaba habituado a la precisión y reflexionaba en todo con su propia cabeza.

-Pero, en fin -dijo con voz enronquecida (era una verdad muy sencilla y, empero, nada fácil de enunciar)-, el amor no lo es todo en la vida... Es algo..., de vez en cuando. A partir de cierta edad y hasta cierta edad.

-¿A partir de qué edad? ¿De qué edad? -le atajó Asia, airada, como si la hubiera ofendido-. ¡Es a nuestra edad cuando es bueno! ¿Cuándo lo sería, si no? Y ¿qué otra cosa hay en la vida, fuera del amor?

Tanta seguridad había en sus pequeñas cejas levantadas, que no cabía replicar cosa alguna, y mucho se cuidó Diomka de hacerlo. Por lo demás, él estaba ahí para escuchar, no para replicar.

Se volvió hacia él, se inclinó y -sin tenderle los brazos, pero como si se los tendiera ambos desde el otro lado de las ruinas de todas las murallas de la tierra- dijo:

-¡Nos pertenece para siempre! ¡Y nos pertenece hoy! y poco importa lo que los demás puedan machacarnos... ¡Terminaríamos por no escucharlos, tengan razón o no! Está el amor ... y eso es todo. ¡Su manera de ser con él era tan sencilla! Esto no constituía una tarde, sino veinte, cincuenta, cien tardes de filosofar y filosofar... y de no haber sido por la auxiliar con sus semillas de girasol, por la enfermera y los dos jugadores de damas y los enfermos que pasaban con andar lento, se habría podido creer que aquí mismo, en este rincón, en este instante -que era el mejor de su vida-, ella estaba dispuesta a ayudarlo a comprender lo que hace vivir a los hombres...

Y la pierna enferma de Diomka, esa pierna que le dolía continuamente, aún en sueños, y que le dolía hasta un momento antes, ¡he ahí que por fin se dejó olvidar y que él ya no tenía pierna enferma! Diomka contemplaba boquiabierto la bata ahora entreabierto de Asia. Lo mismo que tanta repulsión le causaba cuando lo hacía su madre, le pareció por vez primera algo absolutamente inocente, absolutamente inmaculado, una justa compensación a todo el mal de este mundo.

-En suma, y tú -preguntó Asia a media voz, a punto de reír, aunque con lástima-, ¿estarás todavía...? Pollito mío, ¿todavía nunca has...?

Diomka sintió que la rojez le subía a la cara, a las orejas, a la frente, como si lo hubieran cogido en flagrante delito de robo. En veinte minutos, esa muchacha lo había desalojado de todas las posiciones a las cuales se aferraba él desde hacía años. Con la garganta seca, como implorando misericordia, dijo:

-¿Y tú?...

Entonces, lisa y llanamente -así como no llevaba bajo la bata más que una simple camisa, y luego su seno, y luego su alma-, en igual forma, sin encubrir nada con las palabras, sin imaginar siquiera con qué fin ocultar nada, ella contestó:

-¡Bah, yo lo hice desde sexto!... ¡Y entre nosotros hay una chica que quedó encinta ya en quinto! Y a otra le echaron el guante en un departamento donde hacía eso... por dinero, ¿entiendes? Ya tenía una libreta de ahorros a su nombre. Ahora, entre nosotros, por cierto que la mitad de las chicas... ¡Mientras más pronto se empieza, más interesante es! Por lo demás, ¿para qué retardarlo? Estamos en el siglo del átomo, ¿no es cierto?

## CAPITULO XI

### EL CANCER DEL ABEDUL

A pesar de todo se sentía, imperceptiblemente, el descanso del sábado en la tarde. Aún en las salas del pabellón de los cancerosos, donde empero apenas si había motivos para ello: los pacientes no disfrutaban de ninguna tregua dominical por parte de sus enfermedades, todavía menos por parte de los pensamientos obsesionantes que ellas les inspiraban. Pero estaban libres de las conversaciones con los médicos, así como de la mayor parte del tratamiento, y esto era lo que, con toda evidencia, hacía vibrar en ellos no sé qué fibra de alegría infantil e imperecedera.

Después de su conversación con Asia, Diomka trepó por la escalera con esfuerzo; se apoyaba lo menos posible en la pierna enferma, que le dolía cada vez más; cuando entró a la sala, la animación estaba ahí en su apogeo. Se hallaban reunidos no sólo todos los ocupantes de la sala, más Sigbatov, sino también visitantes venidos del primer piso; entre éstos había conocidos, como el viejo coreano Ni, liberado por fin de la sala especial de radiología (mientras conservó en la lengua agujas radiactivas, lo tuvieron bajo llave, como a un valor bancario), y además rostros por completo nuevos.

Uno de estos nuevos era un ruso, hombre de aspecto imponente, con una abundante cabellera gris; tenía afectada la garganta y hablaba en un murmullo; estaba sentado precisamente en la cama de Diomka, de la cual ocupaba una mitad. Y todos escuchaban, hasta Mursalimov y Eganburdiev, que no entendían ruso.

El orador era Kostoglotov. Se hallaba sentado, no en la cama, sino más arriba, en el reborde de su ventana, y este simple detalle contribuía también a aumentar la importancia de la ocasión. (Si hoy hubiese habido enfermeras atentas al reglamento, no lo habrían dejado sentar cátedra en esa forma; pero el turno descansaba en el enfermero Turgun, que era compinche con los enfermos y comprendía perfectamente que esto no significaba la muerte para la medicina.) Kostoglotov estaba en calcetines, había puesto el pie izquierdo sobre el lecho y el pie derecho encima de la rodilla izquierda, a la manera de una balalaica: se balanceaba levemente y, muy excitado, en voz alta, les discursaba a todos los de la sala:

-Hubo un filósofo que se llamaba Descartes. Pues bien, él decía: "¡Siempre somételo todo a la duda!"

-Sí, pero eso no se adapta a nuestra realidad soviética -dijo Rusanov, a modo de llamado al orden, levantando un índice severo.

-¡Claro que no! -replicó Kostoglotov, quien pareció hasta sorprendido de esta objeción-. Todo lo que quiero decir es que no debemos



confiarnos a los médicos como unos conejillos de Indias. Miren, yo estoy leyendo este libro -cogió del alféizar de la ventana un libro grueso, de gran formato, que enarboló ante los asistentes-. Abrikosov y Strukov: **Tratado de Anatomía Patológica, texto para uso en las Facultades**. Y bien, ellos dicen que el nexo entre la evolución del tumor y la actividad de los centros nerviosos todavía está muy insuficientemente estudiado. Ahora bien, ¿ese nexo va a sorprenderlos! Está muy bien consignado que -Kostoglotov buscó de nuevo la línea en cuestión- "en ciertos casos, bastante infrecuentes, se presencian curaciones espontáneas". ¿Se dan bien cuenta? ¡Curaciones espontáneas!...

Recorrió la sala una conmoción. Parecía que de aquel librote abierto en la página fatal acabase de alzar el vuelo, como abigarrada mariposa, la esperanza palpable de esa curación espontánea, y cada cual tendió la frente y la mejilla para que la mariposa bienhechora lo rozara en su vuelo.

-¡Espontánea! -prosiguió Kostoglotov; había vuelto a dejar el libro y medía sus frases batiendo el aire con las manos muy abiertas; su pierna derecha seguía recogida sobre la rodilla izquierda, como una balalaica-. Eso quiere decir que un buen día, sin ton ni son, el tumor se empieza a reducir. Decrece, se debilita y por último ¡ya no hay tumor! ¿Qué me dicen, eh?

Todos permanecían boquiabiertos, pasmados ante este cuento de hadas de que un tumor, su tumor, ese tumor maligno que les estropeará toda la vida, de repente, por sí solo, se fuera, se retirara, se extinguiera y desapareciera.

Todos permanecían mudos, presentándole la cara a esa mariposa maravillosa, y solamente Podduiev, cuyo catre se oyó rechinar, pronunció con voz enronquecida, estirando su cuello de toro: -Para eso, ¡seguramente hay que... tener la conciencia limpia! ¿Era un modo de intervenir en la conversación, o bien una simple reflexión sin relación con el debate? La cosa no estaba clara; mas Rusanov, que por una vez escuchara a su vecino Kostoglotov no sólo con atención, sino casi con simpatía, se volvió nervioso hacia Podduiev y le reconvinó:

-¡Pero si eso es desvarío idealista! ¿Qué tiene que ver aquí la conciencia? ¡Debería avergonzarse, camarada Podduiev!

Sin embargo, Kostoglotov ya había tomado por su cuenta las palabras de Efrem:

-¡Bien hablado, Efrem! ¡Bravo! Todo es posible, y todos estamos en la colada. Miren, por ejemplo, después de la guerra leí, en la revista Zvezda<sup>1</sup> una cosa sumamente interesante. Figúrense que la cabeza del hombre está protegida por una barrera cervical y que mientras las sustancias o microbios nocivos al ser humano no han franqueado dicha barrera, pues bien, ¡el hombre está a salvo! ¿Y saben por qué?

El joven geólogo, absorto en sus libracos desde su llegada a la sala, estaba ahora sentado en su lecho, junto a la ventana que hacía juego a la de Kostoglotov; sostenía un libro en la mano, pero le acontecía levantar la cabeza en ciertos episodios del debate. Al oír la pregunta de Kostoglotov, volvió a alzar la cabeza. Todos, los intrusos y los de la sala, estaban escuchando. En cuanto a Federau, cuyo cuello seguía intacto y blanco, aunque condenado ya, estaba hecho ovillo sobre su cama, cerca de la estufa, con la cabeza hundida en la

almohada, pero de todas maneras escuchaba...

-Y bien, figúrense que en dicha barrera todo depende de la combinación entre las sales de sodio y las sales de calcio. Hay algunas de estas sales..., ya no sé cuáles, digamos que las de sodio..., que si ellas predominan todo va bien, el hombre, no coge ningún mal, nada cruza la barrera y él no muere. Pero si, por el contrario, son las sales de calcio, entonces la barrera ya no protege y el hombre muere. ¿Y de qué dependen el calcio y el sodio? ¡Ese es el punto más interesante! Su proporción depende ¡del humor de la persona! ¿Se dan cuenta? Eso significa que si el hombre está en buena forma, si está moralmente fuerte, será el sodio el que predomine en la barrera ¡Y no habrá enfermedad que valga!, ninguna será mortal. Pero basta que la misma persona se deje abatir moralmente, y entonces es el calcio el que toma la delantera, ¡no queda otra cosa que encargar el ataúd!

El geólogo escuchaba con el aire sereno de quien pesa el pro y el contra, como un estudiante galoneado que adivina aproximadamente lo que va a aparecer en el pizarrón en la línea siguiente. Aprobó:

-Es una fisiología del optimismo. La idea es buena. Muy buena.

Y cual si temiese perder tiempo, se sumergió de nuevo en su libro.

Rusanov mismo no halló nada que replicar en esta oportunidad, "Hocicón" razonaba en forma totalmente científica. Por lo demás, Kostoglotov continuaba su exposición:

-Por lo tanto, yo no encontraría nada de sorprendente en que, de aquí a cien años se descubra todavía que no sé qué sal de cesio aparece en nuestro organismo cuando se tiene la conciencia en paz, y qué falta cuando se tiene la conciencia turbia. Y que de esa sal de cesio depende que las células desarrollen un tumor o que los tumores se reabsorban.

Efrem lanzó un suspiro ronco.

-Yo he engañado a muchas mujeres. Las dejé plantadas con sus críos. Ellas lloraban... En mi caso no se reabsorberá...

-¿Qué tiene que ver eso? -gritó Rusanov, fuera de sí-. ¡Es un obscurantismo de pope! A fuerza de leer tonteras, camarada Pododuiev, ¡ha llegado usted a una verdadera renuncia ¡deológica! ¡No nos faltaba más que su plática insulsa acerca del perfeccionamiento moral y otras pataratas!

-¿Qué tiene usted que reprocharle al perfeccionamiento moral? -replicó Kostoglotov con virulencia-. ¿Por qué lo irrita tanto el perfeccionamiento moral? ¿A quién perjudica? Sólo los degenerados morales pueden protestar de él.

Los anteojos de Rusanov relampaguearon, su montura echó chispas y él mismo, en este momento, echó la cabeza para atrás tan severamente, que hubiérase podido creer que no le molestaba ningún tumor debajo de la mandíbula derecha.

- ¡Usted..., cuidado con lo que dice! Hay preguntas cuyas respuestas ya están bien establecidas. ¡Y ya no es usted quien deba juzgarlas!

-¿Y por qué no se va a poder juzgarlas? -Kostoglotov miró a Rusanov de hito en hito, con sus grandes ojos oscuros.

-Bueno, está bien, está bien... -dijeron los enfermos que empezaban a

intranquilizarse y querían reconciliarlos.

-Vamos a ver, camarada -murmuró el tipo afónico que ocupaba la cama de Diomka-: usted había comenzado a hablarnos de ese hongo que brota sobre los abedules...

Pero ni Rusanov ni Kostoglotov quisieron cejar. No querían saber nada y se devoraban con los ojos.

-Para decir su opinión ¡hay que tener un mínimo de educación! - Rusanov articuló cada palabra, como para mandarla mejor a la cara del adversario a quien deseaba vapulear-. Con respecto al perfeccionamiento moral de León Tolstoi & Cía., ¡Lenin dijo de una vez por todas lo que hay que pensar! ¡Y después, también Stalin! ¡Y Gorki!

-¡Perdón, perdón! -respondió Kostoglotov, haciendo esfuerzos para contenerse, con la mano extendida como para contestar los argumentos-. ¡De una vez por todas! ¡Nadie en el mundo puede decir algo de una vez por todas! ¡Porque entonces la vida se detendría! ¡Y las generaciones siguientes ya no tendrían nada que decir!

Pablo Rusanov se quedó atónito. Se vio enrojecer los lóbulos de sus orejas blancas y sensitivas; unas manchas carmesíes le salpicaron las mejillas.

(Dadas las circunstancias, ya no era cosa de replicar ni de continuar esta discusión, como en las reuniones del sábado en la noche; lo único que quedaba por hacer era verificar el origen y la filiación de aquel hombre y asegurarse de que la manifiesta falsedad de sus opiniones no fuese nociva en el empleo que desempeñaba.)

-No voy a decir -se apresuró a añadir Kostoglotov- que yo soy entendido en ciencias sociales; pocas oportunidades he tenido de estudiarlas. Pero me basta mi escaso magín para comprender que si Lenin le reprochó a Tolstoi su noción de perfeccionamiento moral, fue porque entonces esa noción desviaba a la sociedad de la lucha contra lo arbitrario y la alejaba de la revolución que estaba madurando. ¡De acuerdo! Pero entonces ¿por qué taponarle la boca a un hombre -sus dos brazos extendidos indicaban a Podduiev- que se ha puesto a reflexionar sobre el sentido de la vida, cuando se encuentra en las fronteras de la muerte? ¿Por qué enojarse tanto de que él lea a Tolstoi? ¿A quién perjudica eso? ¿O acaso es preciso quemar a *Tolstoi* en una hoguera? ¿Acaso el sínodo gubernamental no ha hecho las cosas bastante bien?

Kostoglotov, que no sabía ciencias sociales, había cambiado "Santo Sínodo" por "sínodo gubernamental",

Ahora las orejas de Pablo Rusanov se abochornaron en un verdadero arrebol. Esta invectiva asestada directamente contra una institución del gobierno (a decir verdad, Rusanov no había captado bien de qué institución se trataba) y lo que es más, en presencia de un auditorio ocasional, al cual no se había escogido con cuidado, hacía la situación crítica a tal punto, que lo mejor era efectuar una retirada táctica: por el momento, cesar toda discusión; pero en seguida verificar en la primera oportunidad los antecedentes de Kostoglotov. De modo que Pablo Nicolaievich se abstuvo de elevar el debate a la altura de los grandes principios y se limitó a decir, a propósito de Podduiev:

-¡Que lea a Ostrovski! Eso le hará mejor.

Pero Kostoglotov no supo apreciar esta retirada táctica de Rusanov; ya no escuchaba nada, no atendía a nada y proseguía sus demostraciones ante un auditorio desarmado:

-¿Por qué impedirle a un hombre que reflexione? En último término, ¿a qué se reduce nuestra filosofía de la vida? "¡Ah, qué buena es la vida! ¡Cuánto amo la vida! ¡La vida se ha hecho para la felicidad!" Si se trata de profundidad, ¡eso es profundo! Cualquier animal podría decir otro tanto, ¡gallina, gato o perro!

-¡Por favor, por favor! -Ya no era por desvelo de buen ciudadano, ni siquiera en cuanto sujeto histórico; era en cuanto objeto de la historia que imploraba ahora Rusanov-. ¡Por favor! ¡Ya se habló bastante de la muerte! ¡Ya no pensemos más en ella!

-¡Inútil suplicarme! -dijo Kostoglotov, con un gesto de irritación de su mano muy abierta-. Si no se habla de la muerte aquí, ¿dónde se hablará de ella, pues? "¡Ah, nosotros viviremos eternamente!"

-¿Y qué? ¿Y bien? -reatacó Rusanov-. ¿Qué es lo que usted propone? ¿Pensar en la muerte y hablar de la muerte continuamente? ¿Para que predominen las sales de sodio?

-No, no todo el tiempo... -contestó Kostoglotov, bajando el tono, pues vio que se contradecía él mismo-. No todo el tiempo, sino de vez en cuando. Es útil. Si no, pasan toda la vida repitiéndole a la gente: "¡Tú formas parte del grupo!, ¡formas parte del grupo!" y es verdad. Sólo que no es verdad sino mientras uno vive. Y cuando llega la hora de morir, echamos al interesado afuera del grupo. Grupo o no grupo, morir es asunto de él. Mire..., ¡usted mismo!, ¡usted mismo! -Kostoglotov apuntaba con su índice, sin miramientos, en dirección a Rusanov-. ¿Qué es lo que más teme en el mundo en este instante, eh? ¡Es morir! ¿Y de qué teme más hablar? ¡De la muerte! Pues bien, ¿sabe cómo se llama eso? ¡Es hipocresía!

-Dentro del marco de la razón, es cierto -dijo el geólogo simpático en voz baja pero audible-. Tanto le tememos a la muerte, que hasta evitamos pensar en los que ya han muerto. Hasta descuidamos las tumbas.

-Eso es exacto -concedió Rusanov-. Los monumentos a los héroes deben preservarse, los propios diarios lo dicen.

-No solamente los de los héroes, sino los de todos -siguió diciendo el geólogo, con esa voz suave y que parecía incapaz de subir de tono. El mismo era endeble, el ancho de sus hombros hacía una impresión hartamente pobre-. Entre nosotros, hay muchos cementerios en el abandono. Es vergonzoso, los he visto en Altai y hacia el lado de Novosibirsk. Ningún cercado, las reses vagabundean por ellos, los cerdos hozan en ellos... ¿Qué decir? ¿Es ése un rasgo de carácter de nuestro pueblo? Nada de eso: entre nosotros, siempre se han respetado las tumbas...

-¡Y hasta venerado! -lanzó Kostoglotov, en su apoyo. Rusanov ya no escuchaba; había perdido todo interés en la discusión. En su excitación, había hecho un movimiento imprudente y se le había propagado tal dolor, del tumor al cuello y del cuello a la cabeza, que ya no quedaban rastros de su reciente deseo de darles una lección a esos cretinos y de malbaratar sus pampinas. Al fin de

cuentas, si él estaba en este hospital era por casualidad y no podía compartir con ellos los importantes minutos que lo hacía vivir su enfermedad. No obstante, lo esencial y lo espantoso era que el tumor no había disminuido nada ni se había reblandecido lo más mínimo desde la inyección de ayer. A esta sola idea, sentía una especie de hielo en el abdomen. ¡Kostoglotov estaba en ventaja para discurrir acerca de la muerte, él, que estaba mejorando!...

El desconocido sentado en la cama de Diomka, un hombre bastante obeso y privado de voz que se sujetaba la garganta a dos manos, tanto le dolía, había intentado varias veces ora intervenir diciendo su opinión, ora interrumpir la disputa cuando iba por mal camino, pero nadie había oído su susurro; era impotente para forzar la voz, y todo cuanto podía hacer era apoyarse dos dedos en la garganta para disminuir el dolor y ayudarle al sonido a salir las enfermedades de la lengua y de la garganta, por la incapacidad de hablar con que nos afligen, son especialmente agobiadoras, y entonces el rostro pasa a no ser sino el reflejo de ese agobio. Un momento antes este hombre había tratado de detener la disputa con grandes ademanes de sus brazos; pero ahora, a despecho de su debilidad, su voz se hizo más audible; por lo demás, se había adelantado por el pasillo, entre las camas:

-¡Camaradas, camaradas! -decía, con voz ronca y que le hacía daño- Basta de esos horrores! ¡Bastante anonadados estamos por nuestras enfermedades! Pero usted, camarada... -y se adelantó más por entre las camas, tendiendo una mano casi implorante (la otra estaba apretada contra su garganta) hacia Kostoglotov, desgreñado y encaramado en su reborde de ventana, como hacia una divinidad-, usted, camarada, había empezado a decirnos cosas tan interesantes sobre ese hongo de los abedules. ¡Continúe, pues, por favor!

-Anda, Oleg, sigue con tu historia del hongo -pidió Sigbatov. uniéndose a ese ruego.

Hasta el coreano Ni de piel cobriza, a quien tanto le costaba mover la lengua -parte de la cual había desaparecido con el tratamiento precedente, mientras que el resto estaba ahora tumefacto-, hasta Ni unió a ese ruego sus balbuceos informes.

Y los demás también suplicaban.

Kostoglotov experimentó una satisfacción malévola: ¡hacía tantos años que estaba acostumbrado a cerrar la boca en presencia de los hombres libres, tantos años que mantenía las manos a la espalda y bajaba la cabeza! Había entrado en él como un hábito congénito, cual si hubiese nacido con la espalda encorvada (del cual no había podido deshacerse del todo en un año de vida en el destierro). Todavía ahora, cuando se paseaba por las avenidas del recinto hospitalario, la postura que le resultaba más natural y más sencilla era cruzar las manos a la espalda. Y he ahí que los hombres libres con quienes durante tantos años le estuviera prohibido hablar de igual a igual y, más en general, discutir seriamente de cosa alguna; o inclusive darles la mano, o recibir una carta de ellos..., he ahí que ahora, sin sospechar nada, se hallaban sentados ante él, y él estaba encaramado con negligencia en un alféizar, haciendo de pontífice, mientras ellos esperaban de él una confirmación a sus esperanzas. Y con respecto a sí mismo, Oleg notó ahora que él tampoco se oponía a ellos, los

hombres libres, como antes, sino que, en su miseria común, se les unía.

Si algo había de lo cual hubiese perdido la costumbre, por cierto que era de tomar la palabra ante un público y, por lo general, en cualquiera reunión, sesión o mítin..., y luego de improviso, lo elevaban a la dignidad de orador!

Le pareció disparatado, era como un sueño risible... Pero, como quien se dispara sobre el hielo y ya no puede detenerse y cae -¡venga lo que viniere!-, él, en el ímpetu jubiloso de su curación -curación inesperada, mas de todos modos curación, al parecer-, continuaba en su loco deslizamiento. "E insólitamente versátil, prosiguió:

-¡Amigos!, es una historia sorprendente. Me la contó un enfermo que venía a la consulta cuando yo estaba esperando que me admitieran aquí. Entonces, nada me costaba, yo le escribí una tarjeta postal dándole mi dirección en el hospital. ¡Y hoy recibí la respuesta! ¡Hace apenas doce días, y ya una contestación! Y figúrense que el doctor Maslennikov llega hasta a disculparse por la demora, porque, ¿saben?, él contesta diez cartas al día por término medio. Ahora bien, a menos de media hora por carta, ¡Imposible escribir nada sensato! De modo que él se pasa cinco horas al día nada más que escribiendo cartas. ¡Y eso no le reporta nada!

-Al contrario -interrumpió Diomka-, eso lo hace gastar cuatro rublos diarios en estampillas.

-Sí. Eso hace cuatro rublos al día. Y por consiguiente, ¡ciento veinte al mes! Y no está obligado a hacerlo, no es su oficio, ¡es sencillamente por hacer una buena acción! ¿O tal vez hay que decirlo de otro modo? -Kostoglotov se volvió hacia Rusanov con expresión de rencor- Por humanitarismo, ¿no es cierto? -Pero Rusanov, que estaba terminando de leer el informe del presupuesto, fingió no oír nada- ¡Sin el más mínimo personal, ni asistentes ni secretarios! El hace todo eso fuera de sus horas de trabajo. ¡Ni honores que esperar, tampoco! Bien saben ustedes que para nosotros, los pacientes, el médico es alguien que pasa: se lo necesita un momento y después, ¡si te he visto no me acuerdo! Y aquel a quien haya sanado echará la carta al canasto. Al final de su carta, el doctor se queja de que los enfermos, sobre todo los que él alivia, ya no le escriben más; no le dicen ni la dosis que han tomado ni los resultados obtenidos. y para colmo me ruega, ¿oyen?, ¡es él quien me ruega que le conteste sin falta! ¡En circunstancias de que más bien somos nosotros los que deberíamos prosternarnos ante él!

Kostoglotov trataba de convencerse a sí mismo de que lo conmovían el desinterés y la perseverancia del doctor Maslennikov; tenía deseos de hablar del doctor y de elogiar su bondad. En otros términos, ¡él no estaba, pues, tan pervertido! Pero lo estaba lo bastante para no poder ya, como Maslennikov, corretear día a día por los demás.\

-¡Cuéntalo todo en orden, Oleg! -pidió Sigbatov, con una débil sonrisa de esperanza.

¡Qué ganas tenía de sanar! -a pesar de un tratamiento abrumador que iba durando meses y años y que, no cabía duda, era sin esperanzas-, ¡sanar!, ¡sanar así, de improviso y definitivamente! ¡Sanar de esa llaga en la espalda,

enderezarse, caminar con paso resuelto, sentirse de nuevo joven y viril!  
"¡Buenos días, doctora Dontsov! ¡Como usted ve, he sanado!"

Como todos los otros, tenía ganas de oír hablar del médico milagroso y de su remedio, desconocido por los médicos de acá.

Lo confesaran o lo negaran, todos ellos creían, en el fondo de su alma, que en alguna parte existía el médico milagroso o algún curandero, o también alguna buena mujer curandera, y que bastaba saber dónde, procurarse su remedio, para salvarse".

¡Era imposible... realmente, no era posible que su vida estuviese condenada!

Por más que nos burlemos de los milagros mientras estamos sanos, con todas nuestras fuerzas y en plena prosperidad, de hecho apenas la vida flaquea, apenas algo la destruye y nada queda ya sino el milagro para salvarnos... , pues bien, en ese milagro único excepcional, ¡creemos!

Y Kostoglotov, haciendo suya la interrogación ávida de los camaradas que estaban escuchándolo, tensos con todo su ser, se puso a hablar con entusiasmo, e incluso creyó más en lo que decía en este momento que lo que creyera en la carta, cuando la leyó a solas.

-Si quieres saberlo todo desde el comienzo, Charaf, pues ¡ahí va! Acerca del doctor Maslennikov, sabía yo, por el enfermo de que les hablé, que era un antiguo médico de Zemstvo, del distrito de Aleksandrov, cerca de Moscú; que había ejercido durante decenas de años en el mismo hospital (era la costumbre, en otro tiempo), y que había observado que, aunque en las revistas de medicina se hablaba cada vez con mayor frecuencia de cáncer, él jamás había tenido casos de cáncer entre los campesinos a quienes atendía. ¿Por qué, pues?

(Sí: ¿por qué, pues? ¿Cuál de nosotros, desde la infancia, no se ha estremecido al contacto del Misterio? ¿Al contacto de ese muro impenetrable pero flexible a través del cual puede presentarse, en cada instante, el hombro o la cadera de un visitante desconocido? Y entonces -en nuestra vida cotidiana, pública, racional, donde no hay cabida para lo misterioso- esa presencia surge de repente ante nosotros: "Soy yo, ¡no me olvides!")

-Se puso a buscar, se puso a buscar -repitió Kostoglotov. quien de ordinario no repetía nada, mas hallaba ahora placer en hacerlo-, y descubrió lo siguiente: que en su localidad los campesinos, para economizar en té, tenían por costumbre remojar no té, sino un hongo de abedul llamado "chaga".

-¡Ah, sí! -interrumpió Podduiev-, es la seta de los abedules.

-Pues aun la desesperación a la cual se condenara él mismo y en la que se encerrara en estos últimos días, aun tal desesperación no se resistía a esa luz que era la promesa de un remedio tan sencillo y tan accesible.

Aquí todos los que lo rodeaban eran meridionales. No sólo no habían visto nunca una seta, sino que jamás habían visto un abedul verdadero y, por consiguiente, bien incapaces eran de entender eso de que hablaba Kostoglotov.

-No, Efrem. No es la seta. Por lo demás, ni siquiera es un hongo: es el cáncer de los abedules. Si recuerdas, se encuentran en los abedules viejos unas especies de..., se las llama verrugas: son unas excrecencias horribles, dijérase

que unas espinas, negras por encima y castañas por debajo.

-¿Entonces es el agárico? -recomenzó Efrem-. En otro tiempo, era con eso con lo que hacían fuego.

-Bien puede ser. En todo caso, a Maslennikov se le ocurrió lo siguiente: ¿no sería ese "chaga" el que, desde hacía siglos, inmunizaba a los campesinos rusos contra el cáncer, sin que ellos mismos lo supieran?

-En otras palabras, ellos hacen su propia profilaxia -lanzó el joven geólogo, con una inclinación de cabeza aprobatoria. Desde principios de la tarde, estaban impidiéndole leer, mas era una conversación que valía la pena.

-Sólo que no bastaba adivinar, ¿comprenden? Había que comprobarlo todo. Había que pasarse todavía años y años observando a los que bebían *ese* sustituto de té y a los que no lo bebían. Y además, también había que hacerles tomar la droga a los que tenían principio de tumor; dicho de otro modo, asumir la responsabilidad de privarlos de otros remedios. Y todavía más, decidir, a ciegas, a qué temperatura hacer remojar la droga, en qué dosis administrarla, si haciéndola hervir o no, cuántos vasos beber, si no vendrían consecuencias nefastas y a qué clase de tumor le convenía más... Todo esto le exigió...

-¿Y ahora? ¿Ahora? -se inquietó Sigbatov.

Diomka se preguntaba: "¿Es de veras posible que esa droga me alivie la pierna? ¿Es que realmente podría salvarla?"

-¿Ahora? Pues bien, él contesta mi carta y me indica cómo aplicar el tratamiento.

-¿Entonces usted tiene la dirección? -preguntó ávidamente el hombre sin voz. (Seguía sujetándose con una mano su pobre garganta enronquecida, mientras que con la otra mano sacaba ya, de un bolsillo de su chaqueta de pijama, libreta y estilográfica)-. ¿Y tiene el modo exacto de empleo? ¿Sana eso los tumores a la garganta? ¿No dice él nada al respecto?

Rusanov se había prometido ser inflexible, había resuelto castigar a su vecino manifestándole un desprecio absoluto; no obstante..., dejar pasar una información así, no prestar atención a semejante circunstancia, ¡no era posible! Ya no podía seguir absorto en las cifras y en el significado del presupuesto fiscal para 1955 presentado al Soviet Supremo. El periódico ya se le había deslizado ostensiblemente de las manos; poco a poco, había vuelto la cara hacia Kostoglotov, incapaz de disimular la esperanza de que también a él, que era hijo del pueblo, lo salvara ese remedio tan sencillo, tan popular y tan ruso. Con una voz donde ya no había indicios de hostilidad, pues le importaba no irritar a Kostoglotov, Rusanov no pudo menos que preguntar, por vía de precaución:

-Pero ¿está reconocido ese tratamiento? ¿Lo ha aprobado alguna autoridad?

Desde lo alto de su alféizar, Kostoglotov respondió con una sonrisa:

-Por lo que se refiere a autoridades, yo no sé nada. La carta -agitó en el aire una esquila amarillenta, cubierta de una apretada escritura con tinta verde-, la carta es del tipo preciso: cómo proceder para machacar y disolver el producto. Pero, a mi parecer, si la cosa la hubiesen examinado ya las diferentes



autoridades, las enfermeras ya nos habrían repartido nuestras porciones del brebaje. Habría un tonel en la escalera. Y no valdría la pena escribir a Aleksandrov.

-Ciudad de Aleksandrov -dijo el hombre sin voz, anotando en su libreta-, ¿Pero qué calle? ¿Qué dirección postal? -Estaba ávido de detalles.

Ajmadyan también escuchaba con interés y hasta conseguía traducirles en voz baja lo esencial a Mursalimov y Eganburdiev. En cuanto a él mismo, Ajmadyan no necesitaba ese hongo de los abedules, puesto que ya estaba en vías de sanar. Mas de todos modos había algo que no comprendía.

-Si ese hongo hace bien, ¿por qué no lo ponen los médicos en acción? ¿Por qué no se ha adoptado?

-Es asunto de largo aliento, Ajmadyan. Hay personas que no creen en él, las hay que no quieren repetir su ciclo y que ponen dificultades y, además, hay otras que ponen dificultades para llevar adelante su propio descubrimiento. En cuanto a nosotros, ¡apenas si tenemos otra alternativa!

Kostoglotov le había contestado, pues, a Rusanov; le había contestado a Ajmadyan, pero al hombre sin voz no le respondió nada y no reveló la dirección. Y el motivo era que había algo irritante en la insistencia de aquel hombre sin voz, por lo demás perfectamente respetable -tenía el aspecto y la cabeza de un director de Banco e incluso, si hubiera sido en un pequeño país de América Latina, habría estado perfecto de Primer Ministro. Oleg se había compadecido del viejo y honrado doctor Maslennikov, de pensar que aquel hombre sin voz fuese a bombardearlo con preguntas, a ese pobre doctor que se pasaba las noches contestando cartas. Por otra parte, ¿cómo no condolerse de esta garganta enronquecida, privada de su sonoridad humana, privada de esa voz a la que tan poca atención prestamos cuando la tenemos? Pero había un tercer punto de vista:

Kostoglotov no era, en resumidas cuentas, un simple enfermo; había sabido llegar a ser un enfermo especialista, un enfermo dedicado a su enfermedad; ¿no había leído un curso de Anatomía Patológica? ¿No había exigido en toda ocasión que la Dontsov y la Gangart le proporcionaran todas las explicaciones? Por último, ¿no había obtenido esa respuesta del doctor Maslennikov? ¿Por qué él, a quien privaran de todo derecho durante tantos años, había de enseñarles a unos hombres libres la manera de desprenderse cuando un bloque de tierra les ha caído encima? Allí donde se templara su carácter había una ley que decía: "El tesoro descubierto no se muestra, el secreto encontrado no se comparte". Si todos se precipitaban a escribirle a Maslennikov, ¡entonces ya no valdría la pena que Kostoglotov esperase respuesta a su segunda carta!

Nada de todo eso fue consciente, todo se resumió en un viraje del mentón tajeado de Kostoglotov: de Rusanov a Ajmadyan, por sobre el hombre sin voz...

-¿Y el modo de empleo? ¿Habla de eso? -preguntó el geólogo, quien no había necesitado sacar libreta ni lápiz, ya que siempre los tenía consigo cuando estaba leyendo un libro.

-¿El modo de empleo? Conforme, conforme... Tomen sus lápices, les

dicto -declaró Kostoglotov.

Se produjo un tumulto, unos a otros se pedían lápiz y papel.

Rusanov se halló desprovisto de todo (había dejado en casa su estilográfica con pluma blindada, último modelo) y le pidió prestado a Diomka un lápiz. Sigbatov, Federau y hasta Ni quisieron tomar nota. Cuando todos estuvieron listos, Kostoglotov se puso a dictar lentamente pasajes de la carta, agregándoles sus propios comentarios: cómo desecar el "chaga" sin marchitarlo por completo; cómo reducirlo a polvo, en qué agua cocerlo y remojarlo, cómo filtrarlo, cómo dosificarlo...

Las líneas se prolongaban, aquí trazadas rápidamente, allá garrapateadas con torpeza; rogaban repetir frases, se sentía en la sala una atmósfera especialmente cordial y amistosa. Y sin embargo, icon qué animosidad se contestaban a veces unos a otros! Mas, quisieranlo o no, no tenían sino un solo y mismo adversario: la muerte... ¿Y qué fuerza podría separar en la tierra a los seres humanos, si de una vez por todas se ha instituido la muerte para todos ellos?

Una vez que terminó de anotar, Diomka dijo, con voz ronca y ese modo lento de hablar que no era propio de su edad:

-Bueno... Pero ¿de dónde sacar abedules, cuando no los hay? Suspiraron. Ante los ojos de aquellos que habían abandonado Rusia hacía mucho tiempo (algunos incluso voluntariamente) y de los que nunca habían estado allá pasó la visión de aquel país modesto y templado donde el sol no quemaba; de aquella región regada por la tenue cortina de un aguacero soleado o bien bañada por las crecidas de primavera, con sus senderos y caminos todos fangosos de humedad; grata comarca donde el árbol de los bosques, fiel servidor, le es tan útil al hombre... Los habitantes de aquel país no siempre comprendían a su patria; tenían nostalgia por una mar azul y bananeros, ¡cuando lo que le hace falta al hombre es tan sencillo: la verruga negra, monstruosa, el tumor maligno en el flanco de un blanco abedul!

Solamente Mursalimov y Eganburdiev se decían que también aquí, en la estepa y en las montañas, de seguro había lo que ellos precisaban, porque no hay lugar de la tierra donde no esté todo previsto para el hombre... Basta saber componérselas.

-Hay que dirigirse a alguien, pedirle que vaya a cogerlos y que los mande -le respondió a Diomka el joven geólogo (se veía que esa historia del "chaga" le había gustado).

El propio Kostoglotov, que estaba en el origen de todo eso, no tenía, empero, nadie a quien dirigirse en Rusia para buscar ese hongo. Unos ya habían muerto, otros se habían dispersado; había otros más a quienes era engorroso dirigirse; y otros más que eran ciudadanos cerrados, que jamás sabrían hallar esa clase de abedul ni menos aún el "chaga" sobre el abedul. La mayor alegría que podía imaginar ahora era partir él mismo, cual perro enfermo en busca de la hierba desconocida que va a salvarlo; partir por varios meses al fondo de los bosques; arrancar aquel "chaga" de los troncos, machacarlo, cocerlo en braseros, beberlo y sanar como un simple animal; vagar por el bosque meses enteros, sin saber de otra preocupación que ésta: sanar.

Pero el camino a Rusia le estaba prohibido.

En cuanto a los otros aquí presentes, esos para quienes dicho camino seguía siendo accesible, no habían pasado por la escuela de las grandes renunciaciones, no habían aprendido a despojarse de todo menos lo esencial. Ellos veían obstáculos donde no los había: ¿cómo conseguir una suspensión de trabajo, o un permiso, para lanzarse a esa búsqueda? ¿Cómo infringir el modo de vida habitual y separarse de la familia? ¿O sacar el dinero de su escondite? ¿Cómo vestirse y qué llevar, en un viaje así? ¿En qué estación bajarse y cómo desenvolverse, a continuación?

Kostoglotov volvió a doblar la carta ruidosamente y añadió:

-Él menciona también que existen sedicentes preparadores de "chaga", simplemente personas emprendedoras que lo recolectan, lo secan y lo despachan contra reembolso. Sólo que cobran caro: quince rublos por kilo, y se requieren seis kilos por mes.

-¿Y con qué derecho hacen eso? -se indignó Rusanov, cuyo rostro asumió una expresión tan severa y tan imperiosa, que a cualquier preparador de "chaga" le habría dado miedo y se habría hecho... -. ¿Cómo no les da vergüenza robarle a la gente por lo que la naturaleza nos ofrece gratis?

-¡No necesitas "ullar"! -le lanzó Efrem, con su voz sibilante.

Mutilaba las palabras de una manera desagradable, fuese adrede, fuese que la lengua se le trababa. ¿Crees que basta ir a cogerlo? ¡Hay que caminar en pleno bosque, con un saco y un hacha!... Y con esquís, en invierno.

-Pero de todas maneras ¡no quince rublos por kilo, malditos especuladores! -Rusanov era incapaz de la menor concesión y la cara se le cubrió de nuevo de manchas carmesíes.

Realmente, era una cuestión de principio. Con los años, Rusanov se había convencido cada vez más de que todas nuestras deficiencias, imperfecciones y lagunas, todos nuestros déficits, provenían de la especulación. Primero la pequeña especulación, es decir, la venta de cebollas, rábanos y flores en las calles por quizás qué personas sin control; o también la venta de huevos y leche en el mercado por sabe Dios qué buenas mujeres; o también, en las estaciones, la venta de leche cuajada, manzanas, medias de lana y hasta pescado frito. Pero asimismo la especulación en gran escala cuando, por ejemplo, los camiones de los almacenes del Estado se desmandaban e iban a apostarse en otra parte. Y si se lograba extirpar radicalmente estas dos formas de especulación, pues bien, pronto se enderezarían todos nuestros asuntos y nuestros éxitos serían más sorprendentes aún... Nada había de malo en que un hombre costeara su situación material mediante un elevado salario o pensión fiscal (¿no soñaba el mismo Pablo Nicolaievich con conseguir una pensión extraordinaria?). En tal caso, automóvil, residencia adicional y pequeño pabellón principal no tenían nada sino de muy proletario. Pero que el mismo automóvil, de igual marca, y que la misma **dacha** construida según igual plano estándar se compraran con el producto de la especulación, y adquirirían un significado por completo distinto, un significado delictuoso. Y Pablo Nicolaievich, soñando (eran unos verdaderos sueños) con la institución de suplicios públicos para los especuladores... Unos suplicios públicos podrían sanear nuestra sociedad rápida y radicalmente.

-¡Está bien, está bien -dijo Efrem, que también estaba encolerizado-, no vale la pena gritar! No tienes más que ir tú mismo a organizar la recolección. A nivel nacional, si quieres. En forma de cooperativa, si te place. y además, si encuentras que quince rublos es demasiado caro, no encargues.

Ese era el lado débil de su propia argumentación, Rusanov lo comprendía muy bien. Por más que odiase a los especuladores, antes que ese nuevo remedio tuviera la aprobación de la Academia de Medicina y se formara una cooperativa de los distritos de Rusia Central para organizar la recolección y preparación regular del producto, su propio tumor tendría tiempo de crecer.

El recién llegado de voz apagada, premunido de su libreta, asediaba la cama de Kostoglotov como si hubiera sido corresponsal de un periódico influyente, y su áspero susurro lo perseguía:

-¿Pero y la dirección de los preparadores? ¿No está la dirección de los preparadores?

Hasta Rusanov se aprestó, también él, a anotar la dirección.

Pero, cosa rara, Kostoglotov no contestaba. Contuviese la carta o no tal dirección, en todo caso no respondió nada, descendió de su alféizar y se puso a trajinar debajo de su catre, en busca de sus botas. Contrariando todos los reglamentos del hospital, él las tenía escondidas y las reservaba para el paseo.'

En cuanto a Diomka, dejó el modo de empleo del "chaga" en su mesa de noche, sin informarse de nada más, y estiró su pierna enferma sobre la cama, con el mayor cuidado posible. Semejante suma no era para él, ni lo sería jamás.

Puede que el abedul tuviera propiedades curativas, pero no para todos.

Rusanov, por su parte, se sentía molesto de pensar que, después de su altercado con Kostoglotov -y no era el primero, desde hacía tres días-, había manifestado él tanto interés por aquella historia del "chaga" y que ahora dependía de su adversario en lo concerniente a la dirección. Y, sin duda porque deseaba inconscientemente engatusar a Kostoglotov, Pablo Nicolaievich puso instintivo énfasis en aquello que los unía y dijo, en tono de profunda sinceridad:

-¡Pues sí! ¿Qué cosa puede haber en el mundo peor que... -iba a decir "el cáncer", pero lo que él tenía no era cáncer, ¿verdad?-, peor que estos... neoplasmas... y más en general este cáncer?

Mas a Kostoglotov no lo conmovió de modo alguno ese tono de confianza de un hombre que lo superaba en edad, rango y experiencia. Se enrolló en la pierna sus pantorrilleras rojizas, muy gastadas a la altura de la pantorrilla, y se encajó una bota de cuero sintético, asquerosa y deteriorada, toda parchada en el repliegue del tobillo. Gruñón, soltó:

-¿Qué cosa peor que el cáncer? ¡La lepra!

Lepra... Grave, amenazadora, con su consonancia abrupta, la palabra resonó en la sala como un cañonazo. Rusanov frunció el ceño con aire preocupado y comprensivo.

-¡Oh!... ¿Qué quiere usted decir? ¿Exactamente por qué sería peor? El proceso es más lento. -Kostoglotov hundió su mirada sombría y hostil en los anteojos claros y los ojos claros de Rusanov.

-Es peor, porque a uno lo excluyen, en vida, del mundo de los humanos. Lo arrancan de su familia, lo encierran detrás de un alambrado de púas. ¿Cree usted que eso es mejor que un tumor? -Rusanov se sentía cohibido e inerte ante la proximidad de la mirada enardecida y grave de aquel hombre mal educado, poco pulido.

-Lo único que quiero decir..., en general, todas esas malditas enfermedades...

Cualquier civilizado habría comprendido de inmediato que convenía dar un paso hacia la conciliación. Pero Kostoglotov era incapaz de comprender nada. No supo apreciar el tacto de Pablo Nicolaievich. Ya había vuelto a incorporarse en toda su altura de gran pértiga y, metiéndose un blusón de mujer - uno de esos blusones de fustán, sucios y amplios- que le llegaba casi hasta las botas y le servía de abrigo para sus paseos, declaró en tono complacido, creyendo hacerse interesante:

-Un filósofo dijo: "Si el hombre no estuviera sujeto a la enfermedad, no conocería sus propias limitaciones".

Del bolsillo de su bata sacó un cinturón militar enrollado, como de cuatro dedos de ancho, con una hebilla en forma de estrella de cinco puntas. Se ciñó la bata, que se entreabría, cuidando de no apretar la parte del tumor. Y se dirigió a la salida, masticando un mísero cigarrillo flaco como un hilo, uno de esos tan malos que siempre se apagan antes del final.

El entrevistador de garganta irritada retrocedía por el pasillo entre los lechos, a medida que Kostoglotov avanzaba; y a pesar de su aspecto medio de banquero, medio de ministro, tenía un modo tan suplicante de interrogar a Kostoglotov, que se habría podido creer que éste era una eminencia mundial en cancerología, pero una eminencia que iba a abandonarlos para siempre ...

-Pero díganos: ¿cuál es, aproximadamente, el porcentaje de casos de tumor a la garganta que resultan ser verdadero cáncer?

Es vergonzoso reír de una enfermedad o burlarse de una desgracia, mas la enfermedad y la desgracia deben soportarse en forma de no provocar risa. Kostoglotov contempló la expresión desesperada, espantada, de aquel hombre, cuya aparición en la sala, hoy, fuera tan grotesca; de aquel hombre que, antes de su tumor, debía de haber sido tan pagado de sí mismo... Hasta esa manera que tenía de sujetarse la garganta enferma con los dedos, mientras hablaba, aunque perfectamente comprensible, era en cierto modo ridícula.

-El treinta y cuatro por ciento -respondió Kostoglotov con una sonrisa y apartándose. ¿Y él mismo no se había pavoneado hoy un poco de más? ¿No había hablado un poco de más? ¿No había dicho lo que no se debe decir?

Sin embargo, el entrevistador febril no lo soltaba. Iba a los talones de Oleg y bajó rápidamente la escalera en su seguimiento. E inclinándose, a causa de su corpulencia, susurró en la oreja de Oleg, con su voz áspera:

-¿Y cuál es su opinión, camarada? Que mi tumor no me duela, ¿es buena o mala señal? ¿Qué prueba eso?

¡Oh, estos hombres tan fastidiosos y tan inermes! -¿Quién es usted? -preguntó Kostoglotov, deteniéndose.

-Un conferenciante. -El hombre tenía orejas grandes, una cuidada

cabellera canosa, y miraba a Kostoglotov con esperanza, como se mira a un médico.

-¿Conferenciante en qué? ¿Qué especialidad?

-¿Filosofía! -contestó el gerente de Banco, recobrándose y echando el busto hacia atrás. (¿De qué servía ser altanero? Ya le había perdonado a Kostoglotov sus citas torpes e inoportunas de filósofos antiguos. No le reprocharía nada, ¡oh, no!; lo único que él necesitaba era conseguir la dirección de esos preparadores de "chaga".)

-¿Conferenciante!.. ¡Con su garganta!

Kostoglotov sacudió la cabeza. No tenía ningún remordimiento por no haber dado públicamente las direcciones ante todos los de la sala. Según las normas del ambiente, que, como un laminador, lo afinara durante siete años, eso habría sido portarse como un mísero mequetrefe: todos se hubieran precipitado a escribirles a esos preparadores, los precios habrían subido como una flecha y ya no habría habido manera de conseguir "chaga". Pero individualmente, a las buenas personas, era su deber dárselas. Estaba ese geólogo, con quien Oleg aún no había intercambiado diez palabras; pero sabía ya que a él le daría las direcciones, porque su cara le gustaba y porque había hablado en defensa de los cementerios. A Diomka también, por supuesto; sólo que Diomka no tenía dinero. (Por lo demás, el propio Oleg no lo tenía y no tendría cómo comprarse "chaga".) También a Federau podría indicárselas, y además a Ni y a Sigbatov..., en calidad de compañeros de infortunio. Pero cada cual no tenía nada más que preguntarle por separado, y si no le preguntaban, pues bien, ¡prescindirían de él! Ahora bien, este conferenciante filósofo, al parecer de Oleg, era un hombre hueco; y ¿qué podría contar en sus conferencias? Tal vez no hiciera más que engatusar a su gente. Y por lo demás, ¿de qué servía toda su filosofía si estaba tan afligido por su enfermedad?

Sólo que, en todo caso, ¡qué coincidencia! ¡Precisamente a la garganta!

-Escriba la dirección del preparador -dijo Kostoglotov, en tono de mando-. Para usted y para usted solo.

Con agradecida premura, el filósofo se inclinó para escribir. Oleg dictó la dirección, luego escapó lo más velozmente posible, por temor de encontrar cerrada la puerta de abajo, y salió a dar su paseo.

Fuera, en la escalinata, no había nadie.

Lleno de felicidad, Oleg aspiró una bocanada de aire frío, húmedo, inmóvil; luego, sin darse tiempo de purificarse realmente, encendió un cigarrillo; de todos modos, sin él le habría faltado algo a la plenitud de su dicha. (No obstante, ya no era sólo la Dontsov, también Maslennikov se había ingeniado para mencionar en su carta que no había qué fumar.)

No soplaban viento, no helaba, Reflejado en una ventana, se veía un charco próximo; el agua formaba una mancha oscura, sin brillo. No era más que el 5 de febrero, y ya estaban en primavera: ¡qué raro! Suspendida en el aire, había una especie de neblina; no, más bien una bruma muy leve, tan leve que no ocultaba, sino solamente atenuaba, hacía menos fuertes, las lejanas luces de los faroles y las ventanas.

A la izquierda de Oleg se erguían por encima del techo, lado a lado, como cuatro hermanos, cuatro álamos piramidales. Al otro lado se alzaba un álamo solitario pero frondoso, que valía por sí solo lo que los otros cuatro. Directamente detrás de él se apiñaban los demás árboles y empezaba una parte del parque,

La escalinata de piedra, sin balaustrada, del Pabellón Trece descendía con algunos peldaños hasta una avenida asfaltada, en suave pendiente, flanqueada a ambos lados por un seto vivo infranqueable. Por el momento, todo eso estaba sin hojas, pero con su densidad atestiguaba su vitalidad.

Oleg había salido para pasearse..., andar por las avenidas del parque percibiendo, a cada paso, a cada zancada, la alegría de sus miembros de caminar derechos, la alegría de ser los miembros vivos de un hombre no muerto todavía. Mas lo retuvo la vista que tenía desde la escalinata y fue ahí donde terminó de fumar.

Como velados, brillaban los faroles y ventanas espaciadas de los pabellones de enfrente. Ya no andaba casi nadie por las avenidas. Y cuando no llegaba desde atrás el fragor de la vía férrea, muy cercana, se sentía llegar hasta aquí el rumor débil y parejo del río que se precipitaba impetuosamente, hacia abajo, espumeando, más allá de los pabellones de enfrente, en la quebrada.

Y luego, aun más lejos, al otro lado de la quebrada, había otro parque, el parque de la ciudad; ¿era de aquel parque (a pesar del frío) o bien de las ventanas abiertas de un club de donde llegaba una melodíaailable tocada por instrumentos de viento? Era un anochecer de sábado, estaban bailando... Unos hombres bailaban con unas mujeres...

Oleg estaba excitado..., excitado de haber hablado tanto y de que lo hubiesen escuchado. De repente, se había sentido sumergido, arrastrado por la sensación de la vida recuperada, esa vida de la cual, apenas quince días antes, se creyera expulsado. Claro que esta vida no le prometía nada bueno, al menos 'nada de lo que se califica de tal y por lo cual luchaban los habitantes de esta gran ciudad: ni departamento ni bienes materiales, ni éxito social, ni dinero; pero había otros goces intrínsecos, goces que él no había olvidado, cuyo valor seguía sabiendo: el derecho de andar por esta tierra sin obedecer una orden; el derecho a estar solo; el derecho a mirar las estrellas sin que lo cegaran los reflectores del campamento; el derecho de apagar la luz durante la noche y de dormir en la obscuridad; el derecho a echar cartas a los buzones; el derecho a descansar el domingo; el derecho a bañarse en el río. Sí, derechos de esta clase había muchos, muchos.

Y entre ellos, el derecho a charlar con las mujeres.

Y todos estos derechos, maravillosos e innumerables, ¡se los restituía su propia curación!

Sin moverse, fumaba y se arrobaba.

Percibía fragmentos de música llegados del parque; o mejor dicho, no, no era eso lo que oía Oleg, sino la Cuarta Sinfonía de Chaikovsky que resonaba en el fondo de él mismo; era ese difícil y febril primer movimiento, esa asombrosa melodía del comienzo. Esa melodía en que el héroe... (Oleg tenía su interpretación enteramente personal y quizás falsa), en que el héroe, vuelto por

fin a la vida, o bien habiendo recobrado la vista después de haber estado ciego, parecía palpar algo, pasear su mano por sobre un objeto o un rostro querido; palpaba y todavía no osaba creer en su felicidad: sí que existían los objetos, y sus ojos recomenzaban a ver...



## CAPITULO XII

### VUELVEN TODAS LAS PASIONES

Este domingo, Zoe estaba vistiéndose a toda prisa para ir al trabajo, cuando recordó que Kostoglotov le había rogado encarecidamente que para su próximo día de guardia se pusiera de nuevo la bata gris pardusco cuyo cuello le divisara la otra tarde debajo del blusón y que deseaba mirar a la luz del día. Las peticiones desinteresadas causan satisfacción a quienes las conceden. Esa bata le vendría bien, hoy, porque era casi un vestido de fiesta; por otro lado, mucho esperaba no tener nada que hacer durante su jornada y, además, que Kostoglotov viniese a distraerla.

Cambió, pues, de parecer precipitadamente, se endilgó la bata prescrita, la frotó varias veces con el hueco de su mano, donde había echado algunas gotas de perfume, se arregló la chasquilla; pero la hora en realidad apremiaba; franqueó la puerta sin haber concluido de ponerse la capa y su abuela apenas tuvo tiempo para deslizarle en el bolsillo algún bocado.

La mañana estaba húmeda y fresca, pero ya no era pleno invierno. En Rusia, con un tiempo así, salen de impermeable; pero acá, en el Sur, se tenía otra noción del calor y el trío: con todo el calor, se siguen vistiendo ropas de lana; se cuida de ponerse abrigo lo antes posible en la temporada y de sacárselo lo más tarde posible; y si por ventura se posee una pelliza, se la usa sin esperar los pocos días en que hiela.

Al doblar la esquina, Zoe divisó su tranvía y lo siguió corriendo hasta la bocacalle siguiente; fue la última en subir de un salto a la plataforma trasera y, colorada, jadeante, decidió quedarse en la plataforma, donde se estaba aireada. Los tranvías de la ciudad eran todos lentos y ruidosos; en las curvas rechinaban contra los rieles de una manera desgarradora; ninguno tenía puerta automática.

El jadeo y aun los latidos acelerados del corazón producían en ese cuerpo joven una sensación placentera, porque cesaban inmediatamente después del esfuerzo, acrecentando entonces la impresión de salud y de ánimo alegre.

Por el momento, la Facultad estaba de vacaciones, no había más que el hospital -tres turnos y medio a la semana- y eso le parecía a Zoe por completo liviano, un descanso. Por supuesto que habría sido mejor aún sin los turnos en el hospital, mas Zoe se había acostumbrado a llevar una doble carga: era el segundo año que ella hacía frente a la vez a los estudios y al trabajo en el hospital. La experiencia que le procuraba el hospital no era muy variada; no

trabajaba por eso Zoe, sino por el dinero: con la pensión de su abuela apenas había con qué comprar pan y la beca que percibía se esfumaba tan pronto como llegaba; en cuanto a su padre, jamás enviaba dinero, y, desde luego, Zoe nunca se lo pedía, pues no quería deberle nada a semejante padre.

Durante los dos primeros días de vacaciones -o sea, después de su último turno de noche-, Zoe no había holgazaneado; desde la infancia, ignoraba lo que era no hacer nada. Había iniciado en seguida una labor: deseaba hacerse para la primavera un corpiño de espumilla. Tenía el vale comprado desde diciembre. (La abuela de Zoe se complacía en repetir: "Hay que reparar el trineo en verano y la carreta en invierno", dicho que era acertado: en las tiendas, era en pleno invierno cuando se hallaban las mejores telas de verano.) Zoe cosía a máquina, una vieja Singer perteneciente a su abuela y que ambas habían acarreado desde Smolensk hasta acá. Los moldes en que se basaba eran también los de su abuela; pero estaban pasados de moda, y Zoe, a quien no escapaba ningún detalle, se las ingeniaba para rebuscar sugerencias en una y otra parte, tomando ideas de las vecinas, de las amigas, de las que seguían cursos de corte y confección, cursos que Zoe no había tenido en absoluto tiempo de seguir. En dos días, no había podido terminar el corpiño; en cambio, había recorrido varias tintorerías, consiguiendo entregar para su limpieza su vieja bata de verano. También había ido al mercado a comprar patatas y verduras; había regateado como una avara y traído de vuelta los brazos cargados con dos bolsas grandes (de las colas en las tiendas era su abuela quien se encargaba, pero ella no podía transportar cosas pesadas) y además, había ido también a los baños. En cuanto a quedarse buenamente tirada en la cama leyendo un libro, no le había alcanzado el tiempo. En la noche anterior, Zoe había ido a bailar a la Casa de la Cultura, en compañía de su condiscípula Bitá.

Bien hubiese querido Zoe algo más sano, menos artificial que esos clubes. Pero, aparte de los clubes, ¿dónde hallar costumbres, lugares, tertulias en las cuales poder conocer muchachos? En la Facultad y en su curso había muchas chicas rusas, pero muy pocos muchachos. Por eso no le atraían las veladas que organizaba su escuela.

La Casa de la Cultura adonde ella fuera con Rita era un edificio amplio, limpio, bien calefaccionado: columnas de mármol, escalera de mármol; espejos inmensamente altos, con marco de bronce -era posible verse en ellos desde muy lejos, al caminar o bailar-; sillones hondos y elegantes (pero los mantenían enfundados y estaba prohibido sentarse en ellos). Sin embargo, desde la víspera de Año Nuevo no había vuelto Zoe a poner los pies allá, pues le habían inferido una grave ofensa. Fue en un baile de máscaras en que debían premiar a los mejor disfrazados; Zoe, con su propio esfuerzo, se había vestido de mona y el traje llevaba una cala magnífica. Todo estaba arreglado con esmero: el peinado, el leve maquillaje, la armonía de los colores; todo era gracioso y bien logrado; tenía casi asegurado el primer premio, a pesar del gran número de competidores. Pero justo antes de la asignación de premios un grupo de muchachos groseros le había cortado la cola de un tijeretazo, y su cola había circulado de mano en mano y desaparecido. Zoe lloró, no por aquellos muchachos de cortos alcances, sino porque todos, a su alrededor, se echaron a

reír y encontraron ingeniosa esa chiquillada. Privado de esa cola, el traje perdía mucho. Por lo demás, Zoe ya no sentía ningún entusiasmo y no sacó ni el menor premio.

Y ayer, enojada todavía con el club, había entrado allá con un sentimiento de ofensa sufrida. Pero nada ni nadie le había recordado el episodio de la mona. La concurrencia era heterogénea: estudiantes de las distintas escuelas y obreros. Zoe y Rita no tuvieron que bailar ni un solo baile una con otra, las separaban de inmediato; y durante tres horas dieron vueltas, se cimbraron y zapatearon a cuál más y mejor, al son de una orquesta de instrumentos de viento. El cuerpo se complacía en lo que, en los bailes es lo esencial: el abrazo en público y permitido, y exigía esa gimnasia, esos virajes y esos movimientos. En cuanto a conversar, las parejas de Zoe hablaban poco; y si llegaban a bromear, lo hacían tontamente, para el gusto de Zoe. Tras lo cual Kolia, que era técnico instalador, la había acompañado de regreso. En el camino hablaron de películas de indios, de natación; abordar algo serio les habría parecido cómico. Llegaron por fin a la puerta de entrada, donde estaba más oscuro y ahí se abrazaron; pero fueron sobre todo los senos de Zoe los que llevaron la mejor parte, pues jamás dejaban a nadie en paz. ¡Cómo los apretaba Kolia! Hasta buscó otras vías de acceso y Zoe se sentía bien, pero al mismo tiempo experimentó la sensación súbita y refrescante de que estaba en cierto modo perdiendo el tiempo, ya que al otro día, domingo, tendría que levantarse temprano. Lo despidió y subió de cuatro en cuatro la vieja escalera.

Entre las amigas de Zoe, y en especial las estudiantes de medicina, estaba muy generalizado el punto de vista de que se debe apresurarse a aprovechar la vida, cuanto antes y lo más completamente posible. Encontrándose rodeada de una licencia tan general, seguir siendo en primero, en segundo y por último en tercero una especie de solterona que no conoce bien sino la teoría, era por demás imposible. Y Zoe había conocido -conocido varias veces, con diferentes muchachos- todos los grados de acercamiento, en los que se permiten cada vez más cosas, seguidas luego por el abrazo, la posesión y esos instantes de desvarío en que bien podrían llover bombas sobre la casa sin que se pudiera cambiar de posición; después, los momentos de relajación e indolencia en que se recoge alrededor del suelo y las sillas las ropas diseminadas, todas aquellas ropas que antes hubiese sido altamente inconveniente dejar ver, mientras que ahora eso ya no tiene nada de sorprendente y una se viste con toda naturalidad en presencia de él..

Y eso, en efecto, se le había revelado como una sensación fuerte y Zoe, desde el segundo año, había escapado en definitiva de la categoría "solteronas"; sólo que, a pesar de todo, eso no había sido verdaderamente eso. Lo que faltaba en todo aquello era una continuidad perseverante y consciente que le diera estabilidad a la vida; era, por decirlo así, la misma vida lo que le faltaba...

Zoe no tenía más que veintitrés años; no obstante, había visto y retenido no pocas cosas de la vida: su prolongada y enloquecedora evacuación de Smolensk, primero en vagones de mercadería y luego en lanchas, después de nuevo en vagones de mercadería -sabe Dios por qué, se acordaba del vecino que

habían tenido en el vagón de carga, que lo midió todo a cordel y le fijó a cada cual una porción de suelo que servía de límite, tratando mucho rato de demostrar que Zoe ocupaba dos centímetros de más-; y luego, la vida tensa y el hambre que reinaba aquí en los años de la guerra, cuando no había otro tema de conversación posible fuera del de las tarjetas de racionamiento y los precios en el mercado negro; y que el tío Fedia venía a robar a escondidas, de la mesa de noche de Zoe, su exigua ración de pan; y para terminar, había ahora, en el hospital, esos sufrimientos tenaces causados por el cáncer, esas vidas arruinadas, esos relatos tristes de los enfermos, sus lágrimas...

Frente a todo esto, los apretones, los abrazos y la continuación... no eran sino unas gotas minúsculas en el océano salado de la vida. Encontrar en ello un hartazgo definitivo... no era posible. ¿Significaba eso que era absolutamente necesario casarse?

¿Que la felicidad estaba en el matrimonio? Los jóvenes con quienes ella trababa conocimiento bailaban, salían, manifestaban todos, sin excepción, la intención de divertirse, de pasar un buen rato y después volver la espalda. Decían entre ellos: "Por cierto que me casaré; pero en una o dos noches siempre puedo hallar una amiga. ¿Para qué casarse?"

En efecto, ¿para qué, dado que las mujeres se habían puesto tan accesibles? Era como en el mercado cuando llega mucha mercadería: el que encarece los precios verá podrirse sus tomates... Permanecer inabordable se hacía imposible cuando alrededor todas cedían.

Y el paso por el registro civil no podía influir en nada; era lo que había demostrado la experiencia de María, una enfermera ucraniana colega de Zoe. María había confiado en el registro civil pero, al cabo de quince días, no por eso la había dejado su marido menos plantada; había vuelto a marcharse, había desaparecido. Y hacía siete años que ella educaba a su hijo, sola por completo, y lo peor era que oficialmente estaba casada.

Por eso, al acercarse los períodos "peligrosos", en las tertulias donde se bebía, Zoe se portaba con tanta prudencia como un zapador en un terreno minado.

Más cerca de ella, Zoe había tenido otro ejemplo: el de la mala vida que habían llevado su propio padre y su propia madre; ya peleaban, ya se reconciliaban, ya partían cada cual por su lado, ya volvían a encontrarse en la misma ciudad; y así, durante toda su vida, se habían torturado recíprocamente. Repetir el error de su madre le habría parecido a Zoe tan fatal como tragar ácido sulfúrico.

En su propio cuerpo, en la disposición de las partes de su cuerpo, como asimismo en su propio carácter y en su manera de comprender toda la vida en general, percibía Zoe un equilibrio y una armonía. Y si debía haber ampliación, expansión de su vida, no podía, no debía ser sino dentro del mismo sentido de armonía.

En cuanto al muchacho cuyas manos se paseaban por todo su cuerpo y que, durante las pausas, le dispensaba necedades y vulgaridades, o bien plagiaba lo que había oído en una película -como lo hiciera Kolia, la noche antes-, él no hacía otra cosa que destruir momentáneamente esa armonía, y no

podía gustarle en verdad a Zoe.

Ocupada en estos pensamientos, zarandeada por el tranvía en la plataforma trasera, donde la cobradora reprendía a un joven que no había sacado pasaje (ni manifestaba intención alguna de sacarlo). Zoe, siempre de pie, llegó al terminal. El tranvía trazó la gran curva; en el otro lado la gente ya estaba esperando en tropel. El joven a quien la cobradora había querido avergonzar saltó sobreandando. Saltó también un rapaz. Zoe saltó, a su vez, porque eso le significaba andar menos.

Ya eran las ocho y un minuto y Zoe echó a correr por la avenida de asfalto que serpenteaba a través del recinto hospitalario.

En su calidad de enfermera, no era decoroso que corriera así; mas en una estudiante era perfectamente perdonable.

El tiempo de correr hasta el pabellón de los cancerosos, el tiempo de quitarse la capa, de meterse el blusón y de subir al piso: ya eran las ocho y diez, y ¡pobre de Zoe... si hubiera relevado a Olimpiada Vladislavov o a María! Pues también María la habría regañado con rudeza, tanto por un atraso de diez minutos" como por medio turno. Pero, por suerte, el turno de guardia estaba a cargo del enfermero Turgun, que era estudiante y lleno de indulgencia, en especial para con Zoe... A manera de reprensión, hizo además de darle una fuerte palmada en el trasero, pero ella no le dejó hacer; los dos rieron y por último fue ella quien lo empujó amablemente, en la escalera.

Un estudiante es un estudiante, pero en cuanto al cuadro autóctono de la República, Turgun ya había recibido su nombramiento de médico jefe de hospital rural, y chiquilladas así ya no le estarían permitidas cuando hubiese concluido sus últimos meses de libertad...

Zoe había recibido de Turgun el cuaderno de prescripciones y también un recado especial de parte de Mita, la enfermera jefa. El domingo no había visita de médicos, las tareas eran más simples; nada de pacientes de vuelta de las transfusiones (había, eso sí, la preocupación adicional de impedirles a los parientes de los enfermos entrar a las salas sin autorización del médico de guardia); de modo que Mita le encajaba, a la enfermera de servicio el domingo durante el día, parte del interminable trabajo de estadística que ella no lograba terminar jamás.

Hoy se trataba de clasificar un voluminoso montón de historias clínicas, correspondientes a diciembre del pasado año 1954. Con un leve mohín de los labios, redondeados como para silbar, Zoe hizo crujir bajo sus dedos el montón de fichas, calculando cuántas podían ser y si le quedaría tiempo para bordar un poco; mas en aquel instante sintió al lado suyo la presencia de una sombra de elevada estatura. Sin sorprenderse, Zoe volvió la cabeza (hay mil y una maneras de volver la cabeza) y percibió a Kostoglotov. Estaba recién rasurado, casi bien peinado, y solamente la cicatriz en su mentón recordaba, como siempre, su origen de bandido.

-Buenos días, pequeña Zoe -dijo, como un perfecto gentleman.

-Buenos días -pronunció ella, balanceando la cabeza cual si algo la disgustase o intrigase, sin que en realidad quisiera eso decir nada. El la miraba con sus grandes ojos castaño oscuro. -Pero no veo si accedió usted o no a mi

ruego.

-¿Qué ruego? -dijo Zoe, frunciendo el ceño con expresión de asombro (esto siempre le sentaba muy bien).

-¿No se acuerda? ¡Y yo que había hecho un voto!

-Me pidió prestado un libraco de Anatomía Patológica, de eso me acuerdo bien.

-Pero voy a devolvérselo en seguida. Se lo agradezco.

-¿Pudo arreglárselas?

-Al parecer..., en cuanto a lo esencial, lo entendí todo...

-Si eso le ha hecho mal, me arrepiento de ello -dijo Zoe, sin afectación.

-¡Oh, no! ¡No, mi pequeña Zoe! -y a manera de protesta le rozó el brazo-. Al contrario, ese libro me levantó la moral. Es usted un corazoncito de oro al habérmelo pasado. Solamente... -miró el cuello de Zoe- ¿si desabrochara el botón de arriba de su blusa, por favor?

-¿Pero para qué? -repuso Zoe, con una expresión muy bien lograda de sorpresa suma-. ¡No tengo demasiado calor!...

-¡Ya lo creo que sí! Está muy colorada.

-Sí, es verdad -concedió ella, con una risita de niña; tenía efectivamente ganas de abrirse el blusón, pues aún no había tenido tiempo de tomar aliento después de su carrera y de su escaramuza con Turgun. Se abrió el cuello de la blusa. Destello dorado sobre fondo gris... Kostoglotov abrió desmesuradamente los ojos y dijo, casi sin voz:

-Así está bien. ¡Gracias! ¿Me mostrará más, después?

-Depende de su voto...

-Se lo diré; pero más tarde, ¿de acuerdo? Hoy vamos a estar juntos, ¿no es cierto?

Zoe revolvió los ojos como una muñeca.

-Con la condición de que venga a ayudarme. Si estoy empapada en sudor, es porque hoy tengo mucho trabajo.

-Para pinchar a seres vivientes con sus jeringas, ¡no cuente conmigo!

-¿Y para estadísticas médicas, cosa de simular un poco?

-Yo respeto la estadística cuando no es confidencial.

-Entonces vuelva después del desayuno -sugirió Zoe, recompensándolo por adelantado con una sonrisa.

Se había iniciado el reparto de desayunos en las salas.

El viernes pasado en la mañana, una vez terminado su turno, Zoe, interesada por su conversación de la noche, había ido a la oficina de ingreso a consultar la ficha de Kostoglotov.

Había descubierto que se llamaba Oleg Filemonovich (este pesado patronímico respondía bien a su apellido desapacible; mas el nombre de pila suavizaba un poco el conjunto). Había nacido en 1920, lo cual le daba treinta y cuatro años bien cumplidos, y a pesar de eso, era efectivamente soltero, cosa harto increíble, y efectivamente también residía en un pueblito llamado Ush-Terek. No tenía familia (en el dispensario de cancerología se debía por fuerza inscribir el nombre de los parientes próximos). Su especialidad era la topografía

y era administrador rural.

Nada claro salía de todo esto, muy por el contrario.

Por último, leyendo el cuaderno de prescripciones, había visto hoy que, desde el viernes, le ponían todos los días una inyección intramuscular de sinoestrol, a razón de dos centímetros cúbicos por inyección.

La inyección incumbía al servicio nocturno; en otras palabras, no era Zoe quien debía ponerla hoy. No obstante, Zoe frunció los labios y los estiró en forma de trompa, en señal de descontento.

Después del desayuno, Kostoglotov trajo de vuelta el manual de Anatomía y se ofreció para ayudarle a Zoe; pero por el momento andaba ella corriendo de una sala a otra, distribuyéndole a cada uno el medicamento que debía beber o tragar tres o cuatro veces al día.

Por fin, se sentaron los dos a la mesita de Zoe. Esta cogió una gran hoja de papel, para hacer un borrador de gráfico; se trataba de transcribir todos los datos de las fichas con bastoncitos. Ella se puso a explicarle (por su parte, ya estaba más o menos olvidada de lo que había que hacer) y comenzó a trazar rayas, utilizando una gruesa regla pesada.

Zoe sabía muy bien a qué atenerse con respecto a las "ayudas" que aportan los jóvenes y los solteros (y, desde luego, también los casados): esa ayuda se transforma inevitablemente en chacota, bromas, flirteo y errores en los informes. Pero Zoe se resignaba de antemano a los errores, porque el flirteo menos ingenioso de todos modos es siempre más interesante que el más científico de los informes. Zoe no tenía objeciones a la idea de continuar hoy un juego que amenizaba sus horas de guardia.

La desconcertó, pues, constatar que Kostoglotov había abandonado de inmediato las miradas intencionadas y aquel tono especial; comprendiendo rápidamente el porqué y el cómo de las cosas, hasta se puso a explicarlas a su vez; luego se sumergió en las fichas y empezó a hacer todos los cálculos necesarios, mientras ella alineaba los bastoncillos en las columnas de su cuadro. "Neuroblastoma -dictaba él- ..., nefroblastoma..., sarcoma nasal... tumor en la médula espinal... ". Y cuando había algo que no entendía, siempre hacía preguntas.

Se trataba de calcular cuántos casos había habido, durante el período dado, en cada tipo de tumor, contando por separado hombres y mujeres y por decenios de edad. También había que consignar los diferentes tipos de tratamiento y las dosis; y además, para cada categoría considerada, hacer una distribución correspondiente a los cinco resultados posibles: curación total, mejoría, sin variaciones, agravamiento y muerte. Estos cinco resultados posibles captaron muy especialmente la atención del ayudante de Zoe. Se observaba en seguida que casi no había curación total; mas tampoco había muchas muertes.

-Veo que aquí no nos dejan tiempo de morir, despiden a los enfermos oportunamente -apuntó Kostoglotov.

-¿Pero cómo hacer otra cosa, Oleg? Piénselo usted mismo. -Lo había llamado Oleg en premio por su trabajo; él lo notó y de inmediato le lanzó una miradita-. Si está claro que ya nada se puede hacer por un paciente, que no le queda sino vivir sus últimas semanas o sus últimos meses de vida, ¿para qué

tener por él ocupada una cama de hospital? Los demás hacen cola para conseguir cama; están esperando una plaza aquellos a quienes es posible sanar. Y además, los enfermos incurables, de todas maneras...

-¿Cómo dice?

-Esos a quienes no se puede sanar... tienen en los curables una pésima influencia, tanto por su aspecto como -por su conversación.

He aquí que Oleg, al sentarse a esta mesa de enfermera, acababa en cierto modo de tener acceso a otra situación social, a otro concepto del mundo. El individuo enfermo por quien ya nada se podía hacer y que no debía tener una cama indebidamente ocupada; el enfermo clasificado "incurable" ya no era él, ya no era Kostoglotov. Ahora él, Kostoglotov, era alguien con quien se podía hablar como si en modo alguno debiera morir, cual si fuese en verdad curable. y este salto de una condición a otra, tan gratuito y tan inmerecido, debido al capricho de circunstancias inesperadas, le recordó inconscientemente alguna otra cosa que empero no dilucidó él en este instante.

-Claro, todo eso es lógico. Sólo que despidieron a Azovkin. y además ayer vi despedir a un **casus inoperabilis**, sin decirle nada ni explicarle nada, y tuve la sensación de estar participando en un engaño.

Sentado al lado de Zoe, le presentaba en este momento el lado opuesto a su cicatriz y su rostro ya no tenía nada de cruel.

En completa armonía e igual predisposición amistosa, continuaron su trabajo, terminándolo todo antes de almuerzo.

Por supuesto, Mita había dejado un segundo trabajo que hacer: copiar los análisis de laboratorio en el registro de temperatura de los pacientes, a fin de que hubiera menos hojas que pegar en las historias clínicas. Mas habría sido excesivo hacer todo eso en un solo domingo, y Zoe declaró:

-¡Gracias, muchas gracias por su ayuda, Oleg Filemonovich!

-¡Ah, no! ¡Por favor, dígame como al principio: Oleg!

-Ahora podrá dormir siesta...

-Eso no me ocurre nunca.

-Pero usted es un paciente, bien lo sabe.

-Pues bien, pequeña Zoe, lo raro es que, apenas usted sube la escalera a hacerse cargo de su guardia, ¡me siento curado por completo! -La miraba como si ella fuera un budín apetitoso y dorado y, en este instante, él mismo parecía estallar de salud.

-¡Bueno, conforme! -le concedió Zoe, sin dificultad. (Lo deseaba tanto)-. Por esta vez, vaya recibirlo en el salón.

Con un movimiento de cabeza, indicó la sala de deliberaciones de los médicos.

Pero después de almuerzo debía aún distribuir medicamentos y había tareas urgentes en la sala principal de mujeres. Como para contrarrestar mejor los achaques y enfermedades que la rodeaban aquí, Zoe auscultaba lo más recóndito de su ser para verificar hasta qué punto estaba ella misma pura y sana, hasta la punta de las uñas, hasta las menores células de su piel. Sentía con especial deleite la presencia de sus dos senos firmes y familiares; los sentía llenarse de pesadez cuando se inclinaba sobre la cama de los enfermos, y



agitarse cuando andaba ligero.

Por fin las cosas se calmaron. Zoe le dijo a la auxiliar que se instalara en su mesa, que no admitiera ninguna visita en las salas y que la llamara si había algo. Cogió con negligencia su bordado y Oleg la siguió a la sala de médicos.

Era esta una pieza en una esquina, abundantemente iluminada por tres ventanas. No podría decirse que la habían amoblado con muy buen gusto, pues se notaban demasiado la mano del administrador y la del médico jefe; los dos divanes que allí había no eran simples divanes convertibles, sino divanes por completo formales, con un respaldo vertical que molestaba el cuello; y sobre esos respaldos, unos espejos en los cuales sólo jirafas habrían podido mirarse. También las mesas estaban dispuestas según un orden pesado y burocrático: la maciza mesa presidencial, con una gruesa cubierta de vidrio sintético, y, perpendicular a ella, formando la infaltable T, la mesa de deliberaciones. Esta última mesa parecía adornada a la moda de Samarcanda y la recubría una alfombra de felpa azul cobalto, tono que por sí solo alegraba la pieza. Además, unos cómodos silloncitos que no habían hallado cabida en torno a la mesa estaban caprichosamente agrupados en una y otra parte, lo cual también hacía agradable la sala.

Aquí nada recordaba el hospital, excepto el diario mural intitulado **El Cancerólogo**, que se imprimiera en honor al último aniversario de la Revolución.

Zoe y Oleg se sentaron en los cómodos sillones, en la parte mejor iluminada de la habitación, allá donde se erguían en sus trípodes las altas macetas de áloe; en la ventana principal, detrás del vidrio de una sola pieza, se enredaba el ramaje de un roble que

sobrepasaba el segundo piso.

Oleg no estaba simplemente sentado: sentía en todo su cuerpo la comodidad de ese sillón, la curva acogedora que se amoldaba a la espalda, el bienestar del cuello y la cabeza, que podían echarse más para atrás.

-¡Qué comodidad! -dijo-. ¡Debe de hacer sus buenos quince años que no sentía yo una comodidad semejante!

Si tanto le gusta estar en un sillón, ¿por qué no se ha comprado uno, pues?

-¡Vamos al grano! ¿Qué voto hizo usted? -preguntó Zoe, con la inclinación de cabeza y la mirada que convenían a su pregunta.

Ahora que estaban aislados en esta pieza y sentados en estos sillones con el solo propósito de conversar, todo dependía de una sola palabra, de una sola mirada: ¿sería un mariposeo, una conversación llena de insinuaciones, o bien una de esas conversaciones que lo trastornan todo? Zoe estaba muy dispuesta a lo primero, mas, al venir aquí, había presentido algo como lo segundo. y Oleg no la defraudó. Hundido en su sillón, sin desviar la cabeza,

Pronunció en tono solemne, como dirigiéndose más arriba de ella, al otro lado de la ventana:

-El voto que hice ... es que cierta jovencita de fleco rubio ... venga a donde nosotros, a las tierras vírgenes. -Sólo entonces la miró. Zoe le sostuvo la

mirada.

-¿Pero qué suerte le espera a su jovencita? Oleg suspiró.

-Ya se lo he contado. Nada muy alegre. Sin agua potable. Planchas a carbón de leña. Una lámpara a petróleo. Cuando hay humedad, barro; cuando se seca, polvo. Y jamás elegancia.

Nada omitió, en esta enumeración de todos los inconvenientes, como queriendo quitarle toda posibilidad de parecer promisoria. Si jamás se podía estar elegante, entonces, en efecto, ¿qué vida era esa?

Sin embargo, por cómoda que fuese la vida en una gran ciudad, no por eso sabía menos Zoe que no se vive con una ciudad, sino con un corazón. Y lo que deseaba ante todo era no imaginarse aquella aldea en la estepa, sino comprender a este hombre.

-No logro entender qué es lo que retiene allá a un hombre como usted.

Oleg se echó a reír.

-El Ministerio del Interior, si quiere saberlo. -Seguía hundido en el sillón, con la cabeza reclinada en el respaldo, saboreando esta relajación.

Zoe se enfurruñó.

-Era lo que yo sospechaba. Pero dígame, por favor, ¿usted no es chechén?, ¿ni calmuco?

-Diga mejor que ruso ciento por ciento ... ¿Me autoriza a tener pelo negro? -Se llevó la mano a los cabellos, para arreglárselos. Zoe se encogió de hombros.

-Pero ¿por qué está usted obligado, pues? Oleg suspiró.

-¡Dios mío! ¡Qué ignorante puede ser la juventud! Nosotros, cuando jóvenes, tampoco teníamos la más mínima idea del código penal, ni de todos los artículos y diferentes acápite que incluye, ni de que se puede interpretarlos en forma estricta o amplia. "Y usted, que vive aquí en pleno corazón de este territorio, ¡ni siquiera sabe distinguir entre un deportado colono y un relegado administrativo!

-¿Y cuál es la diferencia?

-Pues bien, yo soy relegado administrativo. No me deportaron por mi filiación étnica, sino a título personal, en cuanto soy Oleg Filemonovich Kostoglotov. ¿Comprende? -agregó, riendo -. Soy un "ciudadano personalmente meritorio" que no tiene cabida entre los ciudadanos honestos. -Los ojos de Oleg fulguraron; estaba mirando a Zoe. Mas Zoe no tuvo miedo; mejor dicho, tuvo miedo, pero un miedo dominable.

-Y ... ¿a cuántos años de exilio está condenado? -preguntó en voz baja.

Cual un matamoscas golpeando el aire, tronó, ruda, la voz de Kostoglotov:

-¡A perpetuidad!

A ella le dolieron los oídos.

-¿Por toda la vida? -reatacó, en un murmullo.

-No, no por toda la vida: ¡a perpetuidad! -insistió Kostoglotov-. En el

papel decía, con todas sus letras: a perpetuidad. De ser por toda la vida, entonces al menos se podría repatriar después mi féretro; pero es "a perpetuidad" ... Seguramente está prohibido llevar el féretro de vuelta. Podrá apagarse el sol, nada cambiará en ello; la eternidad es aun más larga.

Ahora de veras sintió ella oprimirse el corazón. No eran porque sí aquella cicatriz y aquella expresión cruel. Tal vez fuera un asesino, un hombre temible; capaz de que la estrangulase, no le costaría nada ... ¡ Y ella que se había aislado con él tan desatinadamente!

A pesar de todo, Zoe reprimió el deseo que tenía de orientar su sillón de manera de poder huir mejor, en caso necesario. Se contentó con desembarazarse de su bordado (sin haberlo tocado todavía). Y fijando con atrevimiento su mirada en Kostoglotov, quien seguía hundido en el sillón sin dar muestra alguna de tensión o agitación, preguntó muy emocionada:

-Si le es demasiado duro, no diga nada. Pero si puede, con. tésteme: esa terrible sentencia, ¿por qué delito?

A Kostoglotov no solamente no lo anonadó la conciencia de su crimen, sino que hasta respondió con una sonrisa de total despreocupación:

-No hubo la menor sentencia, mi pequeña Zoe. Me condenaron a la relegación eterna por requisitoria especial.

-¿Por requisitoria?

-Sí, así le dicen. Es "como una factura que mandan de la base a la bodega: tantos sacos, tantos toneles, envases vacíos, etc.

Zoe se tomó la cabeza entre las manos. -¿Y con todos fue así?

-No, eso sería demasiado decir. Con el solo artículo 10 no lo deportaban a uno; pero si además del 10 tenía el 11, entonces lo deportaban.

-¿Y en qué consiste el artículo 11?

-¿El artículo 11? -Kostoglotov se quedó reflexionando un momento. Oiga, pequeña Zoe, creo que estoy contándole un poco de más. Cuídese de no hacer mal uso de todas estas palabritas, de lo contrario podría ser víctima usted también. Yo recibí una primera condena en virtud del artículo 10: ¡siete años! Y puede creerme: cuando uno sacaba menos de ocho años era porque realmente no había nada en absoluto y todo el asunto estaba construido en el aire. Sólo que también estaba el artículo 11; Y el artículo 11 significa pertenencia a un grupo. El artículo 11 en sí no tiene por qué acarrear aumento de la pena. Pero como integrábamos un grupo, había que separarnos, deportándonos a un rincón cada cual, y a perpetuidad ... Por lo menos jno podríamos reunirnos como antes! ... ¿Comprende ahora?

No; por supuesto, ella seguía sin comprender nada.

-Pero, entonces... -bajó la voz-, en buenas cuentas era, ¿cómo se llama? .. , ¿una especie de banda?

Repentinamente, soltó Kostoglotov una sonora carcajada. Se interrumpió y hasta se enfurruñó de inmediato.

-¡Es realmente formidable! Está usted como mi juez sumariante, la palabra "grupo" no la satisface. A él también le gustaba llamarnos "banda". y bien, sí, éramos una banda ... , una banda de estudiantes, y de estudiantes de

primer año ... -Le lanzó una mirada amenazadora -. Supongo que aquí se prohíbe fumar, hasta es un delito, ¿no es cierto? Pero, de todos modos, ¿puedo encender un cigarrillo, si no le importa? .. Bueno, nos juntábamos, cortejábamos a las chicas, bailábamos y después los muchachos discutían también de política. Y hasta hablaban ... de El, del Grande ... A nosotros, ¿sabe?, no nos satisfacía lo que veíamos. No éramos entusiastas, ¡vaya! Dos habíamos combatido en la guerra y, cuál más, cuál menos, nos esperábamos algo distinto para la postguerra. Justo antes de los exámenes, en mayo, hicieron una batida de todos nosotros, incluidas las muchachas.

Zoe se sintió turbada ... Tomó de nuevo su bordado. Por una parte, se dio cuenta de que él estaba diciendo cosas peligrosas .. ; Que no sólo no había que repetir las a nadie, sino ni siquiera haberlas escuchado, tapándose los oídos. Mas, por otra parte, ¡qué enorme alivio saber que la banda no había arrastrado a nadie a emboscadas siniestras, que ellos no habían asesinado a nadie! Tragó saliva.

-No entiendo. En todo caso, ¿usted ha cometido algo?

-¿Cómo es eso "cometido algo"? -quiso saber dándole una

chupada al cigarrillo y botando el humo. ¡Qué grande era él y que minúsculo se veía el cigarrillo!-. Ya se lo dije: éramos estudiantes. Bebíamos vino, cuando la beca lo permitía. Íbamos a reuniones de amigos. Y después, ¡todos encarcelados! Tanto las chicas como los muchachos ... ¡también tuvieron derecho a cinco años. -La miró fijamente-. Cinco años ... Trate de imaginarse lo que es eso. Lo cogen a uno justo en vísperas de los exámenes del segundo semestre ... y ¡hala, en chirona!

Zoe volvió a dejar su labor. Todos los horrores que ella se dispusiera a oírle decir en cierto modo no eran, por último, tan horribles; infantiles, más bien.

-Pero en fin, ustedes, los muchachos, ¿qué necesidad tenían de todo eso?

-¿De qué? -repuso Oleg, sin comprender.

-Pues bien ... , de eso que dijo usted mismo: estar descontentos ... , esperar sepa Dios qué.

-¡Ah, pero cierto! ¡Eso es muy cierto! -dijo Oleg, con una risa obsequiosa--. Ni se me ocurría. Una vez más, es usted de igual parecer que mi juez sumariante, mi pequeña Zoe. El decía lo mismo ... ¡Qué agradable es este sillón! Nada tiene que ver con nuestras camas ...

Oleg se arrellanó de nuevo, lo más cómodamente posible, en su sillón. Fumaba y contemplaba ceñudo la gran ventana de vidrio macizo.

Se aproximaba el atardecer, y sin embargo, la luz hasta ahora melancólica y pareja no disminuía, sino que iba aclarando. La barrera de nubes que obstruía el ocaso, hacia donde miraba justamente esta pieza de esquina, se adelgazaba cada vez más y disminuía.

Sólo entonces se dedicó Zoe en serio a su bordado; hacía los puntos con verdadero placer. Ambos callaban. Oleg no le dirigió cumplidos por su labor, como lo hiciera la vez pasada.

-Dígame. " y su amiguita, ¿era también del grupo? -preguntó Zoe, sin levantar la vista de su labor.

-Sí .. -dijo Oleg; demorándose en la palabra, como si vacilara o estuviera pensando en otra cosa. -¿Y dónde se encuentra ahora?

-¿Ahora? En la región del Yenisei.

Zoe alzó los ojos rápidamente.

-Pero entonces ¿no pueden juntarse, pues?

-Ni siquiera lo intento -aseguró él, con una especie de indiferencia.

Zoe lo miró; él estaba mirando por la ventana. Pero ¿por qué no se casaría con ella, allá en su pueblucho? ..

-¿Es, pues, difícil volver a encontrarse? -agregó Zoe, por decir algo.

-Para los que no están casados oficialmente, es casi imposible -dijo Oleg, en tono distraído-o Pero en todo caso eso no vale la pena.

-¿No anda trayendo una foto de ella? Oleg sonrió, frunció los ojos.

-Una cabellera que le caía sobre los hombros; y luego, en su extremo, ¡zas!, se levantaba hacia arriba. Los ojos ... siempre llenos de ... , no de malicia, como los suyos, ¡no! Siempre un poco tristes. Es de creer que la persona presiente su propio destino, ¿verdad?

-¿Estuvieron juntos en el campamento?

-No.

-¿Cuándo se separó de ella, entonces?

-Cinco minutos antes de mi arresto... Es decir, estábamos en mayo, ¿comprende? Yo me había quedado mucho rato donde ella, en el jardín. Era la una de la madrugada, puede que aun más tarde. Me despedí de ella y partí .. Y en la bocacalle siguiente me cogieron ... Me esperaban en auto, justo a la vuelta de la esquina.

-¿Y a ella?

-En la noche siguiente.

-¿Y no se han visto más?

-Sí, nos vimos una vez más. Durante el careo. Yo ya tenía el cráneo rapado. Se esperaba que nos delatáramos recíprocamente. No lo hicimos. -Hacía figuras con la colilla, sin saber a dónde echarla.

-¡Mire, allá! -dijo ella, mostrando el rutilante cenicero que indicaba el lugar del presidente.

A todo esto, las nubes del ocaso estaban cada vez más desfleadas y un sol amarillo débil parecía salir ya de sus mantillas. Bajo esta luz, hasta el semblante hosco y endurecido de Kostoglotov se dulcificó. Zoe prosiguió, en tono compasivo:

-Pero ¿por qué no lo intenta ahora?

-Zoe ... -comenzó Oleg con firmeza, pero se dejó un instante de reflexión, antes de continuar:- De todos modos, usted puede imaginarse un poquito lo que le espera a una joven en el campamento, más aun si es bonita. Si no la han violado en el camino, en el vagón de carga, los "proletarios" (por lo demás, en el campamento tendrán todo el tiempo necesario para eso), ya la primera noche todos los haraganes del campamento, cabos libidinosos y vigilantes en celo, se las compondrán para hacerla llevar al baño, a su presencia,

enteramente desnuda. Y en el acto se la adjudicará uno de ellos. A la mañana siguiente le propondrán vivir con el fulano y tener trabajo en un local limpio y bien calefaccionado. Pero si rehúsa, tratarán de hacerle la vida tan difícil que termine por ir arrastrándose a pedirles perdón. -Cerró los ojos -. Ahora bien, ella no murió, ha sobrevivido, salió del paso sana y salva. Yo no le reprocho nada, comprendo. Sólo que ... se acabó ... Ella también lo comprende.

Hubo una pausa. El sol lo traspasó todo con su claridad y, de golpe, el mundo entero se volvió alegre y luminoso. Oscuros y nítidos se perfilaron los árboles de la plazuela, mientras en la pieza la carpeta azul pareció inflamarse y la cabellera de Zoe se puso como oro.

- ... Una de nuestras compañeras se suicidó ... Queda viva otra más ... Tres de los muchachos han muerto ... Hay dos de los cuales no supe nada más ... -Se inclinó hacia un lado, sobre el brazo del sillón, y balanceando el cuerpo levemente, recitó-;

**Del huracán al paso, pocos sobrevivieron ...  
Llamados por amigos,  
¿cuántos les respondieron?**

Con el cuerpo echado de lado, parecía mirar fijamente el suelo. Y en su coronilla sus greñas rebeldes se disparaban en todos sentidos. Dos veces al día tenía que mojarse la cabeza y alisarse el pelo.

Permaneció en silencio, pero Zoe ya había oído todo cuanto deseaba oír. El le había aclarado lo esencial: era un hombre encadenado al destino de los deportados; mas la causa no era el crimen, y no era casado; ni era el vicio: muchos años después, seguía él siendo capaz de hablar con ternura de su antigua novia; y era, en apariencia, hombre apto para la verdadera felicidad.

El permaneció silencioso y ella se quedó callada, con la mirada ora puesta en su labor, ora levantada hacia él. Nada había en él que evocara ni la más mínima idea de belleza; pero ahora tamo poco le hallaba nada de horrible.

Como decía su abuela: "No necesitas un mozo apuesto sino un mozo bueno". La entereza y la fuerza tras tantas pruebas, eso lo había percibido Zoe en él claramente; una fuerza puesta a prueba que no encontraba ella en sus jovenzuelos habituales.

Seguía bordando, y de pronto sintió sobre ella la mirada escrutadora de Kostoglotov.

Ella le respondió con una mirada sín alzar los ojos.

El se puso a hablar con gran vehemencia, subyugándola cada vez más con su manera de ser.

-¡A quién debo llamar? ¿Con quién puedo compartir esta alegría triste de haber seguido con vida?

-¿No acaba de hacerlo? -dijo ella en un murmullo, sonriendo sus ojos y sus labios.

Eran unos labios que no se veían rosados, ni tampoco parecían maquillados. Eran entre púrpura y anaranjado, color brasa chispeante.

La suave luz amarilla del sol poniente aclaraba también la tez terrosa, el semblante demacrado y enfermizo de Kostoglotov. A esta luz cálida parecía que él no hubiese de morir; mas Oleg sacudió la cabeza, como el guitarrista que sale de una canción melancólica y pasa a una melodía alegre.

-¡Vamos, pequeña Zoe! ¡Concédame una verdadera fiesta! Estoy harto de esos blusones blancos. Déjeme ver algo distinto de la enfermera, ¡muéstreme la muchacha bonita a la moda! ¡Bien sabe usted que no será en Ush-Terek donde la vea!

-Pero ¿de dónde sacar a esa muchacha bonita? -exclamó Zoe con coquetería.

-No tiene más que quitarse el blusón por un instante. Y dar algunos pasos. -Corrió su sillón hacia atrás, para indicarle un espacio por donde andar.

-Pero es, que estoy de servicio -replicó Zoe-, no tengo derecho ...

¿Habían hablado demasiado rato de cosas lúgubres? ¿O fue el efecto de aquel sol poniente, que hacía centellear mil rayos alegremente a través de la pieza? Fuera lo que fuese, Zoe sintió un impulso de hacerlo y una intuición que le decía que todo iría bien.

Rechazó su labor, saltó del sillón como una chicuela y se puso a desabrochar sus botones, levemente inclinada hacia adelante, apresurada, como aprestándose no a caminar, sino a correr. -¡Oye, tira, pues! -le dijo, presentándole el brazo cual si le lanzara un objeto. (El tiro y la manga se deslizó)-. ¡La segunda! -añadió, haciendo ante él una pirueta como para un paso de baile.

El tiró la segunda manga y el blusón le cayó en las rodillas. Ella avanzó por la pieza: caminaba como un maniquí, inclinándose apenas lo preciso, con los brazos ya apenas levantados, ya sacudidos por el balanceo de la marcha.

Dio así algunos pasos, luego giró y se quedó inmóvil, con los brazos abiertos. Oleg tenía el blusón de Zoe apretado contra el pecho, como abrazándola, y se la comía con los ojos.

-¡Bravo! -lanzó sonoramente-. ¡Maravilloso!

Hasta en el incendio de la carpeta azul, en aquel cielo uzbeko inagotable y resplandeciente de sol, había algo que volvía a originar en él las melodías oídas la víspera, ese canto del redescubrimiento y de la vida recuperada. ¡Deleite del sillón mullido, deleite de la habitación acogedora ... después de mil años de vida desorganizada, andrajosa, desamparada! ¡Deleite de contemplar a Zoe, deleite de admirarla y, sobre todo, deleite decuplicado de admirarla no en abstracto, sino casi delictuosamente! ¡Y él, que quince días antes estaba moribundo!

Con expresión triunfal. Zoe movió sus labios de fuego, en una especie de mohín medio pícaro, medio serio, como reteniendo todavía cierto secreto, y rehízo en sentido contrario el camino hasta la ventana. Se volvió de nuevo hacia él y se detuvo, en la misma actitud.

El no se levantó; se quedó en su sillón, pero la maraña oscura de sus cabellos, que ella veía desde arriba, pareció venir hacia ella.

En ciertas señales que se sienten, mas no se podrían indicar, percibió Zoe una fuerza -no la que se necesita para correr armarios, sino otra- y aquella

fuerza exigía una fuerza correspondiente. Y Oleg se regocijó porque, al parecer, él podría recoger el desafío, sería capaz de medirse con ella.

¡Volvían todas las pasiones vitales a su cuerpo en vías de curación!  
¡Todas! ¡Todas!

-¡Zoe! -dijo Oleg, con voz cantarina-. ¡Zoe! ¿Cómo entiende usted su nombre?

-¡Zoe ... es la vida! -respondió ella, espaciando las palabras como en una frase de propaganda. Esta explicación le gustaba. Adosada al alféizar, con las manos a la espalda, estaba ella levemente inclinada hacia un lado, con el peso del cuerpo descansando sobre una pierna.

-¿Y el zoo? ¿No siente a veces nuestro parentesco con nuestros antepasados del zoo?

Ella contestó en igual tono, riendo de buena gana:

-Todos estarnos emparentados con ellos, poco o mucho. Buscamos alimento, alimentarnos a nuestras crías. ¿Está eso tan mal?

Y, sin duda, ¡habría hecho mejor deteniéndose ahí! Pero ella, excitada por una exaltación tan irresistible, tan devoradora como no encontrara jamás en los jóvenes de la ciudad que, todos los sábados, abrazaban a tantas muchachas como querían, aunque sólo fuese en el salón de baile, no resistió el deseo de proyectar sus dos brazos al aire y, chasqueando los dedos, se puso a zangolotearse con todo el cuerpo, pues así había que hacerlo cuando se cantaba la canción de moda sacada de un film indio:

-¡A-va-ra-ia! ¡A-va-ra-ia!

Mas Oleg se ensombreció de repente y dijo: -¡No debe hacerlo! ¡No esa canción, Zoe!

Instantáneamente reasumió ella una actitud circunspecta, cual si un momento antes no hubiese cantado, no se hubiera zangaloteado.

-Eso proviene del film El vagabundo. ¿Lo vio?

-Sí.

-Es un film notable. ¡Yo lo he visto dos veces! -Había ido cuatro veces, pero, sin saber bien por qué, no se atrevió a confesarlo- ¿No le gusta? Sin embargo, El vagabundo es su propio destino.

-No, todo lo que usted quiera, menos mi destino -contestó Oleg, muy enfurruñado. Y ya no tenía esa expresión luminosa de antes; el sol amarillo había dejado de iluminarlo y de nuevo podía verse que él era, a pesar de todo, un enfermo.

-Pero él también viene saliendo de la cárcel y toda su vida está destruida.

-¡Tonterías, todo eso! Es un típico truhán, un "proletario". Zoe estiró el brazo para volver a tornar su blusón. Oleg se levantó y le pasó la prenda para que se la pusiera.

-Entonces ¿a usted no le gustan? -Le dio las gracias con una inclinación de cabeza; ya estaba abrochándose otra vez.

-Los detesto. -Su mirada, cruel, estaba perdida en la lejanía y su mandíbula hizo un pequeño movimiento lateral, especialmente desagradable-. Son criaturas rapaces, son parásitos que viven siempre a expensas de los demás.



Hace treinta años que nos machacan los oídos con ellos, diciendo que están reeducándose, que son "prójimos sociales"; pero ellos no tienen más que un principio, el de Hitler: mientras no te ... [recurren aquí a palabrotas muy expresivas, pero que en nada varían el principio) ... , mientras no te maten, quédate tranquilo y espera que te toque; es a tu vecino a quien están despojando, y no a ti; quédate tranquilo, pues, espera el turno. Jamás rehúyen pisotear al caído; y nosotros, nosotros les ayudamos a forjar sus leyendas; ¡Y hasta sus canciones, que llegan al cine!

-¿A qué leyendas se refiere? -dijo ella, mirando al vacío con expresión culpable.

-¡Haría falta un siglo para contárselo todo! Mire, aquí tiene una, si quiere. -Ahora estaban ambos de pie junto a la ventana. Oleg, sin relación alguna con sus palabras, la cogió impetuosamente de los brazos y le habló como a una menor: A fin de pasar por salteadores generosos, los truhanes alardean siempre de no asaltar a los pobres y de no quitarles a los detenidos "la muleta sagrada", es decir, la ración mínima del prisionero, y pretenden no robar más que los excedentes. Pero en 1947, en el centro de tránsito de Krasnoiarsk, en nuestra prisión, no había ni un solo "castor" ... , es decir, no había nadie a quien poder quitarle nada. Los truhanes eran casi la mitad. Tenían hambre ... y empezaron a confiscar en beneficio propio la totalidad del azúcar y del pan. La población carcelaria era bastante original: una mitad "proletarios", una mitad japoneses y solamente dos rusos, dos políticos: yo y un aviador conocido por sus exploraciones árticas; por lo demás, una isla del Océano glacial seguía llevando su nombre, mientras él estaba en chirona. Pues bien, los truhanes nos despojaron de todo descaradamente, a los japoneses y a nosotros dos, durante tres o cuatro días y entonces los japoneses se pasaron la consigna (no entendíamos nada de lo que decían) y en plena noche se levantaron en silencio, arrancaron las tablas de su tabique y, al grito de banzai, se arrojaron toaos sobre los truhanes, con todas sus fuerzas. ¡Fue una paliza magnífica! ¡Había que ver!

-¿También sobre ustedes?

-¿Sobre nosotros? ¿Y por qué, pues? Nosotros no les habíamos tomado su pan. Aquella noche permanecemos neutrales, pero nuestros corazones estaban de parte de los japoneses. Al otro día se restableció el orden, recibimos nuestras raciones de pan y azúcar. Mas he ahí lo que hizo la administración de la cárcel: retiró de nuestro calabozo a la mitad de los japoneses y nos agregó un lote de truhanes frescos y dispuestos a reforzar a los que se habían hecho apalear. Entonces los truhanes se precipitaron sobre los japoneses; tenían la ventaja del número y tenían también cuchillos; por lo demás, siempre tienen todo lo necesario. Los golpearon a matar, salvajemente ... Entonces el aviador y yo no pudimos más, nos unimos a los japoneses.

-¿Contra los rusos?

Oleg le soltó el brazo a Zoe y se enderezó. Sus mandíbulas se movieron levemente:

-¡Para mí, los truhanes no son rusos! -Alzó la mano; se pasó los dedos por la cicatriz, como para frotarla: desde el mentón. a través de la parte inferior de la mejilla, hasta el cuello-. Fue así como atrapé una cuchillada.

## CAPITULO XIII

### Y LAS SOMBRAS TAMBIEN ...

Durante la noche del sábado al domingo, el tumor de Pablo Nicolaievich no disminuyó en absoluto, ni siquiera se ablandó. Pablo Nicolaievich lo sabía ya antes de levantarse. Lo despertó muy temprano el viejo uzbeko, cuya tos repugnante lo ensordeció desde el alba y toda la mañana.

Por la ventana vio blanquear la misma luz melancólica y densa de los días precedentes, pero todavía más deprimente. El pastor kasajo estaba, desde la mañana y aun mucho antes, sentado en bata sobre su cama, y se mantenía inmóvil como un tronco. Hoy no había médicos que esperar, no llamarían a nadie para aplicarle rayos o hacerle un vendaje y el pastor kasajo podría, si le parecía bien, quedarse sentado ahí hasta el anochecer. El siniestro Efrem se había zambullido de nuevo en su lúgubre Tolstoi; se levantaba, a veces, para recorrer el pasillo haciendo temblar los catres, pero al menos ya no le buscaba pelea a Pablo Nicolaievich ni a ningún otro, por lo demás.

En cuanto a "Hocicón", se había mandado cambiar y no se lo vio por la sala en todo el día. El geólogo, que era un joven agradable y bien educado, leía su geología sin molestar a nadie. Los demás ocupantes de la sala se comportaban discretamente.

Pablo Nicolaievich se sentía reconfortado con la idea de que iba a venir su mujer. Claro que no podía traer ninguna ayuda real, mas ¡qué alivio poder confiarse a ella! ¡Decirle lo mal que iba, que las inyecciones en realidad no influían en nada y que había en su sala individuos tan antipáticos! Ella se compadecería y ya eso sería un alivio. También tendría que pedirle que le trajera un libro, así podría leer; por ejemplo, una obrita contemporánea bien concebida. y además, su estilográfica ... Era demasiado ridículo pedirle lápiz a un mocoso, como ayer, para poder anotar un nuevo remedio. ¡Ah, sí!, eso era lo esencial: encargar aquel hongo, el hongo de los abedules.

Al fin de cuentas, nada era perdido ... Si el remedio no surtía efecto, por cierto que habría otros recursos. Lo esencial era sentirse un verdadero hombre, Hombre, con mayúscula. y ser optimista.

Lenta, muy lentamente, Pablo Nicolaievich iba acostumbrándose, a pesar de todo, a su vida de aquí. Después del desayuno terminó de leer el informe sobre el presupuesto, en el periódico de la víspera. Llegó entretanto el diario de hoy, distribuido con prontitud. Fue Diomka quien lo recibió, pero Pablo Nicolaievich exigió que se lo entregaran; de inmediato reparó en un artículo, que leyó con satisfacción, sobre la caída del gabinete de Mendes-France (iéste no tenía más que no hacer el vivo, no tratar de hacer aprobar esos

"acuerdos de París!"); se reservó para más tarde un artículo largo de I:hrenburg desde los años de la guerra, apreciaba la actuación pública de este escritor, a despecho de algunos "errores de interpretación" cometidos por él, pero corregidos en su oportunidad por la prensa central); por último, se enfrascó en la lectura de un artículo acerca de la implantación de las resoluciones del Plenario de enero con miras a un acrecentamiento considerable de los productos pecuarios.

Así transcurrió la jornada de Pablo Nicolaievich, hasta que una de las auxiliares vino a anunciar la presencia de la señora de Rusanov. Por regla general, los pacientes que guardaban cama tenían derecho a recibir visitas de su familia en las salas, mas Pablo Nicolaievich no se sentía en ese instante con fuerza para ir a hacer valer que él era un enfermo que guardaba cama; por lo demás, le sería más agradable dejar ahí a todos esos individuos téticos y desalentados y trasladarse al vestíbulo. De modo que Rusanov se enrolló en el cuello un chal bien abrigador y bajó.

No les es dado a todos los maridos, a un año de sus bodas de plata, tener una esposa tan encantadora como lo era Capitalina Rusanov. En toda su vida, no había tenido Pablo Rusanov un ser más próximo; con ninguna otra persona había podido compartir tan bien alegrías y éxitos, ni meditar sobre los fracasos. Capitolina era un amigo fiel, una mujer muy enérgica e inteligente ("Ella sola vale por todo un soviét rural", solía decir Pablo Nicolaievich, con orgullo, a sus amigos). Jamás había sentido Pablo Nicolaievich la necesidad de serie infiel y tampoco ella había incurrido nunca en infidelidad. Es falso sostener que al subir de nivel social empieza una persona a avergonzarse de su juventud. Cómo habían ascendido ellos, desde su casamiento! (Ella era obrera en la misma fábrica de macarrones que él, en el taller de amasijo donde se iniciaran ambos; pero ya antes de casarse él se había izado hasta el comité de la fábrica; después se había especializado en las cuestiones de seguros; luego, por conducto de la Komsomol, lo habían mandado de refuerzo a la organización sindical del comercio soviético; en seguida, por un año, había sido director de la escuela secundaria de una fábrica.) y a pesar de todo, durante esta ascensión, no se habían diluido sus convicciones, sus simpatías proletarias no se habían debilitado. En los días de fiesta, cuando habían bebido un poco y cuando los comensales eran un público sencillo, a los Husanov les gustaba recordar su pasado de obreros y cantar en coro la antigua canción obrera **Los ladrilleros**.

En el vestíbulo, Capitolina, con su corpulencia imponente, sus dobles zorros plateados, su cartera grande como un portafolio y su bolsa casera llena de provisiones, ocupaba ella sola sus tres buenos puestos en el banco que había en el rincón más calefaccionado.

Se levantó para besar a su marido con sus labios cálidos y blandos; luego lo hizo sentarse a su lado, instalándolo sobre un faldón de su propia pelliza para que estuviera más abrigado.

-He traído una carta -dijo, con una mueca del labio inferior; y de este rictus familiar dedujo Pablo Nicolaievich inmediatamente que era una carta desagradable. Siendo que en todo daba prueba de sangre fría y ponderación, nunca había podido Capitolina deshacerse de esta única debilidad de mujer que

consistía en soltar siempre la noticia antes de tiempo, cuando había alguna novedad, buena o mala.

-¡Bueno, conforme -dijo Pablo Nicolaievich, en tono disgustado-, dilo todo, acaba conmigo! Si es importante, igual da rematarme en seguida.

Empero, después de su traspie, Capitolina se sentía liberada y había recuperado su facultad de hablar como un hombre.

-¡Pero si no, si no, son tonterías! -le calmó, arrepintiéndose de sus palabras precipitadas-. Y bien, ¿cómo te va? ¿Cómo va eso, querido? En cuanto a la inyección, lo sé todo: llamé por teléfono a la enfermera jefa el viernes, y de nuevo ayer en la mañana. Si hubiera pasado cualquier cosa, yo habría acudido de inmediato. Pero me dijeron que todo había ido bien, ¿no es así?

-La inyección anduvo muy bien -confirmó Pablo Nicolaievich, que estaba satisfecho de su propio aguante-. Pero, qué ambiente, querida mía, qué ambiente! -(y de inmediato le acudieron de golpe a la mente todo el ambiente del lugar, las vejaciones y los antagonismos, empezando por Efrem y "Hocicón".) Incapaz de decidir por dónde comenzar sus quejas, prosiguió con amargura -: ¡Si sólo pudiera uno tener retrete separado! Me enferma. Hay que ver los excusados que hay aquí! ¡Sin la más mínima separación! Todos se ven unos a otros.

(El uso de baños públicos y letrinas comunes mina inevitablemente la autoridad del empleado. En su sitio de trabajo, Rusanov iba siempre a otro piso y nunca a los retretes accesibles a todos.)

Capitolina comprendió hasta qué punto le molestaba todo eso y su necesidad de desahogarse, de modo que no interrumpió el relato de sus quejas; por el contrario, lo orientó hacia otras nuevas, y así, poco a poco, pudo él enumerar todos sus agravios, hasta el más primordial y desesperado de todos, el concerniente a los médicos. "¿Para qué le pagan a esa gente, pues?" Lo interrogó abundantemente acerca de lo que había experimentado durante la inyección y después de ella; le preguntó si sentía su tumor y, sacándole el chal, lo examinó y hasta dijo que, a su parecer, había una leve, levisima disminución.

No, no había disminución, bien lo sabía Pablo Nicolaievich; no obstante, le fue grato oír decir que empero su tumor quizás había disminuido.

-En todo caso, no ha crecido, ¿verdad?

-¡Claro que no, todo menos eso! ¡Por supuesto que no ha crecido! -afirmó Capitolina con convicción.

-¡Si sólo dejara de punzar! -dijo, o más bien suplicó, Pablo Nicolaievich; y había llanto en su voz-. Sí sólo dejara de punzar. Si no, va a crecer así en una semana más ... y si realmente fuera ...

¡No! ¡Decir la palabra fatídica, echar una mirada hacia ese lado, hacia el negro precipicio, él no podía! Pero, cuán desdichado se sentía ... y qué henchido estaba eso de peligros!

-Ahora, la próxima inyección es para mañana; la siguiente, para el miércoles. Pero ¿y si eso no produce nada? ¿Qué hacer, entonces?

-Pues bien, ¡vamos a Moscú! -determinó Capitolina, en tono resuelto-. Decidámoslo así: en caso de que las dos inyecciones siguientes note

hagan nada, entonces será el avión y Moscú. Acuérdate, tú llamaste el viernes y en seguida fuiste tú mismo el que anuló el llamado; pero yo ya había telefonado a los Shandiapin e ido a donde Alymov, quien llamó personalmente a Moscú; y resultó que. hasta una fecha reciente, tu enfermedad no se atendía sino en Moscú y allá los mandaban a todos. Pero, tú ves, tenían que empezar a atender eso acá, cosa de poner en su sitio a los cuadros autóctonos. - ¿Qué derecho tienen a hablar de producción y de porcentaje, cuando el material que tienen es la persona viviente? ¡Yo odio a los médicos, quiéranlo o no!

-¡Claro, claro! -asintió Pablo Nicolaievich con amargura-. Claro., .. Yo ya se lo dije a los de aquí.

-A los profesores también ¡los detesto! Cuanta mala sangre me he hecho a causa de nuestra Maika! ¡Y por Laurik, pues!

Pablo Nicolaievich frotó los vidrios de sus anteojos.

-En rigor, eso era comprensible en mis tiempos, cuando yo era director. En aquella época los docentes eran todos hostiles, no había uno solo que fuese de los nuestros, y nuestra primera misión era hacerlos andar derecho. Pero ahora... ahora debería ser posible pedirles algo distinto.

-¡Bueno, escúchame, pues! Por todas esas razones, no habrá ninguna dificultad en hacer que te manden a Moscú: la huella no se ha perdido, siempre se encontrarán justificaciones. Desde luego, Alymov ya se las compuso para que allá arreglen lo tuyo y te envíen a un lugar nada malo. ¿ Y? .. ¿Esperamos la tercera inyección?

Una vez bien definido su plan, Pablo Nicolaievich se sintió muy tranquilizado. ¡Cualquier cosa, antes que la espera sumisa en este agujero encerrado! Toda su vida habían sido los Rusanov gente de acción, gente con iniciativa, y la sola iniciativa afianzaba su equilibrio moral.

Hoy no tenían que apurarse y toda la felicidad de Pablo Nicolaievich consistía en permanecer el mayor tiempo posible sentado junto a su mujer y en no regresar a su sala. Tenía un poco de frío, porque abrían sin cesar la puerta exterior; por eso, Capitolina Matveiev se sacó el chal que llevaba sobre los hombros, encima del abrigo, y lo arrojó con él. Quiso la casualidad que sus vecinos de banco fueran también personas decentes, correctas; así, pudieron quedarse más largo rato.

Sin prisa, pasaron revista a los diferentes problemas de la vida diaria que dejara pendientes la enfermedad de Pablo Nicolaievich. No evitaron sino un tema, que sin embargo era el esencial: la amenaza, suspendida sobre ellos, de un desenlace fatal de esa enfermedad. A tal desenlace no podían ellos contraponerle ningún plan, ninguna iniciativa, ningún esclarecimiento. Para ese desenlace no estaban preparados de manera alguna ... y eso mismo lo hacía parecer imposible. (A decir verdad, a Capitolina Matveiev le venían de vez en cuando ciertas ideas, ciertas inquietudes materiales o preocupaciones por la vivienda, en caso de fallecimiento de su marido; pero ambos estaban a tal punto impregnados de optimismo, que más valía dejar aquellas cosas en su actual estado de embrollo que torturarse por anticipado con esas cuestiones o desmoralizarse con historias

de testamento.)

Hablaron de los llamados telefónicos que le habían hecho a Capitolina Matveiev todos los colaboradores de Pablo Nicolaievich en la Dirección de Industrias, de las preguntas que habían hecho, de los deseos que habían formulado. (A Pablo Nicolaievich lo habían cambiado dos años antes del "control especial" de las fábricas a dicha Dirección. Por supuesto, él no se encargaba personalmente de las cuestiones de dirección técnica, porque no poseía una preparación personal tan estricta; eran los ingenieros y los economistas quienes coordinaban todo eso; mas esos ingenieros y economistas estaban, a su vez, sujetos al "control especial", y ésta era la parte de Rusanov.) Todos sus colaboradores lo querían y era grato saber hoy hasta qué punto los inquietaba su salud.

Hablaron también de sus esperanzas de una pensión. Por muchos motivos, se había evidenciado que, a despecho de una larga e irreprochable hoja de servicio en puestos destacados, en cuanto cuadro y en el "control especial", seguramente no podría realizar el sueño de su vida: obtener una pensión "extraordinaria". Y hasta la ventajosa pensión que otorgaba el organismo del cual dependía él -ventajosa tanto por su monto cuanto por los plazos excepcionalmente cortos-, hasta eso le rehusarían, quizás, por la sola razón de no haberse decidido en 1939, cuando lo llamaron con tal fin, a endosarse el uniforme militar. Era una lástima; pero, dada la situación inestable de los dos últimos años, era posible que no hubiese nada que lamentar. Puede que valiera más la tranquilidad ...

También abordaron otro tema: el deseo generalizado entre la gente de vivir mejor, deseo que se manifestara cada vez con más claridad, estos últimos años, en la vestimenta, el amoblado y el arreglo de los departamentos; lo cual llevó a Capitolina Matveiev a sugerir que, si el tratamiento tenía éxito, aunque prolongándose -como les previnieran-, sería conveniente aprovechar este período para hacer refaccionar su departamento. Había en la sala de baño una cañería que hacía tiempo debieron hacer trasladar; el vertedero que cambiar de sitio, en la cocina; las paredes de los retretes, por embaldosar; y además, en el comedor y en las piezas reservadas a Pablo Nicolaievich, había que remozar la pintura: las cambiarían de color (ella ya había estudiado el asunto) y seguramente tendrían que hacer un plafonnier dorado, estaba muy de moda. Pablo Nicolaievich no se oponía a nada de eso, mas de inmediato se suscitó en su mente una cuestión irritante: aunque los obreros fuesen transferidos y pagados por una empresa estatal, era seguro que iban a sacar por la fuerza -no a pedir, sino lisa y llanamente a sacar por la fuerza- una propina adicional a los "patrones", como ellos decían. No se trataba del dinero (aun cuando de todos modos fuera un perjuicio!), sino de algo más grave y más irritante, a los ojos de Pablo Nicolaievich; era una verdadera cuestión de principio: ¿por qué estas propinas? ¿Por qué recibía él un salario y sus primas, sin pedir propina ni suplemento, cuando esos pseudoobreros sin conciencia querían embolsarse dinero adicional a su dinero? Era un atropello a los principios, una concesión inaceptable al mundo pequeño burgués y a su natural rapacidad. Pablo Nicolaievich se alarmaba cada vez que volvía a presentarse la cuestión.

-Dime, Capitolina, ¿por qué son ellos tan indiferentes al prestigio obrero? ¿Por qué nosotros, cuando estábamos en la fábrica de macarrones, no poníamos condiciones ni estirábamos la mano? Por lo demás, ¿se nos habría ocurrido siquiera? .. ¡Debemos negarnos a toda costa a corromperlos! ¿Qué diferencia hay entre eso y la coima?

Capitolina estaba de acuerdo, pero expresó el temor de que, si no se les pagaba, si no se les "deslizaba" nada al comienzo y en mitad del trabajo, seguramente se vengarían, seguramente dejarían algo mal hecho; y después ¿quién tendría que lamentarlo?

-Me contaron que un coronel en retiro no quiso soltar plata; les dijo: "¡No les daré. ni una copeca adicional!" Pues bien, los obreros le metieron un ratón reventado en el desagüe de la tina ... lo cual hacía que el desagüe funcionara mal y que la tina apestara.

Para terminar, no decidieron nada con respecto a los trabajos por hacer. La vida es cosa complicada, muy complicada, en cualquier aspecto que se la tome.

Hablaron de Yura. Era su hijo mayor, pero, al crecer, se había puesto tímido y como indefenso; le faltaba la energía de Rusanov. Se le había proporcionado una especialización en Derecho y, al término de sus estudios, se le había buscado un buen puesto; preciso era reconocer, empero, que él no estaba hecho para ese trabajo. No sabía ni ser enérgico ni hacerse de conocidos útiles. Durante su primera misión seguramente iba a hacer una tontería tras otra. Pablo Nicolaievich se impacientaba mucho. En cuanto a Capitolina, ella se impacientaba por casarlo. ¿Quién lo obligó a aprender a manejar? ¡Papá! ¿Quién le procuraría un departamento separado? ¡Papá! ¿Pero quién no le despegababa la vista y lo enrielaría para que no se casara a tontas y a locas? A un muchacho ingenuo como él, estaba claro que le echaría el anzuelo cualquiera obrera del complejo textil. Bueno, admitiendo que él no tuviese dónde encontrarse con tal obrera, que no frecuentara sitios malos, pero ¿y ahora, durante esta misión? ¡Y decir que bastaba tan poco, una simple formalidad irreflexiva en el registro civil, para estropear no sólo la vida de un joven, sino todos los esfuerzos de una familia, decenas de años de esfuerzos! Tal era el caso de los Shandiapin: ¡Su hijita había estado a punto de casarse con un compañero de curso oriundo del campo, cuya madre era una sencilla koljosiana! ... ¡Como para figurárselo!: el departamento de los Shandiapin, su instalación y todos los altos funcionarios a quienes recibían en su casa; y luego habrían tenido que admitir también en su mesa a aquella vieja de pañolón blanco, que nunca tuviera pasaporte para ir a las ciudades, ¡Y ella habría sido la suegra!. .. Realmente, era el acabóse ... Por fortuna, consiguieron hacer amonestar al novio ante la Komsomol, eso salvó a la niña.

Con su hija Avieta era totalmente distinto. Avieta era la perla de la familia Rusanov. Su padre y su madre no habrían podido recordar la menor ocasión en que ella les hubiese causado preocupación o pena - salvo, por supuesto, travesuras de colegiala. Avieta era una muchacha bonita, pero también sensata y enérgica, que comprendía muy bien la vida y sabía cómo tomarla. ¡Con ella no había necesidad de comprobar nada ni de inquietarse por nada!; era

incapaz de dar un paso en falso, así en asuntos de poca monta como en los importantes. No había sino una cosa: les guardaba rencor a sus padres por su nombre de pila. Es decir, no quería tener más que ver con ese nombre estrafalario, quería que ahora le dijeran Ala. Mas el nombre registrado en su cédula de identidad era Avieta Rusanov. ¿Por qué enfadarse? ¡Era un bonito nombre! Para Avieta estaban terminando las vacaciones; el miércoles regresaría de Moscú en avión y vendría inmediatamente a ver a su padre enfermo.

Con los nombres de pila siempre había riesgos: las exigencias de la vida cambian, pero los nombres de pila subsisten para siempre. He ahí que Laurik, a su vez, se ofuscaba por su nombre ... Por el momento, en la escuela, era Laurik,. Laurik a secas, y nadie se burlaba de él. Pero este año tendría que sacar su cédula de identidad; ahora bien, ¿qué nombre de pila se registraría en ella? ¡Lorenzo Pablovich! Hubo un tiempo en que, lo más intencionadamente del mundo, los padres de Rusanov se dijeron: Vamos a ponerle el nombre de Seria, el inflexible compañero de Stalin, y eso le servirá de modelo en la vida. Sólo que ahora, desde hacía casi dos años, si se pronunciaba en voz alta "Lorenzo Pablovich", la gente se ponía de inmediato sospechosa. La única manera de salir del paso era, como deseaba Laurik a todo trance, que ingresara a una escuela militar, porque en el ejército llamaban a los soldados por su apellido ...

En el fondo, si era dable murmurar, he aquí la verdadera cuestión: ¿para qué habían hecho todo eso? En el círculo de los Shandiapin no pensaban de otro modo, aun cuando se reservaran sus reflexiones. Porque aun admitiendo que Beria había sido un hombre de dos caras, un nacionalista burgués, y que había intentado adueñarse del poder, pues bien, conforme: júzguenlo, fusílenlo en secreto; pero ¿para qué declarárselo todo al bajo pueblo? ¿Para qué hacer vacilar su fe? ¿Para qué suscitar dudas? Al fin de cuentas, podían haber divulgado la cosa hasta cierto nivel, mediante carta confidencial enviada a los órganos del Partido; carta en la cual se hubiera explicado todo, haciéndoles creer por los diarios que había muerto de un infarto. Y enterrándolo con los honores correspondientes.

Hablaron también de Maika, la menor. Este año las buenas notas de Maika habían perdido brillo. No sólo no la felicitaban ya y la habían sacado del Cuadro de Honor, sino que ya casi no tenía notas decentes. Todo eso provenía de su paso al primer año. En preparatorias, Maika había tenido siempre la misma maestra, que la conocía bien, que conocía a sus padres ... , y Maika obtenía resultados notables. Pero este año tenía una veintena de profesores especialistas en cada materia; el profesor no estaba con ellos más que una hora a la semana; no se preocupaba sino de su programa y en todo lo demás -traumatismos sufridos por los niños, alteraciones de su carácter- ¿pensaba siquiera? Afortunadamente, Capitolina Matveiev sabía no escatimar sus fuerzas y restablecía el orden en esa escuela, gracias al Consejo de Padres. Aunque, por supuesto, de todos modos la nueva reforma ponía en peligro el orden ... ¿De qué servía una enseñanza mixta?

¿Para qué renunciar a una separación estricta, que era uno de los mejores logros de la pedagogía soviética en su madurez?

Abordaron así todos los temas, hablaron así por largas horas; mas



sus lenguas se atareaban con desgano, pues cada uno de ellos sentía, aunque ocultándose al otro, que estas conversaciones no tenían nada que ver con lo esencial.

En su interior, Pablo Nicolaievich sentía que todo se había venido abajo: imposible creer reales a la gente y las cosas de que discutieran; no tenía deseos de hacer nada e incluso ahora lo mejor de todo sería acostarse, acurrucar el tumor contra la almohada y esconderse debajo de la sábana.

En cuanto a Capitolina Matveiev, ella había tenido que dominarse durante toda la conversación, porque en su cartera estaba esa carta quemante recibida hoy mismo de su hermano Minal, quien vivía en K., la ciudad en que residieran los Rusanov hasta la guerra; era allá donde habían pasado su juventud, allá donde se habían casado y allá donde habían nacido todos sus hijos. Pero durante la guerra los evacuaron acá, y nunca habían vuelto a aquella ciudad. Sin embargo, habían conseguido traspasarle el departamento al hermano de Capitolina Matveiev.

Comprendía que su marido no estaba en este momento con fuerzas para semejantes noticias; mas, por otra parte, no era verdaderamente la clase de noticia que pudiera confiársele a un simple conocido, ni siquiera a un buen amigo. No había, en la ciudad entera, un solo ser humano a quien contarle eso, explicando todo el fondo del asunto. En realidad, mientras consolaba a su marido lo mejor que podía, necesitaba ella, por su parte, que la apoyaran. No podía vivir sola en la casa callándose aquella noticia. Entre sus hijos, no había más que Avieta a quien poder, quizás, contarle y explicarle todo. A Yura... imposible. Y de todas maneras, para hacerlo, tenía que consultar a su marido.

Pero mientras más tardaba en separarse de ella, más se debilitaba él y más imposible parecía hablarle de lo esencial.

Por otra parte, de todas maneras, tendría que irse; cogiendo su gran bolsa de provisiones, empezó a sacar y mostrarle a su marido todo cuanto le había traído para comer. Las mangas de su pelliza estaban tan generosamente guarnecidas de zorro plateado, que apenas entraban por la boca abierta de la bolsa.

Fue entonces, al ver las provisiones (le quedaban bastantes en su mesa de noche), cuando se acordó Pablo Nicolaievich de otra cosa, de algo más importante que la comida y la bebida, algo de lo cual debió haber hablado en primer lugar: ¡se acordó del "chaga", del hongo del abedul! Y, como revigorizado, se puso a hablarle a su mujer de aquel remedio-milagro, de aquella carta y de aquel doctor (puede que fuera un charlatán), y dijo que debían buscar inmediatamente a alguien a quien escribirle, pidiéndole coger para ellos una provisión de aquellos hongos.

-Tú te acordarás, en casa, en los alrededores de K., hay todos los hongos que uno quiera. ¿Qué le costaría a Minai dlsponerme eso? ¡Escríbele en seguida a Minai! ¡Y después a otros más! De todos modos, tenemos viejos amigos, ¡bien pueden molestarse un poco! ¡Que todos sepan en qué situación estoy!

¡Ya estaba!, ¡era él mismo quien había llevado la conversación a Minai y a K.! Capitolina Matveiev esbozó el gesto de tomar la carta de su

maletín; no la cogió, pues la carta escrita por su hermano contenía demasiadas expresiones terribles, sino que empujó con el dedo el cierre de la cartera, luego lo dejó volver a su sitio con un chasquido metálico, y dijo:

- ¿Sabes, querido?, en lo que se refiere a dar la alarma con respecto a nosotros en K., creo que hay que pensarlo ... Minai me escribió ... Puede que eso no sea seguro todavía..., pero él dice que han vuelto a ver a Rodichev en la ciudad... y que incluso lo habrían re-ha-bi-li-ta-do... ¿Crees tú eso? - Mientras pronunciaba esa palabra larga y tan repulsiva "re-ha-bi-li-ta-do"; mientras se inclinaba hacia adelante para echarle una ojeada a su cartera y, esta vez, coger la carta, Pablo Nicolaievich, sin que Capitolina lo advirtiera, se había puesto más blanco que un lienzo.

- ¿Qué tienes, pues? - exclamó ella, más espantada aún de lo que la espantara la carta misma - ¿Qué es lo que tienes?

El se había echado para atrás, contra el respaldo del banco, y se subía el chal con un gesto de mujer.

- ¡Puede que eso no sea cierto! - Recobrando el ánimo, lo asió de los hombros con sus dos manos vigorosas; una de sus manos seguía sosteniendo la cartera y daba la impresión de estar tratando de colgársela del hombro - ¡Puede que todavía no haya nada! Minai no lo ha visto personalmente. Pero es lo que cuentan ...

La palidez de Pablo Nicolaievich se esfumaba poco a poco, mas él se sentía muy débil... de los riñones, de los hombros; también las manos le flaqueaban; en cuanto a su cabeza, estaba por completo ladeada por el tumor.

- ¿Para qué me lo dijiste? - resolló él, con voz moribunda - ¿No soy bastante desdichado así?...¿No soy bastante desdichado?... - Y por dos veces, igual sollozo sin lágrimas le sacudió el pecho y la cabeza.

- ¡Perdóname, querido! ¡Perdóname, queridito! - Lo sujetaba por los hombros, mientras por su parte agitaba sin cesar su peinado rizado, que le formaba una melena cobriza - Es que a mí también me hace perder la cabeza, ¿comprendes? ¿Puede ahora realmente volver a quitarle la pieza a Minai? No, eso no es posible. ¿Adónde iríamos a parar? Tú te acuerdas, ya oímos hablar de dos casos por el estilo.

- ¿Para qué me sales con esa pieza? ¡Que la recupere, esa maldita pieza! - respondió Pablo Nicolaievich, con voz llorosa y ahogada.

## CAPITULO XIV

### LA JUSTICIA

¡Rusanov había esperado tanto de esta visita, que le devolviera por fin un poco de ánimo! Ahora bien, él estaba mucho más desalentado que antes: mejor hubiera hecho Capitolina en no venir. Subió la escalera vacilando, aferrándose de la barandilla y sintiendo recorrerlo cada vez más escalofríos. Capitolina no pudo acompañarlo arriba, vestida de calle como estaba: había una auxiliar ociosa a quien pusieran ahí especialmente y que se lo impidió; de modo que Capitolina le encomendó a la muchacha acompañar a Pablo Nicolaievich hasta su lecho y llevarle la bolsa de provisiones. Sentada a la mesa de la enfermera de servicio, estaba esa Zoe de ojos grandes que sabe Dios por qué le había gustado a Rusanov, la primera noche, y que ahora, atrincherada detrás de una pila de periódicos, coqueteaba con ese malvado de Kostoglotov, haciendo poco caso de sus enfermos. Rusanov le pidió aspirina; en tono alegre, ella le contestó, como de costumbre, que no se daba aspirina sino al anochecer. Pero de todas maneras lo hizo tomarse la temperatura. Un poco más tarde le trajo algo. ¡Lo mismo daba un producto que otro! Rusanov se acostó como soñara hacerlo: con su tumor en la almohada (cosa sorprendente, las almohadas no eran duras, no se había visto obligado a hacerse traer una de su casa) y se escondió completamente bajo la sábana.

Tanto empezaron sus pensamientos a agitarse, a debatirse, a llenarse de ardor, que todo el resto de su cuerpo se puso insensible, como anestesiado, y dejó de oír las necias conversaciones de los ocupantes de la sala; el piso temblaba bajo los pasos de Efrem, pero él ya no estaba consciente de ello. No vio que se había despejado y el sol se había dejado ver antes de su ocaso (sólo que al otro lado del edificio). No notó el vuelo de las horas. Se dormía, tal vez bajo el efecto del medicamento, luego volvía a despertarse. En un momento dado se despertó cuando la luz ya estaba encendida, pero de nuevo se quedó dormido. Luego volvió a despertar en mitad de la noche, en medio de la calma y la obscuridad.

Sintió que el sueño se había disipado, cayendo su envoltura bienhechora. Y entonces se le incrustó el terror en la parte inferior del pecho y se lo oprimió, justo en el medio.

Y otros... y otros... y otros pensamientos se precipitaron en tropel y empezaron a arremolinarse dentro de la cabeza de Rusanov, en la sala y más allá, por toda la inmensa obscuridad.

¿Pensamientos? No, simplemente tenía miedo. Tenía miedo, simplemente. Miedo de que a la mañana siguiente Rodichev franquease la barrera de enfermeras y auxiliares y se precipitara hasta él y comenzara a golpearlo. Lo que temía Rusanov no era la justicia, no era el juicio de la opinión

pública ni la vergüenza: era, simplemente, que lo golpearan. No lo habían golpeado sino una vez en su vida, en la escuela, en tercero, su último año; lo habían esperado a la salida, al atardecer, para ir a "pescarlo"; nadie tenía cuchillo, pero él había conservado toda la vida aquella impresión terrible: unos puños huesudos, crueles, que le caen encima de todos lados.

Así como a un muerto joven seguimos evocándolo por largos años tal como lo viéramos la última vez (en circunstancias que, de vivir, ya se habría convertido en un viejo), Rusanov se imaginaba a Rodichev - quien al cabo de dieciocho años debía de haberse quedado inválido, quizás sordo, quizás retorcido - con el aspecto del buen mozo bronceado que él viera con sus pesas y sus palanquetas, en el largo balcón común, el domingo anterior al arresto. Rusanov y Capitolina ya habían escrito su informe en contra suya; ya lo habían llevado y se lo habían remitido y Rodichev, con el torso desnudo, lo había llamado:

- ¡Pablo! ¡Ven acá! Toca un poco estos bíceps. ¡Pero no tengas miedo, aprieta! ¿Comprendes ahora lo que es un ingeniero de la nueva escuela? Nosotros no somos unos raquíticos, unos Eduardo Cristoforovich; somos hombres armónicos. Tú, por tu parte, languidesces, te desecas detrás de tu puerta acolchada. Ven con nosotros a la fábrica, te encontraré trabajo en el taller, ¿eh? ¿No quieres? ¡Ja, ja!

Se echó a reír y fue a lavarse, canturreando: "Nosotros somos los forjadores y nuestro corazón es joven"

Era a ese buen mozo a quien Rusanov se imaginaba ahora haciendo irrupción en la sala, con los puños en alto. Y no podía desprenderse de aquella imagen falaz.

Rodichev y él habían sido amigos, en otro tiempo, en la misma célula de la Komsomol; habían recibido ese departamento de su fábrica simultáneamente. Después, Rodichev se había orientado hacia la Universidad obrera y el Instituto, mientras Rusanov se orientaba hacia el sindicalismo y el "servicio de ficheros".

Fueron sus esposas las que empezaron a no entenderse ya; ellos las siguieron. Rodichev a menudo le hablaba a Rusanov en un tono ofensivo. Además, a los Rusanov había comenzado a faltarles espacio: dos hijos, una sola pieza. En suma, había habido una acumulación de circunstancias. Por supuesto, ellos se habían enfadado y Pablo Nicolaievich había suministrado en contra suya los siguientes informes: en una conversación privada con él, Rodichev había manifestado aprobar la actividad del Partido Industrial demolido y se proponía reunir en torno de él, en la fábrica, a un grupo de saboteadores.

Sólo que Rusanov había pedido encarecidamente que su nombre no figurase en parte alguna del expediente y que no hubiera careo: el miedo se apoderaba de él a la idea de semejante encuentro. Pero el juez sumariante le garantizó que la ley no exigía revelar su nombre y que no era necesaria una confrontación: se contentarían con las declaraciones del acusado. Inclusive, se podía no adjuntar al expediente la declaración de Rusanov que echara a andar el asunto, tanto que el acusado, al firmar el artículo 206, no hallaría en ninguna parte el nombre de su vecino de departamento.

De manera que todo podía haber ocurrido de lo mejor, de no ser por Guzun, secretario del Comité del Partido en su fábrica. Le avisaron de más arriba que Rodichev era un enemigo del pueblo y que su célula de base debía excluirlo del Partido. Mas Guzun rehusó y se puso a echar pestes, diciendo que Rodichev era un muchacho de confianza y que él exigía datos precisos. Había echado pestes para desgracia suya: dos días más tarde, durante la noche, lo arrestaron; y a la mañana siguiente Rodichev y Guzun fueron excluidos los dos, sin tropiezos, de su condición de miembros de la misma organización secreta contrarrevolucionaria.

Pero la idea que acababa de atravesar a Rusanov como un puñal era que, durante los dos días en que trataran de hacer ceder a Guzun por cierto que se habían visto obligados a decirle que los informes procedían de Rusanov. Por consiguiente, al encontrarse allá con Rodichev (y habiendo partido por el mismo asunto, posible era que se encontraran), había debido de decírsele todo; razón por la cual Rusanov temía tanto ese fatídico regreso, esa resurrección de los muertos que jamás hubiese imaginado.

A decir verdad, también la mujer de Rodichev podía haber adivinado; mas ¿estaba viva? Capitolina había previsto las cosas así: apenas arrestado Rodichev, echar inmediatamente afuera a Catalina y apoderarse de todo el departamento, también les pertenecería el balcón entero. (¡Que una pieza de dieciocho metros cuadrados y un departamento sin gas pudieran haber tenido tanta importancia, es cosa que hoy mueve a risa!). La operación ya estaba preparada en su totalidad, habían venido a echar a Catalina; pero ésta, que tenía más de un recurso de reserva, se había declarado encinta. Exigieron una verificación, ella presentó un certificado. Y claro, como ella lo previera, la ley prohíbe expulsar a una mujer encinta. Y no fue sino al invierno siguiente cuando lo lograron; tuvieron que soportarla y vivir lado a lado con ella largos meses: mientras engordaba, hasta su parto y aun hasta el fin de su período legal de reposo. A decir verdad, a esas alturas Capitolina ya no la dejaba abrir la boca en la cocina, y Avieta, que ya tenía más de cuatro años, se burlaba de ella en forma muy divertida y escupía en sus cacerolas.

¿Miedo? En este momento, acostado de espaldas en la obscuridad de la sala que reflúa y aflúa (a través del vidrio esmerilado de la puerta no pasaba sino un leve reflejo de la lámpara puesta sobre la mesa de la enfermera, en el vestíbulo), Rusanov estaba tratando, con su mente despejada e insomne, de desentrañar por qué lo habían trastornado a tal punto las sombras de Rodichev y Guzun, y si se habría asustado análogamente del regreso de las otras personas cuya culpabilidad contribuyera él igualmente a establecer: aquel Eduardo Cristóforovich mencionado de pasada por Rodichev, ingeniero de formación burguesa que en presencia de obreros había tratado a Pablo Nicolaievich de imbécil y arribista (confesando, a la larga, que soñaba con restaurar el capitalismo); aquella estenógrafa culpable de haber desfigurado el discurso de un jefe importante, protector de Pablo Nicolaievich (siendo que él no había en absoluto dicho las cosas de esa manera); aquel contador difícil de manejar (para más, hijo de cura ... , lo habían enredado en un minuto); los Elchanskí, marido y mujer. .. , ¡y tantos otros!

A ninguno de ellos le había tenido miedo Pablo Nicolaievich, ayudando cada vez más osada y abiertamente a sostener las acusaciones; hasta había ido dos veces a careos, a levantar la voz y desenmascararlos. Es que en aquella época no se consideraba ni remotamente que hubiese en ello nada de que avergonzarse. En esa hermosa y honesta época - 1937 a 1938 - se sentía purificarse la atmósfera pública, ¡se empezaba a respirar tan bien! Todos los mentirosos, todos los calumniadores, los aficionados demasiado audaces a la crítica, los intelectualuchos demasiado torcidos ... , habían desaparecido todos, escondidos, agazapados; mientras que la gente de principios, firme y abnegada, los amigos de Rusanov y el propio Rusanov, andaban con su frente en alto y digna.

¡Y he aquí que empezaba ahora una nueva época, turbia y malsana, en la que había que ruborizarse del recuerdo de sus más bellos actos de civismo! O hasta temer por sí mismo.

¿Temer? ¡Qué tontería! Rusanov revisó su vida toda, sin poder acusarse de cobardía. Nunca había tenido qué temer. Quizás no fuese especialmente valeroso, mas no pudo recordar ningún caso en que se hubiera portado como un cobarde. No había motivo para suponer que habría sentido miedo en el frente ... , adonde no lo mandaron a causa de su valiosa experiencia. No se podía afirmar que habría perdido la cabeza bajo un bombardeo o en un incendio ... , pero de K. se marcharon antes de los bombardeos, y jamás lo pilló un incendio. Tampoco les había temido nunca a la justicia ni a la ley, porque jamás violó la ley y la justicia siempre lo protegió y apoyó. No temía que la opinión pública lo hiciese objeto de acusación, porque la opinión siempre había estado de parte suya. En el diario de la provincia nunca habría podido aparecer ningún suelto infamante para Pablo Nicolaievich, porque Cosme Foteievich o Nil Prokofievich no lo habrían dejado pasar. En cuanto a los periódicos centrales, no se rebajarían hasta él. De modo que tampoco le había temido nunca a la prensa.

Surcando el Mar Negro en barco, no les tuvo miedo a las vorágines. Y si le temía al vértigo, nadie habría podido decirlo, dado que él no era suficientemente engreído para ir a trepar montañas o roqueríos y su tipo de trabajo nunca lo había llevado a construir puentes.

El tipo de trabajo de Rusanov era, desde hacía muchos años, casi veinte, la "encuesta". Su función llevaba nombres diferentes en los diversos establecimientos e instituciones, pero por cierto que era siempre la misma. Sólo los ignaros y los profanos no saben qué delicada labor de precisión es, cuánto talento exige. Es una poesía que aún no han descubierto los poetas. Cada persona llena, durante su vida, un número asaz grande de cuestionarios, y en cada cuestionario hay cierto número de preguntas. La respuesta de una persona a una de aquellas preguntas es ya un hilo tendido para siempre entre esa persona y el fichero local de cuestionarios. De cada persona parten, así, centenares de hilos, que allí donde se juntan son millones; y si todos aquellos hilos se volvieran visibles, veríamos el cielo cubierto por una tela de araña; y si se hicieran materialmente elásticos, los automóviles, los tranvías y la gente misma perderían la posibilidad de moverse y el viento ya no podría impeler a lo largo de las calles

los trozos de papel de diario ni las hojas de otoño. Pero ellos son invisibles e inmateriales, y sin embargo el individuo los siente en forma permanente. Es que el cuestionario puro como el cristal - como la verdad absoluta, como el ideal - es casi imposible. En la cuenta de toda persona viviente se puede siempre cargar algo negativo o sospechoso; todo individuo tiene algo que reprocharse o algo que ocultar si se mira un poco más de cerca.

La sensación permanente de esos hilos invisibles da origen de modo muy natural en los hombres al respeto por los que manejan el servicio tan complicado de encuestas. Y a la autoridad de estos personajes.

Para emplear una nueva comparación, esta vez musical, Rusanov, gracias a su posición especial, poseía algo así como un juego de teclas de xilófono y podía a su elección, a su capricho, por juzgarlo necesario, golpear tal o cual tecla. Aunque fuesen todas de madera, cada una daba un tono diferente.

Algunas de ellas (algunos de sus procedimientos) actuaban en forma delicada y sutil. Por ejemplo, si quería darle a entender a algún "camarada" que no estaba satisfecho de él, o simplemente ponerlo sobre aviso, volver a ponerlo en su lugar, Rusanov tenía varias maneras de saludarlo.

Al saludarlo ese individuo (primero, por supuesto), Pablo Nicolaievich podía contestarle prontamente, pero sin sonreír; también podía alzar una ceja (se había ejercitado ante el espejo, en su oficina) y demorar un poquito su respuesta - como preguntándose si realmente había que saludar a ese individuo, si era digno de ello - y, después de eso, saludarlo (de nuevo, o volviendo por completo la cabeza, o no volviéndola sino a medias, o no volviéndola en absoluto). No obstante, esta breve vacilación siempre surtía efecto. En la mente del trabajador saludado con tal vacilación o tal frialdad se iniciaba la búsqueda activa de los pecados de los cuales había podido hacerse culpable. Y, sembrada la duda, esta vacilación posiblemente lo reprimía de consumir alguna mala acción que estaba a punto de cometer y que Pablo Nicolaievich no habría sabido sino demasiado tarde.

Un procedimiento más enérgico consistía en decirle, cuando se encontraba con alguien (a menos que le telefonara o incluso lo convocara especialmente): "Sírvese pasar a verme mañana, a las diez de la mañana". "¿Y no es posible ahora?", preguntaba el otro, de seguro deseando aclarar cuanto antes las razones de tal convocación y agotar el tema. "No, de inmediato no es posible", replicaba Rusanov con voz suave pero terminante. No decía tener otra cosa que hacer, ni que iba a una reunión; no, por nada del mundo habría dado una razón clara y simple que tranquilizara al otro (en eso estribaba todo); pronunciaba su "de inmediato no es posible" de manera de implicar toda clase de razones serias ... , algunas de las cuales no presagiaban nada bueno. "¿Y es con respecto a qué?", puede que osara preguntar el trabajador, a menos que hiciese la pregunta buenamente por su extremada inexperiencia. "Lo sabrá mañana", contestaba Pablo Nicolaievich con voz aterciopelada, eludiendo así esa pregunta carente de tacto. Mas hasta el día siguiente a las diez, ¡qué largo tiempo! ¡Cuántos sucesos! Al trabajador le faltaba todavía terminar su jornada, regresar a casa, hablar con su familia, puede que hasta ir al cine o a una reunión de apoderados en la escuela. y dormir (algunos se dormían, otros no); y luego, a la

mañana siguiente, ahogarse tomando el desayuno ... , sin que por un instante dejara de atormentarlo y taladrarlo esta pregunta: "¿Pero para qué me llamará?" Durante aquellas largas horas, el trabajador tenía tiempo de arrepentirse de muchas cosas, de hallar muchos motivos de aprensión y de adoptar la resolución de no buscarles más camorra a sus jefes, en las reuniones. Llegaba y ... a veces no había sino una fecha de nacimiento o un número de diploma que verificar.

Así, los recursos utilizados se escalonaban como se ordenan por grado de sonoridad las teclas de madera de un xilófono, siendo el más seco y más rudo: "Sergio Sergueievich (el director de toda la empresa, el amo del lugar) le ruega llenar esta ficha para tal día". Y el trabajador veía que le pasaban un cuestionario - no un cuestionario cualquiera, sino el más exhaustivo y más desagradable de todos los cuestionarios y de todos los formularios guardados en el cofre de Rusanov -, por ejemplo, el que se les hace llenar a los que se quiere iniciar. Puede que no se tratara de iniciar a este trabajador; hasta puede que Sergio Sergueievich no hubiese oído hablar de esto; pero ¿quién iría a comprobarlo, cuando todo el mundo le temía a Sergio Sergueievich como al fuego? El trabajador tomaba el cuestionario poniendo buena cara; mas, de hecho, si alguna vez le había ocultado algo al centro de encuestas, ya estaba él completamente roído por la inquietud. Porque en este cuestionario era imposible ocultar nada. Era un cuestionario excelente. El mejor de los cuestionarios.

Fue por medio de este cuestionario que Rusanov consiguió obtener el divorcio de cierto número de mujeres cuyos maridos se hallaban "internados" en virtud del artículo 58. En vano aquellas mujeres enredaron las pistas, mandaron los paquetes bajo otro nombre, desde otra ciudad, o no mandaron ninguno; en este cuestionario, la malla de preguntas era tan tupida que resultó imposible mentir por más tiempo. Un solo medio de salir del paso: el divorcio definitivo ante la ley. Desde luego, facilitó el proceso el hecho de que el tribunal no pedía a los internados su consentimiento para el divorcio, ni les avisaba su promulgación. Para Rusanov, una sola cosa importaba: que se efectuara el divorcio: que a la mujer que no estaba perdida aún no la arrastrasen las **zarpas sucias** de un delincuente fuera del sendero de la virtud cívica. Los cuestionarios no iban a ninguna parte; y si a veces se los mostraban a Sergio Sergueievich, no era sino a modo de diversión.

La poesía de esta labor estribaba toda en la sensación de tener a un individuo a merced suya, sin haber realmente ejercido todavía presión sobre él.

Aislada, enigmática, semidiabólica, la posición de Rusanov en el organograma de la producción le daba un conocimiento profundo de los verdaderos procesos vitales, y estaba satisfecho de ella. La vida que todo el mundo veía (producción, reuniones, gaceta de la empresa, comunicados del comité sindical a la guardia "stajanovista", paga, pulpería, club), esa vida no era la verdadera, no les parecía tal sino a los no iniciados. La verdadera línea de vida la determinaban, sin gritos, calmadamente, en gabinetes silenciosos, dos o tres personas que se entendían o un llamado telefónico de campanilla acariciadora. La verdadera vida surgía, además, de los documentos secretos en el fondo de la carpeta de Rusanov y sus colaboradores. Podía seguir por mucho tiempo a su hombre, espiándolo en silencio, y de improviso revelársele, sólo por un instante,



asomando entonces sus fauces de dragón del imperio subterráneo y arrancándole la cabeza o escupiéndole su fuego, para en seguida desaparecer quizás dónde. En la superficie nada había cambiado: el club, la pulpería, la paga, la gaceta de la empresa, la producción; solamente faltaba, entre los "stajanovistas", alguno a quien se había licenciado, despedido, expulsado.

La instalación de los lugares donde trabajaba Rusanov se ajustaba a su tipo de labor poético-política. Siempre había estado en una pieza aislada cuya puerta, desde luego recubierta de cuero y con botones brillantes, habían provisto en seguida, a medida que se enriquecía la sociedad, de una especie de artesonado protector, de un cajón oscuro. Este cajón parece un invento muy sencillo, un truco sin malicia: no tiene más de un metro de profundidad; el visitante no vacila ante él sino uno o dos segundos, volviendo a cerrar tras sí la primera puerta, antes de abrir la segunda. Pero estos segundos que preceden a la conversación decisiva bastan para provocar en él algo así como un cortocircuito: le falta luz, le falta aire y siente toda su insignificancia ante aquel a quien va a ver. Y sí alguna vez ha tenido audacia, independencia ... , pues bien, aquí, en el cajón, se despiden de ellas.

Naturalmente, a donde Pablo Nicolaievich no entraban jamás varias personas de una vez; no podían introducirse sino de a una y con la condición de haberse las convocado o de haber recibido por teléfono autorización para venir.

Esta disposición de los lugares de trabajo y este rito de introducción de los visitantes ayudaban mucho a la sección de Rusanov a cumplir sus obligaciones en forma regular y razonable. Sin su artesonado protector, Pablo Nicolaievich habría padecido.

Por supuesto, dada la correlación dialéctica entre todos los elementos de la realidad, la manera de ser de Pablo Nicolaievich en su trabajo no podía quedar sin efecto sobre su manera de vivir en general. Progresivamente, en el transcurso de los años, se había desarrollado en él y en Capitolina Matveiev una hostilidad hacia el hormigueo, la promiscuidad, el gentío. Habían empezado a experimentar disgusto por los tranvías, los trolebuses, los autobuses, porque ahí siempre lo empujaban a uno, podían insultarlo, se encaramaban obreros de cantera, de construcción u otros, con mamelucos sucios, que podían frotar sus restos de grasa o de cal contra la ropa de uno. Y además, se había instaurado la costumbre anárquica y repugnante de golpear el hombro para hacer correr el dinero de un pasaje, y había que aceptar hacer el favor y "correrlo" sin interrupción.

En cuanto a cruzar la ciudad a pie, era demasiada distancia, y el recurso, demasiado sencillo, no correspondía a su situación; con los peatones era mucho más fácil tener sorpresas desagradables.

Por eso, los Rusanov habían llegado progresivamente al automóvil-coche oficial, taxi, luego coche particular. De más está decir que en ferrocarril se les habían hecho insoportables no sólo los vagones ordinarios, sino también los vagones con reserva de asientos: se amontonaban ahí con burdas ropas apolilladas, con cubos y sacos. Razón por la cual los Rusanov ya no viajaban sino en vagones con compartimientos o acolchados. Por supuesto, en los hoteles Rusanov siempre se hacía reservar su pieza, para no ir a dar a un camastro de

sala común. Por supuesto, los Rusanov no iban a cualquier casa de reposo, no iban sino a esas donde se respeta a la persona, donde se le crean "condiciones", donde la playa y las avenidas están prohibidas al acceso del público. Y cuando los médicos le prescribieron a Capitolina Matveiev caminar más, no pudo hallar, para hacerlo, ningún otro lugar que una casa de reposo de esa clase, donde ella estaba con sus iguales. Al mismo tiempo que conservaban el espíritu ruso y les gustaban (en principio) las fiestas populares, los Rusanov habían empezado a preferir los festivales más decentes y menos peligrosos de los cuadros.

Los Rusanov amaban al pueblo, a su gran pueblo. Y servían a ese pueblo y estaban dispuestos a dar su vida por el pueblo.

Pero de año en año se ponían menos capaces de soportar a la población. A esa población rebelde, constantemente presta a escurrirse o a chocar y que siempre estaba exigiendo algo.

De modo que se precavían de las gentes mal vestidas, insolentes, a veces desgreñadas, que se puede encontrar en los trenes eléctricos, junto a los quioscos de bebidas, en los terminales de autobuses y en las estaciones. El individuo mal vestido es un individuo peligroso, porque conoce mal su responsabilidad y con toda probabilidad no tiene gran cosa que perder (de lo contrario, iría bien vestido). Claro que la milicia y la ley defendían a Rusanov del individuo mal vestido, mas esa defensa llegaría infaliblemente con retraso, llegaría para castigar, después, al granuja. Cara a cara con él, Pablo Nicolaievich estaría en realidad indefenso, no siéndole de ninguna ayuda su situación ni sus méritos; el otro podría ultrajarlo sin motivo, injurarlo cómodamente y abofetearle el rostro así, por nada, y estropearle la ropa y hasta desnudarlo por la fuerza.

Por eso Rusanov, que no le tenía miedo a nada, experimentaba un temor perfectamente normal y justificado ante los desórdenes de los individuos medio ebrios y, con más exactitud, ante la eventualidad de un recto al mentón.

Tal era la causa de su emoción al anuncio del regreso de Rodichev: Rusanov se imaginaba que nada le apuraría tanto a Rodichev como asestarle un puñetazo en plena cara. A menos que Guzun y él hubiesen decidido actuar legalmente: por la vía legal, sin duda, no llegarían nunca hasta él; no podían hacer valer ningún motivo de queja, no debían hacerlo. Pero ¿y si se habían conservado robustos y si, en términos vulgares, querían romperle la cara?

Ese era el miedo que Pablo Nicolaievich debía dominar, ahogar en su interior, como hombre consciente y resuelto, como hombre nuevo que era.

Y además, eso era ante todo fruto de su imaginación.

Acaso no hubiera todavía ningún Rodichev. (¡Ojalá que no regrese!) Todas esas habladurías sobre los **regresos** bien podían no ser sino leyendas, porque Pablo Nicolaievich, que participaba en los acontecimientos importantes, que los palpaba de cerca, no había descubierto hasta ahí indicios que presagiaran un giro en la modalidad de vida.

Y aunque efectivamente hubiese vuelto, Rodichev estaba en K., no estaba aquí. Y tenía que hacer algo distinto de buscar a Rusanov: tenía que cuidar mucho de no hacerse expulsar de nuevo de K. De modo que el primer sobresalto involuntario de Pablo Nicolaievich era injustificado.

Y aunque comenzara a buscarlo, no encontraría de inmediato el hilo que lo condujera hasta acá. Y para llegar acá, el tren demoraría tres días y tres noches y atravesaría ocho provincias. Y aun cuando llegase acá, se presentaría a su domicilio, y no al hospital. Ahora bien, justamente en el hospital estaba Pablo Nicolaievich al abrigo de todo peligro.

¡De todo peligro!.. Era cómico... Tener ese tumor, y estar al abrigo de todo peligro... Más valía la muerte que el temor a todos esos regresos. ¡Qué locura! ¡Hacerlos volver! ¿Para qué? Si se habían acostumbrado, se habían resignado... ¿Para qué hacerlos volver, perturbar la vida de la gente?..

En todo caso, parecía que Pablo Nicolaievich estaba ahora agotado y pronto a dormirse. Debía tratar de dormir.

Mas necesitó salir, operación la más desagradable de ejecutar en esta clínica.

Volviéndose cuidadosamente, moviéndose cuidadosamente -tenía ahí en el cuello el tumor, como un puño de hierro que lo abrumaba-, salió de la cama bamboleándose; se puso el pijama, las pantuflas, los anteojos, y partió arrastrando un poco los pies.

En la oficina velaba la morena y severa María; oyó el leve ruido que hacía él y se dio vuelta.

Cerca de la escalera, un nuevo, un griego de gran copete, estaba sufriendo y gemía en un lecho. No podía permanecer estirada; estaba sentado y siguió a Pablo Nicolaievich con sus asustados ojos de insomne.

En el rellano intermedio había alguien muy pequeño, todavía peinado, amarillo amarillo, semisentado, semiacostado en dos almohadones puestos debajo de él, y que respiraba con un balón de oxígeno. Sobre su mesa de noche había naranjas, pastelillos secos, rahat-Iokum, yogurt, mas todo eso le era indiferente: el simple aire puro, inmaterial, no entraba a sus pulmones en cantidad suficiente.

En el corredor de los bajos había otras camas más con enfermos. Algunos estaban durmiendo. Una vieja de aspecto oriental, desgredada, se debatía de dolor sobre su almohada.

Pasó todavía por una piececita donde, sobre el mismo diván corto y sucio, hacían tenderse sin discriminación a todos para los lavados.

Por último, después de haber hinchado sus pulmones de aire, tratando de retenerlo el mayor tiempo posible, Pablo Nicolaievich entró al retrete. En estos excusados sin cabina y hasta sin asiento se sentía él muy especialmente privado de sus defensas y reducido al estado de polvo vil. Las auxiliares los limpiaban varias veces al día, pero no daban abasto para la tarea y siempre había rastros frescos de vómitos, de sangre y suciedad. Porque los que utilizaban estos excusados eran unos salvajes no habituados a las comodidades y unos enfermos en último grado. Habría sido preciso llegar hasta el médico jefe y conseguir de él permiso para usar los baños de los médicos.

Pero Pablo Nicolaievich se formuló esta práctica idea sin gran energía.

Volvió a pasar frente a la cabina de los lavados, frente a la kasaja desgredada, frente a los que dormían en el corredor.

Frente al condenado al balón de oxígeno.

Desde arriba, el griego le susurró, con un ronquido pavoroso:

-Dime, viejo, ¿sanan aquí a todo el mundo? ¿O también hay algunos que mueren?

Rusanov le lanzó una mirada feroz y tuvo entonces la aguda sensación de que ya no podría volver la cabeza sin volver el busto entero, como, Efrem. Esa terrible excrescencia de su cuello descansaba por arriba en su mandíbula y por abajo en su clavícula.

Se apresuró a regresar a su lecho.

¿En qué más pensaba?.. ¿Qué seguía temiendo? ¿En quién tenía esperanzas?..

Ahí, entre su mandíbula y su clavícula, estaba su destino.

Su tribunal.

Y ante ese tribunal ya no tenía él relaciones ni méritos ni defensa.

## CAPITULO XV

### A CADA CUAL SU SUERTE

- ¿Qué edad tienes?
- Veintiséis años.
- Empieza a no estar mal.
- ¿Y tú?
- Yo tengo dieciséis... Caramba, hacerse cortar la pierna a los dieciséis años, ¿te das cuenta?..
- ¿Y a qué altura van a...?
- ¡Ah!, en la rodilla, exactamente. Nunca sacan menos. Bien lo he visto aquí. La mayor parte del tiempo hasta toman un poquito mas... Resultará un muñón que oscilará...
- Te harás poner una prótesis. ¿Y qué piensas hacer?
- Bueno, pienso en la Universidad.
- ¿Qué Facultad?
- ¡Bah! O letras o historia.
- ¿Y saldrás bien en el certamen?
- Creo que sí. Nunca me he dejado poner nervioso. Soy del tipo tranquilo.
- A fe mía que está muy bien. Por lo demás, tu prótesis no te molestará. Podrás estudiar, podrás trabajar. Y luego estarás en tu puesto mejor que nadie: podrás hacer más por la ciencia.
- ¿Y por la vida?
- Aparte de la ciencia, sabes, ¿qué otra cosa hay? -Bueno, no sé, yo...
- ¿El matrimonio?
- Vaya, por ejemplo...
- ¡Tú te casarás! ¡Todos encuentran la horma de su zapato! Y la alternativa, ¿cuáles?
- ¿La qué?
- Es la pierna o la vida, ¿no es cierto?
- Sí. A lo que salga. ¿Pero puede que eso se arregle solo?
- No, Diomka. El azar nunca ha construido los puentes. El azar no conduce a nada. Contar con una probabilidad así no cabe dentro de lo razonable... ¿Sabes si le dan un nombre a tu tumor?
- Sí, algo así como "s-a".
- ¿"S-a"? Entonces hay que operar.
- ¿Por qué?.. ¿Entiendes tú de eso?

-Lo sé. Si a mí me propusieran tan sólo dar la pierna a cortar, yo la daría inmediatamente. Y sin embargo todo el sentido de mi vida está en el movimiento..., a pie, a caballo... Allá no se traslada uno en coche.

-¿Y... ya no te lo proponen?

-No.

-¿Dejaste pasar el momento oportuno?

-Cómo decirte... No es que yo haya dejado pasar..., en fin, en cierto modo, lo dejé pasar. Estaba por completo dedicado a mi expedición. Debí haber venido hace tres meses, pero no quería abandonar mi trabajo. Y a fuerza de caminar, de andar a caballo, eso se irritaba, se descomponía, supuraba... Pero cuando se me pasaba e iba mejor, volvía a apoderarse de mí el deseo de trabajar, y yo me decía: "Voy a esperar un poco más". Todavía ahora me escuece tanto que preferiría cortar la pierna de mi pantalón o permanecer enteramente desnudo.

-¿Y no te ponen vendaje?

-No.

-Muéstrame, ¿quieres?..

-Mira.

-¡Hu-u-u-u-uy, cómo está!.. Para peor, muy negro...

-Negro es desde su origen. Yo tenía una gran mancha en esa parte.

Fue eso lo que se descompuso.

-Y eso ¿qué es?

-Son tres hoyos que han quedado a raíz de abscesos. ¿Sabes, Diomka?, mi tumor no es en absoluto el tuyo. Yo tengo un melanoblastoma. Es una porquería que no perdona. Por regla general, ocho meses y... ¡fuera de combate!

-¿Cómo es que lo sabes?

-Leí un libraco, antes de venir acá. Fue así como acabé por comprender. Pero es preciso decir que, aunque yo hubiera venido antes, de todos modos habrían diferido operarme. El melanoblastoma es una carroña tal, que apenas lo tocan con la punta del escalpelo produce metástasis. El también quiere vivir, a su manera, ¿entiendes? Lo que yo habría podido detener, en estos últimos meses, es lo que me ha salido en la ingle.

-Y Luzmila Afanasiev, ¿qué dice de eso? ¿Te llamó el sábado?

-Pues bien, dice que hay que tratar de encontrar oro coloidal. Si lo encuentran, entonces puede que detengan lo que, tengo en la ingle; y lo que tengo en la pierna se tratará de debilitarlo con rayos. Y así se podrá hacerme progresar. ..

-¿Te sanaran?

-No, Diomka, sanarme ya no es posible. Desde luego, un melanoblastoma no sana. Personas que se hayan restablecido de eso no hay. ¿Ves?, a mí, sacarme la pierna no sería suficiente, Y no hay medio de cortar más arriba. Se trata de hacerme durar. Y de saber cuánto tiempo gano con eso: meses o años.

-En suma... Pero dime, ¿eso quiere decir que tú...?

-Sí, eso quiere decir que yo... Me he acostumbrado, eso es todo,

Diomka... Bastante vive el que vive bien. Para mí toda la cuestión estriba en saber lo que tendré tiempo de hacer. En todo caso, ¡hay que lograr hacer algo en el mundo! ¡Y yo necesito tres años! ¡Si pudieran dárme los, esos tres años! Yo no pido nada más. Pero no es acostado en una clínica donde tendría que pasarlos, es trabajando en el terreno.

Conversaban en voz muy baja, sentados en la cama de Vadim Zatsyrko, junto a la ventana. Sólo Efrem, en su proximidad, habría podido oír su conversación; mas desde la mañana yacía como un leño, privado de sensaciones, y no le quitaba la vista al techo. También Rusanov había debido de oír, sin duda, pues Varias veces había mirado a Zatsyrko con simpatía.

-¿Y qué es lo que tendrías tiempo de hacer? -dijo Diomka, poniéndose ceñudo.

-Bueno, Trata de comprender. Estoy verificando una idea nueva muy controvertida; los grandes sabios del centro, por decirlo así, no creen en ella: que las aguas radiactivas pueden permitir descubrir yacimientos de minerales polimetálicos. "Radiactivas", ¿entiendes lo que significa eso?.. Hay, pues, millares de argumentos; pero en el papel se puede tanto probar como refutar todo lo que se quiera. Y yo sé, sí, yo sé que puedo demostrar todo eso de una vez por todas. Sólo que para eso tendría que pasarme el tiempo en campaña, hallar concretamente minerales valiéndome de las aguas radiactivas, y nada más que de ellas. Y en lo posible, más de una vez. Pero trabajar. .. ¿Existe algún trabajo que no exija fuerzas? Mira, por ejemplo, no hay bomba de vacío, para poner en marcha la bomba centrífuga, es preciso aspirar el aire. ¿Aspirar el aire con qué? Con la boca,

¡Caramba! Por eso, ¡la de agua radiactiva que he tragado yo!: Por lo demás, esa agua es la que bebemos, simplemente. Los obreros kirguises nos decían: "Nuestros padres no bebían esa agua, nosotros tampoco la beberemos". Y nosotros, los rusos, la bebíamos. Yo, desde luego, con mi melanoblastoma, nada tengo que temer de la radiactividad. Por el contrario. A mí me corresponde trabajar en eso.

-¡No es muy hábil! -pronunció Efrem, sin volverse, con una voz blanca y desapacible. Lo había oído todo, pues-. Cuando mueras, ¿de qué te servirá tu geología? No te servirá de gran cosa. Mejor harías en preguntarte qué hace vivir a los hombres.

La pierna de Vadim permaneció inmóvil; pero su cabeza, libre, se volvió con agilidad sobre su cuello libre y flexible. Tuvo un relampagueo veloz en sus ojos negros y vivaces; sus labios pulposos de líneas suaves temblaron apenas y respondió, sin ofenderse en lo más mínimo:

-Precisamente yo lo sé. Lo que hace vivir es crear. Y eso ayuda de manera singular. Uno puede pasarse sin beber ni comer. -Y haciendo crujir rápidamente entre sus dientes su portaminas negro hexagonal, se esforzó por captar en qué medida lo habían comprendido.

-Lee no más este libraco, ¡te sorprenderás! -Sin mover el torso ni ver a Zatsyrko, golpeó Podduiev la tapa azul con su dedo nudoso.

-Ya lo miré -Vadim era muy rápido para sus respuestas-, anda

descaminado en nuestra época. Le faltan demasiada forma y energía. En nuestros días la fórmula debe ser: "Trabajar más. Y sin pensar en los billetes grandes". Y punto.

Rusanov se sobresaltó, sus anteojos brillaron con simpatía; preguntó con voz fuerte:

-Dígame, joven, ¿es usted comunista?

Con igual presteza, con igual sencillez, Vadim trasladó su mirada a Rusanov.

-Sí-pronunció suavemente.

-¡Yo estaba seguro de eso! -proclamó Rusanov, triunfante, y levantó el dedo. Actuaba muy a lo profesor.

Vadim le dio a Diomka una palmada en el hombro:

-Vamos, vuelve a tu sitio. Yo tengo que trabajar.

Se inclinó sobre los **Métodos geoquímicos**, donde tenía una hojita con citas copiadas en letra muy chica, llena de enormes puntos de exclamación y de interrogación.

Leía, mientras giraba lentamente entre sus dedos el portaminas negro de facetas.

. Estaba entregado de lleno a su lectura, parecía no estar ya presente; mas Rusanov, reanimado por el apoyo así recibido, quiso recibirlo aun más antes que lo clavarán por segunda vez: decidió asestarle el golpe de gracia a Efrem, para impedirle de una vez por todas fastidiar a la gente. Lo miró directamente a los ojos (Efrem estaba justo frente a él, en el otro lado de la sala) y se propuso aplastarlo:

-El camarada le da una buena lección, camarada Podduiev. No es posible abandonarse así a la enfermedad. Tampoco hay que traer a colación cualquier libro de cura. Usted en realidad les hace el juego a... -iba a decir "los enemigos"; en la vida corriente, hasta habría podido señalarlos; pero aquí, en estas camas de hospital, ¿quiénes podían ser ellos?.. -. Es preciso ser capaz de captar la profundidad de la vida. Y ante todo, la naturaleza del heroísmo. ¿Qué es lo que puede animar al hombre en el proceso del heroísmo en la producción? ¿Qué es lo que lo alentó en las hazañas de la guerra patriótica? ¿O todavía de la guerra civil? ¿Al hombre hambriento, descalzo, desnudo, desarmado?

Efrem estaba muy extrañamente inmóvil: no sólo no salía de su cama para dar sus pocos pasos por el pasillo, sino que incluso parecía haber perdido muchos de sus gestos usuales. Antes no cuidaba sino su cuello, volviendo -no sin renuencia, es cierto- el busto junto con la cabeza; hoy no movía ni brazos ni piernas, contentándose con golpear su librito con el dedo. Habían intentado convencerlo de que almorzara, él había contestado: "No está saciado el que no ha comido". Tanto después como antes del almuerzo, había permanecido acostado tan inmóvil que, de no ser por algunos parpadeos, hubiérase dicho que se había convertido en piedra.

Pero sus ojos estaban abiertos.

Sus ojos estaban abiertos y, justamente, para ver a Rusanov no necesitaba volverse en absoluto. No veía más que su hocico blanco, el cielo raso



y las paredes.

Y había oído lo que le exponía Rusanov. Y sus labios se movieron; entonces resonó la misma voz malévola, aunque marcó las palabras aun con menos claridad:

-¿La guerra civil?.. ¿Porque tú peleaste en la guerra civil?

Pablo Nicolaievich suspiró:

-Usted y yo, camarada Podduiev, éramos todavía demasiado jóvenes para hacer la guerra, en ese momento.

Efrem resolló:

-Yo sé por qué no peleaste tú en la guerra; yo peleé, -Pablo Nicolaievich, muy intelectual, alzó las cejas detrás de sus anteojos:

-¿Cómo puede ser?

-Fácil. -Efrem habló lentamente, volviendo a tomar aliento entre frase y frase-. Yo tomé una bayoneta y combatí. ¡Ensartando! Y no fui el único.

-¿Y dónde hizo usted la guerra así?

-En Iyevsk. Les cascamos a los de la Constituyente. En Iyevsk maté siete por mi propia mano. Todavía lo recuerdo.

Sí, parecía estar aún en condiciones de acordarse de los siete y de cada uno de los lugares donde el rapaz que era él entonces había derribado muertos a aquellos siete adultos, en las calles de la ciudad sublevada.

El “anteojudo” le explicó algo más, pero hoy las orejas de Efrem estaban como taponadas y no era sino por breves instantes que emergía a veces de su silencio para oír algo.

Al alba, cuando había abierto los ojos, percibiendo por sobre él un trozo de techo blanco por completo desnudo, había sentido entrar brutalmente en él, traspasarlo, sin miramientos y sin causa, muy antiguo, insignificante y perfectamente olvidado, un recuerdo.

Era un día de noviembre, después de la guerra., La nieve que caía tendía a derretirse y, sobre la tierra más caliente extraída de la zanja, desaparecía sin dejar rastro. Estaban cavando para colocar una tubería de gas; la profundidad proyectada era un metro ochenta. Podduiev había pasado por ahí y visto que aún no se había alcanzado la profundidad deseada. Pero acudió un cabo y sostuvo, sin avergonzarse, que de un extremo al otro tenían ya la profundidad correcta. "¿La medimos, pues? Perderás tu trabajo." Podduiev cogió la vara de medir, donde los decímetros estaban marcados sobre el fierro rojo con una pequeña línea negra transversal, y los medios metros, con una línea un poco más larga; y partieron a tomar sus medidas, hundiéndose en la arcilla empapada, demasiado pisoteada. Podduiev con sus botas, el cabo con sus zapatos bajos, Midieron en un lugar: un metro setenta; fueron más allá, Tres hombres estaban cavando; el primero era un tipo alto, demacrado y de barba tupida; el segundo, ex soldado, llevaba todavía el quepis, al que empero le habían arrancado hacía mucho tiempo la estrella roja, como asimismo el galón y la visera bruñidos, y la cinta color frambuesa estaba sucia de cal y arcilla; el último, muy jovencito, llevaba gorra militar y un mal abrigo civil (en aquel tiempo, el equipamiento era difícil, no les entregaban ninguna tenida oficial); y ese abrigo, que sin duda le habían

cosido cuando todavía iba a la escuela, era demasiado corto y estrecho y estaba gastado (es probable que Efrem no lo hubiera visto nunca tan bien como aquel día). Los dos primeros siguieron revolviendo, levantando sus palas de vez en cuando, aunque la greda empapada se quedaba pegada al fierro; pero el tercero, el pobre chico, permanecía plantado ahí, con el pecho apoyado en el mango de su pala, como traspasado por ella; colgaba de ella cual un espantapájaros blanco de nieve, con las manos recogidas dentro de sus mangas míseras. Para las manos no les habían repartido nada; en los pies, el militar tenía botas; los otros dos, unos *chuni*

*Chuni* Espezie de zuecos. (N. de la T.) con suelas recortadas de neumáticos viejos. "¿Qué es lo que haces ahí, sin mover una mano? -le gritó el cabo al jovenzuelo-, ¿Quieres realmente que te castiguen? ¡Cuéntame!" El chico no hizo otra cosa que suspirar, se dejó resbalar más abajo aún, el mango de la pala pareció entrarle más hondo en el pecho, Entonces el cabo lo golpeó; él resopló y se puso a dar pequeños golpes en la tierra con el extremo de su pala. Midieron. Había tierra amontonada a ambos lados y hasta en el borde mismo de la zanja y, para distinguir el límite superior, era preciso inclinarse bastante. El militar aparentó querer ayudarles; en realidad, inclinó la mira, ganando así diez centímetros. Podduiev lanzó una andanada de injurias y colocó la mira verticalmente: quedó en claro que la profundidad era de un metro sesenta y cinco.

-Escucha, ciudadano jefe -pidió entonces el militar, en voz baja-, regálanos los últimos centímetros. Que no tengamos que hacerlos. Estamos aplastados, estamos sin fuerzas. Y para peor, con este tiempo..., tú bien comprendes...

-Para peor, es a mí a quien le cargarán la mano, ¿eh? Para peor, ¿qué más? Hay un plan que cumplir. Y que los costados queden bien nivelados. Y que no se forme una cuneta en el medio.

Mientras Podduiev se enderezaba, tiraba la mira hacia sí, sacaba los pies de la arcilla, las tres caras allá abajo estaban levantadas hacia él - una con su barba negra, otra como un hocico de galgo cansado, la tercera cubierta de un vello que, todavía no habían afeitado. Y la nieve les caía encima como sobre unos rostros muertos - y ellos lo miraban desde abajo. Y el chico atormentó sus labios para decir:

-Conforme... Pero tú también te morirás un día, capataz.

Podduiev no había llenado un formulario para que los encerraran en el calabozo; se había limitado a informar con exactitud en qué punto iba su trabajo, para no cargar con la culpa de ellos.

Mirándolo bien, había habido casos en que él se había portado más "vaca" que aquella vez. Habían pasado diez años; Podduiev ya no trabajaba en los campamentos; ahora el cabo ya estaba libre de él; seguramente la tubería de gas, que no era sino provisoria, ya no entregaba nada; quizás hasta los tubos habían hallado otro uso; no obstante, subsistía algo, algo que resurgió esta mañana, constituyendo el primer ruido de su jornada:

-Tú también te morirás un día, capataz.

Y ningún razonamiento de peso podía preservar a Efrem de ello.

¿Quería seguir viviendo? El jovencito también quería vivir... ¿Tenía mucha fuerza de voluntad? ¿Había comprendido algo nuevo? ¿Y deseaba cambiar de vida? La enfermedad no atendía a nada de todo eso; también la enfermedad tenía su plan que cumplir.

Estaba ese librito azul con letras doradas, que llevaba cuatro noches debajo del colchón de Efrem; lo arrullaba con extraños relatos concernientes a los hindúes, quienes creen que no morimos del todo, sino que nuestra alma transmigra a los animales y a los otros hombres. En el punto en que él se hallaba, un "proyecto" de esta índole no era como para desagradarle: ¡salvar algo de sí mismo a lo cual se le impediría "reventar"!

Sólo que él no creía en esa transmigración de las almas ni por asomo.

Ramalazos de dolor iban de su cuello a su cabeza; ramalazos ininterrumpidos y con cierto ritmo, un compás de cuatro tiempos. Y los cuatro tiempos le metían en la cabeza: "Muerto - Efrem Podduiev - Punto. Muerto -- Efrem - Podduiev - Punto".

Y esto sin cesar. Y se puso por su cuenta a repetir esas palabras. Y mientras más las repetía, más le parecía desligarse de Efrem Podduiev, ese condenado a muerte. Y se hacía a la idea de esa muerte como a la de un vecino. Ahora bien, lo que en su interior reflexionaba sobre la muerte de Efrem Podduiev, su vecino, ¿no era precisamente lo que en él no debería morir?

En cuanto a Podduiev, en cuanto al vecino, parecía no haber ya salvación para él. A menos que bebiese agárico de abedul. Pero bien claro decía aquella carta que convenía beberlo durante un año, sin pausa, para lo cual se requerían sus buenos treinta kilos de agárico seco... y sesenta de agárico fresco. Y que el agárico no estuviera echado a perder, sino cogido recientemente. Por lo tanto, no debían despacharlo todo en un solo lote, sino de a paquetitos, aproximadamente una vez al mes. Y aquel agárico, ¿quién se lo hallaría, quién se lo mandaría en la oportunidad deseada de allá, de Rusia?

Sólo podía hacerlo una persona cercana, un ser querido. ¡Cuánta gente había pasado por la -vida de Efrem! Sin embargo, nadie se había apegado a él como lo hubiese estado un ser querido.

Por supuesto, Amina, su primera mujer, habría podido encargarse de esa tarea. ¿A quién, al otro lado de los Urales, habría podido escribirle, sino a Amina? Mas ella le habría contestado: "¡Puedes reventar en la calle, viejo cornudo!", y habría tenido razón.

Sí, razón para atenerse a lo que se acepta comúnmente. No obstante, según este librito azul, ella habría estado equivocada. Del librito azul se colegía que Amina debía compadecerlo y hasta amarlo... no por ser su marido sino simplemente por ser un ser humano sufriente; y esas encomiendas de agárico tenía obligación de enviárselas.

En suma, éste era un libro justo; sólo que sería preciso que, de la noche a la mañana, todos empezaran a vivir de acuerdo con sus preceptos.

A las orejas repentinamente destapadas de Efrem había llegado la afirmación del geólogo de que él vivía para su trabajo. Por eso Efrem había golpeado su libro con la uña.

A continuación, dejando de ver y de oír, volvió a sumergirse en sus pensamientos. Y de nuevo le traspasaron la cabeza esos ramalazos. De no haber estado extenuado por esta fusilería, le habría gustado mucho no moverse más, no cuidarse más, no comer más, no hablar más, no oír más, no ver más. Dejar, sencillamente, de existir.

Pero lo sacudieron por la pierna y el codo; era Ajmadyan, quien había ofrecido sus buenos oficios: hacía rato que estaba ahí una muchacha de cirugía que lo llamaba a hacerse vendar.

Y he aquí que Efrem iba a tener que levantarse para algo inútil. A los cien kilos de su cuerpo debía comunicarles esta decisión de levantarse: poner tensos los músculos de las piernas, de los brazos, de la espalda; salir de esa paz en que comenzaban a hundirse sus huesos revestidos de carne; obligar a sus articulaciones a trabajar, a su peso a incorporarse y hacer de su cuerpo una columna, vestirlo con una chaquetilla y en seguida llevar esa columna, por los corredores y las escaleras, hacia un tormento inútil, el desenrollamiento y reposición de decenas de metros de vendaje.

Fue largo, doloroso, en medio de una especie de débil zumbido gris. Además de Eugenia Ustinov, estaban allá otros dos cirujanos que por algún motivo no operaban nunca; ella les explicaba, les mostraba y le hablaba a Efrem, quien no le respondía.

Tenía la impresión de que ella y él ya no tenían nada que decirse. Aquel zumbido débil acolchaba todas las palabras con una confusión gris.

Lo rodearon de una envoltura blanca aun más sólida que la anterior y fue así como regresó a la sala común. De ahora en adelante, el vendaje era más voluminoso que su cabeza; sólo su coronilla asomaba muy arriba de las vendas.

Se encontró con Kostoglotov, quien iba con su tabaquera en la mano.  
-¿Qué decidieron, pues?

Efrem reflexionó: después de todo, ¿qué habían decidido? y aunque nada había captado de lo dicho y hecho en la sala de curaciones, tuvo un destello de comprensión y dijo claramente:

-Anda y que te cuelguen en otra parte.

Federau miraba con espanto ese cuello monstruoso, que acaso fuese lo que le esperaba a él también.

-¿Te marchas, entonces? .

Y esta pregunta, por sí sola, lo hizo entender que no debía volver a acostarse, como iba a hacerlo, sino preparar su partida.

Y luego, él, que ni siquiera podía inclinarse, meterse su ropa corriente.

Y en seguida, obligarse a mover la columna de su cuerpo por las calles de la ciudad.

Y le resultó intolerable la idea de tener que hacer todo eso a costa de tantos esfuerzos, sin saber para qué ni por quién.

Kostoglotov lo miraba, no con lástima, no, sino con la simpatía del compañero de armas: "Esta bala fue para ti; ¿quién sabe si la siguiente no será para mí?" No conocía el pasado de Efrem; no se había relacionado con él, a pesar de estar en la misma sala, mas le agradaba su franqueza: distaba mucho de

ser el peor hombre con que Oleg se encontrara en la vida.

-¡Vamos, Efrem, chócala! -Le tendió la mano con gesto magnánimo.

Tomándose la, Efrem tuvo una sonrisa que mostró sus dientes:

-Esto brota, se agita, punza, se irrita, muere; se sabe adonde irá a parar.

Oleg ya había girado en redondo para irse a fumar, cuando apareció una laboratorista repartiendo los diarios; como era el que estaba más cerca de la puerta, fue a él a quien le pasó el ejemplar de su sala. Kostoglotov lo tomó, lo desdobló, pero Rusanov estaba al acecho: con voz potente, escandalizada, le espetó a la laboratorista, que no había tenido tiempo de marcharse:

-¡Oiga, pues! ¡Oiga, pues! Pero si le he pedido claramente que me entregue los diarios a mí primero.

Había verdadero sufrimiento en su voz, mas Kostoglotov no tuvo compasión, y aulló de rebote:

-¿Por qué a usted primero?

-¿Cómo? ¿Cómo que por qué? ¿Cómo que por qué? -Pablo Nicolaievich sufría en extremo; sufría porque su derecho era incontestable, evidente, pero imposible de defender con palabras.

Experimentaba nada menos que celos cuando algún otro que no fuese él desplegaba con sus dedos profanos un periódico virgen. Ninguno de ellos podía comprender, en un periódico, lo que comprendía él, Pablo Nicolaievich. El entendía por diario una información oficialmente publicada, pero en realidad cifrada, donde no todo ha podido expresarse con claridad, sino donde diferentes detallitos -la disposición de los artículos, lo que se dice y lo que se omite- le permiten a un hombre lo bastante al corriente de estas cosas formarse una idea exacta de la más reciente tendencia general. Por eso era que Rusanov debía ser el primero en leer el periódico.

Mas decir todo eso aquí no era posible. Y Pablo Nicolaievich no hizo sino gemir:

-Bien sabe usted que deben ponerme la inyección. Quiero mirarlo antes.

-¿Su inyección? -"Hocicón" se dulcificó-. Enseguida...

Terminó de recorrer de una rápida ojeada el periódico, las informaciones relativas a la sesión y las demás noticias, relegadas al espacio que quedaba. ¿No había partido él para ir a fumar? Ya se oía el roce del diario que estaba volviendo a doblar para entregarlo, cuando percibió algo que lo hizo absorberse de nuevo en él: casi de inmediato se puso a decir y repetir, con voz repentinamente despierta, una frase que parecía estirar entre la lengua y el paladar:

-Muy in-te-re-san-te... Muy in-te-re-san-te... -Los cuatro compases sordos del destino, los cuatro compases beethovenianos acababan de tronar sobre su cabeza; pero nadie en la sala los había oído, acaso nadie los oiría... ¿Y qué otra cosa habría podido decir él en voz alta?

-¿Qué será lo que hay ahí? -dijo Rusanov, trastornado-. ¡Veamos, déme ese diario!

Kostoglotov no hizo ni un movimiento para mostrarle nada a nadie.

Tampoco le contestó a Rusanov. Volvió a juntar las hojas del periódico y a doblarlo en dos, en cuatro, como estuviera antes; mas el periódico no recuperó exactamente sus pliegues anteriores y quedó abultado. Luego, dando un paso hacia Rusanov (quien dio también un paso hacia él), Kostoglotov le entregó el diario. Y en lugar de salir, abrió ahí mismo su petaca de seda y, con dedos temblorosos, se puso a enrollar un pitillo en papel de diario.

Con dedos temblorosos, Rusanov desplegó, por su parte, el periódico. Ese "muy interesante" de Kostoglotov le había hecho el efecto de una cuchillada entre las costillas. ¿Qué podía haberle parecido tan interesante a aquel parlanchín? Con la mirada hábil del experto, recorría con vivacidad los títulos y el material de la sesión cuando, de repente, de repente... ¿Cómo?.. ¿Cómo?

En caracteres nada llamativos -enteramente insignificantes, para los que no entendían- una página ¡gritaba, clamaba! ¡Inaudito! ¡Imposible! ¡Un decreto que renovaba en su totalidad el Tribunal Supremo! ¡El Tribunal Supremo de la Unión!

¿Cómo? ¿Matulevich substituiría a Ulrij? ¿Dotistov? ¿Pavlenko? ¡Y Klopov! ¿El Tribunal Supremo no era Klopov? ¡Y Klopov estaba destituido! Entonces, ¿quién aseguraría la protección de los cuadros?

Nombres nuevos, en absoluto desconocidos... Todos los que administraran justicia durante un cuarto de siglo, ¡barridos de golpe!

¡No podía ser resultado de la casualidad! Ç

La historia estaba en marcha.

A Pablo Nicolaievich lo inundó un sudor frío. Justamente esta mañana acababa de tranquilizarse de todos sus temores, y he aquí que...

-Su inyección...

-¿Eh? -No comprendiendo, se sobresaltó. Ante él rostro la doctora Gangart, con su jeringa.

-Descúbrase el brazo, Rusanov, para clavarlo.

## CAPITULO XVI

### ABSURDOS

Iba arrastrándose. Se arrastraba dentro de un conducto, o mejor dicho un túnel, de cemento armado; a derecha e izquierda, sobresalían varillas de fierro al descubierto, una que otra de las cuales lo enganchaba del cuello, por supuesto, y por la derecha, por el lado de su mal. Se arrastraba de bruces, consciente sobre todo de la pesantez de su cuerpo que lo pegaba al suelo, una pesantez excesivamente grande para lo que pesaba su cuerpo, una pesantez a la cual no estaba acostumbrado: se sentía prensado.

Al principio había creído que era aquel cemento lo que lo aplastaba; pero no, por cierto que esa cosa tan pesada era su cuerpo, que le parecía un saco lleno de chatarra del cual iba tirando. Se le ocurrió que semejante peso sin duda le impediría ponerse de pie; más, aunque fuese arrastrándose, ¿no era lo importante llegar al extremo de ese conducto para hallar un poco de aire y volver a ver la luz? ¡Ah, ese conducto que no terminaba, no terminaba, no terminaba!.. ,

Una voz repentina -pero una voz sin voz, que no transmitía sino los pensamientos- le ordenó devolverse. ¿Cómo iba a devolverse dentro de aquella pared? Mas el mismo peso que subyugaba su cuerpo le intimó la orden de cambiar de ruta. Jadeando, obedeció... y se dio cuenta de que hacia este lado iba arrastrándose tal como lo hiciera hasta entonces en el sentido opuesto. Apenas ejecutada esta orden, recibió la de volver a retroceder, siempre arrastrándose, en su primera dirección. Gimiendo, partió de nuevo. Todo le era igual de pesado; no veía en perspectiva ni luz ni salida.

La misma voz distinta le ordenó girar a la derecha, y rápidamente; él hizo fuerza con pies y codos, a pesar de tener a la derecha aquel muro impenetrable, y se arrastró: parecía bien encaminado. Entonces se le ordenó otra vez tomar hacia la izquierda, siempre a igual velocidad; y sin vacilar más, sin pensar más, puso en acción los codos ... y pudo hacerlo. No cesaba de engancharse del cuello y el dolor le repercutía hasta en la cabeza. Nunca en su vida se había encontrado en una situación tan aflictiva. ¡Y qué rabia si iba a morir en el camino, sin llegar al término de su reptación!

Ahora bien, de improviso las piernas se le pusieron más livianas, tan livianas como si se las hubieran inflado, y empacaron a subir, mientras seguían pegados al suelo su pecho y su cabeza. Aguzó el oído: no le llegó ninguna orden. Comprendió entonces que ahí tenía el medio de salir del paso: sus piernas iban a escapar de aquel túnel-chimenea y él, trepando en su seguimiento, lograría salir de allí. En efecto, comenzó a retroceder y con los brazos tendidos cual unos arbotantes -¿de dónde sacaba esta fuerza?-, siguió el movimiento de sus piernas, que estaban franqueando la abertura. Esta era estrecha, pero lo peor era que la

sangre se le había venido a la cabeza: creyó morir ahí: la cabeza iba a estallarle. Por fin, un último esfuerzo lo apartó un poco de las paredes, desollándolo vivo, y salió.

Volvió a hallarse sobre su conducto, en plena mitad de una cantera, una cantera desierta: debía de haber terminado la jornada. En derredor suyo, un barranco. Se sentó en el conducto para recobrar el aliento y vio, sentada a su lado, a una joven: llevaba un vestido de trabajo todo sucio y la cabeza descubierta; sus cabellos pajizos le caían sin un peine, sin una horquilla. La joven no lo miró, limitándose a permanecer allí, pero esperaba una pregunta suya, él lo sabía. Empezó a tenerle miedo, luego comprendió que ella le tenía aun más miedo a él. Aunque sin el menor ánimo de charlar, ella esperaba tanto esa pregunta suya, que él la hizo:

-Dime, muchacha, ¿dónde está tu madre?

-No sé -respondió la joven, que no alzó la vista y siguió royéndose las uñas.

-Cómo... ¡no sabes! -Se apoderaba de él la ira-. ¡Debes saberlo! Y hablar con franqueza. Quiero una declaración escrita, y toda la verdad... ¿Te callas...? Vuelvo a preguntarte: ¿dónde está tu madre?

-¿Y si yo se lo preguntara a usted? -Y la joven alzó los ojos. Sus ojos eran como agua, y de súbito él se sintió transido. Y tuvo varios destellos de comprensión, no sucesivos, sino simultáneos: comprendió que era la hija de Grusha, la obrera del taller de prensas, a quien arrestaran por sus murmuraciones contra el Guía del Pueblo; esta muchacha le había traído un cuestionario con respuestas inexactas, ocultando ciertas cosas; él la había llamado varias veces, amenazando con hacerla juzgar por declaraciones falsas; y ella se había envenenado. Se había envenenado mas en este instante, por sus cabellos, por sus ojos, acababa él de comprender que se había ahogado. Comprendió, además, que ella había comprendido quién era él. Comprendió, además, que si, ahogada, estaba sentada al lado suyo, era que él también estaba muerto. Esto le hizo venir un sudor frío. Se enjugó y dijo:

-¡Ufl, ¡qué calor infeliz! ¿No sabes dónde podría encontrar agua?

-Allá. -La joven indicó con el mentón. Le mostraba una especie de pilón, o artesa, llena de un agua de lluvia estancada, mezclada con un barro verdoso. Volvió a comprender: era el agua de su muerte y quería que él también la bebiera. Pero, puesto que ella deseaba su muerte, ¿quizás estaba vivo todavía?

-Oye -le dijo, recurriendo a una argucia para desembarazarse de ella- Ve, pues, a buscar al jefe de la cantera y dile que venga a verme. Sin olvidar traerme unas botas. ¿Cómo ir hasta allá sin ellas?

La joven hizo una señal de asentimiento; bajó de un salto del conducto y se alejó, chapoteando en los charcos, con el cabello suelto, de blue jeans, de botas, descuidada como una muchacha que trabaja en una cantera.

En cuanto a él, tanta sed tenía que de todos modos decidió beber de aquella artesa. Si no bebía más que un poco, ¿qué arriesgaba? Bajó y le sorprendió constatar que el barro no estaba resbaloso. Bajo sus pies el suelo era como impreciso. Y todo a su alrededor era impreciso, sin distancia. Podía ir,



pues; en eso, se apoderó de él el repentino temor de haber perdido un papel importante. Buscó en sus bolsillos, en todos sus bolsillos a la vez, y, ya antes de que sus manos le obedeciesen, comprendió que por cierto lo había perdido.

De golpe lo embargó el miedo, el terror: con los tiempos que corren, ¡no es bueno que lean papeles como ése! Podían resultarle de ello grandes contrariedades. En el acto comprendió dónde lo había perdido: al salir de su agujero. Y velozmente rehizo el camino. Mas no halló el sitio. Ya no reconocía esos lugares. Ni siquiera había ya ningún conducto de cemento. En cambio, circulaban obreros por todas partes. Y lo peor era eso: podían encontrar ellos el papel.

Los obreros eran todos desconocidos, jóvenes. Un muchacho que llevaba mameluco de lona y aletas en los hombros se detuvo y lo miró. ¿Por qué lo miraría así? ¿Lo había encontrado, quizás?

-Dime, hijo mío, ¿no tendrías fósforos? -preguntó Rusanov.

-Pero si tú no fumas -replicó el soldador. ¡Todos lo conocían, pues! ¿De dónde lo conocían?

-No es para eso que necesito fósforos.

-¿Ah, sí? ¿Y para qué, pues? -dijo el soldador, mirándolo curiosamente de hito en hito.

En realidad, había respondido como un imbécil. No lo hubiera hecho mejor un saboteador. ¿Tal vez iban a aprehenderlo? Y entretanto hallarían el papel. Ahora bien, esos fósforos, si los necesitaba, era justamente para quemar ese papel.

Mientras tanto, el muchacho se le acercaba más, cada vez más; Rusanov estaba sobrecogido de miedo, lleno de un presentimiento. El muchachón clavó los ojos en los suyos y dijo con claridad, destacando las palabras:

-Del hecho de que la Elchanski me confió en cierto modo la suerte de su hija, deduzco que se siente culpable y espera un arresto.

A Rusanov lo recorrió un estremecimiento helado.

-¿De dónde saca eso?

Por cierto que había que decir algo, mas era evidente que el muchacho acababa de leer su informe: esa frase era sacada de ahí, palabra por palabra.

El soldador no contestó nada y continuó su camino. ¡Qué desatentada agitación se apoderó entonces de Rusanov! Estaba claro que su informe se hallaba ahí, en alguna parte, muy cerca; ¡tenía que encontrarlo cuanto antes, cuanto antes!

Rodeado de murallas, se arrojaba él de la una a la otra, yendo, viniendo, retrocediendo; el corazón le brincaba hacia adelante, sus piernas no podían seguirlo ¡sus piernas se movían con lentitud tan desesperante!

Por fin había percibido el papel; al primer vistazo, se había dicho: "¡Es él!" Quiso correr, pero sus piernas ya no avanzaban. Entonces se puso en cuatro patas, y poniendo en acción sobre todo los brazos, empezó a adelantar hacia el papel. ¡Si fuese alguien a cogerlo antes que él! ¡Era preciso llegar primero, para que no pudiesen robárselo! Más cerca, más cerca... ¡Por fin lo

tenía! ¡Su papel! Pero sus dedos ya no tenían ni siquiera fuerza suficiente para rasgarlo. Y tendiéndose de boca contra el suelo, para reposar, lo apretó debajo de su cuerpo.

Ahora bien, alguien posó la mano en su hombro. Decidió no darse vuelta, a fin de conservar el papel debajo de él. Mas la presión era suave..., una mano de mujer. Y Rusanov adivinó que era la propia Elchanski.

-¡Amigo mío! -murmuró ella tiernamente, inclinada sin duda hasta su oreja-, ¡diga, amigo mío!, ¿dónde está mi hija? Dígame dónde la ha dejado.

-Está bien, donde está Elena Fiedorov, ¡no se preocupe! -respondió Rusanov. Pero no volvió la cabeza hacia ella.

-¿Pero en qué lugar?

-En el orfanato.

-¿Pero en qué orfanato?.. -No era una pregunta propiamente tal, el sonido de la voz era triste.

-Eso no puedo decírselo, en verdad. -Sinceramente, hubiese deseado decírselo, mas no lo sabía: no era él quien la había llevado consigo; y luego, puede que hubiera pasado por más de un orfanato.

-Y... ¿está inscrita con mi apellido? -Era casi acariciadora la voz que hacía estas preguntas a su espalda.

-¡No! -se condolió Rusanov-. Bien sabe usted cómo sucede eso: cambian el apellido. Yo no tengo arte ni parte en eso, así es.

Yacía ahí acordándose de los esposos Elchanski, a quienes quería bien, o casi. Nada tenía contra ellos. Y si había llegado a escribir un informe contra el viejo, no era sino porque se lo había pedido Chujnenko: Elchanski lo fastidiaba en su trabajo. Por lo demás, una vez encarcelado éste, Rusanov se había preocupado sinceramente de su mujer y su hija; y había sido en aquel momento cuando, en espera de su arresto, le había confiado ella su niña. Pero ¿cómo era posible que ella, a su vez, lo hubiera denunciado? No lograba recordarlo.

Se había levantado del suelo y dado vuelta para verla: no había nada ni nadie, nada ni nadie (desde luego, ella estaba muerta: ¿como iba a poder hallarse ahí?), y en lugar de percibirla, sintió una violenta punzada en el cuello, en el lado derecho. De modo que volvió el cabeza a su posición natural, decidido a permanecer tendido. Tenía que descansar, estaba tan fatigado como jamás lo estuviera antes. Tenía el cuerpo rendido.

El sitio en que yacía era un corredor, una galería de mina, pero sus ojos se habían hecho a la oscuridad y distinguió muy cerca de él, sobre el suelo recubierto de restos de antracita, un teléfono. Ello lo sorprendió mucho: ¿cómo había podido llegar ahí aquel objeto de las ciudades? ¿Sería posible que estuviera conectado? Iba a poder, pues, hacerse traer de beber. Y después, hacerse transportar al hospital.

Descolgó, mas en vez del tono de llamado oyó una voz, plena de seguridad funcionaria, que decía:

-¿El camarada Rusanov?

-Sí, sí -dijo Rusanov, quien se había repuesto instantáneamente (bien se notaba que esa voz venía de arriba, y no de abajo).

-Pase por el Tribunal Supremo.

-¿Por el Tribunal Supremo? ¡A sus órdenes! ¡En seguida! ¡Muy bien! -y dejaba ya el receptor, cuando recapacitó-: Discúlpeme, pero ¿cuál Tribunal Supremo, el antiguo o el nuevo?

-El nuevo -le contestaron fríamente-. Apúrese. -y colgaron.

Y le volvieron a la memoria todos los detalles de la renovación de dicho Tribunal. .. Y se maldijo por haber sido el primero en telefonar. Matulevich ya no estaba allá ... Klopov ya no estaba allá ... Beria mismo, ¡ya no estaba allá! ¡Ah, qué época!...

No obstante, él debía ir. Por iniciativa propia, jamás habría tenido él la fuerza necesaria para ponerse de pie; mas lo convocaban, debía levantarse. Atiesando sus cuatro miembros, se incorporaba a medias y volvía a caer, cual un ternero que todavía no sabe andar. A decir verdad, no le habían fijado hora precisa, pero habían dicho "Apúrese". Sosteniéndose en la pared, terminó por enderezarse sobre sus pies; luego, con las *corvas* débiles y el paso inseguro, avanzó, sin dejar de sostenerse en la pared. No se explicaba por qué sentía un dolor en el cuello.

Al mismo tiempo que andaba, se preguntaba si de veras lo someterían a juicio. ¿Serían lo bastante crueles para juzgarlo? ¿Después de tantos años? ¡Ah, esa renovación del Tribunal! ¡No presagiaba nada bueno, no!

¡Vamos! Por muy lleno que estuviese del respeto que se les debe a los Tribunales Supremos, no le quedaba otra cosa que defenderse contra Ellos. Y tendría la audacia de hacerlo.

He aquí lo que les diría: "¡No soy yo quien pronunció las sentencias, quien hizo los sumarios! Yo me limité a señalar lo que había de sospechoso. Si en las letrinas comunes encuentro un pedazo de diario con el retrato rasgado del Guía del Pueblo, mi deber es llevarle ese pedazo de diario a quien corresponde por derecho exhortar. Al sumariante le toca entregarse a las verificaciones. El hecho puede ser fortuito, también puede no serlo. El sumario se realiza para que surja la verdad. Yo me contenté con cumplir mi deber de simple ciudadano".

He aquí lo que iba a decirles: "Durante todos estos años, ¡lo importante ha sido sanear la sociedad, darle salud moral! Y para sanear una sociedad, es preciso purgarla, limpiarla; y para que la limpieza sea posible, ¡es preciso que haya individuos a quienes no los desalienten la pala y la escoba!"

A medida que se desarrollaba su argumentación, más resuelto estaba a decirles toda su manera de pensar. Hasta anhelaba llegar antes para comparecer más prontamente. Les lanzaría, con mucha crudeza:

"Sin embargo, yo no soy el único que ha hecho eso. ¿Por qué es a mí a quien han escogido juzgar? ¡Mencionenme alguno que no lo haya hecho! ¿Cómo habría podido mantenerse en su puesto, si no hubiera colaborado?.. ¿Guzun? ¡Pero si él también se hizo arrestar!"

Estaba muy tenso, cual si ya estuviese gritando; mas se dio cuenta de que no había nada de eso: era su garganta hinchada que le dolía.

Ya no caminaba por una galería de mina, sino por un simple corredor, y alguien lo llamó desde atrás:

-¡Pablo! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¡Pero si apenas te arrastras!

Tuvo un acceso de energía y empezó -por lo menos así lo creyó él- a caminar como si estuviera robusto. Se dio vuelta para *ver* quién lo llamaba: era Zveynek, con su gabardina y su cinturón.

-¿Adónde vas, Ian? -preguntó Pablo, asombrándose de que estuviese tan joven. Joven había sido, por supuesto, pero ¡cuánto tiempo había pasado desde entonces!

-¿Cómo, adónde? Allá a donde vas tú mismo, a la Comisión.

-¿A cuál comisión? -preguntó Pablo, esforzándose por entender. Bien sabía que él estaba convocado a otra parte, mas ya no podía recordar a dónde.

Y acomodó su paso al de Zveynek, más rápido; de nuevo estaba alerta, vivaz, joven; sentía que tenía veinte años, que no se había casado.

Atravesaron un gran local administrativo, con una multitud de oficinas en las cuales trabajaba la "inteligencia": viejos contadores encorbatados, barbudos como popes; ingenieros con martillitos en el ojal; mujeres maduras con apostura de damas; dactilógrafas muy jovencitas, maquilladas, con las faldas más arriba de la rodilla. Apenas Zveynek y él hubieron entrado, haciendo sonar sus cuatro botas, todas esas personas, una treintena, se volvieron hacia ellos; algunos se levantaron a medias, otros saludaron sentados, pero todas las cabezas los siguieron mientras pasaban y todos los rostros expresaban espanto. Y eso halagó a Pablo y Ian.

Penetraron en la pieza siguiente. Intercambiaron saludos con los otros miembros de la Comisión y se instalaron ante el tapete rojo.

-¡Vamos, háganlos pasar! -ordenó Venka, el presidente.

Se comenzó. La primera en entrar fue la tía Grusha, la obrera del taller de prensas.

-Pues bien, ¿qué vienes a hacer acá, tía? -inquirió Venka, sorprendido-. ¿Purgan la maquinaria y ahí estás tú? ¿Por ventura has conseguido colarte? -Carcajadas de todos.

-¡Está bien, está bien, Grusha! -exclamó Pablo-. ¡Te la colocaremos, a tu nieta! Pero por el momento nos estorbas, tenemos que purgar la "inteligencia".

Y alargó las manos hacia el jarro, para echarse agua: estaba vacío. Con la cabeza le hizo una seña a su vecino para que le pasaran un jarro del otro extremo de la mesa. Se lo hicieron pasar: estaba vacío. Ahora bien, él tenía tanta sed que le ardía la garganta.

-¡De beber! -pidió-... ¡De beber!

-En seguida -dijo la doctora Gangart- le traen agua.

Rusanov abrió los ojos. La Gangart estaba sentada en la cama a su lado.

-Tengo jugo de fruta en mi mesa de noche -pronunció él débilmente. Tenía escalofríos, el cuerpo derregado, la cabeza amartillada por unos golpes sordos.

-Bueno, vamos a servírselo -murmuró la doctora; pasó por sus labios delgados una sonrisa.

Abrió ella misma la mesa de noche, de donde sacó una botella llena

de jugo de fruta y un vaso.

Por las ventanas se adivinaban las luces del ocaso.

Pablo Nicolaievich miró de reojo a la doctora servirle su jugo de fruta... para asegurarse de que no le agregaba nada.

El jugo agridulce lo penetró gratamente. Sin levantarse de su almohada, sorbió todo el contenido del vaso que le sostenía la Gangart. Se quejó:

-Hoy me he sentido muy mal.

La Gangart protestó:

-No, mejor dicho, ha salido bien del paso; simplemente le habíamos aumentado la dosis.

Una nueva sospecha le surgió a Rusanov.

-¿Y... van a aumentarla cada vez?

-En adelante, será siempre la misma. Se acostumbrará, se sentirá mejor.

-¿Y el Tribunal Supremo?.. -Se interrumpió bruscamente.

El ya no se orientaba: el delirio..., la realidad...

## CAPITULO XVII

### LA RAIZ DEL LAGO ISYK-KUL

Vera Korniliev le temía a la reacción de Rusanov al aumento de la dosis; en el transcurso del día, vino varias veces a informarse acerca de su estado y después de su trabajo tardó en irse. No habría tenido que desplazarse tan a menudo si Olimpiada Vladislavov hubiese afianzado su servicio en la forma prevista; mas no se había podido evitar enviarla a seguir el curso de tesorería sindical y era Turgun quien la reemplazaba; y realmente no se podía descansar en él.

Rusanov soportó bastante mal la inyección, sin alcanzar empero el umbral crítico. Justo después de la inyección, le habían administrado un soporífero y él ya no había despertado; pero estaba agitado, dándose vueltas, retorciéndose, gimiendo; en cada visita, Vera Korniliev se quedaba un rato observándolo y le tomaba el pulso. Alternativamente, se estiraba y encogía las piernas. Tenía la cara rojiza, mojada de sudor. Privado de anteojos y sobre una almohada, ya no tenía él ese aire de autoridad imperiosa. Unas pocas canas escapadas a la calvicie estaban lastimosamente pegadas en todas direcciones sobre su coronilla.

Fuera de sus visitas, Vera Korniliev tenía muchas otras cosas que hacer. Por ejemplo, tuvo que arreglar la salida de Podduiev, quien desempeñaba la función de decano de sala, función sin razón de ser, pero prevista por los estatutos. Y pasando del lecho de Rusanov al siguiente, Vera Korniliev declaró:

-Kostoglotov: a partir de hoy, usted es decano de sala. Kostoglotov estaba acostado, enteramente vestido, sobre el cobertor, leyendo el diario; la Gangart iba en su segunda visita y Kostoglotov seguía leyendo su diario. Esperando, como de costumbre, alguna salida suya, la Gangart acompañó su frase de una leve sonrisa, como para demostrar que comprendía bien que todo eso no tenía ninguna importancia. El levantó hacia ella un semblante jovial y, no sabiendo cómo expresarle mejor su respeto, recogió hacia él sus largas piernas, demasiado libremente estiradas sobre la cama. Tenía un aspecto muy benévolo; dijo:

-¡Vera Korniliev! ¡Usted quiere darme, pues, un golpe moral irreparable! Ningún funcionario está al abrigo de los errores, hasta le acontece sucumbir a la tentación del poder. Por eso, tras largos años de reflexión, me he jurado a mí mismo no volver a asumir jamás funciones oficiales.

-¿Porque ya las ha ejercido? ¿Funciones elevadas? -dijo ella, siguiéndole el juego.

-La más elevada fue la de suboficial adjunto al jefe de sección. Pero,

en efecto, las he ejercido más importantes. Habían despachado a mi jefe de sección, por su gran torpeza y su incapacidad absoluta, a seguir cursos de perfeccionamiento, de los cuales debía haber vuelto por lo menos comandante de batería..., pero en otro grupo de artillería y no el nuestro. En su reemplazo, nos habían enviado a otro oficial, pero en seguida se hizo él destinar a los políticos. El general que comandaba la división no tenía nada en mí contra: yo era buen topógrafo y los chicos me hacían caso; fue así como, simple ayudante, ejercí durante dos años las funciones de jefe de sección... desde Elets hasta Frankfurt del Oder. Debo decir que fueron los mejores años de mi vida, aunque parezca raro. -A pesar de haber replegado las piernas, le pareció que su postura no era nada cortés y se sentó en el borde de la cama.

-Bien ve usted... -La sonrisa de simpatía no había abandonado durante toda su conversación el rostro de la Gangart-. ¿Por qué rehusar? De nuevo va a sentirse dichoso...

-¡Bonita lógica! ¿Y la democracia? Ustedes se sientan en la democracia y en sus principios: la sala no me ha escogido, los electores ni siquiera conocen mi lista de méritos... Después de todo, usted no la conoce más que ellos...

-Pues bien..., cuente. -Nunca hablaba ella muy fuerte; él había bajado la voz para ella sola; Rusanov estaba durmiendo, Zatsyrko leía, el lecho de Podduiev ya estaba vacío..., de modo que no podían oírles.

-Es una larga historia. Además, no me siento bien, sentado aquí mientras usted está de pie. De ningún modo es manera de conversar con una mujer. Y si me cuadro como un ordenanza en plena mitad del pasillo, eso parecerá aun más tonto. Siéntese en mi cama, por favor.

-Sin embargo, es preciso que me vaya -dijo ella. Pero se sentó en el borde del lecho.

-Vea usted, Vera Korniliev: es ante todo por adherir a la democracia que he sufrido en la vida. Traté de implantarla en el ejército, mostrándome impertinente con los graduados. Fue por eso que en 1939 no me mandaron a la escuela de suboficiales y seguí siendo soldado raso. Y como en 1940 (en aquel momento yo había de todos modos empezado a manejar al pelotón) recomencé a decirles tonterías, me rechazaron una vez más. Fue solamente en 1941 cuando conseguí, mal que mal, salir de suboficial en el Extremo Oriente. Confieso que me apesaraba no haber llegado a ser oficial, como todos mis amigos. Cuando es joven, uno es bastante sensible a esa clase de cosas. Pero de todas maneras yo prefería la justicia.

-Yo tengo un amigo muy íntimo -dijo la Gangart, con la mirada fija en el cobertor- que ha soportado igual destino: muy... evolucionado... y sin grado. -Pasó entre sus dos cabezas una breve pausa, un silencio, y ella alzó los ojos-. Desde luego, usted ha seguido así hasta ahora.

-¿Cómo, así? ¿Sin grado o muy evolucionado?

-Impertinente. ¡Fíjese cómo les habla a los médicos! A mí, en especial. -Fue con severidad como dijo eso; pero con una severidad muy extraña, muy llena de dulzura, como lo era cada palabra, cada gesto de Vera Gangart. De

una dulzura sin indolencia, metódica, en cierto modo, y armoniosamente construida.

-¿Yo... a usted? Yo me dirijo a usted con un respeto sin igual.

Lo mejor que tengo que ofrecer, como manera de hablar... Usted no se da cuenta. Y si desea referirse al primer día, usted no puede saber en qué estado de depresión me hallaba. En realidad, había sido preciso que yo estuviera a la muerte para que me dejaran siquiera salir de la provincia. Llego aquí y, en lugar del invierno, un diluvio. Ahí estaba yo, con las botas de fieltro debajo del brazo (allá, en casa, helaba terriblemente)... Mi capote estaba empapado, de estrujarlo... Dejo mis botas de fieltro en la custodia y tomo el tranvía para la ciudad vieja: del frente había conservado la dirección de uno de mis soldados, que vivía allí. En aquel momento, ya empezaba a obscurecer, y todos los del tranvía se pusieron a argumentarme que no debía ir, que iba a hacerme degollar; figúrese: después de la amnistía de 1953, habían vuelto a dejar en libertad a toda la canalla y nunca más se lograría echarles de nuevo el guante... Yo, por mi parte, ni siquiera estaba seguro de que mi soldado viviera siempre allí; en cuanto a la calle, era de esas que nadie conoce. Entonces, me puse a recorrer los hoteles. Unos vestíbulos magníficos... ¡Me daba vergüenza arrastrar mis botas por ellos! Por cierto que los había que tenían espacio; pero bastaba que en lugar de pasaporte presentara yo el certificado de relegación, para que ya no lo hubiera: ¡Imposible! ¡Imposible!" ¿Qué me quedaba por hacer? Morir, conforme, pero ¿por qué en la acera? Entonces me fui derecho a la milicia. "Vean, yo soy uno de los suyos. Denme donde pasar la noche." Ellos se fastidiaron mucho, me dijeron: "No tiene más que ir al albergue; dormirá allá, ellos no examinan los documentos". ¡Imposible descubrir su posada! Entonces, me devuelvo a la estación. No hay manera de dormir allá: había un miliciano que me hacía circular cada vez que me veía. A la mañana siguiente me largo directamente a donde ustedes, al consultorio; hago cola; me auscultan y al punto deciden hospitalizarme. En suma, no me quedaba otra cosa que atravesar la ciudad, trasbordándome de tranvía, para hacerme dar el visto bueno del Resguardo. Llego..., aunque era día de trabajo en toda la Unión Soviética, el comandante se había marchado: ¡los relegados no tenían más que arreglárselas solos! Y sin dignarse honrarnos con la menor indicación: tal vez regresara, tal vez no regresara. En ese momento me hice el siguiente raciocinio: sí le entregaba mi certificado, bien podía ser que en la custodia se negaran a devolverme mis botas. Entonces, regresé una vez más a la estación, tomando mis dos tranvías. Una hora y media de viaje cada vez.

-No he vuelto a verle sus botas de fieltro, ¿las tenía?

-Usted no vio mis botas, porque yo se las había vendido a un tipo en la estación. Me dije que terminaría el invierno en la clínica y que no viviría hasta el invierno siguiente... Heme ahí, pues, de vuelta al Resguardo... Nada más que en tranvías gasté diez rublos. Después de bajarme, faltaba todavía su buen kilómetro que avanzar por basurales. ¡Y yo tenía dolores! Me arrastraba con esfuerzo. Arrastrando conmigo mis bártulos. A Dios gracias, había llegado el comandante. Como fianza, le doy la autorización de mi Resguardo local, le muestro el certificado de los médicos de aquí... , una firma, ¡Y heme ahí



autorizado para ingresar al hospital! En aquel instante volví a partir, pero no vine a donde ustedes, todavía no: regresé al centro. Veo, en unos carteles, que presentan **La bella durmiente del bosque...**

-¡Ah, conque ésas tenemos! Necesitaba ópera, ballets... Pues bien, si yo hubiese sabido, ¡no lo habría hecho recibir! ¡OH, no!

-Vera Korniliev, ¡era... era un milagro! Yo iba a morir y antes, por última vez, ¡iba a ver de nuevo un ballet! y sin esa muerte, sin mi deportación a perpetuidad, jamás habría vuelto a ver uno. ¡Pues bien, que me cuelguen!: habían cambiado el espectáculo. En lugar de **La bella durmiente del bosque, Agu-Valy**.

La Gangart tuvo una risa silenciosa y bajó la cabeza. En el fondo, la historia de este moribundo con su ballet incongruente le gustaba mucho, y hasta muchísimo.

-¿Qué hacer? Ciertamente que en el conservatorio había el concierto de una pianista principiante, pero eso quedaba lejos de la estación y yo no habría conseguido ni el ángulo del extremo de un banco. ¡Y estaba lloviendo! Seguía lloviendo a chuzos... No había sino una sola solución: entregarse. Llego a donde ustedes: "No queda lugar. Tendrá que esperar varios días". Y algunos enfermos dijeron que se esperaba hasta ocho días. Esperar, ¿dónde? ¿Qué me quedaba por hacer? Sin los campamentos, que me enseñaron a vivir, no habría salido del paso. Y he ahí que a todo eso ¡me arranca usted mi papel de las manos! ¿En qué tono quería que le hablara?

Vista desde aquí, la situación era graciosa, ambos tenían ganas de reír.

El había contado todo eso sin reflexionar, pensando en otra cosa; si había salido del Instituto en el 45, ella no podía tener menos de treinta y un años; eran casi de la misma edad. ¿Por qué le parecía, pues, menor que Zoe, que no tenía más que veintitrés años? Esto no se debía a su cara, sino a sus modales, a su timidez, a su compostura. En esos casos, hasta se puede suponer que una mujer nunca ha..., que una mujer todavía es... Una mirada atenta permite descubrir tal mujer por detalles imperceptibles. Pero la Gangart era casada. ¿Cómo, entonces?

Ella, por su parte, lo miraba y se sorprendía de que al principio le hubiese parecido tan malévolo y tan grosero. Por supuesto, él tenía una mirada sombría y unas maneras rudas; pero también era capaz de mirarla y hablarla a una con mucha simpatía y jovialidad..., como en este momento. Más exactamente, él siempre tenía prontas una y otra de sus dos maneras de ser, recurriendo a la una o la otra según las necesidades de la ocasión.

-Ahora que estoy al corriente de sus bailarinas y sus botas de fieltro -dijo ella sonriendo-, ¿y si habláramos de sus botas de cuero? ¿Sabe usted que esas botas son una tergiversación sin precedentes de nuestro reglamento? -censuró y frunció los párpados.

-Otra vez el reglamento -gesticuló Kostoglotov-. Pero al fin de cuentas, si basta en las prisiones se ha previsto el paseo. Yo no puedo prescindir de pasear; sin paseo ¡no hay caso de sanar! Después de todo, no va usted a

privarme de aire.

Sí, a él le gustaba pasearse. Se pasaba largos ratos en las avenidas solitarias y apartadas del recinto hospitalario; la Gangart ya lo había visto allá. Tenía entonces una apostura extraordinaria. La encargada de la ropa había aceptado darle una bata de mujer mal cosida (para los hombres no las había). El recogía en una mano toda la tela sobrante de uno de los faldones, doblaba el otro con un amplio ademán, se ceñía con un ancho cinturón de cuero con hebilla en forma de estrella, eliminando a uno y otro lado de su abdomen los pliegues de la tela así formados; pero los dos faldones se negaban a permanecer en su sitio. Vestido así grotescamente, calzando botas del ejército, sin gorra, con sus greñas negras, andaba a grandes pasos firmes, a veces lentos, a veces rápidos, mirando pasar las piedras bajo él y, llegado al límite que se había fijado, regularmente daba ahí media vuelta. Y siempre tenía las manos a la espalda. Y siempre estaba solo, sin nadie.

-Es que en estos días esperamos una inspección por parte de Nizamutdin Bacjramovich... ¿Sabe lo que pasará si ve sus botas? Yo recibiré una reprimenda.

De nuevo en esto, ninguna exigencia: un ruego, quizás hasta con algo de queja. A ella misma la sorprendía el tono que había adquirido en sus relaciones con él, que jamás tuviera con ninguno de sus pacientes: ni siquiera era el de la igualdad, se sentía en él sumisión. Kostoglotov, convincente, había tocado su mano fina con su gran zarpa:

-¡Vera Korniliev! Le garantizo que él no las encontrará. Que nunca se encontrará en el vestíbulo conmigo llevando esas botas en los pies.

-¿Y en su avenida?

-¡OH, allá ni siquiera recordará que soy yo de su pabellón! Mire, si quiere, para reírnos se le puede mandar una denuncia anónima: cómo yo poseo botas de cuero; vendrá a registrar por aquí con dos auxiliares... y no hallará nada.

-¿Cree que es bonito mandar denuncias? -Sus ojos volvieron a fruncirse. ¡Ah, sí!, ¿por qué se echaba ella lápiz labial? Era demasiado fina para esa clase de vulgaridad, eso no iba con el resto.

Suspiró:

-¡Bien sabe usted que eso se hace, Vera Korniliev! ¡Y en qué forma! ¡Y eso rinde! Los romanos decían: **Testis unus, testis nullus**. Un testigo no es ningún testigo. En el siglo XX los testigos han pasado a ser superfluos; un testigo ya es un testigo de más.

Ella desvió la vista. El lugar en que se hallaban hacía difícil una conversación de esta índole.

-¿Y dónde las esconderá?

-¿Mis botas? ¡OH!, hay decenas de maneras de proceder, según las circunstancias. Puede que las tire adentro de la estufa apagada, puede que las cuelgue de un cordel que pasaré por la ventana. ¡Esté tranquila!

No era posible conservar la seriedad ni dudar de que él saldría con bien de ese mal paso.

-Pero ¿cómo se las compuso el primer día para no depositarlas al ingresar?

-Pues bien, eso no fue muy complicado. En la caseta donde me cambié de ropa no tuve más que ponerlas detrás de la hoja de la puerta; la auxiliar metió todo lo demás en un saco etiquetado y lo llevó al depósito central; y al salir del baño, envolví mis botas en un trozo de diario y partí con ellas.

¡Qué estúpida conversación! ¿Qué hacía ella sentada ahí, en vez de trabajar? Rusanov dormía, agitado, cubierto de sudor; pero dormía, y sin vómitos. La Gangart le palpó una vez más el pulso; iba a marcharse, cuando algo le volvió a la mente; se dio *vuelta* hacia Kostoglotov:

-Después de todo, ¿todavía no recibe usted ración adicional? -¡No, mi asistenta! -repuso, parando la oreja.

-Comenzaremos mañana, pues. Al día: dos huevos, dos vasos de leche y cincuenta gramos de mantequilla.

-¿Cómo-cómo? ¿Puedo creer a mis oídos? ¡En mi vida me habían alimentado jamás así! ... En el fondo, usted sabe, no es sino justicia. Porque, por esta enfermedad, ni siquiera con una orden tocaré nada.

-¿Cómo así?

-Es muy sencillo. Resulta que yo todavía no llevo seis meses en el sindicato. No tengo, pues, derecho a nada.

-¡Ay, ay, ay! ¿Cómo puede ser eso?

-¡Bah, yo perdí simplemente la costumbre de vivir como todo el mundo! Llego a mi lugar de relegación, ¿cómo quiere que adivinara que era preciso empezar por inscribirme en el sindicato?

Por una parte, ¡tan listo! Por otra, ¡tan inadaptado! Ese suplemento era la Gangart quien se las había arreglado para hacérselo conceder; había tenido que insistir, la cosa, no era tan fácil. Más debía marcharse, de lo contrario arriesgaba pasarse el día charlando. Ya estaba cerca de la puerta cuando él gritó maliciosamente:

-Diga, pues, ¿no será que usted está comprándose al decano de sala en que me he convertido? ¡Voy a hacerme mala sangre a la idea de que me he dejado corromper desde el primer día!..

Ella desapareció.

-Pero después de la comida de los pacientes tuvo que visitar de nuevo a Rusanov. En aquel momento sabía ella que la aludida inspección del médico jefe tendría lugar al día siguiente. De modo que le incumbía una nueva tarea: el examen de las mesas de noche, pues tal era la manía de Nizamutdin Bacjramovich: comprobar que no se hallaran en ellas migas ni provisiones inútiles, siendo lo ideal que él no viese allí nada más que el pan y el azúcar concedidos por el hospital. Controlaba igualmente la limpieza, y eso con una habilidad de la cual hubiera sido incapaz una mujer.

Habiendo subido al segundo piso, Vera Korniliev examinó, empinada, las partes más elevadas de los locales más altos de techo. Y en un rincón, encima de Sigbatov, creyó ver una tela de araña (ahora estaba más claro; el sol se había despejado). La Gangart llamó a la auxiliar: era Isabel Anatoliev-¿por qué le tocaban siempre a ella todos los zafarranchos? La Gangart le explicó que para el día siguiente era preciso lavarlo todo y le mostró la tela de araña. Isabel Anatoliev sacó unos anteojos del bolsillo de su blusón, se los puso y

declaró:

-¡Figúrese que tiene usted razón! ¡Qué horror! -Se quitó los anteojos y se puso a buscar un escabel y un plumero. Siempre hacía la limpieza sin anteojos.

La Gangart prosiguió su ronda, entró a la sala de los hombres. Rusanov no había cambiado de posición; estaba inundado de sudor, pero su pulso era menos rápido. En cuanto a Kostoglotov, quien acababa justamente de endilgarse las botas y la bata, se disponía a salir a pasearse. Vera Korniliev le hizo a toda la sala el anuncio de la importante inspección del día siguiente y les rogó a todos echarles un vistazo a las mesas de noche antes de recorrerlas ella.

-Vaya, vamos a comenzar por nuestro decano -dijo.

Podía haber empezado por algún otro... ¿Por qué había vuelto a hallarse precisamente en su rincón?

Vera Korniliev constaba de dos triángulos opuestos por el vértice: el más ancho abajo, el más angosto arriba. Tan delgada era su cintura que las manos se tendían solas hacia ella para poner los dedos ahí y levantarla en el aire. Pero Kostoglotov no hizo nada de eso y le abrió de buen grado la puerta de su mesa de noche.

-A sus órdenes.

-Vamos, vamos, déjeme pasar, por favor -pidió ella, adelantándose hacia la mesa de noche. El se apartó. Ella se sentó en el borde del lecho e inició su revisión.

Estaba sentada, él se hallaba de pie a su espalda. Le veía bien el cuello, la delicadeza de sus líneas indefensas y los cabellos semi-oscuros, dispuestos con sencillez en un moño sobre la nuca, sin ninguna pretensión por seguir la moda.

No, había que hallar manera de escapar a aquellos impulsos.

Después de todo, ¿no era posible perder la cabeza por la primera mujer bonita que llegara! Una visita, algunos instantes de conversación, habían bastado: he aquí que iban varias horas que no cesaba de pensar en ella. ¿Qué podía dársele eso a ella? Al anochecer llegaría a la casa y su marido la tomaría en sus brazos.

¡Tenía que buscar un medio de escapar a eso! Mas ¿no era imposible lograrlo sin la ayuda de una mujer, precisamente?

Y ahí estaba, de pie, contemplando su nuca, su nuca, su nuca. Por detrás, levantado triangularmente, dejaba al descubierto un huesito redondo..., el primero de la columna vertebral. ¡Ah, recorrerlo en redor con la punta del dedo!

-Naturalmente, esta mesa de noche es una de las más horribles de la clínica -comentó entretanto la Gangart-. Migas de pan, papel grasiento; también tabaco, y libros, y guantes... ¿Cómo no le da vergüenza? Hoy mismo va a hacer desaparecer todo eso.

Y él le miraba el cuello y no decía nada.

Ella abrió el cajón de arriba y ahí, entre otros objetos menudos, advirtió un frasquito de una cuarentena de mililitros, lleno de un líquido café. Con el frasco cuidadosamente tapado, había un pequeño cubilete de material plástico, como en los neceseres de viaje, y una bombilla.

-¿Y eso? ¿Es un medicamento? Kostoglotov emitió un débil silbido:

-Sin importancia.

-¿Qué clase de medicamento? Aquí no se le ha dado nada parecido.

-¿Y qué? ¿No tengo derecho a tener uno mío?

-Desde el momento en que está en nuestra clínica y sin que lo sepamos nosotros, ¡claro que no!

-¡Ah!, no sé cómo decírselo... Es para los callos.

A todo esto, ella estaba haciendo girar entre sus dedos el frasco sin nombre, sin etiqueta, tratando de abrirlo para oler el contenido, y Kostoglotov se interpuso. Cerró de repente sus dos manos rudas sobre las manos de la Gangart y apartó la que iba a sacar el tapón.

¡Eterna conjunción de las manos! ¡Inevitable prosecución del diálogo!..

-Cuidado -dijo muy quedo-. Hay que saber manipularlo. No esparcírsele en los dedos. Ni llevárselo a la nariz.

Y con suavidad le quitó el frasco de las manos. Decididamente, ya no era broma.

-¿Qué es lo que es? -demandó ella, con las cejas fruncidas-. ¿Una sustancia tóxica?

Kostoglotov se dejó caer lentamente al lado suyo y dijo muy quedo, con voz de técnico:

-Mucho. Es de la raíz del lago Isyk-Kul. No hay que llevárselo a la nariz, ni seco ni en preparado. Por eso es que está tan bien tapado. Si uno ha tomado la raíz en las manos y por descuido las lame, sin habérselas lavado, puede morir.

Vera Korniliev estaba espantada:

-¿Y por qué lo tiene usted?

-Ahí está la cosa -refunfuñó él-. ¿Qué necesidad tenía de ir a encontrar eso? Debí haberlo escondido... Lo tengo porque me he medicado con él y sigo haciéndolo, a manera de tratamiento de sostén.

-¿Únicamente por eso? -Lo examinaba con la mirada. Sin fruncimiento de párpados. Ya no era más que un médico. Eran, pues, ojos de médico los que estaban mirándolo; mas aquellos ojos eran café claro.

-Únicamente por eso -dijo él-, honradamente.

-¿A menos que sea... en previsión?.. -Seguía sin creerle.

-Bueno, si usted quiere: al venir acá, por cierto que tenía yo esa idea en la cabeza. Para no sufrir inútilmente... Pero pasados los dolores no pensé más en ello. Y sigo medicándome con eso. -¿A hurtadillas? ¿Cuando nadie lo ve?

-¿Qué se puede hacer cuando uno no es libre de vivir a su voluntad, cuando por todos lados se choca con el reglamento?

-¿Y cuántas gotas toma?

-Hay que seguir un plan ascendente y descendente. De una a diez gotas, de diez gotas a una, y diez días de interrupción. En este momento, precisamente, lo he suspendido. Y, para ser franco, no estoy seguro de que, si mis dolores han cesado, sea nada más que por efecto de los rayos X. Puede que la raíz tenga algo que ver en ello.

Ambos hablaban con voz apagada.

-¿Con qué lo preparó?

-Con aguardiente.

-¿Lo hizo usted mismo?

-Sí-sí.

-¿Y cuál es la concentración?

-¿Cómo decirle?.. Me dieron un atado, diciéndome: eso alcanzará para un litro y medio. Y yo hice la división.

-¿Pero qué peso había?

-No la pesaron. Me la dieron así no más, a ojo.

-¿A ojo? ¿Semejante veneno? ¡Pero si es acónito! ¿Se da cuenta?

-¿De qué quiere que me dé cuenta? -Kostoglotov empezaba a enervarse-. Yo querría verla muriéndose, sola en el mundo, con el Resguardo prohibiéndole franquear los límites del país; me pregunto si la detendría la idea de que es acónito y de no saber cuánto hay contenido. ¿Sabe lo que podía costarme ese puñado de raíces? Veinte años de trabajos forzados. Por haber abandonado, por mi propio albedrío, mi lugar de relegación. Y sin embargo partí. A más de ciento cincuenta kilómetros. A las montañas. Hay un viejo que vive allá. Kremmentsov. Con una barba como la del académico Pavlov. De esos colonos que se instalaron allá a comienzos del siglo. ¡Un verdadero brujo! Recolecta personalmente sus raíces y fija él mismo las dosis que convienen. En su aldea se burlan de él: nadie es profeta en su tierra. Pero van a buscarlo de Moscú y de Leningrado. Fue hasta un corresponsal de Pravda, dicen que se marchó de vuelta convencido... En este momento, estaría detenido. Porque unos imbéciles prepararon con eso medio litro y lo guardaron en su cocina, al alcance de la mano; invitaron a unos amigos para celebrar la Revolución y estos amigos, no teniendo más vodka, bebieron el preparado sin preguntarles nada a los dueños de casa; tres de ellos murieron. Y en otra casa se envenenaron unos niños. Pero ¿qué tiene que ver el *viejo* con todo eso? El les había advertido...

De improviso, notando que había hablado en perjuicio suyo, Kostoglotov calló. La Gangart estaba alarmada.

-¡Precisamente! La retención de tóxicos en las salas comunes está prohibida. ¡Absolutamente excluida! Es posible un accidente. ¡Vamos, déme ese frasco!

-No. -La negativa fue firme.

-¡Démelo! -Ella frunció el ceño de ira y tendió la mano hacia su puño cerrado. Kostoglotov había apretado tan bien sus sólidos dedos de obrero sobre la redoma, que ésta había desaparecido. Tuvo una sonrisa.

-De esa manera no lo conseguirá. Las cejas fruncidas se relajaron.

-De todos modos, yo sé en qué momento se pasea usted. Podré apoderarme del frasco mientras no esté presente.

-Hace bien en prevenirme, voy a esconderlo.

-¿En el extremo de un cordel que dejará colgar por la ventana? ¿Qué otro recurso me queda, sino avisarle a alguien con autoridad?

-No lo creo. Hace poco condenó usted misma las denuncias.

-¡Usted no me deja elegir los medios!

-Por consiguiente, ¿debe denunciarme? Eso no es bonito. ¿Teme que el camarada Rusanov beba el preparado? Yo no le permitiré hacerlo. Lo envolveré y lo pondré a buen recaudo. Pero yo me voy de aquí, y por cierto que tendré que recomenzar a medicinarme con esta raíz, ¡bien lo comprende usted! No, ¿cree que es broma?

-¡En absoluto! Es una oscura superstición, es jugar con la muerte. Yo no creo sino en los métodos científicos, puestos a prueba prácticamente. Fue así como me educaron. Es lo que piensan todos los cancerólogos. Déme ese frasco.

A pesar de todo, trató ella de desapretar su índice.

El la miró a los ojos, unos ojos café claro, encolerizados; no sólo no tenía ganas de discutir con ella, de obstinarse, sino que con gusto le habría entregado esa redoma y toda su mesa de noche... si no le hubiese sido difícil transigir con sus principios.

-¡Dichosa ciencia! -suspiró-. ¡Si siquiera todo fuera en ella tan indudable! ¡Si sólo no se invalidara todo en ella por sí mismo cada diez años! ¿Y en qué se estima que debo creer? ¿En sus inyecciones? A propósito, ¿por qué quieren ponerme otras nuevas? ¿Qué otra cosa son esas inyecciones?

-¡Inyecciones muy útiles! ¡Muy importantes para su vida! ¡Se trata de salvarle la vida!

Le había dicho esto con especial insistencia, y sus ojos estaban llenos de una esperanza radiante.

-¡No vaya a creer que está curado!

-Pero, más precisamente, ¿cuál es su efecto?

-¡Qué necesidad tiene usted de detalles! Ellas lo sanan, impiden la formación de metástasis. Otros detalles... no los comprendería usted. Bien, ahora, déme ese frasco y yo le doy mi palabra de honor de que se lo devolveré cuando esté por marcharse.

Se miraron.

El tenía un aspecto de lo más cómico, con esa bata de mujer y el cinturón con estrella que se había puesto para su paseo.

No obstante, ¡cuánta insistencia! ¡Demonio de frasco!, poco le importaba dejárselo: acónito tenía él diez veces más, en la casa. Había allí una linda mujer de ojos café claro. De rostro tan radiante. Era tan grato hablar con ella. Y nunca podría besarla. Y cuando regresara a su agujero perdido, ¡ni siquiera creería que había podido estar sentado tan cerca de una mujer tan luminosa y que quería salvarlo a él, Kostoglotov, salvarlo a toda costa!

Ahora bien, precisamente salvarlo no podía.

-También me da miedo dárselo a usted -dijo, por chancear-. Alguien de su casa podría beberlo.

¿Quién? En su casa quién iba a poder beberlo... Ella vivía sola. Mas decirlo ahora hubiera sido impropio, indecoroso.

-Bueno, anulemos la partida: vaciémoslo en alguna parte. El sonrió. Lamentaba poder hacer tan poco por ella.

-Sea. Salgo a vaciarlo al patio.

De todas maneras, hacía mal en echarse lápiz labial.

-¡Ah, no! -rechazó ella-, ahora ya no le creo: voy verlo haciéndolo.

-Además, ¡qué ocurrencia! ¿Para qué vaciarlo? Yo haría mejor en dárselo a un buen tipo a quien de todas maneras no pueden ustedes salvar. ¿Quién sabe si eso le haría bien?

-¿A quién?

Kostoglotov indicó con el mentón la cama de Vadim Zatsyrko y bajó aun más la voz:

-¿Es cierto que tiene un melanoblastoma?

-Pues bien, estoy definitivamente convencida de que hay que botar eso. Usted va a envenenarme a alguien, es seguro. ¿Conque tendría usted el descaro de darle este veneno a un enfermo grave? ¿Y si se envenenara? ¿No lo atormentaría su conciencia?

Hacía de modo de no nombrarlo; desde el comienzo de su conversación no lo había llamado ni una sola vez por ningún nombre.

-No es un cualquiera el que se envenena. Tiene valor.

-No-no-no. Vamos a vaciar eso.

-Es terrible lo comprensivo que estoy hoy día. Vamos allá. De acuerdo.

Y pasaron por entre los lechos. Llegaron a la escalera.

-¿No le dará frío?

-No, debajo me puse una chomba.

Ella había dicho: "una chomba debajo". ¿Para qué había dicho eso? Ahora tenía él ganas de ver cómo era esa chomba, de qué color. Pero jamás vería eso.

Salieron a la escalinata. Aquel día, la estación se entregaba al deleite, una verdadera primavera. Un extranjero jamás, habría creído que sólo estaban a 7 de febrero. Había sol. Álamos de alto ramaje y arbustos bajos de los setos, todos estaban todavía sin hojas. Sin embargo, en las sombras ya no quedaban rastros de nieve. Entre los árboles, pegada al suelo, se extendía, parda y gris, la hierba del año anterior. Las avenidas, las losas, las piedras, el asfalto, estaban húmedos. Nada estaba seco aún. En la plazoleta había también más animación que de costumbre: encuentros, gentes que pasaban lado a lado o que se cruzaban diagonalmente. Pasaban toda clase de personas: médicos, enfermeras, auxiliares, hombres de trabajo, enfermos del consultorio, parientes de los hospitalizados... En dos partes hasta se habían sentado en un banco. De trecho en trecho, en diferentes pabellones, se veían ya las primeras ventanas abiertas.

Sin embargo, habría sido extraño vaciar eso justo frente a la escalinata.

-Mire, ¡vamos allá! -Indicó la pasada entre el pabellón de los cancerosos y el de otorrinolaringología. Era uno de sus lugares de paseo.

Siguieron, lado a lado, por la avenida embaldosada. La toca de la Gangart, en forma de gorro, llegaba justamente al hombro de Kostoglotov. La miró con el rabillo del ojo. Ella caminaba con la mayor seriedad, cual si fuese a ejecutar algo importante. A él le dieron ganas de reír.

-Dígame, ¿cómo la llamaban en la escuela? -preguntó de súbito. Ella alzó los ojos hacia él con viveza.



-¿Qué importancia tiene?

-Ninguna, por supuesto; es sólo por saber.

Ella dio en silencio algunos pasos, indicados por el leve taconeo sobre las losas. Ya en su primer encuentro había notado él la finura de sus piernas de gacela, cuando él yacía moribundo en el suelo y ella se le acercó.

-Vega -dijo ella.

(Por último, no era la verdad, la verdad exacta. Cierto que la habían llamado así en la escuela, mas sólo una persona: aquel hombre evolucionado pero detenido en su categoría, que no regresara de la guerra. Impulsivamente, sin saber por qué, acababa ella de confiarle ese nombre a otro.)

Saliendo de la sombra, se introdujeron en la pasada que separaba los pabellones... y vino a darles el sol, y hubo una ligera brisa.

-¿Vega? ¿En homenaje a la estrella?

-Pero sí. Vega es una estrella blanca deslumbrante.

Se detuvieron.

-Y yo no soy deslumbrante. -Hizo un movimiento con la cabeza-. Sino que soy Ve-ra Gang-art. Eso es todo.

Por vez primera, no fue ella quien perdió el aplomo ante él, sino él ante ella.

-Yo quise decir... -comenzó él.

-He comprendido. ¡Vacíeme eso! -ordenó ella. Y se prohibió a sí misma sonreír.

Kostoglotov desprendió el tapón profundamente hundido, lo tiró con cuidado; luego, inclinándose (se veía divertido con su bata que le colgaba como falda por encima de las botas), sacó una piedrecita quedada ahí de un pavimento antiguo.

-¡Mire bien! Si no, dirá que me lo he vaciado en el bolsillo -declaró él, encuclillado a sus pies, muy cerca de sus piernas.

De sus piernas, sus piernas de gacela que observara él desde la primera vez, desde la primera vez.

En el hoyo húmedo, sobre la tierra oscura, vertió él la muerte oscura y turbia de alguno. A menos que fuese la curación oscura y turbia de alguno.

-¿Se puede colmar? -preguntó él.

Ella lo miró desde arriba y sonrió.

Había algo de picardía de niño en ese verter y colmar. Picardía de niño, pero también algo que hacía pensar en un juramento solemne, en un misterio.

-Vamos, felicítame -dijo él, levantándose de nuevo.

-Lo felicito.

Tuvo una sonrisa. Triste.

-Dé su paseo.

Y partió en dirección al pabellón.

El tenía los ojos fijos en su espalda blanca. Dos triángulos: el de arriba, el de abajo.

¡Qué sensible se había puesto a toda muestra de atención femenina!

Bajo cada palabra creía adivinar más de lo que había; después de cada gesto, esperaba el siguiente.

-¡Vega! ¡Ve-ga! -pronunció a media voz, esforzándose por sugestionarla desde lejos-. Vuelve, ¿oyes? ¡Vuelve! Por lo menos, ¡date vuelta!

Pero en vano. Ella no se volvió.

## CAPITULO XVIII

### "Y AUNQUE FUESE A LAS PUERTAS DE LA TUMBA..."

Tal como una bicicleta, tal como una rueda, una vez lanzadas, no pueden permanecer estables sino en movimiento y caen apenas se las priva de él, igual ocurre con el juego entre un hombre y una mujer: una vez iniciado, no puede subsistir sin desarrollarse. Ahora bien, si hoy no está en ventaja con respecto a ayer, ya no hay más juego.

A Oleg le costó mucho esperar el atardecer del martes, en que Zoe debía venir a hacer su turno de noche. La rueda alegre y abigarrada de su juego debía rodar, indispensablemente, más lejos que la primera noche o el domingo en la tarde. Todo cuanto los impelía a hacer rodar la rueda lo sentía en él y lo preveía en ella. Inquieto, esperaba a Zoe.

Desde luego, salió a su encuentro al jardincito, pues sabía el camino oblicuo que ella tomaría. Enrolló ahí dos cigarrillos; luego pensó que, vestido con una bata de mujer, tendría un aspecto estúpido, que no era así como hubiese querido presentarse a su vista. Por lo demás, caía la noche, y regresó al pabellón; se sacó la bata, tiró de sus botas y, en pijama, con apariencia no menos ridícula, se apostó al pie de la escalera. Sus cabellos rebeldes estaban hoy tan domeñados como era posible.

Apareció ella, saliendo del guardarropía de los médicos. Venía atrasada, se apuraba. Mas, al verlo, lo saludó con un movimiento de cejas, no para manifestar su asombro, sino para indicar de alguna manera que su presencia encajaba en el orden de las cosas, que era ahí donde ella lo esperaba, que por cierto era ése su puesto, al pie de la escalera.

No se detuvo y, para no atrasarla más, él acomodó su paso al de ella y empezó, con sus largas piernas, a subir los peldaños de dos en dos. Eso ya no le era difícil ahora.

-¿Y bien? ¿Qué hay de nuevo? -preguntó ella, al mismo tiempo que caminaba, como se interroga a un edecán.

-¡Qué hay de nuevo! ¡La renovación del Tribunal Supremo! -Eso era lo que había de realmente nuevo. Pero para comprenderlo se requerían años de preparación. Y no era eso lo que Zoe se esperaba en este momento.

-Y para usted, un nombre nuevecito. He terminado por comprender cómo se llama usted.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo, por favor? -dijo ella, mientras subía los peldaños uno tras otro con agilidad.

-Imposible decirselo andando. Es demasiado importante.

Siguiéndola con la mirada, observó que sus piernas eran bastante robustas, algo toscas. Por lo demás, armonizaban con su pequeña silueta rechoncha. Eso hasta le daba tono. Y no obstante era muy distinto cuando eran

gráciles. Ingrávidas. Como las de Vega.

Se sorprendió de sí mismo. Nunca había razonado ni mirado así. Lo encontraba vulgar. Nunca se había precipitado así de una mujer a otra. Su abuelo habría calificado eso de ginecomanía. Bien dicen que la juventud se nutre de agua fresca y amor; pero su juventud Oleg la había malogrado. Ahora, cual la planta que en otoño se apresura a extraer de la tierra sus últimos jugos, para no dolerse del verano que dejara pasar, Oleg, durante esta breve tregua de su vida ya por declinar (¡evidentemente, por declinar!), Oleg se apresuraba a mirar a las mujeres y a hartarse de ellas, y eso desde un punto de vista tal que jamás habría podido explicárselo en voz alta. Percibía con más agudeza que otros lo que las mujeres llevaban consigo, pues durante largos años no las había visto, ni de cerca ni de lejos. Incluso, a fuerza de no oírlo ya, había olvidado el tono de su voz.

Zoe se hizo cargo de su turno y, de inmediato, se puso a dar vueltas como trompo. Como un trompo, giraba alrededor de su escritorio, de su cuaderno de prescripciones, del botiquín, luego enfilaba hacia una u otra de las puertas; por cierto que así es como da vueltas un trompo.

Oleg la observaba y, cuando vio venir una breve pausa, se plantó ante ella.

-Entonces ¿no hay otras noticias en todo el hospital? -preguntó Zoe, con su vocecita glotona, al mismo tiempo que esterilizaba jeringas sobre un anafito eléctrico y abría ampollas.

-¡OH, en el hospital hay hoy un acontecimiento de primera magnitud! Nizamutdin Bacjramovich pasó revista.

-¿Ah, sí? ¡Encantada de no haber estado presente!.. ¿Y entonces? ¿Le quitó sus botas?

-Mis botas, no, pero de todas maneras tuvimos un pequeño encontrón.

-¿Un pequeño encontrón?

-¡Fue tan solemne! Nos introduce de golpe una quincena de blusones: jefes de servicio, ayudantes, internos y otros, como nunca había visto yo aquí; y el médico jefe se echa sobre nuestras mesas de noche como un tigre. Pero teníamos informes y nos habíamos preparado un poco: no halló nada a qué hincarle el diente. Se enfurruñó, ¡no estaba contento! A todo esto, se expone mi caso y Ludmila Afanasiev comete una pequeña torpeza: leyendo mi asunto...

-¿Qué asunto?

-Bueno, mi historia clínica, siempre me equivoco... Dijo de dónde provenía el primer diagnóstico y de ello se deduce que yo venía de Kasajia. "¡Cómo!", dijo Nizamutdin, "¿viene de otra república? ¿Nos faltan camas y estaríamos atendiendo a extranjeros? ¡Que le den inmediatamente su boletín de salida!"

-Es muy sabido que la mitad de nuestros pacientes son "extranjeros".

-Sí, claro... Se me había venido encima así. .. Entonces, Ludmila Afanasiev... yo no me lo esperaba..., se engrifó para defenderme, se portó muy maternal: "¡Es un caso complicado e importante desde el punto de vista científico! Nos es indispensable para hacer deducciones teóricas ... " Yo estaba

en una situación idiota: hace algunos días había tenido una discusión con ella: había exigido un boletín de egreso, ella había gritado ... y he ahí que ahora tomaba mi defensa; yo no tenía más que decirle una palabra a Nizamutdin ..., ¡y ya no habría estado aquí para el almuerzo! .. Y ya no habría vuelto a verla...

-Entonces ¿fue por mí que no dijo esa palabra?

-¿Qué cree usted?

Kostoglotov había bajado la voz.

-Usted no me había dejado su dirección. ¿Cómo iba a descubrirla?

Pero ella estaba afanada y era difícil saber hasta qué punto le había creído.

-De todos modos, no iba yo a jugarle una mala pasada a Ludmila Afanasiev -prosiguió él, más fuerte-. Estaba ahí como un necio, sin decir nada. Entonces, Nizamutdin dijo: "Si es por eso, voy al consultorio y le traigo de vuelta cinco enfermos de la misma clase. ¡Y que serán todos de aquí! ¡Que lo echen!" Y de seguro fue en eso donde cometí una sandez, perdí una linda ocasión de marcharme! Me dio lástima Ludmila Afanasiev: había parpadeado una o dos veces, como derrotada, y ya no decía nada. Entonces, planté los codos sobre las rodillas, me despejé la garganta y pregunté muy tranquilamente: "¿Cómo es posible que usted me haga irme, cuando vengo de vuelta de las tierras vírgenes?" "¡Ah!", hizo Nizamutdin, espantado ... Había cometido un error político ... "El país no tiene nada que rehusarles a las tierras vírgenes." Y se fueron más lejos.

Zoe sacudió la cabeza: -Usted sabe salir del paso.

-Fue en el campamento donde me puse canalla, mi pequeña Zoe. Yo no era así. En general, tengo muchos rasgos de carácter que no son míos, sino que los debo al campamento. -Pero su jovialidad, ¿eso no viene de allá?

-¿Por qué no? Yo soy jovial porque estoy acostumbrado a perder; me pasma ver a toda esa gente llorar durante las visitas. ¿Qué es lo que tienen que llorar tanto? No los destierran, no les han confiscado nada ...

-¿Entonces usted sigue con nosotros un mes más?

-¡No hable de desgracias!.. .. Por una breve quincena, eso sí es probable... Es como si yo le hubiese firmado a Ludmila Afanasiev un papel comprometiéndome a soportarlo todo.

La jeringa estaba llena de un líquido recalentado, y Zoe partió de prisa.

Algo delicado le esperaba aquel día, y ella no sabía qué hacer. Sin embargo, tuvo que ponerle a Oleg, como a los demás, la inyección recientemente prescrita. Debía hacerse a la idea de esa parte del cuerpo que tiene por hábito soportarlo todo, pero el tono que se había establecido entre ellos hacía imposible esa inyección: todo su juego se desplomaría. Perder aquel juego y aquel tono, no lo deseaba *loe* más que Oleg. Ahora bien, para que la inyección volviera a ser posible, como lo hubiera sido entre los ya íntimos, ellos debían hacer rodar la rueda mucho más lejos.

De regreso a la mesa, mientras preparaba la misma inyección para Ajmadyan, Zoe preguntó:

-Y en lo que se refiere a inyecciones, ¿se deja usted hacer

juiciosamente? ¿Sin dar puntapiés?

Preguntarle eso a él, Kostoglotov. No esperaba más que eso para explicarse:

-Usted conoce mi opinión, mi pequeña *loe*. Siempre prefiero que no me las pongan. Cuando es posible. Pero eso no resulta con todo el mundo. Con Turgun marcha perfectamente: él siempre está buscando oportunidad de aprender a jugar ajedrez, y está convenido: si gano yo, nada de inyección; si él, me pincha. ¡Sólo que hay que decir que con él puedo ganar hasta sin las torres! Con María no hay caso de jugar: ella llega, austera, con su jeringa; yo trato de bromear, no hay manera: "¡Enfermo Kostoglotov, sírvase soltarse para la inyección!" ¡Nunca una palabra amable, nunca una frase humanitaria!

-Ella lo detesta.

-¿A mí?

-No a usted ... , a los hombres en general.

- Bah! Si se va al fondo de las cosas, tal vez haya motivo. ¡Ah!, Y además hay una enfermera nueva; tampoco acierto a entenderme con ella. ¡y cuando regrese Olimpiada. ésa es una que no nos perdona nada!

-¡Vaya. yo haré igual! -dijo *Zoe*, al mismo tiempo que medía con precisión dos centímetros cúbicos de líquido. Mas el tono no iba con ello.

Se fue a ponerle la inyección a Ajmadyan. De *nuevo* se quedó Oleg junto a la mesita.

Había otra razón. más importante ésta. por la cual *Zoe* no quería que a Oleg le pusieran esas inyecciones. Desde el domingo estaba preguntándose si era preciso hablarle de lo que ellas significaban.

Pues si, de repente. todo lo que ellos intercambiaban bromeando se revelaba serio -y podía ser el caso-; si esta *vez* no iba todo a parar en la triste recolección de ropas diseminadas por la pieza; si iba a constituirse algo estable; si *Zoe* se decidía efectivamente a convertirse en su abejita. a reunírsele en su exilio (después de todo. él tenía razón: ¿se sabía jamás en qué paraje remoto le esperaba a uno la felicidad?); en tal caso, las inyecciones prescritas a Oleg le concernían tanto como a él.

Y ella estaba en contra.

-Entonces -dijo alegremente. volviendo con su jeringa vacía-, ¿ha recobrado usted finalmente valor? ¡Vaya a desvestirse para la inyección, enfermo Kostoglotov! Yo voy en seguida. -Pero él estaba sentado mirándola y no la miraba con ojos de enfermo. Ni siquiera pensaba en las inyecciones. Al respecto, ya estaban ellos de acuerdo. Miraba sus ojos prominentes, que parecían prontos a salir de sus órbitas.

-¡Vamos a alguna parte, *Zoe*! -Ya no eran palabras, sino una especie de borborigmo ronco. Mientras más se apagaba su voz. más alta se hacía la de *Zoe*. Rió, asombrada:

-¿A qué parte? ¿A la ciudad?

-A la sala de los médicos.

Ella se abrió, se abrió, se abrió a su mirada apremiante y dijo, sin jugar:

-Veamos. Oleg, no es posible: tengo mucho trabajo. El pareció no

comprender:

-¡Venga!

-Está bien -enunció ella-; me había olvidado de que tengo que llenar un balón de oxígeno para... -Hizo un movimiento de cabeza en dirección a la escalera; hasta pronunció, quizás. el nombre del enfermo. El no había oído-. La válvula de la bomba de oxígeno es dura de abrir, por lo demás. Usted podrá ayudarme. ¡Venga!

El la siguió y bajaron la escalera hasta el rellano.

Aquel desdichado, todo amarillo, de nariz afilada, que un cáncer a los pulmones estaba acabando de consumir, ¿había sido siempre tan pequeño, o estaba reducido por la enfermedad? Estaba tan mal, que en ocasión de las visitas ya no le hablaban, ya no le hacían preguntas. Ahora se hallaba sentado en su cama, respirando el oxígeno del balón. De su pecho salía un gorgajeo. Hacía mucho tiempo que estaba grave, pero hoy su estado había empeorado a tal punto, que hubiese podido notar lo un ojo inexperto. Había terminado un balón y había otro, vacío, al lado suyo.

Tan mal estaba, que ya no veía del todo a las personas que pasaban o se aproximaban.

Ellos le tomaron el balón vacío y bajaron más. -¿Cómo lo tratan ustedes?

-No lo tratamos. Es un caso inoperable y los rayos X no han tenido efecto.

-¿Ustedes no operan en absoluto la caja torácica?

-En nuestra ciudad, todavía no.

-Entonces ¿va a morir? -Ella asintió con la cabeza.

Y por más que tuvieran entre las manos un balón de oxígeno destinado precisamente a impedirle ahogarse, se olvidaron en el acto de su existencia. Porque estaba a punto de producirse algo interesante

La gran bomba de oxígeno se hallaba en un corredor apartado, ahora cerrado con llave; en aquel corredor contiguo a las salas de radioterapia donde poco antes tendiera la Gangart a un Kostoglotov moribundo y empaquetado hasta los tuétanos. Ese "poco antes" no tenía más de tres semanas ...

No encendiendo la segunda ampolla del corredor (y ellos no habían encendido más que la primera), el recodo de la muralla donde estaba la bomba quedaba en penumbra.

Zoe era más chica que la bomba: Oleg, más grande.

Ella se habla puesto a conectar el tubo del balón al de la bomba. El estaba a su espalda y aspiraba sus cabellos, escapados de debajo de la cofia.

Ella se quejó:

-Esa espita es muy dura.

El puso sus dedos sobre la espita y la abrió de un golpe seco. Empezó a salir el oxígeno, con un leve silbido.

Fue entonces cuando, sin ningún preámbulo, Oleg cogió, con su mano liberada de la espita, la muñeca de la mano libre de Zoe.

Ella no se estremeció. no se sorprendió. Estaba vigilando la carga del balón.

Entonces, la mano de Oleg se deslizó más arriba, de la muñeca al antebrazo, y, pasando por el codo, hasta el hombro.

Exploración sin malicia, pero indispensable, para él como para ella, a fin de poner a prueba las palabras, de comprender que habían sido bien comprendidos.

Sí, lo habían sido.

Después le pasó dos dedos por la chasquilla. Ella no se indignó, no retrocedió: estaba observando el balón.

Entonces, cogiéndola por los hombros e inclinándola entera hacia él, llegó por fin a sus labios. Esos labios que tantas veces habían reído y charlado para él.

Y los labios de *Zoe* acogieron los suyos, sin abrirse ni ablandarse ni relajarse, sino tensos, ofrecidos, dispuestos.

El sintió todo esto en un instante, pues un minuto antes aún no tenía remembranza, había olvidado, no sabía que existían toda clase de labios, que hay besos y besos y que no todos se equiparan.

Mas lo que comenzara como un besuqueo, se prolongaba ahora en un asimiento único. en una larga fusión que no llegaba a término y que no había razón para terminar. Podían continuar para siempre amasándose y amasándose los labios así.

Pero después de un rato, después de dos siglos, se desunieron sin embargo. sus labios. Fue entonces cuando Oleg vio a *Zoe* por primera vez y cuando la oyó, en seguida:

-¿Por qué besas con los ojos cerrados?

¿Cerraba los ojos? El no lo sabía! Nunca lo había notado.

Y, a la manera de esos que, apenas recobrado el aliento, se zambullen de nuevo para coger la perla posada en el fondo, volvieron a unir sus labios; pero esta vez notó él que había cerrado los ojos y los reabrió al instante. Vio entonces, muy próximos, increíblemente próximos, oblicuos, sus dos ojos castaño amarillento, que le parecieron rapaces. Veía uno de sus ojos con cada uno de los suyos. *Zoe* seguía conservando el dominio de sus labios duros y expertos, no los dejaba revolverse al besar; y luego tuvo un leve balanceo y su mirada permaneció fija en él, como para medir por sus ojos lo que sentía él después de la primera, luego de la segunda, luego de la tercera de esas eternidades.

De improviso, su mirada se soslayó. Se apartó bruscamente de él y exclamó.

-La espita!

Dios mío, la espita! La mano de Oleg la cubrió y la detuvo aprisa.

¡Cómo no había estallado el balón!

-¡Mira lo que ocasiona el besarse! -dijo *loe*, en un soplo, todavía con la respiración entrecortada. Su chasquilla estaba despeinada; su toca, torcida.

Y aunque ella tenía la razón por completo, de nuevo se juntaron sus bocas, tratando de extraer algo la una de la otra.

El corredor tenía puertas de vidrio y acaso alguien hubiera podido ver en el rincón unos codos levantados: blanco el de *Zoe*, rosado el de Oleg.



¡Pues bien, tanto peor para él!

Cuando por fin volvió el aire a los pulmones de Oleg, dijo, sosteniendo la nuca de Zoe, que estaba examinando: -¡Botón de Oro! Así es como te llamas. Botón de Oro. Imitando con los labios, ella repitió:

-¿Botón de Oro? ¿Tesoro? -A fe mía, ¿por qué no?

-¿No te da miedo un relegado? ¿Un delincuente?

Ella sacudió la cabeza con despreocupación. -No.

-¿Un viejo?

-¿Tú, un viejo?

-¿Un enfermo?

Ella acuñó su frente en el pecho de Oleg y permaneció así.

El la atrajo más cerca, Más cerca de él, esas consolitas elípticas de las cuales seguía ignorando si sostendrían en equilibrio una regla pesada, Le hablaba:

-Vendrás a Ush-Terek, ¿no es cierto? .. ¿Nos casaremos?., Construiremos allá una casita.

Todo esto se parecía, ciertamente, a esa continuación que le hacía falta. propia de su natural de abeja; esa continuación constructiva y estable que venía después del extravío de las ropas diseminadas por la pieza. Apretada contra él, lo palpaba con todas sus entrañas. y con todas sus entrañas deseaba adivinar si era por cierto él. Si era de él de quien ella debería ...

Se irguió y de nuevo dobló el brazo alrededor del cuello de Oleg.

-¡Oleg querido! Esas inyecciones, ¿sabes lo que significan? El se frotó contra su mejilla.

-¿Y bien?

-Esas inyecciones ... ¿Cómo explicarte? .. Científicamente, eso se llama hormonoterapia ... Se las utiliza de la manera siguiente: a las mujeres se les inyectan hormonas masculinas; a los hombres, hormonas femeninas... Se considera que en esta forma se suprime el riesgo de metástasis ... Pero es sobre todo otra cosa lo que se suprime ... ¿Comprendes?

-¿Qué? ¡No! No del todo -dijo Oleg, en tono atropellado, nervioso, con expresión cambiada. Ahora la tenía de los hombros de otro modo. cual si quisiera. sacudiéndola, hacer salir de ella la verdad-. Habla! ¡Pero habla, pues!

-Se suprime ... , en fin ... , la capacidad sexual. .. incluso antes de la aparición de los caracteres sexuales secundarios del otro sexo. Dosis fuertes pueden hacer que a las mujeres les salga barba, y a los hombres, senos.

-¡Espera, espera! ¡No! -aulló él; recién empezaba a comprender-. ¿Esas inyecciones? ¿Las que me ponen a mí? ¿Hacen qué? ¿Lo suprimen todo?

-Bueno. no todo. Durante mucho tiempo. subsiste la libido.

-¿Qué es la libido?

Ella lo miró por largo rato a los ojos, le tiró suavemente un mechón rebelde.

-Bueno, lo que tú sientes en este momento por mí. .. , el deseo ...

-¿Subsiste el deseo y la capacidad no? ¿Es eso? -interrogó él, aturdido.

-La capacidad se debilita... mucho; y luego, a su vez el deseo ...  
¿Comprendes? -Pasó el dedo por la cicatriz de Oleg y le acarició la mejilla, que tenía tersa aquel día-. Por eso es que yo no quiero que te pongan esas inyecciones.

-¡For-mi-da-ble! -dijo él, recobrando su ánimo y enderezándose-.  
¡Eso es formidable! ¡Me lo sospechaba! ¡Sabía que estaban preparándome una cochinado! Por cierto, es lo que está ocurriendo!

Tenía ganas de tratar a los médicos con todos los calificativos. A todos los médicos, en general. Por disponer arbitrariamente de la vida de la gente. Y de pronto volvió a ver el rostro de la Gangart, tal como la víspera, impresa en él una seguridad serena, cuando con su mirada cordial y afectuosa posada en él, le dijera: "Son muy importantes para su vida! ¡Se trata de salvarle la vida!"

¡Ea, Vega! ¿Lo quería ella? ¿Y era por eso que, a costa de un engaño, lo conducía hacia ese destino?

Le deslizó a Zoe una mirada oblicua:

-¿También tú eres así? ¿Como en la escuela? "Lo más precioso que tiene el hombre es la vida. No le es dada más que una vez." Es eso, ¿eh? Y por consiguiente, hay que aferrarse a ella a cualquier precio. Es eso, ¿no?

¡Vamos! ¿Por qué se enojaba con ella? Ella entendía la vida exactamente como él: ¿para qué vivir sin eso? Sus labios hambrientos, sus labios de fuego, habían sabido, ellos solos, transportarlo hoy hasta las más altas cimas de la cadena del Cáucaso. Estaba ahí, ante él. ¡Y sus labios se hallaban muy próximos!

Mientras esta especie de libido circulara todavía por sus piernas, por sus riñones, ¡preciso era que la aprovechase para besar!

-¿No podrías tú inyectarme algo ... "en sentido contrario"?

-Me despedirían.

-¿Pero existen inyecciones de ésas?

-Sí, son las mismas, sólo las que se les ponen a los mujeres.

-Escuche, mi pequeña Botón de Oro, vamos a alguna parte ...

-Vaya, si ya estamos aquí. Y ahora tenemos que devolvemos ...

-¡A la sala de los médicos!. .. ¡Ven!

-Es imposible; hay una auxiliar, hay gente que circula ...

Todavía no ha terminado la velada ... -¿Esta noche, entonces?

-No hay que ir demasiado rápido, querido Oleg. De lo contrario, no tendremos mañana ...

-¿Qué haré yo con tu "mañana". sin libido? .. Mejor dicho, no; te lo agradezco: yo conservaré mi libido, ¿no es así? .. Anda. inventa algo, vamos a alguna parte! ..

-Oleg querido, es preciso dejar algo para el porvenir. .. ¡No vayas demasiado rápido! .. Tenemos que transportar este balón de oxígeno.

-Sí, es verdad, hay que llevarlo En seguida .

-En seguida, llevémoslo.

-Nos lo llevamos... En seguida ...

Subieron la escalera sin tomarse de la mano, sino sosteniendo el

balón de oxígeno, inflado como una pelota de fútbol. y los movimientos de sus cuerpos se transmitían del uno al otro a través del balón.

Era cual si estuviesen tomados de la mano.

y en el rellano, sobre la cama por delante de la cual circulaban día y noche, todos en sus afanes, los enfermos y los no enfermos, un hombre amarillo, desecado, débil de pecho, estaba apoyado en sus almohadones; ya ni siquiera tosía, sino que se golpeaba la cabeza contra las rodillas replegadas. y acaso sus rodillas le hicieran, contra la frente. el efecto de un muro circular.

Todavía estaba vivo, mas ya no había seres vivientes a su alrededor.

Era posible que fuera ese día cuando moriría aquel hermano de Oleg, aquel prójimo de Oleg, abandonado, hambriento de afecto. Quizás Oleg hubiese podido, sentándose a su cabecera, pasando la noche aquí, aliviar sus últimas horas.

Pero simplemente depositaron ellos el balón de oxígeno y se fueron. ¡Últimas centímetros cúbicos de respiración, ese balón de oxígeno de un moribundo no habría sido, para ellos, sino un pretexto para aislarse y conocer el uno los besos del otro!

Oleg subió la escalera como si hubiera estado pegado a Zoe.

No pensó en el agonizante que dejaba tras él, en el agonizante que fuera él mismo dos semanas antes o que sería seis meses más tarde. Pensaba en esta joven, en esta mujer, en esta hembra, y en la manera de persuadirla a aislarse con él.

Y además, estaba esta sensación por completo olvidada y por ende más inesperada, esta sensación casi dolorosa en sus labios, tan abrumados de besos que ahora estaban duros e hinchados, sensación que se transmitía a su cuerpo todo como un arrebató de juventud.

## CAPITULO XIX

### UNA VELOCIDAD CERCANA A LA DE LA LUZ

No todos le dicen a su madre "mamá", especialmente en presencia de extraños. Tal es el caso de los muchachos y los hombres que tienen más de quince años y menos de treinta. Vadim, Boris y Jorge Zatsyrko nunca se habían avergonzado de su madre. La querían ya unánimemente en vida de su padre; mas, desde que les fusilaran a éste, ella pasó a ser el objeto especialísimo de su amor. Poco distanciados por la edad, crecieron los tres como iguales, tan activos en la casa como en la escuela, escapando a las contingencias de las calles ... , y jamás le habían dado motivos de congoja a su madre convertida en viuda.

Habiendo fotografiado un día a sus hijos, tomó ella por costumbre, para poder compararlos, llevarlos cada dos años a donde el fotógrafo (antes de captarlos ella misma con un aparato de su propiedad) y, una tras otra, iban colocándose en orden en el álbum de familia las fotos de la madre y de sus tres hijos.

Ella tenía la tez clara; ellos tres eran morenos, sin duda por aquel prisionero turco que se casara otrora con su abuela de Alexandrovsk. En las fotos, los extraños no siempre los distinguían. De una a otra se los veía crecer, robustecerse, alcanzar, luego pasar a su madre; ella envejecía imperceptiblemente, pero se erguía frente al objetivo, orgullosa de esa historia viviente de su vida. Médica, conocida en la ciudad, había cosechado muchos agradecimientos, muchos ramos y golosinas; mas, aunque no hubiese hecho nunca otra cosa que criar a tres hijos como los suyos, justificada habría estado su vida de mujer. Los tres habían ingresado al mismo instituto politécnico; el mayor salió de ahí geólogo; el segundo, electrotécnico; el menor estaba ahora terminando sus estudios de arquitecto y su madre vivía con él.

Por lo menos, vivió con él mientras ignoró la enfermedad de Vadim. El sábado anterior había recibido de la Dontsov un telegrama que decía que se necesitaba oro coloidal. Al otro día había contestado por el telégrafo que iba a buscarlo en Moscú. Llegó allá el lunes. Desde hacía dos días estaba ella probablemente tratando de hacerse recibir por ministros y otras personalidades, a fin de conseguirle a su hijo, en memoria de su padre muerto (en su calidad de miembro de la "Inteligencia" expuesto a las vejaciones del régimen soviético, no lo habían evacuado de la ciudad y los alemanes lo fusilaron por haber tenido contactos con los guerrilleros y recogido a soldados nuestros heridos), a fin de conseguirle a su hijo la visa que permitiese levantar las restricciones relativas al oro coloidal.

Aun a distancia, todos estos trámites le repugnaban a Vadim y lo ofendían. El no soportaba los favores contra derecho, debíanse ellos al mérito o a las relaciones. Le molestaba el simple hecho de que su madre hubiese

enviado un telegrama para avisarle a la Dontsov. Por importante que le resultara sobrevivir, no deseaba aprovecharse de ningún privilegio, ni siquiera ante las fauces inmundas de la muerte cancerosa. Por otra parte, observando a la Dontsov, muy pronto había comprendido Vadim que Ludmila Afanasiev le habría consagrado igual tiempo e igual atención sin la intervención de su madre. Simplemente no habría mandado ese telegrama pidiendo oro coloidal.

Ahora, si su madre encontraba ese oro, se lo traería personalmente en avión, Pero de todos modos vendría, aunque no lo encontrase. Fue del hospital de donde le mandó él la carta en que le hablaba del "chaga" -sí, le había hablado del "chaga"-; no porque él mismo hallara en eso motivo de esperanza, sino para proporcionarle a ella una posibilidad más de actuar en pro de la salvación de su muchachito, para dejar satisfecha a su mamá. Y si la esperanza había de decrecer, ella iría, a despecho de todos sus conocimientos, de todas sus convicciones médicas, a buscar a aquel brujo en las montañas, para que él le diera raíz del lago Isyk-Kul. (La víspera, Oleg Kostoglotov había venido a confesarle que, cediendo a un capricho de buena mujer, había botado su preparado, añadiendo que de todas maneras no tenía él una cantidad suficiente; le había dado la dirección del viejo y se comprometía a cederle parte de su reserva en caso de que ya lo hubieran puesto a la sombra.)

Su madre ya no vivía desde que la vida de su hijo mayor estaba en peligro. Su madre lo haría todo, y aun más; hasta haría demasiado. Llegaría, incluso, a sacarlo de aquella expedición de la cual formaba parte, aunque estuviese en ella con Galka. Al fin de cuentas, según lo convencieran fragmentos de conversaciones y lo que él había podido leer acerca de su enfermedad, habían provocado su tumor las inquietudes y precauciones excesivas de su madre. Siempre había tenido él en la pierna una gran mancha pigmentaria y su madre, como médica, sabía sin duda el riesgo de una propensión a degenerar; siempre hallaba algún pretexto para tocarle esa mancha y había insistido, un día, en que un buen cirujano hiciera una operación preventiva; justamente lo que no había que hacer, en apariencia.

Mas, aunque su lento morir le proviniese de su madre, él no podía reprochárselo, ni en su fuero interno ni de viva voz. No se puede ser tan mezquino como para juzgar a base de los resultados ... , es más humano juzgar a base de las intenciones. y habría sido injusto de parte suya irritarse contra el error de su madre. Siempre había tenido él en la pierna una gran mancha pigmentaria, sus talentos abortados. Porque intereses, talentos, celo en la obra, todo eso no habría existido jamás de no haber existido él mismo, Vadim. El, Vadim, que provenía de su madre.

El ser humano tiene una dentadura, de la cual se sirve para rechinar los dientes, tascar el freno, morderse los labios. Las plantas no tienen dientes: ¡qué sosegadamente crecen!, ¡cuán apaciblemente mueren!

Pero, si bien perdonaba a su madre, Vadim no podía, en cambio, perdonar a las circunstancias. No podía abandonarles ni un solo centímetro de su epidermis. No podía evitar' rechinar los dientes.

Ah, ¡cómo lo había abatido esta enfermedad!, ¡cómo lo había segado en el instante más decisivo!

A decir verdad, Vadim había tenido siempre, desde su infancia, como un presentimiento de que algún día le faltaría el tiempo. Se ponía nervioso cuando para charlar una vecina o una invitada venía a quitarles tiempo a él y a su madre. Se indignaba de que en la escuela o en el instituto fijaran siempre las reuniones (tratárase de trabajo, de excursiones, de veladas o de manifestaciones) para una o dos horas antes de lo conveniente, en previsión de que la gente llegara atrasada. Jamás había podido soportar la media hora del periódico hablado: todo cuanto ahí se oía de importante y útil podía ocupar cinco minutos, y el resto no era más que agua. Lo enfurecía tener una probabilidad sobre diez de encontrar cerrada o vuelta a cerrar la tienda adonde iba debido a inventario o entrega, cuando nada permitía preverlo; que todo consejo rural, toda oficina central de Correos pudiesen estar cerrados en cualquier día de trabajo, siendo que a veinticinco kilómetros de ahí no se puede adivinarlo.

El ser tan avaro de su tiempo se lo debía, posiblemente, a su padre. A él tampoco le gustaba la ociosidad; recordaba que un día lo había retenido entre sus rodillas, diciéndole: "¡Vadim!, si no sabes emplear el minuto, perderás la hora, el día y tu vida toda".

¡Pero no! Su demonio, esa sed inextinguible de tiempo, estaba en él desde su más temprana edad. Apenas un juego con sus camaradas empezaba a ser grave, negándose a permanecer plantado ahí en la calle, a las puertas del patio, se marchaba, dándosele un ardite las bromas pesadas. Apenas un libro le parecía verboso, dejaba de leerlo, abandonándolo en provecho de alguna obra más substancial. Si hallaba estúpidas las primeras escenas de una película (casi nunca se sabe nada por adelantado de una película, y es adrede), despreciaba el dinero gastado, hacía crujir su asiento y se iba, para salvaguardar su tiempo y la limpieza de su razón. Lo fastidiaban esos profesores que abruman a su curso con amonestaciones de diez minutos y luego no tienen tiempo suficiente para sus explicaciones; que se extienden en ciertos detalles, condensan algunos otros y dan la tarea para la casa después del toque de la campana: un proteo sor de ese tipo no se imagina que el recreo de sus alumnos pueda estar regulado con más exactitud que la lección del profesor que es él.

¿También desde su infancia había sentido quizás en él la presencia de un peligro desconocido? Inocente de todo, había vivido desde sus años más tempranos bajo el ataque de aquella mancha pigmentaria! Y cuando, de muchachito, se mostraba tan avaro de su tiempo, inculcándoles su avaricia a sus hermanos; cuando leía libros para adultos ya antes de ingresar a las preparatorias y, en tercer año, construía en su casa un laboratorio de química, ¿no estaba tratando ya de ganar en velocidad a su futuro tumor, pero a ciegas, sin ver dónde estaba el enemigo? ¡Mientras que el enemigo, habiéndolo visto siempre, había podido elegir el momento más apasionante para echársele encima y morderlo! ¿Enfermedad? No, serpiente. Hasta su nombre, melanoblastoma, tenía algo de ofidio.

Cuando le empezó, Vadim no la había notado. Fue durante su expedición al Altai. Hubo primero un endurecimiento, luego un dolor. después un absceso que supuró, seguido de una mejoría; por último, un nuevo endurecimiento; y el roce de la ropa se le había hecho tan intolerable, que le

había costado caminar. Sin embargo, nada dijo de, eso en sus cartas a su madre; no abandonó su trabajo, pues estaba reuniendo un primer conjunto de materiales que debía imperiosamente ir a presentar en Moscú.

Su expedición no se ocupaba sino de aguas radiactivas; no se les pedía descubrir yacimientos de minerales. Pero Vadim, que a pesar de su edad había leído mucho y era especialmente versado en química, (ciencia de la cual no todos los geólogos tienen buenos conocimientos), Vadim preveía, Vadim presentía que se hallaba en gestación un nuevo método de prospección minera. El jefe de la expedición rechinaba los dientes cuando veía sus esfuerzos; el jefe de la expedición quería trabajo ejecutado de acuerdo con el programa.

Vadim había pedido que lo enviaran en misión a Moscú. El jefe no concedía misiones por esta clase de motivos. Fue entonces cuando Vadim arguyó su tumor, haciéndose entregar un boletín de enfermedad, y se presentó al dispensario. Allí se impusieron del diagnóstico; querían hospitalizarlo sin más demora, pues el tiempo apremiaba. Habiéndosele fijado una fecha, él emprendió vuelo a Moscú, donde esperaba encontrarse con Cheregorodzev, quien estaba precisamente participando en una conferencia. Vadim nunca lo había visto antes, pero había leído un manual y unos libros suyos. Le habían advertido que Cheregorodzev lo interrumpiría después de la primera frase, pues decidía desde el primer momento si alguien valía la pena de hablar con él. Vadim se pasó, pues, todo su viaje componiendo esa dichosa frase. Presentado a Cheregorodzev durante una interrupción de la sesión, Vadim le soltó su frase a quemarropa, a la entrada del bufete. .. y Cheregorodzev desistió del bufete, le tomó el brazo más arriba del codo y se lo llevó aparte. La complejidad de esa conversación de cinco minutos (le pareció calentada al rojo) provenía de que era preciso hablar a toda velocidad, asimilar las respuestas instantáneamente, hacer buen despliegue de su erudición, empero sin decirlo todo, para reservarse el "truco" fundamental. Cheregorodzev lo bombardeó con un cúmulo de objeciones tendientes a dejar en evidencia que las aguas radiactivas son un índice secundario, mas no podrían ser el índice principal de la presencia de un yacimiento, y que basarse en ellas para descubrir minerales no conduciría a nada. Esto fue lo que dijo, pero parecía muy dispuesto a dejarse convencer de lo contrario: en un momento dado, esperó que Vadim lo hiciera; pero: no habiendo éste intentado nada, se separaron. Vadim comprendió que todo el Instituto de Moscú debía de estar dándole vueltas a este problema que lo retuviera a él entre las piedras de las montañas altaicas.

Por ahora no podía esperar nada mejor. Era el momento de ponerse a trabajar, ¡O no lo haría nunca!

También era el momento de hospitalizarse ... y de revelarle su estado a su madre. Podía haber partido para Novocherkassk, mas este lugar le había gustado y además estaba más cerca de sus montañas.

En Moscú no solamente completó su información sobre las aguas y los minerales; supo, además, que de un melanoblastoma se muere... siempre; que raras veces se vive más de un año y, con la mayor frecuencia, ocho meses.

En suma (lo que le ocurre al cuerpo cuya velocidad se aproxima a la de la luz), su tiempo y su masa se hacían diferentes de los de los demás hombres: aumentaban la capacidad de su tiempo, la fuerza de penetración de su masa. En

sus semanas conseguían introducirse años; en sus minutos. días. Aunque toda su vida se había apresurado, recién estaba empezando a apresurarse verdaderamente! En sesenta años de vida apacible, hasta un imbécil puede doctorarse en ciencias. En veintisiete años, ¿qué se puede hacer?

Veintisiete años ... , la edad de Lermontov, él tampoco quería morir (Vadim sabía que él se le parecía un poco: tamo bién era bajo. moreno, esbelto, ágil, de manos pequeñas; pero no tenía sus bigotes) y, no obstante, se nos había instalado en la memoria, ¡no por cien años, sino para siempre!

Frente a la muerte, frente a la pantera moteada de la muerte ya ovillada ahí, muy cerca, en su propia cama. Vadim, como hombre de talento, debía hallar una fórmula que le permitiese vivir con ella en buena vecindad. ¿Cómo vivir con provecho estos últimos meses" si se trataba de meses? Esta muerte, factor nuevo y repentino en su vida, había tenido que analizarla; y, hecho el análisis, observó que parecía haberse habituado a ella. si no inclusive asimilado.

La peor vía para su reflexión hubiese sido partir de lo que él perdía: cuán feliz habría podido ser, adónde habría ido, lo que podría haber realizado... si hubiera vivido largo tiempo. La vía más acertada partía de la estadística: hay personas que deben morir jóvenes. La compensación para el que muere joven es pel-manecer joven en el recuerdo de la gente; la compensación para quien antes de morir se ha consumido en una gran llama... es resplandecer eternamente. Había all í un hecho importante, a primera vista paradoja!, que Vadim pudo discernir en sus reflexiones de estas últimas semanas: el talento es más apto que la mediocridad para comprender la muerte y aceptarla. Y no obstante, muriendo, ¡pierde mucho más el talento que la mediocridad! La mediocridad exige vivir mucho tiempo. aunque se sepa, desde Epicuro, que un imbécil no sabría qué hacer con una eternidad.

Intentó, ciertamente., creer que le bastaría resistir tres o cuatro años para que en este siglo de hallazgos, en este aluvión de descubrimientos que trastorna todas las ciencias, se inventara una medicación para el melanoblastoma. Mas Vadim decidió no soñar! con una prolongación de su vida, no soñar con su curación, incluso no consagrar ni un instante de sus noches a estos pensamientos estériles; apretar los dientes, trabajar, dejarle en herencia a la humanidad un nuevo método de prospección de minerales.

Habiendo compensado así su muerte prematura, se había serenado y la aguardaba.

Preciso es decir que. desde hacía veinte años. jamás había experimentado él mayor sensación de plenitud, de saciedad y de equilibrio que cuando empleaba su tiempo útilmente. y ése era el modo más razonable de vivir sus últimos meses.

Entregado de lleno a este entusiasmo creador, Vadim había entrado, pues, a esta sala con algunos libros bajo el brazo.

El primer enemigo con que se esperaba encontrar ahí era la radio, el altoparlante; y para combatirlo, Vadim estaba dispuesto a emplear todos los medios, lícitos e ilícitos: primero, la persuasión de sus vecinos; luego, los cortocircuitos (con un alfiler); por último, la eliminación de los enchufes .. " La



difusión permanente por medio de altoparlantes, que sin motivo consideran todos, entre nosotros, muestra de una vasta cultura, es, por el contrario, indicadora de retardo cultural; y un estímulo a la pereza mental. Pero Vadim casi nunca lograba convencer de ello a nadie. Ese murmullo perpetuo, esa sucesión de informaciones que no se desean y de música que uno no ha escogido (y que además no cuadra con el ánimo del momento), eran un robo de tiempo y una entropía del alma, una disuasión del alma, hartamente adecuada para los indolentes, pero intolerable para el espíritu de iniciativa. El tonto de que habla Epicuro, una vez ganada su eternidad, sin duda no tendría, para matarla, otro medio que la radio.

Ahora bien, Vadim tuvo la grata sorpresa de no hallar radio al entrar a la sala. No la había en todo el segundo piso, falta que encontraba su explicación en el hecho de que, año tras año, se disponían a trasladar el dispensario a otro local mejor instalado donde, por supuesto, habría estado asegurada la existencia de radio en todas partes.

El segundo enemigo que temía Vadim era la obscuridad: la luz apagada demasiado temprano, encendida demasiado tarde; las ventanas demasiado distanciadas. Mas el magnánimo Diomka le había cedido su puesto al lado de la ventana y Vadim se organizó desde el primer día: se acostaría a un tiempo con todos; despertaría y se pondría a trabajar temprano, desde el amanecer, siendo las primeras horas las mejores y más tranquilas.

El tercer enemigo posible era la charla excesiva de sus compañeros de sala. Charla .. , por cierto que la había; considerándolo todo, el equipo le había gustado y, en especial, por su quietud.

Eganburdiev le pareció el más simpático; casi siempre silencioso, les dirigía a todos unas sonrisas homéricas que le apartaban las gordas mejillas y los labios gruesos.

Mursalimov y Ajmadyan eran, también, personas agradables; era fácil convivir con ellos. Cuando hablaban en uzbeko no lo molestaban en absoluto; por lo demás, hablaban calmadamente, como personas de buen criterio. Mursalimov tenía la apariencia de un viejo sesudo, de esos que conociera Vadim en las montañas; una sola vez se había enojado con Ajmadyan hasta el punto de discutir, con mediano buen humor. Habiendo pedido Vadim que le tradujeran de qué se trataba, se enteró de que Mursalimov protestaba contra los nuevos nombres de pila que fabrican soldando palabras; sostenía que no existen más que cuarenta nombres verdaderos, legados por el Profeta, y que todos los otros son falsos.

Tampoco Ajmadyan era un mal sujeto; cuando le pedían bajar el tono, jamás dejaba de hacerlo. Vadim había impresionado su imaginación hablándole de la vida de los evencos; Ajmadyan meditó dos días, pensando en aquella vida absolutamente inverosímil; luego le hizo a Vadim preguntas inesperadas:

-Oye, en cuanto a equipo, ¿qué tienen los evencos? -Vadim contestó en pocas palabras y Ajmadyan permaneció varias horas sumido en sus meditaciones. Después, fue renqueando a buscar a Vadim-. y como servicios, ¿qué tienen los evencos? -y a la mañana siguiente-: Oye, ¿y cuál es el objetivo

que tienen? -No le cabía en la cabeza que los evencos pudiesen vivir buenamente "así".

Otro más había agradable y cortés: Sigbatov, quien venía a menudo a jugar damas con Ajmadyan. Evidentemente, no había recibido educación; pero comprendía que no es decoroso hablar demasiado fuerte y que, en consecuencia, no hay que hacerlo. Y si iniciaba alguna disputa con Ajmadyan, era siempre en tono apaciguador:

-¡Pero no vas a decirme que la uva que tienen aquí es verdadera uva!  
¡No vas a decirme que tienen verdaderos melones! -¿ y dónde los hay verdaderos, entonces? -decía Ajmadya-, acalorándose ...

-En Crimea, pues... Me gustaría que vieras, eso ...

Diomka también era un buen muchacho; Vadim adivinó que tenía profundidad. Diomka reflexionaba, se preocupaba, quería entenderlo todo. Por cierto que su cara no llevaba el sello luminoso del talento; su expresión era más bien desabrida, cuando concebía un pensamiento inesperado; le sería difícil la vía de los estudios y las ocupaciones intelectuales; pero los remolones de este tipo constituyen con frecuencia personas consistentes.

En cuanto a Rusanov, Vadim lo soportaba sin irritarse. Era alguien que había dejado atrás toda una vida de trabajo honesto, sin haber inventado la pólvora. Sus juicios eran, en el fondo, más bien justos; pero no sabía expresarlos con flexibilidad, utilizaba fórmulas aprendidas de memoria.

Kostoglotov, por su parte, había comenzado disgustándole, lo encontró demasiado mal hablado. Mas Vadim se dio cuenta de que en el tondo era distinto, carecía de arrogancia, hasta era como aprensivo. Sólo que su vida no había sido más que una larga serie de desgracias y eso lo había amargado. Su carácter un tanto difícil debía de haber sido la causa de sus fracasos. Su enfermedad iba mejorando; todavía habría podido mejorar su vida entera, de haber sido más razonable, si hubiera sabido lo que quería.

Lo que ante todo le faltaba era precisamente un poco de peso en la cabeza: se veía en su manera de perder el tiempo, de andar de un lado para otro, ora fumando, ora vagando sin objeto por el exterior, de apoderarse de un libro para dejarlo en seguida; también en su manera de atraer a las mujeres. No se necesitaba ser muy hábil para comprender que había algo entre él y Zoe, algo entre él y la Gangart.

Por muy encantadoras que fueran ambas, Vadim, que se hallaba a las puertas de la muerte, no habría querido por nada del mundo perder su tiempo con mujeres. Tenía a Galka, quien lo esperaba en la expedición, soñando con llegar a ser su esposa: mas hasta eso era algo a lo cual ya no tenía él ningún derecho: no habría sido muy de ella.

Ya no sería de nadie.

Tal era el precio que había que pagar; la pasión que se apodera de nosotros expulsa a todas las demás.

Si alguien de la sala exasperaba a Vadim, era Podduiev. Podduiev, en otro tiempo fuerte y brutal, ablandado repentinamente, que se perdía en lucubraciones dignas de un cura o un tolstoiano. Vadim no podía soportarlo; lo irritaban sus fabulitas incendiarias sobre la humildad y el amor al prójimo. la

necesidad de renunciar a sí mismo y la espera, con la boca abierta. del favor que uno pueda hacer al azar de un encuentro; ¡pudiendo el hombre del azar ser tanto un holgazán grasiento como un bribón de marca mayor! Esa pequeña justicia paliducha y demasiado obvia se oponía al entusiasmo juvenil, a la ardiente impaciencia que constituían a Vadim entero, a su necesidad de estallar como un fogonazo, de estallar y entregarse. El también se preparaba y estaba empeñado en no tomar, sino dar - no a entregar de a poco, bajo la presión de las circunstancias, sino a darlo todo de una vez, en el incendio de un hecho destacado, al pueblo y a la humanidad!

Estaba feliz desde que Podduiev recibiera su boletín de egreso y Federau. el de las cejas albinas, abandonara su rincón para ir a ocupar su puesto. Si había un ser sosegado, ése era Federau; en la sala nadie lo era más que él: podía permanecer un día entero, acostado ahí, sin decir palabra, mirando con sus ojos tristes. Un buen muchacho muy raro. Era el vecino ideal para Vadim; mas dos días después, un viernes, debía abandonar la sala para hacerse operar.

Al principio estuvieron mucho tiempo sin hablarse; pero aquel día había terminado por trabarse entre ellos una conversación acerca de sus respectivas enfermedades. Federau dijo haber tenido una meningitis de la cual estuvo a punto de morir.

-¡Oh!, ¿sufrió algún golpe?

-No, un enfriamiento. Me vino un bochorno y me llevaron de la fábrica de vuelta a casa en coche; entonces se me resfrió el cerebro, me vino una inflamación de las meninges; antes veía mejor. -Contaba todo esto calmadamente, con una sonrisa pálida, sin dar a entender que se trataba de una catástrofe, de una tragedia.

-¿Cómo un bochorno? -preguntó Vadim. volviendo a dirigir la vista hacia su libro, pues pasaba la hora. Pero, en una sala de hospital, el que desea hablar de enfermedad siempre halla aficionados: posada en él desde el otro extremo de la sala, percibió Federau la mirada de Rusanov, hoy muy aplacado, y contó, también para él:

-Se había producido una avería en una caldera. y era preciso hacer una soldadura nada fácil. Evacuar el vapor, enfriar la caldera, volver a ponerla en funcionamiento, era cosa de veinticuatro horas. Entonces el director me mandó buscar en auto en plena mitad de la noche. Me dijo: "Federau, para no parar el trabajo, te metes un traje protector y te sumerges en el vapor; ¿de acuerdo?" "¡Bah!", dije yo, "¡isi hay que ir, vamos allá!" Fue no mucho antes de la guerra, el calendario de entregas estaba muy recargado, yo no podía hacer otra cosa. Me introduje e hice el trabajo. Demoré una hora y media ... Además, no podía negarme porque siempre había sido el primero en el cuadro de honor de la fábrica.

Rusanov estaba escuchando y miraba con aire de aprobación.

Tuvo este elogio:

-Una acción ... digna... casi diría yo: digna de un bolchevique.

-Pero si.. yo soy miembro del Partido. -La voz y la sonrisa de Federau se habían hecho aun más suaves y modestas. -¿Usted. .. lo fue? -corrigió Rusanov (a la menor felicitación, ya se creen haberlo logrado!).

-Lo soy -dijo Federau, sin levantar la voz. Aquel día, Rusanov no tenía cabeza para ocuparse de los asuntos de los demás, para discusiones menudas con ellos, para ponerlos en su lugar; él era, por su parte, víctima de circunstancias sumamente trágicas. Pero no podía dejar pasar tonterías tan evidentes. El geólogo había vuelto a sumergirse en sus libros. Con voz débil, con una claridad serena (sabía que aguzarían el oído para escucharle), dijo Rusanov:

-Es imposible. De seguro que usted es alemán.

-Sí -enunció él, con una señal de cabeza casi afligida-.

¿ y qué? -Todo se presentaba claro; sin embargo, ese Federau no parecía convenir en ello.

-Cuando lo relegaron tienen que haberle retirado su tarjeta del Partido.

-No me la quitaron -dijo él, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

Rusanov hizo una mueca; le costaba hablar:

-Eso no puede ser sino una omisión: no tuvieron tiempo, se apresuraron, cometieron un error. Corresponde que usted la devuelva, por su propia iniciativa.

-¡Anda usted descaminado! -No obstante to hoda su timidez, Federau se obstinaba-. Hace trece años que tengo mi tarjeta. No ha habido error! Hasta nos convocaron al Comité de Distrito; nos explicaron: "Ustedes siguen siendo miembros del Partido. No los confundimos con los otros". Una cosa es el puño del Resguardo; la cotización dentro del Partido es otra. No podemos desempeñar funciones importantes, pero en los puestos subalternos ... hay que dar el ejemplo. Ahí está la cosa.

-Si .. , yo no sé -suspiró Rusanov. Tenía ganas de volver a bajar los párpados, le costaba mucho esfuerzo hablar.

La inyección que le pusieran tres días antes no lo había aliviado de ningún modo, Su tumor no había ni disminuido de volumen ni ablandado: seguía oprimiéndole debajo de la mandíbula cual una bola de fierro, Hoy, debilitado, angustiado de nuevo por el delirio que iba a torturarlo, yacía en espera de su tercera inyección. Después de la tercera, habían acordado Capitalina y él ir a Moscú ... ; pero, desde entonces, Pablo Nicolaievich ya había perdido todo deseo de luchar: acababa de sentir lo que significa "estar condenado"; fuese la tercera o la décima, aquí o en Moscú, si el tumor resistía la medicación, resistiría hasta el final. A decir verdad, un tumor no era la muerte: podía no desaparecer, hacer de él un inválido, un monstruo. un enfermo; pero hasta el día anterior Pablo Nicolaievich no había discernido el lazo que unía a aquel tumor con la muerte; la víspera le había oído a Kostoglotov -siempre él- explicarle a alguien que un tumor difunde venenos a todo el cuerpo y que. por consiguiente, un organismo no puede tolerarlo.

y Pablo Nicolaievich había tenido una puntada al corazón; había comprendido que ya no podía eludir totalmente la muerte. Por supuesto, la muerte seguía siendo imposible; no obstante, se convertía en un tema de reflexión no desechable. El día antes, en el primer piso, había visto con sus propios ojos a un operado a quien habían recubierto completamente con una

sábana. Entonces captó el sentido de la expresión que emplearan en su presencia unas enfermeras: "Pronto estará él bajo la sábana". Era eso, pues. La muerte parecía negra, pero sólo era negra la inminencia de la muerte. La muerte misma era blanca,

Por supuesto, Rusanov sabía que, siendo mortales todos los humanos, también él tendría que pasar por eso algún día. Un día ... , pero... ¿en seguida? No es terrible morir... algún día: lo terrible es morir ... en seguida. ¿Por qué? Bueno, porque: "¿Y cómo? ¿Y después? ¿Y sin mí? .. "

Experimentaba compasión por sí mismo. Una verdadera compasión, de imaginarse una vida tan bien orientada, tan agresiva y, se podía decir, tan hermosa como la suya, echada abajo por ese tumor extraño que, al fin de cuentas su mente se negaba a considerar inevitable, La blanca muerte indiferente, bajo el aspecto de una sábana que no moldea ninguna silueta, sino el vacío, se le acercaba cautelosamente, sin hacer ruido, en pantuflas; y Rusanov, paralizado por su paso afelpado, no sólo era incapaz de luchar con ella, sino que ya ni siquiera podía pensar nada, decidir nada, decir nada al respecto.

Había llegado clandestinamente; no había reglamento, no había instrucciones que protegieran de ella a Pablo Nicolaievich.

Tan debilitado estaba, que renunció al civismo petulante que lo inducía a inmiscuirse en todo lo que hacían en su sala. Aquel día había venido una funcionaria a confeccionar las listas electorales ... , porque también los preparaban para las elecciones. Había recogido todos los pasaportes; cada cual había entregado el suyo, o, en su defecto, un certificado de su koljós ... , todos menos Kostoglotov, quien no tenía nada. Evidentemente, la funcionaria se había asombrado, exigiendo un pasaporte; mas aquel malvado se había atrevido todavía a echar pestes, gritando que ella debería conocer su catecismo político, que había varias clases de relegación, que ella no tenía más que telefonar a tal número, que él tenía (era su pretensión) derecho a votar y no lo soltaría, pero que, en rigor, podía abstenerse. En fin, Pablo Nicolaievich constataba a qué madriguera había venido a caer al ingresar en esta clínica! En medio de todo lo cual estaba él acostado! Y para más, aquel canalla se negaba a apagar la luz, abría el ventanilla a su antojo, se hacía pasar ante el médico jefe por un hombre de las tierras vírgenes... ¡Hasta trataba de desdoblar en presencia de Pablo Nicolaievich el periódico que acababan de traer, virgen y puro de todo contacto! A Pablo Nicolaievich no lo había, engañado su instinto: ¡ese Kostoglotov era un bellaco!

Mas Rusanov se hundía ya en una turbia indiferencia; ya no se sentía tentado a desenmascarar a "Hocicón" y ya no lo indignaba ni siquiera esta madriguera, por así decirlo.

Distinguía, muy lejos, el doblez de su sábana.

A todo esto, llegó del vestíbulo la voz penetrante de Nelly, la única con aquel timbre en toda la clínica. Sin gritar de intento, le preguntó a alguien que se hallaba a veinte metros de ahí;

-Oye, dime, tus zapatillas de charol, ¿cuánto cuestan? -Lo que contestó la otra no fue claro. Nelly prosiguió-: ¡ Bueno, vieja, me gustaría mucho tener unas así! ¡Tendría una tropilla de potros a mis talones! -La otra emitió una

objección y Nelly le halló la razón, en parte-: Es verdad. La primera vez que me puse medias nylon no podía contenerme de alegría; y Sergio tiró un fósforo y me las quemó a la primera postura, ¡el muy marrano!

Llegada a este punto, entró a la sala con un escobillón, y preguntó:

-¿Conque, hijos míos, parece que ayer hubo que lavar-raspar-pulir gracias a lo cual hoy se puede tomarlo con calma? .. ¡Ah, sí! Una novedad que anunciarles! -Acababa de recordarlo y, mostrando a Federau, declaró festivamente-: Su tipo, el de aquella calma, cayó en ja trampa. Para él, se acabó! -A pesar de su circunspección, Friedrich Jacobovich Federau se encogió de hombros; se sentía molesto. No le habían entendido a Nelly, quien explicó-: ¡Bueno, pues, el tipo de las pecas, el que estaba todo fajado! Ayer, en la estación, al lado de la ventanilla ... Acaba de llegar para la autopsia.

-¡iSeñor Dios! -dijo. Rusanov, en tono lastimero-. ¡Qué falta de tacto, camarada barredora! ¿Para qué propalar las noticias tristes? Podría buscar algo más alegre que informarnos.

En la sala ahora todos estaban cabizbajos. Efrem hablaba mucho de la muerte y parecía condenado, es cierto; se instalaba en mitad del pasillo y, entre dientes, trataba de convencerlos de que, en suma, el asunto de ellos estaba liquidado. Sin embargo, a ellos se les habían escapado los últimos instantes de Efrem. Debido a su partida, permanecía vivo en el recuerdo de ellos. Ahora bien, desde este momento había que admitir que aquel que dos días antes posaba sus pies aquí, donde todos seguían posando los suyos, se hallaba tendido en la marga, con el vientre abierto de arriba abajo, cual una sardina en lata.

-También tengo historias chistosas. Si se las cuento, todos reventarán de risa. Sólo que eso no sería decoroso ...

-Eso hace bien, anda! -pidió Ajmadyan-. ¡Anda!

-¡Sí! -Era otra cosa que recordaba-. ¡A ti, mi lechoncito, te necesitan en rayos! A ti, a ti. -Mostraba a Vadim.

Vadim dejó su libro en el reborde de la ventana. Prudentemente, ayudándose con los brazos, posó en el suelo su pierna enferma, después la otra. Y con una apostura de bailarín (aparte de esa pierna torpe que debía tratar con cuidado) se dirigió hacia la salida.

Había oído lo que acababan de decir de Podduiev sin que le diera lástima. Podduiev no era valioso para la sociedad, ni más ni menos que esa auxiliar, con su desenvoltura. Es que la humanidad sacaba' su premio no de la masa en perpetua multiplicación, sino de sus miembros selectos que llegan a la edad madura.

Entró una laboratorista con el periódico. Venía seguida de "Hocicón"; no podía vivir sin el diario, ése.

-¡Démelo! ¡Démelo! -dijo débilmente Pablo Nicolaievich, extendiendo un brazo.

Fue él quien lo consiguió.

Aun sin sus anteojos" vio que una serie de fotografías y de grandes titulares ocupaban toda la extensión. de la primera página. Una vez que se hubo enderezado en su cama y puesto sus anteojos, vio que por cierto se trataba de la sesión de clausura del Soviet Supremo: fotografías del Presidium y de la

Asamblea ... , importantes resoluciones finales impresas en gruesos caracteres.

-¡Cómo! ¡Cómo! -Pablo Nicolaievich no pudo reprimir estas exclamaciones, que no iban dirigidas a nadie, a pesar de ser impropio expresar de ese modo su asombro y perplejidad frente a un diario abierto.

La primera columna anunciaba, en letras gruesas, que el presidente del Consejo de Ministros, G. M. Malenkov, había solicitado que lo relevasen de sus funciones por motivos personales, habiendo accedido el Soviet Supremo, por unanimidad, a su deseo.

¡Era así, pues, como terminaba una sesión de la cual Rusanov no esperaba más que la votación relativa al presupuesto!...

Sintió que se debilitaba, y sus manos soltaron el periódico.

Ya no podía leer. ¿Qué podría significar eso? Ya no entendía aquel comunicado, difundido en un estilo inteligible para todos: ya no comprendía sino una sola cosa: ¡que eso era penoso, demasiado penoso!

Fue como si en alguna parte, a una profundidad muy grande. las capas geológicas se hubieran puesto, retumbando, a temblar en sus cimientos, haciendo así temblar la ciudad, el hospital y el lecho de Pablo Nicolaievich.

No obstante, indiferente a las oscilaciones de la pieza y del suelo, vestida con un blusón recién planchado, la doctora Gangart atravesó la puerta y vino hacia él con paso regular y suave, con su sonrisa atractiva y una jeringa en la mano.

-Entonces, ¿ponemos esa inyección? -La invitación era amable. Kostoglotov sacó el periódico colocado sobre las piernas de Rusanov. También él vio inmediatamente y leyó.

Cuando hubo leído, se enderezó. ¡ Imposible permanecer sentado!

El tampoco comprendía con exactitud el alcance de la noticia. Pero si dos días atrás habían renovado todo el Tribunal Supremo, si ahora reemplazaban al Primer Ministro, ¡era que la historia estaba en marcha!

¡La Historia en marcha! ¿Cómo pensar, cómo imaginar que ella pudiese conducir a algo peor?

¡Algunos días antes él reprimía los latidos acelerados de su corazón, se abstenía de creer, se prohibía a sí mismo esperar!

Habían bastado dos días... y los cuatro compases beethovenianos, los cuatro compases de advertencia, habían hecho resonar el cielo como un atabal.

Y los enfermos, calmaditos en sus camas, los enfermos nada habían oído.

Y Vera Gangart -con mucha, mucha calma- les inyectaba embiquina en las venas.

Oleg dio un brinco. Huyó afuera ... a dar un paseo. ¡Había que alejarse!





## CAPITULO XX

### RECUERDOS ESTÉTICOS

¡Sí, hacía mucho tiempo que él se prohibía creer! ¡No osaba permitirse experimentar alegría!

Es al comienzo de período, en los primeros años, cuando el novato se imagina, cada vez que lo hacen salir de su celda con sus cosas, que van a ponerlo en libertad, y cree oír la trompeta del arcángel cada vez que corre un rumor de amnistía. Y bien: no lo han sacado de su calabozo sino para leerle algún papelucho abominable y para volver a empujarlo a una mazmorra más sombría aún, un piso más abajo, donde el aire está completamente viciado de tanto que lo han respirado. Y difieren la amnistía del aniversario de la Victoria al de la Revolución, del aniversario de la Revolución a la sesión del Soviet Supremo; la amnistía se esfuma cual un globo de jabón, a menos que se la otorguen a los ladrones, a los petardistas, a los desertores; a todos, menos a los que sufrieron y lucharon. Y las células de nuestro corazón, creadas por la naturaleza para él regocijo, en su inutilidad, degeneran. Y los pequeños alvéolos donde permanece agazapada la fe, en el transcurso de los años se vacían y resecan. .

En lo sucesivo, la cosa estaba suficientemente comprobada: él había tenido tanta libertad como deseara y al fin regresaba a casa; ¡no quería ir a ninguna otra parte que no fuese su Bello Exilio, su querido Ush-Terek! ¡Querido, sí! Por sorprendente que fuera, así pensaba Oleg, desde este hospital, en su rinconcito de exiliado ... , desde este hospital, desde la gran ciudad, desde este mundo de estructura inextricable en el cual no se sentía capaz -ni deseoso, tal vez- de insertarse.

Ush-Terek quiere decir "Tres Álamos". La localidad debe su nombre a tres árboles antiguos que se divisan desde la estepa, diez kilómetros a la redonda. Los tres árboles crecieron a un tiempo; no tienen la esbeltez común a los álamos, estarían algo torcidos; y quizás ande cada uno en los cuatrocientos años. Alcanzada su altura máxima, dejaron de crecer hacia arriba; pero, ganando en anchura, han entretejido por encima del gran **aryk**. Dicen que había en la aldea otros árboles así, pero que los cortaron todos en 1931. Ahora, no se consigue hacer que arraiguen otros nuevos; todos los que plantaron los pioneros los ramonearon las cabras desde el primer brote. Sólo han resistido los arces americanos de la calle principal, frente al Comité del Distrito.

¿Cuál es el lugar de la tierra que uno elige de entre todos? ¿El que descubrió cuando pequeñín chillón que gateaba cerrado a todo, incluso al testimonio de sus propios ojos y oídos? ¿O bien ese donde uno se oyó decir por primera vez: "Vamos; ¡vete sin escolta, vete solo! "?

Dueño y señor de sus piernas: "¡Toma tu camastro y parte!"

¡Oh, la primera noche de semilibertad! El Resguardo los vigilaba siempre de cerca; no les habían dado derecho a ir hasta las ciudades; se les había permitido dormir, si querían, bajo un cobertizo de paja en el patio de la comisaría. Bajo el cobertizo, unos caballos inmóviles habían rumiado heno toda la noche; ¿es posible imaginar un ruido más grato?

No obstante, Oleg se pasó la mitad de la noche sin dormir.

El suelo duro del patio estaba blanco de luna ... , él se había ido, como loco, a pasearse en todas direcciones. Nada de centinelas ahora, nadie observándolo; dichoso de tropezar en el suelo disparejo, caminó con la cabeza echada para atrás, de cara al .cielo blanco ... , iba a alguna parte cual si temiese llegar allá demasiado tarde, como si tuviera que hacer en la mañana su entrada, no en aquel pueblucho ignorado, sino en la triunfal inmensidad del mundo. La atmósfera tibia de esa primavera meridional, tan precoz, distaba de permanecer silenciosa: a la manera de locomotoras que intercambian sus llamados .por encima de un gran centro, durante noches enteras y de todos los rincones de las ciudades, jumentos y camellos ávidos y triunfantes no habían cesado de clamar en los parques y los patios, en coro y a gritos, la salacidad de su deseo y su seguridad de perpetuar la vida. Y aquellas trompetas nupciales vinieron a sumarse al clamor que brotaba en el fondo del corazón de Oleg.

¿Y bien? ¿Es posible imaginar un lugar más grato que ese donde uno ha vivido semejante noche?

Aquella noche recomenzó él al creer y concebir esperanzas, a pesar de haberse jurado ya tan a menudo que no volverían a cogerlo en eso.

Después del campamento no se podía considerar cruel el mundo de la relegación. aun cuando en las labores de regadío se batían a regadera, tratando de no golpearse las piernas. El mundo de la relegación era mucho más espacioso, más fácil, más variado. Tenía, sin embargo, su propia clase de crueldad: no le era tan fácil a la raíz abrirse camino a través de la tierra; al tallo, encontrar alimento.

Había que hacer, también, despliegue de habilidad para evitar que el comandante lo mandara a más de ciento cincuenta kilómetros al interior del desierto. Había que hallar algún techo bajo el cual cobijarse y algo con que pagarle a la patrona, cuando no se tenía dinero. Había que comprar el pan cotidiano y alguna otra cosa en la cantina. Había que encontrar trabajo: ahora bien, cuando uno ha manejado el azadón durante siete años, no puede de buenas a primeras coger la regadera y convertirse en regador. Por cierto que había en la aldea algunas viudas provistas de casas de adobe, de huertos y hasta de vacas, que no habrían sido reacias a tomar por marido a un relegado solitario, pero le pareció prematuro venderse a una mujer: creía sentir que su vida, lejos de haber terminado, no hacía sino empezar.

En los campamentos, calculando cuántos hombres faltaban en el mundo libre, los prisioneros se convencían de que, tan pronto como quedasen libres de sus guardianes, ellos "tumbarían" a la primera mujer que llegara. Tan evidente les parecía que las mujeres debían andar errantes como almas solitarias, sollozando por los hombres, único objeto de sus pensamientos. No obstante, en las poblaciones había una multitud de niños; las mujeres tenían el aspecto de

personas cuya vida está realizada y ni las abandonadas ni las muchachas querían hacer eso "así como así": necesitaban del matrimonio, de la honorabilidad, de la casita propia. En Ush-Terek las costumbres databan del siglo pasado.

Y he ahí que, libre ya de sus guardias, Oleg seguía viviendo sin mujer, tal como lo hiciera durante sus años detrás de alambradas de púas, haciendo caso omiso de todo cuanto había en las poblaciones, desde la joven belleza griega moruna hasta la alemancita rubia fiel a sus obligaciones.

En la orden que los mandaba al exilio decía "a perpetuidad". y Oleg reconocía muy bien, en su fuero interno, que su destierro sería perpetuo; no podía imaginarse nada distinto. En cuanto a casarse en ese lugar, algo lo había detenido siempre. Sea que, derrocado Beria con el estruendo de cacerolas que hacen los ídolos huecos al derrumbarse, demoraran en llegar, lentos y míseros, los cambios decisivos que todos esperaban. Sea que Oleg hubiese encontraba de nuevo a su antigua compañera de los tiempos de Krasnoiarsk, intercambiando cartas con ella. Sea que hubiera entablado correspondencia con una vieja amiga de Leningrado, alimentando -¿durante cuántos meses?- la esperanza de que ella viniese a reunírsele. (Pero ¿quién iba a abandonar un departamento en Leningrado para venir a juntarse con él en su agujero?) Por último, se había presentado ese tumor, desbaratándolo todo con su dolor continuo, ineluctable, y las mujeres habían dejado de ser para él algo más atractivo que el común de las personas buenas.

Según lo comprendió Oleg, no había en el exilio solamente ese principio de opresión que todos conocen desde Ovidio: **<sup>1</sup>El célebre poeta latino (43 a. C. - 16 d. C.) murió en Tomi, cerca del Ponto Euxino, tras ocho años de destierro, decretado por Octavio Augusto. (N. de la T.)**, sino una experiencia, al menos para quien interpreta la literatura (un lugar que no es el que uno ama, gentes que no son las que uno quisiera); sino, todavía, un principio liberador, poco conocido, éste: un principio que libere al individuo de sus dudas, de su responsabilidad frente a sí mismo. Los desdichados no eran esos a quienes relegaban, sino los que recibían un pasaporte marcado con el estigma infamante del artículo 39 y que debían, maldiciéndose por cada torpeza, hallar adónde ir, vivir en algún. sitio, buscar trabajo y hacerse echar de todas partes. Por el contrario, la llegada del relegado al lugar asignado ofrecía todas las garantías; ¡no era a él a quien se le había ocurrido ir allá y nadie podría echarlo! Las autoridades habían pensado por él; estaba libre del temor de no haber conocido un lugar más propicio, de la preocupación de inventar un arreglo mejor. Sabía que no existía otro camino que el que seguía y eso lo llenaba de fervor.

Y ahora que estaba empezando a reponerse, que de nuevo encaraba la vida inextricable, pensaba Oleg con placer que existía un lugarejo bendito llamado Ush-Terek donde lo habían dispuesto todo para él, donde todo era tan claro, donde él era en cierto modo un ciudadano a carta cabal, a donde pronto regresaría como a su casa, como a su casa. Ciertos lazos, como de parentesco, lo atraían ya hacia aquel lugar que tenía ganas de llamar "nuestra casa".

Aquejado de su mal, los tres cuartos de año que viviera allá, poco se había preocupado Oleg de estudiar los detalles de la naturaleza y la vida locales; poca satisfacción le habían procurado. Para un enfermo como él, la estepa era

demasiado polvoriento; el sol, demasiado ardiente; los jardines, demasiado quemados; la fabricación de ladrillos secos, demasiado penosa.

Pero ahora que la vida se había puesto a bramar en él como aquellos jumentos en primavera, Oleg, mientras iba y venía por las avenidas del recinto hospitalario abundante en árboles, en gente, en colores y casas de piedra, recordaba, muy enternecido, los pequeños detalles de aquel mundo parsimonioso y mesurado. y ese mundo de Ush-Terek, por pertenecerle hasta la tumba, por ser suyo para siempre, le era más caro que este mundo de acá, efímero y transitorio.

Y evocaba en su interior el **yusan** de la estepa, ¡con su olor amargo y empero tan familiar! Volvía a ver el **yantak** de espinas aceradas; y el **yinguil**, aun más excitante, que se propaga por los setos y se engalana en mayo con flores violetas perfumadas como lilas; y el **yidda**, ese árbol mareador, cuyas flores tienen un aroma tan excesivamente picante que diríase una mujer que ha excedido la justa medida de su deseo y se ha inundado de perfume.

¿No era raro que un ruso, a quien quizás qué lazos espirituales ligaban a los campos y bosques rusos, a la naturaleza apacible y misteriosa de la Rusia Central, y a quien enviaran allá contra su voluntad y para siempre, se hubiera apegado tan rápidamente a aquella mísera desnudez, ya abrasada por el sol, ya azotada por los vientos, donde se acoge a un día gris y sereno como a un descanso y a la lluvia como a una fiesta? ¿No era raro que él se hubiese hecho tan rápidamente a la idea de pasar allá el resto de sus días? Debido a unos buenazos como Sarymbetov, Maukoiev o los hermanos Skokov, ya antes de saber su idioma se había, al parecer, apegado a ese pueblo; bajo la espuma de los sentimientos fugaces en que lo sincero se mezcla con lo falaz, bajo la devoción ingenua a los antiguos clanes, había sabido descubrir la sencillez elemental de aquel pueblo que siempre responde a la sinceridad con la sinceridad, a la benevolencia con la benevolencia.

Oleg tenía treinta y cuatro años. Después de los treinta y cinco, ningún instituto aceptaba ya a nadie. Nunca tendría, pues, instrucción; él estaba resignado. Hacía muy poco que, de fabricante de ladrillos secos, había sabido elevarse hasta las funciones de subadministrador rural. No era administrador titular, como se lo dijera con engaño a Zoe, sino subadministrador, con trescientos cincuenta rubios. Su jefe, el administrador rural del distrito, no entendía en absoluto el manejo de la dioptra de agrimensor; por eso sin duda habría tenido Oleg que echar el quilo si el otro hubiese tenido algo que hacer. Mas su único trabajo era, cuando les enviaban a los koljoses las actas que establecen la posesión perpetua de las tierras (también en eso había perpetuidad), recortar eventualmente algo de su territorio para dárselo a poblaciones en vías de desarrollo. Estaba lejos de ser **mirab**, jefe de riego, y de percibir con su espalda la más leve inclinación del terreno. ¡Bah!, con el correr de los años conseguiría, sin duda, encontrar un puesto mejor. Pero ¿por qué se acordaba en este instante de Ush-Terek con tanto fervor?

¿Por qué no esperaba, para regresar allá, que su tratamiento lo hubiese sanado siquiera a medias?

¿No habría sido lo normal que hubiera estado irritado contra su

exilio, que lo odiara, que lo maldijera? No, aun lo que parecía provocar el áspero látigo de la sátira seguía siendo, a los ojos de Oleg, anecdótico y digno de una sonrisa.

Aben Berdenov, el nuevo director de la escuela, arrancando de la pared **La Columnata** de Savrasov para tirarla detrás de un tabique: viendo allí una iglesia, había tomado el cuadro por propaganda en favor de la religión ...

Aquella rusa avispada, encargada de la sanidad en el distrito, que desde lo alto de una tarima daba conferencias a la "inteligencia" de la región y, por bajo cuerda, les cedía a las damas del lugar, a un precio subido, la última espumilla de China no llegada todavía a la gran tienda...

Y luego, la ambulancia policial, que pasaba levantando torbellinos de polvo, la mayoría de las veces sin enfermos, y que el secretario utilizaba para sus propias necesidades, a manera de coche particular, cuando no andaba entregando mantequilla o fideos a ciertos particulares ...

Orembaiev, también, el pequeño minorista, que comerciaba "al por mayor": en su tenducho de comestibles nunca había nada; conservaba, apiladas sobre su tejado, una montaña de cajas que habían contenido las mercancías que él vendiera; lo condecoraron por haber superado el plan y se pasaba el tiempo dormitando en la puerta de su tienda. Era demasiado flojo para pesar, vaciar, empaquetar: una vez atendidos todos los poderosos, separaba a las personas, a quienes juzgaba dignas de ello, y les proponía a media voz: "Tú te quedas con una caja de macarrones, solamente una caja entera. Tú te quedas con un saco de azúcar, solamente un saco entero". Entonces el saco o la caja pasaban directamente de su reserva al departamento del particular, aumentando en igual proporción la cifra de negocios de Orembaiev...

Finalmente, el tercer secretario del comité distrital: dominado por el deseo de aprobar, sin seguir un curso, el examen de la escuela secundaria, en circunstancias que no sabía "ninguna de las matemáticas", se había deslizado, de noche, a la casa del profesor relegado a ofrecerle una piel de astracán...

Todo esto se tomaba sonriendo, porque venía después de la guarida de lobos. En efecto, después del campamento, ¿qué es lo que puede no ser una humorada? Después del campamento, en todas partes se está de vacaciones.

¿No es un verdadero deleite ponerse una camisa blanca, al atardecer (la única que uno tiene, con el cuello gastado; el pantalón y los zapatos, ¡mejor no mencionarlos!), e ir a pasearse por la calle principal de las poblaciones; cerca del club, bajo el entoldado cubierto de cañas, ver un cartel ("¡Un nuevo film de arte con numerosos Oscars!") y a Basilio, el idiota del pueblo, llamando a todo el mundo al cine; tratar de comprar la entrada más barata, a dos rublos, para la primera fila, entre los niños chicos; una vez al mes hacer un pequeño desarreglo y beber, por dos rublos cincuenta copecas, un jarro de cerveza en la taberna, en medio de chóferes chechenes?

Esta manera de tomar su exilio sonriendo, sin dejar nunca de estar alegre, se la debía Oleg a los viejos Kadmin - Nicolás Ivanovich, un ginecólogo, y su mujer, Elena Alexandrov. Los Kadmin ...

Cualquier cosa que les pase, los Kadmin, también relegados, jamás

dejan de decir:

-¡Qué bien está! ¡Cuánto mejor que antes! ¡Qué suerte que hayamos caído en este lugar encantador!

¿Se consiguen una marraqueta de pan blanco? ¡Es una fiesta! ¿Bajó el precio de la leche en el mercado? ¡Una fiesta! ¿La película que presentan ese día en el club es buena? ¡Una fiesta! ¿Un técnico de paso les ha puesto unos dientes? ¡Una fiesta! ¿Envían a la región a un segundo ginecólogo, mujer, también ella relegada? ¡Cómo se arregla todo para mejor! Ella se dedicará a la ginecología, tendrá los abortos ilegales, y Nicolás Ivanovich ejercerá la medicina general; entrará menos dinero, pero el doctor estará más tranquilo. Un placer el espectáculo de la puesta de sol sobre la estepa, escarlata, naranja, rosa, púrpura y encarnado: el viejo entrecano, gallardo, toma del brazo a su compañera regordeta, quien con cada enfermedad se pone más pesada, y con paso digno se van, más allá de las últimas casas, a contemplar el sol poniente. (Así como es él de ágil, es ella de lenta para moverse.)

Mas, para ellos, la vida no empieza verdaderamente a ser una guirnalda interminable de alegrías expansivas sino el día en que se compran una especie de choza de barro con jardín - último asilo de su existencia, bien lo comprenden ellos; último retiro, donde terminarán sus días y morirán; morirá uno, el otro le seguirá..., pues ¿con qué objeto quedar solo, y para qué? No teniendo ningún mueble, le encargan al viejo Jomratovich -relegado él también- un paralelepípedo de ladrillos secos que él les instalará en un rincón. Ahí está listo el lecho conyugal: ¡qué ancho es!, ¡qué cómodo! ¡Y eso constituye una alegría más! Cosen un amplio saco que servirá de colchón, lo llenan de paja. Luego Jomratovich recibe el pedido de una mesa; más exactamente, de una mesa redonda. Jomratovich se queda pasmado: anda en los ochenta años y jamás ha visto una mesa redonda. ¿Por qué redonda? "No se preocupe, ¡hágala! -dice Nicolás Ivanovich, frotando una contra otra sus hábiles manos blancas de ginecólogo-. La queremos redonda, decididamente." El problema siguiente es hallar una lámpara a petróleo que sea de vidrio y no de hojalata, con pie grande, tubo de diez líneas, sobre todo, y no de siete, y, por supuesto, vidrios para la lámpara. En Ush-Terek no hay lámparas de ese tipo. Todas estas cosas no se encuentran sino de a poco; llegan de lejos, traídas por personas complacientes. ¡Más ahí está la lámpara deseada, sobre la mesa redonda! Mejor aún: está bajo una pantalla hecha por ellos mismos. Y allá en Ush-Terek, en 1954, cuando en las capitales corren tras los candelabros y ya han inventado la bomba de hidrógeno, esa lámpara encima de esa mesa redonda salida de las manos de un artesano transforma la casucha de tierra apisonada en el salón lujoso de otros tiempos. ¡Qué triunfo! Alrededor se sientan los tres y Elena Alexandrov dice con vehemencia:

-¡Ah, Oleg! ¡Qué bien vivimos ahora! ¿Sabe que, exceptuando mi infancia, es la época más feliz de mi vida?

¡Y es que ella tiene razón! No es el nivel de vida lo que hace la felicidad de los hombres, sino por cierto la unión de los corazones y nuestro concepto de nuestra vida. Ahora bien, ambas cosas están siempre a nuestro alcance y el individuo siempre es dichoso si lo desea, y nadie puede impedirlo.

Antes de la guerra vivían ellos en los suburbios de Moscú, con la madre de Nicolás Ivanovich; ella era tan intratable, tan susceptible a las pequeñeces y ellos tan respetuosos de la autoridad materna, que Elena Alexandrov, mujer de edad ya madura, mujer independiente cuyo primer matrimonio no era éste, se sentía constantemente hostilizada. Es ese período el que ella ha bautizado su Edad Media. Sólo una gran desgracia podía, cayéndoles encima, abrir su familia al aire fresco.

Y la desgracia había caído sobre ellos. Fue la suegra quien lo desencadenó todo. En el primer año de la guerra vino a donde ellos un hombre a pedir que lo escondieran. La suegra, que combinaba la intolerancia para con sus allegados con los principios elementales del cristianismo, consideró su deber acoger al desertor, y eso sin siquiera consultar a sus hijos. El hombre pasó dos noches en casa de ellos, se marchó, lo arrestaron e interrogado indicó la casa donde lo ocultaran. En aquel momento la suegra tenía cerca de ochenta años: no la tocaron; en cambio, se estimó conveniente detener a su hijo, que tenía cincuenta años, y a su nuera, que tenía cuarenta. Durante el sumario quisieron saber si el desertor era pariente de ellos; de haberlo sido, eso habría arreglado singularmente las cosas: habría sido un asunto de interés personal, perfectamente comprensible y hasta disculpable. Pero el desertor no era nada de ellos, era una persona de paso, y cada uno de los Kadmin fue víctima de diez años, no por haber ayudado a un desertor, sino como enemigos de la patria que habían tratado a sabiendas de minar la potencia del Ejército Rojo. Terminada la guerra pusieron al desertor en libertad en ocasión de la gran amnistía staliniana de 1945 (los historiadores se quebrarán la cabeza, sin lograr entender por qué se perdonó justamente a los desertores antes que a todos los demás, y eso sin restricciones). Incluso se olvidó él de aquella casa donde había dormido, olvidó que su arresto había arrastrado a otros.

Los Kadmin, por su parte, no fueron amnistiados: no eran desertores, eran enemigos.

Y cuando hubieron cumplido los diez años, ni siquiera los dejaron regresar a su casa, pues no habían actuado solos sino en "grupo organizado" (¡marido y mujer!), correspondiéndoles sentencia a relegación perpetua. En previsión de lo cual, los Kadmin habían presentado de antemano una solicitud para que los mandaran al mismo lugar, al menos mientras estuvieran relegados. y aunque pareció que nadie protestaría, aunque la petición parecía bastante lícita, enviaron al marido al sur de Kasajia y a la mujer a la región de Krasnoiarsk. ¿Queriendo, tal vez, mantener separados a esos miembros de una misma organización? .. No, no fue para castigarlos, ni por ánimo de venganza, sino simplemente porque en el Ministerio del Interior no había nadie encargado de reunir a los maridos con sus mujeres. He ahí por qué no los juntaron. Con sus brazos y piernas hinchados, a pesar de no tener aún cincuenta años. Elena Alexandrov se encontró de nuevo en la taiga, donde no había otra cosa que hacer que el oficio de leñadora que tan bien le enseñara el campamento. (Todavía hoy se acuerda ella de la taiga del Yenisei..., ¡qué paisajes!) Durante un año siguieron enviando reclamaciones -a Moscú, a Moscú, a Moscú- y no fue sino al cabo de un año cuando vino una escolta especial a buscar a Elena Alexandrov

para llevarla allá a Ush-Terek.

¡Y no iban a alegrarse ahora de la vida! ¡Cómo no iban a querer a Ush-Terek! Nicolás Ivanovich cuelga de la pared tres termómetros, instala un receptáculo para las precipitaciones y, para saber la fuerza del viento, pasa periódicamente a donde Ina Stroehm, una muchacha del último curso encargada de la estación meteorológica oficial. La estación hará lo que quiera: Nicolás Ivanovich, por su parte, ha emprendido la tarea de llevar un diario meteorológico con un rigor que podría envidiarle un estadístico.

Desde su infancia, se parece a su padre -ingeniero de Puentes y Carreteras- por su sed de actividad incesante, su amor por el orden y la exactitud. Era Korolenko (¿se puede tratarlo de pedante?) el que decía (y es Nicolás Ivanovich quien lo cita) que "el orden de nuestros asuntos protege nuestra paz interior". Al doctor Kadmin todavía le gusta decir: "Las cosas conocen su sitio". Las cosas lo conocen, nosotros debemos limitarnos a no importunarlas. Para ocupar sus ratos de ocio en los atardeceres invernales, Nicolás Ivanovich tiene un "violín de Ingres": la encuadernación. Le gusta transformar los libros ajados, estropeados, perdidos, en algo grato y siempre a mano. Hasta consiguieron fabricarle, en Ush-Terek, una prensa de encuadernar y una guillotina. Pero en Ush-Terek, el invierno es más bien corto y todos los otros meses se los ocupa ahora la jardinería.

Nicolás Ivanovich cultiva las diez áreas de su jardín con un espíritu inventivo y una energía tales, que con todo su "Montes Calvos" y su arquitecto particular puede considerarse emulado el viejo príncipe Volkonski<sup>1</sup>. <sup>1</sup>Andrés Volkonski, personaje de "La guerra y la paz", de Tolstoi (N. de la T.)

En su labor en el hospital, Nicolás Ivanovich es aún muy activo para sus sesenta años; hace un turno y medio, acude corriendo a los alumbramientos, no importa como esté la noche. Cuando atraviesa las poblaciones, no camina, vuela, sin pensar por un instante que ya tiene barba gris, y el viento le levanta los faldones del vestón de tela burda que le cosió Elena Alexandrov. En cuanto a empuñar la pala, ya no tiene fuerzas para ello: una media hora en la mañana, y basta, empieza a resoplar. Más, aun cuando su corazón y sus brazos ya no lo secundan, sus proyectos siguen siendo armoniosos e ideales. Mientras pasea a Oleg por su jardín desguarnecido, cuyos límites marcan afortunadamente dos arbolillos, se jacta:

-Mire, Oleg: aquí, de un extremo a otro de mi parcela, habrá una perspectiva. A la izquierda verá usted un día tres **uriuks**, ya están plantados. A la derecha una vid. Arraigaré, estoy seguro. La perspectiva terminará en una glorieta. Una glorieta de veras, ¡como nunca se ha visto aún en Ush-Terek! Lo principal ya está colocado ¿ve ese sofá de ladrillos secos en semicírculo? - Jomratovich: "¿Por qué en semicírculo?"- ¿Y luego esas varillas? Son para guiar el lúpulo. Al lado, para perfumar el aire, habrá matas de tabaco. Vendremos acá en el día para escapar a los fuertes calores, y al atardecer, a tomar té alrededor del samovar..., ¡está usted invitado! -(De hecho, ¡todavía no hay samovar!) Qué podrá crecer en su huerto, no se sabe muy bien, no se ve; pero lo que hace falta es esto, patatas, coles, pepinos, tomates y calabazas, todo lo que hay en casa de los vecinos... ¡Ya que se puede comprar!", objetan los Kadmin. Y eso se compra.



La población de Ush-Terek es buena dueña de casa: tiene sus vacas, sus cerdos, sus corderos y sus aves domésticas. La crianza no les es del todo desconocida a los Kadmin, mas la orientación que le dan al asunto revela su falta de sentido práctico; no crían sino perros y gatos.

La leche y la carne se compran muy bien en el mercado -tal es la opinión de los Kadmin-, pero la fidelidad de un perro ¿dónde va uno a comprarla? ¿le saltaría a uno encima por dinero ese gran oso de Yuk, con sus orejas colgantes? ¿Y ese pequeño Oportunista de Tobik, muy blanco y puntiagudo, con sus movedizas orejitas negras?

Ya no tenemos ni la menor estimación por el cariño de los animales y hasta nos reímos francamente del afecto que se les dispensa a los gatos. Pero ¿no es el amor perdido de los animales la señal precursora de la pérdida infalible del amor de los humanos?

Los Kadmin no quieren a sus bestias por su piel, sino por su personalidad. Y esa afinidad de almas que emana de los esposos se transmite sin adiestramiento, casi instantáneamente, a sus animales. Estos aprecian cuando los Kadmin hablan con ellos; son capaces de quedarse mucho rato escuchándolos, les es cara la compañía de sus amos y se enorgullecen de acompañarlos a todas partes. Si Tobik está echado en una pieza (pues el acceso no les está prohibido) y ve a Elena Alexandrov ponerse el abrigo y tomar la cartera, no sólo comprende de inmediato que debe de haber un paseo a las poblaciones, sino que se precipita al jardín a buscar, Yuk y regresa en el acto con él. Ha debido de anunciarle el paseo en lenguaje perruno y Yuk acude, excitado y dispuesto a partir. Yuk conoce bien la duración del tiempo. Cuando acompaña a los Kadmin hasta el cine, no se queda echado en la puerta del club; se va, pero siempre está de vuelta al final de la función. Una vez que el espectáculo no tenía más que cinco partes, llegó atrasado: ¡qué aflicción en el primer momento, qué de saltos después!

Si hay una oportunidad en que los perros no acompañan nunca a Nicolás Ivanovich es cuando va a trabajar; comprenden que sería una falta de tacto. Al anochecer, si el doctor abandona la granja con su andar juvenil y ágil, los perros, advertidos por alguna transmisión de pensamiento, saben infaliblemente si se ha ido a visitar a una parturienta (y entonces se quedan) o si va a bañarse (y en tal caso lo acompañan). El lugar del baño queda lejos, en el río Chu a cinco kilómetros. No van allá todos los días ni la gente del lugar, ni los relegados, ni los jóvenes ni los menos jóvenes; está demasiado lejos. Sólo lo hacen los vagos de la región y el doctor Kadmin con sus perros. En realidad, es la única salida que no les causa verdadero placer a los animales: el sendero de la estepa es duro y espinoso; Yuk tiene sus grandes patas todas cortadas y doloridas; en cuanto a Tobik, después que lo han bañado tiene mucho miedo de volver a encontrarse otra vez en el agua. Pero primando en ambos el sentido del deber, recorren todo el camino con el doctor. No obstante, Tobik empieza a quedarse atrás, a una prudente distancia de trescientos metros, para que no lo cojan; Se disculpa con las orejas, se disculpa con la cola... y se echa. Yuk va hasta la ribera, posa ahí su gran cuerpo y, monumental, observa el baño desde arriba.

Tobik considera que es igualmente deber suyo acompañar a Oleg, quien viene con frecuencia a donde los Kadmin (a decir verdad, con tanta frecuencia que alarma al jefe del Resguardo, quien los interroga en especial: "¿Cómo es que son tan íntimos? ¿Qué tienen en común, pues? ¿Y de qué hablan?"). Yuk puede no acompañar a Oleg; mas Tobik tiene que hacerlo, sin importar el tiempo que haya. Cuando está lloviendo, hay barro y las patas van a enfriarsele y mojarsele, Tobik no tiene en absoluto ganas de salir: se estira, para adelante, para atrás, ¡Y de todas maneras sale! Desde luego, es Tobik el que hace de cartero entre los Kadmin y Oleg. ¿Es preciso avisar que hay tal día una película interesante, o que acaba de suceder algo importante en el bazar o en la tienda de comestibles? Le ponen a Tobik un collar de género que contiene una nota, le muestran con el dedo la dirección y le dicen con firmeza: "¡A casa de Oleg!" Y haga el tiempo que hiciere, él obedece y parte al trote sobre sus patas finas y altas. Llegado a donde Oleg, si no lo encuentra en casa, lo espera en la puerta. Lo más asombroso es que nadie se lo ha enseñado nunca, nadie lo ha adiestrado, y que de inmediato, por simple transmisión del pensamiento, lo ha comprendido todo y hace lo preciso. (Hay que decir que, para estimular su tesón ideológico, Oleg siempre le da por sus mandados algún estimulante material.)

Lo que además sorprende en Tobik es la expresión siempre triste de su mirada. No muestra los dientes y se limita a sonreír con las orejas.

Yuk tiene la talla y el andar de un pastor alemán, pero no tiene ni su cautela ni su mal genio. Esa criatura enorme y potente zozobra en un océano de bondad. Ya es bastante viejo, ha conocido muchos amos y escogido él mismo a los Kadmin. Antes le pertenecía a Vasadze, el gerente del café uzbeko. Vasadze lo mantenía encadenado, cuidando cajas vacías de vajilla; a veces, para divertirse, lo soltaba y lo lanzaba contra los perros del vecindario. Yuk se batía con braveza, sembrando el terror entre esos mastines amarillos importantes. Pero en el fondo era bueno y pacífico; si actuaba así era porque no podía fallarle a su "director". Un día lo soltaron y asistió a unas bodas caninas, no lejos de la casa de los Kadmin: todos le hicieron la corte a la pequeña Muñeca, la madre de Tobik. Debido a su altura incongruente, Yuk quedó excluido (y no llegó a ser el padre de Tobik); pero intuyó algo familiar en la granja de los Kadmin y empezó a frecuentarla, aunque ahí no lo alimentaban. Vasadze, quien estaba por irse, le regaló Yuk a Emilia, su compañera de exilio. Ella le daba suficiente comida, mas no por eso dejaba él de soltarse para arrancar. Emilia se enojaba con los Kadmin, se llevaba a Yuk de vuelta a su casa, volvía a amarrarlo; pero de nuevo se soltaba él y se iba. Un día sujetó ella su cadena en una rueda de automóvil. De repente, Yuk divisó a Elena Alexandrov, que pasaba por la calle, intencionalmente sin mirarlo. El dio un salto y, relinchando como un caballo de tiro, arrastró más de cien metros la rueda atada a su cuello y terminó por desplomarse. Fue en ese momento cuando Emilia renunció a Yuk. Y en casa de sus nuevos amos Yuk adoptó rápidamente por base de su conducta una abstrusa filantropía. Todos los perros de la calle dejaron de temerle. Yuk se puso benévolo con los transeúntes, siempre conservando su afectada reserva.

Sin embargo, también existen en Ush-Terek los aficionados a la caza. A falta de mejor presa, vagan por las calles y, ebrios de alcohol, matan a

los perros. A Yuk ya le han disparado dos veces. Le tiene miedo a todo orificio asestado contra él, inclusive a los objetivos, y no se deja fotografiar.

Los Kadmin tienen, además, gatos regalones, caprichosos y amantes del arte...

Pero Oleg, paseándose en este momento por las avenidas del recinto hospitalario, estaba acordándose del perro Yuk, de la bonachona cabeza enorme de Yuk, no en la calle, sino en el marco de su ventana: la cabeza de Yuk acaba de aparecer en la ventana de Oleg; se ha erguido sobre las patas traseras y está mirando al interior, como un ser humano. Lo cual quiere decir que está ahí Tobik, saltando a su alrededor, y que Nicolás Ivanovich está a punto de llegar.

Y Oleg sintió, enternecido, que estaba perfectamente satisfecho de su suerte, que aceptaba su destierro sin reservas; no le pedía al cielo más que salud, no exigía otro milagro.

¡Ah, vivir como los Kadmin, alegrarse de lo que uno tiene! El sabio se conforma con poco.

¿Dónde está el optimista? Es el que dice: "En todas las otras partes es peor que aquí; en casa no nos va tan mal; todavía tenemos suerte". Y está feliz de lo que tiene y no se atormenta.

¿Dónde está el pesimista? Es el que dice: "En todas las otras partes es espléndido; en todas las otras partes es mejor que aquí; como adrede, sólo a nosotros nos va mal". Y se pasa el tiempo haciéndole recriminaciones a su suerte.

¡Todo estaba en resistir hasta el final de la curación! Escapar a esta opresión, rayos X y hormonoterapia, antes de convertirse por completo en un monstruo.

Y partir para Ush-Terek. Y no vivir más vacuamente. ¡Casarse, casarse! Cierto que Zoe no vendría con él. Y de venir, no sería antes de un año y medio. ¡Seguir esperando, siempre esperando, esperar toda su vida! No. Eso no era posible.

Podía casarse con Jana; ella era tan estoica y tan agradable: tan estoica en su conducta, tan agradable de mirar. Era, empero, algo tonta. Pero ¡qué dueña de casa! Cuando secaba los platos y se echaba el trapo al hombro, ¡una verdadera reina! ¡No era posible despegarle los ojos! Con ella podría vivir seguro y su casa marcharía como sobre ruedas; tendrían una sarta de hijos.

Estaba también... Ina Stroehm. Era un poco inquietante que no tuviese más que dieciocho años. Pero era precisamente lo que le atraía. También tenía una especie de sonrisa distraída e insolente, meditabunda y provocativa... Pero por cierto que eso era lo que le atraía...

En suma, en la marea de la historia, en los cuatro compases beethovenianos, no había que creer. ¡Irisadas burbujas de jabón, todo eso! Conservar su ánimo... y no creer. ¡No esperar nada del porvenir, nada mejor!

Avenirse con lo que se tiene.

¡Conforme con la perpetuidad!. .. Ellos por cierto que se las arreglarían para vivir sin ti.

¡Oh soplo de primavera! ¡Para qué despertarme!...

## CAPITULO XXI

### LAS SOMBRAS SE DISIPAN

Oleg tuvo el agrado de encontrarse con ella a las puertas de la clínica. Se apartó, le tuvo la puerta; e hizo bien, pues ella venía, con el busto levemente inclinado hacia adelante, con un paso tan impetuoso, que seguramente lo habría derribado.

La vio entera en un abrir y cerrar de ojos: su boina celeste sobre los cabellos café chocolate, su cabeza adelantada como para cortar el viento y su abrigo de corte tan original... , una especie de inverosímil chaqueta larga, abrochada a ras del cuello.

De haber sabido que era la hija de Rusanov, por cierto que se habría devuelto. Mas, ignorándolo, se marchó a hacer su ejercicio por la avenida que, entre todas, se había reservado.

Avieta había conseguido, no sin esfuerzo, autorización para subir al piso porque su padre estaba demasiado débil y era jueves, día de visita. Se sacó el abrigo y, encima de su suéter color burdeos, le echaron un blusón blanco, tan chico que jamás, a no ser en su infancia, habría podido encajarse las mangas.

Después de la tercera inyección, puesta el día anterior, Pablo Nicolaievich estaba realmente muy débil y, salvo en casos de extrema urgencia, ya no sacaba los pies de debajo del cobertor. No se movía mucho, comía a desgano, permanecía sin anteojos y ya no se mezclaba en la conversación. La vida circundante, ante la cual siempre reaccionara aprobando o desaprobando enérgicamente, se había en cierto modo empañado y hecho indistinta para sus ojos. Su voluntad perseverante había vacilado; se dejaba llevar de su debilidad, hallando hasta algo de agradable en su estado. Pero era una satisfacción de mala índole, la de quien está helándose sin tener ya fuerzas para moverse. El tumor, objeto primero de su despecho, luego de sus temores, era ahora determinante: ya no era él, era su tumor quien decidía de lo que viniese.

Pablo Nicolaievich sabía que, en Moscú, Avieta ya había tomado el avión; la esperaba en la mañana. La esperaba, como siempre, con alegría, pero, ese día, con cierta angustia, además: se había acordado que Capitalina la pusiera francamente al corriente de la carta de Shimov, al corriente de Rodichev y de Guzun" Hasta ahí no había habido ningún motivo para prevenirla; mas ahora necesitaban de su inteligencia y su consejo. Avieta era una mujer con cabeza; sus opiniones no les iban en zaga a las de sus padres, no podían ser sino mejores; pero, sin embargo, cabía inquietarse por la forma en que ella tomara el asunto. ¿Podría ponerse en su lugar y comprenderlo? ¿No permanecería indiferente hasta el punto de condenarlo?

Con su impulso, Avieta entró a la sala cual si cortase el viento, no obstante tener una de las manos ocupada con una bolsa muy llena y pesada y sujetarse, con la otra, el blusón encima de los hombros. Su lozana faz estaba radiante, no tenía muestras de esa compasión de cuaresma con que uno se acerca al lecho de los enfermos graves y que a Pablo Nicolaievich le hubiese apenado verle a su hija.

-¡Y bien, papá! ¡Y bien, papá viejo! ¿Qué te pasa! -lanzó ella, a manera de saludo; se sentó en la cama y depositó dos besos sinceros y espontáneos en la derecha, luego en la izquierda de sus mejillas ya privadas de frescura por la barba-o y bien, ¿cómo te sientes hoy? Vamos, ¡explícame! Explica. -Su aspecto floreciente y su tono de exigencia airosa le devolvieron algo las fuerzas a Pablo Nicolaievich, quien se animó un poco.

-Pues bien, ¿cómo decirte? -comenzó con calma, con voz débil, como poniéndose de acuerdo consigo mismo-o Indudablemente, no ha disminuido, no. Pero tengo como la impresión de que ya no me cuesta tanto volver la cabeza" Ya no tanto" No sé, eso me oprime menos. -Su hija, sin preguntarle nada, pero sin hacerle tampoco ningún daño, le apartó el cuello y miró el tumor, poniéndose bien de frente; miró como un médico que tuviera ocasión de comparar día tras día.

-Pues bien, ¡eso no es terrible! -decidió-o ¡Os una glándula que ha crecido, eso es todo. ¡Mamá me había escrito unas cosas! Yo creía que al llegar acá... Y además, dices que eso ya no te molesta tanto. Entonces es que las inyecciones te hacen bien. Que eso te hace bien. Y va a achicarse todavía más. Y cuando haya disminuido a la mitad, no te fastidiarán más, podrás salir.

-Sí, efectivamente -acordó él, suspirando-. Conque sólo fuera dos veces más chico, todavía sería posible vivir. -¡Y hacerte cuidar en casa!

-¿Crees que serían posibles las inyecciones en casa?

-¿Por qué no? Cuando te hayas habituado a ellas, te hayas hecho a ellas, pues bien, se podrá continuar en la casa" Lo hablaremos, ¡vamos a arreglar eso!

Pablo Nicolaievich estaba de humor más alegre. Le permitiesen o no ponerse las inyecciones en su casa, la resolución de su hija de tomar por su cuenta esa autorización lo llenaba de orgullo" Avieta se hallaba inclinada por sobre él y, sin anteojos, veía él claramente su rostro expansivo, honesto, franco, tan enérgico, tan vivaz, de movedizas aletas nasales y cejas que reaccionaban a la menor injusticia. ¿Quién había dicho, pues (Gorki, sin duda): "Si tus hijos no son mejores que tú, en vano les has dado la vida y en vano has vivido la tuya"? Y bien, Pablo Nicolaievich no habría vivido en vano.

Se preguntó, empero, si ella sabía y lo que iba a decir.

Pero ella no tenía prisa por llegar a eso; se informó del tratamiento, del valer de los médicos; revisó la mesa de noche, miró qué había comido él, qué se había echado a perder y lo surtió de provisiones frescas.

-Te traje vino fortificante; beberás un vasito de vez *en* cuando. Y además caviar rojo; ¿quieres, eh? Y naranjas, de Moscú. -Sí, gracias.

Entretanto, había ella recorrido con la mirada toda la sala y los que allí se encontraban. y con un rápido gesto de su frente le había dado a entender

que, por supuesto, esa indigencia era insoportable, pero que había que tomar las cosas con buen humor.

Aunque nadie parecía escucharle, se agachó mucho hacia su padre y se pusieron a hablar así, lo bastante bajo como para que no pudiesen oírles.

-Sí, papá, es terrible -bruscamente acababa Avieta de entrar en lo vital del tema-o En Moscú ya no es nuevo, no se habla sino de eso. Se inicia una revisión, por así decirlo, masiva de los procesas.

-¿Masiva?

-Es la palabra. En este momento es como una epidemia, una ráfaga de locura. ¡Como si se pudiera obligar a la rueda de la Historia a girar en sentido contrario! ¡Quién podría! ¡Quién se atrevería!. .. Conforme: fue a tontas y a locas como condenaron en otro tiempo; pero ¿por qué habían hoy de hacer regresar acá a todos esos "alejados"? Y volver a instalarlos, con los tiempos que corren, en su vida anterior, ¿no es una iniciativa malsana y cruel, una falta de piedad, sobre todo desde el punto de vista de ellos? y además, algunos han muerto... ¿Con qué objeto remover sus cenizas? ¿Para qué despertar en los suyos esperanzas sin fundamento... y la sed de venganza?.. Por lo demás, ¿qué quiere decir eso de "rehabilitados"? En todo caso, ¿eso no puede significar que ellos eran completamente inocentes! Preciso es que haya habido algo, siquiera algo pequeño.

¡Qué inteligente era ella! ¡Cómo inflamaba sus frases la seguridad de tener la razón! Ya antes de entrar en materia, Pablo Nicolaievich veía que siempre encontraría en ella el apoyo que esperaba, que Ala no podía desviarse de él:

-¿Y conoces casos de regreso? ¿Aun en Moscú?

-Aun en Moscú... precisamente. Es Moscú el que los atrae ahora a todos, como atrae la miel a las moscas. ¡Se producen unas cosas tan trágicas!... Figúrate, un individuo que vive muy tranquilo y a quien hacen ir de repente, ¡allá, para un careo! No, ¿pero te imaginas?...

Pablo Nicolaievich hizo una mueca cual si hubiese mordido una fruta amarga. Ala lo notó, pero siempre iba hasta el final de su pensamiento, no sabía detenerse.

-¡Y lo invitan a repetir frases que habría dicho hace veinte años! ¿Te figuras? ¡Vaya uno a acordarse, pues! Y si eso siquiera beneficiara a alguien... Puesto que les ha venido en gana, vayan, rehabiliten, ¡pero ahórrennos esos careos, pero no jueguen con los nervios de la gente! Porque al volver de un careo como esos, ¡cualquiera estará a dos dedos de ahorcarse!

Pablo Nicolaievich yacía bañado en sudor. ¡No faltaba más que eso! Aún no se le había ocurrido que pudieran imponerle un careo con Rodichev, con Elchanski o con algún otro más.

-¿Y quién obligó a todos esos imbéciles a acusarse a sí mismos firmando invenciones? ¡No tenían necesidad de firmar! -El pensamiento de Ala captaba con sutileza todos los aspectos de la cuestión-o De todas maneras, ¿cómo pueden revolver todo ese estercolero sin pensar en los que en aquel momento trabajaban? Porque, en todo caso, es en ellos en quienes debieran

haber pensado. ¿Cómo van ellos a soportar estos cambios brutales?

-¿Mamá... te ha contado?

-¡Sí, papacito! Me lo dijo todo. ¡Y no hay en ello nada que deba atormentarte! -Con sus dedos fuertes y seguros, tomó a su padre por los dos hombros-o Te diré, si quieres, mi manera de pensar: el que va a **señalar** ¡es un hombre de avanzada, un hombre consciente! Lo mueve a hacerlo lo que él puede sentir de mejor por la sociedad que es la suya y el pueblo comprende su acción... y la aprueba. En ciertos casos, puede ocurrir que un hombre así se equivoque. Pero sólo no se equivocan jamás los que no hacen nada. En cambio la mayor parte del tiempo se deja él guiar por su olfato, por su sentimiento de clase..., yeso es algo que no engaña.

-¡Te agradezco, Ala! ¡Gracias! -Pablo Nicolaievich hasta sintió que le subían lágrimas a los ojos, pero unas bienhechoras lágrimas límpidas. Con su mano mojada acarició la mano fresca de su hija-o Es muy importante que los jóvenes nos comprendan y no nos condenen. Dime, a tu parecer. .. , ¿no podrían encontrar ellos en las leyes un artículo que les permita ahora hacernos..., oye, a mí, por ejemplo..., hacerme comparecer..., no sé..., por falso testimonio?

-Figúrate -respondió ella con vivacidad-, figúrate que en Moscú presencié por casualidad una conversación entre personas que comentaban temores del mismo orden. Había un jurisconsulto. Pues bien, él explicó que el artículo relativo a esos... falsos testimonios contempla un plazo de sólo dos años y que, después, ya hubo dos amnistías para esa clase de cosas, de modo que es totalmente imposible que alguien entable demanda contra quien sea por falso testimonio. Conque Rodichev no dirá palabra, ¡tranquilízate!

Pablo Nicolaievich tuvo la impresión de que su tumor le molestaba un poco menos aún.

-¡Ah, qué astuta eres! -dijo, dichoso y aliviado-. Siempre lo sabes todo. Tienes éxito en todo. ¡Cómo me has devuelto el ánimo!

Y tomando entre sus manos la mano de su hija, se la besó con devoción. Pablo Nicolaievich era hombre desinteresado, el interés de sus hijos siempre había primado sobre el propio. Bien sabía que, para brillar, no tenía él más que su fidelidad, su puntualidad y su perseverancia. Pero era en su hija en quien vivía su verdadera plenitud, era a la lumbre de ella que se calentaba.

Ala estaba harta de pasarse sujetando aquel blusón convencional que se le resbalaba de los hombros; riendo sonoramente, terminó por tirarlo a los pies de la cama, sobre el registro de temperatura. Era una hora a la cual no entrarían médicos ni enfermeras.

Y Ala se quedó en suéter burdeos, un suéter nuevo que su padre no le había visto aún. De un puño al otro, una ancha franja blanca en zigzag atravesaba alegremente las dos mangas y el pecho. Y aquel zigzag enérgico armonizaba con los enérgicos movimientos de Avieta.

Su padre nunca refunfuñaba cuando el dinero servía para la elegancia de su hija. Toda su ropa era de ocasión o importada; así, magnífica y atrevidamente vestida, Ala destacaba de modo perfecto su clara y firme feminidad, que tan bien le cuadraba a su mente firme y clara.

-Oye -preguntó él ahora en voz baja-, ¿te acuerdas?, yo te pedí que te informaras: esa curiosa expresión que se halla a cada paso en los discursos y en los artículos de cierta gente..., el "culto de la personalidad"... No se referirán a ...  
-Le faltó aliento para completar su frase.

-Me temo que sí, papá... Me temo que sí. .. En el Congreso de Escritores, por ejemplo, hablaron varias veces en tal sentido. Y lo que es todavía más significativo, es que nadie habla con franqueza y todos adoptan un aire de entendidos.

-¡Oye, pero si es sencillamente un sacrilegio! ¿Cómo se atreven, dime?

-¡Una vergüenza, una abominación! Alguien lo lanzó, y eso se propaga, se propaga... Mira, papá, es preciso comprender. Es preciso captar lo que exige la época. Voy a causarte pena, pero, nos agrade o no, debemos adaptarnos a todos los cambios de la época. Yo acabo de hacerlo allá. Frecuenté el ambiente de los literatos, mucho... y bien, ¿crees que a los escritores no les ha costado ponerse al gusto del día en estos dos últimos años? ¡Les ha costado mucho! En compensación, ¡qué experiencia, qué tacto! ¡Es formidable lo que se puede aprender entre ellos!

Durante este cuarto de hora que Avieta pasara sentada frente a él, derribando con sus réplicas veloces y precisas los monstruos tenebrosos del pasado, abriendo ante él unas extensiones radiosas, Pablo Nicolaievich había recuperado a ojos vistas parte de su entereza y su animación; ya no deseaba hablar de su odioso tumor; en adelante, le parecía inútil tratar de conseguir un traslado a otra clínica; ya no tenía sino un solo deseo: oír los relatos alegres de su hija y respirar la ventisca que venía de ella.

-Pues bien, cuenta, cuenta -pidió-. ¿Qué está pasando allá? ¿Qué pasa en Moscú? ¿Y tu viaje?

-¡Ah! -Ala empezó a sacudir la cabeza cual cabalgadura importunada por un tábano-. ¿Es posible describir Moscú? ¡En Moscú hay que vivir! ¡Moscú es otro mundo! ¡Ir a Moscú es dar un salto cincuenta años más adelante! Veamos: en primer lugar, en Moscú todos están sentados mirando televisión...

-Pronto la tendremos nosotros también.

-¡Pronto! Pero no será el programa de Moscú, ¿estás hablando de una televisión!.. Allá, es la vida a la Wells: se están sentados, mirando la pantalla... Pero, para no entrar en detalles, te diré simplemente que, a mi parecer..., y yo capto con bastante rapidez esta clase de cosas..., muy pronto habrá un cambio profundo en nuestra vida: nos aproximamos a una revolución completa del **way of life**. Ni siquiera me refiero al refrigerador ni a la lavadora; la transformación será mucho más radical aún. En todas partes, grandes salones totalmente vidriados..., en los hoteles, unas mesas bajas, tan bajas..., como en América, así... ; la primera vez, ni siquiera sabe uno cómo sentarse a ellas. Las pantallas de género que usamos acá ya no son mostrables, eso hace parecer pequeño burgués. Ya no se ven sino pantallas de vidrio. Y lo que más se fabrica son los candelabros, porque se los traslada a voluntad. ¡Y las camas con respaldo! ¡Ahora habría para morir de vergüenza! No, la gente tiene sencillamente sofá, o un diván ancho, bajo... La pieza toma de inmediato otro aspecto. En una



palabra, es todo el estilo de vida lo que está cambiando. Tú no puedes figurártelo. Pero yo ya hablé con mamá; es preciso no vacilar en cambiar muchas cosas. El problema es que acá no se encuentra nada y habrá que encargarlo todo a Moscú... Por supuesto, también hay modas totalmente perniciosas y que deben condenarse..., el rock'n'roll, por ejemplo... Es un baile contra natura, ni siquiera puedo describirlo. Y además, los peinados a lo perro rabioso, con greñas hirsutas, voluntariamente hirsutas, como si las mujeres vinieran saliendo de la cama.

-¡Es el Occidente! Quieren vernos degenerar.

-Sí, claro, la decadencia de las costumbres. Pero eso repercute inmediatamente en la esfera de la cultura: por ejemplo, en la poesía. ¡Que aparezca un desconocido sin ton ni son, un Evtushenko que aúlla cualquier cosa agitando los brazos y desmadejándose, y todas las muchachitas se quedan pasmadas!

A medida que pasaba de los problemas íntimos a las cuestiones de interés más general, Avieta alzaba la voz sin preocuparse ya y la oía la sala entera. Mas Diomka era el único que había abandonado sus ocupaciones; haciendo caso omiso del dolor lancinante que, cada vez con mayor constancia, lo empujaba hacia la mesa de operaciones, abría bien las orejas para escuchar a Avieta. Los demás (por otra parte, algunos enfermos estaban ausentes), los demás no manifestaban su atención. Vadim Zatsyrko, sin embargo, desvió a veces la vista de su libro para mirar a Avieta, quien le daba la espalda. Toda su espalda, curvada como el arco sólido de un puente, firmemente moldeada por aquel suéter que parecía estrenar, era uniformemente burdeos oscuro, excepto un hombro, sobre el cual caía una mancha de sol reflejado -no un rayo de sol, sino el reflejo de alguna ventana abierta-, un hombro de púrpura luminosa.

-¡Mejor hálame de ti! -pidió su padre.

-Pues bien, papá, hice un viaje... muy exitoso. ¡Me prometen incluir mi colección de poesías en el programa de ediciones! A decir verdad, en el del año próximo. Pero nunca ocurre más rápido. Es la mayor rapidez que se obtiene.

-Aha, ¿qué es lo que me cuentas? ¿Es posible que dentro de un año tengamos en nuestras manos...?

-Dentro de un año y, en rigor, de dos... -Este día, su hija lo inundaba de un torrente de dicha. Sabía que ella había llevado unos versos a Moscú; mas de aquellas hojas escritas a máquina al libro que llevaría en la tapa **ALA RUSANOV**, parecía haber distancias infranqueables.

-Pero ¿cómo lo hiciste?

Satisfecha de sí misma, Ala también sonreía. Tenía una de esas sonrisas con que se recompensa a los circunstantes.

-Claro que no basta ir así no más a presentarse a las editoriales y ofrecer sus versos... ¡Ni siquiera te hablarían! Es la lucha por el bistec. Ana Eugeniev me presentó a X, ésta me presentó a Y.; yo les leí dos o tres poemas, les gustaron ... , entonces llamaron por teléfono aquí y allá, mandaron recado a quien correspondía; todo fue muy sencillo.

-¡Es estupendo! -Pablo Nicolaievich estaba simplemente radiante. Buscó a tientas sus anteojos sobre la mesa de noche y se los puso, como si

tuviera que examinar en seguida el famoso libro.

Diomka veía por primera vez en su vida a un poeta de carne y hueso, mejor que un poeta, una poetisa. Se quedó boquiabierto.

-Me deleité mirándolos vivir. ¡Qué sencillas son sus relaciones! Personas que han recibido premios se llaman por su diminutivo. Y sin pedantería, en forma llana. Nos imaginamos que un escritor es alguien que tiene su sitio muy lejos, en las nubes, con una gran frente pálida..., "sobre todo, ¡no se me acerquen! ..., Pues bien, ¡nada de eso! No se privan de ninguna de las alegrías de la existencia. Les gustan los tragos buenos, la buena comida, el coche..., y todo esto, en buena compañía. Se burlan unos de otros y ¡qué locas risas! Yo diría que viven en medio del alborozo, ése es el término. Y cuando llega el momento de escribir una novela, se encierran en su casa de campo dos, tres meses, y es cosa hecha. ¡Ah, cuánto me agrada esa vida!, ¡esa independencia!, ¡esa libertad!, ¡esa dignidad! ¡No, yo vaya hacer todo lo posible por ingresar a la Unión!

-¿Pero entonces no trabajarás en tu especialidad? -preguntó Pablo Nicolaievich, presa de una leve inquietud.

-¡Papá! -Avieta bajó la voz-. El periodismo será todo lo que quieras, pero es un oficio servil. Te dan algo que hacer y eso es todo, y no otra cosa, ninguna amplitud; eso se reduce siempre a entrevistar a uno u otro de esos señores-señoras. Al fin y al cabo, ¡es comparable! ¿Sabes?, hay un escritor que desde que empezó les enseñó cómo hacerlo a su mujer y a su sobrina. Y ahora escriben los tres.

-Muy bien hecho.

-¡Porque es ventajoso!

-Ala, de todas maneras me da miedo: ¿y si eso se fuera al agua?

-Pero ¿cómo quieres que se vaya al agua? Tú eres ingenuo. Gorki decía: "Cualquiera puede llegar a ser escritor". Trabajando, todo se alcanza. En rigor, yo haré literatura para niños; eso, en todo caso, está al alcance de todo el mundo.

-En el fondo, está muy bien -dijo él, pensativo-. En el fondo, está perfecto. ¡Por supuesto! es preciso que la literatura esté al alcance de la gente de moral sana.

-Mi apellido está bien, ¡suena muy bien! No necesitaré adoptar un seudónimo. Y además, exteriormente, para el oficio literario yo soy más bien excepcional.

-Mi pequeña Ala, ¿y si eso no aportara nada? Ahí se trata, lo sabes, de describirlos a todos y a cada uno, y de que haya semejanza.

-¡Justamente, yo tengo una idea! No voy a perder tiempo tratando a cada personaje en particular, ¡eso no vale la pena! El principio innovador que imagino es el siguiente: describiré colectividades enteras, en bloque, a grandes rasgos. Porque, en definitiva, la vida está toda en la colectividad, no está en la persona tomada individualmente.

-Sí, tal vez -debió reconocer Pablo Nicolaievich; pero había otro peligro que, en su entusiasmo, su hija podía subestimar-: ¿Has pensado que la crítica podría emprenderlas contigo? Entre nosotros es, por decirlo así. una

condenación de la sociedad entera; ¡es peligroso eso!

Mas con sus largos cabellos color chocolate intrépidamente tirados hacia atrás, cual los de una amazona, Avieta tenía la mirada absorta en el porvenir.

-El hecho es que nunca las emprenderán muy seriamente conmigo, porque yo no haré malabarismos ideológicos. En cuanto a las críticas artísticas, ¡Señor!, contra quién no las emprenden. Mira a Babaievski: no había otro mejor..., ahora es el peor de los peores; lo han abandonado todos, hasta sus últimos adeptos. Pero es un fenómeno del momento, la gente recapacitará, volverá a él. Eso forma parte de las vueltas difíciles de que está llena la vida. Otro ejemplo: ¿no decían... ” ¡Nada de conflicto!”? Y ahora se habla de la "engañosa teoría de la ausencia de conflicto", Pero si no se entendiera todo el mundo..., si unos tuvieran un lenguaje caduco mientras otros tienen lenguaje nuevo, se advertiría que algo ha cambiado. Todos cambian de lenguaje al mismo tiempo, sin transición..., ¡Y el viraje no se nota! Por eso, yo digo que lo principal es tener flexibilidad y vivir con su época. Con eso, nadie presenta asidero a la crítica... ¡Ah, sí! Me pediste libros, papacito, te los he traído. Aprovecha de leer, la ocasión es ésta o nunca. -y se puso a sacar libros de su bolsa-. Mira ahí tienes Primavera báltica, ¡Mátalo! Son versos, es cierto. ¿Quieres leerlos?

-¡Mátalo! Déjame ése. De acuerdo.

-Llegó la mañana, Una luz por sobre la Tierra, Los trabajadores de la Paz, Montañas en flor...

-Espera un poco... Montañas en flor, ya leí algo así. ..

-Leíste Tierra en flor, y éste es Montañas en flor. Y además, La juventud con nosotros. Ese es indispensable que lo leas, hasta empezarás por ése. Son todos títulos que dan ánimo, los elegí así a propósito.

-Bien, bien. Ponlos ahí -dijo él, con satisfacción.

Había aparecido así, sobre la mesa de noche, una pila de libros parecida en todo a la de Zatsyrko.

Avieta estaba ahora lista para marcharse.

Pero Diomka, quien desde hacía mucho rato estaba sufriendo, ceñudo, en su rincón, posiblemente a causa de la pierna, que le dolía todo el tiempo, posiblemente por ser demasiado tímido para conversarle a una señorita - y poetisa- tan brillante, Diomka se atrevió por fin a preguntar, sin aclararse primero la voz (tanto que tuvo que carraspear en mitad de la frase):

-Por favor, dígame..., ¿cuál es su actitud con respecto a la necesidad de sinceridad en la literatura?

-¿Qué? ¿Qué? -dijo Avieta, volviéndose con vivacidad hacia él, pero premiándolo con una semisonrisa, pues lo ronco de la voz demostraba suficientemente la timidez de Diomka-. ¿Esa sinceridad ha llegado, pues, a infiltrarse hasta acá? Por esa "sinceridad" ya expulsaron a toda una redacción, ¡Y he ahí que reaparece!

Avieta lanzó una mirada a las facciones imprecisas, incultas, de Diomka y suspiró. Suspiró porque ya no le quedaba bastante tiempo para dar una conferencia y tampoco podía dejar a ese chiquillo abandonado a sus malas influencias.

-¡Oiga, hijo mío! -declaró con la voz fuerte y sonora de un profesor en su cátedra-. El que escribió ese artículo, o lo tergiversó todo o no reflexionó sino a medias. La sinceridad no podría ser el primer criterio de un libro; cuando la idea es falsa, cuando los estados de ánimo nos son ajenos, ella no haría otra cosa que reforzar el efecto pernicioso de la obra. ¡La sinceridad es perjudicial! Hasta ocurre que la sinceridad subjetiva puede ir contra la veracidad de la representación de la vida. ¿Entiende usted ese razonamiento? -Sus pensamientos se abrían camino con dificultad hasta la mente de Diomka, cuya frente estaba muy arrugada.

-No muy bien -dijo él.

-Bueno, yo voy a explicarle. -Avieta tenía los brazos abiertos y el zigzag blanco corría como un relámpago de un puño al otro, tarjándole el pecho. Nada más fácil que tomar un hecho deprimente y describirlo tal cual es. Pero hay que arar hondo para hacer salir los gérmenes del futuro, que todavía no se ven.

-A los gérmenes...

-¿Qué hay con los gérmenes?

-A los gérmenes hay que dejarlos que salgan solos, porque si se los rastrea no saldrán.

-Sí..., bueno..., no se trata de agricultura. ¿Ves, hijo mío?, decirle al pueblo la verdad no significa que se le digan cosas desagradables, que se le haga palpar todo lo que anda mal. Se le puede hablar sin temor de lo que anda bien, ¡para que eso ande mejor aún! ¿De dónde nos viene, pues, esa falaz exigencia de una supuesta "verdad austera"? ¿Por qué tendría la verdad que haberse vuelto de repente austera? ¿Por qué no sería radiante, cautivadora, optimista? ¡Nuestra literatura entera debe convertirse en una literatura regocijada! Al fin de cuentas, es ofender a la gente describirle su vida con colores sombríos; le gusta que, al describírsela, la embellezcan.

-A grandes rasgos, es algo acerca de lo cual es posible ponerse de acuerdo. -Acababa de resonar detrás de ella una voz masculina agradable y clara, sin ser demasiado alta-. Es verdad, ¿para qué ensombrecer a la gente?

Avieta no tenía, por supuesto, necesidad de aliado alguno; pero, confiada en sus probabilidades, sabía que, de intervenir alguien, no podía ser sino a favor de ella. Se dio vuelta, lanzando hacia la ventana, al encuentro del rayo de luz, el relámpago de su zigzag blanco.

Un joven muy simpático, de su edad, estaba golpeándose los dientes con el extremo de su portaminas negro hexagonal.

-¿Para qué debe servir la literatura? -¿A quién se dirigía su soliloquio, a Diomka, a Ala?-. La literatura se ha hecho para distraernos cuando estamos de mal humor.

-La literatura es la escuela de la vida -soltó Diomka, quien, consciente de haber dicho una incongruencia, se puso muy colorado.

La cabeza de Vadim osciló sobre su nuca.

-¡Hablas de escuela! Por cierto que se logrará componérselas sin ella. ¿Serían los escritores, por ventura, más inteligentes que nosotros, la gente de la práctica?

Ala y él se medían con la mirada. Tenían miradas distintas, Aunque de edades afines, aunque físicamente no podían no gustarse ambos estaban tan adentrados en la vía a la cual escogieran dedicar sus vidas, que no habrían podido hallar en una mirada fortuita el pretexto para iniciar una aventura.

-El papel de la literatura, al fin de cuentas, se exagera mucho. - Vadim proseguía con su razonamiento-. Ponen por las nubes libros que no lo merecen. Tomen **Gargantúa y Pantagruel**; mientras no lo ha leído, uno se dice que debe ser grandioso. Lo lee, y no son más que indecencias y tiempo perdido.

-El factor erótico existe también en los autores contemporáneos. No es superfluo -replicó. Avieta con severidad-. Combinado con la ideología más progresista, es un condimento excelente. Por ejemplo, en...

Vadim desechó el argumento con firmeza.

-Es superfluo. La literatura no debe servir de acicate a las pasiones. Los afrodisíacos se venden en las farmacias.

Y sin mirar más a la amazona del suéter burdeos, asegurado de que ella no lo ganaría para su opinión, volvió a meter la nariz en su libro.

Avieta siempre se apenaba cuando las ideas de la gente no se dividían por sí solas claramente en ideas justas e ideas falsas, sino que se repartían, difusas, entre cierto número de categorías de inesperada sutileza, sin otro resultado que confundirle a uno sus propias ideas. Incluso en este momento ella era incapaz de precisar la actitud de aquel joven: ¿estaba a favor de ella o contra ella? ¿Debía discutir o dejar las cosas como estaban? Las dejó como estaban; para Diomka, concluyó:

Es preciso que entiendas, pues, hijo: describir lo que es, es mucho más fácil que describir lo que no es..., pero que tú sabes que será. Lo que nosotros vemos hoy a simple vista, no es forzosamente la verdad. La verdad es lo que ha de ser, lo que será mañana. Pues bien. ¡es justamente el mañana, nuestros maravillosos días venideros, lo que hay que describir! ...

Y entonces, mañana, ¿que se describirá? -dijo el desatinado rapaz arrugando la frente.

-¿Mañana?.. Y bien, mañana se describirá pasado mañana. Por anticipado,..

Había dado con un muchachito verdaderamente poco sagaz; era inútil gastar saliva en él. No fue, pues, sino por el amor a la verdad que hay que inculcarles a las masas que agregó ella, para terminar:

-Ese articulito es pernicioso. En bloque, en forma difamatoria, acusa a los escritores de carecer de sinceridad. Sólo los pequeño-burgueses pueden profesar semejante desprecio por los literatos. Se trata, por el contrario, de apreciar a los escritores en su justo valer, ¡son verdadera gente de trabajo! Si se está por acusar a alguien de falta de sinceridad, refiéranse a los escritores occidentales: éstos son unos vendidos. Si no, ¿compraría el lector sus libros? Allá todo se hace por dinero.

Se había parado en el pasillo; por cierto que era de la raza esbelta, sana y sólida de los Rusanov. Pablo Nicolaievich había oído con placer la lección dada a Diomka.

Habiendo besado a su padre, Ala, llena de ímpetu, levantó una vez

más una mano, con los cinco dedos separados:

-Anda, papá, lucha por tu salud. Lucha, mejora, rechaza ese tumor...  
y no te preocupes de nada -dijo, poniendo en ello una evidente reserva-,  
absolutamente todo, todo, todo irá mejor.

## SEGUNDA PARTE (1967)

### CAPITULO XXII

#### UN RIO QUE SE PIERDE EN LAS ARENAS

3 de marzo de 1955

Querida Elena y Nicolás:

Adivinen lo que es y dónde estamos: Barrotes en las ventanas (cierto que sólo en el primer piso, contra los ladrones, y que son barrotes forjados, dispuestos en haz a partir de un ángulo y sin cortina por delante). En las salas, lechos con sábanas y cobertor; en cada lecho, un tipo transido de miedo. A primera hora, la ración de pan, de azúcar, de té (un desayuno, ¡qué desacato al reglamento!). En la mañana, un silencio hosco, nadie quiere decirle palabra a nadie; al anochecer, por el contrario, un rumor continuo, un animado debate general: si se debe o no abrir el ventanillo, quién seguirá mejor y quién no tanto, y cuántos ladrillos se necesitaron para construir la mezquita de Samarcanda. Durante el día, sacan a cada cual por separado para conversaciones Con las autoridades, para los diversos procedimientos, para visitas de los familiares, Hay tableros de ajedrez, libros, También traen paquetes, cuyos destinatarios se dan un atracón, Hasta hay personas que reciben sobrealimentación... , pero cierto es que no se trata de soplones (lo digo con conocimiento de causa, pues yo soy de los que la reciben). Algunas veces hay registro: le quitan a uno efectos personales, preciso es ponerlos a buen recaudo y luchar en defensa de su derecho al paseo. El baño es un acontecimiento de consideración y, al mismo tiempo, una catástrofe: ¿estará caliente?, ¿habrá bastante agua?, ¿cómo estará la ropa interior que van a entregarle a uno? Lo más gracioso es cuando traen a un nuevo: se pone

a hacer las preguntas más absurdas, pues todavía no se figura lo que le espera...

Y bien, ¿han adivinado?.. Seguro que ustedes van a demostrarme que estoy exagerando: para prisión de tránsito, los lechos están de más; y para prisión permanente, faltan los interrogatorios nocturnos. Como probablemente controlen esta carta en el correo de Ush-Terek, no sigo haciendo comparaciones.

Ya he dejado atrás cinco semanas de esta rutina en el pabellón de los cancerosos. Por momentos, me parece haber vuelto a mi vida pasada y que esto no terminará nunca. Lo más abrumador es estar aquí por tiempo indefinido, "hasta nueva orden". (En circunstancias que la autorización del Resguardo no es válida sino por tres semanas, ¿verdad?; teóricamente, ya caducó, podrían juzgarme por delito de fuga.) No quieren decirme cuándo podré salir; no quieren prometerme nada. Se ve que según sus instrucciones terapéuticas, deben hacerle botar al enfermo todo lo que puedan sacarle y no volver a soltarlo sino cuando su sangre ya no "dé" más.

Resultado: esa mejoría, ese estado "eufórico", como lo llamó usted, Nicolás, en su última carta, que sentía yo después de dos semanas de tratamiento, cuando sólo estaba volviendo gozosamente a la vida..., todo eso se ha desvanecido sin dejar rastros. Lamento mucho no haber insistido, en aquel momento, para que me dejaran salir. Se agotó todo cuanto había de útil en mi tratamiento y el que ahora inician no puede hacerme sino daño.

Me descargan rayos X a razón de dos sesiones diarias, de veinte minutos cada una, trescientas unidades R; y si hace tiempo olvidé los dolores que sentía al venirme de Ush.Terek, en cambio he aprendido lo que son las náuseas. ¡Amigos míos, qué porquería la náusea provocada por los rayos X (y acaso también por las inyecciones, todo eso se suma)! ¡Ataca al pecho y dura horas! El cigarrillo, por supuesto, lo dejé..., se dejó por sí solo, a decir verdad. Y eso lo pone a uno en un estado penoso: no puedo pasearme, no puedo permanecer sentado; la única posición conveniente que he descubierto (en la que les escribo en este momento, de ahí que use lápiz y que no esté quedándome muy derecho) es de espaldas, sin almohada, con las piernas un poco levantadas y la cabeza, por el contrario, casi colgando en el borde de la cama. Cuando a uno lo llaman para la sesión siguiente, en el momento de entrar a la sala, donde el olor "radioterápico" es más denso, teme, sencillamente, ponerse a vomitar. Claro que hay cosas que atenúan esas náuseas: los pepinos en escabeche y las coles fermentadas; pero, por supuesto, no se los encuentra ni en el hospital ni en el recinto hospitalario y los enfermos no tienen derecho a salir. "No tiene más que hacérselos traer por su familia", nos dicen. ¡Nuestra familia! La familia nuestra, como se sabe, anda corriendo en cuatro patas por la taiga de Krasnoiarsk. ¿Qué otro recurso le queda al pobre detenido? Yo me pongo las botas, me ciño el cinturón del uniforme encima de la bata de mujer y me escurro hasta un sitio donde el muro del recinto hospitalario está derruido hasta la mitad. Salgo, cruzo la vía férrea y en cinco minutos estoy en el mercado. Ni en las callejuelas que conducen al mercado, ni en el mercado mismo provoca mi apariencia en nadie el menor asombro, la más mínima burla. Yo veo en esto una muestra de la salud espiritual de nuestro pueblo, que está hecho a todo. Recorro el mercado y, con aire displicente, regateo como sin duda sólo saben hacerlo los prisioneros



políticos (ante un pollo amarillo crema y bien gordo, espeta uno desdeñosamente: "¿Y cuánto vale, tía, ese polluelo tuberculoso?"). Ustedes se imaginan cuál es mi fortuna. Y lo que me ha costado... Mi abuelo decía: "La copeca salva el rublo y el rublo salva la vida". No era tonto mi abuelo.

Los pepinos son mi única salvación. El apetito que me volvió de repente, al principio del tratamiento, ya ha decaído de nuevo, ¡Figúrense que bajo los rayos X estaba engordando! Ahora adelgazo. Siento la cabeza pesada; hasta tuve un extraño mareo en una ocasión. Sí, claro, el tumor se ha deshecho a la mitad, está blando en los bordes; hasta a mí me cuesta sentirlo, palpando. Pero entretanto, se me debilita la sangre, me llenan de remedios especiales que deben hacer aumentar los leucocitos (¡dañando algo, al mismo tiempo!) y, para provocar la "Leucocitosis" (así es como llaman eso aquí: lindo lenguaje, ¿eh?, quieren ponerme... ¡inyecciones de leche! Pura y simple barbarie, ¿qué les decía yo? ¡Ustedes, hábiles, preferirían darme a beber una taza, de la bien fresca! Por nada del mundo me dejaré pinchar.

Igualmente me amenazan con una transfusión de sangre. A eso también me resisto. Lo que me salva es mi grupo sanguíneo, el número uno: es escaso.

En general, mis relaciones con la jefa del Servicio de Radioterapia son tirantes, no podemos vernos sin discutir. Es un poco ruda en demasía esta mujer. La última vez se puso a palparme el pecho y a afirmar que yo "no reaccionaba al sinoestro", que me substruía a las inyecciones, que estaba engañándola. Naturalmente, simulé indignarme (la verdad, por supuesto, es que la engaño),

En cambio con mi médica tratante me cuesta más mostrarme firme, ¿y por qué? Porque ella es demasiado blanda. (Querido Nicolás., un día empezó usted a explicarme de dónde provenía el dicho: "Una palabra blanda quebranta los huesos Recuérdemelo, por favor.) No sólo nunca levanta la voz, sino que ni siquiera sabe fruncir el ceño como es debido. Prescribe algo que yo no quiero, y baja la vista. Y yo, sabe Dios por qué, cedo. Y además, hay detalles que nos es difícil discutir los dos: ella es todavía joven, menor que yo, y me causa cierto malestar preguntárselo todo, Bonita, por lo demás, con algo muy atractivo. Me dijo espontáneamente que era casada, lo recuerdo muy bien y un buen día supe que el marido era una fábula. Evidentemente, su soltería le resulta una humillación, motivo por el cual me mintió.

Preciso es decir que también ella está muy maleada por los prejuicios de escuela; también cree a pie juntillas en los métodos terapéuticos establecidos y yo no logro hacer vacilar su fe. En general, nadie se allana a discutir sobre esos métodos conmigo, nadie quiere hacer de mí un aliado razonable. Tengo que escuchar atentamente las conversaciones de los médicos, tratar de adivinar, suplir lo que no dicen, conseguirme libros de medicina..., todo esto para formarme una idea de la situación.

Y aun así, no me es fácil decidir lo que debo hacer ni el camino por seguir. Por ejemplo, me palpan a menudo debajo de las clavículas, pero ¿hasta qué punto es probable que puedan descubrir metástasis ahí? ¿Para qué me acribillan con esos millares de unidades Roentgen? ¿Es realmente para que el

tumor no recomience a crecer? ¿O bien, por si acaso, para quintuplicar o decuplicar el margen de seguridad, como cuando se construye un puente? ¿O sólo por obedecer una instrucción insensible e indiferente de la cual no pueden apartarse, so pena de despido? Pero ¡Yo podría apartarme de ella! ¡Yo podría romper ese círculo, con sólo que quisieran decirme la verdad! ... Pero no, no me la dicen.

Porque, después de todo, ¡yo no pido vivir mucho tiempo! Con qué fin, por lo demás, mirar tan lejos... Primero, viví siempre con una escolta a la espalda; luego, viví siempre con dolores al vientre... , ahora desearía vivir un poquitito sin escolta ni dolores, ambas cosas a la vez; no pido más, No pido ni Leningrado ni Río de Janeiro: quiero nuestro agujero remoto, nuestro modesto Ush-Terek. Se aproxima el verano y yo quiero, este verano, dormir a la intemperie en mi catre y despertar, en mitad de la noche, y reconocer la hora por la ubicación del Cisne y de Pegaso. Vivir solamente este verano, nada más que éste, en tal forma que pueda ver las estrellas sin que las empañen los faroles de la zona..., después de lo cual estoy bien dispuesto a no despertar más, Sí, y además desearía, querido Nicolás, irme, cuando los calores hayan disminuido un poco, con usted (y, por supuesto, con Yuk y con Tobik) por el senderito que lleva a través de la estepa hasta el Chu, a sentarme allá donde es poco hondo, donde el agua llega a la rodilla...; a sentarme en el fondo arenoso, con las piernas dentro de la corriente, y quedarme mucho, mucho rato así, rivalizando en inmovilidad con la grulla que se está parada en la otra orilla.

Nuestro Chu no llega al mar, ni a lago alguno, ni a ninguna gran extensión de agua. ¡Un río que se pierde en las arenas! Un río que no desemboca en ninguna parte, que distribuye generosamente sus mejores aguas, sus mejores fuerzas, así, de pasada y ocasionalmente, a sus amigos: ¿No es la imagen de nuestras vidas de presidiarios, a las cuales no les es dado realizar cosa alguna, que están destinadas a una extinción sin gloria? y lo mejor que hemos tenido es una planicie de agua donde aún no estábamos sin recursos; y todo cuanto queda de nosotros es el agua que cabe en las palmas de las dos manos, lo que hemos puesto de nosotros mismos e intercambiado con el prójimo en un encuentro, una conversación, un socorro.

¡Un río que se pierde en las arenas!.. , y es esa última planicie de agua lo que quieren quitarme los médicos. En nombre de no sé qué derecho (no se les pasa por la mente preguntarse qué derecho es ése), deciden, sin mí y en lugar mío, aplicarme ese terrible tratamiento que es la hormonoterapia. Pues, a fin de cuentas, es un trozo de fierro calentado al rojo que le aplican a uno una sola vez y lo convierte para siempre en un inválido. ¡Y esto parece tan trivial, en la trivial rutina de la clínica!

Ya me ha sucedido preguntarme, y ahora me lo pregunto cada vez con mayor frecuencia, cuál es, empero, el precio máximo de la vida, Qué se puede dar por conservarla y dónde está el límite, Como enseñan ahora en la escuela: "Lo más caro que posee el hombre es la vida, no le es dada más que una vez". Por consiguiente: aferrarse a la vida a cualquier precio... Somos muchos aquellos a quienes los campamentos nos hicieron comprender que la traición, el sacrificio de seres buenos y desposeídos, era un precio demasiado alto y que

nuestra vida no lo valía. En cuanto al servilismo, la adulación, la mentira, en el campamento las opiniones estaban divididas: algunos decían que eran un precio aceptable, y quizás sea cierto.

Sí, pero ¿salvar la vida a costa de todo lo que le da color, perfume, emoción? Obtener una vida con digestión, respiración, actividad muscular y nada más. Convertirse en un esquema ambulante. Este precio, ¿no es pedir un poco de más? ¿No es un escarnio? ¿Se debe pagarlo? Tras siete años de ejército y siete años de campamento -dos veces siete años, dos veces el plazo en las fábulas o en la Biblia-, perder la costumbre de distinguir entre un hombre y una mujer... ¿no es pedir un poco de más?

Vamos, yo no habría vacilado un solo instante, me habría marchado hace mucho tiempo, después de una buena andanada de insultos..., sí, pero entonces, adiós el certificado que deben darme la deidad Certificado, y ¡bien sabe Dios que un relegado no puede prescindir de él! Cualquiera día, al comandante o al oficial del Resguardo quizás se le antoje despacharme a trescientos kilómetros de aquí, al desierto..., y yo podré aferrarme a mi certificado: debe permanecer en observación, requiere atención permanente, ¡perdón, excusas, mi comandante! Un ex presidiario, ¿renunciar a un certificado médico? ¡Ni pensarlo!

Por lo tanto, seguir empleando astucia, fingir, engañar, demorar las cosas,.. ¡Como si no fuera bastante, después de toda una vida!.. (A propósito, demasiada astucia acaba por cansarnos y hacernos cometer errores, Fui yo mismo el que me acarree todo esto, con la carta de la laboratorista de Umsk que le pedí mandarme la solté, se la echaron encima, la adjuntaron a la historia clínica y comprendí, demasiado tarde, que la jefa del Servicio me había hecho caer en la trampa: ahora, es seguro que me aplica la hormonoterapia; de lo contrario, puede que todavía tuviera dudas.)

Esperen que haya regresado a Ush-Terek: para que el tumor no vaya a formar metástasis, me voy, a aporrearlo un poco más con la raíz del lago Isyk.Kull. Medicinarse con un veneno violento tiene algo de noble: el veneno no se hace pasar por un remedio inocente, le dice a uno bien claro: ¡Soy un veneno, desconfía, es para bien o para mal! Y sabemos lo que estamos arriesgando.

Su última carta (llegó muy rápidamente, en sólo cinco días, mientras todas las anteriores demoraban ocho días) me conmovió mucho. ¿Cómo? ¿Una expedición geodésica a nuestra región? ¡Qué dicha sería volver a hallarme frente a un teodolito! ¡Trabajar en serio, aunque sólo fuese un año! Pero ¿me tomarán? Pues al fin y al cabo hay que franquear, necesariamente, los límites de la zona de relegación y además todo eso es ultra secreto, siempre es así y yo soy individuo de malos antecedentes.

El Puente de Waterloo y Roma, ciudad abierta, que me recomienda, ya no los veré ahora: no los pasarán por segunda vez en Ush.Terek, y acá, para ir al cine, tendría que pernoctar en alguna parte después de mi salida del hospital, y ¿cómo hacerlo? Y además, ¿quién sabe si no saldré del hospital en cuatro patas?...

Me propone hacerme llegar dinero. ¡Gracias! Al principio, quise rehusar: siempre he tratado de evitar las deudas (y lo he logrado). Pero pensé que

de todos modos tendré algo que dejarles a mis herederos: mi paletó de piel de carnero en Ush-Terek ¡no es poca cosa! ¿Y los dos metros de tela oscura que me sirven de cobertor? ¿Y el plumón que me regaló Melnichukov? ¿Y mis tres cajones clavados en forma de lecho? ¿Y mis dos cacerolas? ¿El jarro procedente del campamento? ¿La cuchara? Y un recipiente, ¡perdón! ¡Un resto de saksaul! ¡Un hacha! En fin, ¡una lámpara de petróleo! ¡Palabra que he sido muy poco formal no habiendo redactado un testamento!

Si me envía, pues, unos ciento cincuenta rublos (¡no más!), se lo agradeceré, Tomé nota de su encargo: buscar permanganato, soda y canela. Piense y escríbame si necesita alguna otra cosa. Puede que haga falta llevarles una plancha liviana. Puedo hacerlo, no se preocupe,

Su boletín meteorológico, Nicolás, me informa que sigue estando más bien frío donde ustedes, y que todavía hay nieve. Aquí estamos en primavera, una primavera tan hermosa que resulta inoportuna e incomprensible.

A propósito de meteorología, si ve a la Stroehm, transmítale un muy atento saludo de parte mía. Dígale que acá pienso a menudo...

Y no, pues..., puede que no sea necesario...

Experimento, así, sentimientos confusos; ni yo mismo sé lo que quiero, lo que tengo derecho a querer.

Pero cuando pienso en nuestro consuelo, ese gran dicho: "Cosas peores se han visto", de inmediato me siento mejor. En todo caso, ¡no seremos nosotros quienes nos dejemos abatir! ¡Vamos, pues, a chapotear otro poco!

Elena observa que en dos veladas escribió nueve cartas. Y yo me dije: ¡qué poco frecuente es, en nuestros días, esa atención llena de simpatía y de constancia para con otros a quienes uno encuentra en casa de ustedes! ¿Quién piensa hoy así en los que están lejos consagrándoles todas sus veladas? Si a uno le gusta escribirles cartas largas es porque sabe que ustedes las leerán en voz alta y las releerán y volverán una vez más a cada frase y lo contestarán todo,

Que sigan, pues, amigos míos, rodeados de esa felicidad y esa claridad.

Suyo,

OLEG,

## CAPITULO XXIII

### ¿PARA QUE IR TIRANDO?

El 5 de marzo fue, afuera, un día Insulso, día de lluvia fina y fría, y en el pabellón, día variado, lleno de cambios: Diomka, que en la víspera aceptara por escrito la operación, bajaba al Servicio de Cirugía, y habían traído a dos nuevos pacientes.

El primero ocupó precisamente la cama de Diomka, en el rincón junto a la puerta. Era hombre de elevada estatura, pero muy encorvado, de espalda combada y rostro concluido hasta hacerlo parecer viejo. Tenía bolsas debajo de los ojos y tan caídos estaban sus párpados inferiores, que el óvalo horizontal a que estamos habituados había pasado en él a ser un círculo dentro del cual el blanco de los ojos dejaba ver una rojez enfermiza, mientras el iris tabaco claro se veía también más grande que lo usual, debido al abatimiento de los párpados inferiores. Con estos grandes ojos redondos, el viejo parecía examinarlos a todos con una atención sostenida que producía una impresión desagradable.

Durante toda la semana anterior, Diomka ya no era el mismo: tenía en la pierna dolores y puntadas que nada podían calmar; ya no lograba dormir, ya no podía hacer nada y debía apretar los dientes para no molestar con gritos a sus vecinos. Se hallaba tan exhausto, que su pierna ya no le parecía algopreciado y vital, sino una carga maldita de la cual había que desembarazarse cuanto antes y con el menor sufrimiento posible. y la operación en que viera, un mes atrás, el final de su vida, se le presentaba ahora como una salvación. He ahí cómo cambian nuestros juicios.

Mas, aunque antes de dar su acuerdo por escrito Diomka les tomara el parecer a todos los enfermos del pabellón, todavía hoy -mientras se despedía de ellos, con su lío de ropa- trataba de que lo convencieran y consolaran. y Vadim tuvo que repetir lo que ya dijera mil veces: que Diomka era afortunado al poder salir con bien a costa de tan poco; que él, Vadim, estaría dichoso de hallarse en su lugar. Pero Diomka seguía hallando objeciones.

-¡Es que el hueso te lo cortan con sierra! Te lo cortan, sencillamente, como un madero. Dicen que eso se siente, con cualquier anestesia.

Mas Vadim no sabía consolar mucho tiempo, ni le gustaba hacerlo:

-Pues bien, ¿y qué? Tú no eres el primero. Puesto que otros lo soportan, también lo soportarás tú.

En esto, como en todo lo demás, era constante y justo: él tampoco pedía que lo consolaran, ni lo habría tolerado. En todo consuelo veía algo de muelle, de religioso.

Vadim, siempre altivo y cortés, seguía manteniendo tanta etiqueta como al comienzo de su permanencia en el pabellón; sólo su cutis tostado de

montañés empezaba a ponerse amarillo y con mayor frecuencia se veía temblarle los labios de dolor y arrugársele la frente de impaciencia Y confusión. Mientras, repitiendo al mismo tiempo que no le quedaban más que ocho meses de vida, seguía montando a caballo, tomando el avión a Moscú para encontrarse con Cheregorodzev, en el fondo estuvo convencido de que saldría del paso. Pero ya llevaba acostado aquí un mes, uno de esos ocho meses de prórroga... y no el primero, sino tal vez ya el tercero o cuarto. Y cada día sufría más al caminar, ya no podía ni pensar en andar a caballo a campo traviesa. Los dolores le llegaban ya a la ingle. De los seis libros que trajera, había leído tres, mas ya no estaba tan seguro de que descubrir yacimientos mineros a partir de las aguas fuese lo único necesario, y era por eso que no leía ya con tanta atención, poniendo ahora en los márgenes menos puntos de interrogación y de exclamación.

En otro tiempo, la característica más hermosa de una vida había sido, para Vadim, el no bastarle su jornada, estar tan ocupado. Y he aquí que la jornada comenzaba a bastarle, hasta a sobrarle, y que ahora era la vida la que le faltaba. Su constante disposición al trabajo oscilaba cual una cuerda floja. Ya no le sucedía tan a menudo despertarse al alba para trabajar aprovechando el silencio, y a veces incluso permanecía acostado sin hacer nada, metido debajo de sus frazadas, y de pronto le venía la sensación de que acaso valiese más dejarse ir y acabar con todo, lo cual sería más fácil que luchar. La mediocridad, las necias conversaciones que lo rodeaban, le dejaban una impresión de absurdo y angustia y, en ocasiones, le daban ganas de aullar -rasgando el velo de su compostura- como bestia cogida en la trampa: "Vamos, basta de bromas, ¿quieres dejar de fregar?"

La madre de Vadim había hecho cuatro antesalas influyentes, sin conseguir oro coloidal. Habiendo traído "chaga" de Rusia, se había entendido con una enfermera que debía llevarle todos los días a su hijo una taza de esta infusión, mientras ella partía de nuevo para Moscú: a hacer nuevas antesalas, siempre para conseguir aquel oro, No podía resignarse a la idea de que en alguna parte existía oro radiactivo, y por no obtenerlo a su hijo se le formarían metástasis.

Diomka se acercó a Kostoglotov, para decirle y oír de él una última palabra, antes de marcharse. Kostoglotov estaba acostado en su cama oblicuamente, puestas las piernas levantadas sobre el catre, con la cabeza colgando hacia el pasillo. Fue así como, con la cabeza echada para atrás y viendo a Diomka al revés, le tendió la mano y se despidió de él en voz baja (desde hacía algún tiempo le costaba hablar fuerte; al hacerlo, sentía algo en la base del pulmón):

-No te preocupes, Diomka. Ha vuelto León Leonidovich, yo lo vi. El va a sacarte eso en un instante.

-¿De veras? -preguntó Diomka, aliviado-. ¿Lo viste?

-Con mis propios ojos.

-¡Qué bueno sería eso! ¡Hice bien en esperar!

Sí, bastó que reapareciera en los corredores de la clínica esa gran estantigua de cirujano, con unos brazos demasiado largos que lo colgaban junto al cuerpo, y los pacientes ya habían recobrado el ánimo, cual si comprendiesen

que era justamente ese sostén el que les había faltado durante todo este último mes. Si hubieran hecho desfilar a los cirujanos ante los enfermos para hacerlos escoger, sin duda todos se habrían hecho inscribir con León Leonidovich. Siempre tenía aspecto de aburrirse, sin embargo, cuando uno se cruzaba con él en los corredores de la clínica; pero hasta ese aspecto aburrido significaba, para los pacientes, que era un día sin operaciones.

A pesar de no tener Diomka absolutamente nada que reprocharle a Eugenia Ustinov, a pesar de ser la frágil Eugenia Ustinov excelente cirujana, de todos modos era distinto confiarse a aquellas manos velludas de gran simio. Cualquiera que fuese el resultado, lograra o no salvarlo, él no daría pasos en falso; sepa Dios por qué tenía Diomka esta firme convicción.

No dura nada el parentesco que se establece entre paciente y cirujano, pero es un parentesco más íntimo que el de un hijo con su propio padre.

¿Es buen cirujano, pues? -preguntó con voz ahogada el nuevo enfermo, el hombre con bolsas debajo de los ojos que ocupaba la cama de Diomka. Tenía la expresión de alguien cogido por sorpresa, desconcertado. Tiritaba y, aun dentro de la sala, conservaba puesta encima del pijama una bata de fustán abierta, sin cinturón; y miraba en torno de él, el viejo, como si, habiéndolo despertado en plena noche golpes dados en la puerta de una casa aislada, hubiese salido de su lecho y no supiera de dónde venía la catástrofe.

-¡Hum! -mugió Diomka, cada vez más aliviado, cada vez más contento, cual si acabasen de relevarlo de una buena mitad de la operación-. ¡Es un tipo formidable! ¿Usted también debe operarse? ¿Y de qué?

-Yo también -contestó solamente el recién llegado, como si no hubiera oído toda la pregunta. Sus facciones no habían reaccionado al alivio de Diomka; nada había cambiado en la expresión de sus ojos redondos de mirada fija, un poco excesivamente atenta o que tal vez, por el contrario, no viese nada.

Una vez que Diomka se marchó, le hicieron su cama al recién llegado, quien se sentó en ella, se apoyó en la pared y volvió a contemplar con fijeza la sala con sus ojos dilatados. Estos no se movían; los clavaba en uno de los enfermos y lo miraba largo rato de hito en hito. Luego volvía la cabeza en un solo bloque y miraba a otro. O quizás miraba a su lado. No reaccionaba en absoluto a los ruidos y movimientos que se producían en la sala. No hablaba, no respondía, no preguntaba. Transcurrió una hora y todo cuanto pudieron sacarle fue que venía de Fergana. Y además se habían enterado, por la enfermera, de que se llamaba Shulubin.

Un búho, es esto lo que era él, Rusanov lo había identificado en seguida: esos ojos redondos que lo miran a uno fijamente, esa inmovilidad. Tal como estaba, la sala ya no era alegre; pero este búho era el colmo. Había detenido su tétrica mirada en Rusanov y ahora llevaba ya tanto rato mirándolo con fijeza, que resultaba sencillamente desagradable. A todos los miraba así, cual si aquí todos tuviesen algo que reprocharse. Y su vida en esta sala de hospital ya no pudo seguir la marcha indolente que siguiera hasta ahora.

A Pablo Nicolaievich le habían puesto el día anterior su duodécima inyección. Ya se había acostumbrado a esas inyecciones: ya no lo hacían delirar, mas le causaban frecuentes dolores de cabeza y una sensación de debilidad.

Pero, sobre todo, había quedado en claro que él no estaba en peligro de muerte; no, por supuesto, eso no había sido más que un pánico familiar. El tumor, reducido ya a la mitad, se había ablandado: claro que todavía le molestaba, pero mucho menos, y su cabeza podía de nuevo moverse libremente. De su enfermedad no le quedaba, pues, sino esta debilidad. Mas la debilidad era algo soportable, incluso tenía un aspecto placentero: permanecer acostado, siempre acostado; leer, tomar tónicos, pensar en las cosas buenas que a uno le gustaría comer, charlar con personas simpáticas; oír radio ... , cuando hubiese regresado a casa, por supuesto. No habría habido, pues, nada más que esta debilidad, de no haber seguido la Dontsov palpándole las axilas con un dedo rudo que le enterraba como una estaca cada vez que lo examinaba. Algo buscaba ella y, después de haber pasado aquí un mes, se adivinaba sin esfuerzo lo que era: un nuevo tumor, otro más. Hasta lo hacía ir a su oficina, le pedía tenderse y le tocaba la ingle, apoyando en la misma forma aguda y dolorosa.

-¿Cree usted que podría multiplicarse? -preguntaba Pablo Nicolaievich, con inquietud. Esto ensombrecía toda la alegría que le causaba la disminución de su tumor,

-Por cierto que es para evitarlo que estamos medicinándolo- enunciaba la Dontsov con un enérgico movimiento de cabeza-. Pero todavía tendrá que soportar muchas inyecciones.

-¿Cuántas más? -preguntaba Rusanov con espanto.

-Eso ya se verá.

(Los médicos nunca dicen nada preciso.)

Las doce inyecciones precedentes lo habían debilitado tanto, que sus análisis de sangre ya hacían sacudir la cabeza a los médicos; ¿y debería soportar otras tantas? Como quiera que fuese, la enfermedad exigía su tributo. El tumor iba disminuyendo, pero Pablo Nicolaievich no sacaba de ello verdadera alegría. Se hallaba sin energías, pasaba los días durmiendo. Por fortuna, "Hocicón" también se había sosegado, había dejado de vociferar y mostrar los dientes, y bien se veía ahora que no estaba fingiendo, que también a él lo había dominado la enfermedad. Cada vez con mayor frecuencia, dejaba colgar la cabeza en el borde de su cama y se quedaba largos ratos acostado, con los ojos entornados. Pablo Nicolaievich, por su parte, tomaba tabletas contra los dolores de cabeza, se aplicaba una compresa a la frente y se protegía los ojos de la luz. Y permanecían así, acostados uno al lado del otro, perfectamente en paz, sin intercambiar injurias durante horas.

Entretanto, por encima del amplio rellano (de donde se llevaran a la morgue al hombrecillo que succionaba sin cesar balones de oxígeno), habían fijado un cartel, en letras blancas sobre una ancha faja de tela escarlata, como debe ser:

"¡Enfermos: no hablen entre ustedes de sus enfermedades!" Por supuesto, esa tela escarlata y ese lugar, bien visibles, le habrían venido mejor a una frase de propaganda en homenaje a las festividades de Octubre o del 1.<sup>o</sup> de Mayo; mas, para la vida que llevaban ellos aquí, tal exhortación tenía también su importancia y Pablo Nicolaievich ya se había referido varias veces a esto para hacer callar a los enfermos que se atormentaban inútilmente.



(Por otra parte, situándose en el punto de vista de la utilidad pública, más bien que agrupar en un solo lugar a todos los que sufren de tumores, se habría debido dispersarlos en hospitales corrientes; así, no se asustarían mutuamente y se podría evitar decirles la verdad, lo cual sería mucho más humano.)

Los ocupantes de la sala cambiaban, pero nunca llegaban ocupantes alegres: todos estaban abatidos, extenuados. Sólo Ajmadyan, quien ya había dejado su muleta y no tardaría en salir, sonreía mostrando sus dientes blancos, pero no alegraba a nadie más y acaso no hiciera sino despertar envidia en los otros.

Y he aquí que hoy, de repente -como dos horas después de haber llegado el paciente de aspecto lúgubre, en mitad de una jornada languideciente en que todos permanecían acostados y en que los vidrios, chorreando lluvia, dejaban pasar tan poca luz que ya antes de comida daban ganas de encender las ampollitas y de ver llegar lo más pronto posible el anochecer-, se vio entrar a la sala, con paso rápido y ágil, precediendo a la enfermera, a un hombrecillo muy lleno de vivacidad. Entrar es demasiado poco decir: hizo literalmente irrupción en la sala, con tanta prisa cual si lo hubiesen esperado sin falta y se hubieran cansado de esperarlo. y se detuvo, sorprendido de ver a todos esos enfermos apáticos, tendidos en sus camas. Ello lo hizo silbar de asombro. y lleno de ímpetu, en tono de enérgico reproche, exclamó:

-¡Pues bien, amigos, todos ustedes parecen pollos mojados! ¿Qué hacen ahí, con las piernas encogidas? -y aunque ellos no estaban preparados para acogerlo, les hizo una especie de saludo casi militar-: Chaly, Máximo Petrovich. ¡A mucha honra! ¡Descan-sen!

En su cara, nada permitía adivinar el agotamiento de los cancerosos: la iluminaba una sonrisa llena de optimismo y confianza, y algunos de los enfermos le sonrieron a su vez, especialmente Pablo Nicolaievich. Desde hacía un mes, por cierto que era la primera vez que se veía a un hombre en medio de todos estos quejumbrosos.

-Bueno -dijo él mientras, sin preguntarle nada a nadie, localizaba de una rápida ojeada su lecho y se dirigía allá con paso decidido. Era el lecho vecino al de Pablo Nicolaievich, el que antes ocupara Mursalimov, y el recién llegado se metió al pasillo por el lado donde se hallaba Pablo Nicolaievich. Se sentó en la cama, hizo funcionar los resortes, que rechinaron. Concluyó-: Amortiguación, sesenta por ciento. El médico jefe lo toma con calma.

Y se dispuso a desempaquetar sus cosas, aunque, a decir verdad, no había nada que desempaquetar: en las manos, nada; en un bolsillo, una navaja de afeitar; y en el otro, una cajita, no de cigarrillos, sino de naipes casi nuevos. Sacó el mazo, lo hizo crujir pasando los dedos por el canto y, mirando a Pablo Nicolaievich con aire malicioso, preguntó:

-¿Juega usted a las cartas?

-De vez en cuando -confesó Pablo Nicolaievich, en tono benévolo.

-¿Y qué juego prefiere? -Pocos. Más bien el burro.

-Eso no se llama jugar -puntualizó Chaly con severidad-. ¿Y el saque, el "stoss", el "wint", el póquer?

-¡Figúrese! -dijo Rusanov, confuso, con un gesto negativo-. Jamás tuve tiempo de aprender.

-Se le enseñará aquí, es el lugar soñado -prosiguió Chaly con vivacidad-. Como dicen, lo que no sepas te lo enseñarán, a lo que no quieras te obligarán. -Y rió. Tenía una nariz un poco grande para su rostro, una gran nariz blanda y enrojecida. Pero era precisamente esa nariz la que le daba a toda su cara ese aspecto inocuo, afable, franco-. Como juego, no hay como el póquer -afirmó autoritariamente-. Escondiendo el envite. -y, por encima de Pablo Nicolaievich, ya estaba buscando con los ojos otros campañorras de juego. Mas ningún vecino le dio esperanzas ..

-¡Yo! ¡Yo quiero aprender! -exclamó detrás de él Ajmadyan.

-Bueno -dijo Chaly, en tono aprobatorio-. Búscanos algo que poner entre las camas. -Se volvió un poco más, vio la mirada fija de Shulubin; vio además a un uzbeko de turbante rosado, de bigotes colgantes, finos, como hechos de hilo de plata ... , y fue entonces cuando entró Nelly, con un balde de agua para lavar el suelo-. ¡oh, oh! -pronunció inmediatamente Chaly, manifestando apreciación-. ¡Esta sí que es una muchacha con buena base! Habríamos podido ir juntos a los columpios.

Nelly adelantó sus gruesos labios, era su modo de sonreír:

-¿ Y qué? No es demasiado tarde. Pero eso no es para los enfermos.

Barriga contra barriga, todo mal se mitiga -proclamó Chao ¿O acaso te intimidó?

-¿Por ventura te queda mucho de lo que hace a un hombre? preguntó Nelly, evaluándolo con la mirada.

Para ti, con que atravesarte, ino te preocupes! -respondió Chaly, devolviendo golpe por golpe-. ¡Vamos, pronto, en posición de lavar el suelo: tengo ganas de ver la fachada!

Mira cuanto quieras, es regalo de la casa -pronunció Nelly, buena muchacha; y tirando la arpillera mojada cerca del primer catre, se agachó para lavar el suelo.

Quizás en el fondo no fuese malo ese hombre. Parecía no tener nada exteriormente y su semblante tampoco reflejaba un dolor oculto. O bien era por orden de su voluntad como se mantenía tan resistente, dando el ejemplo que hacía falta en la sala, cuando no habría otro en nuestra época y entre nuestros conciudadanos. Pablo Nicolalevich miraba a Chaly con envidia.

Qué tiene usted? -preguntó en voz baja y tono confidencial.

-Yo? -se sobresaltó Chaly-. Pólipos, -Nadie, entre los pacientes sabía a ciencia cierta qué era eso, pero se lo veía a menudo en uno u otros.

Y eso no duele?

Vaya, apenas empezó a dolerme vine acá. ¿Hay que operar? Procedan se lo ruego, ¿qué esperan?

Y donde los tiene? -siguió preguntando Rusanov, quien sentía cada vez más aprecio por su interlocutor.

En el estómago, al parecer -dijo Chaly, con aire despreocupado y siempre sonriendo-. En suma, van a escamotearme el estómago. Van a cortarle tres cuartas partes. -Con el borde de la mano, hizo ademán de abrirse el vientre y

frunció los párpados.

-¿Yen tal caso? -inquirió Rusanov, atónito.

-¡No es nada, me acostumbraré a eso! ¡Siempre que absorba el vodka!

-¡Qué ánimo tiene usted!

-Mi querido vecino -sentenció Chaly, sacudiendo su cabezota de ojos francos y gran nariz colorada-, para no reventar, no hay que amargarse. Mientras menos piensa uno, menos ideas sombrías tiene. Te aconsejo hacer otro tanto.

Ajmadyan venía llegando con una tabla de madera terciada. La instaló entre las camas de Rusanov y Chaly, donde se sujetó a maravilla.

-Esto resulta un poco más elegante -comentó Ajmadyan, contentísimo.

-Que enciendan la luz -ordenó Chaly. Encendieron, pues, la luz, lo cual alegró aun más el ambiente-. Bueno, ¿y el cuarto?

Imposible encontrar a un cuarto.

-No importa, primero explíquenos así. -Rusanov estaba reanimado. Ahora se hallaba sentado, con los pies en el suelo, como un hombre sano. Cuando volvía la cabeza, el cuello le dolía mucho menos. Terciada o no, tenía ante él una verdadera mesita de juego, iluminada por una luz fuerte y festiva que caía del techo. Los signos claros, precisos, alegres de las pintas rojas y negras se destacaban sobre la superficie blanca y lustrosa de las cartas. ¿Tal vez bastara, realmente, portarse así como Chaly, frente a su enfermedad, para que ésta aflojara? ¿Con qué objeto cocerse a fuego lento en su jugo? ¿Para qué dejarse ir siempre a pensamientos siniestros?

-¿Qué estamos esperando? -preguntó Ajmadyan, impaciente.

-Per·fec-to -dijo Chal y, e hizo pasar todo el mazo por entre sus' dedos expertos, con la rapidez de una cinta cinematográfica, apartando las cartas inútiles y conservando junto a él aquellas que necesitaba-o. Esto se juega con las cartas que van del nueve al as. Orden de las pintas: trébol, diamante, corazón rojo, corazón negro. - Y le mostraba las pintas a Ajmadyan-. ¿Entendido?

-Entendido -contestó Ajmadyan, muy satisfecho.

Máximo Petrovich hizo crujir el mazo plegándolo entre sus de. dos, golpeó las cartas y continuó sus explicaciones:

-Se dan cinco cartas a cada "mano", el resto va al montón.

Ahora, es preciso comprender el orden de las combinaciones. Son éstas: un par -mostró un par-, dos pares; escalera ... : cinco cartas seguidas, así o así; luego, tres cartas: "full" ...

-¿Está Chaly? -preguntó una voz en la puerta.

-¡Presente!

-Al recibo, ha venido a verlo su esposa.

-¿Vio si trae un cesto? .. Bueno, amigos, entreacto.

Y se dirigió a la puerta, con paso firme y despreocupado.

En la sala se hizo el silencio. Las luces estaban encendidas, como si fuese de noche. Ajmadyan regresó a su lecho. Nelly avanzaba, lanzando con violencia su arpillera para rociar el suelo y cada cual tenía que recoger los pies

sobre la cama.

Pablo Nicolaievich también se acostó. Desde su rincón, sentía literalmente posada en él la mirada de aquel búho, como una presión obstinada y reprobatoria sobre el costado de su cabeza. Y para alivianar esa presión, preguntó:

-Y usted, camarada, ¿de qué sufre? -Mas el viejo taciturno ni siquiera hizo un movimiento amable en su dirección, como si la pregunta no fuera dirigida a él. Con sus ojazos redondos color tabaco veteados de rojo, parecía estar mirando más allá de la cara de Rusanov. Pablo Nicolaievich renunció a esperar una respuesta y se puso a jugar con los naipes satinados.

Y fue entonces cuando una voz sorda contestó: -De eso.

¿Cómo, de "eso"? ¡Malcriado!. .. A su vez, Pablo Nicolaievich ni siquiera volvió los ojos hacia él; se tendió de espaldas y permaneció así, soñando despierto.

De hecho, la llegada de Chaly lo había distraído, pues estaba esperando el periódico. Hoy era un día memorable, ¡oh, cuán memorable! Un día muy importante, de gran trascendencia, y el diario debía permitirle adivinar muchas cosas para el futuro. Pues el futuro del país era, por cierto, el futuro de él, de Rusanov. ¿Estaría enmarcado en negro, en señal de duelo, el periódico entero, o solamente la primera página? ¿Habría un retrato a toda página, o sólo de un cuarto de página? ¿Y en qué términos vendrían redactados los títulos y el editorial? Después de las eliminaciones de febrero, todo esto era de capital importancia. En su oficina, Pablo Nicolaievich habría podido recoger ciertos informes, pero aquí no tenía más que el diario.

Nelly se meneaba, estrellándose contra los catres, pues ningún pasillo era suficientemente ancho para ella. Mas la labor iba a buen ritmo, ya había terminado y estaba desenrollando la alfombra.

Y fue por la alfombra desenrollada por donde entró Vadim, de vuelta de los rayos, desplazando con precauciones su pierna enferma, mientras le tironeaba el labio un tic doloroso.

Y él traía el periódico.

Pablo Nicolaievich le hizo seña de acercarse:

-¡Vadim! Venga un poco para acá, siéntese cerca de mí. Vadim se detuvo, reflexionó, fue oblicuamente hacia Rusanov y se sentó, sujetándose la pierna del pantalón para evitar los roces.

Por la forma en que estaba doblado el diario, se adivinaba que Vadim ya lo había abierto. Al tomarlo entre sus manos, Pablo Nicolaievich vio que ya no había ni ribete negro ni retrato en primera página. Lo miró más de cerca, volvió las hojas pacientemente, pero no encontró ... , siguió sin encontrar retrato ni ribete ni encabezamiento ... , ni el más mínimo artículo, ¿era posible?

-¿Nada? ¿No sale nada? -le preguntó, espantado a Vadim, sin nombrar siquiera el asunto del cual no se decía nada.

El casi no conocía a Vadim. Este era, sin duda, miembro del Partido, pero demasiado nuevo todavía. Y no pertenecía a los órganos directivos, tenía una especialidad restringida. ¿Qué podría tener, pues, en su mente? Difícil era

imaginarlo. No obstante, en una ocasión le había dado a Pablo Nicolaievich grandes esperanzas: en la sala estaban hablando de las nacionalidades deportadas y Vadim, apartándose con esfuerzo de su geología, había mirado a Rusanov, encogido de hombros y dicho en voz baja, dirigiéndose a él solo: "Si las deportaron, algo habrá habido. Entre nosotros, no se deporta porque sí".

Esta frase justa le había revelado en Vadim a un hombre inteligente de convicciones incommovibles.

¡V se veía que Pablo Nicolaievich no se había equivocado! Ahora, sin necesidad de explicarle él a Vadim de qué se trataba, ya estaba éste buscando, por su parte. V le mostró a Rusanov un artículo al pie de una página que aquél, en su azoramiento, no había notado.

Un pie de página común y corriente. Nada para distinguirlo del resto. Ningún retrato. La firma de un académico, nada más. Y en el artículo no se trataba de segundo aniversario! ¡Del dolor de todo un pueblo! ¡De que El "vivía y viviría eternamente"! No: se trataba simplemente, de "Stalin y los Problemas en la Edificación del Comunismo".

¿Eso era todo? "Y los Problemas ... ", punto, eso es todo! ¿Nada más que esos problemas? ¿Edificación? ¿Edificación para qué? Eso podía aplicárseles igualmente bien a las cuadrillas protectoras de bosques! ¿Y en qué quedaban las victorias militares? ¿V el genio filosófico? ¿Y el corifeo de las ciencias? ¿V el amor del pueblo entero?

Arrugando la frente con expresión dolorida, Pablo Nicolaievich miró a través de sus anteojos el rostro sombrío de Vadim.

-¿Cómo es posible, eh? .. -Por encima del hombro, lanzó una mirada inquieta por el lado de Kostoglotov. Este, visiblemente, estaba durmiendo: tenía los ojos cerrados, la cabeza le colgaba siempre en igual posición-. Hace dos meses ... , dos, ¿no es así? Acuértese: el septuagésimo quinto cumpleaños! Todo fue como antes: un inmenso retrato, un título inmenso, "El Gran Continuator". ¿Eh? ¿Y entonces?

Ni siquiera era el peligro, no, no el peligro, lo que eso hacía cernerse sobre los sobrevivientes, sino la ingratitud! La ingratitud, sobre todo esto, era lo que hería ahora a Rusanov, cual si fuesen sus propios méritos, su propia conducta irreprochable, lo que escarnecían y reducían a polvo. Si la Gloria que resuena en los siglos se esfumaba en el término de dos años; si bastaban veinticuatro meses para desechar al Amadísimo, al Sapientísimo, a aquel a quien se sometían los jefes inmediatos de uno y los jefes de esos jefes. entonces, ¿qué iba a poder subsistir? ¿En qué podía uno apoyarse? ¿V cómo podía sanar?

-Verá usted -dijo muy quedo Vadim-. hubo recientemente una resolución en principio que estipulaba que ya no se celebraría el aniversario de las muertes, sino sólo el de los nacimientos. Pero, claro, a juzgar por el artículo

Agitó tristemente la cabeza.

También él se sentía algo agraviado, en especial por su padre, a quien perdiera. Recordaba cuánto quería él a Stalin; en todo caso, más que a sí mismo, de seguro (nunca había tratado su padre de obtener nada para sí mismo). V más que a Lenin. V probablemente más que a su mujer y a sus hijos. De su familia podía hablar con calma o con ironía; pero de Stalin, jamás; le temblaba

un poco la voz apenas pronunciaba su nombre. Había un retrato de Stalin en su escritorio, otro en el comedor, otro más en el cuarto de los niños. Pasaban los años, y los muchachitos seguían viendo encima de ellos aquellas cejas gruesas, aquel bigote tupido, aquella cara inmutable, inaccesible en apariencia al miedo o a una alegría frívola, cuyos sentimientos todos parecían concentrarse en el fulgor de sus ojos de terciopelo negro. Y además, después de haber leído cada uno de los discursos de Stalin, también les leía su padre a los muchachos pasajes de ellos, explicándoles qué profundo pensamiento encerraban y con qué sutileza lo expresaba, y qué bonito era su ruso. Solamente más tarde, cuando hubo perdido a su padre y hubo crecido, empezó Vadim a encontrar que el lenguaje de aquellos discursos era quizás un poco insulso; que, lejos de ser condensados, sus pensamientos habrían podido expresarse con mucho mayor concisión, cabiendo más pensamientos dentro del mismo volumen. Esta era su impresión, pero no la habría dicho en voz alta. Era su impresión, pero se sentía más en armonía consigo mismo cuando profesaba la admiración que le inculcaban desde su infancia.

Todavía muy fresco en su memoria estaba el día de Su muerte.

Jóvenes, viejos, niños, todos lloraban. A las muchachas las sacudían los sollozos, los muchachos se enjugaban los ojos. Viendo llorar así a todo el mundo, daba la impresión de que no era un hombre quien había muerto, sino que se agrietaba el universo entero. Daba la impresión de que, aun cuando la humanidad lograra sobrevivir, ese día se grabaría en ella para siempre como el día más lóbrego del año.

Y he aquí que, en el segundo aniversario de esa muerte, ya economizaban la tinta negra de un ribete de luto. No habría sido difícil, empero, hallar algunas palabras sencillas y fervientes: "Hace dos años, moría .. ." Aquel cuyo nombre tenían en los labios los soldados de la última guerra, postrera palabra suya aquí en la tierra, cuando tropezaban y caían.

Y luego, no era sólo cosa de educación: de la costumbre habría podido él desembarazarse. No, bien mirado todo, la razón misma exigía que se honrara al Gran Difunto. El era la rectitud, emanaba de El la seguridad de que los días venideros no iban a desviarse de lo que los precediera. Había exaltado a la ciencia y los sabios, liberándolos de sus mezquinas preocupaciones por el trato y la vivienda. Y la ciencia misma exigía Su permanencia. Su constancia, garantías de un porvenir sin conmociones, en el cual los sabios no se verían obligadas a repartir su atención, a sacrificar un trabajo superior en utilidad e interés a los manejos mezquinos a que habría que entregarse para organizar la sociedad, educar a los incultos, convencer a los necios.

Fue con tristeza como Vadim regresó a su cama para poner sobre ella su pierna enferma.

Mas aquí volvía Chaly, muy satisfecho, con una bolsa llena de provisiones. Mientras las ordenaba en su mesa de noche, que se hallaba al lado opuesto al de la cama de Rusanov, sonreía con modestia: '

-¡No más que algunos días para aprovecharlas! Después, nada más que con intestinos, ¡sabe Dios cómo va a marchar eso! -Rusanov no terminaba de extasiarse con Chaly: ¡qué optimista! ¡Qué tipo animoso!-. ¡Tómate

escabechados! .. -dijo Chaly, quien seguía vaciando su bolsa. Hundiendo los dedos en el frasco, sacó uno, lo tragó, frunció los párpados: ¡Excelentes ... , y ternera asada. Bien jugosa, no demasiado seca.-La tocó y lamíó-. ¡De oro, esas manos de mujer!

V sin decir nada, dándole la espalda a la sala, pero de modo que Rusanov lo viese, puso en su mesa de noche una botella de medio litro de vodka. y le dirigió un guiño a Rusanov.

-Entonces usted es de aquí -dijo Pablo Nicolaievich.

-Si no, no soy de aquí. Vengo de vez en cuando. En comisión.

-¿Es su esposa, entonces, la que vive aquí?

Pero Chaly ya no oía, se había marchado a devolver la bolsa vacía. Cuando estuvo de vuelta, abrió su mesa de noche, frunció el ceño, hizo su elección, tragó otro tomate, cerró de nuevo la puerta. Sacudió la cabeza con satisfacción.

-Bueno, ¿en qué estábamos? Continuemos.

Entretanto, Ajmadyan había encontrado a un cuarto, el joven kasajo de la escalera: esperando el regreso de Chaly, lo había hecho sentarse en su cama y, muy acalorado, le contaba en ruso, con abundancia de gestos, cómo nuestros soldados rusos habían zurrado a los turcos. (Había ido, el día anterior, a ver el film La Toma de Plevna, en otro pabellón.) Ambos se acercaron, recolocaron la tabla entre las dos camas y Chaly, más alegre que nunca, se puso a hacer malabarismos con las cartas con sus manos ágiles y diestras, dándoles ejemplos.

-Eso es el ful!, ¿entendido? Es cuando se tienen en mano tres cartas y un par al mismo tiempo. ¿Comprendido, mocoso?

-Va no soy un mocoso -replicó Ajmadyan con vivacidad, sin ofenderse-o Antes del servicio militar era un mocoso, ahora. ya no.

-Bueno. En seguida viene el color; es cuando se tienen cinco cartas de la misma pinta. Luego, las cuatro cartas: cuatro de una pinta, la quinta de otra. En seguida, la escalerilla: una serie de igual pinta, del nueve al rey. Así. mira ... O asá ... Y todavía, la escalera real. ..

No ellos, no lo habían entendido todo, pero Máximo Petrovich les prometió que lo comprenderían mejor cuando se pusieran a jugar. Mas, sobre todo, hablaba él con tanta amabilidad, con voz tan cordial y límpida, que le reconfortó mucho el ánimo a Pablo Nicolaievich ... ¡Un hombre tan simpático, tan afable. no esperaba él encontrar tanto en un hospital público! Sentados como estaban, constituían desde ahora un grupo unido y amistoso, y eso seguiría así hora tras hora, y podrían recomenzar todos los días en vez de pensar en la enfermedad. ¿Pensar en la enfermedad? ¿Con qué fin? ¿En los demás disgustos? ¿Con qué objeto? ¡Tenía razón Máximo Petrovich!

Rusanov iba a decirles que, mientras no hubiesen asimilado bien las reglas del juego, no jugarían dinero. V de repente, en la entrada de la sala, preguntaron:

-¿Está Chaly?

-Presente

-Al recibo: visita de su esposa!

-¡Mierda. qué marrana! -exclamó Máximo Petrovich, con simpleza-.

Pero si yo le dije que viniera en domingo, no en sábado. ¡Me pregunto cómo hicieron para no encontrarse cara a cara! .. Bueno, discúlpeme, amigos.

Y de nuevo quedó el juego en nada: Máximo Petrovich se fue, mientras que Ajmadyan y el kasajo se apoderaron de los naipes para repetir y ejercitarse.

Y de nuevo pensó Pablo Nicolaievich en su tumor y en el 5 de marzo; sintió la mirada de desaprobación que fijaba el búho en él, desde su rincón; vio también, al volverse, los ojos abiertos de "Hocicón". No estaba durmiendo "Hocicón", ¡imagínense!

No, Kostoglotov no dormía. No había dormido en todo ese rato, y, mientras Rusanov y Vadim hojeaban el diario charlando en voz baja, oía él cada palabra y adrede no abría los ojos. Estaba curioso por saber lo que dirían, lo que diría Vadim. Ahora ya no necesitaba echar mano al periódico ni desdoblarlo, lo había comprendido todo.

De nuevo estaba palpitante. Le palpitaba el corazón, martillando contra el portón de fierro que ya no debía abrirse jamás; y he aquí que empezaba a rechinar!, he aquí que empezaba a vacilar! Y la herrumbre se descascaraba, soltándose de sus goznes.

Kostoglotov no acertaba a digerir lo que les oyera decir a los que habían permanecido en libertad: que aquel día, dos años antes, habían llorado los viejos, habían llorado las jóvenes, había sido, de Improviso, cual si el mundo se hubiese hallado huérfano. No acertaba a imaginárselo, porque recordaba cómo había sido eso entre ollas. Un buen día no los llevaron a la faena, ni siquiera abrieron las barracas en que estaban encerrados. Y desconectaron el altoparlante que se oía siempre, fuera de la zona. De todo esto se colegía claramente que las autoridades habían perdido la cabeza, que los había sucedido una gran desgracia. Ahora bien, ¡una desgracia pura los patrones es una alegría para los presidiarios! Ya no se trabaja, uno puede quedarse acostado, le entregan su ración a domicilio. Primero durmieron hasta cansarse; luego comenzaron a encontrar raro eso; después, en una que otra parte, se pusieron a tocar guitarra, bandurria, a ir de una barraca a otra, tratando de adivinar. Inútil es que entierren al presidiario en lo más hondo de un agujero remoto: la verdad siempre termina por infiltrarse, ¡siempre! .. , por la panadería, por la herrería, por la cocina. ¡Y el asunto comenzó a divulgarse! Sin gran seguridad, al principio: alguien recorría las barracas, se sentaba en las tablas: "¡Hola, chicos! Parece que el ogro reventó ... " "¿Sin bromear?" .. ¡No es posible!" .. Perfectamente posible!" "¡Ya era tiempo!" V un coro de carcajadas. Adelante las guitarras, adelante las balalaicas! Pero durante veinticuatro horas, las barracas permanecieron cerradas. V a la mañana siguiente (seguía helando, como corresponde en Siberia), a todos los detenidos los hicieron formar en el sitio de reunión; estaban ahí el mayor, los dos capitanes, los tenientes, todo el mundo. V el mayor, obscurecido el semblante de tan desdichado que se sentía, anunció: .

-Es con profunda aflicción ... , ayer, en Moscú ...

Y una sonrisa -preciso era contenerse, para no demostrar su júbilo- iluminó todas aquellas carotas de presidiario sombrías, groseras, rugosas, de pómulos salientes. V al ver dilatarse esas sonrisas, el mayor ordenó, fuera de sí:



- ¡Fuera las gorras!

Y en el lapso de un instante, todo quedó en suspenso, al filo del cuchillo: desobedecer todavía no era posible, obedecer era demasiada vejación. Pero, adelantándose a todos, el bufón del campamento, un humorista nato, se arrancó su bonete "a la Stalin", de imitación de piel, lo lanzó al aire. ¡Había obedecido!

¡Y lo habían visto centenares de ojos! ¡Y centenares de manos arrojaban sus gorras al aire!

¡Y el mayor tuvo que tragársela!

Y he aquí que ahora se enteraba Kostoglotov de que los Viejos habían llorado, las jóvenes habían llorado, y el mundo entero parecía haber quedado huérfano ...

Volvió Chaly, más alegre que nunca y de nuevo con un cesto lleno de provisiones; otro cesto, es verdad. Alguien rió con ironía, mas Chaly no lo esperó para reír de ello, y abiertamente dijo: -¡Son así, qué quieren! Si eso las complace, ¿por qué no consolarlas? Eso no daña a nadie.

**A la señorita, sea o no de copete,  
se la..... en todo caso.**

Y rió a carcajadas, contagiando a sus oyentes y agitando los brazos, como para apartar de él esa risa desbordante. También Rusanov se echó a reír de buena gana, tan oportuna había sido la réplica de Máximo Petrovich.

-Entonces ¿cuál es tu mujer? -preguntó Ajmadyan, ahogándose de risa.

-No me hables de eso, hermanito -suspiró Máximo Petrovich, . al mismo tiempo que trasladaba el contenido del cesto a su mesa de noche-. Hay que reformar la legislación. Entre los musulmanes es más humana. Justamente en agosto autorizaron el aborto, eso ha simplificado mucho la vida! ¿Para qué debería una mujer vivir sola? Siempre que alguien venga a verla aunque sea una vez al año. Y para los comisionistas es cómodo: una habitación en cada ciudad, con buena sopa, buena cama ... y lo demás.

De nuevo se percibió entre las provisiones un frasco de color obscuro. Chaly volvió a cerrar la mesa de noche y fue a devolver el cesto vacío. Aparentemente, a esta mujer no la mimaba, pues regresó en seguida. Se plantó en medio del pasillo, donde en otro tiempo se ponía Efrem, y mirando a Rusanov se rascó la nuca cubierta de pelo rizado (tenía una abundante cabellera de color entre lino y granzas de avena):

-Diga, vecino, ¿y si hiciéramos colación?

Pablo Nicolaievich tuvo una sonrisa aprobatoria. La comida corriente tardaba en llegar y, por lo demás, ya no daba ganas, después de haber oído a Máximo Petrovich detallar con apetito las provisiones que iba guardando. Preciso es decir también que el propio Máximo Petrovich, con esa sonrisa de sus gruesos labios, tenía algo de agradable, de carnívoro, que hacía desear tenerlo por comensal.

-De acuerdo -dijo Rusanov, invitándolo a su mesa de noche-, yo

también tengo diferentes cosas ...

-¿No vasitos? -averiguó Chaly, inclinándose hacia él, mientras con sus hábiles manos transportaba ya a la mesa de noche de Rusanov los frascos y paquetes.

-¡Pero si está prohibido! -previno Pablo Nicolaievich, sacudiendo la cabeza.- Con lo que tenemos nosotros, está rigurosamente prohibido ... -Desde hacía un mes que estaba él en la sala, nadie había tenido el descaro de pensar en eso; Chaly, en cambio, ni siquiera parecía considerar posible que fuese de otro modo.

-¿Cómo te llamas tú? -Va estaba en su pasillo, sentado frente a él, rodilla contra rodilla.

-Pablo Nicolaievich.

-Mi querido Pablo -dijo Chaly, poniéndole la mano en el hombro amigablemente-. Créeme, no les oigas a los médicos! Ellos son los que cuidan, ellos son los que lo mandan a uno a la tumba. Y nosotros debemos vivir.

Había convicción y benevolencia en el rostro sin malicia de Máximo Petrovich, con su gran nariz rojiza y sus gruesos labios jugosos. V estaban en sábado: en la clínica, todos los cuidados suspendidos hasta el lunes. Al otro lado de la ventana cada vez más oscura, caía la lluvia, interponiéndose entre Rusanov y su familia, sus amigos. V en el periódico no había retrato enmarcado en negro, ofensa que dejaba en el fondo de su corazón un pozo turbio. Las lámparas brillaban resplandecientes, anticipando en mucho una velada larga, muy larga; y había ahí un hombre en verdad agradable con quien podía beber de inmediato una copa y comer un bocado y en seguida jugar al póquer. (Linda sorpresa para los amigos de Pablo Nicolaievich, el póquer!)

Entretanto, ese pícaro de Chaly ya tenía su botella a mano, debajo de la almohada. Con el dedo, hizo saltar el tapón y llenó hasta la mitad los dos vasos que sostenía a la altura de las rodillas. Brindaron inmediatamente.

Como buen ruso, Pablo Nicolaievich olvidó tanto sus recientes temores como las prohibiciones y las promesas solemnes y ya no tuvo sino un deseo: el de ahogar su murria y volver a sentir un poco de entusiasmo.

-¡Nosotros viviremos, mi querido Pablo, viviremos! -dijo Chaly con convicción; y su cara levemente cómica asumió de improviso una expresión de severidad, hasta de ferocidad-. ¡Que reviente el que quiera, pero tú y yo vamos a vivir!

Por lo cual bebieron. Durante este último mes, Rusanov se había debilitado mucho; en general, no bebía sino vino tinto muy simple, de modo que sintió de inmediato el ardor; luego, de minuto en minuto, eso se extendió, se difundió y lo persuadió de que era hartamente inútil romperse la cabeza; de que, al fin de cuentas, se podía vivir, aun en el pabellón de los cancerosos, y de que se salía de él.

-¿Y duelen mucho ... esos pólipos? -preguntó.

-De vez en cuando, sí, no se puede decir. ¡Pero yo no me dejo hacer!. .. ¡Pablo! El vodka no puede hacer mal, métete bien eso en la cabeza! El vodka es bueno para todas las enfermedades. Antes de la operación, yo vaya beber alcohol, ¡qué te crees! Del que está en el frasco ... ¿Por qué alcohol? Porque uno

lo absorbe en seguida, no deja nada de líquido en el estómago. El cirujano me vacía el vientre y no ve ahí más que fuego. ¡Mientras yo estoy completamente ebrio! Pero tú también peleaste en la guerra y bien lo sabes: apenas hay una ofensiva, ¡adelante con el vodka!. .. ¿Te hirieron?

-No.

-¡Tuviste suerte!. .. A mí, dos veces: aquí y acá, mira ... -Los vasos estaban llenos otra vez.

-Basta -rehusó débilmente Pablo Nicolaievich-. Es peligroso.

-¿Cómo, peligroso? ¿Quién te metió en la cabeza que era peligroso? Sírvete tomates, sírvete! ¡Ah, qué tomates!

Es cierto: un decilitro o dos ¿no daba lo mismo puesto que de todos modos habían infringido el reglamento? ¿No daban lo mismo dos decilitros o deis decilitros y medio, si el gran hombre había muerto y ya no se hablaba de él? A la memoria del Patrón, Pablo Nicolaievich vació otro vaso más. Como en un banquete fúnebre ... y sus labios gesticularon tristemente. Y por entre esos mismos labios, metía tomates. Y, con la frente contra la de Máximo, lo escuchaba con simpatía.

-¡Ah, los bonitos tomates bien rojos! -comentó Máximo-.

Aquí están a un rublo el kilo y en Karaganda cuestan treinta rublos. ¡Y si vieras cómo se les echan encima allá! Pero está prohibido transportarlos; no los aceptan como carga. ¿Por qué está prohibido? Dime, eh, ¿por qué?

Máximo Petrovich iba acalorándose; se le habían dilatado los ojos, en los que se leía una intensa necesidad de saber, de penetrar el sentido. El sentido de la existencia.

-Un hombrecillo de vestón raído va a ver al jefe de estación: "¿Le tienes apego a la vida, tú, jefe?" El otro se precipita a su teléfono, cree que han venido a matarlo ... Pero el hombrecillo le pone tres billetes encima de la mesa. "¿Por qué está prohibido? ¿Cómo es posible que esté prohibido? Tú le tienes apego a la vida y yo también. ¡Hazme embarcar mis canastos!" IV la vida triunfa mi querido Pablo! Parte el tren, el que llaman "tren de pasajeros"; sólo que en realidad es un tren de tomates, con canastos sobre las banquetas, debajo de las banquetas, en todas partes. Al del convoy se le unta la mano; al inspector se le unta la mano. Cuando se llega al límite de la red, donde embarcan nuevos inspectores, pues se les unta la mano a ellos también.

Rusanov sentía la cabeza darle vueltas levemente; estaba muy reanimado y ahora se sentía más fuerte que su mal. Pero le pareció que Máximo estaba diciendo cosas en las que no se podía convenir ... convenir ... que eran contraproducentes.

-Eso es contraproducente -dijo Pablo Nicolaievich, rebatiéndole-. ¿Por qué, pues? Eso no está bien ...

-¡Que no está bien! -exclamó Chaly, sorprendido-. Toma, pues, un pepino! O el caviar, ¡eso!. .. En Karaganda hay una inscripción, en piedra sobre piedra: "El carbón es pan". Para la industria, por supuesto. Pero no hay tomates para la gente. Y jamás los habrá si no los llevan personas emprendedoras. A veinticinco rublos el kilo, se los arrebatan y más encima la gente da las gracias. Por lo menos, ven tomates con sus propios ojos; sin eso, ni siquiera los verían.

¡Tú no puedes figurarte lo estúpidos que son allá, en Karaganda! Reclutan guardias, unos tontos grandes, y en lugar de mandarlos a coger manzanas, una cuarentena de vagones que podrían llenar con ellas, los ponen a lo largo de todos los caminos que cruzan la estepa para detener a los que llevan manzanas a Karaganda. Prohibido! ¡Así es como montan guardia los necios! . . .

-Pero ¿cómo es eso? ¿Eres tú quien hace eso? ¿Tú? -preguntó Pablo Nicolaievich, entristecido.

-¿Por qué yo? Yo, Pablote, no viajo con canastos. Viajo con un maletín. Con una maleta. Hay mayores, tenientes, coroneles, que golpean en la ventanilla: se les terminó la licencia. ¡Y no hay pasajes!.. Ya no golpeo, y siempre consigo partir. En cada estación, sé a quién dirigirme: en una, es el encargado de la caldera; en otra, es la consigna. Fíjate bien en esto, Pablo: ¡ la vida triunfa siempre!

-Pero, en el fondo, ¿qué oficio es el que ejerces tú?

-Soy técnico, Pablote. Aunque no pasé por la escuela técnica.

V agente, también. Yo ejerzo el oficio que produce. De donde dejan de pagar, me voy. ¿Comprendes?

Vaya, Pablo Nicolaievich empezaba a notar que había algo que no iba bien, que no marchaba en el sentido correcto, que hasta iba un tanto atravesado. Mas éste era un hombre tan bueno, tan jovial, un amigo, el primero desde hacía un mes. No tuvo valor de ofenderlo.

-Pero ¿está bien eso? -preguntó solamente.

-¡Está bien, está bien! -lo aplacó Máximo-. Sírrete ternera también. Ahora vamos a zamparnos tu compota, Pablo: no se vive sino una sola vez; entonces ¿para qué ir tirando malamente? ¡Hay que vivir bien, Pablo!

-Por cierto que Pablo Nicolaievich se vio obligado a estar de acuerdo; era verdad, no se vivía más que una vez; entonces ¿para qué vivir mal? Sólo que ...

-Tú comprendes, Máximo, está mal. • -le recordó débilmente.

-Pero veamos, Pablo Nicolaievich -respondió Máximo, en el mismo tono amistoso, teniéndolo del hombro-. Pero veamos: eso depende de cómo uno lo tome. Es según el lugar.

**Una partícula de polvo en el ojo es molesta;  
treinta centímetros en otra parte  
sirven para.....**

-dijo Chaly y rió a mandíbula batiente, golpeándole la rodilla a Rusanov, quien no pudo contenerse, sacudiéndolo también una risa convulsiva:

-¡V bien, tú sabes unos versos! ¡Palabra que eres un poeta, Máximo!

-¿Y tú? ¿Qué haces tú? ¿Cuál es tu oficio? -le preguntó su nuevo amigo. Aunque habían llegado al punto de abrazarse, Pablo Nicolaievich asumió un aire digno: lo obligaba a ello su situación. -Comercio mayorista, en el servicio del personal. -Se hacía el modesto. Por supuesto, tenía un cargo más importante.

-¿Y dónde? -Pablo Nicolaievich nombró el lugar-. ¡Oye!  
-dijo Máximo, muy regocijado-o Hay un buen tipo al que es indispensable ocupar. ¡Se entiende que tú no necesitas preocuparte de los gastos!  
-¡Vamos, estás loco! ¡Ni lo pienses! -exclamó Pablo Nicolaievich, ofendido.

-¡Pero si eso es de cajón! -agregó sorprendido Chaly; y de nuevo titiló en sus ojos la misma interrogante acerca del sentido de la vida, un tanto vaga después de lo mucho que había bebido-o Si los miembros del servicio de contratación no se embolsaran derechos de ingreso, ¿de qué vivirían? ¿Con qué podrían criar a sus niños? ¿Cuántos hijos tienes tú?

-¿Está desocupado el diario ahora? -inquirió por encima de ellos una voz ronca y desagradable. Era el búho, que se había venido de su rincón, con sus hinchados ojos de mirada malévola y su bata abierta. ¿El diario? Pablo Nicolaievich estaba sentado en él, hasta lo había ajado un poco.

-¡Por favor, por favor! -contestó Chaly, retirando el periódico de debajo de Rusanov-. ¡Levántate, Pablo! Tome, abuelo, no faltaba más!

Shulubin cogió el periódico con expresión sombría y quiso irse, pero Kostoglotov lo retuvo. A su vez, Kostoglotov fijaba ahora en él esa mirada insistente y callada que fijaba en todos, y ahora lo veía muy de cerca, con especial nitidez.

¿Quién podría ser ese hombre? ¿Con esa cara que tan poco se parecía a las demás? Hubiérase dicho un actor que acababa de sacarse el maquillaje y estaba todavía agotado por la actuación. Con la desenvoltura de las cárceles de paso, donde se le puede preguntar cualquier cosa a cualquiera, sin preámbulos, Kostoglotov, semivolcado en la cama, en su pose habitual, preguntó:

-¿Cuál es su oficio, abuelo?

Shulubin no se limitó a volver la mirada hacia Kostoglotov; volvió hacia él la cabeza. Lo miró otra vez, sin pestañear. Y siempre mirándolo, pasándose extrañamente la mano alrededor de la garganta, en un gesto circular, como si la garganta le molestara (en circunstancias que no llevaba ningún cuello que pudiese molestarle y que su camisa de amplia escotadura le quedaba holgada), respondió de repente, consintió en responder:

-Bibliotecario.

-¿Dónde? -indagó Kostoglotov, sin vacilar en dirigirle una segunda pregunta.

-En una escuela de enseñanza agrícola.

Por alguna oculta razón, sin duda a causa de su mirada pesada y de su silencio de búho en su rincón, a Rusanov le dieron ganas de humillarlo, de ponerlo en su lugar. También puede que fuese el vodka el que habló por él; en voz más alta, más informalmente de lo necesario, lo interpelló:

-¿No afiliado al Partido, por supuesto?

El búho lo miró de hito en hito, con sus ojos color tabaco.

Pestañeó, como creyendo haber oído mal la pregunta. Volvió a pestañear. V luego, de repente, abrió el pico:

-Por el contrario. -Y se marchó al otro extremo de la sala.

Su andar tenía algo de forzado. Debía de molestarle un roce un punto dolorido. Más que propiamente caminar, renqueaba, con los faldones de la bata separados y, bamboleándose torpemente, hacía pensar en un gran pájaro al que le hubiesen cortado las alas para impedirle volar.

## CAPITULO XXIV

### LA TRANSFUSION DE SANGRE

A pleno sol, en la piedra, al pie del escaño, se hallaba sentado Kostoglotov, con las piernas incómodamente recogidas hacia el cuerpo dentro de sus botas y las rodillas a ras del suelo. Sus brazos también colgaban hasta el suelo. Su cabeza descubierta estaba inclinada sobre el pecho. Y así era como se calentaba al sol, con la bata gris ya bien abierta, tan inmóvil y anguloso él mismo como esa piedra gris. Le ardía la cabeza de negra cabellera le escocía la espalda, mas él permanecía sentado, sin hacer el menor movimiento, acogiendo el calor de marzo, sin hacer nada ni pensar en nada. Podía quedarse así horas enteras sin objeto. compensando con calor solar el pan y la sopa de los cuales lo habían privado.

Ni siquiera se veía alzarse y bajar sus hombros al ritmo de su respiración. Sin embargo, tampoco se caía de lado; sabe Dios cómo lograba sostenerse. La gorda auxiliar del segundo piso, aquella mujer maciza que en una ocasión anterior quiso echarlo del corredor so pretexto de que él traía bacilos y que, muy golosa de semillas de girasol, acababa justamente, por ociosidad, de cascar algunas, se le acercó y lo apostrofó, con voz ordinaria de verdulera:

-¡Ea, amigo! Amigo, ¿oyes? -Kostoglotov levantó la cabeza y, entornando los ojos contra el sol, la miró con una mueca que le deformaba las facciones- o Anda a la sala de curaciones, te llama la doctora.

También se había dejado él petrificar al sol; tan pocas ganas tenía de moverse, de levantarse, que eso le pareció un esfuerzo detestable.

-¿Qué doctora? -refunfuñó.

-La que te necesita, caramba! -dijo la auxiliar, alzando la voz-. No es mi trabajo venir a recogerlos al jardín. ¡Anda, te dicen!

-Pero si a mí no tienen curación que hacerme. Debe de ser a otro al que requieren -se obstinó Kostoglotov.

-¡Es a ti, te digo! -lanzó la auxiliar, mientras seguía cascando semillas de girasol-. ¡Como si fuera posible confundirte con otro, con tus piernas de zancudo! Acá no tenemos más que uno así. -Kostoglotov suspiró, enderezó las piernas y ayudándose con las manos, se reincorporó gimiendo. La auxiliar lo miraba con aire de reproche-. Eso es lo que se saca con andar todo el tiempo y derrochar sus fuerzas. Había que permanecer acostado.

-¡Ah, no, no! -suspiró Kostoglotov-. ¡Si la juventud supiera!

Y partió renqueando por la avenida. Ya no tenía cinturón, ya no tenía su apostura de soldado y, además, su espalda se encorvaba.

Iba hacia la sala de curaciones. donde le esperaba una nueva

contrariedad, dispuesto a resistirse, aun cuando todavía ignoraba a qué.

La doctora que lo mandara llamar a la sala de curaciones no era Ela Rafaelov, que ya llevaba diez días reemplazando a Vera Korniliev, sino una joven bastante robusta, de mejillas no rosadas, sino purpúreas, tanta salud respiraban. Era la primera vez que él la veía.

-¿Su nombre? -le espetó ella, en el momento mismo en que él franqueó el umbral.

Aunque ya no le molestaba el sol, Kostoglotov seguía con los ojos fruncidos y con expresión de descontento. Se apresuró a evaluar la situación, a comprender pero no a contestar. A veces, es necesario ocultar su nombre, mentir. Aún no sabía si tal era el caso en este momento.

-¿Su nombre, pues? -repitió la doctora de brazos rollizos.

-Kostoglotov -admitió él, de mala gana.

-¿Dónde se había metido? ¡Desvístase aprisa!, ¡Venga acá, tiéndase sobre la mesa!

Kostoglotov acababa de acordarse, de ver, de comprender, todo a un tiempo: ¡era la transfusión de sangre! Había olvidado que la hacían en la sala de curaciones. Pero, en primer lugar, él se atenía firmemente a su principio: no aceptar sangre ajena, no dar la propia! Y en segundo lugar, esta mujercita enérgica, que parecía nutrida, ella misma, con la sangre de los donantes, no le inspiraba confianza. Vega se había marchado. De nuevo otro médico, otras costumbres, otros errores ... , y ¿quién diablos haría girar ese carrusel donde no había nada duradero?

Con expresión de fastidio, se quitó la bata, buscó dónde colgarla -se lo indicó la enfermera-, mientras en su interior se preguntaba de qué podría aferrarse para no dejarse hacer. Colgó su bata. Se sacó la chaqueta del pijama y la colgó a su vez. Tiró sus botas a un rincón. A pie descalzo, se dirigió por sobre el linóleo bien limpio a la alta mesa almohadillada. Seguía sin acertar con un pretexto y se preguntó qué podría inventar.

Por encima de la mesa, un brillante soporte de acero sostenía el aparato para transfusiones: tubos de caucho, tubos de vidrio, uno de éstos lleno de agua. El mismo soporte estaba provisto de varios anillos hechos para ampollas de diferentes tamaños: de medio litro, de un cuarto y de un octavo de litro. En este momento, sostenía una ampolla de un octavo de litro. Ocultaba en parte la oscura sangre contenida una etiqueta con indicación del grupo sanguíneo, el nombre del donante y la fecha de extracción.

Con esa costumbre suya de pasear la mirada allí donde no tenía que hacer, Kostoglotov leyó todo eso mientras se subía a la mesa. Y en vez de poner la cabeza sobre el almohadón, declaró de inmediato:

-¡Ajá. Del 28 de febrero! Está añeja su sangre. No hay caso de hacer la transfusión.

-Vaya un raciocinio! -exclamó la doctora, indignada-..Añeja o no, ¿qué entiende usted de conservación de la sangre? La sangre puede conservarse más de un mes! -La irritación, en su faz purpúrea, era escarlata. Sus brazos, desnudados hasta el codo, eran regordetes, rosados, y tenía la piel engranujada, con granitos no de esos provocados por el frío, sino permanentes. Ahora bien,



fuerron precisamente estos granitos los que, sabe Dios por qué, convencieron a Kostoglotov de no ceder-. Súbase la manga y levante el brazo -ordenó la doctora.

Ella llevaba ya dos años haciendo transfusiones y aún no había visto a un solo paciente que no se mostrara desconfiado: todos se conducían como si tuvieran en las venas sangre principesca y temiesen las mezclas. Todas las veces, los enfermos miraban la sangre de reojo; no les gustaba el color, el grupo, la fecha; se preguntaban si no estaba demasiado fría o demasiado caliente, si no se habría descompuesto; y a veces preguntaban, incluso, con seguridad: "¡Cómo! ¿Pone usted sangre echada a perder?" "Pero si ahí dice: prohibido tocar." "Pero si es porque se le reservaba a alguien y no se la ha utilizado." Entonces, el paciente se deja llevar después de todo, mientras en su interior refunfuña: "Claro que la han encontrado mala". Sólo una actitud resuelta permitía desbaratar esa tonta desconfianza. Además, la doctora estaba siempre apurada, por ser considerable la cuota diaria de transfusiones que debía hacer en diversos lugares.

Mas Kostoglotov, por su parte, ya había visto no pocas cosas aquí en la clínica: bolsas de sangre -hematomas- que se habían formado por haber traspasado la vena el pinchazo, o por haber ido mal dirigida la punta de la aguja; escalofríos y temblores después de la introducción de la aguja, por habérsela entrado con demasiada prisa, sin hacer durar suficientemente los ensayos. Por eso, no tenía el menor deseo de confiarse a estos brazos rosados, rollizos y granujientos. A su propia sangre, puesta a dura prueba por los rayos X, a su sangre enferma y fatigada, le tenía de todos modos más apego que a un aporte de sangre fresca. Por cierto que su sangre terminaría por restablecerse algún día; y de seguir en mal estado, antes suspenderían el tratamiento, y itanto mejor!

-No -repuso con expresión sombría. rehusando subirse la manga y soltar el brazo-. Es demasiado antigua su sangre, y hoy no me siento bien, - Sabía, empero, que nunca hay que dar dos razones a la vez, sino siempre una sola; mas se le había salido a pesar suyo.

-Verificaremos inmediatamente la presión -decidió la doctora, sin turbarse; y la enfermera ya le traía el aparato.

La doctora era nueva, mientras que la enfermera era de aquí, de la sala de curaciones, pero Oleg jamás había tenido que ver con ella. Era todavía casi una niña, pero alta, morena, de ojos rasgados como los de una japonesa. Le coronaba la cabeza una construcción tan complicada, que no habría podido cubrísela un bonete, ni siquiera un pañuelo: de ahí que cada saliente y cada mechón de aquella torrecilla capilar estuviese pacientemente envuelto en vendas, lo cual significaba que la enfermera debía llegar a su trabajo con un buen cuarto de hora de anticipación, para tener tiempo de encintarse.

Con todo esto no tenía Oleg nada que ver, mas examinaba con interés aquella corona. blanca, tratando de imaginarse el peinado de la joven sin esa armazón de cintas. Aquí, el personaje principal era la doctora, y era con ella con quien había que luchar sin tardanza; era a ella a quien había que exponerle objeciones, resistirse; en vez de lo cual perdía él su tiempo examinando a la joven de ojos rasgados a la japonesa. Como toda joven, simplemente por ser joven encerraba ella un enigma, lo llevaba consigo a cada paso, estaba

consciente de ello en cada movimiento de su cabeza.

V entretanto, le habían apretado el brazo con una serpiente negra, concluyendo que la presión era normal.

Iba a abrir la boca para enunciar una nueva objeción, cuando vinieron a llamar a la doctora al teléfono. Ella se sobresaltó y se fue, mientras la enfermera ordenaba los tubos negros en su estuche y Oleg permanecía tendido de espaldas.

-¿De dónde es esta doctora, ah? -preguntó él.

La melodía de la voz también correspondía al enigma que la joven llevaba en sí: ella lo percibía y hablaba escuchando atentamente el sonido de su propia voz:

-Del Centro de Transfusión Sanguínea.

-.¿Y por qué trae sangre demasiado antigua? -siguió averiguando Oleg, para verificar el asunto aunque fuese con una rapaza.

-No es demasiado antigua -respondió la joven, con un armonioso movimiento de cabeza, y cruzó la sala llevando su cabellera como una corona.

Esta rapaza estaba convencida de saber cuanto necesitaba saber. Y acaso tuviera razón.

La dirección del sol había cambiado, dando ahora en la sala de curaciones. No llegaba hasta acá, pero las dos ventanas estaban vivamente iluminadas, como asimismo una parte del cielo raso, donde un reflejo de sol formaba una gran mancha de luz. Es. taba muy claro, muy despejado, muy sereno. Estaba agradable dentro de la pieza.

Se abrió la puerta -Oleg no la veía-, mas la que entró fue otra, no la que él esperaba. V entró sin hacer ruido, sin anunciar con sus tacos altos: "Soy yo".

V Oleg adivinó. No había otra que caminara así. Y lo que faltaba en esta pieza era ella, sólo ella.

¡Vega!

Sí, era ella. Había entrado a su campo visual. Había entrado tan sencillamente como si acabase de abandonar la sala.

-¿Pero dónde ha estado usted, Vera Korniliev? -inquirió Oleg, sonriendo. No fue una exclamación, fue una pregunta que hizo sin elevar la voz, dichoso. Y sin incorporarse, aunque no se hallaba atado a la mesa. En la pieza todo era ahora calma, claridad, bienestar.

Pero Vega también tenía su pregunta que formular, también sonriendo:

-¿Conque es un amotinamiento?

Mas, debilitada ya su intención de resistir y regocijándose a la Idea de estar, acostado en esta mesa y no dispuesto a dejarse desalojar, Oleg respondió:

-¿Vo?; .. No, yo ya enteré mi cuota ... ¿Dónde estaba usted? Hace más de una semana ...

Distintamente, como dictándole a un oyente algo corto de alcances unas palabras nuevas, ajenas a su costumbre, pronunció, de pie junto a él:

-Fui a crear nuevos centros de detección del cáncer. A hacer

propaganda contra el cáncer.

-¿En algún lugar muy remoto del país?

-Sí.

-¿Y no volverá a marcharse?

--Por el momento, no. Y usted, ¿no se siente bien?

¿Oué había en aquellos ojos? Falta de premura. Atención. Un comienzo de inquietud que nada confirmaba todavía. Ojos de médico.

Pero, además de todo esto, eran café claro. Como dos dedos de leche en un vaso de café. Por lo demás, Oleg llevaba tanto tiempo sin beber café" que había olvidado un poco su color; pero amistosos, ¡eso sí, ojos de muy vieja amiga, ciertamente!

-No, no, no es nada. Probablemente me quedé demasiado rato calentándome al sol. Me senté, estuve a punto de dormirme.

-¡<sup>A</sup>! sol! ¿Cómo puede hacer eso? ¿No ha comprendido. en el tiempo que lleva aquí, que el calor es malo para los tumores?

-Yo creía que lo eran las bolsas de agua caliente.

-y con mayor razón el sol.

-En otras palabras, ¿me están prohibidas las playas del Mar

Negro? -Ella hizo que sí con la cabeza-o ¡Qué vida!.. Como para dar ganas de cambiar el destierro por Norilsk .. -Ella encogió los hombros, los bajó de nuevo. Eso iba más allá de sus fuerzas, más allá del entendimiento-. ¿Y por qué traicionó usted?

-¿Traicioné qué?

-Nuestro convenio. Había prometido hacerme las transfusiones usted misma, no' dejarme jamás en manos de una aprendiz. -No era una aprendiz sino, por el contrario, una especialista.- Cuando están ellas, nosotros no tenemos derecho a hacerlas. Pero ya se marchó.

-¿Cómo que se marchó?

-¡Un llamado!

¡Oh. Ese carrusel. .. que lo salvaba a uno del carrusel! -¿Entonces la hará usted?

-Sí. ¿Y dónde está esa sangre que usted halla demasiado antigua? -El la indicó con la cabeza-o No es antigua. Pero no es para usted. A usted se le darán doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Mire: -Vera Korniliev fue a buscar la ampolla encima de otra mesa y se la mostró-. Lea, compruebe.

-Pero, Vera Korniliev, si es esta maldita vida la que lo quiere así: uno ya no cree en nadie, necesita comprobarlo todo. Le aseguro que es una dicha no verse obligado a comprobar.

Dijo esto con expresión tan fatigada. que se lo hubiese creído moribundo. Mas no pudo rehusarles del todo una verificación a sus ojos furtivos, que leyeron: "Grupo 1 - 1. L. Iaroslavzev - 5 de marzo".

-¡Oh! Del 5 de marzo, ¡nos viene perfectamente bien! -declaró Oleg, animándose-. Es muy buena para nosotros.

-Por fin comprendió que es buena para usted. ¡Después de todas esas discusiones!

Era que ella no había captado. ¡Tanto peor!

Y se arremangó hasta arriba del codo y dejó descansar el brazo derecho a lo largo de su cuerpo.

Sí, ¡Por cierto que era esto lo más agradable que había para su atención en constante sospecha: confiar, abandonarse a la confianza. En este momento, sabía que esa mujer llena de dulzura, etérea, hecha de un aire condensado apenas, que se movía sin ruido y meditaba cada uno de sus movimientos, no cometería ningún error.

Y permaneció acostado y tenía la impresión de estar descansando.

Una gran mancha de sol, pálida y leve cual un encaje, inundaba el techo, dibujando un círculo irregular. Y también esa mancha, formada por algún reflejo, le resultó agradable en este instante: engalanaba la pieza limpia y silenciosa.

y entretanto, con su aguja, Vera Korniliev le sacó solapadamente de la vena cierta cantidad de sangre, hizo girar la centrífuga y extendió cuatro porciones sobre el platillo.

-¿Y para qué cuatro? -preguntó él, sencillamente porque, durante su vida entera, en todas partes lo habían acostumbrado a hacer preguntas. Pues en este momento ni siquiera tenía deseos de saber para qué.

-Una para la compatibilidad y las otras tres para verificar el grupo. Por si acaso.

-¿Qué compatibilidad? ¿No basta que el grupo sanguíneo sea el mismo?

-Es preciso ver si la sangre del donante no descompone el suero del enfermo. Es poco frecuente, pero sucede. -¡Vaya, vaya! Y esa centrífuga, ¿para qué es?

-Para separar los glóbulos rojos. Usted quiere saberlo todo.

En el fondo, a él no le importaba en lo más mínimo. Estaba mirando la mancha de luz difusa que se extendía por el cielo raso. Había tantas cosas que uno no sabría jamás... De todos modos, no se estaría más adelantado en el momento de morir.

La enfermera de la corona blanca sujetó entre las pinzas del soporte, boca abajo, la ampolla del 5 de marzo. Luego le puso un cojín debajo del codo. Más arriba del codo, le rodeó el brazo con un torniquete de caucho rojo que empezó a retorcer, acechando con sus ojos japoneses el momento en que habría que parar.

¿Cómo había podido él entrever un enigma en *esa* muchachita? No había enigma. Una chiquilla como muchas otras.

Se acercó la doctora Gangart, con la jeringa en la mano. Era una jeringa común, llena de un líquido transparente; pero la aguja no era común: más que aguja, era un tubo, un tubo de extremo triangular. Un tubo que nada tenía de especial, siempre que no fuesen a hundírselo a uno en la carne.

-Usted tiene una vena bien visible -dijo Vera Korniliev, para desviar su atención, al mismo tiempo que buscaba con ceño tembloroso., Y con esfuerzo, con un desgarramiento de la piel que él creyó oír, introdujo la

monstruosa aguja. Eso es todo.

Había allí muchas cosas que aún no entendía: ¿para qué le habían puesto un torniquete más arriba del codo? ¿Para qué contenía la jeringa un líquido como agua? Se podía preguntarlo, mas también podía uno cavilar solo: sin duda, era para evitar una entrada violenta de aire a la vena y de sangre a la jeringa.

No obstante, la aguja quedó en la vena, soltaron el torniquete, luego lo retiraron; desenchufaron hábilmente la jeringa; la enfermera sacudió encima de una cubeta el pitón del aparato para transfusiones, de manera de expeler las primeras gotas de sangre; y la doctora Gangart adaptó ese pitón a la aguja, en reemplazo de la jeringa, y lo mantuvo en esta posición, al mismo tiempo que destornillaba levemente la parte superior del aparato.

En el tubo de vidrio ensanchado del aparato, unas transparentes burbujas de aire comenzaron a subir lentamente, una tras otra, a través del líquido traslúcido.

Al igual que esas burbujas, salieron a la superficie, una tras otra, las preguntas: ¿para qué una aguja tan ancha? ¿Para qué habían sacudido las gotas de sangre? ¿Y qué significaban aquellas burbujas? Pero un necio es capaz, completamente solo, de hacer tantas preguntas que se necesitarían más de cien sabios para contestarlas.

Si era por preguntar, más ganas daban de preguntar otra cosa. Todo en la pieza, y especialmente esa lechosa mancha de sol en el techo, tenía un aspecto festivo.

La aguja no estaba próxima a que la retiraran. Casi no disminuía el nivel de la sangre en la ampolla. Incluso no disminuía en absoluto.

-¿Me necesita, Vera Korniliev? -preguntó en tono insinuante la enfermera con ojos de japonesa, al mismo tiempo que prestaba oído al sonido de su propia voz.

-No -respondió Vera Gangart quedamente.

-Me voy de una carrera ... por una media horita, ¿quiere?

-Yo no la necesito.

Y la enfermera se marchó, casi corriendo, con su corona blanca. Ellos quedaron a solas.

Las burbujas subían lentamente. Mas Vera Korniliev tocó el tornillo y dejaron de subir. Ya no se produjo ni una sola. -¿Lo cerró?

-Sí.

-¿Y por qué?

-¿Otra vez necesita saberlo? -preguntó ella, sonriendo. Pero fue una sonrisa alentadora.

La sala de curaciones, con sus paredes viejas y sus puertas sólidas, era muy silenciosa. Se podía hablar apenas más que en un murmullo, sin esfuerzo, como en una simple espiración. Y era lo que deseaba hacer.

-Yo tengo un maldito carácter, qué quiere. Siempre deseo saber más que lo que está permitido.

-Basta ya de querer ... -observó ella. Sus labios jamás permanecían indiferentes a lo que pronunciaban. Por medio de movimientos minúsculos ... ,

un pliegue desigual en uno y otro lado, un modo imperceptible de adelantarse, de temblar. ... , sustentaban el pensamiento y lo aclaraban-. Se recomienda hacer una pausa considerable después de los primeros veinticinco centímetros cúbicos, para ver cómo se siente el enfermo. -Con una mano, seguía sujetando el pitón contra la aguja. E inclinada por sobre Oleg, lo contempló con mirada amistosa y atenta- : ¿.Cómo se siente? -En este preciso instante, perfectamente bien.

-"Perfectamente bien ..... ¿no es un poco exagerado?

-No; realmente, muy bien. Mucho mejor que "bien".

-¿Nada de escalofríos, de mal sabor en la boca?

-'No. -Ampolla, aguja y transfusión ... eran una tarea en común que los unía por encima de un tercero a quien ambos, mano a mano, cuidaban y querían sanar.

-¿Y aparte de este instante preciso? ¿En general?

-¿En general? -Era maravilloso mirarla tanto rato así, con los ojos puestos en sus ojos, sintiéndose autorizado a hacerlo y sin tener que desviar la vista-o En general, nada bien.

-¿Cómo así? ¿Desde qué punto de vista? -Lo interrogaba con simpatía, con inquietud, como una amiga. Pero se merecía un golpe. Y a Oleg le pareció que ahora había que asestarle ese golpe. Que, por muy afables que fuesen sus ojos café con leche, el golpe debía caer.

-Nada bien desde el punto de vista del ánimo. Nada bien porque estoy consciente de pagar demasiado caro el derecho a vivir. Y de que hasta usted contribuye a eso y me engaña.

-¿Yo? -Cuando se mira interminablemente, los ojos en los ojos, se produce algo así como un cambio de calidad: se percibe lo que permanece oculto a una mirada que se desliza rápidamente. Los ojos parecen perder su envoltura protectora de color y salpicarnos en silencio con una verdad que no han sabido retener.

-¿Cómo pudo asegurarme con tanta vehemencia que las inyecciones eran necesarias, pero que yo no podría comprender su significado? ¿Qué hay que comprender? Hormonoterapia..., ¿no es bastante claro?

Sí, por supuesto, era un golpe bajo, atacar así, a traición, a esos indefensos ojos café con leche. Pero no había más que ese medio de formular seriamente la pregunta. En esos ojos, algo tembló, perdió aplomo.

Y la doctora Gangart ... , no, Vera ... , retiró la mirada.

Como se retira del campo de batalla una compañía no derrotada todavía sino a medias.

Miró la ampolla..., ¿para qué, si el paso estaba cortado? Miró las burbujas..., como si éstas no hubiesen dejado de subir.

Y soltó el tornillo. Las burbujas subieron. Había llegado el momento, sin duda.

Deslizó sus dedos a lo largo del tubo de caucho que colgaba entre el aparato y la aguja, como para ayudar a eliminar todo obstáculo. Puso un poco de algodón debajo del pitón, para que el tubo no formara doblez. Teniendo a mano tela adhesiva, tomó una tira para fijar el pitón del tubo en el brazo de Oleg; pasó el tubo de caucho por entre los dedos de su mano abierta, enderezados como

ganchos, y el tubo se sujetó solo, y ahora Verá pudo dejar de sostener el tubo y de mantenerse de pie junto a él, y de mirarlo a los ojos.

Con semblante ensombrecido, severo, reguló las burbujas, aumentando levemente su salida, y dijo: -Listo, no se mueva más. y se alejó.

No salió de la pieza, sino sólo del espacio que abarcaba su vista. Pero como no debía moverse, ya no quedaron en su campo visual nada más que el soporte del aparato, la ampolla llena de sangre oscura, las claras burbujas, la parte superior de las ventanas soleadas, el reflejo de sus seis rectángulos en la lámpara apagada y todo el vasto techo, donde seguía destellando la mancha de sol tamizado.

Y Vega había desaparecido.

Pero la pregunta había caído cual una cosa pasada a algún otro torpemente, sin precauciones.

Y ella no la había atrapado,

Luego, le correspondía a Oleg recogerla. Y dirigiendo la mirada hacia el cielo raso, se puso a pensar en voz alta, lentamente:

-Ya que de todos modos mi vida está perdida. Si ni mis huesos pueden olvidar que soy un presidiario, un detenido perpetuo. Si e. destino no me reserva nada mejor que eso..., y además es precise que a sabiendas y artificialmente maten en mí hasta esa posibilidad entonces, ¿con qué objeto salvar una vida así? ¿Para hacer qué?

Vega lo oía todo, pero se hallaba fuera del cuadro. Tanto mejor, quizás: más fácil hablar.

-Primero, me privaron de mi propia vida. Ahora, me privan además del derecho... a tener descendencia. ¿Quién va a quererme para qué serviré ahora? ¡El peor de los monstruos! ¿Para implorar compasión? ¿Para pedir limosna?

Vega callaba.

Y aquella mancha en el techo... temblaba, a veces, no se sabía por qué: sus bordes parecían estrecharse, o bien la recorría una arruga, cual si ella también reflexionase, sin entender. Y luego volvía a inmovilizarse.

Las burbujas transparentes: retozaban alegres. La sangre bajaba en la ampolla. Ya había fluido su buen cuarto. Sangre femenina. La sangre de Irene Iaroslavzev. ¿Una joven? ¿Una vieja? ¿Estudiante? ¿Comerciante? Limosna...

Y de improviso Vega, siempre invisible..., no, no contestó: se abalanzó hacia adelante, allá, en algún lado:

-¡Pero si no es cierto, por último!.. En todo caso, no es usted quien lo piensa. ¡No quiero creer que usted lo piensa, sí, usted!• ¡Examínese bien! ¡Son actitudes prestadas, que no vienen de usted! -Hablaba con una energía que él no le conocía. Parecía más afectada de lo que él se esperara. Y de repente se interrumpió y calló.

-¿Qué hay que pensar entonces, pues? -Interrogó Oleg, tratando prudentemente de provocarla. Pero ¡cuánto silencio! Se oían zumbiar aquellas ligeras burbujas dentro de un balón cerrado. .

¡A ella le costaba hablar! Con voz quebrada, exhausta, intentó franquear el foso.

-¡es preciso, sin embargo, que haya algunos que vean las cosas de otra manera! Aunque sean una minoría, un puñado, pero ¡que piensen de otra manera! Si no, de pensar todos así, ¿dónde vivir, entonces, en medio de quiénes? ¿Con qué objeto?... ¡No es posible!

Franqueado el foso, había vuelto a gritar esta última frase con desesperación. Y este grito fue como un empujón brusco que le imprimiera a Oleg. ¡Cómo lo había empujado, la pobrecita, con todas sus fuerzas para que aterrizara pesado, incrustándose, en el único sitio donde podía hallar la salvación!

Y cual piedra lanzada por la honda atrevida de un rapaz (tallo de girasol que le alargaba el brazo) ... , mejor aún: cual un obús de esos cañones de largos tubos de la última guerra, uno de aquellos obuses que rugían, silbaban y luego volaban por encima de uno con ruido de ventosa ... , Gleg partió y voló, siguiendo una parábola insensata, apartándose con esfuerzo de lo que aprendiera, barriendo las ideas recibidas, por sobre un primero, luego por sobre un segundo desierto de su vida, y fue transportado a un país antiguo.

¡El país de la infancia! No lo reconoció de inmediato. Mas apenas lo hubieron reconocido sus ojos deslumbrados y todavía llenos de bruma, ya tuvo vergüenza..., él que otrora, cuando niño, pensaba justamente como ella..., sintió vergüenza de tener no que decirse sino, al contrario, que aprenderlo de ella, como una verdad totalmente nueva y que uno oye por vez primera.

Y había algo más que resurgía, resurgía desde el fondo de su memoria hacia ellos dos, hacia esta ocasión, y era preciso recordarlo pronto, ¡Y él lo recordó!

Lo recordó de súbito, pero habló de ello en tono reflexivo, detallando sus recuerdos:

-En el transcurso de la década del 20, hicieron mucho ruido entre nosotros los libros de un especialista en enfermedades venéreas, el doctor Friedland. Se consideró entonces muy útil revelarle ciertas cosas a la población en general y especialmente a la juventud. Era una especie de propaganda sanitaria relativa a las cuestiones más difíciles de mencionar. Desde luego, es necesario, sin duda, vale más que un silencio hipócrita. Había un libro que se llamaba **Detrás de la puerta cerrada** y otro **Los sufrimientos del amor**. ¿Nunca tuvo oportunidad de leerles? ¿Ni siquiera como médica? -Se oía el gorgoteo espaciado de las burbujas. Y tal vez también una respiración, fuera del espacio visible-o Yo, lo confieso, los leí un poco prematuramente, como a los doce años. Fue una lección desconcertante pero desoladora. Dejaba la impresión de no tener ya ni siquiera gran deseo de vivir...

-Yo también los leí -le contestaron de repente, con voz neutra.

-¿Ah, sí? ¿También usted? -dijo Oleg, regocijado. Había dicho "también usted" como si de nuevo ahora fuese el primero en sustentar ese punto de vista-o Un materialismo tan consecuente, tan lógico, tan irrefutable que, finalmente, ¿para qué vivir? Esas cuentas precisas, en porcentaje, del número de mujeres que no sienten nada y de las que conocen el éxtasis. Esas historias que contaban cómo las mujeres..., en busca de sí mismas..., cambian de categoría... - Recordando todo el tiempo nuevos detalles, hizo una profunda inspiración, como



después de un golpe o de una quemadura-o Esa fría convicción de que, en el vínculo conyugal, toda psicología es secundaria, empeñándose el autor en explicar mediante la sola fisiología cualquiera "incompatibilidad de caracteres". Pero usted debe de recordar todo eso. ¿Cuándo lo leyó?

Ella no contestaba.

No debía haberla interrogado. Y en general, se había expresado sin duda en forma demasiado cruda y demasiado directa. No sabía en absoluto hablarles a las mujeres.

En el cielo raso, la extraña mancha de sol amarillo pálido se estremeció de repente, brotaron a trechos chispas de plata que recorrieron su superficie. Y por aquellas arrugas movedizas, por aquellas olitas minúsculas, comprendió Oleg al fin que esa nube misteriosa que cubría el techo no era más que el reflejo de una charca que no había tenido tiempo de secarse, junto a la empalizada. La transposición de una simple charca. y acababa de alzarse una ligera brisa.

Vega callaba.

-¡Perdóneme, se lo ruego! -dijo Oleg. Le era agradable, hasta grato, acusarse ante ella-. Debí de expresarme mal. .. -Trató de volver la cabeza hacia ella, pero seguía sin verla-. Es que eso aniquila todo lo que hay de humano en la tierra. Pues, al fin y al cabo, si uno obedece a eso, si admite todo eso... -¡Y he aquí que se entregaba con alegría a su fe pasada, y que era a ella a quien se esforzaba por convencer!

Y Vega volvió. Regresó a su campo visual y en su rostro no había ni la desesperación ni la severidad que creyera discernir en su voz, sino su sonrisa habitual, tan llena de benevolencia. -Precisamente, yo no quiero que usted lo admita. Y estaba segura de que no lo admitiría.

Parecía radiante por eso. .

Sí, era la niñita de su infancia, su compañera de curso, ¡cómo había podido no reconocerla!

Habría deseado decirle algo tan amigable, tal') sencillo; por ejemplo, "¡Chócala!", y estrecharle la mano, como diciendo: "¡Pero qué bueno que hayamos hablado!"

Mas su mano derecha estaba bajo la aguja. ¡Llamarla, sin más ni más, Vega! !O Vera! Pero era imposible.

Y entretanto, la ampolla llena de sangre se había vaciado hasta la mitad. Algunos días antes, esa misma sangre correría aún por las venas de alguna otra persona con su propio carácter, sus propios pensamientos, y he aquí que ahora vertía en él su salud rojo oscuro. ¿Y no le aportaba nada más, realmente?

Oleg siguió con la mirada las manos de Vega, que revoloteaba de un lado para otro: arreglando el cojín debajo de su codo, el algodón bajo el pitón del tubo; pasando el dedo por el tubo de caucho; levantando levemente la parte superior móvil del aparato que sostenía la ampolla.

Incluso no era de estrechar, sino de besar esa mano, de lo que tenía deseos.

Aunque eso estuviese en contradicción con lo que acababa de decir.



## CAPITULO XXV

### VEGA

Salió de la clínica con el corazón de fiesta, canturreando a media voz, con los labios cerrados, para ella sola. Con su delgado abrigo gris claro y zapatos rebajados en lugar de botas, porque las calles ya estaban secas en todas partes, se sentía especialmente liviana, liviana de cuerpo y sobre todo de piernas; caminaba sin ningún esfuerzo, habría podido cruzar la Ciudad entera, de extremo a extremo.

El atardecer estaba tan soleado como lo estuviera el día; ya había refrescado, pero el tiempo seguía siendo muy primaveral. Era absurdo ir a sofocarse dentro del autobús. De lo único que daban ganas era de andar a pie.

Y se fue a pie.

No había en su ciudad nada más hermoso que el **urluk** en flor.

De improviso, sintió deseos de ver inmediatamente, como anticipo de primavera, aunque fuese un solo **urluk** en flor, a manera de presagio de felicidad; de divisar, aunque fuera de lejos, detrás de alguna cerca o de alguna muralla de tierra derruida, aquel inconfundible rosado etéreo.

Mas era demasiado pronto. Los árboles, todavía grises, estaban apenas comenzando a reverdecer; era. el momento en que, aun habiendo ya verdor en los árboles, todavía predomina el gris. Y allí donde, detrás de una muralla de tierra derruida, se percibía un pedazo de jardín no invadido por la urbanización, no se veía aún sino un terreno seco y rojizo, removido por el primer azadón.

Todavía era demasiado pronto.

De ordinario, cual si tuviese prisa, Vera tomaba el autobús e instalándose sobre los resortes vencidos del asiento, o colgada de la manilla con las yemas de los dedos, se decía que no tenía ganas de hacer nada, absolutamente nada; que tenía toda la velada por delante, pero que nada le inspiraba deseos. Y, contrariando todo sentido común, la velada se le iría en matar el tiempo; y a la mañana siguiente, de nuevo debería apresurarse hacia su trabajo, en un autobús parecido a ése.

Hoy, por el contrario, caminaba sin prisa y todo, pero todo, le inspiraba deseos. De golpe, se le presentó una multitud de cosas que atender en su casa, en las tiendas, en la biblioteca; y luego, inclusive labores de costura, quizás; y en suma quehaceres agradables que nadie le prohibía, que nada obstaculizaba, pero Dios sabe por qué había ella rehuido hasta aquí. Y ahora tenía ganas de hacer todo eso, ¡hasta de hacerlo todo a la vez! A pesar de lo cual no se apresuró en lo más mínimo por volver á casa para ponerse a ha cerio

cuanto antes; al contrario, caminó lentamente, saboreando cada paso, cada contacto de sus zapatos livianos contra el asfalto seco.

Pasó por las tiendas todavía abiertas, mas no entró a comprar los víveres ni los objetos de uso corriente que necesitaba. Pasó por delante de anuncios de espectáculos sin leer ninguno, aunque ésta era precisamente una de las cosas que deseaba hacer.

Anduvo, nada más, anduvo largo rato y en eso consistió todo el agrado.

Y a veces sonreía.

Hubiese querido ver un albaricoquero en flor, mas no lo había era demasiado pronto aún.

El día anterior había sido feriado, pero ¡cuán agobiada y despreciable se había sentido! Y hoy, día de trabajo, día igual a los demás, ¡Se sentía tan ligera y dichosa!

El motivo era saber que estaba en lo cierto. Sus razones ocultas, sus razones obstinadas, esas de las cuales todos se burlan y que nadie quiere reconocer ... , ese hilo tan sutil, el único del cual sigue suspendida, revela de repente ser un cable de acero cuya firmeza reconoce un hombre de experiencia desconfiado e intratable, que también se aferra a él con seguridad.

Y como en una cabina teleférica por sobre el abismo inconcebible de la incomprensión humana, se deslizan sin tropiezos, confiado el uno en el otro,

Ello la tenía simplemente entusiasmada. Pues, al fin y al cabo, no es nada saberse normal, saberse en su cabal juicio; pero oírsele decir, oírsele confirmar... ¡Y por quién! Habría sido preciso poder darle las gracias por haberlo dicho, por pensarlo, por haber seguido siendo igual después de franquear los abismos de la vida.

Merecía que se le agradeciera; mas entretanto había que justificarse ante él, justificar la hormonoterapia: él impugnaba a Friedland, pero también rechazaba la hormonoterapia. Lógicamente, había en esto una contradicción; pero es al médico, y no al paciente, a quien se le exige lógica.

Con contradicción o sin ella, había que persuadirlo a someterse a ese tratamiento. ¡Ella no podía abandonar a aquel hombre, entregarla a su tumor! Se picaba cada vez más en este juego: jera preciso, a fuerza de obstinación, convencer y sanar a aquel enfermo! Más, para mantener convencido a un hombre tan porfiado y tan agresivo, se requería tener a su vez mucha fe. Ahora bien, oyendo sus reproches, ella se dio cuenta de repente de que en su clínica se había introducido la hormonoterapia siguiendo una instrucción general, vigente en todo el país para una extensa categoría de tumores y con indicaciones muy amplias. Acerca de los resultados de la hormonoterapia en su lucha con el seminoma, no recordaba ahora haber leído jamás ni un solo artículo en las revistas especializadas. Pues bien, podía ser que hubiese más de uno sobre el tema, sin contar los que podían haberse publicado en el extranjero. Y para llegar a demostrar algo, sería preciso haberlo leído todo. En general, ella no tenía tiempo de leer.

Pero ahora..., ¡ahora hallaría tiempo para hacerlo todo! Ahora los leería, ciertamente.

Un día, Kostoglotov le había enrostrado que no veía por qué su curandero, con la raíz del lago Isyk-Kul, no había de valer tanto como un médico y que -fueron sus propias palabras-, en cuanto a precisión matemática, no la veía en la medicina de ella. Aquel día, Vera casi se había ofendido. Pero en seguida se dijo que en parte era verdad. Pues, al fin y al cabo, al destruir células con los rayos X, ¿se sabía, siquiera aproximadamente, la proporción de células sanas y células enfermas que se destruía? ¿Era, pues, tanto más seguro que lo que hacía el curandero cuando cogía raíz seca a puñados, sin pesarla? O aun esto: todos se habían puesto a curar con penicilina, la penicilina había pasado a ser una panacea; ¿qué autoridad médica había, empero, explicado la naturaleza de su acción? ¿No era un misterio?.. ¡Cuán necesario era, en este terreo no, seguir las revistas, leer, reflexionar!

Mas ¡ahora tendría ella tiempo de hacerlo todo!

He aquí que -tan pronto que no se dio cuenta- había llegado al patio de su casa. Subiendo algunos peldaños, se encontró en la gran galería común rodeada de una balaustrada, sobre la cual habían colgado alfombras y felpudos. Atravesando la superficie cementada y abollada de la terraza, abrió sin desagrado la puerta del departamento comunitario, cuyo aislante estaba arrancado a trechos, y se introdujo al corredor oscuro, donde no se podía encender ninguna de las luces, por corresponder ellas a medidores diferentes.

Con su segunda llave de seguridad, abrió la puerta de su pieza. .. y no experimentó sensación alguna de ahogo al ver esa celda de monasterio o de prisión cuya ventana estaba protegida de los ladrones por una reja, como todas las ventanas del primer piso, y donde ya se hacía el crepúsculo, mientras que el sol no asomaba ahí sino en la mañana. Vera se detuvo en el umbral de la puerta, sin quitarse el abrigo, y miró su pieza con asombro, cual si no la hubiese visto nunca. ¡La vida podía ser allí muy agradable y muy alegre! Sólo había que cambiar de inmediato el mantel. y sacudir un poco el polvo. y quizás colgar la vista nocturna de la Fortaleza de Pedro y Pablo en el lugar de los cipreses negros de Alupka, y viceversa.

Pero una vez que se hubo sacado el abrigo y atado el delantal, comenzó por dirigirse a la cocina. Recordaba vagamente que primero tenía algo que hacer en la cocina. ¡Ah, sí! Había que encender el anafe a petróleo y prepararse algo de comer.

Sólo que el hijo de los vecinos, un muchachón fornido que había dejado de estudiar, tenía la cocina ocupada con su motocicleta: estaba silbando mientras la desarmaba, disponía las piezas en el suelo y las engrasaba. El sol poniente invadía la cocina, donde aún estaba claro. Por supuesto, ella pudo haberse deslizado hasta su mesa. Pero de pronto se dio cuenta de que no tenía el menor deseo de afanarse aquí aspirando a una sola cosa: estar en su pieza, completamente sola.

Y, además, en el fondo no tenía hambre, nada de hambre. Regresó, pues, a su habitación y con agrado hizo restallar su cerrojo. Hoy no tenía absolutamente ninguna necesidad de salir de su pieza. Había chocolates en un tazón, le bastaría roer uno que otro...

Vera se encuculló frente a la cómoda de su madre y abrió un pesado

cajón donde se hallaba el otro mantel.

Pero no: era preciso empezar por sacudir el polvo.

Antes había, empero, que mudarse, ponerse ropa más sencilla.

Y a todos estos cambios de programa se prestó Vera con gusto, como quien cambia de paso al bailar. Cada cambio le procuraba agrado, eso era lo que constituía el baile.

Más puede que primero hubiera que intercambiar la fortaleza y los cipreses. No, eso exigía martillo y clavos, y nada más desagradable de hacer que este trabajo de hombre. Por el momento, no les quedaba otra cosa que permanecer donde estaban.

Y cogió un trapo y partió a través de la habitación canturreando a media voz.

Pero casi de inmediato dio con una postal en colores que recibiera la víspera y que se hallaba apoyada contra un frasco ventrudo. En su anverso había rosas rojas, cintas verdes y un ocho azul. En su reverso, un mensaje de felicitación escrito a máquina. Era que el Sindicato la congratulaba con ocasión del Día Internacional de la Mujer!

Toda festividad colectiva es penosa para un solitario. Mas para una mujer que ve pasar los años sola, la festividad de las mujeres tiene algo de insoportable. Viudas y solteras se reúnen ese día a beber y cantar, simulando divertirse. El día anterior, en su aula, se habían reunido en grupo bullicioso. Había entre ellas un marido; un poco más tarde, cuando estuvieron ebrias, se pusieron a abrazarlo y besarlo.

Sin asomo de ironía, el Sindicato le deseaba grandes éxitos en su trabajo y felicidad en su vida privada.

¡Su vida privada!... Un disfraz mal llevado. Una envoltura larval que se bota.

Rasgó la postal en cuatro pedazos que tiró al canasto.

Y de nuevo partió con su trapo en la mano, sacudiendo aquí un frasco, allá una pequeña pirámide de vidrio con paisajes de Crimea, más allá una caja llena de discos al lado de la radio, luego el gabinete plástico de la electrola.

Vaya, ahora podría escuchar sin sufrir cualquiera de sus discos, hasta podría poner el insoportable

Muy solo, en este instante tan solo como antes.

Pero estaba buscando otro: lo halló, lo puso en el pick up, conectó éste a la radio y se instaló en el hondo sillón de su madre y recogió debajo del cuerpo las piernas, envainadas en medias.

Sus dedos distraídos seguían reteniendo una punta del trapo de sacudir, que colgaba hacia el suelo como un banderín.

El interior de la pieza ya estaba completamente gris y el cuadrante verde del receptor de radio brillaba con nitidez.

Era la suite del ballet La bella durmiente del bosque. Iba en el adagio, luego vino "la aparición de las hadas".

Vega escuchaba, pero no por si misma. Quería Imaginar cómo podría escuchar este adagio, desde el balcón de la ópera, un hombre empapado por la lluvia, destrozado por el dolor, condenado a morir y que jamás conociera

la felicidad.

Volvió a poner el disco. Y lo puso una vez más.

Empezó a charlar..., pero no en voz alta. Se imaginó conversando con él, cual si estuviese sentado frente a ella, al otro lado de la mesa redonda, iluminado por ese mismo fulgor verdoso. Dijo lo que tenía que decir, luego lo escuchó hablar: tenía el oído bastante fino como para captar lo que él habría podido contestar. Con él, siempre era difícil prever cómo interpretaría las cosas, pero tenía la impresión de estar habituada a eso.

Evocó su conversación de hoy, para completar lo que, dadas sus relaciones, no había podido decirle en su cara; ahora era posible. Expuso ante él su teoría del hombre y la mujer. Los superhombres de Hemingway eran seres que aún no habían alcanzado el nivel humano. A Hemingway le faltaba consistencia. (Oleg iba a rezongar, estaba segura de que nunca había leído obras de Hemingway, o incluso iba a declarar con orgullo que no las había en el ejército ni en el campamento.) Eso no era en absoluto lo que las mujeres esperaban de los hombres: lo que ellas esperaban era una ternura solícita y una sensación de seguridad, la impresión de estar protegidas, amparadas.

(Cosa rara: era, precisamente, con aquel hombre privado de derechos, privado de todo estado civil, con quien tenía Vega esa impresión de seguridad.)

En cuanto a la mujer, la confusión reinante al respecto era todavía mayor. Se había hecho de Carmen la más femenina de las mujeres. Se había erigido en modelo de feminidad a la mujer que busca activamente el placer. Mas no era una mujer genuina, era un hombre disfrazado.

Sobre lo cual había muchas cosas más que decir. Pero aparentemente esta idea lo había pillado desprevenido. Meditaba.

Entretanto, puso ella otra vez el mismo disco.

Ya estaba totalmente oscuro y no pensó en sacudir el polvo.

Cada vez más hondo, cada vez más expresivo. El cuadrante luminoso de la radio iluminaba la habitación con un resplandor verdoso.

Por nada del mundo hubiese querido encender la luz, y no obstante era indispensable mirar.

Pero, a pesar de la penumbra, fue con mano segura cómo encontró ella ese marquito adosado a la pared, que descolgó tiernamente y acercó a la esfera. Aun cuando ésta no hubiese difundido su verde sideral, aunque se hubiera apagado en este preciso instante, no habría dejado Vera de ver *esa* foto, de distinguir cada detalle: aquel rostro puro de muchachuelo; aquella vulnerable limpidez de unos ojos que nada habían visto aún; con la primera corbata de su vida sobre una camisa blanca; con el primer terno de su vida; y, a riesgo de estropear el reverso del vestón, la insignia austera atornillada en el ojal: un perfil negro contra un círculo blanco. La foto era de seis por nueve; la insignia, minúscula; y, sin embargo, a la luz diurna, se veía claramente (y de memoria se veía aun en este momento) que ese perfil era el de Lenin.

"Es la única condecoración que deseo", decía la sonrisa del muchachito.

Fue a ese muchachito a quien se le ocurrió llamarla Vega. La agave

no florece sino una vez, antes de morir.

Así había amado Vera Gangart. Muy joven todavía, en su pupitre de colegiala.

Y a él lo habían matado en el frente.

Después de lo cual, la guerra podía ser todo lo que quisieran: justa, heroica, patriótica, sagrada; más, para Vega Gangart, era la última guerra. Una guerra en que, al mismo tiempo que a su novio, la habían matado también a ella.

¡Había deseado tanto, después de eso, que la mataran a ella también! Quiso abandonar en el acto el Instituto y partir al frente. Pero, por ser de origen alemán, no la aceptaron.

Alcanzaron a pasar juntos los dos o tres meses del primer verano de la guerra. Y en aquel momento era evidente que él partiría al frente, de un instante a otro. Y ahora que había transcurrido el lapso de una generación, no habría podido explicar cómo hicieron para no casarse. Y aun sin casarse, ¿cómo pudieron perder aquellos meses, los últimos, los únicos? ¿Era posible que todavía hubieran encontrado un obstáculo ante ellos, cuando a su alrededor todo se tambaleaba y desintegraba?

Sí, había un obstáculo.

Y ahora no habría podido justificarlo' ante nadie. Ni siquiera a sus propios ojos.

"¡Vega! ¡Mi Vega! -le gritaba él desde las líneas de avanzada-. No puedo morir sin haberte hecho mía. Ahora me parece que, si pudiera escapar de aquí aunque fuese por tres días, con licencia, para el hospital, poco importa, ¡nos casaríamos! ¿Sí? ¿Sí?"

"Que eso no te atormente. Jamás le perteneceré a nadie. A ti solo."

¡Con cuánta seguridad le escribió eso! ¡Pero entonces se dirigía a un hombre viviente!

No lo hirieron, no fue ni al hospital ni con licencia. Lo mataron del primer golpe.

El estaba muerto, y ella, su estrella, brillaba, seguía brillando...

Mas su luz se prodigaba en vano.

No era la estrella cuya luz continúa difundándose aún después de extinguida, sino la que resplandece, resplandece todavía con todas sus fuerzas, pero cuya luz ya nadie ve ni nadie necesita.

No quisieron tomarla para mandarla también a morir. Había que vivir, pues. Continuar sus estudios en el Instituto, donde incluso era ella la responsable de su grupo. La primera en todas partes: en las faenas de cosecha, en los servicios de instalación, en los equipos voluntarios del domingo. ¿Qué otro recurso le quedaba?

Paso brillantemente sus exámenes finales y el doctor Oreshchenkov, con quien hiciera su práctica, se manifestó muy contento de ella (fue él quien se la recomendó a la Dontsov). No tenía en el mundo nada más que eso: los cuidados, los pacientes. Eran su tabla de salvación.

Por supuesto, situándose al nivel de un Friedland, todo eso no era sino pamplinas anomalía, locura: ¡conservar el recuerdo de un muerto y no volver a buscar otro viviente! Eso no podía existir, porque estaban las leyes



imprescriptibles de los tejidos, de las hormonas, de la edad.

Eso no podía existir. Más Vega sabía muy bien que en ella no funcionaba ninguna de esas leyes.

No era que se considerase eternamente atada por su promesa. Pero también eso tenía su importancia: un ser demasiado próximo a nosotros no puede morir del todo, y, por consiguiente, ve un poco, oye un poco, está presente, existe. E impotente, mudo. ver cómo lo engañan.

Y además, ¿cómo hablar de leyes de desarrollo celular, de reacciones y secreciones ... , a qué vienen estas leyes, si no hay dos hombres como aquél? ¿Si él es el único, si no hay dos iguales? ¿A qué vienen las células? ¿A qué vienen las reacciones?

No: simplemente con los años nos embotamos, nos fatigamos.

Lo que nos falta, tanto en la desgracia como en la fidelidad, es el verdadero talento. Dejamos que actúe el tiempo. ¡Ah, por lo que se refiere a tragar todos los días nuestro alimento y chuparnos los dedos, en eso no transigimos! Que no nos den de comer durante dos días: ya estamos desorientados y como enfurecidos.

¡Ah, se puede decir que ha avanzado la humanidad!

Vega no había cambiado, pero estaba aniquilada. Y además habla perdido a su madre..., y vivían solas las dos. Su madre había muerto aniquilada también: a su hijo, el hermano mayor de Vera, ingeniero, lo habían arrestado en el 40. Había escrito durante algunos años más. Durante algunos años, le mandaron encomiendas a algún lugar de Buriato - Mongolia. Pero un día, la madre de Vera recibió del correo un aviso redactado en términos vagos y la encomienda volvió con varios timbres y tachaduras. La trajo de vuelta a casa como un pequeño féretro. Recién nacido, su hijo habría cabido en esa caja.

He ahí lo que había destruido a su madre. y también el hecho de que su nuera no tardó en casarse de nuevo. Eso, su madre no acertaba a entenderlo. Ella comprendía a Vera: y Vera había quedado sola.

¿Sola? No, claro que no era la única: había millones como ella,

Había en el país tantas mujeres solas, que hasta estaba uno tentado a calcular rápidamente, entre sus conocidas, si no eran más numerosas que las casadas. y todas esas mujeres solas tenían más o menos su edad: diez cursos seguidos. Las contemporáneas de los muertos en la guerra.

Misericordiosa con los hombres, la guerra se los había llevado. A las mujeres las había dejado sufrir hasta el final.

Y aquellos que, permaneciendo sanos y salvos en medio de las ruinas, regresaban solteros, aquéllos no escogían mujeres de su edad, sino más jóvenes. En cuanto a los que tenían algunos años menos, en realidad eran menores por toda una generación: eran niños a quienes la guerra no habla tocado.

Y así era como vivían millones de mujeres a quienes nunca habían juntado en divisiones y que habían venido al mundo para nada. Un paso en falso de la Historia.

Mas, entre ellas, algunas no estaban condenadas todavía: las capaces de tomar la vida por el lado bueno,

Pasaron los años, largos años de vida común y corriente de tiempos de paz, y Vega vivía como protegida por una perpetua máscara antigás, con la cabeza siempre ceñida por ese caucho hostil que simplemente la había afeado, debilitado ... , y un buen día se sacó de un tirón la máscara antigás.

En otras palabras, empezó a vivir en forma más humana; y se permitió ser afable, vistió con esmero, no evitó los contactos con el prójimo.

Hay una gran voluptuosidad en ser fiel. Acaso la mayor voluptuosidad. Aun cuando de esa fidelidad los demás no sepan nada. Aun cuando ignoren su precio.

¡Mas también es preciso que ella haga adelantar algo!

¿Y cuándo no hace adelantar nada? ¿Cuándo nadie la necesita?

Por grandes que fuesen los ojos redondos de la máscara antigás, se veía por ellos poco y mal. Ahora, sin esos vidrios, Vega había podido ver mejor.

Pero no vio mejor. Falta de experiencia, se estrelló, tropezó.

Esa intimidad breve y humillante, lejos de facilitar e iluminar su vida, la había mancillado, rebajado, roto su integridad, quebrantado su bella conducta.

Ahora no lograba olvidarla. y no podía borrarla ya.

No, tomar la vida por el lado agradable no era su sino. Mientras más frágil nace un ser, más requiere decenas y hasta centenares de circunstancias concomitantes para conseguir acercarse a su prójimo. Una coincidencia más no hace otra cosa que acentuar levemente el acercamiento; en cambio, una sola divergencia puede echarlo todo por tierra de un solo golpe. Y esta divergencia surge siempre tan pronto, se presenta con tanta evidencia. y ella no tenía a nadie que le enseñara a actuar, a vivir.

Hay tantas vías diferentes como personas.

Le hablan aconsejado mucho adoptar un niño. Extensamente y en los menores detalles, lo discutió con otras mujeres que ya la convencieron; se entusiasmó, ya había visitado orfanatos.

Y luego, al fin había retrocedido. No podía querer a un niño así, a primera vista, por decisión de su voluntad, desesperando de su causa. Todavía peor: más tarde, podría dejar de quererlo. y había algo peor aún, un peligro mayor: al crecer, podía él resultarle por completo extraño.

¡Ah, tener una hija suya, verdaderamente suya! (Una hija, porque podría criarla a partir de su propia experiencia, lo cual no era posible con un varoncito.)

Pero recorrer una vez más ese camino fangoso con un hombre que le sería extraño, tampoco podía.

Permaneció en su sillón hasta medianoche, sin haber hecho nada de lo que deseara hacer al comienzo de la velada, sin haber siquiera encendido la luz. Le bastaba con creces la del cuadrante de la radio y hacía bien reflexionar con los ojos fijos en aquel verde suave y aquellas rayitas negras.

Escuchó muchos discos, sin que le costara soportar los más desgarradores. También escuchó marchas. y las marchas eran como cortejos triunfales que desfilaban a sus pies, en las tinieblas. y sentada un poco al sesgo en su viejo sillón de alto respaldo solemne, con sus *livianas* piernas dobladas

debajo del cuerpo, ella era la triunfadora.

Después de *atravesar* catorce desiertos, ¡he aquí que llegaba a la meta! Después de *atravesar* catorce años de insensatez, he aquí que había estado en lo cierto.

Era hoy cuando aquellos largos años de fidelidad habían asumido un sentido nuevo y perfecto.

¿Fidelidad? Casi. Se podía admitir que era fidelidad. En lo esencial, era fidelidad.

Mas fue solamente ahora cuando su novio desaparecido pasó a ser en su recuerdo un muchachito y no un hombre de su edad, cuando se halló despojado de esa inerte gravedad masculina fuera de la cual no hay refugio para la mujer. El no había visto toda la guerra, ni su fin, ni todos los arduos años que se siguieron: siguió siendo el adolescente de ojos cándidos y vulnerables.

Se acostó y no se durmió de inmediato, pero no la preocupó la idea de que esta noche no dormiría bastante... y cuando se quedó dormida, fue para despertar todavía varias veces; y soñó mucho; excesivamente, le pareció para una sola noche. y algunos de sus sueños eran por completo fuera de lugar, pero los hubo que ella se esforzó por retener hasta la llegada del día.

A la mañana siguiente, cuando despertó, sonreía.

En el autobús la apretaron, la aplastaron, la atropellaron, la pisaron, pero soportó todo esto sin la menor irritación.

Habiéndose metido el blusón blanco y mientras se dirigía a la reunión cotidiana, tuvo la alegría de divisar, en el corredor opuesto del primer piso, la silueta maciza, fornida, graciosamente cómica del simiesco León Leonidovich, a quien no viera aún desde su regreso de Moscú. Sus brazos, aparentemente demasiado pesados y demasiado largos, colgaban, encorvándole casi los hombros; mas esto, que de buena gana se hubiese considerado un defecto de su silueta, en realidad no hacía otra cosa que embellecerla. Sobre su cráneo en gradual declive, cortado a hachazos, cuya coronilla parecía combada hacia atrás, estaba posado con la negligencia de siempre, como algo inútil, un gorrito blanco con una especie de orejeras levantadas y una toca vacía y, ajada. “Su pecho, apretado dentro de un blusón sin escote, semejaba la delantera de un tanque con su camuflaje de invierno, todo blanco. Venía con los párpados plegados, como siempre, con expresión severa y amenazante que, bien lo sabía Vega, el más leve cambio de sus facciones bastaba para transformar en sonrisa.

Fue lo que ocurrió al salir Vera y León Leonidovich, al mismo tiempo, de los corredores opuestos y encontrarse cara a cara, al pie de la escalera.

-¡Qué contenta estoy de que hayas vuelto! ¡Nos hacías mucha falta! - dijo Vera, hablando primero.

La sonrisa del cirujano se acentuó y, alzando su mano colgante, la tomó del codo y la hizo girar hacia la escalera. -Hoy estás muy alegre. ¡Dime la buena nueva!

-Pero si no, nada especial. ¿Tuviste buen viaje?

León Leonidovich suspiró:

-Sí y no. Moscú le hace hervir la sangre a uno.

-Tendrás que contarme eso en detalle.

-Te traje discos. Tres.

-¿De veras? ¿Cuáles?

-Bien sabes que yo confundo todos esos de Saint-Saens ...

En resumen, ahora hay en Gum un estante con microsurdos; yo les pasé tu lista y me envolvieron tres. Mañana te los traigo. Oye, Verita, ven conmigo al tribunal esta noche.

-¿A qué tribunal?

-¿Que no sabes nada? Deben juzgar a un cirujano del Hospital Num

3.

-¿Un tribunal verdadero?

-No; por el momento, una comisión de arbitraje. Pero, de todos modos, el sumario ha durado ocho meses. -¿Y de qué lo acusan, pues?

Bajaba la escalera la enfermera Zoe, que acababa de terminar su turno de noche. Los saludó, haciendo brillar muy cerca de ellos sus largas pestañas rubias.

-Un niño muerto de resultas de una operación... Por cierto que voy a ir allá, mientras me quede algo de mi arremetida en Moscú, para armar un poco de alboroto. De lo contrario, basta una semana en, casa para ponerse de nuevo muy pequeño. ¿Irás?

Pero Vera no alcanzó a contestar ni a decidir: ya entraban a la pieza de los sillones enfundados y la carpeta azul fuerte donde se efectuaban las reuniones diarias.

Vera daba mucha importancia a sus relaciones con León. Junto con Ludmila Afanasiev, era el ser a quien se sentía más próxima aquí. Sus relaciones tenían de valioso el ser de índole poco frecuente entre un célibe y una mujer sola: ni una sola vez le había dirigido León una mirada, una palabra, un gesto desmedido, nada que revelara deseo; y ella, con mayor razón. Sus relaciones eran amistosas, sin peligro, sin nada tenso; sólo una cosa había que siempre evitaban mencionar o comentar: el amor; el matrimonio y todo lo relacionado con él, hacían de cuenta que no existía. Sin duda, León Leonidovich adivinaba que Vera necesitaba precisamente esta clase de relaciones. El había estado casado, en otro tiempo; luego se divorció, después tuvo una amiga; a la porción femenina del dispensario (vale decir, al dispensario entero) le gustaba comentar acerca de él, y en este momento se le atribuía un amorío con la enfermera de la sala de operaciones. Una cirujana joven, Angelina, lo afirmaba con certeza: mas a ella misma se le suponían miras con respecto a él.

Durante toda la reunión, Ludmila Afanasiev se llevó dibujando en su hoja de papel objetos angulosos, e inclusive haciéndole hoyos con la pluma. Vera, por el contrario, estuvo hoy más tranquila que nunca, sintiéndose especialmente equilibrada.

Concluida la reunión, ella comenzó su visita por la sala grande de mujeres. Tenía ahí numerosas pacientes y siempre pasaba mucho rato con ellas. Se sentaba en la cama de cada una y la examinaba o charlaba con ella en voz baja, sin imponerle silencio al resto de la sala, porque esto habría demorado demasiado y también porque entre las mujeres no era posible. (En la sala de

mujeres, se precisaba dar pruebas de mayor tacto y prudencia aún que donde los hombres. Aquí, no eran tan absolutas su importancia y preeminencia como médica.) Bastaba que se mostrara de demasiado buen humor o que exagerase las seguridades alentadoras que recomendaba la psicoterapia (¡Ya verá usted, como todo va bien!"), para que sintiera ya pesar sobre ella la mirada, cruda o velada, de la envidia: ¡A ti eso te da igual! Tu no estás enferma! No puedes comprender". Siguiendo siempre la psicoterapia, inducía a las pacientes, a pesar de su alteración, a cuidarse como antes, a arreglarse el pelo, a maquillarse; pero la habrían recibido mal si ella, por su parte, le hubiese prestado demasiada atención a todo eso.

Fue así como hoy pasó otra vez de un lecho a otro, lo más humilde y concentrada posible, y, acostumbrada como estaba, no oía el bullicio general, sino sólo a su enferma. De improviso, una voz especialmente arrabalera, especialmente vulgar, resonó en el otro extremo de la sala:

Eso depende de los enfermos! Aquí los hay que romancean, nada más que eso les digo. No hay más que ver al greñudo, ¿saben? ese que anda de cinturón, y Zoe, la enfermera ... Pues bien, todas las noches que ella está de guardia, se pasa la noche sobajeándola en los rincones.

-Disculpe. ¿Cómo dijo? -volvió a preguntarle Vera a la paciente a quien estaba examinando-. Repita, por favor.

La enferma repitió.

(Era Zoe la que estaba de guardia anoche, ¿no es cierto? Anoche, mientras brillaba la esfera verde...)

-¡Discúlpeme, tendré que pedirle que recomience desde el principio, y en detalle!

## CAPITULO XXVI

### UNA INICIATIVA ACERTADA

¿En qué momento se inquieta un cirujano, cuando no es novato? No durante la operación. Mientras opera, trabaja abiertamente, en descubierto; siempre sabe lo que va a hacer en el instante siguiente y lo único que importa es eliminar bien a fondo todo cuanto debe recortar, para no tener en seguida errores que lamentar. Por supuesto, a veces se encuentra de súbito ante una complicación: mana sangre y recuerda que Rutherford murió mientras le sacaban una hernia. No, las inquietudes del cirujano empiezan después de la operación, cuando, sin saberse muy bien por qué, se niega la fiebre a bajar o el abdomen a deshincharse, y ahora es preciso, en el poco tiempo que le queda, practicar una incisión, ver, comprender y corregir, todo esto mentalmente, sin bistrurí.

He ahí por qué León Leonidovich acostumbraba ir a echarles un rápido vistazo a sus operados, aun antes de la reunión matinal.

Hoy, víspera del próximo día de operaciones, debí efectuarse una prolongada visita general y él no podía permanecer media hora más sin saber cómo seguía su operado del estómago y el estado de Diomka. Fue, pues, a ver rápidamente al operado del estómago; ése no seguía demasiado mal. le dijo a la enfermera lo que había que darle a beber y cuánto, luego fue a ver a Diomka en la piececita contigua, que no tenía más que dos camas ..

El otro paciente estaba recuperándose y ya podía salir. Diomka se hallaba acostado de espaldas, con el cobertor subido hasta el pecho, la tez grisácea. Tenía los ojos vueltos hacia el techo, mas con expresión no de sosiego, sino de inquietud, con todos los músculos tensos alrededor de los ojos, como esforzándose, sin lograrlo, por distinguir algo minúsculo en el cielo raso.

León Leonidovich se detuvo sin decir palabra, con las piernas levemente separadas, un poco ladeado y dejando colgar sus largos brazos, con el derecho ligeramente retirado, lo miró sin levantar la vista, pareciendo preguntarse: y si ahora le soltara un recto al mentón, ¿qué resultaría?

Diomka volvió la cabeza, lo vio y se echó a reír.

Y la expresión severa y amenazante del cirujano también se dilató en una sonrisa. Y León Leonidovich le hizo un guiño a Diomka, como a un compinche con quien uno se entiende a medias palabras.

-¿Eso marcha, entonces? ¿Todo está normal?

-¿Normal? ¡Vamos! -Diomka habría tenido muchos motivos de queja. Pero, en realidad, de hombre a hombre, no había de qué quejarse.

-¿Te dan puntadas?

-¡Hum!

-¿Siempre en la misma parte?

-¡Hum!

-Y seguirás sintiéndolas por un tiempo, Diomka. Dentro de un año, todavía te ocurrirá tener puntadas a la pierna cortada. Pero cuando te den, ¡acuérdate de que no está! Y te sentirás mejor. Lo esencial es que ahora vas a vivir, ¿entendido? Y tu pierna, ¡está bien donde está!

¡León Leonidovich había dicho esto con acento de tanto alivio! y, efectivamente, aquella horrible suciedad estaba bien donde estaba. Un buen desahogo.

-Bueno, dentro de poco pasaremos a verte de nuevo.

Y agitando los brazos como para hender el aire, se largó a la reunión... atrasado, por supuesto (y a Nizamutdin no le gustaban los retrasados), el último de todos. Su blusón cerrado por delante se abombaba, ciñendo el pecho, mientras en la espalda los bordes no llegaban a juntarse, y las amarras estaban tensas por encima del vestón. Cuando atravesaba solo la clínica, siempre caminaba rápidamente, subiendo las escaleras de cuatro en cuatro, braceando mucho y a zancadas, y eran precisamente estos movimientos ampulosos los que daban a los enfermos la sensación de que él no se demoraba en los corredores ni empleaba el tiempo en sí mismo.

Luego, durante media hora, fue la reunión cotidiana. Dignamente (según él) entró Nizamutdin; dignamente (según él) saludo y (según él) placentemente y sin prisa abrió la sesión. Era notorio que se escuchaba a sí mismo, y a cada gesto, a cada movimiento que hacía, su exterior se veía imponente, lleno de autoridad, instruido e inteligente. En su aldea natal se tejían leyendas acerca de él; en la ciudad, todos lo conocían y a veces hasta se hablaba de él en los periódicos.

La silla de León Leonidovich se hallaba bastante lejos de la mesa; había cruzado sus largas piernas y deslizado sus zarpas de dedos separados bajo el lazo del cinturón blanco anudado sobre su abdomen. De mal talante, fruncía el ceño bajo su gorro; pero como casi siempre estaba ceñudo cuando se hallaba ante las autoridades, el médico jefe no podía atribuir esto a su presencia.

En el cargo que ocupaba, no veía el médico jefe una obligación constante, vigilante y agotadora, sino una posición ventajosa, distinciones y una extensa gama de derechos. Poseía el título de médico principal y creía que esta denominación bastaba para hacer de él, en efecto, el principal médico de la clínica, que él era más entendido que los *otras* médicos aquí presentes; tal vez no en los menores detalles, por supuesto, pero, en todo caso, que él comprendía perfectamente lo que hacían sus subordinados y que era sólo corrigiéndolos y dirigiéndolos como les evitaba los errores. Por eso debía prolongar tanto la reunión, en la cual todos, visiblemente, se complacían. Y en vista de que sus derechos excedían en este punto y tan afortunadamente sus obligaciones, el médico principal contrataba sin dificultades en su dispensario funcionarios, médicos, enfermeras: aquellos que le recomendaban por teléfono desde la Dirección Regional de Sanidad, o desde el Comité Municipal del Partido, o desde el Instituto, al cual contaba él con presentar pronto su tesis; o también aquellos a quienes prometiera .contratar en un momento de euforia, durante una

comida; o bien, cuando la persona en cuestión pertenecía a la misma rama de su antigua tribu. Y si un jefe de servicio le hacía notar que el individuo contratado no entendía nada ni sabía hacer nada, entonces Nizamutdin Bajramovich se mostraba aun más sorprendido que él: "Entonces, ¡hay que enseñarle, camarada! ¿Para qué está usted aquí?"

Con esa corona de canas que, tras unas cuantas decenas de años, pone sin discriminación un nimbo de nobleza a los genios y a los tontos, a los modelos de abnegación y a los aventureros, a los hombres de acción y a los perezosos; con ese aspecto digno y satisfecho que nos da la naturaleza en compensación por las torturas mentales que no hemos soportado; con ese halo redondo y parejo que tan bien sienta a los cabellos grises, Nizamutdin Bajramovich les exponía a sus empleados médicos lo que no marchaba bien en su trabajo y cómo podrían luchar más seguramente para salvar preciosas vidas humanas. Y en los sofás de rígido respaldo del mobiliario fiscal, en los sillones y las sillas dispuestos en derredor de la carpeta azul, como pluma de pavo, se hallaban sentados, escuchando a Nizamutdin con aparente atención, aquellos a quienes aún no había decidido despedir y los que ya había resuelto admitir.

Desde donde estaba sentado, León Leonidovich veía bien la cabellera crespa de Jalmujamedov. Este parecía recién salido de una ilustración de los viajes del capitán Cook, cual si acabase de escapar de la jungla: se entrelazaba en su cabeza la vegetación de las selvas vírgenes, incrustaciones negras como el carbón le salpicaban la faz bronceada, una sonrisa de alegría salvaje dejaba al descubierto unos grandes dientes blancos... no le faltaba más que la argolla en la nariz. Pero lo importante, por supuesto, no era su apariencia ni el diploma en regla de la Escuela de Medicina: era el hecho de que no podía practicar ni una sola operación sin estropearlo todo. León Leonidovich lo había dejado hacer una o dos veces y nunca cesaría de reprochárselo. Tampoco se podía echarlo. Eso habría contrariado la política de los cuadros nacionales. Hacía, pues, cuatro años que Jalmujamedov llevaba las historias clínicas, cuando no eran demasiado complicadas; asistía, con aire importante, a las visitas y las curaciones; hacía turnos de noche (es decir, dormía), y, en este último tiempo, incluso percibía un medio sueldo suplementario, lo cual no le impedía, por lo demás, irse del hospital al término de la jornada ordinaria.

También había ahí dos cirujanas diplomadas. Una era la Pantiojin, mujer muy gorda, de unos cuarenta años, siempre muy preocupada; tanto más preocupada cuanto que tenía que criar a seis hijos nacidos de dos padres diferentes y le faltaba dinero y también alguien que se los cuidara. Afanes que seguían grabados en su semblante aun en las horas llamadas de servicio, es decir, las que debía pasar en los locales del dispensario para cobrar su sueldo. La otra, Angelina, muy joven -sólo hacía dos años que había terminado sus estudios-, baja, calorina, bastante bonita, le había tomado ojeriza a León Leonidovich por la indiferencia que éste le demostraba y era ahora la principal inspiradora de las intrigas que se tramaban en su contra en el Servicio Quirúrgico. A una y otra, no se podía encargarles una tarea más difícil que la consulta en el dispensario, jamás se podía confiarles un bisturí; pero de nuevo había allí serios motivos por los cuales el médico jefe nunca despediría a ninguna de las dos.



El servicio comprendía, pues, teóricamente, cinco cirujanos, número en virtud del cual se programaban las operaciones, siendo, empero, no más que dos los capaces de practicarlas.

Estaban también las enfermeras, algunas de las cuales no valían más que esos médicos; pero también a éstas era Nizamutdin Bajramovich quien las había contratado y las protegía.

En ocasiones, León Leonidovich se sentía tan oprimido, que le parecía imposible trabajar aquí un solo día más y entonces se decía que no había otro recurso que romper con todo y marcharse. ¿Pero marcharse a dónde? En todas partes habría un médico principal, acaso todavía peor que éste; en todas partes habría unas inepticias monumentales, holgazanes en vez de trabajadores. Distinto hubiera sido asumir él mismo la dirección de una clínica y, por originalidad, establecerlo todo sobre una base estrictamente utilitaria: obrar de modo que trabajen todos los que figuran en la lista del personal y que sólo se acepten para trabajar los que se necesitan. Mas León Leonidovich no era de esos a quienes se les confía la dirección de una clínica, de no ser realmente muy lejos; y, procedente de Moscú, ya esto le parecía suficiente alejamiento.

Por otra parte, la función de director en sí no lo tentaba en lo más mínimo. Sabía que era difícil tener libertad de acción cuando se estaba en el papel de administrador. Además, había habido en su vida un período en que vio de cerca a individuos en desgracia, a través de los cuales conoció la vanidad del poder: había visto generales de división que soñaban con llegar a ser ordenanzas, y fue él mismo quien sacó del basural al hombre que lo iniciara en la práctica de su oficio, el cirujano Koriakov.

A veces, por el contrario, las cosas se suavizaban, se allanaban, y a León Leonidovich le parecía que aún eran tolerables y que no había que marcharse. Y entonces, por el contrario, empezaba a temer que los suplantarán a él mismo, a la Dontsov y a la Gangart, y a decirse que ciertamente acabarían por llegar a eso; que de año en año la situación no iría simplificándose, sino más bien complicándose. Ahora bien, él ya no soportaba con tanta facilidad las vicisitudes de la existencia: al fin y al cabo, andaba en los cuarenta y ahora su cuerpo exigía comodidad y estabilidad.

En general, se hallaba un tanto perplejo ante su propio porvenir. Se preguntaba si debía hacer una zambullida heroica o, por el contrario, nadar plácidamente, al capricho de las olas. El trabajo serio, para él, había comenzado en otra parte y de otro modo: había tenido, en sus comienzos, una notable envergadura. Un año hubo en que se halló a sólo pocos metros del Premio Stalin. Y de repente, a fuerza de presionar y apresurarse, todo su Instituto se tambaleó y debió constatar que ni siquiera había sustentado su tesis complementaria previa al doctorado. Fue en cierto modo fruto de las lecciones de Koriakov: "¡Trabaje! ¡trabaje! Una tesis siempre tendrá tiempo de escribirla". "Tendrá tiempo", pero ¿cuándo?

¿O bien había que mandar la tesis al diablo?

No deseando, empero, evidenciar en su rostro la desaprobación que le inspiraba el médico principal, León Leonidovich fruncía el ceño y parecía escuchar. Tanto más cuanto que le proponían practicar, al mes siguiente, su

primera operación a la caja torácica.

No obstante, todo tiene fin, y la reunión terminó. Y saliendo de la sala unos tras otros, los cirujanos se juntaron en el rellano del vestíbulo de arriba. Y siempre con las manos sobre el abdomen, deslizados los dedos debajo del cinturón, León Leonidovich, semejante a un general desapacible y distraído, partió a hacer su gran visita, llevándose consigo a Eugenia Ustinov, fina cual un junco a pesar de sus canas; a Jalmujamedov, con sus rizos tumultuosos; a la obesa Pantiojin, a la pelirroja Angelina y a dos enfermeras.

Había visitas rápidas los días en que el trabajo no podía esperar. Ese día también habrían debido apresurarse, mas el empleo del tiempo preveía una lenta visita general, sin omitir ni una sola de las camas "quirúrgicas". Y los siete entraban lentamente a cada sala, se sumergían en el ambiente limitado donde las mezclas farmacéuticas, el poco entusiasmo de los pacientes por la ventilación y los pacientes mismos, hacían flotar un olor a encierro; se estrechaban y apartaban, en los angostos pasillos entre los lechos, para dejar pasarse unos a otros; luego miraban por encima del hombro de los que estaban delante. Y reunidos en círculo alrededor de cada lecho, debían, en uno, tres o cinco minutos, sumergirse en los padecimientos de cada enfermo, como se habían sumergido ya en la atmósfera encerrada de todos ellos; en sus dolores y en sus sentimientos y en su anamnesia, en su historia clínica y en la evolución de su tratamiento, y en su estado de hoy, y en todo cuanto la teoría y la práctica los autorizaban a hacer en seguida.

Y si hubieran sido menos numerosos; si cada uno de ellos hubiese sido el mejor en su oficio, en vez de ser solamente un ganapán; de no haber habido treinta pacientes por médico ni haber tenido que preocuparse de lo que se requería escribir -de la manera más cómoda de hacerlo- en aquella prueba convincente que era la historia clínica; si no hubieran sido también personas, es decir, seres vivientes, con piel y huesos, memoria e intenciones, aliviados de pensar que a ellos no los aquejaban esos dolores..., entonces, quizás no se habrían podido inventar soluciones mejores que esta visita.

Mas León Leonidovich sabía que no se cumplían todas esas condiciones y que, sin embargo, no se podía suprimir la visita ni reemplazarla por otra cosa. Por eso, dirigía a toda su gente según las normas establecidas y, entornando los párpados (uno más que el otro), escuchaba dócilmente lo que el médico tratante le decía de cada enfermo (no de memoria, desde luego, sino consultando su carpeta): de dónde venía, cuándo ingresó al hospital (en el caso de los antiguos, esto se sabía desde hacía mucho tiempo) y por qué razón; a qué tratamiento se lo sometía, en qué dosis; cómo estaba su sangre; si ya se había resuelto operarlo, qué lo impedía, o bien si la cosa aún no estaba decidida. El escuchaba, a menudo se sentaba en la cama del paciente, le pedía a veces descubrirse la parte afectada, lo examinaba, lo palpaba, después de lo cual volvía a subir él mismo el cobertor, a menos que les propusiera a los demás médicos palpar también.

Una visita así no permitía resolver los casos verdaderamente difíciles..., para eso había que convocar al enfermo y examinarlo a solas. Tampoco era posible decirlo todo, llamar las cosas por su nombre y, por ende,

ponerse de acuerdo unos con otros. Inclusive, no se podía decir de un paciente que su estado había empeorado; cuando más, se podía decir que "el proceso se había acentuado". No designaban las cosas sino mediante alusiones remotas, en clave (a veces hasta de segundo grado), o diciendo lo contrario de lo que era. No sólo nadie había pronunciado jamás las palabras "cáncer" o "sarcoma", sino que ya no se pronunciaban sinónimos ni abreviaciones tales como "carcinoma", "c-r", "s-e", que los enfermos habían terminado por entender a medias. En su reemplazo, se decía algo totalmente inofensivo, como "úlceras", "gastritis", "inflamación", "pólipos" y era preciso esperar el término de la visita para que cada cual pudiese explicar claramente qué entendía por tal. De todos modos, para llegar a entenderse, estaba permitido decir cosas tales como "la sombra mediastinal se ha extendido", o "timpanitis", o "el caso no se presta a la resección", o "no se excluye el desenlace letal" (lo cual significaba: siempre que no muera en la mesa de operaciones). Cuando estaba realmente falto de expresiones, León Leonidovich decía:

--Separe la historia clínica.

Y continuaban la visita.

Mientras menos lograban, en el curso de semejante visita, entender la enfermedad, comprenderse entre ellos y ponerse de acuerdo, más importancia atribuía León Leonidovich a todo cuanto podía reanimar al paciente. Hasta empezaba a ver en esa reanimación el objetivo principal de la visita.

-Status ídem -le dijeron. (Esto significaba que el estado de la enferma era estacionario.)

-¿Ah, sí? -exclamó él, con aire regocijado. Y hasta se apresuró a comprobarlo con la propia paciente--. ¿Se siente un poco mejor?

-A fe mía que sí. -la enferma, un tanto sorprendida, no dijo que no. No lo había notado, pero si lo decían los médicos, era cierto, sin duda.

-¿No ve? Poco a poco, terminará por reponerse.

Otro paciente se desesperaba.

-¡Oiga! ¿Por qué me duele tanto la columna vertebral? ¿Quizás sea otro tumor?

-Pero si no... o -dijo León Leonidovich, sonriendo y alargando las sílabas-. Es un fenómeno secundario.

(Decía bien: por cierto que la metástasis era un fenómeno secundario.)

A la cabecera de un enfermo de facciones terriblemente alteradas, de faz terrosa y cadavérica y cuyos labios apenas se movían, le dijeron:

-El paciente recibe un tónico y un analgésico.

Dicho en otras palabras: se acabó, demasiado tarde para medicarlo; nada que hacer; todo cuanto se puede hacer es aliviar lo más posible sus dolores.

Y entonces, acercando sus gruesas cejas como decidiéndose a una explicación penosa, León Leonidovich reveló:

-Oiga, abuelo, hablemos con franqueza, a cartas vueltas: todo lo que usted siente es una reacción al tratamiento que se le aplicó hasta ahora. Pero no debemos perder la cabeza: quédese en cama tranquilo y nosotros lo sanaremos. Así reposa; en apariencia, no se le hace nada especial, pero estamos ayudándole

a su organismo a defenderse.

Y el paciente condenado asintió con la cabeza. Lejos de serie fatal, la franqueza encendió en él una esperanza.

-Una formación tumoral de tal o cual tipo en la región ilíaca -le decían a León Leonidovich, al mismo tiempo que le mostraban la radiografía. Examinaba a la luz la transparencia turbia y negruzca de la placa e inclinaba la cabeza, aprobando.

-¡Muy, muy buena placa! ¡Muy, muy buena!

Y el enfermo recobraba el ánimo: ¡su estado no era solamente bueno, sino muy, muy bueno!

Ahora bien, si la placa era muy buena, era porque dispensaba de tomar otra, mostrando en forma indiscutible las dimensiones y los límites del tumor.

Así, durante hora y media, tiempo que demoraba la visita general, el jefe del Servicio Quirúrgico decía algo distinto de lo que pensaba, cuidaba de que su tono no expresara sus sentimientos y, al mismo tiempo, de que los médicos tratantes tomaran notas exactas para la historia clínica, aquel legajo de pliegos de cartulina llenados a mano, atascando la pluma, que más tarde podría servir para llevar ante la justicia a cualquiera de ellos. Nunca volvía bruscamente la cabeza, nunca los miraba con aire inquieto, y en su expresión, que respiraba llaneza y aburrimento, veían los pacientes que sus enfermedades eran de lo más banales y conocidas y que no las había realmente graves.

Cansado de esta comedia que estaba representando desde hacía una hora y media, mientras como médico seguía reflexionando seriamente, León Leonidovich plegaba y desplegabla la frente para relajarse. . . .

Mas una vieja se quejó de que no la habían auscultado mucho tiempo, y él la auscultó.

Y un viejo declaró:

-¡Bien! ¡Yo voy a decirle algo!

Y se puso a exponer, en forma harto embrollada, cómo entendía él mismo el origen y la evolución de sus dolores. León Leonidovich le escuchó con paciencia y hasta inclinó la cabeza en señal de aprobación.

-¿Usted también iba a decir algo? -concluyó el viejo.

El cirujano sonrió:

-¿Qué quiere que le diga? Nuestros intereses coinciden. Usted desea sanar y nosotros deseamos sanarlo. Sigamos, pues, actuando de acuerdo.

Cuando hablaba con uzbekos, sabía decirles en su idioma las frases más sencillas. Pasando ante una mujer de lentes que parecía ser persona muy instruida, hasta el punto de resultar molesto verla en bata sobre una cama de hospital, renunció a examinarla en público. A un niño que se hallaba junto a su madre, le dio la mano con seriedad. A un niño de siete años le propinó un papirotazo en el vientre y ambos se echaron a reír.

Solamente una institutriz que le exigió llamar en consulta a un neurólogo se acarreo una respuesta no del todo cortés.

Cabe agregar que fue en la última sala, de donde salió fatigado, como después de una buena operación. Declaró:

-Cinco minutos de recreo.

Y con Eugenia Ustinov encendieron sendos cigarrillos, con tanta prisa que hubiérase podido creer que no otro había sido el objeto de toda la visita (y no obstante, ellos les decían a los pacientes, con severidad, que el tabaco era cancerígeno y absolutamente contraindicado).

Luego fueron todos a sentarse en una salita, en torno a una mesa común, y de nuevo se oyeron los nombres pronunciados un momento antes; pero la imagen de una mejoría y una curación generales que un observador poco experto pudiera haberse formado durante la visita, no tardó aquí en desintegrarse y caer hecha pedazos. Fulano era inoperable y se le aplicaba radioterapia sintomática, esto es, destinada a eliminar los dolores, pero sin ninguna esperanza de curación. El chico a quien León Leonidovich le estrechaba la mano era incurable, con un cáncer en vías de generalizarse, y no era sino la insistencia de sus padres lo que obligaba a conservarlo por algún tiempo más en el hospital. A propósito de la vieja que insistiera en ser auscultada, León Leonidovich declaró:

-Tiene sesenta y ocho años. Si la curamos con rayos X, puede que logremos hacerla durar hasta los setenta. Si la operamos, no tiene ni un año de vida. ¿Qué opina usted, Eugenia Ustinov?

Cuando un fanático del bisturí como León Leonidovich estaba dispuesto a renunciar a usarlo, Eugenia Ustinov no iba a contradecirlo.

En realidad, León Leonidovich no era un fanático del bisturí. Era un escéptico. Sabía que ningún instrumento permitía ver tan claro como el ojo desnudo. Y que nada cortaba tan limpiamente, como el bisturí.

Con respecto al paciente que, no queriendo decidir solo la operación, pidiera aconsejarse con los suyos, León Leonidovich dijo ahora:

-Sus padres están en el otro extremo del país. De aquí a que se pongan en contacto, de aquí a que lleguen..., y vaya uno a saber qué dirán..., él estará muerto. Es preciso convencerlo y ponerlo sobre la mesa, no mañana, sino la próxima vez. Hay un gran riesgo que correr, por supuesto. Una vez que hayamos visto la cosa de cerca, puede que volvamos a coserle sin hacer nada.

-¿Y si muere sobre la mesa? --preguntó Jalmujamedov, con aire tan importante que hubiérase dicho que era él quien asumía el riesgo. León Leonidovich agitó sus largas cejas de forma complicada que se le juntaban más arriba de la nariz:

-No es sino una hipótesis, mientras que si no intervenimos, es una certidumbre. -Meditó-. Por el momento tenemos un excelente índice de mortalidad, podemos aventurar el golpe.

Preguntaba, cada vez:

-¿Hay otra opinión?

Mas la única opinión que contaba para él era la de Eugenia Ustinov. Y por diferentes que fuesen sus experiencias, sus edades y caracteres, casi siempre coincidían sus opiniones, prueba de que a las personas sensatas no les cuesta nada entenderse.

-Y esa rubia -preguntó León Leonidovich-, ¿de veras no hay nada que hacer por ella, Eugenia Ustinov? ¿Es indispensable extirpar?

-Nada. Indispensable-dijo Eugenia Ustinov, apretando sus labios

sinuosos y pintados-. ¡Hasta requerirá después una buena dosis de radioterapia!

-¡Qué lástima! -suspiró de repente León Leonidovich y bajó la cabeza en declive, de coronilla echada para atrás bajo su gorro ridículo. Examinándose las uñas y pasando su gran pulgar por los otros cuatro dedos, masculló-: ¡Tan jóvenes, parte el corazón cortarlos! Da la impresión de obrar contra natura. - Volvió a pasar la yema del índice por el contorno de la uña del pulgar. De todas maneras, no había nada que hacer. Y alzó la cabeza- Sí, camaradas. ¿Comprendieron lo que tiene Shulubin?

-¿Cáncer al recto? -interrogó la Pantiojin.

--Cáncer al recto, sí; ¿pero saben cómo se descubrió? Ahí tienen nuestra propaganda anticancerosa; ahí tienen nuestros centros de detección del cáncer. Oreshchenkov lo dijo muy acertadamente, en ocasión de una conferencia: ¡el médico que rehuye introducir su dedo en el recto del paciente no es un médico! ¡Qué descuidado está todo entre nosotros! Shulubin se arrastró de dispensario en dispensario, quejándose de necesidades frecuentes, de hemorragias, luego de dolores, y le hicieron todos los análisis, todos los exámenes, menos el más sencillo: ¡tocar con el dedo! Lo atendieron de disentería, de hemorroides, sin resultado. Y después, un buen día, leyó en un dispensario un cartel de propaganda anticancerosa y lo adivinó todo. ¡Y él mismo se encontró el tumor, palpando! Los médicos pudieron haberlo hecho seis meses antes, ¿no?

-¿Y está muy adentro?

-Estaba a siete centímetros, justo detrás del esfínter. Todavía se habría podido perfectamente conservar el músculo, ¡y se salvaba a un hombre! Ahora, el esfínter está afectado: vendrá la amputación regresiva, habrá por consiguiente incontinencia intestinal, será preciso hacer una derivación del ano..., ¿comprenden qué vida?.. Es un buen viejo...

Se pusieron a preparar la lista de operaciones del día siguiente. Anotaron a qué enfermos había que medicinar previamente, a cuáles hacer bañarse, a cuáles preparar y cómo.

-A Chaly casi no vale la pena medicinarlo -dijo León Leonidovich-. Un cáncer al estómago y, con eso, un ánimo como no se ve.

(¡Si hubiera sabido que, a la mañana siguiente, Chaly iba a premedicinarse él mismo con su frasco de alcohol!)

Repartieron los ayudantes, designaron a los encargados de controlar la sangre. De nuevo -no había medio de proceder de otro modo- era Angelina quien debía ayudarle a León Leonidovich. Mañana, pues, estaría de nuevo frente a él, mientras a su lado se afanaría la enfermera de la sala de operaciones; y en lugar de consagrarse a su tarea, Angelina se llevaría espionando su conducta para con la enfermera. Una chiflada, ésta también: ni siquiera se le podía preguntar si su gasa estaba realmente esterilizada o no; y, sin embargo, de eso era de lo que dependía el éxito de la operación... ¡Malditas mujeres! No obstante, hay una regla masculina muy sencilla, que ellas deberían conocer: allí donde se está trabajando, nada de eso...

Los padres mal inspirados que le pusieran Angelina a su recién nacida no se imaginaban qué demonio sería ella al crecer. León Leonidovich le

echaba miradas de reojo a su lindo hociquito de zorro y le daban ganas de decirle, en tono conciliador:

"Escuche, Angelina..., o Ángela, como prefiera: a usted, después de todo, no le falta capacidad, lejos de eso. Si en vez de emplearla en buscarse marido la aplicara a la cirugía, podría obtener excelentes resultados. Oiga, no podemos reñir de veras, estamos a uno y otro lado de una misma mesa de operaciones....

Más ella habría comprendido que lo tenía agotado su campaña de hostigamiento y que se rendía.

También hubiera deseado contar en detalle el juicio de la víspera. Pero, aunque ya le había dicho algunas palabras a Eugenia Ustinov mientras encendían sus cigarrillos, la idea de hablarles de eso a estos compañeros de trabajo no le era nada grata.

Y apenas concluida su reunión, León Leonidovich se levantó, encendió un cigarrillo y, con grandes gestos de sus brazos demasiado largos, hendiendo el aire con su pecho modelado en blanco, se metió a zancadas al corredor que llevaba a donde los radiólogos. Era a Vera Gangart a quien deseaba contárselo todo, la encontró en la sala, cerca de los aparatos de radioterapia profunda, sentada con la Dontsov ante una mesa cubierta de papeles.

-¡Es hora de almorzar! --anunció-. ¡Denme una silla! -y corriendo una silla hasta debajo de él, se sentó. Estaba de ánimo para charlar alegre y francamente, mas observó-: Ustedes no están nada amables conmigo esta mañana.

La Dontsov sonrió, haciendo girar en su dedo sus grandes anteojos de cuerno.

-Por el contrario, yo no sé qué inventar para serle agradable. ¿Querría usted operarme?

-¿A usted? ¡En jamás de los jamases!

-¿Por qué?

-Porque si la infecto, dirán que fue de envidia, porque su Servicio tenía mejores resultados que el mío.

-No estoy bromeando, León Leonidovich, hablo en serio.

Difícil era, en verdad, imaginarse a Ludmila Afanasiev bromeando. Vera parecía triste, tensa; se estaba sentada con los hombros encogidos, cual si tuviese un poco de frío.

-Vamos a examinar a Ludmila Afanasiev uno de estos días, León. Figúrese que ya lleva algún tiempo sufriendo del estómago, sin decir nada. ¡Y se dice canceróloga!

-Y, claro, ya coleccionó todos los síntomas del cáncer, ¿eh? -León Leonidovich arqueó sus asombrosas cejas, que le tachaban la frente de una sien a la otra. En la conversación más banal, donde no había nada divertido, siempre parecía estar burlándose de algo, sin que se supiera de qué.

-No todos aún -reconoció la Dontsov.

-Y bien, ¿cuáles, por ejemplo? -Ella los enumeró-. Es poco- concluyó León Leonidovich-. Que Vera, aquí presente, firme el diagnóstico y entonces hablaremos. Pronto tendré mi clínica propia y le quitaré a Vera como

especialista en diagnóstico. ¿Me la da?

-¿A Vera? ¡Nunca! ¡Tome a otra!

-No quiero otra: ¡o Vera o nadie! ¿Cree, por ventura, que voy a operarla gratis?

Sonreía y bromeaba, al mismo tiempo que aspiraba las últimas bocanadas de su cigarrillo; pero en el fondo estaba reflexionando seriamente. Como decía, de nuevo el mismo Koriakov: ¡Si la juventud supiera, si la vejez pudiera! Mas Vera Gangart -como él mismo- se hallaba ahora en esa edad óptima en que ya ha madurado la espiga de la experiencia, conservando todavía incólumes sus fuerzas. El la había visto, joven interna, convertirse en una diagnosticadora tan perspicaz que le inspiraba tanta confianza como la Dontsov en persona. Los diagnosticadores como ella son un completo reposo para el cirujano, aun para el escéptico. El único engorro es que en las mujeres dura esa edad aun menos que en los hombres.

-¿Tienes un bocadillo? -le preguntó a Vera-. De todas maneras, tú no vas a comértelo y te verás obligada a llevártelo de vuelta a casa. Dámelo, pues.

Y bromas o no, vio efectivamente aparecer sándwiches de queso que se puso a comer y hasta llegó a ofrecerles a las dos mujeres:

-¡Pero sírvanse también, vamos!... Pues bien, ayer estuve en el tribunal. Ustedes debieron haber ido, ¡fue edificante! Era en el local de la escuela. Había no mucho menos de cuatrocientas personas; eso le interesa a la gente, imagínense... En dos palabras, éste fue el asunto: Hay que operar a un chiquillo a causa de sus grandes dificultades para defecar: un vólvulo. Se efectúa la operación. El niño sigue vivo durante varios días; hasta empieza a jugar, está comprobado. Y de repente, una nueva oclusión parcial y sobreviene la muerte. Se hace un sumario; durante ocho meses, molestan a ese pobre cirujano..., imagínense en qué condiciones debe operar durante todo ese tiempo. Para el proceso, hacen venir a gente del Servicio Municipal de Sanidad, al cirujano principal de la ciudad, a un fiscal de la Escuela de Medicina..., ¿se dan cuenta? Y vamos, pues: ¡negligencia criminal! Traen de testigos a los padres... ¡Lindos testigos! Hablan de un edredón atravesado y otras pamplinas. Y nuestros conciudadanos, la masa, con los ojos desorbitados: en todo caso, ¡qué crápulas, esos médicos! Entre la concurrencia, estamos cierto número de médicos que comprendemos toda la necedad del asunto y vemos el ineluctable engranaje: pues al fin y al cabo es a nosotros mismos a quienes llevan al banquillo, hoy a ti, mañana a mí. Y nos callamos. Yo mismo, de no haber venido llegando de Moscú, sin duda habría callado como los demás. Pero con esos dos meses en Moscú todavía frescos, las cosas ya no tienen iguales proporciones y allí donde uno veía rejas de fierro fundido ya no encuentra sino vallas de madera podrida. Entonces eché mi discurso.

--¿Se podía tomar la palabra?

-Sí, era una especie de debate. Yo les dije: ¿No les da vergüenza armar todo este espectáculo? (¡Textualmente! Me hice llamar al orden: "¡Se le retira la palabra!") ¿Están seguros de que un error judicial no se produce tan fácilmente como un error médico? ¡Todo este asunto exige un sumario científico, y no judicial! No había que reunir sino a médicos, para un examen



científico autorizado. Nosotros, los cirujanos, todos los martes y todos los viernes afrontamos un riesgo, ¡atravesamos un campo minado! Y nuestra labor entera se funda en la confianza: ¡una madre debe confiarnos su hijo, y no venir a testimoniar en contra de nosotros y ante un tribunal! -De nuevo lo dominó la emoción y le tembló la voz en la garganta. Olvidó el sándwich que empezara a morder y, rasgando la cajetilla de cigarrillos medio vacía, sacó uno y lo encendió-. Y además, ¡suerte que el cirujano era ruso! Si hubiera sido alemán o, vaya, **jjudio** -y estiró los labios, liquidando la "j"-, ¡entonces no quedaba otra cosa que colgarlo, a toda prisa! Me aplaudieron. Pero ¿cómo pueden callarse? Cuando tiran el nudo corredizo, hay que cortar la cuerda, ¡a toda prisa!

Vera, conmovida, escuchaba este relato sacudiendo suavemente la cabeza. Su mirada estaba llena de una atención inteligente y comprensiva, que precisamente hacía que a León Leonidovich le gustara contárselo todo. En cuanto a Ludmila Afanasiev, escuchaba con aire perplejo y, concluido el relato, sacudió su voluminosa cabeza de corto cabello gris:

-¡Y yo no estoy de acuerdo! ¿Cree usted posible, pues, que a nosotros, los médicos nos hablen de otro modo? Aquí vuelven a coser el abdomen de un enfermo olvidando una toallita en su interior; allá, le inyectan suero fisiológico en vez de novocaína; en otra parte, insensibilizan las piernas metiéndolas en yeso; en otro lugar más, dan diez veces la dosis prescrita, por error. ¡Se equivocan de grupo sanguíneo al hacer una transfusión! Provocan quemaduras. ¿Qué otro lenguaje hacernos oír? ¡Es necesario que nos tiren las orejas, como a niños!

-¡Usted me confunde, Ludmila Afanasiev! -exclamó León Leonidovich, alzando su manaza abierta a la altura del rostro, como defendiéndose-. Cómo puede decir eso, ¡usted! Comprenda que ésa es una cuestión que no atañe solamente a la medicina. ¡Es una lucha que compromete el carácter mismo de nuestra sociedad!

-Esto es lo que habría que hacer. Esto es lo, que habría que hacer... -dijo Vera, tratando de reconciliarlos y de cogerles los brazos gesticulantes-. Por supuesto, hay que aumentar la responsabilidad de los médicos, pero rebajando sus tareas en la mitad, en dos tercios. Nueve pacientes por hora en las consultas del dispensario, ¿es concebible? Hay que darles la posibilidad de conversar tranquilamente con los enfermos, de reflexionar con calma. En cuanto a las operaciones, ¡una sola al día por cirujano, y no tres!

Mas Ludmila Afanasiev y León Leonidovich no querían cejar y seguían gritando. Vera logró, empero, calmarlos y preguntó:

-¿Y cómo terminó eso?

León Leonidovich relajó el ceño y sonrió:

-¡Lo salvamos! Todo el proceso se fue al agua, solamente se le reconoció culpable de haber llevado mal la historia clínica. Pero esperen, ¡eso no es todo! Después del veredicto le conceden la palabra al representante del Servicio de Sanidad, ustedes lo ven desde aquí "Educamos mal a nuestros médicos, educamos mal a nuestros pacientes, no hay bastantes reuniones sindicales". Luego, para concluir, le ceden la palabra al cirujano principal de la ciudad. Y ¿qué conclusiones creen que sacó de todo eso? ¿Qué fue lo que eso lo

hizo comprender? "Juzgar a los médicos", nos declara, "¡qué acertada iniciativa, camaradas, una iniciativa excelente!"

## CAPITULO XXVII

### INTERESANTE? SEGUN PARA QUIEN...

Fue en un día de trabajo enteramente igual a los demás, en el momento de una visita diaria de rutina: Vera Korniliev iba sola a ver a sus pacientes y en el vestíbulo de arriba se le reunió una enfermera.

Esta enfermera era Zoe.

Permanecieron algunos instantes junto a Sigbatov; mas, siendo Ludmila Afanasiev quien adoptaba personalmente todas las decisiones relativas a este enfermo, no se demoraron con él y entraron a la sala.

Eran de idéntica talla: los labios, los ojos, la toca blanca, todo quedaba a la misma altura. Pero como Zoe era mucho más corpulenta, también parecía más grande. Se podía imaginar que, dentro de dos años, cuando a su vez llegara a ser médica, tendría un aspecto más imponente que Vera Korniliev.

Empezaron por la otra hilera y Oleg no les veía sino la espalda, el moñito castaño oscuro que sobresalía de la toca de Vera Korniliev y los rizos de oro debajo de la de Zoe.

Toda esa hilera la componían hoy enfermos tratados por los rayos, de modo que avanzaban con lentitud: Vera Korniliev se sentaba al lado de cada enfermo, lo examinaba, hablaba con él.

A Ajmadyan, después de haberle examinado la piel y revisado todas las cifras indicadas en la historia clínica y en el último análisis de sangre, le dijo Vera Korniliev:

-Bueno, pronto podremos interrumpir los rayos. ¡Vas a poder regresar a casa! -Radiante, Ajmadyan sonrió con todos sus blancos dientes-. ¿Dónde vives?

-En Karabair.

-Pues bien, volverás allá.

-¿Estoy curado? -preguntó Ajmadyan, animado.

-Estás curado.

-¿Completamente?

-Por el momento, completamente.

-¿Ya no volveré acá, entonces?

-Volverás dentro de seis meses.

-¿Para qué, si es completamente?

-Para examinarte.

Recorrió así toda la fila, dándole la espalda a Oleg, sin mirar ni una sola vez en dirección a él. Zoe no echó una mirada hacia su rincón más que una vez, muy brevemente.

Junto a Vadim hizo Vera Korniliev un alto prolongado. Le examinó la pierna y le palpó la ingle, las dos ingles, luego el vientre y las cavidades ilíacas, preguntándole al mismo tiempo cada vez lo que sentía; le hizo otra pregunta más, nueva para él: qué sentía después de haber comido, después de haber comido diferentes cosas.

Vadim parecía concentrado; ella formulaba sus preguntas en voz baja y él contestaba en igual forma. Cuando, inopinadamente, comenzó a palparle la cavidad ilíaca derecha y a interrogarlo acerca de lo que comía, él le preguntó:

-¿Es el hígado el que está examinando? -Recordó que su madre, antes de marcharse, le había palpado la misma parte, como al descuido.

-A él le gustaría saberlo todo -dijo Vera Korniliev, sacudiendo la cabeza-. ¡En nuestros días, los pacientes se han vuelto tan instruidos que pronto habrá que cederles el blusón blanco!

Con la cabeza puesta de plano sobre la blanca almohada, con su tez bronceada tirando a amarilla y su pelo de azabache, Vadim fijó en la doctora una mirada severa y penetrante, como esos adolescentes que se ven en los iconos.

-Yo entiendo, ¿sabe? -dijo en voz baja-. He leído de qué se trata.

Lo dijo con tan poca insistencia, sin parecer exigir, que Vera se avino de inmediato a concordar con él y le explicó todo; que se confundió, no supo qué decir y se quedó sentada en su cama como una culpable. El era joven y buen mozo, tal vez muy bien dotado, y le recordaba a un joven que conociera en otro tiempo, en una familia vecina de la suya: había tenido una larga agonía, conservándose plenamente consciente, y los médicos no sabían qué hacer para ayudarlo; y fue precisamente por él por quien Vera, que entonces no era más que una alumna de quinto año, renunció a hacerse ingeniera y decidió cursar medicina.

Y he aquí que tampoco podía hacer nada por él.

En una vasija colocada en el alféizar, cerca de Vadim, había una infusión café obscura de "chaga", que los otros enfermos venían a mirar con envidia.

-¿La toma usted?

-Sí. -Vera Gangart no creía en el "chaga"; a decir verdad, nunca antes lo había oído mencionar; pero al menos la cosa era inofensiva, no como la raíz del lago Isyk-Kul. Y si el paciente creía en él, no se requería más para que fuese beneficioso.

-Y con el oro radiactivo, ¿en qué están?

-En todo caso, siguen prometiéndomelo. Tal vez uno de estos días... -dijo, siempre tan dueño de sí y tan sombrío-. Sólo que parece que no me lo darán directamente, sino que lo mandarán por la vía administrativa. Dígame -miró a Vera Gangart de lleno a los ojos, con aire exigente-, si eso llega dentro, de... dos semanas, ya habrá metástasis en el hígado, ¿no es cierto?

-¡Claro que no, ni lo piense! ¡Por supuesto que no! -aseguró Vera Gangart, mintiendo con mucha seguridad y vehemencia. ..Y convenciéndolo, al parecer-. Si quiere saberlo, esas cosas demoran meses.

(Pero entonces, ¿para qué palparle las cavidades ilíacas? ¿Para qué

preguntarle cómo le caían los alimentos?)

Vadim estaba tentado de creerle.

Si lo creía, las cosas se hacían más fáciles...

Mientras Vera estaba sentada en la cama de Vadim, Zoe, por no tener qué hacer, volvió la cabeza y paulatinamente miró primero con el rabillo del ojo el libro que Oleg pusiera en la ventana, luego le lanzó al propio Oleg una mirada inquisitiva. Mas ¿qué preguntaba ella? Sus ojos interrogadores, de cejas levantadas, tenían un aspecto encantador, pero la mirada de Oleg permaneció vacua y no respondió. En general, durante las visitas, siempre hallaba ella un momento en que él sólo podía verle los ojos y entonces le enviaba verdaderos mensajes en Morse, breves destellos de alegría que se encendían en sus ojos, centellas, saludos. Pero en estos últimos tiempos, las centellas-guiones parecían haber desaparecido y las centellas-puntos eran menos numerosas.

Oleg estaba enojado con Zoe; le guardaba rencor por esos pocos días en que se sintiera tan atraído por ella y le suplicara ceder, le suplicara en vano. Luego, en las noches siguientes, cuando ella estaba de guardia, mientras sus labios y sus manos volvían a hacer lo que habían hecho en los días precedentes, ya no sentía lo mismo, tenía la impresión de estar excitándose en demasía. Después dejó de ir a verla y dormía mientras ella estaba de turno. Y ahora que todo eso había terminado, no entendía qué necesidad tenía ella de prolongar el juego con miraditas. Esto era lo que quería decirle, con su calmadísima mirada. No, decididamente: para jugar a ese juego, se sentía un poco demasiado viejo.

Se preparó para el examen detallado, que estaba previsto para hoy, sacándose la chaqueta del pijama y disponiéndose a quitarse la camiseta.

Pero Vera Korniliev, habiendo concluido de examinar a Zatsyrko, mientras se enjugaba las manos y volvía la cara hacia Kostoglotov, lejos de invitarlo a hacer un relato detallado y de sentarse para eso en su cama, no le lanzó sino una mirada 'fugaz, apenas suficiente para indicar que ahora iba a ocuparse de él. No obstante, esa mirada bastó para mostrarle cuánto desapego expresaban ahora sus ojos. Aquella luminosidad, aquel gozo especial, que emanaban de ellos el día de la transfusión, e incluso aquella benevolencia afectuosa que expresaban antes, y hasta esa simpatía solícita que encontrara aun antes en ellos, todo eso había desaparecido como por encanto. Ahora sus ojos se habían vaciado.

-Kostoglotov -consignó la Gangart, mirando más bien para el lado de Rusanov-. Idéntico tratamiento. Es curioso -dijo, mirando a Zoe-, la reacción a la hormonoterapia es poco notoria.

Zoe se encogió de hombros.

-Puede que sea una particularidad de su organismo. -Había entendido, sin duda, que la doctora Gangart estaba consultándola a ella, alumna del penúltimo año, como a una colega.

Mas, haciendo caso omiso de la sugerencia de Zoe, la Gangart, que visiblemente no pensaba consultarla, le preguntó: -¿Se le ponen las inyecciones regularmente?

Zoe comprendió en el acto: echó la cabeza levemente para atrás, dilató un poco los ojos y, con esos ojos café amarillento muy abiertos, llenos de

sincero asombro, miró a la doctora directamente a los ojos:

-¿Puede haber la menor duda al respecto?.. Todos los cuidados prescritos, siempre. “-Un poco más, y habría estado ofendida-. En todo caso, cuando yo estoy de turno...

Claro estaba que no cabía preguntarle nada acerca de los otros turnos. Pero ese "en todo caso" lo había pronunciado en una especie de murmullo ininterrumpido y, sabe Dios por qué, fueron precisamente estos sonidos presurosos y precipitados los que le dieron a Vera Gangart la certidumbre de que Zoe estaba mintiendo. Por lo demás, alguien tenía que haberse olvidado de las inyecciones, puesto que no actuaban en debida forma. No podía ser María. No podía ser Olimpiáda Vladislavov. Y durante los turnos de noche de Zoe, como se sabe...

Pero en su mirada atrevida y dispuesta a hacer frente, comprendió Vera Korniliev que ella no podría darle la prueba, ¡qué Zoe había decidido firmemente que no conseguirían demostrárselo! y tales eran la fuerza de resistencia y la resolución de negar que animaban a Zoe, que Vera Korniliev no pudo con ella y bajó la vista.

Así era como la bajaba siempre, cuando pensaba de alguien cosas desagradables.

Bajó los ojos con expresión culpable, mientras Zoe, victoriosa, seguía sometiéndola a la prueba de su mirada franca e indignada.

Zoe triunfaba, pero al mismo tiempo había comprendido que no podía continuar asumiendo ese riesgo: que si llegaba a Interrogarla la Dontsov, y algún paciente, por ejemplo Rusanov, confirmaba que ella no le ponía inyecciones a Kostoglotov, podía ciertamente terminar por perder su puesto en la clínica y por recibir una mala calificación en la Escuela de Medicina.

Un riesgo, ¿y en nombre de qué? En nombre de un juego cuyas posibilidades todas estaban en realidad agotadas, en el que ya no había lances inéditos, que había llegado al final de su rollo. Pues exceder los límites del juego, hacerse destinar a ese ridículo agujero, Ush-Terek, ligar su vida a la de un hombre que... No, verdaderamente era demasiado absurdo, Zoe ni siquiera pensaba en ello. Y clavó en Oleg una mirada que significaba la ruptura, la ruptura del contrato en virtud del cual se comprometiera a no ponerle inyecciones.

Oleg por su parte, vio claramente que Vera no quería ni mirarlo, mas no acertaba a comprender por qué, por qué en forma tan repentina. Aparentemente, no había pasado nada. Y no había habido ninguna transición. Cierto era que ayer se había apartado de él en el vestíbulo, pero en eso no había visto él más que una casualidad.

¡Ah, estos caracteres de mujer, he ahí algo que él había olvidado por completo! Con ellas siempre es así: ¡un soplo, y todo se esfuma! Los hombres son los únicos con quienes se puede tener relaciones duraderas, estables, normales.

Hasta Zoe, he aquí que con un aleteo de pestañas le hacía reproches. Había claudicado. Y si empezaba a ponerle sus inyecciones, ¿qué podría seguir habiendo entre ellos, qué misterio podría subsistir?

Mas ¿qué deseaba, pues, la Gangart? ¿Insistía en que le pusieran todas las inyecciones? Pero ¿por qué insistía tanto? ¿No era pagar demasiado caro sus favores? ¡Que se fuera a... otra parte!

Entretanto, Vera Korniliev estaba hablándole a Rusanov con solicitud y cordialidad. Una cordialidad que hacía resaltar especialmente el tono cortante que usara con Oleg.

-Usted ya está muy familiarizado con las inyecciones. Las soporta muy bien, apuesto a que no podrá prescindir más de ellas -dijo, bromeando.

(¡Qué halagadora, querida mía!)

Mientras esperaba que la doctora se le acercara, Rusanov había visto y oído el altercado producido entre la Gangart y Zoe. Bien sabía él, vecino de "Hocicón", que la chica estaba mintiendo por su prenda y que ellos "se entendían". Y si sólo se hubiese tratado de él, sin duda Pablo Nicolaievich se lo habría soplado a los médicos, tal vez no abiertamente, durante la visita, sino por ejemplo en su oficina. Pero, cosa rara, vacilaba en hacerle una cochinada a Zoe: en el mes que llevaban cuidándolo aquí, había comprendido que hasta una enfermerita insignificante podía vengarse cruelmente. Aquí en el hospital había una jerarquía particularísima y, mientras se hallara en él, más valía no echarse encima ni a una simple enfermera, por una bagatela que no le concernía.

Y si "Hocicón", por sandez, renunciaba a sus inyecciones, tanto peor para él. No le quedaba más que reventar, era asunto suyo.

En cuanto a él, Rusanov sabía ahora con certeza que su enfermedad no era mortal. El tumor disminuía rápidamente y todos los días esperaba la visita con satisfacción, para que los médicos se lo confirmaran. De nuevo hoy, Vera Korniliev le había asegurado que el tumor seguía decreciendo y que el tratamiento iba bien: en cuanto a la debilidad y los dolores de cabeza que sentía, se le pasarían con el tiempo. Y ella le haría otra transo fusión.

Ahora, Pablo Nicolaievich concedía gran importancia al testimonio de los enfermos que vieran su tumor desde el comienzo. Aparte de "Hocicón", ya no había en la sala nadie más que Ajmadyan que estuviera en este caso, y también Federau, quien había vuelto en estos días de la sala de pacientes quirúrgicos. A diferencia de lo que ocurriera con Podduiev, su cuello cicatrizaba bien y de una curación a otra, disminuía el grosor del vendaje. Federau ocupaba ahora la cama de Chaly, resultando así ser el segundo vecino de Pablo Nicolaievich.

Por cierto que era en sí una humillación, una afrenta del destino: ¡Rusanov, acostado entre dos relegados! y de haber seguido siendo como era antes de ingresar al hospital, seguramente él lo habría hecho cuestión de principio: en efecto, ¿era posible mezclar así a miembros de la directiva con oscuros elementos socialmente perniciosos? Pero en estas cinco semanas, hostigado por su mal como con la punta de un atizador, Pablo Nicolaievich se había ablandado, simplificado, se puede decir. A "Hocicón" podía darle la espalda y, por lo demás, ahora éste no hacía mucho ruido ni se movía, sino que permanecía siempre acostado. En cuanto a Federau, tratándolo con un poco de indulgencia, era un vecino soportable. Ante todo, se admiraba de la forma en que había decrecido el tumor de Pablo Nicolaievich -en dos tercios- y, a petición de

Rusanov no cesaba de examinarlo y evaluarlo. Era paciente, sin insolencia, y siempre estaba dispuesto a escuchar dócilmente lo que Pablo Nicolaievich le contaba. Este, por razones muy comprensibles, no podía hablar aquí de su trabajo, mas nada le impedía describirle en detalle su departamento, que él quería tiernamente y al que muy pronto iba a regresar. En eso, por lo menos, no había nada secreto y, por supuesto, a Federau le agradaba oír contar lo bien que se podía vivir (y lo bien que vivirían todos algún día). Los méritos de un hombre que había pasado de los cuarenta se podía perfectamente juzgarlos y evaluarlos por su departamento. Y Pablo Nicolaievich contó, incluso en varias ocasiones, cómo estaba arreglada y amoblada su primera pieza, luego la segunda, luego la tercera, a qué se asemejaba su balcón y cómo estaba adornado.

Pablo Nicolaievich tenía una memoria excelente, y con respecto a cada armario, a cada sofá, recordaba perfectamente el momento y el lugar donde lo comprara, su precio y sus ventajas. Y era aun más pródigo en detalles cuando hablaba de su sala de baño, describiendo el embaldosado del suelo y el de las paredes, y los azulejos, y el receptáculo destinado al jabón, y la curva dispuesta para la cabeza, y la llave del agua caliente, y la palanca para la ducha y el sistema contemplado para colgar las toallas. Todo esto no era tan insignificante como pudiera parecer ahí: era lo cotidiano, la existencia; y, como se sabe, la existencia determina la conciencia y es preciso que la existencia sea buena y grata, entonces también será correcta la conciencia. "Mente sana en cuerpo sano", como decía Gorki.

Y el rubio, incoloro Federau escuchaba boquiabierto las historias de Rusanov, sin contradecirlo jamás, hasta aprobando a veces con la cabeza, tanto como se lo permitía su cuello vendado.

Aunque alemán, aunque deportado, aquel taciturno era, en el fondo, muy decente, un vecino de lecho por completo aceptable y con quien era posible entenderse. Por lo demás era, teóricamente miembro del Partido. Con su franqueza habitual, Pablo Nicolaievich le había dicho muy claro:

-El hecho de que lo hayan deportado, Federau, dispensa de la razón de Estado. ¿Comprende?

-Comprendo, comprendo -dijo Federau, tratando de asentir con la cabeza a pesar de la rigidez de su cuello.

-No había cómo proceder de otra manera, ¿no es cierto?

-Por supuesto, por supuesto.

-Todas las medidas, incluyendo la deportación, deben interpretarse correctamente. De todos modos, lo han conservado en el Partido, ¡y eso cuenta!

-¡Y cuánto! ¡Ya lo creo!

-Y dentro del Partido, tampoco antes desempeñaba cargos, ¿no es verdad?

-No.

-¿Siempre ha sido usted simple obrero?

-Sí, siempre mecánico.

-Yo también fui simple obrero en un tiempo, ¡pero vea a dónde he llegado ahora!

Hablaron extensamente de sus hijos y Rusanov se enteró de que la



hija de Federau, Henriette, iba ya en segundo año en la Escuela Normal de la región.

-¡Se da cuenta! -exclamó Pablo Nicolaievich, muy enternecido-. En todo caso, eso cuenta: ¡la hija de un deportado disponiéndose a completar sus estudios superiores! ¿Quién habría podido soñar con eso en la Rusia zarista? ¡Ningún obstáculo, ninguna restricción!

Aquí replicó Federau, por primera vez;

-Es solamente a partir de este año que ya no hay restricciones. Antes se requería una autorización del Resguardo. Y además, los institutos devolvían los antecedentes; rechazada en el concurso, decían. Pero ¡vaya uno a comprobarlo!

-¡Pero la suya está, de todos modos, en segundo año!

-Es que, verá usted, juega bien al básquetbol. Fue por eso por lo que la aceptaron.

-Cualquiera que sea la razón por la cual la aceptaron, hay que ser justo, Federau. Y desde este año, ya no hay restricción alguna.

Al fin de cuentas, Federau era un trabajador agrícola, y a un trabajador industrial como Rusanov le correspondía apadrinarlo. -Ahora, con las resoluciones de la Asamblea Plenaria de enero, les irá a ustedes mucho mejor -le explicó Pablo Nicolaievich con benevolencia.

-Claro, claro.

-Porque la creación de grupos de instructores repartidos por zonas de maestranza agrícola es el eslabón decisivo. Es lo que va a enderezarlo todo.

-Sí, sí.

Pero no era suficiente decir "sí", había que comprender, y Pablo Nicolaievich seguía explicándole a su complaciente vecino, con lujo de detalles, por qué las maestranzas agrícolas se convertirían en verdaderas fortalezas, después de la creación de los grupos de instructores. Comentaron también el llamado del Comité Central de la Komsomol acerca del cultivo del maíz y la forma en que la juventud se aplicaría este año al maíz, lo cual también debía cambiar de manera decisiva todos los datos del problema agrícola. Y además, el periódico del día anterior les había informado que se iba a modificar todo el sistema de planificación agrícola, y esto también constituía largas conversaciones en perspectiva.

En resumidas cuentas, Federau era un vecino formal y a veces Pablo Nicolaievich le leía, sin más ni más, el diario en voz alta, incluso deteniéndose en detalles en los cuales él mismo no habría entrado jamás, de no ser por los ratos de ocio que le dejaba la enfermedad: la declaración que explicaba por qué no era posible firmar un tratado de paz con Austria antes de firmarlo con Alemania; el discurso de Rakosi, en Budapest; la forma en que se empeña el combate contra los vergonzosos acuerdos de París: con qué parsimonia y qué indulgencia culpable juzga Alemania Occidental a los que tuvieron que ver con los campos de concentración. A veces, hasta hacía que Federau aprovechase su exceso de provisiones, dejándole parte de sus platos comunes.

Pero, por más que dialogaran en voz baja, una cosa los molestaba, a pesar suyo: que Shulubin, ese búho inmóvil y taciturno, sentado un poco más

allá en su cama, oía evidentemente 'ladas sus conversaciones. Desde que apareciera aquel hombre, en la sala, ya no fue posible olvidarse de que estaba ahí, mirándolo a uno con sus ojos entorpecidos, de que lo oía todo y tal vez hasta lo desaprobaba, cuando se lo veía pestañear. Su presencia había llegado a ser para Pablo Nicolaievich un peso de todos los instantes. Se había esforzado por hacerlo hablar, por saber qué podía tener en la mente o, al menos, de qué sufría; pero Shulubin no pronunciaba jamás sino algunas frases desapacibles y ni siquiera consideraba útil hablar de su tumor.

Aun sentado, parecía tenso; en vez de estar en reposo como todos, él se atormentaba y esa manera tensa que tenía de estar sentado daba igualmente la impresión de que estaba siempre en guardia. Algunas veces, cansado de esa posición, se levantaba, mas el caminar también le hacía daño: daba algunos pasos renqueando; luego se detenía y se quedaba así media hora, una hora, inmóvil, lo cual también tenía algo de poco común y de deprimente. Además, como Shulubin no podía estarse junto a su lecho -habría obstruido la puerta- ni en el pasillo, donde habría estorbado, había hecho objeto de su preferencia el paño de pared que separaba la ventana de Kostoglotov de la de Zatsyrko. Era allí donde se erguía, centinela hostil, por encima de todo cuanto comía, hacía y decía Pablo Nicolaievich. Con la espalda apoyada apenas en la pared, podía permanecer horas en ese puesto.

Era ahí donde se mantenía aún hoy, después de la visita.

Se hallaba en el cruce de las miradas de Oleg y Vadim, sobresaliendo de la muralla cual un alto relieve.

Por la disposición de sus camas, las miradas de Oleg y Vadim se encontraban a menudo, pero los dos hombres no se hablaban casi. Primero, porque tenían frecuentes náuseas y evitaban cansarse con palabras, inútiles. En segundo lugar, porque Vadim, poniendo coto a toda tentativa de conversación, había advertido:

-Señores: para calentar un vaso de agua hablando, se requieren dos mil años si se habla en voz baja; y setenta años si uno grita. Y esto, suponiendo que el vaso conserve todo el calor. ¿De qué sirven, entonces, todas las charlas?

Y además, puede que sin quererlo hubiesen tenido el uno para el otro frases hirientes. Vadim le había declarado a Oleg: "¡Hay que luchar! No comprendo por qué no luchó usted cuando estaba allá", (Y tenía razón. Mas Oleg aún no se atrevía a contar que sí, que habían luchado.) En cuanto a Oleg, le había dicho a Vadim: "¿Para quién están guardándose su oro, pues? Tu padre dio su vida por la patria; ¿por qué no te lo dan a ti, pues?"

Y él también tenía razón, el propio Vadim lo pensaba y se lo preguntaba cada vez más a menudo. Pero era ofensivo oírlo de labios de otro. Un mes antes, aún podía considerar superfluas las diligencias de su madre y fastidioso recurrir al recuerdo de su padre. Mas ahora, con la pierna cogida en la trampa, se inquietaba, esperaba el telegrama jubiloso de su madre y se decía con ansiedad: ¡Siempre que mamá tenga éxito! Que le salvaran la vida en consideración a los méritos de su padre, le parecía sin duda injusto; pero en cambio era infinitamente justo que se la salvaran en consideración a su propio

talento, del cual nada podían saber, sin embargo, los que repartían el oro. Percibir en si mismo un talento que todavía no ha dado que hablar y que a uno lo lacera, es a la vez un tormento y un deber; morir antes de que haya brotado, antes de que haya hecho explosión como en una violenta descarga, es mucho más trágico que el caso de un hombre corriente, de cualquiera de los enfermos que se encono traban en esta sala.

Si la soledad lo agitaba y lo ponía febril, no era por no tener junto a sí a su madre o a Galia, o por no venir nadie a visitarlo, sino porque ni los que lo rodeaban, ni los que lo atendían, ni aquellos de quienes dependía su salvación, sabían cuánto más importante, mucho más importante, era que la de los otros.

Y eso golpeaba tan fuerte dentro de su cabeza, oscilando de la esperanza a la desesperación, que ya no entendía muy bien lo que leía. A veces, después de haber leído una página entera, se daba cuenta de que no había comprendido, de que su inteligencia se había embotado, de que ya no podía seguir a saltos los pensamientos ajenos, cual una cabra en el flanco de la montaña. Y se inmovilizaba ante su libro, como si continuara su lectura, en circunstancia que ya no estaba leyendo.

Su pierna, y con ella su vida toda, estaba cogida en la trampa.

Permanecía sentado, pues, mientras cerca de él, apoyado en la pared, se mantenía Shulubin, con su sufrimiento, con su silencio. Y Kostoglotov estaba acostado, también silencioso, con la cabeza colgando fuera de su cama.

Así era como, semejantes a las tres cigüeñas de la fábula, podían permanecer mucho tiempo sin decir nada.

Lo raro es que fue nada menos que Shulubin, el más obstinadamente silencioso de los tres, el que le preguntó de repente a Vadim:

-¿Y está seguro de no estar debilitándose? ¿De tener necesidad de todo eso? ¿De eso y no de otra cosa?

Vadim alzó la cabeza. Con sus ojos muy oscuros, casi negros, miró al viejo cual si no acertase a creer que esa larga pregunta pudiera provenir de él, o quizás aturdido por la pregunta misma.

Mas nada permitía pensar que esta pregunta absurda no se hubiera formulado, o que la hubiese hecho otro que el viejo, cuyos ojos enrojecidos y fatigados estaban levemente vueltos hacia Vadim con expresión de curiosidad.

Había que contestar. Bien sabía Vadim lo que había que decir, pero, sabe Dios por qué, no sintió en su interior el impulso que, como un resorte, soltaba habitualmente la respuesta a esa pregunta. Respondió casi maquinalmente. Sin levantar la voz, con gravedad:

-Eso me interesa. No conozco nada en el mundo más interesante.

Aunque se atormentara en su interior, aunque su pierna le punzara, aunque los ocho meses fatales estuvieran desvaneciéndose a ojos vistas, Vadim experimentaba satisfacción en permanecer dueño de si mismo, como si no lo amenazara ninguna desgracia y estuviese aquí en una casa de reposo y no en el pabellón de los cancerosos.

Shulubin, con la cabeza baja, tenía la vista fija en el suelo.

Luego, manteniendo el cuerpo inmóvil, hizo un extraño movimiento circular con la cabeza, mientras su cuello describía una espiral, como queriendo

desprender la cabeza sin lograrlo. Y dijo:

-"! Interesante ¡"... Eso no es un argumento. El comercio también es interesante. Ganar dinero, contarlo, hacerse una fortuna, construir, rodearse de comodidades..., todo eso también es interesante. Con una explicación así, apenas vale la ciencia más que toda una serie de otras ocupaciones egoístas y absolutamente inmorales.

Curioso criterio. Vadim se encogió de hombros:

-¿Pero, y si es realmente interesante? ¿Si no hay nada más interesante?

-¿Aquí, en el hospital, o en general?

-En general.

Shulubin abrió la mano y sus dedos crujieron por sí solos al separarse.

-Con esa actitud, jamás creará usted nada moral. -Esta vez, la objeción era por completo extravagante.

-Pero si la ciencia no tiene que crear valores morales -explicó Vadim-. La ciencia crea valores materiales, para eso es para lo que sirve. Pero, a propósito, ¿qué llama usted valores morales?

Shulubin hizo un guiño prolongado. Luego otro. Y pronunció lentamente:

-Los que tienden al esclarecimiento mutuo de las almas.

-Pero si esclarecer es lo que hace la ciencia -replicó Vadim, sonriendo.

-¡No las almas! -refutó Shulubin, alzando el dedo-. Puesto que usted encuentra eso "interesante". ¿Nunca ha tenido oportunidad de entrar, por cinco minutos, al corral de un koljós?

-No.

-Pues bien, imagínese: un largo galpón bajo de techo. Oscuro, porque a manera de ventanas hay unas simples ranuras en las murallas, recubiertas de rejillas, para que las aves no puedan volarse. Dos mil quinientas aves a cargo de una muchacha. El suelo es de tierra, las aves no paran de rasarlo y hay en el aire, tanto polvo que habría que ponerse máscara protectora. Para colmo, se guardan ahí todo el tiempo anchoas descompuestas en una paila abierta, ¡comprenderá qué olor! Nadie que la releve. En verano, la jornada de trabajo dura desde las tres de la mañana hasta el crepúsculo. A los treinta años, la cuidadora parece de cincuenta. ¿Qué le parece? ¿Halla eso **interesante**, esa cuidadora de, corral?

Vadim estaba sorprendido. Alzó las cejas:

-¿Y por qué había yo de hacerme esa pregunta? Shulubin replicó, levantando el dedo:

-Así es como razona el comerciante.

-De lo que ella es víctima, es precisamente del retraso de la ciencia -dijo Vadim, encontrando un argumento de peso-. Cuando la ciencia haya hecho progresos, todos los corrales estarán bien equipados.

-Y entretanto, sus tres huevos en el plato todas las mañanas se los

traga usted de todas maneras, ¿no es cierto? -Shulubin cerró un ojo, con lo cual su mirada no se hizo sino más desagradable-. De aquí a que haya subsanado su retraso, ¿no le diría nada ir a trabajar un poco en el corral?

-¡Eso no lo encuentran **interesante** ellos! -Era Kostoglotov quien, desde su posición colgante, hacía oír su voz canalla.

Rusanov ya había notado la seguridad con que hablaba Shulubin de agricultura. Un día en que Pablo Nicolaievich se había lanzado a una explicación sobre el cultivo de los cereales, Shulubin había intervenido para corregirlo. Ahora, él le tiró un pinchazo:

-Diga, pues, ¿por ventura no habrá usted pasado por la Academia Timiriazev?

Shulubin se estremeció y volvió la cabeza hacia Rusanov.

-Sí -enunció, con expresión de asombro. Y de improviso se erizó, se hinchó, se encorvó y, siempre con los mismos movimientos torpes de pájaro con las alas cortadas que trata de emprender el vuelo, se fue renqueando hacia su cama.

-Entonces, ¿por qué es usted bibliotecario, pues? -demandó a sus espaldas la voz triunfante de Rusanov.

Pero el otro ya se había callado. Mudo como un tronco.

Pablo Nicolaievich no respetaba a esas personas que, en la vida, en lugar de surgir, descienden.

## CAPITULO XXVIII

### IMPARES POR DOQUIER

Cuando apareció León Leonidovich en la clínica, Kostoglotov comprendió de inmediato que era un hombre decidido. No teniendo nada mejor que hacer, lo examinaba durante la visita. Ese gorro, que seguramente no se había puesto en la cabeza frente a un espejo; aquellos brazos demasiado largos, a veces con esos puños apretados hundidos en los bolsillos delanteros de su blusón cerrado; esa manera de fruncir las comisuras de los labios cual si tuviese ganas de silbar; aquel modo jovial de hablarles a los enfermos, con toda su fuerza y su aire amenazador..., todo eso se lo hacía muy simpático a Kostoglotov, quien tenía deseos de discutir con él y hacerle algunas preguntas que ninguna de las médicas podía o quería contestarle.

Mas nunca tenía oportunidad de hacerlo: durante la visita, León Leonidovich no quería ver sino a sus propios pacientes, y pasaba por delante de los del Servicio de Radioterapia como si no existieran; sin duda, en los corredores y en la escalera les respondía siempre a quienes lo saludaban, pero siempre parecía apresurado y preocupado.

Ahora bien, un día, hablando de un paciente que primero había negado, luego confesado, León Leonidovich había dicho, riendo: "¡Pero se entregó!", lo cual no hizo sino excitar más la curiosidad de Oleg. Pues no cualquiera podía conocer y emplear esta palabra en ese sentido.

En estos últimos tiempos, Kostoglotov vagaba menos a menudo por la clínica y aun con menor frecuencia le sucedía cruzarse con el cirujano principal. Pero aconteció una vez que León Leonidovich abrió, delante de él, la puerta de una piececita contigua a la sala de operaciones y entró en ella: Kostoglotov estaba, pues, seguro de hallarlo ahí solo. Y después de golpear en el vidrio empañado de la puerta, entró.

León Leonidovich ya había tenido tiempo de sentarse en un taburete ante la única mesa de la salita; estaba sentado de lado, como lo hace uno cuando no se sienta sino por unos instantes, pero ya escribía algo.

-¿Sí? -pronunció, alzando la cabeza; ni siquiera sorprendido, al parecer, sino siempre igualmente absorto, reflexionando en lo que iba a escribir.

¡Nadie tenía tiempo jamás! Había que tomar en un minuto decisiones que comprometían una vida entera.

-Discúlpeme, León Leonidovich. -Kostoglotov trató de ser lo más cortés que podía-. Lo sé, usted no tiene tiempo. Pero, a excepción de usted, no hay absolutamente nadie a quien... ¿Me permite dos minutos? -El cirujano hizo que sí con la cabeza. Se veía que estaba pensando en otra cosa-. Mire: están

aplicándome hormonoterapia a causa de..., inyecciones de sinoestrol, intramusculares, en dosis de... -Era la treta de Kostoglotov, y su orgullo, hablarles a los médicos en su propio lenguaje y con la debida exactitud, exigiéndoles así hablarle a su vez abiertamente-. Entonces, lo que me interesa es saber si la acción de la hormonoterapia es o no acumulativa.

Toda esta entrada en materia no le demoró más que veinte segundos de los ciento veinte que obtuviera. El resto ya no dependía de él, y calló, con las manos a la espalda, mirando desde lo alto de su elevada estatura a su interlocutor sentado y pareciendo, por esto, algo encorvado.

León Leonidovich arrugó la frente, haciendo un esfuerzo para desprenderse de lo que le ocupaba la mente.

-Claro que no, en principio no debería serlo -respondió. Mas eso no sonaba a respuesta definitiva.

-Y yo, no sé por qué, tengo la impresión de que lo es -insistió Kostoglotov, como si lo deseara, o como si ya no diera crédito a las palabras del propio León Leonidovich.

-Claro que no, no debería serlo -declaró el cirujano, siempre tan poco categórico, ya por no ser asunto suyo, ya por no haber logrado aún substraerse a sus pensamientos.

-Es muy importante para mí comprender -Kostoglotov parecía amenazar- si, después de este tratamiento, perderé por completo la posibilidad..., usted sabe..., con las mujeres..., ¿o solamente por cierto tiempo? ¿Serán eliminadas esas hormonas que hayan introducido en mí? ¿O se quedarán ahí para siempre? ¿O quizás, al cabo de cierto tiempo, se podrá neutralizar esta hormonoterapia con inyecciones de efecto inverso?

-No, eso no se lo aconsejaría yo. No se puede... -León Leonidovich miraba a ese paciente de negros cabellos desgreñados, pero sobre todo veía su interesante cicatriz. Se imaginaba el tajo recién hecho, en el momento en que lo llevaran al Servicio Quirúrgico, y cómo habrían tenido que proceder-. ¿Pero para hacer qué? No comprendo.

-¿Cómo así, "no comprende"? -Kostoglotov no entendía qué era lo que se podía no comprender. ¿O bien era que, sencillamente, fiel a su casta médica, también este hombre de espíritu práctico no trataba sino de inducir al enfermo a la resignación?-. ¿No comprende?

Los dos minutos estaban excedidos y además eso se salía del marco de las relaciones normales de un médico con sus pacientes; mas León Leonidovich, con esa sencillez de buen muchacho que Kostoglotov echara de ver y apreciara en él en seguida, le dijo de improviso, como a un viejo amigo, con voz atenuada y amistosa:

-Oiga, sea como fuere, no son las nenas las que constituyen todo el lado bueno de la vida... Se termina por quedar hasta la coronilla de todo eso... Eso no hace más que impedir ocuparse de cosas serias.

Lo dijo con absoluta sinceridad, hasta con lasitud. Recordaba que, en el instante más grave de su vida, quizás le había faltado la concentración

necesaria precisamente debido a esa pérdida de energía, a ese derivativo.

Pero Kostoglotov no podía comprenderlo. En este momento, Oleg no podía imaginar que se pudiera estar harto de un sentimiento como ése. Como alelado, balanceaba la cabeza de derecha a izquierda, con mirada inexpresiva.

-A mí no me queda en la vida nada más **serio** que eso.

No, realmente, ¡esta conversación no estaba prevista por el reglamento de la clínica de cancerología! No se contemplaban consultas consistentes en reflexiones acerca del sentido de la vida y, ¡para colmo, con un médico que pertenecía a otro servicio! Alguien entreabrió la puerta, miró y entró -inmediatamente, sin pedir permiso: era la pequeña cirujana fragilísima que usaba tacos altos y se contoneaba entera al andar. Fue en derechura hacia León Leonidovich, se detuvo muy cerca de él, le puso delante el resultado de un análisis y se inclinó ella misma encima de la mesa. (Hasta tuvo Oleg la impresión de que se pegaba a León Leonidovich.) Y evitando nombrarlo de manera alguna, dijo:

-Oiga, Ovdienko tiene diez mil leucocitos.

Una nubecilla roja de cabellos traviosos bailaba de lleno frente a la cara de León Leonidovich.

-¿Y qué? -dijo el cirujano, encogiéndose de hombros-. Eso no indica una buena leucocitosis. Es sencillamente un proceso inflamatorio que habrá que reducir mediante la radioterapia.

Entonces ella se puso a hablar, a hablar (y el hecho es que su hombro menudo se apoyaba decididamente contra el brazo de León Leonidovich). El papel que León Leonidovich comenzara a llenar descansaba abandonado y la pluma ociosa se había vuelto del revés entre sus dedos.

Era por completo obvio que Oleg habría debido salir: la conversación que esperara desde hacía mucho tiempo iba, pues, a interrumpirse en el momento más interesante.

Angelina se volvió, aparentemente sorprendida de ver que Kostoglotov seguía ahí; pero León Leonidovich, por su parte, le dirigió por encima de su cabeza una mirada donde había un asomo de humor. Algo en su semblante, que Kostoglotov no hubiese podido denominar, hizo que se decidiera a continuar:

-Quisiera preguntarle todavía esto. León Leonidovich: ¿ha oído hablar del hongo de abedul, del "chaga"?

-Sí -confirmó gustosamente este último.

-¿Y qué piensa de él?

-Es difícil decir. Admito que ciertos tipos de tumores localizados puedan reaccionar a él. Los del estómago, por ejemplo. En Moscú, en este momento, no se habla más que de eso. Dicen que en un radio de doscientos kilómetros ya no hay manera de encontrarlo, han pelado todas las selvas.

Angelina se reincorporó, cogió su papel y se fue, con expresión desdeñosa, siempre con ese modo desenfadado (y agradable) que tenía de contonearse al andar.

Se fue, pero, ¡ay!, la primera conversación de Oleg con el cirujano



ya estaba malograda: su pregunta no había recibido sino un comienzo de respuesta, mas hubiese sido impropio volver a ella para discutir acerca de lo que las mujeres aportan en la vida.

No obstante, la jovialidad y la liviandad que sorprendiera Kostoglotov en la mirada de León Leonidovich, y esa ausencia de barreras que intuía en su actitud, lo animaron a formular todavía la tercera pregunta que había preparado y que tampoco era del todo insignificante.

-León Leonidovich: perdone mi indiscreción -dijo, echando la cabeza para atrás con un movimiento oblicuo-. Si me equivoco, no hablemos más de eso. Usted... -bajó la voz él también y entornó un párpado-, ¿no ha estado usted **allá donde no cesan jamás las danzas y las canciones?**

León Leonidovich se animó:

-Sí.

-¿No es posible! -exclamó Kostoglotov, muy regocijado. ¡Era, pues, allá donde habían sido iguales!-. ¿Y en virtud de qué artículo?

-No, yo no estaba condenado. Era libre.

-¡Ah, eso sí! -dijo Kostoglotov, decepcionado. No, decididamente, no había igualdad entre ellos

-¿Cómo lo adivinó, pues? -preguntó, curioso, el cirujano.

-Fue por una palabra que usó, "entregarse". No, no sólo eso, también dijo **zanachka** ("embrollo").

León Leonidovich se echó a reír:

-No hay vuelta, nunca conseguiré deshacerme de eso. -Iguales o no, estaban ahora mucho más unidos que algunos momentos antes.

-¿Y permaneció allá mucho tiempo? -preguntó Kostoglotov, Sin ningún empacho. Se había enderezado, ya ni siquiera parecía fatigado.

-Tres años. Me mandaron allá después de mi desmovilización, y una vez ahí ya no hay cómo escapar. -Pudo haber evitado agregar eso. Sin embargo, lo había hecho. ¡Pícaro servicio: digno de respeto y lleno de nobleza, y no obstante, las personas honradas consideraban necesario justificarlo! En todo caso, existía, pues, en alguna parte, en el fondo de nosotros mismos, esa brújula inextirpable.

--¿Y qué hacía usted?

-Era jefe de centro médico.

-¡Vaya, vaya! -Era lo mismo que Mme. Dubinsky, dueña y señora de la vida y de la muerte. (Pero aquélla no habría tratado de justificarse. Y éste no había resistido.)-. ¿Entonces usted ya había terminado sus estudios antes de la guerra? -interrogó Kostoglotov, adhiriéndose como un cardo. No era que necesitase realmente saberlo, sino que ésa era una costumbre adquirida en las prisiones de paso; tener en algunos instantes, entre dos chasquidos de reja, un resumen de la vida entera de un compañero de ocasión-. ¿De qué año es usted, pues?

-No, yo partí después de mi cuarto año, como voluntario, en calidad de médico -aclaró León Leonidovich, y, dejando hasta ahí lo que empezara a escribir, se levantó, se acercó a Oleg con expresión de interés y, pasándole el dedo por la cicatriz, se puso a palparla-. ¿Y eso, eso viene de allá?

-¡Hum!  
-Es un buen trabajo... Muy bueno. ¿Fue un médico detenido el que le hizo eso?

-¡Hum!

-¿No recuerda su nombre? ¿No era Koriakov?  
-No sé, fue de paso. ¿En virtud de qué artículo estaba detenido Koriakov? -preguntó Oleg, aferrándose ahora a Koriakov y tratando de formarse rápidamente una idea del personaje.

-Lo arrestaron por haber sido su padre coronel en el ejército del zar.

Pero, en este preciso momento, entró la enfermera de ojos japoneses y corona blanca, para invitar a León Leonidovich a trasladarse a la sala de curaciones.

Kostoglotov se encorvó de nuevo y se fue por el corredor.

Otra biografía más... en líneas punteadas, incluso dos. Se podía completar el resto con la imaginación. Todas esas vías que podían conducir **allá...** No, lo que contaba era esto: acostado en una cama de hospital, o caminando por un corredor, o paseándose en el jardín, tiene uno por vecino de lecho..., o bien se cruza en su camino..., un hombre igual a los demás; y a ninguno de los dos se le ocurriría detenerse y decir: .. ¡Anda, vuelve tu solapa! Era tal como yo pensaba, ¡la insignia de la orden secreta: ha estado, se vio implicado, trabajó por, está al corriente!" ¿Y cuántos son? Pero todos permanecen mudos. Y por fuera no se adivina nada. ¡Es preciso que eso se oculte bien!

¡Es insensato! ¡Llegar a que las mujeres parezcan un fastidio! ¿Es posible estar estragado hasta ese punto? ¡Es inconcebible!

En resumidas cuentas, nada muy regocijante. León Leonidovich no negaba con energía suficiente para que se pudiera creerle.

Había una sola cosa que comprender: todo estaba perdido.

Todo...

Cual si le hubiesen conmutado la pena capital por cadena perpetúa. Seguía con vida, pero ¿para qué? Para nada.

Habiendo olvidado a dónde iba, vaciló, en el corredor de los bajos y se detuvo, sin hacer nada.

Se abrió una puerta, la tercera a contar del sitio en que se hallaba él, y apareció un blusón blanco muy ceñido al talle y de inmediato tan familiar.

¡Vega!

¡Venía en su dirección! No le faltaban sino algunos pasos que dar, no tenía más que bordear dos lechos dispuestos cerca de la pared. Pero Oleg no avanzó a su encuentro..., y le quedaba un segundo, un segundo, todavía un segundo, para reflexionar.

Desde la visita de la otra vez, desde hacía tres días, así era como estaba ella: seca, afanada, sin una sola mirada amistosa.

Al principio, él se dijo: que se vaya al diablo; iba a hacer otro tanto; aclarar las cosas, luego limitarse a saludarla al pasar...

Pero eso lo apenaba. Sentiría lástima por ella, si la ofendía. Y también por sí mismo. Ahora, por ejemplo: ¿iban a pasar lado a lado como unos extraños?

¿Culpable, él? No, la culpable era ella; ella lo había engañado con sus inyecciones, lo tenía entre ojos. ¡A él le correspondía perdonar o rehusar su perdón!

Sin mirarlo (¡mas no sin verlo!) llegó, ella a su altura, y Oleg, a despecho de su intención, le dijo en voz baja, en tono casi suplicante:

-Vera Korniliev...

(¡Qué absurdo tono, pero que al mismo tiempo le era agradable!)

Fue sólo entonces cuando ella alzó sus ojos fríos y lo percibió.

(No, en verdad de verdad" ¿qué razón podía haber para perdonarla?)

- ... Vera Korniliev... ¿No quiere... hacerme una transfusión más?

(Parecía humillarse y, no obstante, era agradable.)

-Pero si usted no quería dejárselas hacer -dijo ella, siempre mirándolo con igual severidad inflexible, mas había temblado en sus ojos una vacilación. En sus queridos ojos café con leche. (Bueno, desde su propio punto de vista ella no era culpable. Y no podían vivir en una misma clínica como dos extraños.)

-La otra vez me quedó gustando. Desearía una más.

Sonrió, cosa que le acortaba la cicatriz y la hacía más sinuosa.

(Perdonarla entretanto; más tarde, por cierto que hallarían una oportunidad de explicarse.)

Sin embargo, se había agitado algo en sus ojos, una especie de remordimiento.

-Tal vez mañana haya sangre para usted. -Seguía apoyándose en algún pilar invisible, mas éste ya se desplomaba, o cedía bajo su mano.

-¡Pero tiene que ser usted! ¡Usted, sin falta! -exigió Oleg con vehemencia-. Si no es así, no me dejaré hacer.

Haciendo abstracción de todo eso, esforzándose por no ver nada más, sacudió ella la cabeza.

-Veremos cómo se presenta eso.

Y pasó.

¡Querida Vega! Sí, querida, a pesar de todo.

Mas ¿adónde quería llegar, pues, con todo esto? Condenado a perpetuidad, ¿qué estaba tratando de obtener?

Oleg se quedó en el pasillo, muy atontado, tratando de recordar a dónde iba.

¡Ah, sí, eso era! Iba a visitar a Diomka.

Diomka estaba acostado en una piececita con dos camas, pero su vecino había abandonado el hospital y al recién operado no se lo esperaba sino para el día siguiente. Por el momento estaba, pues, completamente solo.

Había transcurrido una semana y la pierna cortada ya había ardidido con su primera llama. La operación se alejaba en el pasado, pero la pierna seguía

viviendo y sufriendo cual si continuase ahí y Diomka hasta sentía por separado cada uno de los dedos de su miembro amputado.

La visita de Oleg le causó tanto placer como la de un hermano mayor. Por toda familia, no tenía sino a los amigos que conservara en su antigua sala. También unas mujeres le traían regalos, que estaban puestos en la mesa de noche, debajo de un paño. Fuera del hospital, no había nadie que pudiese venir a verlo ni a traerle cosa alguna.

Diomka estaba tendido de espaldas, para mantener en reposo su pierna -mejor dicho, lo que le quedaba de su pierna, un muñón más corto que el muslo- con su inmenso capullo de vendas. Pero podía mover libremente la cabeza y los brazos.

-Y bien, ¡salud, Oleg! -dijo, tomando la mano que éste le tendía-. Siéntate, cuenta. ¿Cómo van las cosas allá, en la sala? -La sala de los altos que él dejara era su mundo habitual. Aquí abajo todo era diferente: las enfermeras, las veladoras, los reglamentos. Aquí todos se llevaban disputando acerca de lo que a cada cual le correspondía o no le correspondía hacer.

-Qué quieres que te diga -pronunció Oleg, mirando el semblante demacrado, lamentable, de Diomka: como si le hubieran abierto surcos en las mejillas, afinado y aguzado las cejas, la nariz, el mentón-. Siempre lo mismo.

-¿Sigue allá el cuadro?

-El cuadro está allá.

-¿y Vadim?

-No muy bien. No han conseguido el oro. Se temen metástasis.

Diomka frunció el ceño, preocupado, cual si él hubiese sido el hermano mayor:

-¡Pobre!

-De modo que, tú ves, Diomka, hay que bendecir al cielo por habérsete sacado la tuya a tiempo.

-Todavía puedo tener metástasis.

-Vamos, eso me sorprendería. -Médico o no, ¿quién podía preverlo? Vaya uno a saber si habían pasado o no esas células asesinas, esas chalupas de desembarco en las tinieblas.

Ni dónde habían atracado-. ¿Te aplican rayos?

-Si me llevan allá en camilla con ruedas.

-Tú, viejo, sabes lo que te queda por hacer ahora: restablecerte y acostumbrarte a la muleta.

-Es que necesitare dos. ¡Dos! -Ya había pensado en todo, el huérfano. Ya antes fruncía el ceño como un grande: ahora había madurado más.

-¿Dónde van a hacértelas? ¿Aquí?

-En el Servicio de Ortopedia.

-¿Eso será gratis, por lo menos?

-Hice una petición... ¿Con qué quieres que pague? -Suspiraron; tenían el suspiro fácil, como todos los que, año tras año, jamás ven nada muy alegre.

-¿Cómo podrás, pues, terminar el año próximo tu décimo año de estudio?

-Es preciso que lo termine, aunque tenga que reventar.

-¿Y de qué vivirás? En todo caso, no vas a poder regresar al taller.

-Me prometieron la tarjeta de inválido. En segundo o tercer grado. Todavía no sé.

-¿Cuál es el tercero? -Nada entendía Kostoglotov de todos esos grados de invalidez, como, por lo demás, de los reglamentos civiles en general.

- El máximo. Con qué comprar pan, no con qué comprar azúcar. -Un hombre, Diomka: había pensado en todo. El tumor trataba de echarlo a pique, y él, firme al timón.

-¿Y después vendrá la Universidad?

-Voy a tratar,

-¿En Letras?

-Sí.

-Oye, Diomka, yo te hablo seriamente: vas a matarte. Entra a las estaciones de radio: estarás en paz y podrás ganarte un suplemento.

-Al diablo las estaciones de radio! -refunfuñó Diomka, desdeñoso-. A mí, lo que me gusta es la verdad.

-Pues bien, ¡no tienes más que arreglar radios y decir la verdad, vivo!

Decididamente, no estaba de acuerdo. Siguieron discutiendo más y más cosas. Hablaron asimismo de los asuntos de Oleg. También éste era en

Diomka un rasgo de adulto: su manera de interesarse por otros. La juventud no se interesa sino por ella misma. Y Oleg, cual si se dirigiera a un adulto, le expuso su propia situación.

-¡Ah, qué chanchada! -bramó Diomka.

-Apuesto a que no querrías estar en mi lugar, ¿eh?

-Es difícil decirlo...

De todo esto resultaba que, con esas historias de rayos X y muletas, Diomka tenía aún para seis semanas de ir tirando aquí. y que lo dejarían salir en mayo.

-¿Y adónde irás primero?

-Al zoo, en seguida! -El semblante de Diomka se despejó.

Ya varias veces le había hablado a Oleg de ese zoo.

Les había sucedido encontrarse lado a lado en la escalinata del dispensario y Diomka mostraba con seguridad en qué parte, al otro lado del río, disimulado por tupido follaje, se hallaba el zoo. Hacía ya tanto tiempo que Diomka oía hablar de toda clase de animales, en los libros y en la radio, y nunca había visto con sus propios ojos un zorro ni un oso ni mucho menos un tigre o un elefante. Allá donde él vivía, no había casa de fieras ni circo ni selva. Y desde hacía largo tiempo, era su sueño máspreciado tener un día oportunidad de pasearse por un lugar donde viera bestias salvajes; y con la edad ese sueño no perdía nada de su fuerza. De aquel encuentro esperaba él algo especial. El día en que llegara a la ciudad, con su pierna atormentándolo, para venir a tenderse en una cama de hospital, había empezado, pues, por ir al zoo: ¡ay, era justamente el día de cierre!- ¡Oye Oleg! ¿Creo que tú vas a salir muy pronto?

Oleg estaba sentado, con la espalda encorvada.

-Sí, es probable. La sangre ya no me da más. Las náuseas me agotan.

-Irás al zoo, ¿no es cierto? -Diomka estaba convencido de ello. Lo contrario hubiese hecho a Oleg descender en su estimación.

-Sí, bien puede ser.

-¡Es indispensable que vayas! ¡Anda, te lo ruego! ¿Y sabes?, después mándame una tarjeta, ¿eh? Vamos, bien puedes hacer eso por mí... ¡Eso me daría tanto gusto! Me escribirás qué animales hay en este momento, cuál es el más interesante, ¿eh? Así, ¡lo sabré un mes antes! ¿Vas a ir? ¿Me escribirás? Parece que hay cocodrilos, leones...

Oleg prometió.

Se marchó (él también debía acostarse), y Diomka, solo en su piececita, detrás de su puerta cerrada, permaneció mucho rato más, sin volver a tomar su libro, mirando el cielo raso o la ventana, meditando. Por la ventana no podía ver nada - la cubría una reja y daba a un pasaje angosto que bordeaba el muro del recinto hospitalario. Y sobre aquel muro no había, en este momento, ni siquiera una mancha de sol; tampoco estaba obscuro, sino medianamente iluminado, como a través de una lámina de celuloide, por un sol no cubierto, sino apenas velado. Debía de hacer uno de esos días templados, ni calurosos ni radiantes, en los cuales, activo pero silencioso, se realiza el trabajo de la primavera.

Diomka estaba acostado, inmóvil, y pensaba en cosas agradables: su pierna cortada cesaría progresivamente de dolerle; aprendería a caminar apoyado en muletas, con rapidez y destreza; se imaginaba esa víspera del 1.º De mayo, ese día ya de verano en que, desde la mañana hasta entrado el anochecer, se pasearía a través del zoo; ahora tendría mucho tiempo y vería rápidamente y bien a fondo todo el programa del Curso secundario, leería muchos otros libros importantes que aún no había leído. En adelante, ya no habría esas veladas perdidas en que los compinches iban a bailar y en que él se quedaba torturándose, tentado de ir también, pero cómo hacerlo, si no sabía bailar. No, todo eso había terminado: uno enciende su lámpara y trabaja.

En aquel momento, alguien golpeó a la puerta.

-¡Pase! -dijo Diomka. (Esta palabra 'la pronunciaba él con cierta satisfacción. Todavía no había vivido nunca de tal modo que se vieran obligados a golpear antes de entrar a donde él.)

La puerta se abrió bruscamente, dando paso a Asia.

Asia entró, hizo irrupción en la pieza, como apresurada, cual si la persiguiesen; mas, habiendo vuelto a cerrar la puerta tras ella, se quedó plantada cerca del marco, con una mano puesta en la perilla y juntando con la otra las vueltas de su bata.

Ya no era en absoluto la misma Asia, la que no viniera sino "por tres días, para un examen", mientras la esperaban en las avenidas del estadio de invierno. Se había marchitado, apagado, y hasta sus cabellos rubios, que empero no habían podido cambiar tan pronto, colgaban ahora en forma muy lastimosa.

En cuanto a la bata, era la misma: fea, sin botones, habiendo pasado por sobre muchos hombros y hervido sabe Dios en cuántas lavazas. Pero ahora parecía venirle mucho mejor que en el pasado.

Con las cejas levemente temblorosas, Asia estaba mirando a Diomka; ¿había entrado en la habitación que correspondía? ¿No debía haber corrido más lejos?

Mas, deshecha como estaba, no teniendo ya sobre Diomka el ascendiente de un año de estudios, de tres viajes distantes y de la experiencia, Asia ya no lo intimidaba en lo más mínimo. La acogió con alegría:

-¡Asia! ¡Siéntate! ... ¿Qué te pasa?...

A todo esto, habían charlado más de una vez, hasta habían discutido acerca de su pierna (Asia sostenía a todo trance que no había que dejársela cortar); y después de la operación, había venido a verlo dos veces, trayéndole manzanas y golosinas secas. Por muy familiares que hubiesen sido desde el primer día, después se habían hecho más familiares aún. Ella, por su parte, había terminado por contarle francamente de qué sufría: le dolía el seno derecho, donde le encontraron unas especies de coágulos; estaban aplicándole radioterapia y también le daban tabletas para ponerse debajo de la lengua.

-¡Siéntate, Asia! ¡Siéntate!

Ella soltó la perilla y, dejando deslizarse su mano por la puerta y la pared, como para sujetarse o para tocar su superficie, avanzó hacia el taburete colocado a la cabecera de Diomka.

Se sentó.

Se sentó, con la mirada fija no en los ojos de Diomka, sino a su lado, en el cobertor. No se volvía hacia él y, desde luego, él tampoco podía volverse hacia ella.

-Y bien, ¿qué te pasa? -(Sentirse mayor, ¡no le faltaba más que eso! Desde lo alto de sus almohadones, volvió la cabeza en dirección a ella, solamente la cabeza, al mismo tiempo que permanecía tendido de espaldas.)

A él le temblaron los labios y ella parpadeó.

-¡Asia, mi pequeña Asia! -alcanzó a decir apenas Diomka (tanto la compadecía, sin lo cual no se hubiera atrevido a llamarla "pequeña Asia") cuando ella ya hundió la cabeza en su almohadón, al lado de la suya, haciéndole cosquillas en la oreja un mechón de su pelo- ¡Vamos, pequeña Asia! -le suplicó, y a tientas, buscó la mano de la joven sobre el cobertor, sin verla ni acertar a encontrarla.

Ella, entretanto, sollozaba en su almohadón.

-y bien, ¿qué tienes? ¿Qué es lo que hay dime? -Pero casi había adivinado.

-¡Van-a-sa-cár-me-lo! ...,

Y lloraba, lloraba. Luego se puso a gemir: -¡O-o-oh!



Un prolongado grito de angustia, ese terrible "¡o-a-oh!" Jamás había oído Diomka nada tan desgarrador.

-¿Pero puede que todavía no esté decidido? ¿Puede que todavía se arregle?

Pero sintió que se necesitaría mucho más para dominar ese "¡o-o-oh!"

Y ella lloraba. Lloraba en su almohadón, que él percibía ya todo mojado al lado suyo,

Diomka halló la mano de Asia y se puso a acariciarla. -¡Pequeña Asia! ¿Puede que eso se arregle?

-No-o-o. ..Será el viernes...

Y gimió prolongadamente, desgarrándole el corazón a Diomka. Diomka no le veía la cara descompuesta por el llanto; sólo

Unos suaves mechoncitos de pelo que le cosquilleaban en el rostro y los ojos.

Quería decirle algo, mas no sabía cómo. Y se contentó con estrecharle la mano, fuerte, muy fuerte, para calmarla. Tenía tanta pena por ella, más que por sí mismo. .

-¿De-qué-sir-ve-vi-vir? -pudo pronunciar ella, a través de sus

Sollozos-... ¿Para qué?.. .

Por cierto que Diomka tenía algo que decir al respecto, a partir de su vaga experiencia, pero no acertaba a formularlo con precisión. Y además, aunque lo hubiera conseguido, sabía, con sólo oír el lamento de Asia, que ni él, nada ni nadie habría podido convencerla. De la experiencia de ella no había sino una conclusión que sacar: que ahora había perdido toda razón de vivir.

-¿Quién-que-rrá-na-da-con-mi-go ahora? -se desconsolaba ella, apoyándose en las palabras-. ¿Quién?..

Y de nuevo se hundió en el almohadón, tanto que Diomka ya tenía la mejilla toda mojada.

-¿Cómo? -trató de convencerla, mientras seguía estrechándole la mano en la suya-, Tú sabes cómo se casa uno... "se tienen las mismas ideas..., el mismo carácter...

-¡Quién va a ser el Imbécil que ame a una muchacha por su carácter! -se revolvió ella, furiosa como un caballo encabritado, y le arrancó su mano; y fue solamente entonces cuando Diomka vio su rostro mojado, enrojecido, cubierto de manchas deplorable y airado- ¡Quién necesita a una muchacha que

no tiene más que un seno! ¿Quién? ¡A los diecisiete años! -gritó cual si todo eso fuera culpa suya.

Ni siquiera sabía él consolarla como es debido.

-¡Pero cómo voy a poder ir a la playa! -exclamó, traspasada por un nuevo pensamiento- ¡A la playa! ¿Cómo voy a poder bañarme?.. -Se retorció, se encogió, y Diomka la sintió alejarse de él y desplomarse hacia el suelo, con todo el cuerpo con la cabeza entre los brazos.

Y, visión insoportable, Asia se imaginó trajes de baño de todos los estilos con tirantes y sin ellos, de una o de dos piezas, de todas las modas presentes y futuras; trajes de baño anaranjados y celestes, frambuesa y azul marino, lisos y a rayas, y bordeados de ribetes; ¡todos los que aún no se había probado, los que aún no había contemplado frente a un espejo y que ahora ya no compraría nunca ni jamás se pondría! ¡Y era precisamente aquel aspecto de su existencia -la imposibilidad de mostrarse en lo sucesivo en una playa- el que se le presentaba ahora como el más hiriente y oprobioso! Era eso lo que le quitaba todo sentido a la vida...

Y Diomka, desde lo alto de sus almohadones, mascullaba frases torpes, fuera de lugar:

-Tú sabes, si nadie quiere nada contigo... Por supuesto, bien sé que yo ahora... Pero, sin eso, siempre estaré dispuesto a casarme contigo, lo sabes...

-Oye, Diomka -dijo Asia, excitada por una nueva idea. Se había levantado y se volvió bruscamente hacia él, mirándolo con los ojos muy abiertos y sin lágrimas-. Oye: ¡tú serás el último! ¡Serás el último que todavía pueda verlo y besarlo! ¡Nadie, ahora ya nadie podrá besarlo! ¡Diomka! ¡Por lo menos bésalo tú! ¡Por lo menos tú!

Abrió con brusquedad la bata, que por lo demás se abría ya por sí sola, y, poniéndose de nuevo, hubiérase dicho, a llorar y a gemir, apartó el borde flotante de su camisa e hizo surgir el pobre senito derecho condenado.

¡Eso brilló cual si el sol hubiese entrado directamente a la pieza! La pieza entera centelleo, resplandeció. Y el rosa del pezón, más grande de lo que Diomka hubiera imaginado, emergió ante él, ¡Y su mirada no podía resistir ese rosa!

Asia se inclinó hacia él, muy próxima, y permaneció así. -¡Bésalo! ¡Bésalo! -esperaba, exigía.

y aspirando ese calor íntimo que se le brindaba, lleno de gratitud y de felicidad, empezó él a oprimir con sus labios precoces, como un lechón, toda esa superficie ondulada que se hinchaba bajo él y conservaba una forma constante, más armoniosa y más bella que todo cuanto se hubiese podido dibujar o esculpir.

-¿Te acordarás?"... ¿Te acordarás de que existió? ¿Y de cómo era?...

Las lágrimas de Asia le caían sobre Ja cabeza rapada.

Ella permaneció ahí, encima de él, y él volvía hacia ese rosa y hacía suavemente, con los labios, lo que ya nunca podría hacer con este seno el hijo que tendría algún día. Estaban solos en la pieza y él envolvía en besos esa maravilla suspendida por sobre él.

Maravilla hoy, mañana al canasto.

## CAPITULO XXIX

### **PALABRA DURA..., PALABRA BLANDA...**

Tan pronto como volvió de su misión, Yura fue a hacerle a su padre una larga visita de dos horas. Antes, Pablo Nicolaievich había pedido por teléfono que su hijo le trajera calzado abrigador, abrigo y un sombrero; estaba hasta la coronilla de esta terrible sala poblada de zoquetes, con sus conversaciones estúpidas; no lo tentaba más el vestíbulo y, aunque todavía débil, tenía sed de aire libre.

Fueron, pues, al jardín. No costó ningún esfuerzo arropar el tumor con una bufanda; por cierto que aún lo sentía un poco cuando volvía la cabeza, pero ya mucho menos. Nadie podía encontrarse con él en las avenidas del recinto hospitalario y, de todas maneras, no lo habrían reconocido, con su burda vestimenta, de modo que Pablo Nicolaievich se paseó sin ningún inconveniente. Yura lo llevaba del brazo. Pablo Nicolaievich se apoyaba fuertemente en él. Era muy agradable caminar paso a paso por el asfalto seco y limpio y, sobre todo, eso ya hacía presentir un pronto regreso..., primero a su querido departamento, para tomarse ahí un poco de descanso, luego a su querido trabajo. Pablo Nicolaievich estaba agotado, y no solamente por el tratamiento, sino también por la tonta inacción que imponía el hospital y por el hecho de haber dejado de ser el engranaje importante e indispensable de una gran maquinaria, lo cual le daba la sensación de haber perdido todo poder y toda importancia. Tenía ganas de regresar cuanto antes allá donde lo querían y donde no podían prescindir de él.

En el transcurso de la semana había habido una onda de frío y de lluvias, pero hoy el tiempo había vuelto a componerse. A la sombra del edificio, todavía estaba fresco y la tierra conservaba su humedad; mas al sol el calor era ya tan grande que a Pablo Nicolaievich le costaba soportar su abrigo de media estación y se desabrochó los botones uno tras otro.

Era para él una oportunidad excelente de hablarle juiciosamente a su hijo: este sábado se contaba como último día de su misión y, no necesitaba apresurarse a reasumir su trabajo. Y, por supuesto, Pablo Nicolaievich no tenía más prisa que él. Ahora bien, éste era un aspecto que se había descuidado e, inclusive, las cosas habían llegado quizás a un punto peligroso: eso se lo decía su corazón de padre. En éste mismo momento, desde que llegara su hijo, sentía que éste no tenía la conciencia tranquila: su mirada era fugaz, parecía evitar la de su padre. De niño, Yura no era así: era un muchachito muy franco; esta actitud no había aparecido en él sino durante sus años de estudio y precisamente en sus

relaciones con su padre. Disimulo o timidez que Irritaban a Pablo Nicolaievich, ocurriéndole a veces apostrofarlo con dureza:

"Vamos, ¡la cabeza en alto!"

Hoy, no obstante, había resuelto evitar toda brusquedad y mostrarse comprensivo; Invitó a Yura a contarle en detalle cómo había aplicado sus pruebas y se había informado en su función de representante del ministerio público, en las lejanas ciudades donde estuviera en comisión.

Yura se decidió, mas sin gran entusiasmo. Contó un caso, luego otro, pero siguió rehuendo la mirada de su padre. -¡Anda! ¡Cuenta!

Se Instalaron en una banqueta bien seca, al sol. Yura llevaba una chaqueta de cuero y un gorro de lana (no habían logrado hacer que le gustara el sombrero calañés); a fe mía que tenía un aspecto serio, animoso; mas en el fondo de todo eso había algo así como una paja que lo estropeaba todo.

-Sí, hubo también el caso de ese chofer... -dijo Yura, con la vista fija en el suelo.

-¿Y qué hay con ese chofer?

-Era un chofer que transportaba una carga de artículos alimenticios para la cooperativa de consumos.

Fue en invierno; él tenía setenta kilómetros que recorrer y, a mitad de camino, lo cogió una tormenta de nieve. La nieve lo cubrió todo, el camión patinaba, estaba helando, y nadie... La tempestad duró más de veinticuatro horas. Entonces no resistió más, salió de su cabina, abandonó el camión tal como estaba, con la mercadería, y se fue a buscar albergue para la noche. En la mañana amainó la tormenta, regresó con un tractor... y faltaba una caja de macarrones.

-¿Y el pioneta?

-Era el propio chofer quien desempeñaba la función de pioneta, así había resultado, estaba solo,

¡Qué negligencia!

-¡Pues sí!

-Se aprovechó para hacer su agosto.

-Papá, ¡le habría costado un poco caro esa caja! -Yura había acabado por levantar los ojos. Su cara había asumido una expresión malévola, obstinada-. Esa caja le ha acarreado cinco años. Y había en el camión cajas de vodka, que quedaron intactas.

-Veamos, Yura, no hay que ser tan confiado ni tan ingenuo, ¿Quién otro pudo haberla tomado, en medio de la tormenta? -Pudo pasar gente en carretela, ¡quién sabe! En la mañana. todas las huellas habían desaparecido,

-Supongamos que no lo haya hecho él mismo; en todo caso, ¡abandonó su puesto! ¿Te das cuenta? ¡Abandonar los bienes del Estado y marcharse!

El asunto estaba claro; el veredicto era Irreprochable, ¡hasta había salido bien librado! Y a Pablo Nicolaievich le dolió constatar que su hijo no comprendía eso y que era preciso metérselo en la cabeza. Un muchacho más bien sumiso, en general, pero que cuando se pone a defender una necedad se vuelve más porfiado que un burro.

--Pero date cuenta, papá; con la tempestad, a diez grados bajo cero, ¿cómo quieres que pasara la noche en su cabina? ¡Es la muerte segura!

-¿Qué quiere decir la muerte, eh? ¿Qué quiere decir eso? ¿Y los centinelas, ah, cualquier centinela en el ejército?

-El centinela sabe que van a relevarlo al cabo de dos horas.

-¿Y si no lo relevaran? ¿Y en el frente? ¡Con toda clase de mal tiempo, hay individuos que permanecen de pie y mueren sin desertar de su puesto! -Pablo Nicolaievich hasta mostró con el dedo la dirección en que permanecían de pie en su puesto-o Pero ¡piensa un poco en lo que dices! Si se perdona a ese chofer, todos los demás van a empezar a desertar de sus puestos y pronto no quedará nada de propiedad del Estado, ¿cómo puedes no entender eso? -¡No, Yura no entendía! En su silencio obstinado, se veía claramente que no entendía-o Bueno, admitamos que ésa sea tu opinión de muchacho, tú eres joven, se comprende; incluso, admitamos que se la hayas dicho a otros; mas espero que no la hayas expresado por escrito.

El muchacho agitó los labios agrietados, volvió a agitarlos.

-Yo... redacté una apelación. Suspendí el efecto de la sentencia.

-¿Suspendiste? ¿Y habrá revisión del proceso? ¡Ay-ay-ay! ¡Ay-ay-ay! -exclamó, alzando las manos hacia el rostro, que se ocultó con ellas a medias. ¡Sí que era eso lo que él se temía! Yura malbarataba la labor, se perjudicaba él mismo y, para colmo, comprometía a su padre. Pablo Nicolaievich sentía, hasta provocarle náuseas, el despecho impotente de un padre que no podía transmitirle ni su inteligencia ni su habilidad al torpe de su hijo. Se levantó y Yura lo siguió; y caminaron y de nuevo quiso Yura darle el brazo a su padre, mas a Pablo Nicolaievich no le bastaban las dos manos para hacer entrar en la cabeza de su hijo la íntima percepción de la falta cometida. .

Comenzó por explicarle lo que era la ley, y la legalidad, y la intangibilidad de los fundamentos, que no había que infringir a la ligera, sobre

todo si había uno de pertenecer al ministerio público. Por lo demás, se apresuró a precisar que no había otra verdad que la concreta y que, por consiguiente, muy bonita era la ley, pero también había que comprender la situación concreta, las circunstancias, lo que exigía el minuto presente. Y hubo otra cosa más que se esforzó por hacerlo entender: que existía una interacción orgánica entre todos los niveles y todas las ramas del aparato estatal; y que, en consecuencia, cuando llegaba a un distrito remoto, aun revestido con plenos poderes de las autoridades de la República, uno no debía mostrarse arrogante, sino muy por el contrario, tomar en cuenta las condiciones locales y no atacar innecesariamente a los prácticos de la localidad, que conocían mejor esas condiciones y sus exigencias; y si a ese chofer le habían dado cinco años, era porque en aquel distrito así se requería.

Entraban a la sombra de los edificios y volvían a salir de ella; seguían avenidas rectilíneas y caminitos sinuosos; bordeaban el río. Yura escuchaba, escuchaba, pero no dijo más que una cosa:

-¿No estás cansado, papá? ¿Tal vez podríamos volver a sentarnos un rato?

-¡Cabeza de mulo! Diez grados bajo cero en la cabina del chofer, era todo cuanto había retenido de ese asunto.

Pablo Nicolaievich estaba cansado, por supuesto, y con su abrigo tenía demasiado calor; por eso, se sentaron de nuevo en un banco en medio de tupidos arbustos..., mas estos arbustos no eran todavía sino varillas, muy traspasadas de sol, porque sólo empezaban las primerísimas hojas a asomar sobre las yemas. El sol calentaba mucho. Pablo Nicolaievich había permanecido sin anteojos durante todo el paseo; su cara reposaba, sus ojos reposaban. Los cerró a medias y se quedó así, silencioso, al sol. En el fondo, bajo la ribera escarpada, rugía el río como un torrente de montaña. Pablo Nicolaievich lo escuchaba, se entibiaba y pensaba: ¡qué agradable era, de todos modos, volver a la vida, saber con certeza que pronto, cuando todo reverdeciera, uno también viviría, y lo mismo en la primavera siguiente! ,

Mas era preciso ver bien hasta dónde había llegado Yura.

Dominarse, no enojarse, para evitar amedrentarlo. Y habiendo recuperado fuerzas, lo invitó a proseguir y contarle algunos otros episodios de su misión.

A pesar de toda su torpeza, Yura sabía hartos bien qué le valdría los elogios de su padre y qué le acarrearía sus reproches. Contó un caso que Pablo Nicolaievich no podía dejar de aprobar. Pero siguió evitando su mirada, pues no había aprendido a mentir, y su padre intuyó que otra vez había algo oculto bajo eso.

-¡Dímelo todo, veamos, dímelo todo! Bien sabes que no podrás oír de mí sino buenos consejos. Yo no deseo sino tu bien, lo sabes. Quiero ahorrarte errores.

Yura suspiró y contó la siguiente historia: en el curso de su inspección tuvo que examinar muchos viejos registros y documentos judiciales, algunos de los cuales se remontaban a sus buenos cinco años. Y poco a poco observó que, en más de un lugar donde debían ir pegados sellos fiscales de uno y de tres rublos, éstos faltaban. ¿Adónde podían haber ido a parar, pues? Yura reflexionó, hizo algunas averiguaciones y, en documentos posteriores, encontró sellos notoriamente estropeados, algo rasgados. Adivinó entonces que una de las dos jóvenes, Katia y Nina, que tenían acceso a todos esos archivos, pegaba sellos usados en vez de los que les hacía pagar a los clientes.

-¡No me digas! -refunfuñó Pablo Nicolaievich, perplejo, golpeándose las manos-. ¡Qué de trucos hay! ¡Qué de trucos hay para robarle al Estado! ¡Es que eso no se inventa solo!

Yura había hecho su encuesta discretamente, sin soplarle palabra a nadie. Había resuelto llegar hasta el final y desenmascarar a la culpable, para lo cual se le ocurrió cortejar, en farsa, primero a Katia, luego a Nina. Las llevó a las dos al cine y las acompañó de vuelta a sus casas: la que estuviera bien instalada, con bonitos muebles y alfombras, debía ser la ladrona.

-¡Bien pensado! -Pablo Nicolaievich aplaudió, con una amplia sonrisa- ¡Nada de tonto! ¡Pareces divertirte, y al mismo tiempo estás haciendo un buen trabajo! ¡Bravo!

Pero Yura descubrió que ambas vivían muy pobremente, una con sus padres, la otra con su hermana menor: no sólo no tenían alfombras, sino que hasta les faltaban una multitud de cosas de las que a Yura le costaba concebir que se pudiera prescindir. Habiendo reflexionado, fue a buscar al juez y se le contó todo, pidiéndole al mismo tiempo no darle prosecución judicial al asunto, sino limitarse a darles una lección a las muchachas. El juez le quedó muy agradecido por haber preferido resolver a puerta cerrada: la publicidad lo habría perjudicado a él también. Juntos, convocaron, pues, a las dos jóvenes y las sermonearon durante varias horas seguidas. Ambas confesaron. En total se hacían así un centenar de rublos al mes cada una.

-¡Se debió haberlas perseguido, ah, se debió haberlas perseguido! - Pablo Nicolaievich se lamentaba cual si fuese él quien fallara el golpe. Por otra parte, claro, no habla \_ que perjudicar al juez, y desde este punto de vista Yura había actuado con tino. ¡Por lo menos, ellas debían haberlo reembolsado todo!

Llegado al término de su relato, Yura había perdido toda su animación. Ni él mismo acertaba a comprender el sentido de esa aventura. Cuando fue a ver al juez y le propuso no entablar demanda, sabía y sentía que estaba dando pruebas de generosidad, y su decisión lo enorgullecía. Se imaginó



la alegría de las dos jóvenes cuando, después de una penosa confesión, en lugar del castigo esperado oyeran pronunciar su perdón. El juez y él se esforzaron, a cuál más, por avergonzarlas pintándoles toda la infamia y la bajeza de lo que habían hecho. El mismo, imbuido de la severidad de su propia voz, les citó a las personas honradas que conociera en veintitrés años de existencia y que, teniendo plena ocasión de robar, no robaban. Fustigó a las muchachas con palabras duras, sabiendo cuánto las destacarla en seguida el perdón. Y llegó el perdón, las jóvenes se marcharon; y, sin embargo, en los días siguientes, lejos de mostrarle a Yura unas caras radiantes, lejos de ir a agradecerle su generoso gesto, lo evitaban. Se quedó sorprendido; ¿eso le parecía inexplicable! ¿No habían comprendido, pues, la suerte a que habían escapado? Mas, trabajando para un tribunal, no podían ignorarlo.

No pudiendo más, él terminó por preguntarle a Nina si estaba contenta. Y Nina le contestó: "¿Contenta? ¿Y de qué? Ahora tengo que buscarme otro trabajo. Lo que gano aquí no me da para vivir". En cuanto a Katia, que era de un físico más agradable, quiso llevarla otra vez al cine. Katia le respondió: "No, yo flirteo honradamente; ¿flirtear así no es mi género!"

Tal era el enigma que traía de vuelta de su misión y en el cual seguía meditando. La ingratitud de las muchachas lo había herido en lo vivo. Ya sabía que la vida era menos sencilla de lo que la creía su padre, con su rigidez y su candor; pero ahora veía que era aún menos sencilla de lo que la creyera él mismo. ¿Qué habría debido hacerse? ¿Mostrarse implacable? O no decir nada, no observar esos sellos vueltos a usar. Pero entonces, ¿de qué servía todo su trabajo?

Su padre había dejado de hacerle preguntas y Yura no estaba descontento de poder callarse.

En cuanto a su padre, ante este segundo ejemplo de situación estropeada por manos torpes, llegó de una vez por todas a la conclusión de que cuando un niño no tenía médula, no la tendría jamás. Era difícil tomárselo a mal a su propio hijo, mas lo compadecía y le causaba enojo.

Debían de haber permanecido sentados demasiado tiempo. A Pablo Nicolaievich empezaron a helársele los pies y le dieron muchas ganas de estirarse. Se dejó abrazar, se despidió de Yura y regresó a la sala.

En la sala, a todo esto, discutían los enfermos animadamente. A decir verdad, el principal orador estaba afónico: era ese profesor de filosofía, hombre de buena presencia, que poco antes venía a menudo a visitar su sala, que después sometieran a una operación a la garganta y a quien acababan de transferir del Servicio de Cirugía al Servicio de Radioterapia del segundo piso. En la parte delantera del cuello, la más visible, le habían fijado una pieza metálica que semejaba el alfiler de corbata de un actor. El profesor era hombre bien educado y amable y Pablo Nicolaievich se preocupó mucho de no ofenderlo manifestando cuánto lo incomodaba ver ese broche que tenía en el cuello. Para

conseguir hablar con una voz aproximadamente audible, el filósofo debía ahora, cada vez que abría la boca, apoyar su dedo en ese broche. Pero le gustaba hablar, estaba habituado a ello, y ahora, después de su operación, habiendo recobrado el uso de la palabra, lo aprovechaba.

Se hallaba, pues, en mitad de la sala y, con voz sorda, más fuerte empero que un simple murmullo, estaba contando:

-¡La de trastos que había podido acumular! En una pieza, con la mayor seriedad del mundo, había dispuesto un juego de madera oro pálido, con el respaldo, el asiento y los brazos de felpa lila suave: cuatro sillones y un divancito. ¿De dónde habría podido sacar eso? ¿Acaso del Louvre? -dijo el filósofo, riendo de buena gana-. Y en la misma habitación, un segundo juego, no almohadillado, de alto respaldo negro. El piano era vienés. Una mesa con incrustaciones que databa por lo menos de la época del Weimar de Goethe, sólo que él la tapaba siempre con una carpeta azul y oro que arrastraba hasta el suelo. Sobre otra mesa había una estatua de bronce: una mujer desnuda, contorsionada, sosteniendo en la mano unos candeleros dispuestos en círculo, unos candeleros que no ardían, es cierto. Un poco demasiado grande para la pieza la estatua: casi tocaba el techo, posiblemente la habían hecho para adornar un parque... Y relojes: colgados, tendidos, parados, que llegaban desde la mesa de noche hasta el techo.... que en su mayoría no andaban. Un inmenso jarrón de museo con apenas una naranja en su interior. Nada más que en las dos piezas en que estuve yo, había no menos de cinco espejos, con marco de encina esculpido y consola de mármol... y los cuadros: marinas, paisajes de montaña, callejuelas de Italia... - Y el filósofo rió.

-¿Y de dónde provenía todo eso? -preguntó con asombro Sigbatov, que, como siempre, mantenía las dos manos puestas sobre los riñones, como para sujetarlos.

-Parte de eso son trofeos de guerra y parte proveniente de anticuarios. Trabó allá conocimiento con una vendedora a quien hizo ir a su casa a avaluar sus muebles y luego se casó con ella. En seguida, entre los dos, se las compusieron para echar mano a todo artículo un poco interesante que llegaba.

-y él, ¿qué es lo que hace en la vida? -indagó Ajmadyan.

-El, nada. El está retirado desde los cuarenta y dos años.

Y además, ¡un perfecto imbécil! Todavía tiene en su casa a una nuera y una nieta a quienes les habla así: "¡Aquí soy yo el que manda! ¡Yo soy el patrón! ¡Yo fui el que construyó esta casa!" Se pasea como un mariscal, con la mano deslizada bajo los faldones de su capote de uniforme. Según su pasaporte, se llama Emiliano, pero, sabe Dios por qué, exige que los suyos le digan Sashik. ¿Y creen ustedes que está satisfecho de la vida? En lo más mínimo: lo atormenta la idea de que su ex general en el ejército posee, en Kislovodsk, una casa de diez

piezas, con un mozo para hacer funcionar la calefacción y dos coches, mientras que él, Sashik, no ha llegado a conseguir todo eso.

Rieron.

Sin embargo, Pablo Nicolaievich no había hallado este relato ni divertido ni muy pertinente.

Shulubin tampoco rió. Los miraba a todos cual si le impidiesen dormir.

-Es extravagante, de acuerdo -dijo Kostoglotov, siempre cabeza abajo-. Pero ¿cómo...?

-Es como ese artículo que había..., ¿cuándo fue? En fin, el otro día, en el diario local -comentó alguien-: ese tipo que se hace construir una casa con el dinero del Estado, pero se descubre el secreto. Y bien, el tipo reconoció su falta, entregó la casa a una institución para niños y le impusieron una censura. ¡Ni siquiera lo expulsaron del Partido!

-¡Sí! -recordó Sigbatov-. ¿Por qué una censura? ¿Por qué no lo juzgaron?

El filósofo no había leído el artículo y no pretendió explicar por qué no habían juzgado al hombre, pero Rusanov lo hizo:

-¡Camaradas! Si se arrepintió, tomó conciencia de su falta y, para más, entregó la CÍBsa a un jardín infantil, ¿por qué había de ser indispensable adoptar una medida extrema? El humanitarismo es el rasgo fundamental de nuestro...

-... Es extravagante, de acuerdo -Kostoglotov volvía a la carga-, pero ¿cómo me explicará usted todo eso desde el punto de vista filosófico, quiero decir Sashik y la casa?

El profesor hizo con una mano (la otra la tenía apoyada en el cuello) un gesto de impotencia.

-¿Qué quiere usted, vestigios de la mentalidad burguesa...

-¿Burguesa? ¿Por qué, pues? -gruñó Kostoglotov,

-¿Qué mentalidad, entonces? -intervino Vadim, poniendo oído él también. Precisamente hoy, que estaba con ánimo de leer, tenía que reñir la sala entera. Kostoglotov volvió a levantar su cabeza colgante y la apoyó en la almohada, para ver mejor a Vadim y los otros.

-¿Qué mentalidad? La codicia humana, y no la mentalidad burguesa, sencillamente. ¡Hubo gente codiciosa antes que existieran los burgueses, y la habrá después!

Rusanov no estaba' acostado todavía. Por encima de su cama de alto a bajo, le dijo a Kostoglotov en tono sentencioso:

-Si se profundiza bien, en casos de este género, siempre se descubre un origen social burgués.

Kostoglotov tuvo un brusco movimiento de cabeza, como si escupiera de lado:

-¡Pero si no son más que gansadas todas esas historias de origen social!

-¡Cómo que gansadas! -exclamó Pablo Nicolaievich, tomándose las costillas, presa de un dolor repentino. Ni siquiera de parte de "Hocicón" se esperaba él una salida tan descarada.

-¿Cómo que gansadas? -repitió Vadim, alzando sus negras cejas para manifestar su asombro.

-Así -gruñó Kostoglotov y se incorporó otro poco, hasta estar medio sentado-o A ustedes ¿es han llenado la cabeza de ellas.

-¿Qué quiere decir con "llenado la cabeza"? ¿Está dispuesto a responder de lo que dice? -exclamó Rusanov con voz aguda, como para preguntarse de dónde había sacado fuerzas para eso.

-¿A quién le han llenado la cabeza? -Vadim enderezó la espalda, mas permaneció sentado como estaba, con el libro puesto sobre la pierna,

-A ustedes.

-¡Nosotros no somos robots! -dijo Vadim, sacudiendo la cabeza con expresión severa-. No aceptamos nada sin pruebas.

-"Ustedes", ¿quiénes? -pronunció Kostoglotov, con sonrisa maligna. Su mechón le caía sobre la frente.

-¡Nosotros! ¡Nuestra generación!

-Entonces, ¿por qué aceptaron el "origen social"? ¡Eso no es marxismo, es racismo!

-¡Coó-mo! ... -Rusanov casi había aullado de dolor,

-¡Aa-sí! -aulló también Kostoglotov.

-¡Oigan, oigan! -Rusanov llegó a tambalearse; agitaba los brazos, llamando a toda la pieza, a toda la sala, a reunirse a su alrededor-. ¡Pido testigos! ¡Pido testigos! ¡Es sabotaje ideológico!

Entonces, Kostoglotov puso vivamente los dos pies en el suelo e hizo, dirigido a Rusanov, con los dos codos y con un contoneo, uno de los gestos más indecentes que hay, acompañándolo del insulto más obsceno, ese que se ve escrito en todas las murallas: -¡Váyase a hacer..., con su sabotaje ideológico! Han tomado unas costumbres, estos hijos de..., Basta que uno no esté de acuerdo con ellos, ¡e inmediatamente es sabotaje ideológico!

Caldeado, profundamente ultrajado por esa insolencia de bandido, por ese gesto yesos insultos repulsivos, Rusanov jadeaba y se reajustaba los anteojos, Kostoglotov, por su parte, aullaba a través de toda la sala y se lo oía hasta en el corredor (tanto que incluso vino Zoe a echar un vistazo a la pieza):

-¿A qué viene cacarear como un brujo "origen social, origen social"? En la década del 20, ¿sabe lo que se decía? "¡Muéstreme sus manos callosas! ¿Por qué están sus manos tan blancas y tan cuidadas?" ¡Eso era marxismo!

-¡Yo he trabajado, yo he trabajado! -gritó Rusanov, pero veía mal al ofensor, porque no lo graba mantener los anteojos en su lugar.

-¡le creo! -bramó Kostoglotov, con voz repelente-. ¡Le creo! Hasta le sucedió levantar una viga con sus propias manos, durante una jornada de trabajo voluntario, ¡sólo que usted se puso en el medio! Puede que yo sea hijo de un comerciante del tercer estado, pero me he pasado toda la vida apernando, vea, ¡mírelas, mis manos callosas! ¿Y acaso soy de todos modos un burgués? ¿Qué fue lo que me dejó mi padre, glóbulos rojos diferentes? ¿Glóbulos blancos diferentes? Yo le digo, pues, que sus distinciones son distinciones de raza, y no distinciones de clase. ¡Un racista, eso es lo que es usted!

-¿Qué? ¿Qué soy yo?

-¡Un racista, eso es lo que es! -le asestó Kostoglotov, quien se había levantado y se enderezó cuan alto era.

Sintiéndose ofendido injustamente, Rusanov lanzaba gritos agudos. Vadim, indignado, hablaba con voz precipitada, mas permaneció acostado y nadie le oía; y el filósofo sacudía con aire de reprobación su cabezota bien plantada y peinada cuidadosamente... "pero ¡fuera uno a oír su voz enferma!

No obstante, se acercó mucho a Kostoglotov y, mientras éste recobraba el aliento, consiguió susurrarle:

-¿No conoce usted la expresión "proletario de padre a hijo"?

-Se pueden tener diez abuelos proletarios, pero ¡no se es proletario si no trabaja uno mismo! -tronó Kostoglotov-. ¡Un codicioso, eso es lo que se es, y no un proletario! El tiembla de pensar que puedan no darle una jubilación extraordinaria, ¡se lo he oído! -y viendo que Rusanov abría la boca, continuó asestándole golpes-: ¡No es la patria lo que usted ama, es la jubilación! Y lo más pronto posible, hacia los cuarenta y cinco años. A mí me hirieron frente a

Voronej, lo cual me valió balas y un par de botas mal remendadas, y bien, ¡yo amo a mi patria! Yo no cobraré un céntimo por estos dos meses de enfermedad, ¡y de todos modos amo a mi patria!

Y gesticulaba con sus largos brazos, casi tocando la cara de Rusanov. Herido de repente en lo vivo, se había sumergido en el torbellino de esta discusión, como se sumergiera ya decenas de veces en el torbellino de las disputas entre detenidos, y era de allá de donde resurgían, volviéndole a la mente, las frases y los argumentos oídos en otro tiempo de boca de individuos que quizás ya no estuvieran vivos. En el ardor de la discusión, la realidad se había esfumado en su cabeza, y esta pieza cerrada y demasiado pequeña, abarrotada de camas y de gente, se había convertido en una celda de prisión: por eso era que se dejaba ir tan fácilmente a las peores injurias y estaba dispuesto a batirse en el acto, si era preciso,

Habiéndolo intuido y adivinando que en este Instante Kostoglotov podría romperle la cara como nada, Rusanov se mostró sumiso ante el ardor furibundo de su adversario. Pero los ojos le brillaban de cólera,

-¡Yo no tengo necesidad de jubilación! -gritó Kostoglotov, a quien nadie le impedía hablar. ¡Yo, que estoy hablándoles, no tengo un centavo, y a mucha honra! ¡No es eso lo que yo busco! Yo no quiero un sueldo elevado, ¡lo desprecio!

-¡Chitón! ¡Chitón! -le dijo el filósofo, tratando de interrumpirlo-. El socialismo prevé un sistema de remuneraciones diferenciadas.

-¡Vaya a que lo examinen, con sus "diferenciadas"! -tronó Kostoglotov, porfiado como un burro-o Entonces, a medida que nos acercamos al comunismo, los privilegios de unos con respecto a los otros deben aumentar, ¿no es eso? Pues, para llegar a ser iguales, es preciso que primero lleguemos a ser desiguales, ¿no es así? Es lo que se llama dialéctica, ¿no' es cierto?

A fuerza de gritar, sintió dolores más arriba del estómago, lo cual le veló la voz,

Repetidas veces, había tratado Vadim de intervenir;; mas Kostoglotov sacaba sin cesar nuevos argumentos y los lanzaba uno tras otro, como en un juego de bolos, con tal rapidez que Vadim no alcanzaba a darse vuelta.

-¡Oleg! -gritó, esforzándose por detenerlo-. ¡Oleg! Nada hay más fácil que criticar una sociedad que está recién constituyéndose. Pero hay que recordar que todavía no tiene ni siquiera cuarenta años.

-¡Yo tampoco! -replicó con presteza Kostoglotov-. ¡Y jamás seré mayor que ella! ¿Acaso es una razón para que yo me calle durante toda la vida?

Tratando de detenerlo con el ademán y pidiendo misericordia para con su garganta dolorida. el filósofo susurró fórmulas convincentes sobre la diferencia que había entre la contribución al erario nacional del que lava los suelos de la clínica y del que dirige el Servicio de Sanidad Pública.

Y Kostoglotov habría sin duda hallado alguna otra incongruencia que vociferar en respuesta a eso, más de repente desde el rincón de la pieza donde se hallaba, cerca de la puerta, Shulubin, a quien todos habían olvidado, se adelantó. Moviendo las piernas con torpeza, vino lentamente hacia ellos, con su aspecto sucio y desaliñado, con su andrajosa bata de hospital, como hombre a quien hubiesen despertado de improviso en mitad de la noche, Todos lo vieron y se sorprendieron. El, entretanto, se apostó ante el filósofo, alzó el dedo y preguntó, en medio del silencio general:

-¿Conoce usted las **Tesis de Abril**?<sup>1</sup>

-¿Quién no las conoce? --preguntó sonriendo el filósofo,

-¿Y puede enumerarlas punto por punto? -siguió interrogando Shulubin, con su voz gutural.

-No es indispensable poder enumerarlas, querido amigo. Las Tesis de Abril plantearon el problema del paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista. Y en ese sentido...

-Pues bien, esas tesis comportan también el punto siguiente -dijo Shulubin, agitando sus espesas cejas encima de sus ojos redondos, enfermos, fatigados, rojizos y color tabaco-: "El sueldo de cualquier funcionario no debe ser superior al sueldo promedio de un buen obrero". Así fue como se comenzó la revolución.

-¿Es verdad? -preguntó el profesor, muy sorprendido-. Yo no me acordaba de eso.

-Cuando vuelva a su casa, podrá verificarlo. Por consiguiente, el director del Servicio de Sanidad de la región no debería ganar más que nuestra Nelly.

Y agitó el dedo, como para subrayar una prohibición, por delante de la cara del filósofo.

Luego se marchó de nuevo a su rincón, cojeando.

-¡Ja-ja! ¡Ja-ja! -rió Kostoglotov con ironía, regocijado de ese inesperado refuerzo. ¡Caramba que le hacía falta ese argumento, y el viejo lo había sacado del paso!

-¿Digirió eso?

El filósofo, no sabiendo qué contestar, arregló el broche que tenía en el cuello.

-¿Nelly, una buena obrera? ¡Tal vez sea un poco exagerado!

-Bueno, digamos la enfermera que usa anteojos. De todas maneras, ellas tienen el mismo sueldo.

Rusanov, por su parte, se había sentado, abandonando la partida: ya no podía ver a Kostoglotov, lo hacía temblar de disgusto (pero la longitud de sus brazos y la fuerza de sus puños le vedaban recurrir a medidas administrativas); en cuanto a aquel búho repugnante de allá, en su rincón, le había desagradado en seguida a Pablo Nicolaievich, y con razón: ¡comparar al director del servicio de Sanidad de la región con una lavadora de suelos, él no había hallado nada más malévol! ¿Qué va a decir uno, después de eso?

Inmediatamente, todos se dispersaron y Kostoglotov ya no vio con quién emprenderlas. Por otra parte, ya había proclamado todo cuanto le pesaba en el corazón. Y además, a fuerza de gritar, se sentía muy dolorido por dentro y hablar le hacía daño.

Entonces Vadim, que permaneciera acostado durante toda IR discusión, le hizo seña de acercarse, lo hizo sentarse en su cama y, sin alzar la voz, se puso a darle la lección:

-Usted no aplica un buen criterio, Oleg. Su error estriba en esto: usted compara lo que es con el ideal futuro, siendo que debería compararlo con las calamidades y la podredumbre que presentó toda la historia de Rusia hasta 1917.

-Yo no estuve ahí, no sé nada de ella -dijo Kostoglotov, bostezando.

-No es necesario haber estado ahí, es fácil informarse. Lea a Saltykov-Tchedrin, eso podrá bastarle como manual. O bien, compare con las democracias modelos de Occidente, donde jamás obtendrá usted ni el reconocimiento de sus derechos ni justicia ni, simplemente, una vida decente.

Kostoglotov volvió a bostezar, con aspecto de agotamiento, La irritación que lo empujara a discutir se había extinguido con tanta rapidez como se encendiera un momento antes. Haciendo trabajar sus pulmones, se había adolorido mucho el estómago o su tumor: era de creer que le estaba vedado hablar demasiado fuerte.

-¿Usted no ha hecho el servicio militar, Vadim?

-No, ¿por qué?

-¿Cómo es posible?

-En el Instituto teníamos adiestramiento militar superior.



-¡Ah!... Yo serví siete años en el ejército. De sargento.

"Obrero y Campesino" se llamaba en esa época nuestro ejército. El jefe de la sección ganaba veinte rublos, y el jefe del pelotón seiscientos, ¿comprendido? y en el frente, los oficiales recibían una ración suplementaria: golosinas secas, mantequilla, conservas, que se comían a escondidas, ¿comprende? Porque les daba vergüenza. Y nosotros les cavábamos refugios antes de cavarlos para nosotros mismos. Yo era sargento, lo repito.

Vadim frunció el ceño. Ignoraba estos hechos, pero, por supuesto, debían tener también una explicación racional.

-Pero... ¿para qué me dice usted todo eso, pues?

-Es para preguntarle dónde está la mentalidad burguesa.

¿En quiénes?

Oleg ya había hablado demasiado, mas experimentaba una sensación a la vez de amargura y de alivio, de pensar que realmente ya no tenía él gran cosa que perder.

De nuevo bostezó ruidosamente y se fue á su lecho. Allá, bostezó una vez más. Y otra vez.

¿De fatiga? ¿O era la enfermedad la que lo hacía bostezar? ¿O era la sensación de que todas esas discusiones y disputas, ese vocabulario, ese encarnizamiento y esos ojos llenos de malevolencia no eran sino chapoteo en el barro, nada al lado de sus enfermedades y de la muerte con que se enfrentaban?

Y uno habría deseado dar con algo totalmente distinto. Puro. Inconmovible.

¿Pero dónde hallarlo? Nada sabía Oleg de ello.

Esa mañana había recibido carta de los Kadmin. El doctor Nicolás Ivanovich contestaba, entre otras, su pregunta acerca de esa "palabra blanda" que quebranta los huesos. Hubo, al parecer, en la Rusia del siglo XV, una especie de libro manuscrito, los **Comentarios al Antiguo Testamento...** y en aquel libro, la historia de Kitovras. (Nicolás Ivanovich siempre había sido muy sabio en antigüedades). Kitovras vivía en un desierto remoto y no podía caminar sino en línea recta. El rey Salomón hizo venir a Kitovras y lo encadenó valiéndose de un ardid, luego se lo llevaron a tallar piedras. Pero Kitovras no avanzaba sino en línea recta y cuando lo hicieron cruzar Jerusalén tuvieron que derribar casas delante de él para abrirle paso. Ahora bien, había en su camino una casita perteneciente a una viuda. La viuda se echó a llorar y empezó a suplicarle a Kitovras que no le demolieran su pobre morada y lo doblegó. Kitovras se retorció, se puso muy chico y se quebró una costilla. Pero dejó la casa intacta. Y entonces dijo: "Una palabra blanda puede quebrantar un hueso, una palabra dura llama la cólera".

Y ahora, Oleg meditaba en ese Kitovras y en esos copistas del siglo

XV; ellos sí que eran hombres; nosotros, después de ellos, no somos más que lobos.

¿Quién, en nuestros días, se dejaría romper una costilla por responder a una palabra blanda?

Mas había otra cosa, en la carta de los Kadmin (Oleg la cogió a tientas de encima de la mesa de noche). Escribían:

Querido Oleg.

Tenemos una gran desgracia.

Mataron a Yuk.

El Concejo contrató a dos cazadores para que les dispararan a los perros. Recorrían las calles matando a los perros. Pudimos encerrar a Tobik, pero Yuk se escapó y se puso a seguirlos ladrando. Era así, siempre le había temido hasta a una cámara fotográfica, ¡como si tuviera un presentimiento! Le dispararon una bala en el ojo, cayó en la cuneta, con la cabeza sobre el borde de la acera. Cuando nos acercamos a él, aún se movía... Ver moverse un cuerpo tan grande, daba miedo.

¿Y sabe? La casa se ha quedado muy vacía. Y este sentimiento de culpabilidad para con él: debimos haberlo escondido, retenido.

Lo enterramos en un rincón del jardín, cerca de la glorieta.

Oleg se había tendido en su cama y estaba pensando en Yuk. Mas no lo veía muerto, con el ojo sangrando, la cabeza suspendida fuera de la cuneta. No: veía aquellas dos patas y aquella cabezota afectuosa, de orejas de oso, que obstruían la ventana de su choza, cuando el perro venía a pedirle que abriese la puerta.

Y he aquí que hasta a un perro lo habían matado. ¿Por qué?

## CAPITULO XXX

### EL VIEJO DOCTOR

El doctor Oreshchenkov, en setenta y cinco años de existencia y medio siglo de práctica, no había ganado con qué ofrecerse un palacio de piedra, mas de todos modos había podido comprarse, desde la década del 20, una casita de madera de un solo piso, con jardincito. Era ahí donde vivía desde entonces. La casa se hallaba situada en una arteria apacible, dotada no sólo de un paseo central sino también de aceras espaciosas que separaban las casas de la calzada por una buena quincena de metros. En las aceras, todavía en el siglo pasado, habían hecho crecer árboles de gruesos troncos, cuyas copas se juntaban, en verano, formando un tupido techo verde, mientras a sus pies el suelo estaba desmalezado, bien limpio y rodeado por una reja de fierro. Durante los calores intensos, la gente pasaba por ahí sin sufrir el rigor del sol, y además corría a lo largo de la acera, por una canaleta embaldosada, un hilillo fresco de agua de riego.

Esta alameda circundaba la parte más granada y más hermosa de la ciudad, de la cual era a su vez uno de los ornamentos más bellos. Por lo demás, en el Concejo refunfuñaban contra esas casas bajas demasiado extendidas y no suficientemente apretadas unas contra otras. Se decía que, dada la carestía de los medios de comunicación, ya era tiempo de demoler esas casas para construir allí inmuebles de cinco pisos.

El paradero de autobuses estaba bastante lejos de la casa de Oreshchenkov y Ludmila Afanasiev iba a pie. Hacía mucho calor, con un viento seco; aún no llegaba el crepúsculo y se veía a los árboles, en su tierno, primerísimo brote, más o menos avanzado, prepararse para la noche; los álamos, en tanto, semejaban cirios, no mostrando trazas de verdor. Pero la Dontsov iba mirando a sus pies, y no hacía lo alto. Toda esta primavera no era festiva, sino convencional, y quién podía decir lo que sería de Ludmila Afanasiev de ahí a que esos árboles desplegaran su follaje y a que luego sus hojas se tiñeran de amarillo y cayesen. Aún antes había estado siempre tan ocupada que nunca le acontecía detenerse, echar la cabeza para atrás y entornar los ojos.

En la casita de Oreshchenkov, quedaban lado a lado la puerta lateral y la puerta de entrada, provista de una manilla de cobre y guarnecida de molduras piramidales muy pesadas, al estilo antiguo. En tales casas, esas puertas, ya no muy nuevas, están por lo general condenadas y hay que pasar por la puerta lateral. Aquí, no obstante, los dos peldaños de piedra no estaban invadidos por la hierba y el musgo y, como en otro tiempo, relucía la plaquita de cobre que decía, grabado en cursiva, "Doctor Oreshchenkov, M.G.", y el tiempo

no había afectado la copilla del timbre eléctrico.

Fue en él donde Ludmila Afanasiev apoyó el dedo. Se oyeron pasos. Fue el propio Oreshchenkov quien abrió la puerta; estaba vestido con un terno café gastado, pero de buena calidad, y tenía abierto el cuello de la camisa.

-¡Ah, aquí está Ludmilita! -No levantó sino muy levemente las comisuras de los labios, mas en él ya era eso la más amplia de las sonrisas-o Estaba esperándola, estaba esperándola, pase, me alegro mucho. Es decir, me alegro y no me alegro. No es un motivo venturoso el que la hace visitar al viejo que soy yo.

Ella lo había llamado por teléfono, para preguntarle si podía venir a verlo. Claro que podía haberle hablado por teléfono de lo que tenía que consultarle, pero eso habría sido mostrarle poca deferencia. y he ahí que le aseguró, con aire culpable, que lo habría visitado aun sin mediar ninguna circunstancia infortunada, y él, por su parte, se apresuró a ayudarle a quitarse el abrigo.

-Por favor, por favor, todavía no soy una ruina.

El colgó el abrigo en un alto perchero barnizado previsto para gran número de visitantes o Invitados y la precedió por sobre unos pulidos entablados de madera pintada. Cruzaron el corredor que pasaba por delante de la lindísima habitación, muy clara, donde se hallaba un piano con el atril levantado, que adornaban unas partituras abiertas; era la que habitaba la mayor de las nietas de Oreshchenkov. Atravesaron el comedor, cuyas ventanas, tapizadas de sarmientos de vid todavía secos, daban al patio y donde se hallaba una valiosa radio grande; y llegaron así al gabinete de consultas, donde todas las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros y donde había un gran escritorio antiguo, un sofá viejo y cómodos sillones.

-Pero dígame, Dormidonte Tijonovich -se interesó la Dontsov, que, con los ojos entornados, había dado la vuelta a las paredes-, ¿me parece que usted tiene aun más libros que antes!

-¿Le parece? -dijo Oreshchenkov, sacudiendo levemente su voluminosa cabeza escultural, sacudiéndola de un modo casi imperceptible, como lo eran todos sus gestos, que siempre se circunscribían en los límites más restringidos-. Es cierto que no hace mucho compré una veintena, ¿y sabe a quién? -y de nuevo exteriorizó cierta jovialidad, pero otra vez apenas apenas, y era preciso estar familiarizado con él para advertir esos leves matices-. ¡A Aznachaev! Se acogió a retiro... después de sesenta años, ¿ve? Y fue entonces cuando se pudo ver que él no tenía nada de radiólogo; no quiso oír hablar de medicina un solo día más; había sido en todo momento apicultor y en adelante no se ocuparía sino de abejas. ¿Es posible, ah? ¡Ser apicultor y perder los mejores años de su vida! Y bien, Ludmilita, ¿dónde va a sentarse? -le preguntó a la Dontsov, vieja, encanecida, como dirigiéndose a una niñita. Y fue él mismo quien decidió por ella- : Vaya, en ese sillón, ahí estará muy bien.

-Pero no tengo intención de eternizarme, Dormidonte Tijonovich. No he venido más que por un minuto -replicó todavía la Dontsov, mas dejándose ya deslizar en aquel sillón hondo y mullido; e inmediatamente sintió un

apaciguamiento y hasta la casi certidumbre de que era en este lugar y en este momento donde se adoptaría la mejor decisión posible. La carga de una responsabilidad permanente, la carga de una dirección que ella asumía y la carga de la elección que tenía que hacer por su propia vida, habían cesado todas de pesar sobre sus hombros desde el instante en que se halló en el corredor cerca del perchero; y he ahí que todo eso había desaparecido definitivamente en el momento de hundirse en el sillón. Y fue con alivio como paseó una mirada acariciadora a su alrededor, por este gabinete que, desde luego, conocía bien; y fue con enternecimiento como vio en el rincón el viejo peinador de mármol, no un lavamanos moderno, sino un verdadero peinador, con su recipiente, estando todo tapado y muy limpio. Y dirigió su mirada a Oreshchenkov, dichosa de que estuviese vivo, de que existiera y de que fuese a asumir toda su angustia. El seguía de pie, muy erguido, sin la menor, tendencia a encorvarse, y conservaba igual corte de hombros, firmes, vigorosos, igual apostura de la, cabeza. Seguía pareciendo muy seguro de sí mismo, cual si, cuidando a los demás, no pudiese caer enfermo. Desde la mitad del mentón, le bajaba una barba plateada, fina y bien cortada. Aún no era calvo y su cabellera, con una partidura que parecía no haber cambiado desde hacía tantos años, ni siquiera estaba totalmente gris. Y su rostro era de esos cuyas facciones jamás revelan los sentimientos, permaneciendo siempre inalteradas, plácidas, en su debido lugar. Y sólo las cejas, de arco muy pronunciado, se encargaban de reflejar todo el alcance del acontecimiento vivido mediante unos movimientos ínfimos.

-En cuanto a mí, Ludmila, usted me disculpará, me instalo ante mi mesa. ¡Pero que eso no parezca formal! Es, sencillamente, que yo he arraigado un poco en este sitio.

¡Y cómo no iba a haber arraigado un poco! Al principio muy a menudo, casi todos los días, luego con menor frecuencia y todavía ahora, venían los pacientes a verlo en este gabinete y les sucedía quedarse allí largo rato, entregados a una conversación dolorosa de la cual dependía su porvenir entero. A través de los meandros de aquellas conversaciones, puede que se les grabara para siempre en la memoria tal o cual detalle: esta carpeta de paño verde rodeada de un reborde de encina café oscuro, o ese antiguo cortapapel de madera, o esta espátula de níquel (para examinar la garganta), o esa agenda móvil, o este tintero bajo su tapa de cobre, o aun el té muy cargado, de color púrpura, que se enfriara en un vaso. El doctor estaba sentado a su escritorio; acontecía también que se levantara, que se dirigiera al peinador o a un anaquel, cuando era necesario dejar al enfermo descansar de su mirada y reflexionar. Como norma general, no era sino por necesidad por lo que los ojos del doctor Oreshchenkov, cuya atención no aflojaba, se volvían a otra parte, hacia la ventana, a contemplar la mesa, los papeles. Esos ojos no perdían ni uno sólo de los instantes reservados al paciente o al interlocutor. Eran el instrumento principal del doctor Oreshchenkov, quien a través de ellos percibía a sus enfermos y discípulos, les transmitía su decisión, su voluntad.

Entre las numerosas persecuciones de que fuera objeto en el transcurso de su vida -muy al comienzo, a causa de su actividad revolucionaria en 1902 (ocasión en que estuvo preso por una breve semana, simultáneamente

con otros estudiantes); luego, por haber sido sacerdote su difunto padre; después de lo cual, porque, durante la primera guerra imperialista, fue médico de brigada en el ejército del zar..., y no sólo médico de brigada, sino que además, como lo establecieron los testigos, en el momento de batirse en retirada su regimiento, presa del pánico, montando en su caballo, hizo al regimiento cambiar de frente y lo arrastró de nuevo a esa refriega imperialista contra los obreros alemanes-; de todas estas persecuciones, la más compulsiva y obstinada se debía al hecho de' aferrarse Oreshchenkov porfiadamente a su derecho a tener una clientela particular, a pesar de prohibirse ésta cada vez más ferozmente en todas partes, como fuente de empresa privada y de enriquecimiento, como actividad improductiva que a cada instante y sin cesar hacía renacer el espíritu burgués. Y por algún tiempo debió retirar su placa de médico y no dejar cruzar su umbral a ningún paciente, cualesquiera que fuesen sus ruegos o su eventual estado, porque habían apostado en el vecindario a espías, a sueldo o voluntarios, del Departamento de Finanzas, y también porque los enfermos mismos no podían abstenerse de hablar de más, lo cual amenazaba privar al doctor de todo trabajo e incluso de alojamiento.

Y sin embargo, era precisamente este derecho a una clientela particular lo que tomaba más a pechos en su profesión. Sin esa placa grabada en su puerta, le parecía vivir en la clandestinidad, bajo un nombre prestado. Por principio, no sustentó ni tesis previa al doctorado ni tesis de doctorado, diciendo que las tesis de ningún modo permitían prejuzgar el resultado de las atenciones cotidianas prodigadas a los pacientes, y que éstos hasta pueden sentirse cohibidos si tienen que ver con un profesor de medicina, valiendo más emplear el tiempo que se perdía en una tesis para dominar una disciplina adicional. Sólo en la Escuela de Medicina local, Oreshchenkov había pasado sucesivamente, en treinta años, por los Servicios de Medicina General, Pediatría, Cirugía, Enfermedades Infecciosas, Urología y hasta Oftalmología, después de lo cual, sólo entonces, se hizo radiólogo y cancerólogo. Era con un fruncimiento de labios de a lo sumo un milímetro como expresaba su opinión acerca de los "científicos expertos". Su idea era que, si a alguien habían calificado en vida de "científico" y le agregaban "experto", estaba irremisiblemente perdido; desde entonces, la gloria le impedía atender, como impide moverse una vestimenta demasiado suntuosa, y allá iba el "investigador experto", deambulando con su séquito, semejante a algún nuevo Cristo en medio de sus apóstoles, y se hallaba privado del derecho a equivocarse, privado del derecho a ignorar algo, privado del simple derecho a un instante de meditación; podía estar saturado, caduco, superado, pero lo mantendría en secreto y todos seguirían infaliblemente esperando de él milagros.

Oreshchenkov no quería nada de eso. Todo cuanto deseaba era una placa de cobre y un timbre accesible al transeúnte.

Después, circunstancias afortunadas hicieron, no obstante, que Oreshchenkov salvara de la muerte al hijo de un director, personaje importante en la ciudad; otra vez más, al propio director, no el mismo, pero personaje igualmente importante; y varias veces, a diversos, miembros de familias influyentes. Y todo eso sucedió aquí mismo, en esta ciudad que jamás

abandonara. Y la fama del doctor Oreshchenkov se consolidó así en las esferas de alta influencia, formándole una especie de aureola protectora. Bien puede ser que en una ciudad puramente rusa hubiese sido esto de escasa ayuda; mas en una pequeña ciudad oriental, acomodaticia, supieron no observar que había vuelto a clavar su placa y que de nuevo le acontecía recibir algunos clientes. Después de la guerra, ya no tuvo puesto fijo, sino que atendía consultas en varias clínicas, participaba en las jornadas de las sociedades científicas. Fue así como, llegado a la edad de setenta y cinco años, pudo empezar a llevar, sin interdicción, la vida que él consideraba justa para un médico.

-Pues bien, vea, Dormidonte Tijonovich, yo quisiera preguntarle si no podría usted venir a examinarme el duodeno. Escogeremos el día que más le convenga. -Tenía la tez empañada y la voz debilitada.

Oreshchenkov la contempló con su mirada inalterable, sin apartar los ojos de ella y sin haber denotado sus cejas arqueadas ni un solo milímetro de sorpresa.

-Sin duda alguna, Ludmila Afanasiev, llegaremos a fijar un día. Pero de todos modos mencioneme sus síntomas. Y dígame también lo que usted misma piensa de ellos.

-Los síntomas, se los cito en seguida. En cuanto a lo que pienso de ellos, ¿sabe?, yo trato de no pensar. Lo que equivale a decir que pienso demasiado. Hasta he llegado al punto de no poder pegar los ojos noches enteras, y para mí, ¡lo más sencillo sería no saber! De veras, decida usted y si es preciso pasar por la mesa de operaciones, que no quede por eso; pero en cuanto a saber, yo no quiero. Si hay que operarme, prefiero ignorar el diagnóstico; si no, durante toda la operación estaré ahí diciéndome: ¿qué estarán haciéndome?, ¿qué estarán sacando? ¿Comprende? -y fuese el gran sillón o sus hombros debilitados, el caso es que, en este instante, no tenía ella el aspecto de una mujer grande y vigorosa. Se había empequeñecido.

-Por lo que se refiere a comprender, Ludmilita, puede que yo comprenda, pero no comparto sus ideas. ¿Y por qué, pues, habla usted así inmediatamente de operación?

-Es que hay que estar dispuesta a...

-Pero entonces, ¿por qué no vino antes? ¡Si no lo sabe usted...!

-Sí, pero, Dormidonte Tijonovich -suspiró la Dontsov-, es que así es la vida. Una no se detiene... Por supuesto, no debí haber tardado... Pero tampoco crea que yo he dejado llegar las cosas a este punto -agregó, recobrándose. Le volvió su manera acelerada de mujer activa-o ¿Pero por qué una injusticia semejante? ¿Por qué tenía yo, canceróloga, que verme afectada precisamente por una enfermedad cancerosa, siendo que las conozco todas, siendo que me Imagino todos los corolarios, todas las secuelas y todas las complicaciones?

-No hay en eso ninguna injusticia.-Por su acento grave y su emisión mesurada, esta voz era muy persuasiva-. Por el contrario, es justo, lo más justo que hay. Es la prueba más segura, para un médico, contraer una enfermedad que es del resorte de su especialidad. -¿Qué podía tener eso de justo, de seguro? Razona así porque no es él quien está enfermo-. ¿Se acuerda de Pania Fedorov, la enfermera? Ella decía: "¡OH!, cómo es posible que me haya puesto tan brusca

con los enfermos? Es hora de que me hospitalice por un tiempo yo también".

-¡Yo jamás habría creído estar tan afectada! -dijo la Dontsov, haciendo crujir los dedos. Y a pesar de todo, en este instante se sentía menos extenuada que en todo este último tiempo. -y entonces, ¿qué observa usted en sí misma?

Ella se puso a exponerlo a grandes rasgos, mas él exigió un relato minucioso.

-¡Dormidonte Tijonovich! De ninguna manera tenía yo intención de ocuparle así su velada del sábado, ya que de todos modos va a venir a examinarme por los rayos.

-¿Y no sabe lo hereje que soy yo? Usted ignora que trabajé veinte años antes de existir la radiografía. ¡Y qué diagnósticos se hacían, queridita! Es como el caso de la célula fotoeléctrica o del reloj: cuando uno los tiene, pierde por completo la costumbre de determinar el tiempo de exposición a simple vista y ahora que es mediante los sentidos. Y cuando no los tiene, se adapta a ello muy pronto.

Y la Dontsov comenzó a hablar, diferenciando y reagrupando los síntomas, imponiéndose no descuidar ningún detalle susceptible de agravar el diagnóstico (aunque fuerte era la tentación de omitir cierto número de puntos, para oírse decir: "Pues bien, Ludmilita, usted no tiene nada grave, nada grave"). Le indicó también su fórmula sanguínea, una fórmula muy mala, como asimismo su acelerada sedimentación. El le escuchó sin interrumpirla, luego se puso a hacerle preguntas. A veces, meneaba la cabeza como ante algo totalmente evidente, sencillito, que se encuentra en cualquiera; sin, embargo, no dijo: "nada grave". Por un instante, pensó la Dontsov que, en realidad, ya había él formulado su diagnóstico con mucha seguridad y que podía desde luego, sin esperar la radiografía, plantearle francamente la pregunta. Pero plantearla ahora en forma tan directa y saber sin mayor certeza algo hipotético, saberlo así, en el acto, era muy espantoso. Era indispensable diferir, paliar las cosas con algunos días de espera. ¡Con qué familiaridad platicaban ellos, cuando se encontraban en conferencias científicas! Mas he aquí que había venido a confesarle su enfermedad como se confiesa un delito y, de golpe, se había roto la relación de igualdad que existía entre ellos; claro que no la relación de igualdad, pues jamás la había habido con su maestro, sino algo más tajante: por medio de su confesión, se había excluido a sí misma de la noble casta de los médicos, relegándose a la categoría inferior y sometida de los pacientes. Cierto era que Oreshchenkov no le propuso palpar en el acto la parte dolorida. Seguía hablándole como se le habla a un visitante. Parecía invitarla a pertenecer a las dos categorías a la vez, pero ella estaba deshecha y ya no podía recuperar su comportamiento de antaño.

-A decir verdad, también Verita Gangart ha llegado a ser actualmente tan buena diagnosticadora, que yo pude haberme puesto enteramente en sus manos -dejó caer la Dontsov, siempre de esa misma manera presurosa que le inculcaran los días recargados de trabajo-, pero, ya que lo tenemos a usted, Dormidonte Tijonovich, me decidí a ...



-Y qué lindo sería que yo me desentendiera de mis alumnas -dijo Oreshchenkov, mirándola detenidamente. Por ahora, la Dontsov era incapaz de ver cosa alguna, pero ya hacía sus buenos dos años que notaba en su mirada atenta algo así como una renuncia. Había aparecido después de la muerte de su esposa-. Bueno, ¿y si de todos modos tuviéramos que... darle un breve permiso por enfermedad? Entonces, ¿pensaría usted en Verita, para reemplazarla?

¡Permiso por enfermedad! ¡Había encontrado la fórmula menos brutal posible! Mas eso también significaba que lo que ella tenía no era nada.

-Sí, ella está en plena madurez, puede encargarse del Servicio.

Oreshchenkov sacudió la cabeza y se tomó la barbita con una mano.

-Sí, en plena madurez está, pero. ¿Y el matrimonio? -La Dontsov agitó la cabeza-. Mi nieta también es así. -Sin necesidad, había pasado Oreshchenkov al susurro-. No encuentra a nadie. No es fácil.

Habiéndose desplazado imperceptiblemente, los ángulos de sus cejas expresaban inquietud.

El mismo insistió en que el examen a la Dontsov no se aplazara y tuviese lugar el lunes.

(¿Es tan urgente. pues?..)

Hubo una pausa, la que tal vez brindaba la oportunidad de levantarse y despedirse dando mil gracias. Y la Dontsov se levantó. Pero Oreshchenkov se obstinó en hacerla tomar una taza de té.

-Pero si realmente no quiero -aseguró Ludmila Afanasiev.

-Sí, ¡pero en cambio quiero yo! Es justamente mi hora de once. - ¡Cómo la tiraba! ¡Cómo la sacaba a tirones de la categoría "enfermos-culpables", para ponerla de nuevo en las filas de los "desesperadamente-sanos".

-Y sus "jóvenes", ¿están en casa? -Las "jóvenes" eran de la edad de Ludmila Afanasiev.

-No, ni siquiera mi nieta. Estoy solo. -¡y no obstante, la visita profesional se había desarrollado en el gabinete! Era solamente allí donde podía tener él toda su importancia e influencia.

-Entonces, ¿va a tener que hacer de dueño de casa por mí? ¡Por nada del mundo!

-Pero si no voy a hacer de dueño de casa. El termos está lleno. Y en cuanto a los bocadillos y las tazas, bueno, será usted la que irá a buscarlos al aparador.

Y pasaron al comedor y tomaron té en el extremo de una mesa cuadrada de encina, sobre la cual habría podido bailar un elefante y que sin duda no hubieran podido sacar ahí por ninguna puerta. El reloj mural, ya no muy nuevo, indicaba que no era demasiado tarde.

Dormidonte Tijonovich se puso a hablar de su nieta, su preferida. Acababa de terminar sus estudios en el Conservatorio, tocaba maravillosamente, no era nada tonta -cosa poco frecuente entre los músicos- y además era seductora. Incluso mostró una foto reciente de ella. Sin embargo, habló de esto en forma breve, sin pretender absorber con su nieta toda la atención de, Ludmila Afanasiev. En realidad, ella no habría podido ahora conceder toda su atención a cosa alguna, pues esa atención se había roto en mil pedazos y ya no podía

juntarse en un todo. ¡Qué extraño era estar sentada ahí, tomando té tranquilamente con alguien que ya se figuraba la magnitud del peligro que corrían, que quizás hasta preveía ya la evolución ulterior de la enfermedad y que, sin embargo, no decía palabra y se limitaba a ofrecer bocadillos!

Ella también tenía cosas que decir, no sobre su hija divorciada, por quien había sufrido demasiado, sino sobre su hijo. Llegado éste al último curso, había de improviso descubierto y declarado no verle ningún sentido a continuar sus estudios! Y ni su padre ni su madre habían hallado argumentos que oponerle, pues él los devolvía todos como pelotas. ("Hay que ser persona culta." "¿y para qué?" "La cultura es lo más importante de todo." "Lo importante es llevar una vida agradable." "Pero sin educación no tendrás una buena especialidad." "¿Qué tengo que ver yo con eso?" "Entonces, ¿quieres ser un simple obrero?" "No. para apenar, no lo soy." "¿De qué vivirás, entonces?" "Ya encontraré, hay que saber arreglárselas." Había empezado a tener trato con jóvenes de conducta dudosa, lo cual inquietaba a Ludmila Afanasiev.

A juzgar por la expresión de Oreshchenkov, hubiérase dicho que, aun sin oír esta historia, la conocía desde hacía mucho tiempo.

-Es que, ¿ve usted?, en cuanto a maestros de la juventud, hemos perdido uno muy importante: el médico de la familia. A las muchachas de catorce años y los muchachos de dieciséis les es indispensable charlar con un doctor. Y no en sus pupitres, no cuarenta personas a la vez..., desde luego, no es así como se charla..., y tampoco en la enfermería de la escuela, donde reciben, a cada uno por tres minutos. Tiene que ser ese mismo doctor "familiar" a quien, cuando chiquitos, le mostraban la garganta y que acostumbraba tomar once con ellos en familia. ¿Y si ahora el viejo doctor "familiar" imparcial, bueno y severo, a quien no se puede dominar, como a papá y mamá, con caprichos o ruegos, si él se encierra, pues, en su gabinete, con la muchacha o el muchacho? ¿Y si, pasando de una cosa a otra, se pone él a hablar de cosas raras que hacen, ruborizarse un poco, pero son muy interesantes y, sin haberle hecho la menor pregunta, llega el doctor, quizás cómo, a adivinar y contestar por sí solo todo lo más importante y delicado? ¿E incluso puede que los invite a otra conversación de esa índole? De esta manera, no sólo los precaverá contra los errores, los malos impulsos, el envilecimiento de su cuerpo, sino que además saldrá purificada y ordenada toda la imagen que se forman ellos del mundo. Una vez entendidos en su tormento, en su búsqueda esencial, ya no tendrán la impresión de ser incomprendidos sin esperanza, también en muchas otras cosas. Desde ese instante, serán más asequibles a las razones de diverso orden que sustentan sus padres.

No obstante, fue la propia Ludmila Afanasiev quien lo indujo a estas consideraciones, al hablarle de su hijo. Y, no habiéndose decidido nada al respecto, ahora habría sido beneficioso para ella escuchar y reflexionar en el medio de relacionar todo eso con el caso de su hijo. Oreshchenkov hablaba con voz agradable, sonora, de ningún modo cascada por la edad, con esa mirada límpida cuya vivacidad venía a aumentar su fuerza de persuasión. Más la Dontsov observó que, de minuto en minuto, la abandonaba el saludable relajamiento que la reconfortara en el sillón del gabinete y que no cesaba de

crecer dentro de su pecho una especie de nublado, algo triste, la sensación de algo perdido o que estaba perdiendo en este momento, mientras oía aquella meditación hecha en voz alta, en circunstancias que debía haberse levantado, marchado, apresurado, sin saber empero ni siquiera a dónde ir, para qué, con qué objeto.

-Es muy cierto; entre nosotros, la educación sexual está muy descuidada.

-Entre nosotros, se considera que los niños, al igual que los animales, deben aprenderlo todo por sí solos. Pues bien, lo aprenden como animales. Entre nosotros, se considera inútil prevenir las desviaciones, por estar establecido de antemano que en una sociedad sana todos los niños deben ser normales. De lo cual resulta que tienen que aprender las cosas unos de otros, a escondidas y de manera deformada. Estimamos necesario dirigir a nuestros hijos en todos los terrenos de la vida, menos en éste: éste es el terreno "vergonzoso". Y a veces nos encontramos con una joven a quien jamás le han despertado los sentidos, por la sencilla razón de que él no supo cómo conducirse con ella la primera noche.

-Es verdad -exclamó la Dontsov.

-¡Pero claro! -confirmó Oreshchenkov. (Había advertido esa turbación fugaz, esa alteración de impaciencia en el rostro de la Dontsov; mas, para ponerse el lunes detrás de la pantalla radiográfica, ella que no quería saber, no debía llevarse, esta tarde del sábado, dándole vueltas a un síntoma tras otro. Necesitaba, precisamente, abstraerse en una conversación; ¿y qué mejor conversación se podía hallar, entre médicos?) .

En suma, el médico de la familia es el personaje más sensible de la vida, y es a él a quien han exterminado. El médico de la familia es el personaje sin el cual no puede existir la familia, en una sociedad evolucionada. Así como la madre le sabe los gustos a cada uno de sus miembros, él le sabe las necesidades. No se experimenta ninguna molestia al quejarse al médico de la familia de lo más mínimo, por fútil que sea, por lo cual no se piensa en ir a una consulta donde hay que sacar número y esperar y a donde pasan nueve pacientes por hora. Ahora bien, es de los casos fútiles de donde provienen todas las enfermedades descuidadas. ¿Y cuántos adultos, en este preciso instante, se debaten como condenados, incapaces de imaginar dónde podrían hallar tal o cual médico, un alma a la cual poder confiarle sus temores más secretos, hasta aquellos que los avergüenzan? Es que de esta búsqueda de un médico no se atreven a hablarles ni siquiera a sus mejores amigos y aun menos pueden proclamarla por la prensa, pues se trata de algo tan íntimo como la búsqueda de un marido, de una esposa. ¿Qué digo? Incluso es más fácil, actualmente, encontrar una buena esposa que un médica dispuesto a ocuparse de sus pacientes tanto como éstos desearían y que los comprenda.

Ludmila Afanasiev había arrugado la frente. Ensimismamiento... Eran los síntomas, una y otra vez los síntomas, que no le salían de la mente y la impelían a incluirse en la peor de las categorías.

-Sí, por supuesto, pero ¿cuántos médicos de familia se requerirían! Eso ya no encajaría en nuestro sistema de medicina pública, popular y gratuita.

-Pública y popular, sí. Gratuita, por cierto que no. -Oreshchenkov ya no paraba de perorar.

-Y sin embargo, el carácter de gratuito es nuestro logro principal.

-¿Es verdaderamente un logro? ¿Qué significa "gratuito"? Los doctores no trabajan por nada. Sólo que no es el paciente quien les paga, sino el erario fiscal, sustentado, a su vez, por esos mismos pacientes. No son atenciones gratuitas, sino despersonalizadas. Y si al paciente se le dejara ese dinero, puede que lo pensara dos veces antes de ir a ver al doctor; pero en caso de necesitarlo realmente, antes iría dos veces que una.

-Pero ¡vamos, eso ya no estaría a su alcance!

-¡Al diablo las cortinas nuevas y el segundo par de zapatos, si la salud no depende de eso! ¿Y es mejor ahora? Uno daría cualquier cosa porque lo acogieran con un poco de afecto, y no tiene a dónde ir; en todas partes, no son más que horarios, normas de trabajo: ¡que pase el siguiente! Hasta en la policlínica que paga, donde se es aún más expeditivo que en otras partes. Y además, ¿para qué se va a ella? Por certificados, a solicitar permisos, para exámenes de control; y la tarea del doctor consiste en desenmascarar las imposturas. El paciente y el médico son verdaderos enemigos. ¿Es eso lo que se llama medicina? Tome, simplemente, el caso de los remedios. En la década del 20, los recibíamos gratis. ¿Se acuerda?

-¿De veras? Sí, me parece recordarlo. Pero ¡cómo olvida uno!

-¡No me diga que lo ha olvidado! ¡Todos gratis! Y hubo que renunciar a eso. ¿Por qué?

-¿Le resultaba demasiado oneroso al Estado? -enunció la Dontsov con esfuerzo, entornando los ojos prolongadamente.

-No sólo por eso. También era muy absurdo. El enfermo llevaba sistemáticamente todos los remedios, como que nada le costaban, después de lo cual botaba una buena mitad de ellos. Desde luego, yo no digo que todas las atenciones deban hacerse pagadas. Perlas de medicina general deberían ser pagadas, en forma obligatoria. Recién después de lo cual, si se establece que el paciente debe hospitalizarse y seguir un tratamiento que exige todo un conjunto de aparatos, entonces, justo es que eso sea gratuito. Tome otro ejemplo; vea lo que pasa en su clínica: ¿cómo es posible que operen dos cirujanos, mientras los otros tres les miran el blanco de los ojos? Puesto que cobran su sueldo, ¿qué podría preocuparles? Mientras que si el dinero lo recibieran del paciente y no fuera nadie a consultarlos, ¡entonces vería usted a su Jalmujamedov despabilarse un poco! ¡O también a la Pantiojin! Sea como fuere, Ludmilita, queda en pie que el médico debe depender de la impresión que les produce a los pacientes, de su popularidad. Y entre nosotros, él no depende de eso.

-¡Que Dios nos guarde de depender de todos!, de una ideática como Paulina Zavodshikov...

-Y también de ella, justamente.

-¡Es humillante!

-Y depender del médico jefe, ¿en qué es mejor? Y cobrarle su mesada a la caja, en calidad de funcionario, ¿en qué es más honorable?

-Y además, hay también de esos enfermos imposibles: un

Rabinovich o un Kostoglotov, que la agobian a una con problemas teóricos. ¿Habría que contestar todas sus preguntas?

No pasó ni un pliegue por la frente combada de Oreshchenkov. Había conocido en todo momento las limitaciones de Ludmila Afanasiev y no eran malas limitaciones. Ella era capaz de estudiar completamente sola casos muy difíciles y de resolverlos sin ayuda de nadie. Cerca de doscientos ejemplos de diagnósticos difícilísimos habían terminado por alinearse en sus breves notas sin pretensiones, publicadas en tal o cual revista. Y eso es precisamente lo más difícil que hay en medicina. ¿Por qué habría de pedírsele más?

-Pues sí, es preciso contestarlo todo -dijo, asintiendo con serenidad.

-Pero ¿cómo dar abasto para todo? -exclamó la Dontsov, indignada y de improviso vivamente interesada en la conversación. ¡Bonito juego el suyo: deambular por su pieza con zapatos caseros!-. ¡Usted no tiene idea de nuestro ritmo actual en los establecimientos hospitalarios! Usted no ha conocido eso. ¡Del número actual de pacientes para un solo médico!

-Con una buena organización de la medicina general -replicó Oreshchenkov-, serían menos y no habría casos desatendidos. Y el doctor en medicina general debiera tener tantos pacientes como pueden abarcar su memoria y su saber personal. Entonces sería cuando cuidaría a su paciente como un todo. En cuanto a curar enfermedades determinadas, es del resorte del enfermero.

-¡Ay-ay-ay! -suspiró la Dontsov, fatigada. (¡Como si su conversación íntima pudiese modificar o mejorar algo, en la marcha general de las cosas!)-. Es terrible decir que se tome al paciente como un todo.

Bien veía Oreshchenkov que era preciso detenerse, pero, con los años, se había puesto prolijo.

-Pero el organismo del paciente no sabe que nuestros conocimientos están parcelados. ¡Es que el organismo no se parcela! Como decía Voltairé: los médicos prescriben remedios que no conocen, previstos para el organismo de un enfermo a quien conocen menos aún. Y ¿cómo vamos a poder tomar al paciente como un todo, si el anatomista no opera más que en cadáveres... no siendo su especialidad los vivos; si el radiólogo se hace famoso en materia de fracturas, no siendo su especialidad el conducto duodenal? De ahí que manden al enfermo de un especialista a otro, como pelota de básquetbol. ¡Y dueño es el médico de conservar su pasión por la apicultura! Cuando se quiere tomar al paciente como un todo, entonces ya no hay cabida para ninguna otra pasión. Y claro, el propio médico debe ser un todo. El médico mismo.

-El médico mismo, ¿se da cuenta? -dijo ella, con voz quejosa, casi gemebunda. Con la mente descansada y el ánimo valeroso, todas estas reflexiones inagotables le habrían interesado, por supuesto; pero ahora no hacían sino quebrantarla más, le era difícil concentrarse.

-¡Pero si eso es usted, Ludmilita, no se subestime! y yo no estoy enseñándole nada nuevo. Nosotros, los médicos rurales, siempre hemos sido así: clínicos y no funcionarios, mientras que ahora el médico jefe del Hospital Municipal necesita diez especialistas en su plana, de lo contrario es incapaz de atender...

Ya le ponía fin él mismo, viendo, por la cara fatigada, recorrida por movimientos nerviosos, de Ludmila Afanasiev, que la conversación destinada a distraerla de sí misma no habla sido de utilidad alguna, cuando se abrió de repente la puerta de la galería y entró lo que debía de ser un perro, pero tan grande, tan lleno de vivacidad, tan inverosímil, que hubiérase dicho un hombre que, sin saberse bien para qué, se hubiese puesto en cuatro patas. Ludmila Afanasiev se asustó un instante, de pensar que pudiera morder; mas, ¿era posible asustarse de un individuo racional de ojos tristes? Avanzó por la pieza a paso lento, suave, hasta reflexivo, incapaz de imaginarse que alguien pudiera sorprenderse de verlo entrar. Una sola vez, a manera de saludo, alzó el blanco y suntuoso penacho de su cola, lo agitó, luego lo bajó. Aparte de sus orejas negras, caídas, era totalmente blanco y pelirrojo, y estos dos colores se alternaban en su pelaje en un motivo complejo. Parecía llevar sobre el espinazo un tapiz de asiento blanco y sus flancos eran de un rojo vivo, casi anaranjado hacia los cuartos traseros. Cierta es que se acercó a Ludmila Afanasiev y le husmeó las rodillas, pero muy discretamente, sin imponérsele. Y no fue a sentarse cerca de la mesa sobre sus posaderas anaranjadas, como hubiera podido esperarse de cualquier otro perro; tampoco manifestó el menor interés por los alimentos puestos encima de la mesa, que apenas sobrepasaba la altura de su cabeza. No. Permaneció ahí tal cual, en cuatro patas, mirando con sus ojazos redondos de un café húmedo, más allá de la mesa, con suprema expresión de renuncia.

-¿Pero de qué raza es? -preguntó Ludmila Afanasiev, sorprendida; y por primera vez en toda la velada se olvidó por completo de sí misma y de su sufrimiento.

-Un San Bernardo -respondió Oreshchenkov, mirando al perro con aire de aprobación-. Todo sería perfecto si sus orejas no fueran demasiado largas. Manía se enoja cuando le da de comer: .. ¡Tendré que amarrártelas con un cordel, para que no caigan todo el tiempo dentro de la escudilla!"

Ludmila Afanasiev lo examinó llena de admiración. Un perro así no tenía cabida en el tráfico de las calles; sin duda, tampoco había medio de transporte al que le permitiesen entrar. Al igual que al hombre de las nieves no le quedaba otro refugio que el Himalaya, a un perro así no le quedaba, para vivir, más que una casa sin altos con jardincillo.

Oreshchenkov cortó un pedazo de galleta y se lo ofreció al perro; no se lo tiró, empero, como se hace por lástima o para divertirse con otros perros, que se enderezan sobre las patas traseras, saltan y hacen restallar los dientes. Cuando este perro se enderezaba sobre las patas traseras, no era en prueba de servilismo, sino en señal de afecto, para poner sus patas delanteras en los hombros de la persona. Por cierto. que fue como a un igual que Oreshchenkov le ofreció la galleta; y el perro, como un igual, sin prisa, cogió entre los dientes el trozo ofrecido con la mano abierta en forma de tazón, quizás sin tener hambre por pura cortesía.

Y por alguna razón desconocida, la llegada de este perro apacible, reflexivo, le hizo bien a Ludmila Afanasiev, la alegró; ya se había levantado de la mesa y de pronto se dijo que después de todo tal vez no estuviera realmente tan grave, aun cuándo se requiriese operarla; mas quedaba en pie que había

escuchado muy mal a Dormidonte Tjonovich y dijo;

-¡Es vergonzoso! ¡Vengo con mis miserias y ni siquiera le pregunto cómo le va a usted!

El se mantenía ante ella..., silueta bien precisa y hasta algo corpulenta, unos ojos que no lagrimeaban, unas orejas que lo oían todo..., y costaba creer que le llevaba veinticinco años.

-Bien, por el momento -dijo, con sonrisa un poco tibia, pero totalmente benévola-. Por lo demás, he decidido no estar enfermo antes de mi muerte. Moriré a mi hora, como dicen.

La acompañó de vuelta, regresó al comedor y se dejó deslizar en la silla mecedora, curvada hacia adentro, negra, de respaldo enmimbrado amarillo, gastado por el roce a través de largos años. Se dejó deslizar en ella provocando un leve balanceo, pero una vez que se inmobilizó sola, no volvió a ponerla en movimiento. En esa posición especial, a la vez reclinada y relajada, que da la silla' de balance, se quedó mucho rato concentrado, sin moverse.

Con frecuencia, tenía ahora necesidad de reposar así. Y como todo su cuerpo exigía recobrar de este modo algunas fuerzas, su estado interior, sobre todo desde la muerte de su mujer, exigía igualmente esta zambullida en el silencio, lejos de todo ruido exterior, de toda conversación, de toda idea activa, lejos aún de lo que hacía de él un médico. Su estado interior le exigía purificarse, volverse transparente. Y era esta inmovilidad silenciosa, exenta de todo pensamiento voluntario o inclusive involuntario, la que le procuraba limpidez y plenitud.

En tales momentos, todo el sentido de la vida --de la propia vida, en el curso de su largo pasado y del breve futuro que le quedaba, y de la de su difunta esposa, y de la de su nieta todavía joven, y de la de todos los humanos en general- no se le presentaba a través de su actividad principal, aquella a la cual se dedicaba exclusivamente y sin tregua, concediéndolo todo su interés y dándose a conocer por ella a todos. No, sino la medida en que habían logrado preservar -sin dejarla marchitarse, estereotiparse, desfigurarse- la imagen de la eternidad que cada uno recibiera en herencia.

Cual luna de plata sobre el sosiego de un estanque.

## CAPITULO XXXI

### LOS IDOLOS DEL FORO

Había aparecido y persistía una especie de tensión interior, no fatigosa, empero, sino festiva. Hasta sabía con exactitud el lugar donde estaba alojada: delante, en el pecho, bajo las costillas. Esta tensión lo dilatava levemente, como aire un poco cálido; le provocaba un dolor agradable, y resonaba en él, mas no era un sonido terrenal, uno de esos que percibe el oído.

Era otro sentimiento, diferente del que, semanas antes, lo impeliera todas las noches hacia Zoe..., ése no se alojaba en el pecho.

Esta tensión la llevaba consigo, velaba por ella, se pasaba el tiempo escuchándola. Recordó que también eso lo había conocido en su juventud, olvidándolo después completamente. ¿Qué clase de sentimiento era? ¿Hasta qué punto era constante? ¿No era falaz? ¿Se debía por entero a la mujer que lo inspirara, o también a un enigma, al hecho de no haber poseído aun a ésa mujer, y en seguida iba a evaporarse?

Desde luego, el término "poseer" ahora ya no tenía sentido para él.

¿O bien lo tenía, de todos modos? Esta sensación en su pecho era ahora su única esperanza y de ahí que Oleg velase así por ella. Esta sensación había incluso llegado a ser lo que llena la vida, lo que la embellece. Lo constató con asombro: la presencia de Vega le daba interés y colorido a todo el pabellón de los cancerosos; su amistad con ella era lo único que impedía al pabellón reducirse a polvo. Y sin embargo Oleg no la veía sino muy poco, no hacía más que divisarla a veces. Le había hecho otra transfusión en estos últimos días. Habían vuelto a tener una buena conversación; no tan libre, a decir verdad: estaba presente la enfermera.

¡Cuánta prisa había tenido por marcharse de aquí! Y ahora, que se aproximaba el momento de abandonar el hospital, ¡cuanto lo lamentaba! En Ush-Terek ya no vería a Vega. ¿Qué hacer?

Precisamente hoy, domingo, no tenía ninguna esperanza de verla. El día estaba cálido, soleado; la atmósfera, inmóvil, densa, hecha para calentar y recalentar; Oleg fue a pasearse por el patio y, mientras respiraba ese calor que iba condensándose y lo enervaba, quiso imaginarse cómo pasaría ella este domingo y qué podía estar haciendo.

Ahora caminaba sin vivacidad, no como antes. Ya no avanzaba con paso firme, siguiendo una trayectoria rectilínea, con medias vueltas bruscas cuando llegaba al extremo. Andaba con paso debilitado, prudentemente; se sentaba a menudo en un banco y, si no había nadie, se tendía en él a descansar un poco.



Igual iba hoy, con su bata flotante, sin cruzársela sobre el pecho, con la espalda abatida, y se detenía a cada rato para levantar la cabeza y mirar los árboles. Unos habían ya reverdecido a medias, otros en una cuarta parte, mientras que las encinas aún no empezaban a brotar. ¡Y todo estaba agradable!

Inadvertida, la hierba que asomaba a trechos había reverdecido ya y hasta estaba tan alta, que se habría podido tomarla por la del año anterior, de no haber estado tan verde.

En uno de los caminitos sin árboles, divisó Oleg a Shulubin, calentándose al sol. Se hallaba sentado en una mísera banqueta de tablas angostas, sin respaldo, por delante y por detrás de la cual sobresalían un poco sus posaderas; tenía los brazos estirados y las manos juntas apretadas entre las rodillas. Y en esta posición, con la cabeza baja, en aquel banco aislado, iluminado por una luz fuertemente contrapuesta, hubiérase dicho la estatua de la confusión.

De buen grado habría Oleg tomado asiento en el banco al lado de Shulubin. Hasta aquí, no había podido hallar una sola oportunidad de tener una conversación seria con él, siendo que lo deseaba mucho, por haber aprendido en los campamentos que los que callan son precisamente los que más tienen que decir. Y además, la intervención de Shulubin que trajera agua a su molino en ocasión del debate había predispuesto a Oleg en su favor y lo había intrigado.

Decidió, no obstante, pasar de largo: allá había comprendido también el sagrado derecho de cada cual a su soledad, que no pudo decidirse a violar.

Continuó, pues, su camino, aunque lentamente, arrastrando las botas por la grava, sin pretender en lo más mínimo desanimar a quien quisiera retenerlo. Y Shulubin vio las botas que lo hicieron alzar la cabeza. Le lanzó a Oleg una mirada indiferente, como limitándose a constatar: "¡ Ah, sí, nosotros tenemos cama en la misma sala ¡ " Y Oleg ya se había alejado dos pasos, cuando Shulubin le propuso, en tono interrogativo a medias:

. -¿Usted viene a sentarse?

Tampoco Shulubin tenía los chanclos comunes del hospital, sino unas zapatillas de casa de lados altos. Por eso podía venir a pasear y sentarse aquí, en este banco. Estaba a cabeza descubierta y se velan sus rizos raleados de canas.

Oleg volvió sobre sus pasos, se sentó con el aire de alguien a quien le da igual seguir su camino o sentarse y que, al fin de cuentas, encuentra que es mejor, después de todo, estar sentado ahí.

Por cualquier cabo que tomara el asunto, podía soltarle a Shulubin la pregunta esencial, esa cuya respuesta entrega al hombre entero. Pero, en vez de eso, se contentó con preguntar:

-Y bien, ¿es para pasado mañana, Alexis Filipovich? -No tenía ninguna necesidad de respuesta para saber que sería pasado mañana. Toda la sala sabía que la operación de Shulubin estaba prevista para el día subsiguiente. Mas todo estaba en ese "Alexis Filipovich" con que todavía nadie en la sala favoreciera a Shulubin. Eso había sido dicho de veterano a veterano.

-Hay que calentarse al sol por última vez -dijo Shulubin, haciendo con la cabeza una señal afirmativa.

--No la última -exclamó Kostoglotov, con su voz de bajo. Sin embargo, después de una mirada de reojo a Shulubin, se dijo que tal vez fuese, en efecto, la última vez. Lo que minaba las fuerzas de Shulubin era que comía muy poco, menos de lo que le exigía su apetito: cuidaba de ello para sufrir menos en seguida. Cuál era la enfermedad de Shulubin, Kostoglotov ya lo sabía, e inquirió: -Entonces, ¿está decidido? ¿Le harán una derivación en el costado?

Habiendo juntado los labios como para masticar, Shulubin volvió a hacer con la cabeza una señal afirmativa. Se quedaron callados un momento.

-Pero hay cáncer y cáncer -declaró Shulubin, con la vista fija ante él, sin mirar a Oleg-. Hay el cáncer de los cánceres. Por muy mal que esté uno, siempre hay algo peor. Mi caso hace que ni siquiera pueda yo hablarlo con los demás, pedirles consejo.

-¡Vamos, es mi caso también!

-No, no, todo lo que usted quiera, pero el mío es peor.

Mi enfermedad tiene algo especialmente humillante, especialmente ofensivo. Y están las secuelas, que son terribles. Si quedo con vida..., y eso es una gran incógnita..., desagradable será estar sentado al lado mío, mire, como lo está usted ahora. Todos se esforzarán por mantenerse a distancia. Y si llega a haber uno que se acerque más, con toda seguridad que entonces seré yo el que comience a decirme: "Le resulto insoportable, querría mandarme al diablo". Eso significa que, en general, debo despedirme de la compañía de los demás.

Kostoglotov reflexionó, emitiendo un leve silbido, no con los labios, sino con los dientes...; distraídamente, hizo pasar el aire por entre sus dientes juntos.

-Siempre es difícil decir para quién es más duro y para quién es menos duro. Es aun más complicado que rivalizar en el éxito. Cada cual encuentra que su desgracia es la más penosa. Yo, por ejemplo... bien podría decirle que he tenido una vida tan desgraciada como no las hay; Pero ¿qué sé yo? Puede que la suya haya sido más dura todavía. ¿Cómo podría afirmarlo, si no estoy al corriente?

-Y no lo afirme, a riesgo de equivocarse. -Shulubin había terminado por volver la cabeza y mirar a Oleg de cerca con sus ojos redondos, demasiado expresivos, cuyo blanco estaba sanguinolento-. La vida más dura no es la de los hombres que enfrentan al mar, cavan la tierra o buscan agua en los desiertos. La vida más dura es la del hombre que todos los días, al salir de su casa, se golpea la cabeza contra el dintel, porque éste baja demasiado... En cuanto a usted, pues bien, tengo entendido que peleó en la guerra y luego estuvo preso, ¿no es así?

-Sin contar que no pude estudiar. Sin contar que era incompatible nombrarme oficial. Sin contar que estoy relegado a perpetuidad. -Oleg alargaba su lista sin recriminaciones, en tono pensativo--. Sin contar el cáncer...

-Bueno, en lo que se refiere al cáncer, estamos a mano.

En cuanto a lo demás, joven...

-¿Joven? ¡Usted bromea! ¿Quiere decir que sigo teniendo mi cabeza, que me han dejado la piel sobre los huesos?

-En cuanto a lo demás, vea lo que voy a decirle: en todo caso, usted ha mentado menos, ¿comprende? Usted ha doblado menos el espinazo. ¡Eso

cuenta! A ustedes los arrestaron; a nosotros nos azuzaban en las reuniones, para vapulearnos. A ustedes los castigaban: a nosotros nos obligaban a aplaudir, de pie las sentencias pronunciadas. ¡Qué digo a aplaudir! Debíamos reclamar su ejecución, ¡reclamarla! Recordará usted lo que escribían en los periódicos: "Todo el pueblo soviético se irguió, como un solo hombre, al enterarse de las fechorías de ruindad no igualada..." Sólo esa expresión "como un solo hombre", ¿se da cuenta de lo que significa? Todos somos diferentes, todos, y de repente, "como un solo hombre". Y es que hay que aplaudir, levantar nuestras buenas manitas muy en alto, lo más alto posible, para que las vean los vecinos y también el Presidium. ¡Y encuéntreme algunos que no le tengan apego a la vida! ¡Que se irguieran en defensa de ustedes! Sí, ¿quién protestó? ¿Dónde están éstos ahora? Hubo un tal Dima Olitski. El se abstuvo. No estuvo en contra, ¡imagínese! Se abstuvo en el momento de votarse la liquidación del Partido Industrial. "¡Que se explique", gritan, "que se explique!" Se levanta, entonces, con la garganta seca: "y creo que, doce años después de la Revolución, debe ser posible hallar otros medios de romper... " "¡Ah, el puerco! ¡El vendido! El agente... "Y a la mañana siguiente, una citación de la G.P.U. y a perpetuidad... -Y Shulubin tuvo ese raro movimiento circular de la cabeza acompañado del movimiento en espiral del cuello. Sentado en esta banqueta en equilibrio sobre sus posaderas, semejava un gran pájaro agitándose mientras empolla.

Kostoglotov se esforzó por no sentirse halagado con lo que se acababa de decir:

-Alexis Filipovich, todo eso depende del número que a uno le toque en suerte. En nuestro lugar, ustedes habrían sido mártires, como nosotros; nosotros, en el suyo, unos oportunistas como ustedes. Sin embargo, vea usted: los que estaban en la parrilla eran las personas como usted, las que comprendían, las que habían comprendido demasiado pronto. Pero a los que creían en eso; a ellos todo les era fácil. ¡Para ellos, puesto que no comprendían, sus manos manchadas de sangre no eran manos manchadas de sangre!

El viejo le lanzó una mirada oblicua y ávida.

-Y dígame, ¿quién creía en eso, pues?

-Yo, por ejemplo. Creí en eso hasta la guerra con Finlandia.

-A ver, a ver, ¿por cuánto tiempo creyó? ¿Cuánto tiempo necesitó para comprender? Un chiquillo, ¿eso no cuenta! Pero admitir que de un día a otro el hombre de la calle se ha convertido en un débil mental, ¿eso no! Yo no estoy de acuerdo. En otro tiempo, el "señor" podía ensartar a quien se le antojaba, desde lo alto de su escalinata; los campesinos reían para su capote. Al "señor" no se le escapaba, y el mayordomo, desde su rincón, lo notaba también. Y sin embargo, cuando llegaba el momento de pedir permiso, ahí estaban, inclinándose mucho, "como un solo hombre". ¿Va usted a decirme que era porque creían en su "señor"? Pero ¡qué clase de hombre hay que ser para creer! - prosiguió Shulubin con brusquedad, presa de una irritación siempre creciente. Tenía una de esas caras que, por efecto de un sentimiento poderoso, se alteran, se transforman totalmente, sin que ninguna facción permanezca inmóvil-. De golpe, todos los profesores, todos los ingenieros, convertidos en saboteadores, ¿y su hombre creyendo en eso? Los mejores comandantes de división en la guerra

civil, convertidos en espías germano-japoneses. ¿Y el cree en eso? Todos los compañeros de Lenin convertidos en feroces renegados, ¿y el creyéndolo? Todos sus amigos y conocidos convertidos en enemigos del pueblo, ¿y el lo cree? Millones de soldados rusos que han vendido a su patria, ¿y el sigue creyendo en eso? Arrasan poblaciones enteras, desde los viejos hasta los recién nacidos, ¿y el continua creyéndolo? Entonces perdóneme ¿Quién es el pues? ¿Un imbécil?; pero ¡no me dirá que el país entero esta poblado de imbéciles! ¡Perdón! ¡Perdón! El pueblo no es tonto, pero quiere vivir. Los grandes pueblos tienen una norma: sobrevivir a todo y seguir existiendo. Y cuando de cada uno de nosotros pregunte la Historia, por sobre nuestra tumba: ¿Quién era, pues?, quedara por elegir, según Pushkin:

**En nuestro mundo de bajezas,  
en todo ambiente, por doquier,  
es el hombre o tirano o traidor o recluso.**

Oleg se estremeció. No conocía estos versos, mas había en ellos esa evidencia tajante que hace que el autor y la verdad estén ambos ante uno en carne y hueso. Y Shulubin, alzando un grueso dedo amenazador, continuó:

-El imbécil no encontró cabida en sus versos. No obstante bien sabia que también existen los imbéciles. No: tenemos que escoger entre tres términos solamente. Y desde el momento en que recuerdo no haber estado en prisión y se con certeza que no he sido un tirano, significa... Significa...- Y Shulubin rió con ironía y se puso a toser. Y al toser, se balanceaba de adelante hacia atrás sobre sus posaderas-. Y usted creará que esa vida es mas aliviada que la suya, ¿eh? Yo me he pasado la vida sintiendo miedo y ahora estaría dispuesto a intercambiarla.

Como su compañero, Kostoglotov, también él con la espalda encorvada y también él en equilibrio a uno y otro lado del banco, estaba sentado en esas tablas angostas cual ave encaramada en su percha.

En el suelo, delante de ellos, se perfilaban oblicuamente sus sombras negras de piernas replegadas.

-No Alexis Filipovich, usted va un tanto demasiado rápido. Juzga con excesiva dureza. Para mí, traidores son los que escribieron delaciones, los que aportaron pruebas. Solo de esos hay millones. Bien se puede contar un soplón de cada dos, pongamos de cada tres personas arrestadas: por cierto que eso da algunos millones. Pero hacer traidores de todos los demás, es demasiado decir. Pushkin también exageró un poco. La tormenta quiebra los árboles y hace plegarse la hierba, pero ¿cabe decir, por eso, que la hierba ha traicionado a los árboles? Cada cual con su vida. Lo dijo usted mismo: sobrevivir, ésa es la ley de un pueblo.

Shulubin arrugó toda su cara, la arrugó hasta el punto de no quedar sino un poco de boca y de desaparecer los ojos por completo. Unos grandes ojos redondos, y he aquí que ya no quedaba de ellos más que una piel ciega que se arrugaba.

La desarrugó. Era el mismo color tabaco irisado rodeado de un blanco rojizo, pero los ojos parecían deslavados.

-Bueno, admitámoslo: espíritu gregario ennoblecido. El temor de quedar solo, fuera de la colectividad. Por lo demás, nada tiene eso de novedoso. Ya en el siglo XVI, Francis Bacon defendió una doctrina de este género, relativa a los ídolos. El decía que los hombres eran poco inclinados a vivir de su propia experiencia, prefiriendo mancillarla con prejuicios. Los ídolos son justamente esos prejuicios. Ídolos de la tribu, como los llamó Bacon, ídolos de la caverna...

Dijo "ídolos de la caverna" y Oleg se imaginó la caverna, con una hoguera en el medio y toda velada de humo. Los salvajes asando carne y, al fondo, medio invisible, erguido el ídolo azulejo.

- ... Los ídolos del teatro... -¿Dónde se hallaba el ídolo, pues? ¿En el foyer? ¿Sobre la cortina? ¡No, vamos! Mucho mejor estaría en el atrio del teatro, en el centro de la plazoleta.

-Ídolos del teatro son las opiniones ajenas que constituyen autoridad y que al hombre le gusta seguir para explicar las cosas que no ha experimentado personalmente.

-¡Qué frecuente es eso!

-O bien, las que ha experimentado, pero respecto a las cuales le resulta más cómodo remitirse a otro.

-¡También he visto de éstos!

-Ídolo del teatro es también la adhesión inmoderada a los datos de la ciencia. En una palabra, es la aceptación voluntaria de los extravíos ajenos.

-¡Bien dicho! -exclamó Oleg, embelesado-. ¡La aceptación voluntaria de los extravíos ajenos! Por cierto que es eso.

-Y por último, los ídolos del foro.

¡Ah, nada más fácil de Imaginar!: la hormigueante multitud de una plaza y, alzándose por encima de ella, un ídolo de alabastro.

-Ídolos del foro son las aberraciones resultantes de la Interdependencia de los humanos y de su vida en común. Son errores que encadenan al hombre por el hecho de haberse acostumbrado a emplear fórmulas que violentan la razón. Por ejemplo: "¡Enemigo del pueblo!" "¡Extranjero!" "¡Traidor!" Y eso basta para que todo el mundo retroceda, espantado.

Para dar realce a sus exclamaciones, Shulubin levantó nerviosamente un brazo, luego el otro; y de nuevo semejaban estos movimientos las tentativas penosas, torpes, de un pájaro con las alas cortadas que quisiera remontarse.

Les cocía la espalda un sol más cálido del que correspondía a la estación. Las ramas que todavía no se habían confundido en un todo, que aún permanecían aisladas, cada cual con su primerísimo bozo de verdor, no daban nada de sombra. El cielo, que todavía no estaba caldeado al rojo, como lo está habitualmente en el Sur, conservaba todo su azul entre los copos blancos de efímeras nubecillas diurnas. No obstante, sin verlo o sin creerlo y apuntando su dedo por encima de la cabeza, Shulubin lo agitó, diciendo:

-Y por sobre todos los ídolos, un espantoso cielo bajo cubierto de nubes grises. Usted sabe: a veces, al anochecer, sin el menor indicio de tormenta,

ocurre que se acumulan esas nubes gris oscuro, densas, bajas. Todo se ensombrece, todo obscurece prematuramente, y entonces el mundo entero se vuelve inhóspito y no se tiene sino un deseo, el de refugiarse en una buena casa de piedra, bajo un techo lo más cerca posible del fuego y de los suyos. Yo viví veinticinco años bajo aquel cielo y me salvó una sola cosa: doblar el espinazo y callar. Me pasé callando veinticinco años, puede que hasta veintiocho, saque la cuenta usted mismo. Primero callé por mi mujer, luego callé por mis hijos, en seguida callé por mi cuerpo débil. ¿Y qué? Mi mujer murió. Mi cuerpo es un saco lleno de mierda y van a abrirle un agujerito en el costado. Mis hijos han crecido inexplicablemente indolentes, inexplicablemente. Y si de repente mi hija empezó a escribir y ya me mandó sus buenas tres cartas..., no acá, sino a la casa, y le hablo de los dos últimos años..., y bien, resulta que es porque la organización del Partido le exigió normalizar sus relaciones con su padre. ¿Ve usted? En cuanto a mi hijo, ni siquiera le han exigido eso.

Frunciendo sus cejas enmarañadas, Shulubin volvió hacia Oleg toda su silueta erizada. Eso era: el molinero loco de **La Ondina...**, **Obra dramática de Pushkin. (N. de la T.)** "¿Molinero, yo? ¡Pero si yo soy cuervo!"

-Y yo ya no sé nada. ¿Acaso los soñé, esos hijos? ¿Quizás nunca existieron? Dígame, ¿es el hombre realmente una viga? A una viga le da igual estar ahí sola o puesta al lado de otras vigas. Y mi vida está hecha de tal modo que, si me sucediera perder el conocimiento, caer al suelo, morir, pasarían algunos días antes que mis vecinos me descubrieran. Y sin embargo..., ¿me oye usted, me oye?.. -se aferró al hombro de Oleg, cual si temiese que éste no le oyera-, tal como antes, yo desconfío, miro a mi alrededor. Mire: por ejemplo, lo que tuve la audacia de decir en su sala, ¡jamás lo diría en Kokand, tampoco en la oficina! Y si ahora le digo todo esto, es sencillamente porque ya preparan la camilla con ruedas para llevarme a la mesa de operaciones. Y todavía, de haber habido un tercero, usted no me habría oído. ¡OH, no! ¡Vea hasta qué punto me han acorralado, a mí que cursé agronomía en el Instituto, a mí que seguí los cursos superiores de materialismo, dialéctico-materialismo histórico! A mí que enseñé diversas especialidades. Todo eso, ¡en Moscú! Y luego comenzaron a caer los robles. En el Instituto cayó Muratov. Barrieron a decenas de profesores. ¿Era preciso reconocer errores? ¡Yo los reconocí! ¿Había que retractarse? ¡Que no quede por eso! Por cierto que hay un porcentaje que salió indemne, ¿no? Pues bien, yo formé parte de ese porcentaje. Me retiré a la biología pura. ¡Qué buen refugio apacible encontré ahí! Pero también ahí empezó la purga, Y ¡qué purga! Hicieron tabla rasa de todas las cátedras en las Facultades de Biología. ¿Era preciso renunciar a los cursos? Enteramente de acuerdo: renuncié a ellos. Me retiré a la ayudantía. Acepté hacerme muy pequeño.

¡Con cuánta facilidad hablaba el taciturno del pabellón! Con extrema fluidez, cual si para él no hubiese nada más habitual que pronunciar discursos.

-Destruyeron los manuales de grandes sabios. Cambiaron los programas. Muy bien. Absolutamente de acuerdo. Tomemos otros nuevos. Nos propusieron reformar la anatomía, la microbiología, las enfermedades nerviosas, según las doctrinas de un agrónomo ignorante y los métodos de la arboricultura.

¡Bravo!, es exactamente mi opinión..¡Estoy en pro de ello! Y no, eso no basta: abandoné asimismo la ayudantía. Muy bien, yo no discuto, seré preparador. Pues bien, no: ¡no me conceden tal sacrificio! Me retiran igualmente ese puesto. Muy bien, yo estoy de acuerdo; seré bibliotecario, bibliotecario en la lejana Kokand. ¡Sí que había cedido terreno! Pero estaba con vida, mis hijos habían podido terminar sus estudios. Mientras, los bibliotecarios recibíamos listas secretas: destruir las obras de la seudociencia genética; destruir específicamente las obras de fulano y zutano. ¡No es costumbre lo que nos falta! Yo mismo, desde lo alto de la cátedra de materialismo dialéctico, ¿no había proclamado, un cuarto de siglo antes, que la teoría de la relatividad era oscurantismo contrarrevolucionario? Y a redactar el proceso verbal, a hacerlo firmar por el delegado del Partido y por el delegado de los Servicios pertinentes; y henos ahí metiendo donde correspondía, es decir, en el fogón, la genética, la estética de vanguardia, la ética, la cibernética, la aritmética.

Y al decirlo ¡reía, el cuervo loco!

-... ¿Para qué hacer hogueras en las calles? Es un dramatismo superfluo. Nosotros lo hacíamos en un rinconcito tranquilo, echábamos eso a nuestra buena estufita y la estufita nos calentaba. Vea hasta dónde me acorralaron: la espalda contra la estufa. Sí, pero en cambio crié una familia. Mi hija es redactora de un periódico regional y escribe versos líricos de este tipo:

**No, yo no sé retroceder.  
Tampoco sé pedir perdón.  
¡En la guerra, hay que vencer!  
¿Y papá? (Nos peleamos, tanto peor.)**

Como alas impotentes, colgaban los faldones de su bata. -Pero claro... -Kostoglotov no halló otra cosa que decir-. Estoy de acuerdo, a usted no le ha sido más fácil.

-¿Qué iba diciéndole? -preguntó Shulubin. Respiró, se instaló con más calma y prosiguió, también más calmadamente-: Y dígame, ¿cómo explicar, en la Historia, el enigma de esta sucesión de períodos? En un solo y mismo pueblo, en unos diez años, se ve volver a caer toda la energía colectiva y los impulsos heroicos cambian de signo y se transforman en Impulsos cobardes. Es que yo soy un viejo bolchevique de 1917. Había que ver con qué osadía puse en fuga a la Duma de los mencheviques y los socialistas revolucionarlos en Tambov, sin tener, en todo y por todo, más que los dos dedos para pifiar. ¡Yo hice la Guerra Civil! Arriesgamos nuestras vidas a fondo. ¡Qué digo!, no habríamos estado sino demasiado felices de dar la vida por la revolución mundial. ¿Y qué ha sido de nosotros? ¿Cómo pudimos someternos? ¿Y a qué, principalmente? ¿Al miedo? ¿A los ídolos del foro? ¿A los ídolos del teatro? Bueno, en mi caso, todavía pase: yo soy un hombre insignificante. ¿Y Nadieyda Konstantinov Krupsky? Y qué, ¿no comprendía ella, no vera? ¿Por qué no alzó ella la voz? ¡Con lo que habría podido representar, para todos nosotros, la más mínima toma de posición proveniente de ella! Aunque hubiese tenido que pagarla con su vida. Entonces, puede que todos hubiéramos cambiado, que nos

hubiéramos obstinado, y las cosas no habrían llegado más lejos. ¡Y Ordyonikidze? ¡Ese era un águila! Ni Schliesselburg ni el presidio habían podido con él. ¿Qué pudo, pues, impedirle pronunciarse públicamente contra Stalin, aunque fuese sólo una vez, nada más que una vez? No, todos prefirieron morir en circunstancias misteriosas o suicidarse. ¿Es valentía eso? Explíquemelo.

-¿Explicarle yo? ¿Yo, a usted? Vamos, pues, más bien le corresponde a usted explicármelo.

Shulubin dio un suspiro y trató de cambiar de posición en el banco. Pero de todas maneras se sentía dolorido.

-Lo que me interesa es otra cosa: tomemos su caso. Usted nació después de la Revolución. Pero ha estado preso. Y bien, ¿ha perdido la fe en el socialismo, o no?

Kostoglotov sonrió vagamente.

-No sé. Allá, a veces, estábamos tan agobiados que, de impaciencia, ¡qué no habría ido uno a buscar!

Shulubin liberó una de sus manos, esa con que se apoyaba en el banco, una mano ya débil, mano de enfermo, y se la puso a Oleg en el hombro.

-Joven, ante todo, no cometa ese error. Ante todo, no concluya, a partir de sus propios sufrimientos, a partir de aquellos años crueles, que el culpable es el socialismo. Quiero decir que, cualesquiera que sean sus ideas, eso no impide que de todas maneras la Historia haya rechazado al capitalismo para siempre.

-Cuando estábamos allá ... , allá se decía que había mucho de bueno en la empresa privada. ¡Simplifica tanto la vida! Nunca falta nada. Siempre se sabe dónde hallar lo que uno desea.

-¿Quiere que le diga? Esas son reflexiones de pequeño-burgués. La empresa privada es cosa sumamente flexible, pero no es conveniente sino dentro de límites muy estrechos. Si no se la mantiene dentro de un marco de hierro, engendra hombres-lobos, hombres de la Bolsa que no conocen ninguna contención a sus apetitos y su codicia. Antes de estar condenado desde un punto de vista económico, el capitalismo ya lo estaba desde un punto de vista ético. ¡Mucho tiempo antes!

-¿Pero sabe? -dijo Oleg, alzando las cejas-, personas que no conocen contención a sus apetitos y su codicia, hablando con franqueza, las observo también entre nosotros. Y no es entre los artesanos con patente, ¡lejos de eso! Tome el caso de Emiliano, Sashik...

-¡Exacto! -repuso Shulubin, cuya mano pesaba cada vez más sobre el hombro de Oleg-. Pero eso, ¿por qué? Nosotros tenemos socialismo. Pero ¿qué socialismo? Nosotros habíamos tomado la curva hábilmente, diciéndonos: basta cambiar los medios de producción y de inmediato cambiará la gente, por sí sola. Pero ¡cómo no! ¡No cambió en absoluto! El hombre es una especie biológica. Se requieren milenios para modificarlo.

-Pero entonces, ¿qué socialismo?

-Y bien, sí, justamente, ¿qué socialismo? ¿Es un enigma? Se lo califica de "democrático", pero esto no es sino un indicio superficial que no designa la naturaleza de ese socialismo, sino solamente la manera de instaurarlo,



el tipo de organización política del Estado. Es sólo para decir que no se cortarían cabezas. Pero eso nada dice de lo que debe servirle de base. Y tampoco es sobre un exceso de bienes donde se puede construir el socialismo, porque si los hombres son unos búfalos, nada les impedirá pisotear esos bienes. Y tampoco es socialismo el que no cesa de proclamar el odio, pues no hay vida social que pueda cimentarse en el odio. Y los que, año tras año, ardieron de odio, no pueden decirse, de un día a otro: .. ¡Se acabó! A partir de hoy, he dejado de odiar y en lo sucesivo no haré más que amar". No, rencorosos seguirán siendo y hallarán cerca de ellos alguien a quien odiar. ¿No conoce ese poema de Herwegh:

### **Wir haben lang genug geliebt?**

Oleg prosiguió:

**-Wir wollen endlich hassen.<sup>1</sup>**

**""Bastante hemos amado ya, / por fin vamos a odiar", de un poema de Georg Herwegh (1817-1875), poeta revolucionario. En alemán en el original. (N. de la T.)**

-¡Cómo no, pues, lo aprendíamos en clase!

-Claro, claro, lo aprendían en clase. Pero, precisamente, ¡eso es lo aterrador! Se lo hacían aprender en clase, siendo que se debía haber aprendido exactamente lo contrario:

### **Wir haben lang genug gehasst, Wir wollen endlich lieben.**

-Y ¡al diablo con su odio! ¡Nosotros queremos amar, al final de los finales! Así es como debiera ser el socialismo.

-¿Cristiano, entonces, no? -adelantó Oleg.

-"Cristiano" es demasiado pedir. Los partidos que se han denominado así, en las sociedades salidas de los regímenes de Hitler y Mussolini, no veo muy bien a partir de qué y con qué podrían edificar esa clase de socialismo. Cuando Tolstoi, a fines del siglo pasado, decidió implantar en la sociedad un cristianismo práctico, resultó que esos oropeles eran insoportables a sus contemporáneos, cuya profesión de fe no tenía relación alguna con la realidad. Y yo diría que, precisamente para Rusia, con nuestras contriciones, nuestras profesiones de fe y nuestras rebeliones..., con Dostoiewsky, Tolstoi y Kropotkin..., no hay sino un solo socialismo bueno, el socialismo moral. Y es de lo más realista.

Kostoglotov se puso ceñudo:

-Pero ¿cómo hay que entender e imaginar ese "socialismo moral"?

-Ni siquiera es complicado de concebir -dijo Shulubin, reanimándose, aunque ya sin esa expresión huraña de molinero-cuervo. Ya no

era esa animación sombría y se veía que tenía muchas ganas de convencer a Kostoglotov. Habló muy claramente, cual si le impartiera una lección: Ofrecerle al mundo una sociedad en que los fundamentos todos y leyes todas de todas las relaciones emanen de consideraciones morales y exclusivamente de ellas. Todos los objetivos, a saber: ¿Cómo educar a los niños? ¿Para qué prepararlos? ¿Hacia dónde dirigir el trabajo de los adultos? ¿En qué ocupar su tiempo libre? Todo esto debería deducirse nada más que de las exigencias morales. ¿Se trata de descubrimientos científicos? Sólo serán válidos los que no perjudiquen a la moral y, en primer lugar, a los propios investigadores. Lo mismo en política externa. Igual cosa para todas las fronteras: no preocuparnos de saber cuánto tal o cual medida nos enriquecería, acrecentaría nuestro poder o aumentaría nuestro prestigio, sino sólo de saber cuán moral sería.

-Sí, pero ¿yo dudo de que eso sea posible! ¿Se necesitan otros doscientos años! Pero espere -dijo Kostoglotov, frunciendo el ceño-, hay algo que no capto. ¿Dónde está, pues, su fundamento material? Es la economía lo que debería estar..., lo que debería ir en primer lugar.

-¿En primer lugar? Eso, según para quién. Vladimir Soloviev, por ejemplo, expone en forma harto convincente que es posible y necesario edificar la economía sobre una base moral.

-¿Cómo así?.. ¿Primero la moral, en seguida la economía? -exclamó Kostoglotov, mirándolo con expresión de asombro.

-Sí, escuche, hombre ruso: por supuesto, ¿no ha leído usted ni una sola línea de Vladimir Soloviev? -Kostoglotov hizo con los labios una seña negativa-. ¿Pero al menos ha oído su nombre?

-Sí, de oídas, nada más.

-Y de Kropotkin, ¿ha leído siquiera una página? La ayuda mutua entre los hombres... -Kostoglotov tuvo de nuevo el mismo movimiento de labios-. Y claro, desde el momento que está equivocado, ¿para qué leerlo! ¿Y Mijailovski? Pero no, por supuesto, a él lo refutaron, después de lo cual lo prohibieron y retiraron de las bibliotecas.

-¿Y cuándo pude yo haber leído? ¿Y a quién? -se indignó Kostoglotov-. Me he pasado la vida tirando cables y me abruman con preguntas interminables: ¿no leíste esto, no leíste eso? En el ejército, no solté la pala, y en los campamentos, otro tanto; y ahora, en relegación, es la regadera. ¿Cuándo quiere que lea?

Mas brilló una expresión a la vez inquieta y victoriosa en el rostro de Shulubin, de ojos muy redondos y cejas enmarañadas.

-Pues bien, eso es el socialismo moral: no lanzar a los hombres en persecución de la felicidad, pues la felicidad es otro ídolo del foro, sino proponerles como objetivo la benevolencia mutua. Feliz también lo es el animal que despedaza a su presa, mientras que sólo los hombres pueden ser benévolos unos con otros. Y es en eso en lo que el hombre puede apuntar más alto.

-No, ¡la felicidad, déjemela! -insistió Oleg con vivacidad-o Déjemela, la felicidad, aunque sólo sea por los pocos meses de vida que me quedan. Si no, ¿de qué sirven?

-La felicidad es un espejismo -reiteró Shulubin, exhausto. Había

palidecido-. Yo, por ejemplo, crié a mis hijos, era dichoso. Y ellos me desairaron. Por esa felicidad, yo me dediqué a quemar en un fogón pequeños volúmenes que contenían la verdad. Y con mayor razón, eso que llaman "la felicidad de las generaciones futuras", ¿quién puede saber lo que es? ¿Quién ha hablado con esas generaciones futuras? ¿Quién sabe qué ídolos van a adorar? La noción de felicidad cambió demasiado, en el transcurso de los siglos, para que se pueda aventurar prepararla de antemano. Aun cuando camináramos sobre panecillos y nos ahogáramos en leche, todavía eso no querría decir que seamos felices. Pero compartiendo lo que nos falta, lo seríamos ya hoy. Si no hubiera que preocuparse sino de la "felicidad" y de la procreación, se llenaría inútilmente la tierra y se crearía una sociedad horrorosa... No me siento muy bien, ¿sabe? .. Es preciso que vaya a tenderme...

Oleg no había notado que la cara ya extenuada de Shulubin se había puesto exangüe y cadavérica.

-Permítame, permítame, Alexis Filipovich, yo le daré el brazo.

Tampoco fue cosa fácil para Shulubin abandonar su posición. Y el camino de regreso lo hicieron a paso muy lento. Los rodeaba una levedad primaveral, pero ambos estaban sujetos a la pesantez; sus huesos y su carne aún indemne y sus ropas, su calzado y hasta el torrente de rayos solares que caía sobre ellos, todo los hacía más pesados, los agobiaba.

Iban sin decir palabra, cansados de hablar.

Fue solamente ante los peldaños de la escalinata del pabellón de cancerosos, cuando se encontraron ya a la sombra del pabellón, que Shulubin, apoyándose en Oleg, alzó la vista hacia los álamos, miró un trozo de cielo festivo y dijo:

-Siempre que yo no acabe bajo el bisturí. Tengo miedo... Por mucho tiempo que uno haya vivido, por mal que haya vivido, de todos modos desea, todavía."

Luego penetraron en el vestíbulo y respiraron el aire encerrado y maloliente. Y con lentitud, peldaño por peldaño, llegaron al final de la gran escalera.

Y Oleg preguntó:

-Oiga, todo eso ¿lo meditó usted durante los veinticinco años en que dobló el espinazo, o había renegado?

-Sí, renegué y medité -respondió Shulubin, debilitado, con el rostro inexpresivo-o Metía los libracos a la estufa y reflexionaba. ¿Y qué? Con mi martirio, también con mi traición, ¿no me había ganado un poquito el derecho a pensar?..

## CAPITULO XXXII

### FUERA DE CIRCULACION

Que una cosa archiconocida, vista una y otra vez por todos lados, pudiera virarse así, como un guante, y pasar a ser totalmente nueva y extraña, Jamás hubiese podido figurárselo la Dontsov. Hacía ya treinta años que ella se ocupaba de las enfermedades ajenas; hacía sus buenos veinte años que estaba ahí, detrás de la pantalla del aparato de radiografía, descifrando esas placas, descifrando los negativos, descifrando lo que decían unos ojos. suplicantes, dilatados; que confrontaba todo aquello con los análisis, con los libros; que escribía artículos, discutía con sus colegas, discutía con sus pacientes; y no por eso resultaban menos dudosos su propia experiencia, el concepto que ella se formara, ni menos coherente su teoría médica. Ahí estaban la etiología y la patogenia, los síntomas, el diagnóstico, la evolución, el tratamiento, la profilaxia y los pronósticos; en cuanto a las reticencias, dudas y aprensiones de los enfermos, eran, por supuesto, comprensibles debilidades humanas que despertaban la simpatía de la doctora; mas cuando se trataba de considerar los métodos, no contaban, no había casillero para ellas en el tablero de las construcciones lógicas.

Hasta ahora; todos los cuerpos humanos habían sido de constitución absolutamente idéntica: un solo y mismo atlas anatómico los describía a todos. Idéntica la fisiología de los procesos vitales. Idéntica la fisiología de las sensaciones. Todo cuanto era normal, tanto como lo que constituía una desviación de lo normal, se hallaba racionalmente explicado en los manuales más autorizados.

Y de súbito, en algunos días, su propio cuerpo había caído fuera de ese sistema magno y armonioso, se había estrellado contra el suelo áspero y resultaba ser un saco indefenso, atiborrado de órganos, de órganos cada uno de los cuales podía, en cualquier momento, enfermar y ponerse a clamar.

En algunos días, todo se había vuelto del revés y, compuesto por los mismos elementos conocidos, había pasado a ser desconocido y daba miedo.

Cuando su hijo era todavía un muchachito, recordaba haber mirado imágenes con él; los objetos domésticos más sencillos: una tetera, una cuchara, una silla, dibujados bajo un ángulo insólito, se volvían irreconocibles.

Igualmente irreconocibles le parecían, ahora, la marcha de su propia enfermedad y ese lugar nuevo que ocupaba ella, en el proceso médico, con respecto al tratamiento de las enfermedades. Ahora, en dicho proceso, ya no era ella la fuerza racional y directriz, sino sólo una masa irracional y recalcitrante. En presencia de este mal, en primerísimo lugar, se sentía aplastada como una rana. Ese momento había sido insoportable: era el mundo al revés, el orden de las cosas trastocado. Sin estar muerta, tenía que abandonar marido, hijo, hija,

nieto, trabajo, aunque fuese precisamente ese trabajo el que ahora reventaría en forma tumultuosa sobre ella, a través de ella. En un día, había sido preciso renunciar a todo cuanto constituía su vida y luego, semejante a una sombra verde pálido, torturarse por cierto tiempo más, sin saber si en verdad moriría o si volvería a la existencia.

No había habido en su vida, al parecer, nada que la embelleciera; ninguna alegría, ninguna fiesta, nada más que trabajo y preocupaciones, trabajo y preocupaciones; y no obstante, ahora veía cuán bella era esa vida y cómo era imposible separarse de ella: ¡imposible hasta aullar de dolor!

Este domingo entero ya no fue para ella un domingo, sino una preparación de sus entrañas para la radiografía del día siguiente.

De acuerdo con lo convenido, el lunes a las nueve y cuarto Dormidonte Tijonovich, en compañía de Vera Gangart y una interna, apagaba las luces en su sala de radiografía y comenzaba a adaptarse a la oscuridad. Ludmila Afanasiev se desvistió y pasó tras la pantalla. Al tomar el primer vaso de protóxido de bario que le tendió la auxiliar, lo volcó torpemente: su mano que, enguantada en caucho, tantas veces oprimiera aquí mismo, con fuerza, los abdómenes, temblaba ahora.

Y toda la familiar escena se repitió ahora con ella. La palparon, la apretaron, la hicieron volverse para todos lados, levantar los brazos, expulsar el aire... Luego, sin demora, bajaron la mesa, la tendieron encima, tomaron radiografías desde diversos ángulos. En seguida hubo que dejarle a la sustancia de contraste tiempo de esparcirse a lo largo del tubo digestivo y, no pudiendo quedar desocupado el aparato de radiografía en marcha, la interna hizo pasar, entretanto, a sus pacientes del día. Y Ludmila incluso se le reunió para ayudarlo, mas le costaba fijar su atención y no fue de ayuda alguna. De nuevo le llegó el momento de pasar atrás de la pantalla, de beber la barita y de tenderse para la radiografía.

Sólo que el examen no se desarrolló en el silencio habitual, punteado de breves órdenes, pues Oreshchenkov no cesó de bromear acerca de todo, de sus jóvenes auxiliares, de Ludmila Atanasiev, de sí mismo. Contó cómo, siendo todavía estudiante, lo habían expulsado, por conducta escandalosa, del M.K.H.A.T., que por aquella época no era más que un teatro nuevo. Fue en el estreno de La potestad de las tinieblas, donde Akin se sonaba con tanta naturalidad y se enrollaba tan bien sus pantorrilleras, que Dormidonte y un amigo se pusieron a pifiar. Y desde aquel tiempo, dijo, cada vez que iba al M.K.H.A.T. temía que lo reconocieran, haciéndolo salir de nuevo. Y todos trataron de hablar lo más posible, para que fuesen menos agobiadoras las pausas entre los diversos exámenes. No obstante, bien vio la Dontsov que la Gangart tenía la garganta reseca y hablaba con esfuerzo: ¡pero si la conocía tanto!

Sin embargo, ¡así lo había querido Ludmila Afanasiev! Enjugándose la boca después de tragar la lechada de barita, declaró una vez más:

-¡No, el paciente no debe saberlo todo! Siempre he sido de esa opinión y sigo siéndolo. Cada vez que necesiten comentar, yo saldré de la pieza.

Adoptaron este acuerdo y Ludmila Afanasiev salía, trataba de hallar en qué ocuparse, ya con las internas en la radiografía, ya con historias clínicas.

Había mucho que hacer, pero hoy no lograba seguir una idea hasta el final. y he ahí que volvían a llamarla y ella acudía, palpitándole el corazón de pensar que quizás la acogieran con palabras regocijadas y Verita Gangart, aliviada, la abrazara y felicitase; mas no ocurrió nada de eso y vinieron de nuevo diversas instrucciones, medias vueltas, exámenes.

Mientras se sometía a cada una de esas instrucciones, Ludmila Afanasiev no podía menos que reflexionar y tratar de explicarlas.

-Por su manera de proceder, ¡bien veo lo que están buscando! -les dijo por fin, no pudiendo más. Lo que había comprendido era que sospechaban un tumor, no en el estómago ni en el pílora, sino en el cardias, caso que era el más delicado, por exigir en ocasión de la intervención una abertura parcial de la caja torácica.

-Pero, en fin, Ludmilita -rezongó Oreshchenkov, en la oscuridad-, sí que es una detección precoz la que está exigiéndonos, de ahí la diferencia de método. Si quiere, podemos esperar dos o tres meses, entonces .se la informará con mayor rapidez.

-No, muchas gracias por sus tres meses.

(Tampoco quiso ver el balance radiológico completo, que estuvo listo a última hora de ese día.) Habiendo perdido sus gestos habituales, decididos, masculinos, estaba ahí toda reblandecida, sentada en una silla bajo la lámpara deslumbradora, esperando las conclusiones de Oreshchenkov. Esperaba sus palabras, sus decisiones, pero no su diagnóstico.

-Y bien, ahí tiene, ahí tiene, distinguida colega -diferió Oreshchenkov, con expresión benévola-. Las opiniones de las celebridades están divididas. -y al mismo tiempo que hablaba, observaba por debajo de sus cejas angulosas, observaba incesantemente su confusión. Parecía que de parte de aquella mujer resuelta e implacable se hubiera podido esperar más fortaleza en esta prueba. Ese sorprendente desfallecimiento confirmaba una vez más la opinión de Oreshchenkov, a saber, que el hombre moderno está inerme ante la muerte, que de ningún modo está armado para enfrentarla.

-¿Y quién es el que piensa lo peor? -quiso saber la Dontsov, esforzándose por sonreír. (Deseaba que no fuera él.)

-Lo peor, son sus muchachas las que lo piensan. Mire cómo las ha enseñado. Mientras que yo, a pesar de todo, tengo mejor opinión de usted. -Se dibujó en las comisuras de sus labios una curva no muy pronunciada, pero muy benévola. La Gangart estaba sentada ahí, palidísima, como esperando su propio fallo.

-Se lo agradezco -dijo la Dontsov, un tanto aliviada-. ¿Y entonces? - Cuántas veces, en seguida de esa toma de aliento, habían esperado los pacientes una decisión suya y esa decisión se basaba siempre en la razón, en las cifras. Era siempre una deducción lógicamente concebible, comprobada y contracomprobada. Mas en realidad..., ahora lo comprendía..., ¡qué tonelada de espanto seguía oculta tras esa toma de aliento!

-¿Y qué quiere usted, Ludmilita? -peroraba Oreshchenkov-, el mundo es injusto, no necesito decírselo. Si no fuera usted de las nuestras, la

habríamos devuelto tal cual, con un diagnóstico alternativo, a donde los cirujanos. Ellos le habrían hecho un tajito a bisturí y, de pasada, le habrían sacado un pedacito de algo. Los hay maleducados, que nunca separan un peritoneo sin llevarse algo de recuerdo. Un cortecito a bisturí, y habríamos sabido cuál de nosotros tiene la razón en su caso. Pero es que usted es de las nuestras. Y en Moscú, en el Instituto de Radiología, está nuestra Elenita, y también Sergio. Entonces, lo que hemos decidido es esto: dése un salto hasta allá, ¿eh? Les escribiremos, la examinarán ellos mismos, aumentará el número de pareceres. Si hay que operar, entonces, también eso lo hacen mejor allá. En general, allá todo es mejor, ¿verdad? -Había dicho: "si hay que operar". ¿Acaso quiso decir que no sería necesario? O bien, no: que, que... no, era peor...

-¿Lo cual equivale a decir -concluyó la Dontsov- que la operación es tan complicada que usted no desea intentarla aquí?

-¡Vamos! ¡No y no! -volvió a exclamar Oreshchenkov, ensombreciéndose-. ¡No me haga decir lo que no he dicho! Simplemente, nosotros lo arreglamos..., ¿cómo se dice?..., la recomendamos. Y además, si no lo cree, mire -hizo una señal de cabeza en dirección a la mesa-, tome el negativo y vea usted misma. -Claro, era tan sencillo. Bastaba con estirar la mano y todo surgiría de su propio análisis.

-No, no, yo no quiero -dijo la Dontsov, rehusando ver la radiografía.

Así quedó decidido. Hablaron con el médico jefe. La Dontsov se dirigió al Departamento de Sanidad. Allá, por un motivo u otro, no la hicieron esperar, le dieron de inmediato su autorización y su destinación, De repente comprendió que, en el fondo, nada la retenía en la ciudad donde trabajara durante veinte años.

Había comprendido cabalmente, la Dontsov, cuando les disimuló a todos su dolor: bastaba comunicárselo a una sola persona, para que todo oscilase irreversiblemente y ya nada dependiera de ella. Todos los lazos de la vida, tan sólidos, tan eternos, se rompían y saltaban, ni siquiera de un día a otro, sino de hora en hora.

Tan única e irremplazable en el dispensario y en su casa, y he aquí que ya la reemplazaban.

Por muy apegados que estemos a esta tierra, en realidad apenas si nos importa.

No había, pues, que demorar más. El miércoles de la misma semana hacía su última visita a las salas con la Gangart, a quien le entregaba la dirección del Servicio de Radioterapia.

Esta visita, iniciada en la mañana, duró casi hasta el almuerzo. Aunque la Dontsov tenía una confianza absoluta en Vera Gangart y la Gangart estaba en conocimiento de los mismos casos hospitalizados que la Dontsov, no por eso dejó Ludmila Afanasiev de volver a serenarse y afirmarse un poco, por vez primera en estos últimos días, cuando empezó a pasar por frente a las camas de los enfermos, teniendo presente que era muy poco probable que volviese a donde ellos antes de un mes y que hasta bien pudiera no regresar en absoluto. Le volvieron el interés y la facultad de comprender. Había desaparecido esa intención que tuviera en la mañana de transferir sus casos cuanto antes, de

despachar con la mayor rapidez posible las últimas formalidades y regresar a casa a prepararse. Tan acostumbrada estaba a dirigirlo todo personalmente, que todavía hoy no pudo alejarse de un paciente sin hacer un pronóstico que abarcara aunque fuese un mes: cómo se desarrollaría la enfermedad, qué nuevos recursos habría que poner en acción y qué medidas imprevistas podrían resultar necesarias. Recorrió las salas casi como antes; sí, casi igual que antes, y éstas fueron sus primeras horas de alivio en el torbellino de los últimos días.

Se había habituado a la desgracia.

Pero, al mismo tiempo, iba como privada del derecho a ejercer, como descalificada por algún acto imperdonable que, por fortuna, aún no les habían revelado a los pacientes. Escuchaba, prescribía, ordenaba, contemplaba a tal o cual enfermo con ojo supuestamente adivinador; y no obstante, le corría por la espalda un escalofrío, pues ¿cómo tenía aún la osadía de juzgar de la vida y la muerte de otros, cuando, dentro de algunos días, reposaría en un lecho de hospital, igualmente inerme, igualmente aledada, igualmente poco cuidadosa de su aspecto exterior, en espera de lo que dijese los "grandes", la gente de experiencia? Temería los dolores. y puede que también se enojara consigo misma por no haber escogido la clínica adecuada, sospechara que la atendían mal. y soñaría, como con la mayor de las venturas, con el nimio derecho a ser eximida del pijama de hospital y con regresar a casa al anochecer.

Eso le acudía por accesos que de nuevo le impedían reflexionar con todo su rigor de costumbre.

Vera Korniliev, por su parte, asumió sin alegría el cargo, que no deseaba en absoluto a este precio, que por lo demás no deseaba de modo alguno.

"Mamá", como la llamaban sus alumnas, no representaba para Vera una palabra vana. De los tres, fue ella quien hizo de Ludmila Afanasiev el diagnóstico más severo. Preveía una operación agotadora que, desgastada por el mal crónico de las irradiaciones, bien pudiera Ludmila Afanasiev no soportar. Hoy la acompañaba pensando que acaso fuese por última vez, mientras ella seguiría durante numerosos años pasando así por entre las camas y acordándose, cada vez con el corazón oprimido, de la que hiciera de ella un médico.

E imperceptiblemente, con el dedo, se enjugó una lágrima. Más que nunca, sin embargo, debía Vera hoy preverlo todo con máxima precisión y no omitir ninguna de las preguntas que podían formularse, porque toda esta cincuentena de vidas descansaba, por primera vez, de lleno en ella y ya no habría nadie a quien pedirle, consejo.

Así, entre la angustia y la distracción, la visita se prolongó durante media jornada. Visitaron primero las salas de mujeres; en seguida, todas las camas del vestíbulo, debajo de la escalera y en el corredor. Se detuvieron, por supuesto, junto a Sigbatov.

¡Todo lo que se había podido hacer por ese tártaro apacible! y todo eso, para ganar algunos meses de prórroga, Y ¡qué meses! Unos meses de esta existencia lastimosa en un rincón del vestíbulo mal iluminado, mal ventilado. Su sacro ya le fallaba y sólo dos manos firmes aplicadas atrás contra la espalda, lo mantenían en posición vertical. Su único paseo consistía en pasar a la sala vecina, a sentarse un momento y oír discutir a los demás; todo el aire que



respiraba era el que le llegaba desde el lejano ventanillo; todo su cielo era el techo.

Mas, aun por esta vida indigente donde no había otra cosa que la rutina de los cuidados, las querellas entre las auxiliares, la comida del hospital y el dominó, aun por esta vida, con esa espalda desarmada, cada vez que pasaba la doctora se iluminaba de gratitud su mirada dolorida.

Y la Dontsov pensaba que, de rechazar sus propios criterios familiares de adoptar los de Sigbatov, seguía ella siendo alguien feliz.

Sigbatov ya había oído en alguna parte que hoy era el último día para Ludmila Afanasiev.

Sin decir palabra, se miraron, aliados vencidos, pero fieles, antes de dispersarlos a cada cual por su lado el látigo del vencedor. "Tú ves, Charaf -decían los ojos de la Dontsov-, yo hice lo que pude. Pero estoy herida y caigo yo también." "Lo sé, madre -respondían los ojos del tártaro-, y la que me trajo al mundo no hizo por mí más que tú. Pero tú ves, yo no puedo salvarte."

Con Ajmadyan, los resultados eran brillantes: un caso que se había tomado a tiempo; todo se había hecho de riguroso acuerdo con la teoría y, según ésta, se había verificado rigurosamente. Calcularon los rayos que ya recibiera y Ludmila Afanasiev le anunció:

-¡Te dejamos ir!

Esto habría debido hacerse al comienzo de la mañana, para poder informarlo a la enfermera jefa y que entonces le hubiesen traído del depósito su uniforme. Mas, aún a la hora que era, sin tener ya ninguna necesidad de su muleta, Ajmadyan bajó velozmente la escalera a ver a Mita. Ahora le habría parecido insoportable una sola velada más pasada aquí. Lo que le esperaba esa noche eran sus amigos, en la ciudad vieja.

Vadim también sabía que la Dontsov hacía entrega de su Servicio para trasladarse a Moscú. Había sido así: la noche antes llegó un telegrama de su mamá, dirigido a la vez a él y a Ludmila Afanasiev, anunciándoles que habían despachado el oro coloidal a su dispensario. Vadim se arrastró de inmediato hasta los bajos. La Dontsov se hallaba en el Departamento de Sanidad, pero Vera Kornlliev ya había visto el telegrama: lo felicitó y sin tardanza le presentó a Ela Rafaelov, su radióloga, quien debía ahora dirigir su tratamiento, una vez que llegara el oro al Servicio de Radiología. Entretanto llegó la Dontsov, quebrantada; leyó igualmente el telegrama y, con su semblante descompuesto, trató de hacerle también a Vadim señas alentadoras.

Vadim no podía dormirse de contento. Mas esta mañana se hallaba perplejo: ¿cuándo llegaría ese oro, pues? Si sólo se lo hubieran confiado a su mamá, ya hoy habría estado aquí. ¿Lo cursarían en, tres días, en una semana? Fue con esta pregunta con lo que recibió a las doctoras que se le acercaban.

-¡De un día a otro! ¡De un día a otro! -le dijo Ludmila Afanasiev.

(En su fuero interno, demasiado bien sabía ella, empero, lo que significaba eso: de un día a otro. Conocía el caso de un preparado que recetara el Instituto de Moscú para el dispensario de Riazan; pero la joven encargada de eso había escrito Kazan, en la guía de despacho, y en el Ministerio ... , pues no era

cosa de prescindir del Ministerio ... , leyeron Kasajia y lo despacharon a Alma-Ata.)

¡Lo que puede hacer de un hombre una buena noticia: eran los mismos ojos negros, sombríos en estos últimos tiempos, los que centelleaban ahora de esperanza; esos mismos labios hinchados, que asumieran ya un pliegue irremediamente amargo, los que volvían a nivelarse y rejuvenecían; y Vadim, de pies a cabeza, limpio, amable, rasurado, acicalado, resplandecía cual un festejado a quien colman de regalos desde el despertar.

¿Cómo había podido descuidarse así, perder toda su voluntad, en estas dos últimas semanas? ¿No sabía que la salvación está en la voluntad? Todo está en la voluntad. Ahora era la diligencia. Ahora importaba una sola cosa: que el oro pudiese franquear los tres mil kilómetros que tenía que recorrer, antes que las metástasis ganaran treinta centímetros de terreno. Y entonces el oro le limpiaría la ingle, protegería el resto de sus carnes. En cuanto a la pierna, pues bien, se podía sacrificarla. O quizás, mediante algún proceso regresivo (al fin de cuentas, ¿qué ciencia puede prohibirnos en absoluto creer?), mediante algún proceso regresivo, pues, lo sanara el oro radiactivo incluso de la pierna.

Pues, al fin y al cabo, ¿era justo y razonable que fuese precisamente él quien quedara vivo! Mientras que la idea de resignarse a la muerte, de dejarse devorar por la pantera negra, esa idea era necia, vulgar, e indigna. Por el brillo de su talento, se afirmaba él en la idea de que sobreviviría ... , sí, sobreviviría, sobreviviría! Toda la primera parte de la noche le impidió dormir esa gozosa animación que lo sofocaba, mientras trataba de imaginar dónde podría hallarse la cajita de plomo que contenía el oro y que venía en camino hacia él: ¿estaba en el vagón de carga?, ¿o estarían llevándola al aeródromo?, ¿o bien se encontraba ya en el avión? Se trasladaba allá, con los ojos muy abiertos, a los tres mil kilómetros de espacio nocturno, tratando de acelerar las cosas, y hasta habría llamado a los ángeles en su ayuda, si los hubiese habido.

Por el momento, en esta hora de visita, siguió con mirada suspicaz lo que hacían las doctoras: ellas no dijeron nada alarmante e inclusive trataron de no dejar traslucir nada en sus rostros; pero palpaban, palpaban, no sólo el hígado, es verdad, sino también diversas otras partes, intercambiando reflexiones insignificantes. Vadim evaluaba, trataba de saber si no le palpaban más el hígado que todo el resto.

Bien veían ellas que este paciente estaba alerta, atento y, sin necesidad alguna, hacían llegar sus dedos hasta el bazo, aun cuando el verdadero objetivo de sus dedos expertos era verificar si el hígado había variado.

Tampoco era cosa de ver rápidamente a Rusanov, quien esperaba su cuota especial de atención. Desde hacía algún tiempo. él se había aplacado mucho con respecto a estas doctoras: sin ser expertas ni profesoras, lo habían mejorado. no obstante. Ahora, el tumor que tenía en el cuello se movía libremente. estaba aplanado, chico. Cabe decir que, desde el comienzo, sin duda no era tan peligroso como se lo pintaran.

-Escuchen, camaradas -dijo, dirigiéndose a las doctoras-. No se ofendan, pero ya estoy cansado de Inyecciones. Ya llevo más de veinte. Puede que eso baste, ¿no? O bien, quizás podría yo completar la serie en mi casa, ¿no?

-Efectivamente, su sangre no valía gran cosa, a pesar de habersele hecho ya cuatro transfusiones. Estaba amarillo, extenuado, marchito; hasta el gorro que llevaba en la cabeza, que parecía haberse vuelto demasiado grande.

-Por lo demás, ¡gracias, doctora! Me equivoqué al comienzo -le declaró honestamente a la Dontsov. Le gustaba confesar sus errores-. Usted me ha sanado; pues bien, gracias!

La Dontsov asintió con vaguedad con la cabeza. No por modestia ni por turbación, sino sólo porque no entendió nada de lo que él decía. Lo que le esperaba era la aparición de tumores en numerosos ganglios. Y según que el proceso fuese lento o rápido, no se podía saber si de aquí a un año aún estaría vivo.

Tal como en lo concerniente a ella también, por lo demás. La Gangart y ella le palparon con fuerza la axila y las zonas subclaviculares. Rusanov se estremeció, tan fuerte le apretaban.

-¡Pero si ahí no tengo nada! -les afirmaba. Ahora, estaba claro que no hacían más que aterrorizarlo con esa enfermedad. Mas él tenía entereza y habían podido ver lo bien que la había soportado. Y de esta entereza que se había descubierto, estaba él especialmente orgulloso.

-Tanto mejor. Pero hay que tener mucho cuidado, camarada Rusanov -dijo la Dontsov, en tono persuasivo-. Vamos a ponerle una o dos inyecciones más, que no quede por eso, y después podemos dejarlo irse. Pero vendrá todos los meses a hacerse examinar. Y si usted mismo se nota algo, donde sea, entonces deberá venir sin demora.

Rusanov, reanimado, sabía por experiencia que esos exámenes obligatorios no eran sino puntajes, casilleros que llenar y se fue a telefonar la buena nueva a su casa.

Le llegó el turno a Kostoglotov. Este estaba esperándolas con sentimientos confusos. Eran ellas quienes lo habían salvado en apariencia, también ellas las que lo habían perdido. Habían mezclado la miel del barril con brea, por partes iguales, y ahora ya no servía ni de alimento ni para engrasar ruedas.

Cuando Vera Korniliev venía sola a verlo, entonces era Vega y, preguntárale lo que le preguntase, recetárale lo que le recetase, en su calidad de médico, él la contemplaba y se deleitaba. En esta última semana, sabe Dios por qué, le había perdonado enteramente la mutilación que se obstinaba en hacerle a su cuerpo. Había llegado a reconocerle una especie de derecho sobre su cuerpo y esto le era grato. Y cuando se le acercaba en el momento de las visitas, siempre le daban deseos de acariciarle las manitas y de frotar su hocico contra ellas, como un perro.

Mas he aquí que habían venido de a dos y ahora eran médicas apernadas a sus instrucciones, y Oleg no pudo deshacerse de la sensación de ser incomprendido y ofendido.

-¿Cómo va eso? -preguntó la Dontsov, sentándose en su cama. Vega se había quedado de pie atrás y le dirigía una levísima sonrisa. Había recuperado esa inclinación, acaso hasta necesidad, de sonreírle, siquiera muy levemente, cada vez que se encontraba con él. Hoy, sin embargo, le sonrió como a través de

un velo.

-¡Oh, no muy bien! -exclamó Kostoglotov con lasitud, apoyando en la almohada la cabeza que había tenido colgando-. Cuando hago un movimiento torpe, ahora tengo ahí, en el mediastino, algo que me molesta. En suma, tengo la impresión de que me medicaron demasiado. Les pido quedarse en esto. -Ya no lo reclamaba con su impetuosidad de otros tiempos. Ahora hablaba con indiferencia, cual si se tratara de algún otro y de algo demasiado evidente para que fuese necesario insistir. Sí, pero la Dontsov tampoco insistió. Estaba cansada ella también.

-Piense lo que guste, es asunto suyo; pero, por lo que se refiere al tratamiento, no está, terminado.

Se puso a examinar la piel en el contorno de las partes irradiadas. Cierto era que la piel exigía que se terminara ya. Incluso podía acentuarse la reacción de la epidermis, una vez concluidas las sesiones.

-¿Hemos dejado de aplicarle dos al día? -preguntó la Dontsov.

-No más que una sola -respondió la Gangart.

(Había pronunciado unas palabras tan sencillas como "no más que una sola" forzando apenas su garganta menuda, y ¡hubiérase dicho que había articulado algo tierno, que debía llegar al corazón!)

Se hallaba cogida entre unos extraños hilos vivientes que, cual largos cabellos de mujer, la enredaban y enlazaban a este enfermo. y ella era la única que sentía dolor cuando esos hilos se ponían tensos y se cortaban, mientras que a él no le dolía y alrededor no lo veía nadie. El día en que Vera se enteró de las escenas nocturnas con Zoe, fue como si le arrancaran de golpe un cadejo entero. Y quizás habría sido preferible terminar con eso en aquel momento. Con esa sacudida, le habían recordado la ley que dispone que los hombres no necesiten mujeres de su edad, sino más jóvenes. Ella no debió haber olvidado que su hora había pasado, bien pasada estaba.

No obstante, después de eso él se había ingeniado, tan visiblemente, para hallarse siempre a su paso; había estado tan al acecho de la más mínima palabra proveniente de ella y era tan grato verlo mirarla, hablar... y de golpe, aquellos hilos semejantes a cabellos habían recommenzado, uno tras otro, a crecer y entremezclarse.

¿Qué eran, pues, esos hilos? Algo inexplicable e irracional.

Cualquier día iba él a marcharse y un fuerte puño lo retendría allá; en cuanto a regresar, no se decidiría a hacerlo sino cuando estuviera muy grave, luchando a brazo partido con la muerte. y mientras mejor se sintiera, más improbable sería, mas sería ... nunca.

-¿Y cuánto sinoestrol le hemos puesto? -inquirió Ludmila Afanasiev.

-Más de lo necesario -dijo Kostoglotov, anticipándose a Vera Korniliev y adoptando un aire cohibido-. Eso me bastará para el resto de mis días.

En tiempos normales, Ludmila Afanasiev no le habría dejado pasar una réplica tan grosera y lo habría reprendido acremente. Pero por el momento había decaído toda su voluntad, estaba *terminando* con gran esfuerzo su visita. Y fuera de su cargo en el momento de dejarlo, no podía, en el fondo, replicar nada,

ni siquiera a Kostoglotov. Por supuesto, el tratamiento era bárbaro.

-El consejo que le doy es éste -dijo, conciliadora y de modo que no la oyeran en la sala-: no debe pretender la felicidad familiar. Tendrá que vivir muchos años más sin establecer un verdadero hogar.

Vera Korniliev bajó la vista.

-Porque, recuerde, su enfermedad se hallaba en un estado avanzado. Llegó muy tarde a donde nosotros.

Bien sabía Kostoglotov que su asunto no era bueno, pero de oírsele decir así, escuetamente, se quedó boquiabierto,

-¡Oh ... , sí! -mugió él. Mas encontraba ya una idea consoladora-. Sí, pero yo estoy muy tranquilo, tampoco van ustedes a dejar de preocuparse.

-Vera Korniliev, siga administrándole "Tezan" y "Pontaxil".

Pero de todas maneras, habrá" que dejarlo ir a descansar. Vea lo que haremos, Kostoglotov: vamos a hacerle una receta para tres meses de sinoestrol. Actualmente se lo encuentra en las farmacias. Va a comprarlo y a seguir sin falta el tratamiento, en su casa. Si en casa no tiene quien le ponga Inyecciones, tómelo en tabletas.

Kostoglotov tuvo un movimiento de labios para replicarle que, en primer lugar, no existía "su casa"; en segundo lugar, no tenía dinero; y en tercer lugar, no era tan estúpido para ir dócilmente a suicidarse.

Pero ella estaba de un color gris verdoso, fatigada, y él recapacitó y nada dijo.

A continuación, terminó la visita.

Acudió Ajmadyan: todo estaba arreglado y hasta habían ido a buscar su uniforme. Hoy mismo, "regaría" eso con su compinche. En cuanto a los certificados y otros papeles, se los darían mañana. Estaba muy excitado, hablaba rápido y fuerte. Nadie lo había visto aún en ese estado. Se movía con tal energía, y firmeza, que jamás hubiérase dicho que acababa de pasar dos meses aquí, enfermo como todos ellos. Coronados por unos tupidos cabellos cortados en escobilla, coronados por unas cejas negras como el mazut, llameaban sus ojos como los de un ebrio y su espalda toda se estremecía de sentir que la vida estaba ahí en seguida, al otro lado del umbral. Empezó a prepararse precipitadamente, luego se interrumpió de repente, para ir a pedir que le dieran almuerzo al mismo tiempo que a los del primer piso.

A todo esto, habían citado a Kostoglotov a su sesión de rayos.

Esperó, luego permaneció tendido bajo el aparato, en seguida salió una vez más a la escalinata a ver un poco por qué estaba: el tiempo tan lóbrego.

No era el momento de ir a pasear y volvió a subir a la sala.

Desde el pasillo, oyó el relato atronador de un Ajmadyan desencadenado.

-¡Los alimentan ... , si miento soy un cochino ... , mejor que a soldados! No peor, digamos. La porción es un kilo doscientos. ¡Mierda es lo que debieran darles! ¡Y nada de trabajar! Apenas los desembarcan en la zona, izas!. parten en todas direcciones, no queda nadie ... , a esconderse y dormir el día entero.

Kostoglotov se deslizó sin ruido al vano de la puerta. Cerca de su

cama, a la que le habían sacado las sábanas y la funda, Ajmadyan, con su hato de ropa bien a mano, gesticulando y mostrando su dentadura resplandeciente, hablaba con seguridad y terminaba de contarles su último relato a los ocupantes de la sala.

La sala estaba distinta por completo: ya no se encontraban ahí ni Federau, ni el filósofo, ni Shulubln. Ante la sala con su composición actual, sepa Dios por qué, Oleg nunca había oído a Ajmadyan contar aquella historia.

-¿Y no construyen nada? -preguntó quedamente Kostoglotov-. ¿Entonces, de veras no hay nada, pero absolutamente nada que se construya en la zona?

-Bueno, bueno, construyen -dijo Ajmadyan, algo confuso-. Pero construyen mal.

-Quizás usted podría ayudarles -declaró Kostoglotov, más quedamente aún, cual si estuviese perdiendo las fuerzas.

- ¡Nuestra "pega" es el fusil, la "pega" de ellos es la pala! -contestó airoosamente Ajmadyan.

Oleg miró a su compañero de pieza como si lo viera por primera vez, antes bien, como si lo hubiese visto durante largos años, con la cara embutida en el cuello del capote y una ametralladora en la mano. Con instrucción apenas suficiente para saber jugar al dominó. Era sincero Ajmadyan, sincero y sin malicia.

Si durante decenas de años de desbaste no está permitido decir las cosas como son, el cerebro de los hombres empieza a divagar irremediamente y se hace más fácil entenderle a un marciano que a su propio compatriota.

-Dime, por último, ¿cómo comprendes tú la cosa? -prosiguió Kostoglotov, sin aflojar-. Vamos, alimentar a hombres con mierda! Estabas bromeando, ¿eh?

-Nada de eso, ¡no bromeaba! ¡No son hombres, te digo, no son hombres! -insistió Ajmadyan, excitado, pero totalmente seguro de sí mismo.

Esperaba convencer a Kostoglotov; hacer que éste, como sus demás oyentes, creyera lo que él decía. Verdad es que sabía a Oleg un relegado, mas ignoraba que había estado en campamentos.

Kostoglotov miró a hurtadillas hacia la cama de Rusanov, pues no comprendía por qué no había tomado éste aún la defensa de Ajmadyan. ¡Porque no estaba en la sala, sencillamente! -¡Y yo que te tomaba por un soldado! ¡Es en ese ejército, pues, donde servías! -pronunció Kostoglotov, con voz monótona-. ¡Estuviste, pues, al servicio de Beria!

-¡Yo no conozco a tu Beria! -replicó Ajmadyan, furioso y muy colorado-. A quién ponen allá arriba, no nos concierne, a nosotros los humildes. Yo presté juramento, hice mi servicio. Te obligan, tú lo haces ....

## CAPITULO XXXIII

### UN FINAL FELIZ

El mismo día cayó la lluvia. Llovió toda la noche y hubo viento, un viento que se hizo cada vez más frío; y el jueves en la mañana, caía una lluvia mezclada con nieve; y todos los que, en la clínica, anunciaban la primavera y abrían ya las ventanas de dos hojas -entre ellos Kostoglotov- se quedaron mudos. Pero ese mismo jueves, desde la hora de almuerzo, cesó la nieve, se interrumpió la lluvia, amainó el viento y la atmósfera se puso lóbrega, fría e inmóvil.

A la hora del crepúsculo, la margen del cielo se despejó por el lado del poniente, formando como una fina cadeneta dorada.

Y en la mañana del viernes, día en que Rusanov saldría del hospital, el cielo se mostró sin la menor nube y desde el alba comenzó el sol a secar los grandes charcos de agua sobre el asfalto y los caminillos que separaban los cuadros de césped,

y a todos les pareció que esta vez empezaba de firme la primavera, segura e irreversible. V cortaron las tiras de papel pegadas en torno a las ventanas, hicieron saltar las españoletas, abrieron las ventanas dobles, cayendo al suelo masilla que las auxiliares tendrían que barrer.

No habiendo entregado sus ropas al depósito ni recibido las del hospital, Pablo Nicolaievich estaba, pues, en libertad de recibir su papeleta de egreso en cualquier momento del día. Vinieron a buscarlo en la *mañana*, inmediatamente después del desayuno. ¡Y había que ver quien vino! Era Laurik quien manejaba el coche. ¡Había conseguido su licencia el día anterior! Y también el día anterior habían empezado las vacaciones escolares, con tertulia de sorpresas para Laurik, paseos para Maika, y por eso era que los menores estaban gozosos. Fue con ellos dos con quienes vino Capitalina Matveiev, sin los mayores. A Laurik se le salió que después de esto llevaría a unos amigos a dar una vuelta en coche ... , tenía que demostrar con cuánta seguridad conducía, aun sin Yura.

Y, cual una cinta que se hace pasar en sentido inverso, todo desfiló en la dirección contraria, pero ¡cuánto más alegre era todo! Pablo Nicolaievich se dirigió al reducto de la enfermera jefa en pijama y salió de allá vestido con su terno gris. El regocijado Laurik, un apuesto muchacho de cuerpo flexible, vestido con un flamante terno azul y que, de no ser por el alboroto que armaron él y Maika en el vestíbulo, habría parecido ya del todo adulto, no paraba de hacer girar orgullosamente alrededor de sus dedos la fina correa a la cual se hallaba prendida la llave del automóvil.

-¿Aseguraste bien todas las puertas? -preguntó Maika.

-Sí, todas.

-¿Y cerraste todas las ventanillas?

-¡Anda a comprobarlo, pues!

Maika se fue, sacudiendo sus ricitos castaños, y regresó: -Todo está en regla. -y a continuación, adoptando una expresión de espanto: Y el portamaletas, ¿lo cerraste? -¡Anda a comprobarlo, pues!

Y de nuevo se marchó ella.

Por el vestíbulo de entrada seguían pasando con frascos con el líquido amarillo que llevaban al laboratorio. Como en el pasado, había sentados ahí, agotados, con semblante mortecino, enfermos que esperaban cama. Alguien se hallaba acostado en un banco cuan largo era. Mas Pablo Nicolaievich miró todo eso con cierta condescendencia: él se había revelado animoso y capaz de sobreponerse a las circunstancias.

Laurik cogió la valija de su padre. Capitalina, con su cabellera cobriza, vestida con un abrigo de media estación color arena, muy rejuvenecida de felicidad, se despidió de la enfermera jefa con una inclinación de cabeza y se fue del brazo de su esposo. Maika se colgó del otro brazo de su padre.

-¡Mira un poco el sombrero que lleva! Mira, pues, ¡es un sombrero nuevecito, a rayas!

-¡Pablo, Pablo! -llamaron detrás de ellos. Volvieron la cabeza.

Llegaba Chaïy, que salía del corredor del Servicio de Cirugía. Parecía en excelente forma, ya ni siquiera estaba amarillo. El pijama y las chancletas de hospital eran todo cuanto tenía de enfermo.

Pablo Nicolaievich le estrechó la mano jovialmente y dijo: -Capitalina, te presento a un héroe del frente hospitalario.

Van a sacarle el estómago. ¡Y él sonríe!

Mientras le daba la mano a Capitalina Matveiev, Chaly, con ademán muy elegante, juntó los talones e inclinó la cabeza de lado, medio cortés, medio jovial.

-¡Tu número de teléfono, Pablo! Déjame, pues, tu número de teléfono! -insistió Chaly.

Pablo Nicolaievich simuló vacilar sobre el umbral y no haber oído, quizás. Buen hombre, Chaly, pero al fin y al cabo era de otro ambiente, tenía conceptos distintos y tal vez fuese preferible no comprometerse mucho con él. Rusanov había buscado la manera de rechazarlo con la mayor dignidad posible.

Salieron a la escalinata y Chaly percibió de inmediato ei Moscovich que Laurik pusiera ya en posición de partida. Lo avaluó con la mirada y no preguntó: "¿Es tuyo?", sino, inmediatamente:

-¿Cuántos kilómetros tiene recorridos?

-¡No ha completado quince mil!

-Entonces, ¿por qué están los neumáticos en tan mal estado?

-Está mal contrapesado. Así es como trabajan esos ... , ¡buenos obreros no se puede decir! -¿Quieres que te los proporcione yo?

-¿Podrías? Máximo!

-¡Caramba!.. Y como nada... Anda, oye, toma también mi número de teléfono -dijo, puntuando su frase a golpes de dedo en el pecho de Rusanov-.



Apenas yo salga de aquí, en la semana, estará hecho. ¡Te lo aseguro! -Ni siquiera se había necesitado buscar pretextos. Pablo Nicolaievich le arrancó una hoja a su libreta y anotó sus números de teléfono en la oficina y en la casa.

-¡Ahí tienes! ¡Convenido! ¡Nos telefonearemos! -dijo Máximo, despidiéndose.

De un salto, había subido Maika a la delantera, y los padres se instalaron atrás.

-No nos perderemos de vista -agregó Máximo, a manera de estímulo, en el momento de la despedida.

Restallaron las portezuelas.

-¡Nosotros viviremos! -gritó Máximo, saludando con el puño en alto.

-Y ahora -le preguntó Laurik a Maika, para ponerla a prueba-, ¿qué hay que hacer? ¿Ponerlo en marcha?

-¡No! ¡Primero hay que verificar que esté bien en) punto muerto! -prorrumpió Maika.

Partieron, haciendo saltar el agua de las pozas que aún quedaban a trechos y desaparecieron detrás de la esquina del pabellón del Servicio Ortopédico. Ahí, con su bata gris y calzando botas, un enfermo enjuto caminaba sin prisa, como paseante, en plena mitad del pasaje asfaltado ...

-Anda, suéltale un buen bocinazo -alcanzo a decir Pablo Nicolaievich, que acababa de fijarse en el paseante. Laurik dio un bocinazo breve pero estruendoso. El paseante enjuto se apartó con vivacidad y se volvió. Laurik apretó el acelerador y pasó a diez centímetros de él-. Yo le decía "Hocicón". ¡Si ustedes supieran qué tipo desagradable y envidioso puede ser ése! Por lo demás, tú lo habías visto, Capitalina.

-¡Oué tiene de sorprendente, Pablito mío -suspiró Capitolina-. Cuando no se inspira lástima, se inspira envidia. Las personas felices hacen a los envidiosos!

-Es un enemigo de clase -refunfuñó Rusanov-. En otros tiempos ...

-Pero entonces había que aplastarlo! ¡Y tú me dices: toca la bocina! -exclamó Laurik, riendo y volviendo la cabeza por un instante.

-¿Quieres no volver la cabeza? -dijo Capitolina, asustada.

Efectivamente, el coche había dado una sacudida.

-¿Quieres no volver la cabeza a uno y otro lado? -repitió Maika, riendo muy fuerte-. ¿Y yo, mamá, puedo? -y volvió su cabecita una y otra vez, a derecha e izquierda.

-¡Yo no lo dejaré pasear muchachas! ¡Para que aprenda! En el momento de salir del recinto hospitalario, Capitalina bajó el vidrio, y, tirando hacia atrás algo menudo, dijo:

-Vamos, lo esencial es que nunca tengamos que volver a poner los pies aquí. ¡Maldito sea este lugar! ¡Que nadie vuelva más!

Kostoglotov, por su parte, lanzó sobre sus huellas un largo juramento de carretonero.

Mas sacó de eso la conclusión de que por cierto era así como había que proceder. El también debía, forzosamente, como ponérselas para irse en la mañana: No era nada cómodo marcharse en mitad del día, como lo hacían todos:

ya no quedaba tiempo para nada.

Y le habían prometido su papeleta de salida para el día siguiente.

Se preparaba un benigno día soleado. Todo se calentaba pronto, y se secaba. También en Ush-Terek seguramente estaban ya removiendo la tierra de los huertos y limpiando los canales de riego.

Mientras paseaba, se dejó llevar de la fantasía. ¡Qué suerte, en todo caso!: se había venido de allá en medio de una helada feroz, para morir, y .he aquí que regresaría en plena primavera y le sería posible sembrar su jardincillo. Es una gran alegría meter cosas en el suelo y después mirarlas asomar.

Sólo que en los jardines siempre se veía a la gente de a dos. y él estaría completamente solitario.

Durante el paseo, se le ocurrió una idea; era preciso ir a ver a la enfermera jefa. Lejano estaba el tiempo en que Mita tratara de rechazarlo, diciendo que no había cabida en la clínica, Ya eran antiguos conocidos.

Mita se hallaba en su reducto sIn ventana, iluminado a luz eléctrica. Viniendo de fuera, les costaba a los pulmones y los ojos adaptarse a eso. Estaba haciendo pasar fichas de un montón a otro.

Kostoglotov se agachó para franquear la puerta recortada de bajo de la escalera y dijo:

-¡Mita! Tengo un pequeño favor que pedirle. Un pequeño favor muy grande. -Mita alzó la cabeza, mostrando un largo rostro severo. Había bastado que una joven recibiera en herencia, al nacer, una cara tan poco armoniosa, para que después nadie, durante cuarenta años; deseara depositar en ella un beso, acariciarla con el hueco de ia mano, no saliendo así jamás a plena luz toda la ternura que hubiese podido animarla, Y Mita había llegado a ser un caballo de tiro.

. -¿Cuál?

-Yo debo salir mañana.

-¡Me alegra mucho,. por usted -Era buena Mita. No parecía huraña sino a primera vista.

-La cuestión no es ésa. Tengo un cúmulo de cosas que hacer en la ciudad en el día, debiendo volver a partir ya al anochecer. Y del depósito entregan las ropas muy tarde, Si se pudiera, mi pequeña Mita, arreglarlo así: traerme usted mis tiras hoy mismo, guardándolas en alguna parte, para poder yo mudarme muy temprano y partir.

-A decir verdad, eso no es posible --,-suspizó Mita-. Si llega a saberlo Nizamutdin ...

-Pero ¡él no se enterará de nada! Comprendo, por cierto, que es un atropello a los reglamentos; pero, mi pequeña Mita, bien sabe usted que el hombre no vive sino de atropellos.

-¿ Y si por casualidad no lo dejaran salir mañana?

-Vera Korniliev me lo dijo con certeza.

-En todo caso, es necesario que yo lo sepa por ella,

-Bueno, voy en seguida a verla.

-Usted sabe la noticia, ¿no es cierto?

-No, ¿qué pasa?

-Dicen que van a exonerarnos de aquí a todos, a fin de año.  
¡Lo dicen con insistencia! -Su rostro falto de gracia se había puesto más afable apenas comenzó a hablar de estos rumores. -¿Pero a quiénes? ¿A ustedes?

-Al parecer, ¡sería a ustedes y a nosotros! ¿No lo cree? -enunció ella, esperando con temor su opinión.

Oleg se rascó la coronilla e hizo una mueca, cerrando un ojo por completo.

-Bien puede ser. Después de todo, no se excluye esa posibilidad. Pero ¡cuántos de estos falsos rumores he oído! De zumbarle a uno las orejas!

-Sí, pero esta vez dicen que es seguro, completamente seguro. -Ella tenía tantos deseos de creerlo. No se le podía rehusar.

Oleg metió su labio inferior debajo del superior y meditó.

Por supuesto, se preparaba algo. Acababa de caer la Corte Suprema. ¡Pero con una lentitud! Hacía un mes que no se producía nada más y de nuevo uno ya no creía en ello. La Historia es lenta para nuestras vidas, para nuestros corazones.

-Pues bien, ¡ojalá! - dijo él, sobre todo por ella-. ¿Y qué hará usted, entonces? ¿Se marchará?

-No sé -articuló Mita, casi sin voz, posando, separados, sus dedos de gruesas uñas sobre las fichas apergaminadas que la tenían hastiada.

-¿Creo que usted es de la región de Salsk?

-Sí.

-¿Y es mejor allá, pues?

-La Ii-ber-tad -murmuró ella. Pero lo más probable era que todavía esperase hallar marido en su tierra.

Oleg se fue en busca de Vera Korniliev. No la encontró inmediatamente. Ella se hallaba ora en la sala de radiología, ora donde los cirujanos. Por fin, la vio pasar por el corredor en compañía de León Leonidovich y apresuró el paso para alcanzarlos.

-¡Vera Korniliev! ¿Puedo hablar con usted un minuto?

Era agradable dirigirle la palabra, decir algo muy especialmente destinado a ella; había notado que su voz no era igual cuando hablaba con él que cuando lo hacía con los otros.

Ella volvió la cabeza. La inercia de una mente ocupada se leía bien claro en la inclinación de su cuerpo, en la posición de sus manos, en la expresión preocupada de su rostro. No obstante, invariablemente atenta a todos, como lo estaba ella, se detuvo en el acto:

-¡Si -y no agregó "Kostoglotov". No lo llamaba así sino en tercera persona, al hablar de él con las enfermeras y los doctores. Directamente, evitaba nombrarlo.

-Vera Korniliev, tengo un gran favor que pedirle ... ¿No podría decirle a Mita que con seguridad salgo mañana?

-¿Y para qué?

-Me es muy necesario. Vea usted, es preciso que yo parta en la

misma noche, y para eso ...

-¡Puedes ir allá, León! Me reúno en seguida contigo. -León Leonidovich se marchó, encorvado, bamboleándose, con las manos hundidas en los bolsillos delanteros de su blusón que se le abría en la espalda, a pesar de las amarras. Entretanto, Vera Korniliev le dijo a Oleg: -Pasemos a mi oficina.

Lo precedió. Leve. Con sus articulaciones gráciles ...

Lo llevó a la sala de los aparatos donde, poco antes, discutiera tan extensamente con la Dontsov. Y fue a esa misma mesa mal labrada donde se sentó ella, invitándolo a hacer otro tanto. Mas él permaneció de pie.

Y no había nadie más en la pieza. El sol entraba allí en forma de una columna dorada, oblicua, en la cual danzaban grao nitos de polvo y que se reflejaba en las partes niqueladas de los aparatos. La luz era fuerte hasta hacer pestañear y todo estaba risueño.

-¿Y si ocurre que mañana no le extiende su papeleta de egreso? Usted sabe que todavía tengo que preparar su epicrisis. -No acertó a entender si ella estaba hablando de manera absolutamente oficial o bien con un asomo de picardía.

-¿Epi .. qué?

-Epicrisis. Son las conclusiones basadas en el conjunto del tratamiento. Mientras no esté lista la epicrisis, no podemos dejarlo irse.

¡Cuántos asuntos se amontonaban sobre esos hombros pequeños! En todas partes la esperaban, la llamaban, y he aquí que también él la arrancaba a su trabajo, y ahora esa epicrisis que aún debía preparar.

Pero ella permaneció sentada y estaba radiante. Y no sólo ella, no sólo su mirada benévola, hasta afectuosa; había además esos reflejos luminosos, rodeando por todos lados, sembrando de pequeños abanicos, aquella silueta menuda.

-¿Usted quiere abandonar la ciudad inmediatamente?

-No es que quiera, incluso me quedaría de muy buena gana.

Pero no tengo dónde pasar la noche. No quiero volver a pasarla en la estación.

-Es cierto que no puede ir al hotel -dijo ella, sacudiendo la cabeza. Y se puso ceñuda: -Lo malo es que la auxiliar que habitualmente alberga enfermos no está trabajando en este momento, está con permiso por enfermedad. Veamos, ¿qué se podría hallar? -murmuró, dilatando las cosas. Se mordió el rabio superior con su hilerita de dientes inferiores, al mismo tiempo que dibujaba en un papel una especie de bollo alemán-. ¿Sabe qué? . En el fondo ... bien podría pasar la noche ... en mi casa.

¿Cómo? ¿Eso había dicho? ¿Le habría oído mal? Si sólo pudiera repetirlo ...

Sus mejillas habían enrojecido en forma visible. Y seguía evitando su mirada. Sin embargo, hablaba con sencillez, como si fuera de lo más nimio que la doctora albergara a su paciente.

-Precisamente mañana tengo una jornada un poco excepcional. En la mañana, no estoy más que dos horas en la clínica y en seguida paso todo el resto

del día en casa., A última hora de la tarde, deberé partir de nuevo. Me sería muy fácil pasar la noche en casa de amigos.

Y lo miró. Sus mejillas enrojecieron, pero los ojos estaban serenos, límpidos. ¿No se habría equivocado él? ¿Era digno de lo que le proponían?

Simplemente, Oleg no supo qué hacer para entender. ¿Acaso es posible entender cuando una mujer le habla así a uno? Eso puede significar mucho, como puede significar mucho menos. Mas él no reflexionó, no tuvo tiempo: ella estaba mirándolo con tanta nobleza y esperaba.

-Gracias -articuló-. Claro que es... magnífico. -Había olvidado por completo lo que le enseñaran mucho tiempo antes, cien años atrás, en su infancia: ser galante, responder con cortesía-. Está muy bien... Pero cómo podría yo privarla... Se me hace escrupulo ...

-No lo tenga -dijo Vega, con una sonrisa concluyente-. Si necesita quedarse dos, tres días, encontraremos algún otro arreglo más. Debe de fastidiarlo, ¿no?, irse de la ciudad.

-Sí, ya lo creo; me fastidia, Por supuesto! Pero entonces, a mi certificado de salida habría que ponerle fecha de pasado mañana y no de mañana; si no, el Resguardo va a crearme problemas. Podrían encerrarme de nuevo.

-Bien, bien. Vamos a trampear. ¿Por lo tanto, hay que decirle a Mita que es para hoy, la papeleta de salida hay que hacerla para mañana y el certificado para pasado mañana? ¡Qué hombre tan complicado es usted! -Mas, a su mirada no la afectaba esa complicación ... , sus ojos reían.

-¿Complicado yo, Vera Korniliev? El complicado es el sistema! De ese certificado, pues bien, yo no necesito un ejemplar, como todo el mundo, sino dos.

-Y eso, ¿por qué?

-Un ejemplar para el Resguardo, que lo retendrá como justificativo de mi traslado, y el segundo para mí. -Por lo que se refería al Resguardo, aún no se había dicho que él se lo daría; iba a protestar, diciendo que no tenía más que un ejemplar. ¿Acaso no se requiere tener uno de reserva? No en vano había soportado él ese martirio por un infeliz certificado-. Y todavía necesitaré un tercero para la estación.

Ella escribió algunas palabras en una hoja de papel.

-Y bien, aquí está mi dirección. ¿Quiere que le explique cómo se llega allá?

-¡Ya la encontraré, Vera Korniliev! -A ver, a ver, ¿entonces iba en serio? .. ¿Lo invitaba de veras?

-Y ... -adjuntó todavía a su dirección algunos folletos de forma alargada, preparados de antemano- aquí están las instrucciones de que le habló Ludmila Afanasiev. Hay varias, todas iguales, para que pueda repartir la dosis.

Esas instrucciones. ¡Sí, aquellas!

Se había referido a ellas como a algo insignificante; como un pequeño agregado a su dirección. Al mismo tiempo que lo atendió durante dos meses, se las compuso para no hablar nunca de eso.

Seguramente era lo que llamaban tacto.

Ya se había levantado. Se dirigía ya a la puerta, La esperaba su trabajo. La esperaba León ...

y de repente, en medio de los haces luminosos que invadían ahora la pieza entera, la vio, muy blanca, muy leve y acinturada, cual si fuese la primera vez. ¡Tan comprensiva, amistosa ... , indispensable, como si fuera la primera vez!

Y se sintió bien, se sintió sincero; preguntó:

-¡Vera Korniliev! ¿Y por qué estuvo tanto tiempo enojada conmigo?

Envuelta en luz, lo miró con una especie de sonrisa llena de sabiduría.

-¿No habrá sido usted culpable de nada, pues?

-No.

-¿De nada?

-De nada!

-¡Acuérdese bien!

-¡No veo! Oriénteme, por lo menos.

-¡Vamos, tengo que irme allá!

Tenía la llave en la mano. Iba a cerrar la puerta. Y a marcharse.

Y no obstante, se estaba tan bien con ella! Se habría podido seguir así días y noches enteros.

Se alejó, menuda, por el corredor y él permaneció plantado allí, siguiéndola con los ojos.

Luego volvió de inmediato a pasearse, irrumpía la primavera: no se dejaba de respirarla. Anduvo sus buenas dos horas de un lado' para otro, almacenando sin fin aire, calor. Lo apenaba, ahora, abandonar hasta este recinto del que estuviera prisionero, pensar que ya no estaría presente para ver florecer las acacias del Japón, para ver abrirse las primeras hojas tardías de la encina.

Y hoy ni siquiera había experimentado náuseas, no había sentido ninguna debilidad. No habría sido imposible que se pusiera a jardinerear un poco. Tenía deseos, pero muchos deseos de algo ...• no sabía de qué. Advirtió que, por sí solo, su pulgar frotaba el índice, buscando el cigarrillo. Pues bien, no, aunque soñara con eso noche y día! Había dejado de fumar, y punto.

Habiendo paseado a su antojo, se dirigió a donde Mita. Era buena Mita: ya había recibido el saco de Oleg y lo tenía escondido en la sala de baño. La llave de dicha sala la tendría la veladora que había de reemplazar a Mita al comienzo del anochecer. Y al aproximarse el término de la jornada, debería él ir a la consulta a retirar todos sus certificados.

Su salida del hospital tomaba un giro irrevocable.

No era la última vez, sino una de las últimas veces que subía la escalera.

En lo alto, se encontró con Zoe.

-¿Qué tal, Oleg? -preguntó Zoe, con desenvoltura.

Había adoptado ese tono ingenuo con toda sencillez, con una espontaneidad asombrosa, cual si jamás hubiese habido nada entre ellos, ni las palabras tiernas, ni la danza del Vagabundo, ni el balón de oxígeno.

Y en el fondo tenía razón. ¿Para qué estar siempre recordando,

recordando, enfurruñándose?

A partir de cierta noche de guardia, él no había ido a rondarla, sino que se había acostado. A partir de cierta noche, como si tal cosa, ella había venido a donde él, jeringa en mano; él se había dado vuelta y la había dejado pincharlo. Y lo que antes se desarrollara entre ellos, tan tirante, tan denso, como el balón de oxígeno que transportaran juntos en otro tiempo, había empezado de pronto a decrecer lentamente. y había vuelto a quedar en nada. De lo cual subsistía un saludo amistoso, un "¿Qué tal, Oleg?" .

El se afirmó en una silla, sin doblar sus largos brazos, dejando colgar un mechón negro.

-Dos mil ochocientos leucocitos. Van tres días que ya no me aplican rayos. Salgo mañana.

-¿Mañana, ya? -exclamó ella, alzando sus cejas de reflejos dorados-.  
¡Bien! ¡Que siga bien! ¡Lo felicito!

-¿De qué? ¡Por cierto que yo me lo pregunto!

-¡Es usted un ingrato! -dijo Zoe, sacudiendo la cabeza-.

Trate no más de recordar seriamente su primer día aquí, en el relleno. ¿Creía entonces vivir mucho más de una semana?

Eso también era verdad.

¡Pues. sí, muy buena muchacha, esta Zoe! Alegre. trabajadora, sincera. Dice todo lo que piensa. Desembarazándose de ese resquemor que existía entre ellos, cual si se hubiesen engañado recíprocamente, volviendo a comenzar de cero, ¿qué podría impedirles ser buenos amigos?

-¡Eso es! -dijo ella, sonriendo.

-¡Eso es! -dijo ella, sonriendo.

No le habló más de los canutillos.

Y eso fue todo. Ella estaría de guardia aquí cuatro veces a la semana. "Calentaría" sus manuales. Muy de vez en cuando, bordaría. y luego, en la ciudad, se retardaría con alguien, en la sombra, después de los bailes.

No se podía, decentemente, reprocharle el tener veintidós años, el ser sana, sana hasta la menor de sus células, hasta su más mínima gota de sangre.

-¡Que siga bien! -murmuró, sin asomo de despecho. Y él ya se alejaba, de repente siempre con igual ligereza, con igual vivacidad; volvió a llamarlo-. ¡Oiga, Oleg! -El se dio vuelta-. ¿Quizás no tenga usted dónde pasar la noche? Tome mi dirección.

(¿Cómo es eso? ¿También ella?)

Oleg la miro perplejo. Vaya uno a comprender! Eso excedía su entendimiento.

-Es muy cómoda, cerquita pe un paradero de tranvía. Vivimos solas, mi abuela y yo, y tenemos dos piezas.

-Muchas gracias -dijo él y tomó, confundido, el pedazo de papel-. Pero es poco probable que ... Ya veremos cómo se presentan las cosas.

-¿Se sabe alguna vez? -preguntó ella. sonriendo.

En suma, le habría sido más fácil hallar de nuevo su camino en la talga que por entre las mujeres.

Dio dos pasos más y vio a Sigbatov, tristemente extendido al ras sobre su soporte rígido, en su sofocante rincón del vestíbulo. Ni siquiera hoy, con un día de sol refulgente, llegaban hasta acá sino lejanos reflejos.

Sigbatov miraba el techo, nada más que el techo. Había adelgazado en estos dos últimos meses. Kostoglotov se sentó junto a él.

-Charaf. Cuentan con insistencia que van a soltar a todos los relegados, a todos, los especiales y los administrativos. -Charaf no volvió la cabeza hacia Oleg, sino solamente los ojos. Y pareció no haber percibido más que el sonido de su voz-. ¿Oyes? ¡Tanto a ustedes como a nosotros! Yo sé lo que digo. -Pero él no comprendía-. ¿No lo crees? .. ¿Vas a regresar a tu casa?

Sigbatov dirigió de nuevo la mirada a su techo. Entreabrió unos labios indiferentes:

-Para mí, es demasiado tarde.

Oleg hizo volver una de sus manos sobre la otra, que ya reposaba en su pecho, como se hace con un muerto.

Pasó ante ellos Nelly, quien se dirigía a la sala con paso alegre.

-¿No quedaron platos, por casualidad? -y miró a su alrededor-: Vaya, el desgreñado! ¿Por qué no almorzaste? Anda, desocupa los platos. ¿Crees que voy a esperarte?

¡Así, pues! Kostoglotov había olvidado su almuerzo. ¡Ni se había dado cuenta! ¡Preciso era que estuviese fatigado! Sin embargo, había una cosa que no comprendía:

-¿Es asunto tuyo?

-¡Cómo es eso! ¡Ahora soy camarera! -declaró Nelly, con orgullo-, ¡No has visto qué limpio está el blusón que tengo!

Oleg se levantó para ir a tragar su último almuerzo de hospital.

Insinuantes, Invisibles y silenciosos, los rayos le habían quitado todo apetito. Pero, según la regla, el recluso no podía dejar nada en la escudilla.

-¡Vamos, vamos, termina pronto! -ordenó Nelly. No era sólo el blusón, los ricitos también estaban enrollados de una manera nueva.

-Miren eso. En lo que se ha convertido! -se asombró Kostoglotov.

-¡Y qué! Hay que ser idiota para desjarretarse lavando suelos por trescientos cincuenta rublos al mes. Y además, sin manera de ganarse un suplemento ...



## CAPITULO XXXIV

### NO TAN BIEN

Como el viejo que ve morir a su alrededor, una tras otra, las personas de su edad, produciéndole esto probablemente un vacío nostálgico - "es hora, es hora de que me vaya yo también"-, de igual modo, aquella noche Kostoglotov ya no podía más en la sala; no obstante, las camas estaban todas ocupadas de nuevo, con hombres, siempre con hombres; y cual si hubiesen sido nuevas, habían recommenzado a hacerse las mismas preguntas: ¿es cáncer o no?, ¿es curable o no?, ¿hay otros medios para curarlo?

Hacia el final de la jornada, el último en partir fue Vadim: habiendo llegado el oro, lo trasladaban al Pabellón de Radiología.

A Oleg ya no le quedó otra cosa que contemplar los lechos, uno a uno, recordando a quienes los ocuparan desde el principio y cuántos de ellos habían muerto. Al fin de cuentas, habían muerto bastante pocos, al parecer. .

Tan sofocante estaba en la sala y tan agradable fuera, que Kostoglotov se acostó con su ventana entreabierta. El aire primaveral se derramaba sobre él por encima del: reborde de la ventana. Una primaveral animación llegaba de los patiecitos de unas miserables casuchas apiñadas contra el cerco exterior del recinto hospitalario. No se los veía vivir, a esos patios, al otro lado del muro de ladrillo que los separaba del recinto; pero a esta hora se oían muy bien el crujido de las puertas, los gritos infantiles, el hipar de un ebrio, un disco gangoso y además, bastante después del toque de queda, una voz de mujer baja y fuerte, que cantaba una melodía monótona, llena de desesperación o de deleite:

y al jo-ven-zuelo  
llevólo ella a su casa...

Todas las canciones no hablaban más que de eso. Todo el mundo no pensaba sino en eso. Y Oleg debía pensar en otra cosa...

Y justamente esa noche, en que debía acumular fuerzas para levantarse temprano al día siguiente, Oleg no lograba en absoluto quedarse dormido. Le pasaban por la cabeza toda clase de cosas, importantes o inútiles: lo que quedara en suspenso en sus discusiones con Rusanov; lo que Shulubin no había dicho; y luego, los argumentos que se debió haberle opuesto todavía a Vadim; y la cabeza destrozada de Yuk; y los rostros animados de los Kadmin, a la luz de la lámpara de petróleo, cuando él les contara todas sus impresiones de la ciudad, mientras ellos, por su parte, le diesen las noticias de la aldea y le dijeran qué transmisiones musicales habían oído entretanto..., pareciéndoles a los

tres que la destartalada casucha encerraba el universo entero; en seguida, también la expresión distraídamente atenta de Ina Stroehm, quien lo miraría desde lo alto de sus dieciocho años y a la que Oleg ya no osaría ahora ni siquiera acercarse; y además, esas dos invitaciones de mujeres que le proponían alojarlo. También en esto había con que romperse la cabeza. ¿Cómo había que entenderlas, exactamente?

En ese mundo glacial que moldeara el alma de Oleg, imprimiéndole su sello, no existía el fenómeno llamado "bondad desinteresada". Y Oleg había simplemente olvidado su existencia. Y ahora, la pura y simple bondad era por cierto la última explicación que él le hubiese hallado a tal invitación.

¿Qué querían decir ellas y qué debería hacer él? Esto se le escabullía.

De un lado para otro, de un lado para otro, enrollaban sus dedos un cigarrillo invisible.

Oleg se levantó y se fue a dar una vuelta.

En la penumbra del vestíbulo, inmediatamente después de la puerta, sentado como de costumbre en su palangana puesta en el suelo, estaba Sigbatov dedicado a salvar su sacro, ya sin nada de aquella paciente esperanza de hacía poco, sino con el embotamiento de la desesperación.

Sentada a la mesa de la enfermera de guardia, dándole la espalda a Sigbatov, estaba inclinada cerca de la lámpara una mujer, no muy alta, de espalda angosta, de blusón blanco. No era una enfermera quien estaba hoy de turno, sino Turgun, que sin duda ya se hallaría durmiendo en la sala de reuniones médicas. Era Isabel Anatoliev, esa auxiliar de anteojos de cultura asombrosa. Había concluido todo su trabajo al anochecer y ahora estaba leyendo.

Durante los dos meses que pasara Oleg aquí, esta auxiliar trabajadora, con un rostro que denotaba una viva comprensión, había gateado más de una vez debajo de las camas donde ellos ya estaban acostados, para lavar las tablas; corría de ahí las botas Slue Kostoglotov tenía escondidas, sin protestar jamás. También era ella la que, armada de un trapo, limpiaba los paneles de la pared, vaciaba los escupitines y los hacía relucir; además, les repartía a los enfermos las vasijas rotuladas; y todo cuanto era pesado, desagradable, sucio, y no les convenía a las enfermeras tomar en sus manos, lo traía y llevaba ella.

Y mientras menos rezongaba al ejecutar este trabajo, menos se fijaban en ella en el pabellón. Hace sus buenos dos mil años que se dijo que es posible tener ojos y no ver nada.

No obstante, una vida ardua desarrolla las facultades visuales. Y aquí, en el pabellón, los había que se reconocían sin esfuerzo. Aun sin la prescripción de llevar, para distinguirlos de los demás, ni charreteras ni uniforme ni jinetas, ellos se reconocían, sin embargo, cual si hubiesen llevado alguna señal luminosa en la frente, como si tuvieran estigmas marcados en los huesos de las manos y los tobillos (en realidad, habla una multitud de señas particulares: una palabra, una sola, soltada al descuido; el too no en que se pronunciara esa palabra; un movimiento de labios entre las palabras; una sonrisa, cuando los demás estaban serios; la seriedad, cuando los otros reían). Al igual que los uzbekos y los karakalpacos se reconocían sin esfuerzo en la clínica, lo mismo

aquellos sobre los cuales había caído, aunque fuese una sola vez, la sombra de las alambradas de púas.

Así era como Kostoglotov e Isabel Anatoliev se habían reconocido hacía largo tiempo. Desde hacía mucho, se saludaban con expresión de entendidos. Mas nunca habían tenido aún oportunidad de conversar.

Ahora se aproximó Oleg a su mesa, arrastrando a propósito sus chanclos, para no asustarla.

-¡Buenas noches, Isabel Anatoliev!

- Ella leía sin anteojos. Volvió la cabeza y hasta ese movimiento, por algo inexpresable, se distinguía ya del apresurado movimiento de cabeza con que respondía ella siempre cuando la llamaba el servicio.

-Buenas noches -dijo, sonriendo con toda la dignidad que corresponde a una dama de cierta edad que recibe, bajo su techo sólido, a un visitante bien venido.

Se miraron uno a otro con benevolencia, sin prisa. Lo que con ello se expresaba era su ahínco en socorrerse recíprocamente y la conciencia de ser ambos impotentes.

Oleg inclinó su hirsuta cabeza para ver mejor el libro.

-¿Francés, una vez más? ¿Qué es?

La extraña auxiliar contestó, pronunciando una "i" muy suave:

-De Claude Farrere.

-¿Y de dónde saca todos esos libros en francés?

-Hay en la ciudad una biblioteca de libros extranjeros. También los pido en casa de una señora anciana.

Kostoglotov se puso bizco mirando el libro, como un perro ante un espantapájaros.

-¿Y por qué siempre en francés?

Unas patas de gallo en los ángulos de los ojos y de los labios decían su edad, su agotamiento y su inteligencia,

-Eso duele menos -respondió ella. Hablaba constantemente en voz baja y su pronunciación era suave.

-¿Y por qué temerle al dolor? -repitió Oleg. Le costaba permanecer mucho rato de pie.

Ella lo notó y acercó una silla.

-Entre nosotros, en Rusia, hace cuánto tiempo..., algo así como doscientos años, seguramente..., se oye a la gente extasiarse con París. ¡París! Hasta zumbarle a uno los oídos. Querrían que les citaran el nombre de cada calle, de cada taberna. Pues bien, yo, adrede, ¡no tengo el menor deseo de ver París!

-¿En absoluto? -exclamó ella, riendo, y él hizo otro tanto-o ¿Es mejor estar bajo la vigilancia del Resguardo? -Tenían una risa idéntica: hubiérase dicho que empezaban y no podían continuar.

-No, si es cierto -dijo Kostoglotov, con desdén-, ¿qué es todo ese murmullo?, una manera de hacerse todo un mundo, de excitarse, de intercambiar ideas a la ligera. ¡Ah, qué ganas dan entonces de tapparles la boca! “¡Hola

amigos!, ¿y si nos diéramos una vueltecita por allá? ¿Qué les parece? Y con pan añejo, además, ¿eh?"

-Es usted injusto. Si ya han superado la etapa del pan añejo. Se lo han merecido.

-De acuerdo, puede que sea cierto. Puede que yo diga eso de envidia. Sin embargo, ¿de todos modos dan ganas de taparles la boca!

Sentado en su silla, Kostoglotov se balanceaba de un lado a otro, como si le molestara su busto, inútilmente alto. Sin transición, preguntó, con franqueza y naturalidad:

-¿A usted, fue por su marido? ¿O bien algo personal?

Ella respondió con igual franqueza, con igual naturalidad, cual si la hubiesen interrogado acerca de su servicio:

-Cogieron a toda la familia, imposible saber a causa de quién.

-¿Y ahora están todos juntos?

-¡Oh, no! Mi hija murió en el exilio. Después de la guerra, nos vinimos acá. Volvieron a coger a mi marido por segunda vez. Lo metieron en un campamento.

-¿Y ahora está usted sola?

-Tengo un niño. De ocho años.

-Oleg le miraba la cara. Ni el menor estremecimiento que clamara conmiseración. Por supuesto, estaban hablando de negocios.

-¿La segunda vez, en el 49?

-Sí.

-Es lógico. ¿Qué campamento?

-El puesto de Taishet.

Oleg inclinó de nuevo la cabeza.

-Ya veo. En Ozerlag. Quizás esté a orillas del Lena y Taishet sea su casilla postal.

-¿Estuvo allá usted? -La esperanza, ¿eso no había podido reprimirlo!

-No, pero sé que es así. Es que, a pesar de todo, hay intercambio de informaciones.

-¡Duzarski! ¿No se habrá encontrado usted con él? ¿En ninguna parte? -¡Ella seguía esperando, a pesar de todo! Se había encontrado con él, iba a contar...

-¿Duzarski? -dijo Oleg, haciendo chasquear la lengua-. No, no me encontré con él. Uno no puede encontrarse con todos.

-Dos cartas al año -se quejó ella. Oleg asintió. Todo eso era natural-. Y el año pasado, recibí una sola, en mayo. Y después, nada... -Y, temblorosa, pendía no más que de un hilo, de un solo hilo. ¡Oh las mujeres!...

-¡No le dé importancia! -repuso Kostoglotov-. Si cada uno manda dos cartas al año, ¿sabe cuántos millares suma eso? Y la censura es perezosa. Una vez, en verano, en el campamento de Spaskole, un detenido fue a revisar las estufas y, en la estufa de la oficina de la censura, encontró doscientas cartas no despachadas. Habían olvidado quemarlas.

Con qué precauciones le explicó él eso y cuán acostumbrada debía estar ella a todo, desde hacía tiempo; y no obstante, he aquí que lo miraba con

ojos alelados de estupor.

¿Es posible que el ser humano esté hecho de tal modo que no pueda desaprender a asombrarse?

-¿Entonces el chico nació en el exilio? -Ella hizo seña de que sí-. ¿Y ahora no tiene usted más que su sueldo para sustentarlo? ¿Y no la quieren para un puesto más importante? ¿Le reprochan en todas partes su marido? ¿Y viven en un tugurio?

Como si la interrogara, mas sus preguntas no eran realmente preguntas; Y todo eso era tan evidente como para dejar en la boca un sabor amargo.

Isabel Anatoliev había puesto sus manos pequeñas, deslavadas por las lejías, los trapos para limpiar el piso, el agua caliente, cubiertas de moretones y rasguños, sobre el tomo grueso, en rústica, de elegante formato reducido, de papel extranjero y cuyas páginas, cortadas mucho tiempo antes, formaban un canto levemente dentado.

-¡Si sólo se tratara del tugurio! -exclamó ella-. La desgracia es que el rapaz va creciendo, no es tonto, quiere saberlo todo y ¿cómo hay que enseñarlo, pues? ¿Imponerlo de toda la verdad? ¡Bien sabe usted que hay con que hacer zozobrar hasta a un adulto, que hay para volverse loco! ¿Ocultarle la verdad? ¿Reconciliarlo con la vida? ¿Es justo? ¿Qué diría su padre? y además, ¡habría que conseguirlo! Tiene ojos... ese rapaz, ve bien...

-¡Dejarle caer encima toda la verdad! -dijo Oleg y, con firmeza, descargó su palma contra la cubierta de vidrio de la mesa. Declaró eso cual si él mismo hubiese llevado a buen término la educación de decenas de chiquillos, sin fallar una. Ella apoyó las sienas, tapadas con su pañuelo, en las muñecas de sus manos abiertas, y miró a Oleg con inquietud. ¿Le habían tocado el punto sensible?

-¡Qué difícil es educar a un hijo sin padre! Se requiere tener en la vida un eje constante, una brújula, y ¿de dónde sacarlo? Se desvía una sin cesar, cuando no a un lado, a otro. -Oleg callaba. Ya había oído decir que era así, pero no acertaba a entenderlo-. Y por eso es que leo viejas novelas francesas. Solamente durante mis turnos de noche, por lo demás. Ignoro si han dejado en silencio algo más importante; si en aquel tiempo había detrás de las paredes una vida igualmente cruel, yo no lo sé y leo en paz.

-¿Es un narcótico, entonces?

-No, una ventaja -dijo ella, sacudiendo su cabeza de monja-. No hay libros que yo conozca bastante de cerca, que no me irriten. En unos, toman al lector por un imbécil; en otros, no hay engaño, de lo cual están los autores muy orgullosos. Con mucha seriedad, le plantean a una los reveses por que pasó un gran poeta en 18..., a qué dama evoca él en talo cual página. Bien veo que eso habrá sido difícil de elucidar, pero también cuán exento de peligros está. ¡Ellos escogieron la mejor parte! Y no les atañe ocuparse de los vivos, de los que sufren hoy.

Tal vez en su juventud la llamaran Lily; el nacimiento de la nariz todavía no anunciaba esas marcas hundidas que le formarían después los anteojos. La joven ponía ojos tiernos, se desternillaba de risa. Había habido en

su vida flores, encajes y versos de simbolistas; ninguna gitana le había predicho jamás que acabaría de auxiliar hospitalaria en alguna parte de Asia.

-Todas las tragedias literarias me parecen cómicas, comparadas con lo que vivimos nosotros -insistió Isabel Anatoliev-. A Aída le permitieron ir a ver al hombre amado y morir con él... Mientras que nosotras, nosotras ni siquiera tenemos derecho a recibir noticias tuyas. Y si yo fuera a Ozerlag...

-No vaya allá. ¡De nada serviría!

- ... los escolares hacen disertaciones sobre Ana Karenina, sobre su vida desgraciada, trágica, perdida y no sé qué más. Sin embargo, ¿puede decirse que Ana era Infeliz? Ella eligió la pasión y pagó por esa pasión. Pero ¡eso es la felicidad! Era alguien libre orgullosa. ¿Pero cuando a la casa donde una nació y vivió siempre se introducen, en tiempos de paz, uniformes y gorras, ordenándole a toda la familia abandonar esa casa, esa ciudad, en veinticuatro horas, llevándose solamente lo que pueden abarcar sus débiles brazos?

Todas las lágrimas que podían derramar aquellos ojos las habían derramado hacía ya mucho tiempo y era improbable que todavía tuviesen otras que verter. Y tal vez no fuese sino para el postrer anatema cuando pudiera brotar aún en ellos una intensa llamita seca.

- ... ¡Cuando una abre la puerta de par en par y llama a los que pasan por la calle, para ver si acaso pueden comprarle algo. qué digo, arrojarle algunos céntimos con que procurarse un poco de pan! Y entonces entran unos traficantes de olfato experto, de esos que lo saben todo, menos que algún día también caerá el rayo sobre sus cabezas, y que por el piano de su madre le ofrecen a una sin escrúpulo la centésima parte de su precio, y su hijita, con los cabellos anudados, se pone por última vez al piano para tocar de Mozart, pero se deshace en llanto y huye... ¿Qué necesidad tengo yo de releer **Ana Karenina**, si quizás ya tenga bastante con eso?.. ¿Dónde puedo leer nuestra historia, la nuestra? ¿Sólo dentro de cien años?

Y aunque casi había llegado a gritar, el entrenamiento de numerosos años no le falló: no gritó, eso no fue un grito. Lo oyó solamente Kostoglotov.

Puede que también Sigbatov, sobre su palangana.

Apenas si había indicaciones precisas en su relato y, no obstante, eso bastaba.

-¿En Leningrado? ¿En 1935? -preguntó Oleg.

-¿Lo reconoció usted?

-¿En qué calle vivían ustedes?

-En la Calle de las Calesas -gimió ella con voz monótona y también con una pizca de alegría-. ¿Y usted?

-En la calle Zajariev. Cómo, al lado...

-Al lado... ¿Y qué edad tenía?

-Catorce años.

-¿Y no recuerda nada?

-No gran cosa.

-¿No se acuerda? Fue como un temblor de tierra. Los departamentos abiertos de par en par, gente que entraba, cogía cosas, se iba. Nadie le

preguntaba nada a nadie. Vamos, pero si expulsaron a la cuarta parte de la ciudad. ¿Y usted no se acuerda?

-Sí, me acuerdo. Pero lo innoble es que eso no parecía ser lo esencial. En la escuela nos explicaban por qué era necesario, para qué servía.

Cual jumento estrechamente envarado, esta mujer que envejecía sacudió la cabeza de arriba abajo:

-El bloqueo, todo el mundo hablará de él. Se escriben poemas sobre el bloqueo. Eso está permitido. Pero antes del bloqueo, es como si no hubiera habido nada.

Sí, sí. Tal como hoy, Sigbatov estaba calentándose el sacro en la palangana; Zoe estaba ahí, enfrente; Oleg, aquí, en este mismo sitio y sentado a esa misma mesa; a la luz de esta misma lámpara, habían hablado... del bloqueo, vaya..., claro que sí...

Por supuesto, antes del bloqueo no había pasado nada en esa ciudad.

Oleg suspiró, inclinó la cabeza y, apoyándola en su codo doblado, miró a Isabel Anatoliev con expresión de agobio.

-Es vergonzoso -dijo quedamente-. ¿Por qué nos quedamos tranquilos, mientras eso no se descargue sobre nosotros y sobre los nuestros? ¿Por qué está hecha así la gente?

Y también se avergonzó de haber puesto su propio tormento más en alto que los montes del Pamir: ¿qué espera del hombre una mujer?, ¿nada inferior a qué? Cual si aparte de eso no hubiese en su patria ni tormento ni dicha.

Se avergonzó, pero se sintió mucho más calmado. La miseria ajena, habiéndolo anegado, lo limpiaba de la propia.

-Y algunos años antes de eso -rememoró Isabel Anatoliev-, fue a los nobles a quienes expulsaron de Leningrado. También de éstos hubo unos cuantos centenares de miles. ¿Y cree usted que nos fijamos mucho en ello? Sin embargo, ¿qué había quedado de aquellos hidalguchos?, unos viejitos apergaminados e inofensivos. Y no obstante, nosotros lo sabíamos, lo veíamos, ¡Y nada! Era que no nos afectaba a nosotros.

-¿Y les compraban los pianos?

-Puede que se los compraran. Seguramente debieron comprárselos.

Bien veía Oleg ahora que esta mujer aún no tenía cincuenta años. Y su cara era ya la de una vieja. De debajo de su pañoleta blanca salía un mechón de cabellos muy tiesos, imposibles de rizar.

-Y cuando los expulsaron a ustedes, ¿por qué fue? ¿Bajo qué artículo caían?

-Elementos socialmente perjudiciales, por supuesto. O elementos socialmente peligrosos. Los decretos especiales, sin enjuiciamiento, eran lo más cómodo.

-¿Qué hacía su marido?

-Nada, era flautista en una orquesta filarmónica. Entre copa y copa, le gustaba discutir.

Oleg se acordó de su difunta madre: exactamente igual tipo de mujer prematuramente envejecida, de intelectual atareada, desamparada sin su esposo...

Si vivieran en la misma ciudad, él la ayudaría de un modo u otro. A dirigir a su hijo... Mas, como insectos clavados en cajas separadas, cada uno de ellos tenía la suya.

-En una familia conocida nuestra -ahora ya no paraba de contar esta mujer, cuya alma estaba rompiendo los diques de un silencio demasiado prolongado- había nietos..., un muchacho, una niña..., ambos miembros fervorosos de la Juventud Comunista. Y de repente les notifican el exilio a todos los de la familia. Los muchachos se precipitan al Comité Regional de la Komsomol. "¡Defiéndannos!" "Se los defenderá", les dijeron allá. "Tomen papel, escriban: Solicito que a partir de esta fecha, ya no se me considere hijo, hija, de fulano o zutana; reniego de ellos, por ser elementos socialmente peligrosos, y prometo no tener en el futuro nada en común con ellos ni conservar vínculo alguno con ellos."

Oleg se encorvó; sobresalieron sus hombros huesudos, su cabeza volvió a caer.

-Y había muchos que lo hacían...

-Sí, pero ese hermano y esa hermana dijeron: "Vamos a meditarlo". Regresaron a casa, tiraron al fuego sus tarjetas de la Komsomol y empezaron a prepararse para irse al destierro.

Sigbatov se movió. Sujetándose del lecho, se levantó de su palangana.

La auxiliar se precipitó a tomar la palangana y llevársela.

Oleg se levantó también y, antes de ir a acostarse, tomó por la sempiterna escalera, para dirigirse a los bajos.

En el corredor de abajo tenía que pasar frente a la puerta de la sala donde pusieran a Diomka con otro operado que había muerto el lunes y en cuyo lugar habían puesto en seguida a Shulubin, después de su operación.

Esa puerta cerraba bien, mas por el momento se hallaba entreabierta y la pieza estaba a oscuras. Se oía, en la oscuridad, un ronquido monótono. No había enfermeras a la vista; sin duda, estaban a la cabecera de otros pacientes, o bien durmiendo.

Oleg abrió la puerta otro poco y se deslizó al interior de la pieza.

Diomka dormía. Era Shulubin quien roncaba, gimiendo.

-¡Alexis Filipovich! -Cesó el ronquido-. Alexis Filipovich... ¿Eso anda mal?

-¿Ah? -dejó escapar éste, siempre con un estertor.

-¿Eso anda mal?.. ¿Necesita algo?.. ¿Quiere que encienda la luz?

-¿Quién es? -Esta fue una espiración amedrentada que acabó en tos, seguida de un nuevo gemido, porque toser dolía.

-Kostoglotov. Oleg. -Ya estaba a su lado, inclinado sobre él, y comenzó a distinguir sobre la almohada la voluminosa cabeza de Shulubin- ¿Qué es lo que hay que darle? ¿Llamo a la enfermera?

-Na-da -pronunció Shulubin, entre dos espiraciones. Ya no tosía no gemía. Oleg distinguió ahora hasta los ricitos de su pelo sobre la almohada-. Yo no moriré entero -susurró Shulubin, no entero.

Estaba delirando, pues.



Kostoglotov buscó a tientas la mano ardiente colocada sobre el cobertor, la estrechó con suavidad...

-¡Vivirá usted, Alexis Filipovich! ¡Valor, Alexis Filipovich!

-Un trozo, ¿eh?, ¿un trozo?.. -murmuró el enfermo, prosiguiendo su idea.

Y Oleg comprendió que Shulubin no deliraba. Que incluso lo había reconocido y le recordaba su última conversación antes de operarse. En aquella ocasión, había dicho: "y a veces siento con tanta claridad que lo que hay en mí todavía no es todo yo. Hay algo muy, muy indestructible; algo muy, muy elevado. Algo así como un fragmento del Espíritu Universal. ¿No lo siente eso usted?"

## CAPITULO XXXV

### EL PRIMER DIA DE LA CREACION

Al alba, cuando aún todos dormían, Oleg se levantó sin ruido; hizo su cama, en la forma prescrita: con la sábana de encima doblada sobre "el cobertor por los cuatro costados; y calzado con sus pesadas botas, salió de puntillas de la sala.

Sentado a la mesa de guardia, se hallaba durmiendo Turgun, coronada la cabeza por una tupida cabellera negra, posada en los brazos cruzados por encima de un manual abierto.

La vieja veladora del primer piso le abrió la sala de baño, donde se mudó, recuperando sus ropas, que en dos meses se habían vuelto algo extrañas. Era su vestimenta de soldado: el viejo pantalón de uniforme estilo pantalón de montar; la blusa marinera de lanilla, el capote. En los campamentos, todo eso había permanecido largo tiempo en depósitos, razón por la cual no estaba todavía definitivamente gastado. En cuanto a su gorra de invierno, no era militar: había sido comprada en Ush-Terek y, demasiado chica, le apretaba. El día prometía ser caluroso. Oleg decidió no ponerse esa gorra, que lo transformaba más que un poco en espantajo. Y el cinturón no se lo ciñó encima del capote, sino sobre la blusa, de modo que para los circunstantes su aspecto pasó a ser el de una especie de esclavo liberto o soldado evadido del cuartel de policía. La gorra la embutió directamente en la mochila..., una mochila vieja, cubierta de manchas de grasa, aquí con una quemadura de brasero y allá con un parche que ocultaba el agujero hecho por un estallido de obús, esta mochila que trajera él de vuelta del frente y que su tía le hiciera llegar a la cárcel, a petición suya, pues no quiso llevar al campamento nada que estuviese en buen estado.

No obstante, después de la de hospital, hasta una vestimenta como aquélla le daba cierta apostura, vivacidad y apariencia de salud.

Kostoglotov se apresuró a salir, temiendo que alguien lo retuviera aún. La vieja veladora retiró la tranca de la puerta de entrada y lo dejó marcharse.

Dio un paso sobre la escalinata y se detuvo. Aspiró una bocanada..., era un aire fresco, que todavía nada había agitado empañado. Lanzó una mirada: era un mundo joven, reverdeciente. Alzó un poco la cabeza: el cielo se desplegaba, sonrosado por un sol que se elevaba en alguna parte. Alzó la cabeza otro poco..., unos copos de nubes tenues, minuciosamente hilados a través de siglos, antes de diluirse, se extendían por todo el cielo sólo por algunos instantes y sólo para aquellos, poco numerosos, que habían alzado la cabeza; hasta puede que sólo para Oleg, en toda la ciudad.

Y en medio de esos encajes calados, de los penachos, de la espuma

de aquellas nubes, bogaba, todavía perfectamente visible, resplandeciente, pulida, la nave de una luna menguante.

¡Era la aurora de la creación! Volvían a orear el universo, para entregárselo a Oleg: ¡Anda! ¡Ve!

Y la luna, pura, lisa como un espejo, era la única que no era joven: no era la que ilumina a los enamorados.

Y con el rostro alterado de dicha, sonriendo no a alguien, sino al cielo y los árboles, en medio de esta alegría de la naciente primavera, de la mañana naciente que traspasa a los viejos y los enfermos, se fue Oleg por los caminitos familiares, sin encontrarse con nadie más que un viejo barredor.

Se dio vuelta para ver el pabellón de los cancerosos. Oculto a medias por las largas ramas colgantes de los álamos piramidales, revestido de sus ladrillos gris claro, cuidadosamente alinea dos unos contra otros, se erguía el pabellón, que no había envejecido nada en setenta años.

Oleg iba despidiéndose de los árboles del recinto hospitalario. Los plataneros ya tenían sus racimos-pendientes. Y ya se veían florecer los ciruelos. Tenían flores blancas, pero, debido a sus hojas, parecían de un blanco verdoso. Ni un solo albaricoquero, sin embargo, aunque le habían dicho que ya estaban floreciendo. Era en la parte vieja de la ciudad donde se podía verlos.

En la mañana del primer día de la creación, ¿quién es capaz, pues, de conducirse razonablemente? Haciendo caso omiso de todos sus planes, Oleg estaba concibiendo un proyecto poco sensato: dirigirse inmediatamente a la Ciudad antigua, en esta temprana hora, a ver el albaricoquero en flor.

Franqueó el portón largo tiempo prohibido y vio de nuevo la plazuela medio vacía, con la rotonda de los tranvías desde la cual, empapado por una lluvia de enero, viniese él a cruzar ese portón para morir.

Franquear así aquellas puertas del hospital, ¿no era, en el fondo, cruzar las rejas de una prisión?

En enero, cuando se arrastrara Oleg hasta el hospital, lo habían extenuado los tranvías estridentes, oscilantes, repletos. Ahora, instalado en un asiento libre al lado de la ventanilla, hasta encontró agradables las trepidaciones del tranvía. Viajar en tranvía era un aspecto de la vida, un aspecto de la libertad.

El tranvía rodó por sobre un puente que cruzaba un río. Abajo, unos sauces de base frágil se inclinaban por encima del agua amarillenta, dejando remojarse en la rápida corriente sus ramas que verdeaban ya con toda confianza.

Los árboles, plantados a lo largo de la acera también se habían cubierto de verdor, mas apenas lo bastante para no ocultar las casas, unas casas de un piso, de piedra, sólidamente construidas, que levantarán sin prisa personas que tenían a su disposición todo el tiempo necesario. Oleg les echaba miradas de envidia; había, pues, afortunados así, que vivían en tales casas. Vio desfilar conjuntos asombrosos de casas: unas aceras inmensas, unas inmensas avenidas centrales. Pero también ¿qué ciudad podía desagradar, vista en las primeras horas del día, bajo una rosada aurora?

Poco a poco, los bloques de casas dieron lugar a otros: ya no había paseos centrales, se habían aproximado los dos lados de la calle. Se vieron aparecer casas hechas a la ligera, que ya no testimoniaban una búsqueda de la

belleza y la solidez; ésas seguramente las habían construido justo antes de la guerra. Y ahí leyó Oleg un nombre de calle que le pareció conocer.

¡Ah, por eso lo conocía! Era en esa calle donde vivía Zoe. Sacó su libreta de papel arrugado, buscó otra vez el número de la casa. De nuevo se puso a mirar por la ventanilla y, en el momento de retardar el tranvía su marcha, vio la casa; unas ventanas desiguales, dos pisos, un portón constantemente abierto o definitivamente demolido y, en el patio, algunos anexos.

Era por aquí, en algún lado. El podía bajarse. No era un vagabundo sin refugio en esta ciudad. Estaba invitado allá, ¡invitado por una joven!

Y no obstante se quedó sentado, experimentando casi un goce en soportar los corcovos y el estrépito. En el tranvía seguía habiendo tan poca gente. Frente a Oleg tomó asiento un viejo uzbeko de anteojos, no de tipo vulgar, sino con apariencia de sabio antiguo. Y cuando la cobradora le dio su boleto, lo enrolló y se lo metió en el hueco de la oreja. y así estaba ahora, asomándole de la oreja el rollo de papel rosado. Ante esa sencillez y mientras entraban a la ciudad vieja, Oleg se sintió aun más regocijado, aun más a sus anchas.

Las calles se habían hecho mucho más angostas; unas casuchas míseras se sucedían en apretadas hileras, hombro contra hombro; luego desaparecieron las ventanas y empezaron a desfilar unas murallas de adobe, altas y ciegas; y si se erguían por encima de ellas algunas casas, era solamente de espaldas, lisas, ciegas, enlucidas con greda. En esas murallas, se veían abrirse portillos o túneles bajos, imposibles de franquear sino agachándose. Entre la pisadera del tranvía y la acera no había más que el espacio de un salto; y las aceras se habían vuelto angostas, como para dar dos pasos en ellas. La calle se hundía al paso del tranvía.

Probablemente fuese ésta la ciudad antigua adonde se dirigía, Oleg. Sólo que, en cuanto a **uriuks**, no crecía ni un solo árbol en estas calles desnudas.

Imposible aplazarlo por más tiempo. Oleg bajó.

Ahora podía seguir viendo lo mismo, pero al, ritmo de su marcha lenta. Y una vez desaparecido el bullicio, del tranvía, se oyó -sí, se oyó- una especie de ruido metálico. Y pronto percibió Oleg a un uzbeko, cubierto con una gorra negro con blanco, vistiendo un blusón negro de sarga acolchada, sujeto a la cintura por un pañuelo rosado. Encucillado en plena calle, el uzbeko arreglaba a martillo la curvatura de su pala sobre el riel del tranvía de línea única.

Oleg se detuvo, enternecido: ¡sí que era el siglo del átomo! Todavía en la actualidad, aquí como en Ush-Terek, el metal era tan escaso en la vida corriente, que el hombre no había hallado nada mejor que el riel. Oleg observó las operaciones, curioso de saber si el uzbeko conseguiría sus fines antes que pasara el tranvía siguiente. Mas el uzbeko no se apresuraba, arreglaba su implemento cuidadosamente y cuando, un poco más allá, se oyó retumbar el tranvía que venía en sentido contrario, se apartó medio paso, lo dejó pasar y se encucilló de nuevo.

Oleg miraba la espalda paciente del uzbeko, su faja rosada (que absorbiera todo el rosa de un cielo que ya había pasado al azul). Y en aquel uzbeko, con quien no habría podido intercambiar ni dos palabras, sintió sin embargo a un hermano de labor.

Arreglar una herramienta, en una mañana de primavera, ¿no era la vida que se le restituía?

¡Qué bien se estaba!

Anduvo lentamente, preguntándose con asombro dónde podrían hallarse las ventanas. Tenía ganas de echar un vistazo detrás de las murallas, al interior. Pero los portillos eran estrechos, y resultaba molesto introducirse así. De repente, se aclaró en ambos extremos un pequeño pasaje. Oleg se agachó y, a través de un túnel un tanto húmedo, llegó a un patio.

El patio no había despertado aún, mas se evidenciaba que era allí donde se desarrollaba la vida. Bajo un árbol, había un banco enclavado en la tierra, una mesa, unos efectos modernos. Y aun aquí; una pompa que suministraba juguetes de niño esparcidos de trecho en trecho..., juguetes por toda la humedad vital. Y había una artesa para el lavado. Y a todo el derredor, las ventanas -había muchas en la casa- daban todas al patio, ninguna a la calle.

Un poco más allá, desde la calle, se introdujo a otro patio por un túnel parecido. Y otra vez allá todo era idéntico, con el agregado de una joven uzbeka que llevaba un chal malva; largas y finas trenzas negras le descendían hasta las caderas; se ocupaba de unos chiquillos. Vio a Oleg, pero no le prestó atención alguna. El se alejó.

No era ruso en lo más mínimo. En Rusia, tanto en el campo como en la ciudad, todas las ventanas de las piezas principales dan precisamente, a la calle; y a través de las flores y de las cortinas, como al acecho en un bosque, las dueñas de casa atisban para ver al recién llegado que pasa por la calle, para saber quién va a casa de quién y con qué objeto. Mas Oleg comprendió y adoptó inmediatamente la norma oriental: yo no quiero saber cómo vives y tú no vengas a ver lo que hago.

Tras años de campamento, habiendo vivido siempre a la vista y en conocimiento de todos, sin cesar escudriñado, controlado, espiado, ¿qué mejor manera de vivir hubiera podido escoger un ex presidiario?

Se complacía cada vez más en esta ciudad vieja.

Poco antes, ya había visto, durante una incursión por las habitaciones, una posada desierta, con su patrón despierto a medias. Ahora vio otra, con un balcón que sobresalía hacia la calle. Subió Oleg a ella. Ya se encontraban ahí unos pocos hombres, tocados con gorras, algunas de cañamazo bordado, otras púrpura, azul, y había también un viejo de turbante blanco con bordados de color. Pero nada de mujeres. Oleg recordó que en efecto, hasta entonces, jamás había visto a ninguna mujer en un albergue uzbeko. No había letrero alguno que dijese que el acceso les estaba vedado a las mujeres; pero tampoco las convidaban allá.

Oleg se puso a reflexionar. Todo era novedoso para él en este primer día de una nueva vida. Era preciso tratar de comprenderlo todo. Reuniéndose así, entre hombres, ¿querían indicar que lo esencial de sus vidas se desarrollaba sin mujeres?

Se sentó cerca de la balaustrada. Ahí se estaba bien situado para observar la calle. Iba animándose, mas nadie tenía la marcha rápida y apresurada del ciudadano. Los transeúntes circulaban sin apresurarse. En los albergues se

eternizaban, sentados plácidamente.

Era posible hacer el siguiente cálculo: el sargento Kostoglotov, el recluso Kostoglotov, liberado del servicio y del castigo que le impusieran los hombres, liberado de los sufrimientos que le impusiera la enfermedad, había muerto en enero. Y ahora, vacilante sobre sus piernas inseguras, había salido de la clínica un nuevo Kostoglotov, "débil, sonoro y traslúcido", como decían en los campamentos. Había salido de ahí, no para una vida entera y completa, sino para una pizca de vida, semejante a aquella rebanada de pan añadida, para completar el peso, a la primera porción y sostenida con un palillo de madera: uno juraría que pertenece a la misma ración, pero no: es un trozo aparte.

Y aquel pequeño suplemento de vida que empezaba a consumir hoy, quería Oleg que no se asemejara a la porción primera, la que había vivido. Ahora hubiera deseado no equivocarse más.

No obstante, ya había elegido mal su tetera: no debió haber hecho el vivo, sino haber tomado té corriente, cargado, probado. El, por el color local, había tomado un té verde que no era ni fuerte ni reconfortante, cuyo sabor nada tenía que ver con el del té, y cuyas hojas daban ganas no de tragar, sino de volver a escupir, cuando caían adentro de la taza.

Entretanto, el día se puso caluroso; ascendía el sol y de buen grado le habría hincado Oleg el diente a algo; pero en este albergue no había nada más que dos clases de té, y eso, sin azúcar.

Sin embargo, adoptando la actitud infinitamente paciente del lugar, no se levantó, no emprendió la búsqueda de comida, sino que retiró un poco su silla y se quedó otro rato. Y fue entonces cuando, desde el balcón de la "casa de té", divisó por encima del patio contiguo algo que semejaba el penacho de un diente-de-león, rosado, transparente, pero por lo menos de seis metros de diámetro..., ¡una esfera rosada, flotante, aérea! Tan grande, tan rosada no la había visto jamás.

¡Era el uriuk!

Y Oleg se repitió: "he ahí el precio de la paciencia", pues ¿qué significa eso? Que nunca hay que atacar a cabeza gacha sin haber mirado lo que está al alcance de la mano.

Se Pegó a la balaustrada y, desde esa posición dominante, miró, miró sin cesar la transparente maravilla rosada.

Se la regalaba él mismo, en homenaje al día de la creación:

Al igual que en las casas del Norte se yergue un pino decorado con todas sus bujías, así, en aquel patiecito encerrado entre murallas de adobe y abierto solamente al cielo, donde vivían como en una casa, se erguía un solo árbol, el uriuk en flor, bajo el cual andaban unos niños en cuatro patas y una mujer de pañolón negro adornado con flores verdes binaba y desmalezaba la tierra.

Oleg observaba. El rosa era la impresión general. El albaricoquero tenía unos botones purpúreos similares a pequeñas bujías; las florecillas, en el momento de la eclosión, tenían un exterior rosado y, una vez abiertas, eran simplemente blancas, como las del manzano o el cerezo. De donde resultaba ese rosado suave; y Oleg se esforzó por absorberlo todo con la mirada, para

recordarlo por mucho tiempo aún, para poder describírselo a los Kadmin.

Esperaba el milagro, y el milagro se había realizado.

Había muchas otras alegrías que le esperaban hoy, en un mundo que acababa de nacer.

Y ya había desaparecido la nave de la luna.

Oleg bajó los peldaños que conducían a la calle. Empezaba a escocerle la cabeza descubierta. Debía comprar una librita de pan negro e ingerirlo así, sin nada más, e ir al centro. ¿Era esa vestimenta de hombre libre la que lo vigorizaba hasta tal punto? Fuera lo que fuese, no sentía náuseas y caminaba con mucha facilidad.

A continuación, percibió Oleg un tenducho instalado en el rebaje de la muralla, de modo que no interrumpía el trazado de la calle. El toldo de tela del tenducho estaba levantado en forma de visera y sostenido por dos barras oblicuas. De debajo se difundía un humito azulado. Tuvo que inclinar mucho la cabeza por debajo de la visera para acercarse, y ahí no pudo volver a estirar el cuello.

Un gran asador atravesaba el tenducho de lado a lado. En uno de sus extremos ardía una fogata y todo el resto se hallaba lleno de ceniza blanca. Perpendicular al asador, colgaba por encima de la fogata una quincena de largas varillas puntiagudas de aluminio, provistas de trozos de carne.

Oleg adivinó que ése era el **shashlik**. Otro descubrimiento más que hacía él en el mundo recién creado, este **shashlik** de que tanto se hablaba en las conversaciones gastronómicas de los detenidos. Oleg, por su parte, jamás había tenido oportunidad, en treinta y cuatro años de existencia, de verlo con sus propios ojos: nunca había ido al Cáucaso ni a un restaurante y, en las tabernas populares de preguerra, servían repollo con carne picada y sémola de cebada.

¡El **shashlik**!

¡Era embriagador aquel perfume, mezcla de humo y de carne! La carne sobre las broquetas no estaba ni calcinada ni siquiera café oscuro, sino de ese suave tinte rosa-gris que tiene cuando empieza a estar a punto. El comerciante, hombre indolente, de cara gorda y redonda, hacía girar algunas de las broquetas, desplazaba otras de la fogata hacia las cenizas.

-¿Cuánto vale? -preguntó Kostoglov.

-Tres -contestó el comerciante con voz soñolienta.

Oleg no entendió: ¿tres qué? Tres copecas era demasiado poco; tres rublos era, en todo caso, mucho. ¿Quizás tres broquetas por un rublo, Entonces? Este engorro lo acechaba en todas partes, desde que abandonara el campamento: no acertaba a orientarse en la escala de precios.

-¿Cuánto da por tres rublos? -se le ocurrió a Oleg preguntar, para salir del apuro.

El comerciante tenía flojera de hablar. Cogió una broqueta, la agitó ante Oleg, como mostrándosela a un niño, y la recolocó de nuevo en su sitio.

-¿Una broqueta? ¿Tres rublos? -Oleg sacudió la cabeza. Eso era de magnitud diferente. Con cinco rublos tenía que vivir él un día entero. Pero ¡daban tantas ganas de probarlo! Examinó todos los trozos y eligió su broqueta con la mirada. Mas todas tenían su seducción.

No lejos de ahí estaban esperando tres chóferes. Sus camiones se hallaban estacionados muy cerca, en la calle. Se aproximó igualmente una mujer, pero el comerciante le dijo algunas palabras en uzbeko y ella se alejó, descontenta. Luego, de repente, el comerciante cogió todas las broquetas y las puso en un solo plato, tomó un puñado de cebolla cortada con que las salpimentó y en seguida una botella con la cual las regó. Entonces comprendió Oleg que los camioneros arrebatában todo el shashlik, cinco broquetas por cabeza.

De nuevo esa doble escala impenetrable de precios y salarios que imperaba en todas partes; mas Oleg no podía figurarse la segunda escala ni, con mayor razón, tener acceso a ella. Aquellos chóferes, ni más ni menos, engañaban su hambre por quince rublos cada uno y hasta podía ser que ésta ni siquiera fuese su comida principal. Un salario no podía alcanzar para esa clase de vida y por lo demás, no era a los que cobraban salario a quienes se les vendía **shashlik**.

-No hay más -le dijo el comerciante a Oleg.

-¿Cómo es eso? ¿No habrá más? -preguntó Oleg, muy despechado. ¡Cómo habla podido seguir vacilando! Tal vez fuese la primera y última oportunidad de su vida.

-Hoy no entregaron. -El comerciante ya estaba ordenando lo que quedaba de su trabajo y, al parecer, se aprestaba a bajar la visera.

Fue entonces cuando Oleg se dirigió, suplicante, a los chóferes:

-¡Amigos míos! ¡Cédanme una broqueta ¡Una broqueta, amigos míos!

Uno de los camioneros, un buen mozo de rostro curtido y cabellos de lino, accedió con la cabeza.

-¡Anda, toma!

Los camioneros todavía no habían pagado y el papel verde que sacó Oleg de su bolsillo, cerrado con un alfiler de nodriza, el comerciante ni siquiera lo tomó en la mano, sino que lo hizo deslizarse directamente del mesón al cajón, haciendo el mismo gesto con que barría las migas y las basuras.

¡Lo cual no impedía que Oleg hubiese conseguido una broqueta!

Dejando la mochila en el suelo, en el polvo, cogió a dos manos la varilla de aluminio y, después de haber contado los trozos de carne -había cinco y, además, la mitad de un sexto-, se puso a despegarlos de la broqueta con el borde de los dientes, no de golpe, sino poco a poco. Comía meditativamente, como el perro que se ha llevado su porción a un lugar seguro. Se decía qué fácil era excitar el deseo del hombre y qué difícil saciarlo, una vez excitado. ¡La de años en que una rebanada de pan negro había sido para él uno de los dones más grandiosos de la tierra! Hacía sólo un instante, justamente iba a comprárselo para su desayuno, y he ahí que el humo azulado de la carne asada le había cosquilleado las narices y que le habían dado a roer una broqueta, para que ya sintiera aumentar en él el desdén por el pan.

Los camioneros habían consumido todas sus broquetas, vuelto a poner en marcha sus motores y partido, y Oleg seguía sin haber terminado de paladear su porción. Saboreó con los labios y con la lengua cada uno de los



trozos de esa carne tierna, jugosa, que olía bien; que estaba tan a punto -no demasiado cocida- y que conservaba todo su atractivo, no destruido por el cocimiento. Y mientras más se adentraba en el sentido de ese **shashlik**, más hondamente lo disfrutaba y más fríamente también volvía a cerrarse ante él algo que hacía que no fuera a donde Zoe. Muy pronto, en el tranvía, iba a pasar frente a la casa de ella y no se bajaría. Esto se le hizo claro como la luz del día precisamente allí, mientras estaba ocupado en degustar su broqueta de **Shashlik**.

Y rehaciendo el mismo recorrido, el tranvía, ahora repleto, lo llevó hacia el centro de la ciudad. Oleg reconoció el paradero de Zoe y siguió hasta dos más allá. No sabía cuál paradero era el que más le convenía. De improviso, a través de la ventanilla del carro en que él se hallaba, una mujer se puso a vender diarios desde el exterior y Oleg quiso ver cómo serían. No había visto, desde su infancia, vender periódicos voceándolos (la última vez fue cuando se suicidó Maiakovski y los rapaces corrían con su edición especial). Aquí, era una mujer rusa de bastante edad, nada avispada, que no encontraba el cambio inmediatamente, pero que había tenido una buena ocurrencia y así, a la pasada de cada tranvía, colocaba siempre algunos diarios. Oleg se quedó plantado ahí y pudo formarse una idea de cómo marchaba eso.

-¿Y los gendarmes no dicen nada? -preguntó.

-No se han dado cuenta -dijo la vendedora, enjugándose la cara.

No se veía a sí mismo, había olvidado su propia apariencia. En caso de verlos un gendarme, era a él a quien éste habría empezado por pedirle sus documentos, más que a la vendedora de diarios.

El reloj eléctrico de la calle indicaba solamente las nueve, pero el día ya estaba tan caluroso, que Oleg desabrochó la parte superior de su capote. Sin apresurarse, dejando que lo pasaran y estrellaran, bordeó Oleg el lado soleado de la plaza, entornando los ojos y sonriéndole al sol.

¡Había muchas otras alegrías que le esperaban hoy!

Era este sol de primavera el que pensaba no volver a ver; Y aunque a su alrededor no hubiera nadie para regocijarse del regreso de Oleg a la vida, ni siquiera nadie para saberlo, lo sabía el sol, y era a él al que Oleg le sonreía. Aun cuando nunca más hubiese ninguna primavera por venir, aun cuando ésta fuese la última, era sin embargo una primavera adicional y nada más que por eso daba gracias Oleg.

Entre los transeúntes, nadie se alegraba de la presencia de Oleg, mas él se regocijaba de la presencia de todos. Estaba dichoso de haber vuelto a ellos, de haber vuelto a todo cuanto hay en las calles. ¡Nada podía parecerle falta de interés, tonto o feo, en este mundo recién creado! Meses enteros, años enteros de vida, no podían compararse con este único día supremo de hoy.

Vendían helados en cubiletes de cartón. Ni siquiera recordaba Oleg haber visto jamás semejantes cubiletes. Otro rublo y medio y ¡vaya, pues! Con los hombros cargados con su mochila quemada, agujereada, y las dos manos libres, al mismo tiempo que separaba porciones de helado con el palito, prosiguió Oleg su camino vagabundeando.

Dio en seguida con la vitrina de un fotógrafo que, para más, se hallaba a la sombra. Oleg se acodó en fa balaustrada de fierro y se quedó

instalado allí un buen rato, examinando esa vida acicalada y esas caras hermosas expuestas en la vitrina y muy especialmente, por supuesto, las de las jóvenes que, desde luego, figuraban ahí en mayor número. En primerísimo lugar, cada una de ellas se había puesto lo mejor que tenía; luego, el fotógrafo la había hecho volver la cabeza a uno y otro lado, rectificando diez veces la iluminación. En seguida, había tomado algunas fotos; después, había escogido la mejor, la había retocado. Tras lo cual, había elegido diez de entre aquellas jóvenes, seleccionando a continuación una foto de cada una. Y así era como se había compuesto esta vitrina. Y aunque bien lo sabía Oleg, eso no impedía que se complaciera de todos modos en mirar y en creer que la vida estaba hecha precisamente de jóvenes así. Para compensar todos los años malogrados y todos los que no viviría y todo eso de lo cual podía hallarse privado ahora, contemplaba con deleite y sin pudor alguno.

El helado estaba consumido y ya no quedaba otra cosa que botar el vasito. No obstante, ¡éste era tan limpio, tan pulido! Oleg se dijo que, en viaje, sería muy agradable utilizarlo para beber, y lo metió en su mochila. Guardó igualmente el palito, que también podría servir.

Y un poco más allá dio con una farmacia. Una farmacia, ¡he ahí otro establecimiento interesante! Kostoglotov entró en el acto. Se habría pasado unos días enteros examinando uno tras otro los mesones cuadrados, muy limpios. Para la mirada de un parroquiano de los campamentos, todas las cosas expuestas ahí eran objeto de curiosidad: durante decenios, todo eso había estado suprimido de aquel otro universo; y lo que Oleg había podido ver en otro tiempo, en su vida de hombre libre, ahora le costaba esfuerzo nombrarlo y recordar su uso. Con una atención de bárbaro, estaba allí examinando las formas de níquel, de vidrio y de material plástico. Después venía el mesón de hierbas medicinales, vendidas en saquitos que llevaban la explicación de su efecto. Oleg creía a pie juntillas en las hierbas medicinales; mas ¿dónde estaba, pues, la hierba que él necesitaba? ¿Dónde?.. Luego desfilaron las vitrinas de tabletas, y ahí, ¡cuántos nombres nuevos, que él no había oído en su vida! En suma, esta farmacia, por sí sola, le abrió a Oleg todo un universo de observaciones y reflexiones. Pero se contentó con suspirar, pasando de una vitrina a otra, y con pedir, siguiendo las instrucciones de los Kadmin, un termómetro, soda y permanganato. No había termómetros ni soda y, en cuanto al permanganato, lo enviaron a pagar tres copecas en la caja.

En seguida se situó Kostoglotov en la fila de espera frente al mesón de recetas, donde permaneció sus buenos veinte minutos, habiendo esta vez depositado su mochila en el suelo y, además, incomodado por el calor. Vaciló, diciéndose que, de todos modos, debería comprar esos remedios. Presentó en la ventanilla una de las tres recetas idénticas que le entregara Vega el día anterior. Tenía la esperanza de que no tuviesen el remedio, resolviéndose así el problema. Pero había. En la ventanilla hicieron en su ficha un asiento por un total de poco más de cincuenta y ocho rublos.

Oleg rió de alivio, y se alejó, Que el número cincuenta y ocho lo persiguiera a cada paso en la vida, no lo sorprendió; mas tener que juntar ciento setenta y cinco billetes para las tres recetas, era el colmo. Con semejante suma,

había para alimentarse un mes entero. Quiso botar las recetas al escupitín sin demora, pero se dijo que Vega podría indagar acerca de su suerte y las guardó.

Era una lástima separarse de las superficies vidriadas de la farmacia. Mas avanzaba cálido, y lo llamaba, el día de sus alegrías. ¡Había muchas otras alegrías que le esperaban hoy!

Se alejó sin prisa. Pasaba de una vitrina a otra, aferrándose como un cardo al menor punto saliente. Sabía que a cada paso le esperaba lo inesperado.

Y era verdad, pues he aquí que dio con una oficina de correos, en cuya ventana decía un cartel publicitario: "Utilice el foto-telegrama". ¡Esto sí que era extraordinario! Ya se les proponía a los transeúntes aquello de que se hablara diez años atrás, en las novelas fantásticas. Oleg entró. En el interior había una lista de unas treinta ciudades adonde se podía mandar un foto-telegrama. Oleg pasó revista a aquellos a quienes podría enviarles uno. Pero, en todas esas grandes ciudades diseminadas en la sexta parte del continente, no pudo recordar a un solo ser a quien su mensaje pudiera procurarle el menor agrado.

No obstante, para informarse un poco mejor, se acercó a la ventanilla, pidió ver un formulario, averiguó la longitud prescrita para las cartas.

-Por el momento, el aparato está descompuesto, ya no funciona - respondió la mujer.

¡Ah, no funcionaba! Pues bien, ¡que se lo lleve el diablo! Eso, al menos, era más habitual. Uno se sentía como tranquilizado.

Prosiguió su camino, leyendo los anuncios de espectáculos. Había en la ciudad un circo y algunos cines. En cada uno de ellos presentaban algo en función matinal; sí, pero no era cosa de pasarse en eso el día que se le brindaba para descubrir el universo. En caso de haberle sido posible quedarse cierto tiempo en la ciudad, sí, no habría estado mal ir al circo, ya que, después de todo, él era como un niño, acababa de nacer, ¿no es cierto?

Avanzaba la hora y quizás podía permitirse ya ir a casa de Vega.

Si es que iba...

¿Y cómo habría podido no ir allá? Era una amiga. Lo había invitado con sinceridad. Y también con azoramiento. Incluso habría renunciado a visitar todo ese mundo que podía encerrar una ciudad, para dirigirse de inmediato a donde ella.

Mas lo retenía algo que le soplaba pretextos: ¿tal vez fuese demasiado temprano todavía? Ella podía no haber regresado aún, o no haber tenido todavía tiempo de prepararse.

Hum, un poco más tarde...

En cada bocacalle se detenía, tratando de no equivocarse la calle que le interesaba seguir. No le preguntó nada a nadie, buscando las calles a gusto de su fantasía.

Fue así como dio con una bodega de vinos, no una botillería al detalle, sino un verdadero depósito con toneles, mal iluminado, húmedo y donde se respiraba un aire especialmente acre. ¡Una especie de vieja taberna! Llenaban los vasos directamente del tonel. Y un vaso de vino ordinario costaba dos rublos. Después del **shashlik**, era regalado. Y Kostoglotov, desde lo más profundo de su

bolsillo, sacó, para cambiarlo, un nuevo billete de diez rublos.

No le halló ningún gusto especial, ni empezó a dar vueltas su cabeza debilitada, cuando hubo terminado de beber. Pero cuando salió del depósito y continuó su camino, la vida se había puesto más leve aún, por más que ya desde el alba hubiese sido clemente. Todo se hacía tan fácil, tan placentero, que le pareció que en lo sucesivo jamás podría ya desmoralizarlo, pues ya había conocido todo cuanto la vida podía ofrecer de peor, estaba libre de eso, y todo lo que quedaba sería forzosamente mejor.

Hoy se esperaba él muchas alegrías más.

Y si por ventura daba con otro depósito de vinos, era posible, ¿por qué no?, que bebiera otro vaso.

Pero no se encontró con ningún otro.

En lugar de eso, una densa multitud había invadido la acera toda, tanto que la única manera de pasar adelante era bajarse a la calzada. Oleg concluyó que algo había sucedido en la calle. Pero no: todos estaban ahí, vueltos hacia unos peldaños anchos y una puerta grande y todos esperaban. Kostoglotov levantó la cabeza y leyó: "Gran Depósito Central". Eso lo explicaba todo. Debían poner a la venta algo interesante. Pero ¿qué, exactamente? Interrogó a alguno, luego a alguna, a otro, mas todos daban codazos y no obtuvo ninguna respuesta inteligible. Oleg sólo se impuso de que precisamente era la hora de abrir, que se aproximaba. ¡Vaya, era el destino! Oleg se incorporó también a esa multitud.

Algunos minutos más tarde, dos hombres abrieron el portón y, con ademán temeroso, destinado a contener a la multitud, trataron de aplacar la exaltación de la primera fila, para en seguida dar un salto hacia el lado, como ante una carga de caballería. Los hombres y mujeres que estuvieran esperando, y que en la primera fila eran todos jóvenes, partieron al trote hacia la puerta, luego al otro lado, metiéndose por la segunda escalera hacia el segundo piso, con una celeridad similar solamente a aquella de que habrían dado prueba al tener que abandonar el inmueble en llamas. Se introdujo igualmente el resto de la multitud y comenzaron a escalar los peldaños, cada cual a la medida de su edad y sus fuerzas. Una pequeña corriente se desvió hacia el primer piso, mas el grueso de la afluencia subió al segundo. En medio de esta ofensiva impetuosa, era imposible subir a paso tranquilo, y Oleg, con su cabellera negra en pie de batalla, con la mochila a la espalda, tomó también el paso de carrera (haciéndose tratar, en este caos, de "h... ").

Llegada arriba, la corriente se dividía de inmediato: corrían en tres direcciones diferentes, virando con precauciones sobre el entablado resbaloso. Oleg disponía de un segundo para escoger. Mas ¿cómo escoger? Siguió, al azar, el rastro de aquellos cuya carrera era más decidida.

Y volvió a hallarse en una cola que se prolongaba sin fin frente al mesón de los tejidos. Las vendedoras, de delantal celeste, iban y venían con paso apacible; bostezaban, cual si no hubiese ninguna prisa y la jornada se anunciara para ellas vacía y fastidiosa.

Mientras recobraba el aliento, Oleg se enteró de que se esperaba algo así como artículos tejidos de señoras, o bien eran suéteres. A media voz, soltó

una palabrota gruesa y se alejó.

¿Adónde se habían metido, pues, las otras dos corrientes? Por el momento, no conseguía encontrarlas. El movimiento ya se hacía en todas direcciones, en todos los mesones había gente. Sin embargo, en uno de ellos había una multitud más densa, de donde dedujo Oleg que acaso fuese allí. Debían de vender platos hondos baratos. Justamente estaban deshaciendo los bultos que los contenían. Eso le venía bien. En Ush-Terek no se encontraban platos hondos, los de los Kadmin estaban mellados. Llevar de vuelta a Ush-Terek una docena de esos platos estaría bien. Sí, pero al llegar no habría más que fragmentos.

Después de lo cual, empezó Oleg a pasearse, a voluntad de su fantasía, por los dos pisos de la gran tienda. Examinó el mesón de la fotografía. Las cámaras, cosa que no se podía conseguir antes de la guerra, se amontonaban sobre este mesón, despertando la codicia, pero costaban muy caro. Sacar fotos, ése era otro de sus sueños de niño que jamás se habían realizado.

Los impermeables de hombre le gustaron mucho. Después de la guerra, había soñado con comprarse un impermeable de civil, lo cual le parecía ser lo más hermoso para un hombre. Mas se habría precisado juntar trescientos cincuenta billetes, su salario de un mes. Oleg se fue más lejos.

No hizo ninguna compra, y no por eso era menos su ánimo: el de un hombre con los bolsillos bien provistos, pero que no necesita nada. Y además estaba el vino que se evaporaba en él alegremente.

Vendían camisas de tejido sintético. Oleg sabía que la palabra "sintético" era la que hacía correr a todas las mujeres a la gran tienda. Oleg examinó las camisas, las tocó; le gustaron. Mentalmente, se compró una de ellas, la camisa verde a rayas blancas (costaba sesenta rublos, no habría podido comprarla de veras).

Mientras meditaba sobre las camisas, se acercó un hombre vestido con un bonito sobretodo, para ver, no esas camisas, sino las de seda, y le preguntó muy cortésmente a la vendedora:

-Dígame, ¿tienen la talla cincuenta en ese modelo con cuello treinta y siete?

¡A Oleg le dio asco! No: fue como si de repente le hubieran pasado un rallador por los dos costados a la vez. Se volvió con violencia y miró de cerca a aquel hombre rasurado, a quien nada en la vida había rozado jamás, que llevaba un sombrero de buen fieltro, -corbata sobre una bonita camisa blanca. Lo miró cual si este último le hubiese asestado una cachetada y ahora uno de ellos tuviera necesariamente que rodar escalera abajo.

¡Cómo! Había individuos que se enmohecían en las trincheras, otros cuyos cadáveres descargaban en fosas comunes, en agujeros a ras del suelo cavados con gran esfuerzo en la tierra helada del Polo Norte; había individuos a quienes metían en los campamentos una primera, una segunda, una tercera vez; había individuos que se congelaban de frío, llevados en convoyes con escolta; individuos que, azadón en mano, sudaban sangre y agua, ganando apenas con que comprarse un chaleco abrigador todo parchado; ¡Y había este atildado, que no sólo recordaba la talla de su camisa, sino también el número del cuello!

Fue ese número de cuello lo que colmó a Oleg. ¡Nunca se había imaginado que también el cuello pudiese tener su propia talla! Sofocando una queja de herido, se alejó del mesón de las camisas. ¡No faltaba más que la medida del cuello! ¿Qué tenía que ver él con una vida tan refinada? Acordarse del número de cuello era por fuerza olvidar otras cosas. ¡Y cosas más importantes!

Esta historia del número de cuello simplemente lo dejó como lisiado...

En el mesón de artículos domésticos, Oleg recordó que Elena Kadmin, sin haberle pedido realmente llevarle una, soñaba, no obstante, con tener una plancha de modelo liviano y a vapor. Oleg tuvo la esperanza de que no la hubiese (como pasa siempre que se necesita algo), lo cual habría aliviado a la vez su conciencia y sus hombros. Pero la vendedora le mostró, sobre el mesón, una plancha del modelo deseado.

-¿Es verdaderamente liviana, señorita? -preguntó Kostoglotov, desconfiado, sopesando la plancha.

-¿Para qué voy a engañarlo? -dijo la vendedora, de mal talante. En resumen, tenía ella algo de metafísico, absorta como se hallaba en algo lejano, cual si frente a ella no hubiese habido clientes de carne y hueso yendo y viniendo, sino más bien unas sombras inciertas.

-No digo engañarme, pero puede que usted se equivoque -declaró Kostoglotov.

Regresando, quieras que no quieras, a esta vida caduca y haciendo sobre sí misma aquel esfuerzo insoportable que le significaba el desplazamiento de un objeto material, la vendedora le puso delante otra plancha. Vesta vez ya no tuvo fuerza para explicar con palabras cosa alguna. De nuevo se había remontado a esferas metafísicas.

Preciso es decirlo: es mediante la comparación como se llega a la verdad; la liviana pesaba, efectivamente, su buen kilo menos. Era su deber comprarla.

Por agotada que estuviese debido al desplazamiento de la plancha, no por eso debió menos la vendedora que hacerle la boleta, con sus dedos lánguidos, y luego pronunciar, con sus labios moribundos: "Al control". (¿Qué otra nueva historia era esa del control? ¿Controlar qué? Oleg lo había olvidado por completo. ¡Ah, qué difícil era volver a este mundo!) Y ahora, con los dos pies bien puestos en el suelo, ¿no iba a tener ella que llevar, todavía, esa plancha liviana al control? Oleg se sentía nada menos que culpable, por haber distraído a la vendedora de su soñolienta meditación.

Cuando la plancha hubo tomado ubicación dentro de su mochila, sus hombros la notaron inmediatamente. Empezó a sofocarse con su capote y tuvo que salir cuanto antes de la gran tienda.

Percibió entonces su imagen en un espejo inmenso que llegaba del suelo al techo. Sin duda, era enojoso para un hombre detenerse a examinarse; mas en todo Ush-Terek no había un espejo como ése. Después de todo, él no se había visto en un espejo así desde hacía diez años. Y dándosele un ardite de lo que pudiera parecerles, se examinó, primero de lejos, luego de más cerca, en

seguida de más cerca aún.

Ya no tenía nada de militar, contrariamente a lo que él creía. Su capote ya no parecía sino remotamente un capote, ni sus botas, botas. Además, sus hombros se habían abatido y él ya no lograba enderezar su silueta. Y sin gorra, sin cinturón, ya no era un soldado, sino más bien un evadido, o un campesino bonachón venido a la ciudad a hacer algunas diligencias. Aunque, en tal caso, habría requerido por lo menos un aspecto algo rozagante, mientras que Kostoglotov, se veía descalabrado, maltratado, mal cuidado.

Habría sido preferible que no se hubiera visto. Mientras no se vio se creyó gallardo, combativo, contempló a los transeúntes con condescendencia, y a las mujeres, en un pie de igualdad. Y para más, con aquella horrible mochila del ejército que hacía tiempo no tenía ya nada de militar, pareciéndose mucho más a un zurrón de mendigo, ahora ya no le quedaba otra cosa que apostarse en la calle y estirar la mano para que le llovieran en ella las copecas. Y sin embargo era preciso ir a donde Vega..., pero ¿cómo ir allá en tal estado?

Dio algunos pasos más y se encontró ante un mesón de mercería o de regalos, en suma, de baratijas femeninas.

Y en medio de las mujeres que parloteaban, se probaban, escogían, rechazaban, se detuvo y quedó plantado, en estúpida contemplación, aquel hombre que tenía de soldado y de mendigo, con su cicatriz en la parte inferior de la mejilla.

La vendedora esbozó una sonrisa -¿qué podía él tener ganas de comprarle a su "prenda" de la aldea!-, y también vigiló que no le birlara nada.

Mas él no pidió nada, no tocó nada. Estaba ahí en contemplación, con un aire estúpido.

Aquel mesón centelleante de abalorios, pedrería, metales y material plástico había surgido, ante su frente abatida de bovino, semejante a una fosforescente barrera de paso a nivel. Barrera que la frente de Kostoglotov no podía echar abajo.

Comprendió. Comprendió que era bonito comprarle baratijas a una mujer, prendérselas en el pecho, colgárselas al cuello. Puesto que no lo sabía, puesto que no lo recordaba, él no era culpable. Mas ahora lo había comprendido de manera tan aguda, que evidentemente no podía, a contar de ese instante, llegar a casa de Vega con las manos vacías.

Pero ¿podía ofrecerle algo, se atrevería? Los objetos de valor no había ni que mirarlos; y de los baratos, ¿qué entendía? Aunque sólo fuesen aquellos broches, que realmente no eran broches, sino más bien aros labrados fijados a unos alfileres..., y en especial éste, hexagonal, refulgente con toda su innumerable vidriería, ¿no era hermoso?

Mas acaso fueran unas chucherías vulgarísimas, que a una mujer de buen gusto le chocaría tomar en sus manos. A lo mejor, hacía mucho tiempo que ya no se llevaban, que ya no estaban de moda... ¿Cómo podía saber él lo que se usaba y lo que no se usaba?

Y además, vamos, ¿cómo iba a... llegar para pasar la noche y tender, petrificado, sonrojado, una especie de broche? Estos motivos de perplejidad, uno tras otro, lo abatían cual un juego de bolos.

Y veía espesarse ante sus ojos la complejidad de este mundo, donde era preciso conocer las modas femeninas y saber elegir las baratijas de mujer y tener, frente a un espejo, una apariencia decente y acordarse de su número de cuello... y Vega vivía justamente en este mundo, del cual lo sabía todo y donde se sentía a sus anchas.

Se desconcertó y desanimó. Si había de ir a verla, tenía que ser ahora o nunca.

Pero ya no podía. Había perdido impulso. Tenía miedo. Los había separado la gran tienda.

Y de aquel templo maldito al que entrara algunos momentos antes a la carrera, con una avidez tan necia y rindiendo culto a los ídolos del foro, salió Oleg totalmente abrumado y derregado; como si hubiera gastado millares de rublos; como si en cada mesón se hubiera probado un traje y le hubiesen hecho paquetes, yendo él ahora doblado bajo una montaña de bultos y cajas de cartón.

Siendo que, en total, había comprado una plancha.

Estaba fatigado, como si hubiera pasado horas haciendo compras, compras sin importancia. ¿En qué había quedado, pues, esa límpida aurora rosada que le prometía una vida absolutamente nueva y hermosa? ¿Aquellas tenues nubes hiladas a través de siglos? ¿Y la nave de la luna?..

¿Dónde había cambiado él, hoy, su alma intacta de la mañana? ¿En la gran tienda?.. Ya antes la había desmedrado, cuando bebió vino. Había empezado a desgarrarla cuando comió **shashlik**.

En circunstancias que debió haberse contentado con contemplar el albaricoquero en flor, para correr inmediatamente después a casa de Vega.

A Oleg le dio asco no sólo rozar las vitrinas y los rótulos, sino también demorarse en las calles, cogido en el enjambre cada vez más denso de gentes preocupadas o alegres. Tenía deseos de tenderse a la sombra en alguna parte, a la orilla de un río, y de permanecer tendido así, para purificarse. Y si había en la ciudad un lugar adonde aún podía ir, era al jardín zoológico, como se lo pidiera Diomka.

El mundo de los animales lo sentía Oleg, ¿cómo decir?, más comprensible, quizás, más a su propio nivel.

Había otra cosa más que agobiaba a Oleg: su capote; empezaba a tener mucho calor con su capote; mas, quitárselo para en seguida tener que llevarlo a cuestas, no le atraía. Consultó el camino para ir al parque zoológico y lo llevaron allá unas buenas calles anchas, apacibles, de aceras embaldosadas, con árboles de ramas desplegadas...; tiendas, fotógrafos, teatros, tabernas, nada de todo eso había aquí. Hasta el estruendo de los tranvías quedaba a distancia. Aquí hacía un buen día soleado, muy apacible, cuyo calor se filtraba a través de los árboles. Unas niñitas saltaban en las aceras, jugando al "luche". En los jardines, las dueñas de casa estaban plantando renuevos o enterrando rodrigones para sus plantas trepadoras.

Cerca de las puertas del parque zoológico, era el paraíso de la chiquillería. Claro, estaban en vacaciones, ¡y con un día como éste!

Cuando hubo entrado al parque zoológico, Oleg divisó primero al carnero salvaje. Tenía, en su cercado, una roca escarpada que sobresalía hacia



una quebrada. Vera ahí, justo sobre la quebrada, donde se mantenía el carnero, orgulloso, inmóvil, en sus patas finas y vigorosas: y sus cuernos eran asombrosos: largos, encorvados; parecía que hubiesen enhebrado en ellos, uno tras otro, anillos planos de materia ósea. No era una barbita la que tenía, sino una melena exuberante que le bajaba por ambos lados hasta las rodillas, semejante a la cabellera de una ondina. No obstante, tal dignidad había en ese carnero, que esta cabellera no lo hacía afeminado ni ridículo.

Los que estaban esperando frente a la jaula del carnero ya habían perdido la esperanza de sorprender el menor movimiento de sus pezuñas afianzadas en la piedra lisa. Hacía mucho rato que estaba allá, como una estatua, como una prolongación de aquel peñasco; y cuando ninguna brisa venía a ondularle las greñas inmóviles, no se habría podido demostrar que estaba vivo, que no era un fraude. Oleg permaneció ahí cinco minutos; luego se alejó, lleno de admiración, pues el carnero no había hecho el más mínimo movimiento. Con un carácter como ése, sí que se podía resistir en la vida.

Después, cuando tomó por otra avenida, notó Oleg animación junto a una jaula, sobre todo entre los rapaces. Algo se agitaba furiosamente dentro de ella, se agitaba mucho, más siempre en el mismo lugar. Era una ardilla enjaulada..., la del refrán. Pero en el refrán todo se había oscurecido y ya no se veía muy bien por qué era una ardilla, por qué estaba enjaulada. Mientras que aquí se la veía de veras. En el recinto de la ardilla habían erguido un tronco de árbol con, un poco más arriba, gruesas ramas que partían en todos sentidos; pero en el árbol habían colgado pérfidamente una rueda..., una especie de tambor vuelto hacia el público y provisto de barras transversales, de modo que toda la copa se convertía en una escala cerrada y sin fin. y he ahí que, desdeñando su árbol y las gruesas ramas que se disparaban hacia lo alto, por alguna razón desconocida, la ardilla se hallaba dentro del cilindro, aunque nadie la hubiese obligado ni atraído con ninguna añagaza. No, no la había seducido sino la falsa idea de una actividad ilusoria y un movimiento ilusorio. Debía de haber comenzado probando eso para ver, peldaño a peldaño, por pura curiosidad. Aún no sabía qué broma feroz y absorbente era ésa. La primera vez seguramente lo ignoraba; luego, después de miles de veces, bien lo sabía, pero era tanto peor. ¡Ahora el movimiento era desenfrenado hasta la furia! Todo el cuerpecito colorín, esponjado, de la ardilla y su cola de un rojo, azulado, se estiraban, siguiendo la curva de la rueda en una carrera loca; las barras del cilindro-escalera desorientaban la vista hasta dar la impresión de una fusión completa; la ardilla ponía en ello todas sus fuerzas, hasta hacerse estallar el corazón; y sin embargo con sus patitas delanteras no podía elevarse ni un solo peldaño. .

Y todos los que se hallaban ahí, adelante de Oleg, habían visto esa carrera sin tregua, y Oleg, que se quedó algunos minutos, vio que todo continuaba. No había en la jaula ninguna fuerza exterior capaz de detener la rueda o sacar de ella a la ardilla: no había ninguna inteligencia capaz de hacerla atender a razones: "Déjalo, eso no sirve de nada". No. No había sino un solo resultado inevitable, evidente: la muerte de la ardilla. No daba el menor deseo de permanecer ahí hasta ese extremo. Y Oleg se marchó más allá.

Así era como con dos expresivos ejemplos situados a derecha e

izquierda, con dos líneas de conducta igualmente posibles acogía el parque zoológico de la ciudad a sus visitantes, grandes y chicos.

Oleg pasó por delante de un faisán plateado, de un faisán dorado, de un faisán con plumaje rojo azuloso. Admiró el inefable turquesa de un cuello de pavo real y su cola, que se desplegaba sobre un metro, con flecos rosa y oro. Después de los tonos grises de la deportación, del hospital, la vista vivía una fiesta de colores.

Aquí no hacía demasiado calor. El parque zoológico se exponía espaciosamente y los árboles ya daban sombra. Sintiéndose cada vez más reposado, Oleg pasó ahora frente a un corral completo: gallinas andaluzas, gansos de Tolosa, de Jolmogor; luego trepó a una colina donde estaban guardados las grullas, los buitres, los cóndores; y por último, sobre una roca coronada con una jaula, como por un dosel, muy elevada, que dominaba todo el parque zoológico, vivían los quebrantahuesos de cabeza blanca que, de no ser por la inscripción, habría tomado uno por águilas. Los habían instalado a la mayor altura posible; mas el techo de la jaula todavía se elevaba demasiado poco por sobre la roca, y aquellas grandes aves taciturnas sufrían, desplegando las alas, agitándolas, sin hallar dónde volar.

Viendo a los quebrantahuesos sufrir así, Oleg también movió sus omóplatos para desentumecerlos (o puede que la plancha le aplastara la espalda).

Aquí todo suscitaba una interpretación; junto a la jaula había un cartel: "Los quebrantahuesos soportan mal el cautiverio". Lo sabían, pues, y no obstante los encerraban.

¿Y cuál era el degenerado que soportaba bien el cautiverio?

Otro cartel: "El puerco espín hace vida nocturna". Vaya, saben eso, los citan a las nueve y media de la noche y vuelven a soltarlos a las cuatro de la madrugada...

Y luego: "El tejón vive en cuevas profundas, de difícil acceso". ¡Ah, ése es como nosotros! ¡Bravo, tejón, es que no nos queda otro recurso! ¡Hasta su hocico, rayado como tela de colchón, de Verdadero presidiario!

Fue de esta manera deformada como Oleg lo percibió todo en estos lugares, adonde seguramente no debió haber venido, como tampoco a la gran tienda.

Ya había transcurrido buena parte del día y seguían sin llegar las alegrías prometidas.

Oleg desembocó donde los osos. Un oso negro con corbata blanca, tenía la nariz pegada a la reja y la pasaba por entre uno u otro de los barrotes. Luego, de repente, dio un salto y quedó colgando de la reja por las patas delanteras. No era una corbata lo que tenía, sino algo así como un rosario con una cruz colgante. ¡Había saltado y permanecido colgado de la reja! ¿Y de qué otro modo habría podido manifestar su desesperación?

En la celda contigua estaban encerrados su osa y su oseño.

Y en la siguiente, se consumía de impaciencia un oso pardo. Se

llevaba pataleando, inquieto; quería andar por su celda, pero tenía espacio justo para darse vuelta, pues había, de pared a pared, menos de tres veces la longitud de su cuerpo.

De modo que, en la escala de los osos, eso ya no era celda, sino calabozo.

Unos niños, excitados por el espectáculo, hablaban entre ellos: "Oye, vamos a tirarle una piedra, creará que es un bombón".

Oleg no advirtió que los niños se lo comían con los ojos, a él también. Era otro animal más, y gratis, pero él no se veía.

Un caminillo descendía hacia el río; allá se encontraban los osos blancos, mas éstos, por lo menos, estaban de a dos. Afluían hacia su recinto los canales de riego, formando un estanque helado, al que ellos bajaban de un salto a cada instante, para refrescarse; de ahí, volvían a subirse a la plataforma de cemento, barriéndose con la zarpa el agua que les manaba del hocico; y andaban, andaban, andaban bordeando la plataforma que sobresalía hacia el agua. ¿Y cómo se sentirían aquí, en verano, estos osos polares, con cuarenta grados de calor? Claro..., como nosotros en las regiones subpolares.

Con estos animales prisioneros, lo más complicado era que, en caso de haberse decidido y, digamos, de tener la facultad de hacerlo, Oleg no habría podido acometer la empresa de romper sus jaulas y liberarlos. Porque, con la pérdida de su terruño, ellos habían perdido también la noción de una libertad razonable. Y su liberación repentina podía hacer las cosas más terribles aún.

Tales eran los razonamientos absurdos que hacía Kostoglotov. Su cerebro había dado tantas y tantas vueltas en todos sentidos, que ya no podía percibir nada con candor e imparcialidad. Ahora, viera lo que viese en esta existencia, todo despertaba en él un fantasma gris y un sordo rumor subterráneo.

Pasando ante el melancólico alce, privado aquí más que otro alguno de espacio para su carrera, ante el cebú sagrado de los hindúes, ante el agutí dorado, Oleg volvió a subir, esta vez en dirección a los monos.

Cerca de las jaulas, niños y grandes se deleitaban dándoles de comer. Kostoglotov prosiguió su camino sin una sonrisa. A cabeza pelada, cual si los hubiesen pasado a todos por la esquiladora, melancólicos, entregados en sus banquetas a las alegrías y las penas primarias, le recordaban vivamente a numerosos conocidos, hasta el punto de reconocer a algunos que, todavía hoy, se hallaban en prisión.

Y en uno de los solitarios chimpancés de ojos graves, cuyos brazos colgaban entre sus rodillas, Oleg creyó reconocer también a Shulubin. Era enteramente su pose.

En este cálido día luminoso, Shulubin se debatía en su cama entre la vida y la muerte.

No esperando nada interesante de su visita a los simios, Kostoglotov pasó rápidamente y aun estaba por tomar un atajo cuando, sobre una jaula distante, divisó un aviso que estaban leyendo algunas personas.

Se les reunió: la jaula estaba vacía; en el sitio de costumbre, un rótulo indicaba: "Macacus rhesus", y un aviso escrito aprisa y adosado a la placa decía: "El mono que vivía aquí quedó ciego a causa de la crueldad insensata de

un visitante. Un mal hombre tiró tabaco a los ojos al *Macacus rhesus*".

¡Y ése sí que fue un shock! Hasta ahí, Oleg había deambulado con la sonrisa condescendiente de quien ha visto otras cosas; pero ante esto, daban ganas de ponerse a gritar, a aullar, a alborotar el parque entero, cual si uno mismo tuviese los ojos llenos de tabaco.

¿Por qué?.. ¿Por qué sencillamente así?.. ¿Por qué sin motivo?..

Más que cualquiera otra cosa, era esa simplicidad infantil de la redacción lo que oprimía el corazón. De aquel desconocido que se marchara impune, no se decía que era inhumano, no se decía que era un agente del imperialismo norteamericano. Sólo se decía que era malo. ¡Y eso era lo impresionante! ¿Por qué, pues, era sencillamente malo? Niños: ¡no se pongan malos cuando crezcan! No les hagan daño a los que no pueden defenderse.

Habían leído el aviso una y otra vez, pero grandes y chicos permanecían ahí, mirando la jaula vacía.

Y arrastrando su mochila sucia, quemada, agujereada, en la que había una plancha, Oleg partió hacia el reino de los reptiles y los carnívoros.

Los armadillos estaban echados en la arena, semejantes a piedras cubiertas de escamas, acostados unos contra otros. ¿Qué movimiento habían perdido, al mismo tiempo que su libertad?

Se seguía un enorme caimán de la China, con su hocico chato y unas patas que hubieran creído vueltas en sentido erróneo. Indicaban que, en tiempo caluroso, no comía carne todos los días.

¿Lo satisfaría del todo este mundo razonable del parque zoológico, con su comida asegurada?

Una poderosa pitón prolongaba un árbol, a la manera de una gruesa rama muerta. Estaba totalmente inmóvil, batiendo el aire solamente su lengüita puntuda.

Bajo una campana de vidrio, se retorció la víbora venenosa de las sierras.

Todos éstos no daban ningún deseo de mirarlos. Daban ganas de imaginarse la cara del macaco ciego.

Y ahora empezaba el caminillo de los carniceros. Soberbios, se distinguían unos de otros por la riqueza del pelaje; estaban ahí el lince, la pantera, el puma de un pardo ceniciento y el jaguar, rojizo con manchas negras. Eran prisioneros; por supuesto, sufrían de estar privados de su libertad, mas, para Oleg, era de los derechos comunes. Dígase lo que se quiera, hay aquí abajo culpabilidades perfectamente evidentes. Bien escrito estaba ahí, con todas sus letras, que el jaguar se comía sus ciento cuarenta kilos de Carne en cuarenta y ocho horas. Pues bien, no: ¡imposible figurarse eso! El economato del campamento no recibía tanto para toda una semana. ¡Y el jaguar se devoraba eso en cuarenta y ocho horas!

Oleg recordó a esos miembros de convoy sin escolta, que les robaban a sus propios caballos: se comían la avena en vez de dársela y así habían podido sobrevivir ellos mismos.

Más allá, vio Oleg a monseñor el tigre. Era en el bigote, sí, en el bigote, donde se concentraba toda su rapacidad. Y los ojos eran amarillos... Todo se confundió en la cabeza de Oleg, y se quedó plantado ahí, mirando al tigre con odio.

Un viejo prisionero político, exiliado en otro tiempo en Turujan y que recientemente se encontrara de nuevo con Oleg en un campamento, le había contado que sus ojos no eran de terciopelo negro, sino amarillos.

Clavado por el odio, Oleg se estaba ahí frente al tigre.

Vamos, ¿por qué simplemente así, simplemente así?

Sintió náuseas. Ya no tenía ganas de visitar este parque zoológico. Tenía ganas de huir. De golpe, ¡no hay leones que valgan! Se puso a buscar a ciegas la salida.

Por un instante, apareció una cebra. Oleg la vio con el rabillo del ojo y siguió su camino.

Y de improviso... se detuvo ante...

Ante la maravilla de espiritualidad, después de la pesantez carnífera: un antílope nilgo, café claro, sobre sus patas ligeras, elegantes, con una cabecita en acecho, empero sin sombra de temor, se mantenía cerca de la reja y miraba a Oleg con sus ojazos confiados y... afectuosos. Sí, ¡afectuosos!

No y no: ¡eran tan parecidos, que resultaban insoportables! 'No apartaba de él su mirada de afable reprobación. Le preguntaba: "¿Por qué no has acudido aún? Vamos, la mañana está terminando, ¿y todavía no estás allá?"

Eso tenía algo de alucinación, de transmutación de las almas, porque, al fin y al cabo, era ella quien estaba ahí, esperando a Oleg. Y apenas él se acercó, había empezado ella a interrogarlo con la mirada, con los ojos llenos de reproche, mas también de perdón: "¿No vendrás? ¿Es posible que no vengas? Y yo, que estaba esperándote... "

Y en efecto, ¿por qué, pues, por qué no iba allá?

Oleg se sacudió un buen poco y apresuró el paso hacia la salida.

Aún podía encontrarla en su casa.

## CAPITULO XXXVI

### Y EL ULTIMO...

En este instante, no podía pensar en ella con codicia ni con ardor; pero habría sido una verdadera felicidad ir a echarse a sus pies como un perro, un pobre perro apaleado; echarse al suelo y 'jardear, bien apretado contra sus pies, como un perro. Y habría sido Una felicidad, la mayor de las felicidades que podía imaginar.

Sin embargo, esa simplicidad animal que hubiera consistido en ir con toda naturalidad a tenderse de boca contra sus pies, él no podía, por supuesto, permitírsela. Tendría que decir palabras amables, palabras de excusa; y ella iba a decirle palabras amables, palabras de excusa, por haberse puesto las cosas tan complicadas entre los seres humanos, a través de los milenios.

Volvió a ver el rubor que se extendiera ayer por sus mejillas, cuando le dijo: "¿Sabe?, bien podría pasar la noche en mi casa, perfectamente bien". Ese rubor era preciso rescatarlo, ahuyentarlo, evitarlo por medio de la risa; no había que dejarla turbarse una vez más; y por eso se requería prever frases de introducción suficientemente irónicas, para atenuar lo insólito de esa situación en que llegaba él a donde su doctora, una joven que vivía sola, y para colmo, a hacerse alojar. De no ser así, no se tendría ningún deseo de prever frases y bastaría con plantarse allá en el umbral y mirarla. Y sobre todo, llamarla inmediatamente Vega: "Vega, ¡he venido!"

Pero, de todas maneras, sería una dicha inmensa volver a hallarse en su compañía, no en la sala del hospital, no en la oficina médica, sino sencillamente en una habitación, y hablar de algo de lo cual nada se sabía de antemano. Seguramente cometería errores, 'haría muchas cosas torpes, pues al fin y al cabo había perdido por completo el hábito de la manera de vivir de la especie humana; pero al menos sus ojos sabrían bien decirle:.. ¡Ten compasión de mí! Escucha, tenme compasión. ¡Me siento tan mal sin ti!"

Pero ¿cómo había podido perder todo ese tiempo? ¿Cómo había podido no ir a donde Vega? ¡No haber ido, en todas esas horas! Ahora caminaba con paso impetuoso, sin vacilar, sin temer sino una cosa: no encontrarla. Después de haberse pasado la mañana vagando por la ciudad, ahora veía mentalmente la disposición de las calles y conocía su camino. E iba.

Puesto que se hallaban simpáticos, que les agradaba tanto estar juntos, hablarse. Si algún día pudiera aun tomarle las manos, tenerla del hombro, estrecharla contra él y mirarla tiernamente a los ojos, de muy cerca, ¿sería posible que fuese demasiado poco?

Con Zoe, por supuesto, habría sido demasiado poco. ¿Mas con Vega? ... ¿Con el antílope nilgo?

Pues a él le bastaba pensar que pudiese tomarle las manos en las suyas, para que ya unas cuerdas se pusieran tensas en su pecho y lo dominara la emoción al pensar cómo sería.

¿Y sería demasiado poco, a pesar de todo?

Estaba cada vez más emocionado, a medida que se, aproximaba a su casa. Era verdadero miedo, ¡de lo más verdadero!, mas era un miedo feliz, una alegría punzante. Y este miedo, por sí solo, ya lo hacía dichoso, de inmediato.

Iba sin mirar ya sino el nombre de las calles y, esta vez, sin prestar la menor atención a las, tiendas, las vitrinas, los tranvías, los transeúntes; y de improviso, en una esquina, no habiendo podido, en la turbamulta, fijarse lo bastante pronto como para pasar junto a una vieja que se hallaba parada allí, se detuvo en seco, recobró ánimo y vio que ella vendía unos ramitos de flores azules.

En parte alguna de los recovecos más sórdidos de su memoria acosada, reconstituida, readaptada, había quedado ni sombra de la idea de que, cuando se va a ver a una dama, se le llevan flores. Eso se había perdido sin dejar rastros, como algo que jamás existiera en el mundo. Había caminado tranquilo, con su mochila andrajosa, parchada y cargada, sin que ningún barrunto hiciera vacilar su paso.

Y había visto las flores. Y, por uno u otro motivo, esas flores se vendían a unos y otros. Su frente se arrugó. Y el recuerdo recalcitrante comenzó a subir hasta su frente, cual un ahogado que emerge de un agua turbia. Era eso, ¡Por cierto que era eso!; en el mundo antiguo, inaudito, de su juventud, era comúnmente admitido que a las damas se les ofrecieran flores.

-¿Qué flores son? -le preguntó tímidamente a la vendedora.

-Violetas, ¡caramba!...dijo ella, ofendida-. A un rublo el ramillete.

¿Violetas?.. ¿Esas mismas violetas poéticas?.. No era así como las recordaba. Sus tallitos debieran haber sido más elegantes, más airosos, y las flores más en forma de campanilla. Mas acaso hubiese él olvidado, o bien puede que fuera una variedad local. Sea como fuere, no había otras. Y ahora que le había vuelto el recuerdo, no sólo se hacía absolutamente imposible ir a ver a Vega sin llevarle flores, sino que además lo avergonzaba pensar que había podido ir tranquilamente allá así, sin flores.

Sí, pero ¿cuántas había que comprar? ¿Un ramito? Era muy poco. ¿Dos? También era un poco exiguo. ¿Tres? ¿Cuatro? Un poco caro. En alguna parte de su cabeza, la astucia propia del recluido en campos de concentración, a manera de máquina calculadora, habíase apresurado a estimar que sería posible conseguir precio especial, digamos, rublo y medio por dos ramilletes o cinco ramilletes por cuatro rublos; pero su chasquido preciso resonó cual si no estuviese destinado a Oleg. Y él le pasó dos rublos y se los dio sin decir nada.

Y cogió dos ramitos. Olían bien. Pero de nuevo no era el pero fume de las violetas de su juventud, las de los poetas.

Todavía así, aspirándolas, podía llevarlas; mas sostenerlas al extremo de su brazo era enteramente ridículo de ver: un soldado desmovilizado, enfermo, a cabeza descubierta y llevando una mochila y violetas..., no sabía dónde meterlas; lo mejor era introducirselas en la manga y llevarlas así, sin que

las notaran.

Y he aquí que se hallaba ante el número de Vega.

La entrada estaba en el patio, había dicho ella. Penetró al patio. En seguida, a la izquierda.

(Y dentro del pecho, ¡eso se encrespaba, se encrespaba!) Había allí una larga galería común, cementada, sin techo, pero protegida por un alero y rodeada de una baranda de enrejado en cruz. Sobre esta baranda, habían puesto a "ventilar" frazadas, colchones, almohadas, y, en cordeles tendidos de un pilar a otro, habían colgado también ropa blanca.

Todo eso se avenía poco con el hecho de que Vega vivía ahí. El acceso era demasiado pesado. Sí, pero ella nada tenía que ver con ello. Más allá, al otro lado de todas estas cosas colgadas, estaría en seguida su puerta, con su número, y, detrás de la puerta, se abriría el mundo exclusivo de Vega.

Inclinó la cabeza para pasar por debajo de las sábanas, y encontró la puerta. Una puerta como todas. Con pintura café claro descascarada a trechos. Un buzón verde.

Oleg sacó las violetas de la manga de su capote. Se alisó el pelo. Estaba emocionado, y feliz de estarlo. ¿Cómo Imaginársela, sin su blusón de doctora, en un ambiente doméstico?

No, ¡no eran las pocas cuerdas que lo separaban del parque zoológico las que acababa de atravesar, arrastrando sus pesadas botas, para llegar hasta aquí!: eran los caminos del país, que recorriera en toda su longitud, que recorriera dos veces, cada vez en siete años. Y he aquí que por fin estaba desmovilizado y que llegaba ante esta puerta donde una mujer lo había esperado en silencio durante catorce años.

Rozó la puerta con el dedo del medio doblado.

Mas no alcanzó a golpear como es debido y ya comenzaba la puerta a abrirse (¿lo había divisado Vega quizás por la ventana?), y se abrió hasta atrás. Y empujando en derechura hacia Oleg una motocicleta rojo vivo, especialmente voluminosa en esta puerta estrecha, salió por ella un mocetón fornido, de cara ancha y nariz aplastada, pegada ahí en plena mitad. No le preguntó a Oleg para qué estaba ahí, ni a quién deseaba ver: él venía empujando su moto y no entraba en sus costumbres ceder el paso. Y Oleg se apartó para dejarlo pasar.

Esto ofuscó a Oleg, quien no comprendió en seguida la relación que había entre ese mocetón y Vega, que vivía sola, ni por qué salía así de su casa. ¿Era posible que, aun después de tantos años, hubiese olvidado del todo que, por norma general, la gente no vive completamente sola, sino en departamentos comunes? No podía haberlo olvidado, pero no estaba obligado a recordarlo. En las barracas de un campamento, la libertad se concibe en una forma diametralmente opuesta a un hacinamiento en barracas y, por ende, de ningún modo en forma de departamento comunitario. Y además, cabe decir que en Ush-Terek la gente habitaba en viviendas independientes y no conocía los departamentos en común.

-Dígame -pronunció, dirigiéndose al joven. Pero éste, habiendo hecho pasar su motocicleta por debajo de las sábanas tendidas, descendía ya la escalera, haciendo chocar las ruedas sordamente en cada peldaño.



Había dejado la puerta abierta.

Indeciso, Oleg entró lentamente al interior. En las profundidades oscuras del corredor, se veía ahora una puerta, otra, luego otra más. ¿Cuál era? En la penumbra, apareció una mujer y de inmediato, sin encender la luz, preguntó con animosidad:

-¿A quién busca?

-A Vera Korniliev -pronunció Kostoglotov con timidez, irreconocible.

-¡No está! -replicó la mujer, con voz cortante, ruda y hostil, sin siquiera cerciorarse en la puerta de Vera. Y se dirigió en línea recta hacia Kostoglotov, obligándolo a retroceder.

-Tal vez podría usted llamar a su puerta -dijo Kostoglotov, reanimándose. La espera de la entrevista con Vega lo había desarmado; si no, habría sabido responder al croar de la vecina-. Hoy no trabaja.

-Lo sé. No está. Se ha ido. -La mujer tenía una frente baja, unas mejillas asimétricas. Estaba examinándolo.

Se había fijado en las violetas. Era demasiado tarde para esconderlas.

De no haber tenido esas violetas en la mano, habría sabido ser hombre, habría podido ir a golpear personalmente a su puerta, hablar con soltura, insistir para saber si hacía rato que había salido, si regresaría pronto; habría podido dejar recado (¿ya lo mejor hasta había uno para él?).

Pero las violetas hacían de él una especie de suspirante, de adorador, de enamorado tímido...

Y se batió en retirada hasta la galería, bajo la presión de esa buena mujer.

Y ésta, expulsándolo paso a paso de la fortaleza, lo observaba. Había ya algo que resaltaba, en la mochila de ese vagabundo: ojalá que no vaya a robar alguna cosa aquí también.

En el patio, con chasquidos insolentes, la moto sin tubo de escape estallaba en explosiones, luego se interrumpía, volvía a estallar en explosiones y a interrumpirse.

Oleg, plantado ahí, vacilaba.

La mujer manifestaba mal humor.

¿Cómo podía Vega no estar ahí, habiéndoselo prometido? Sí, pero lo esperaba más temprano y ahora se había marchado. ¡Qué desgracia! No era un golpe de mala suerte, un contratiempo, sino una desgracia.

Oleg retiró al interior de la manga la mano que sostenía las violetas, cual si estuviese amputada.

-Dígame, ¿va a volver o ya se fue a su trabajo?

-Se fue -machacó la buena mujer.

Mas eso no era una respuesta.

Pero tampoco era muy hábil estar plantado ahí frente a ella, esperando.

La moto daba saltos, escupía, detonaba, luego se callaba.

Y sobre la baranda reposaban las pesadas almohadas. Los colchones. Las frazadas, con su forro. Los habían expuesto al sol. -¿Y entonces a quién

espera, ciudadano?

Era también a causa, de ese pesado bastión de ropa de cama por lo que no conseguía Oleg concentrarse.

Y de esa buena mujer que lo examinaba y le impedía pensar... Y estaba también esa maldita moto, desgarrándole los tímpanos y el corazón. No quería partir.

Y el bastión de almohadas hizo retroceder a Oleg, lo hizo batirse en retirada. Bajó los peldaños; se volvía al lugar de donde viniera, rechazado.

Si por lo menos no hubiesen estado aquellas almohadas, con una de las esquinas ajada, otras dos colgando como ubres de vaca y la cuarta levantada como un obelisco. Si por lo menos no hubieran estado esas almohadas, él habría podido reflexionar, decidir algo. No habría tenido que irse así, inmediatamente. Era muy seguro que Vera volvería. y hasta iba a volver pronto. Y también ella lo lamentaría, ¡lo lamentaría!

Pero esas almohadas, esos colchones, esos cobertores con el forro corrido, esas sábanas simulando estandartes, encerraban una experiencia inmutable, comprobada por los siglos, que él ya no tenía fuerza para rechazar. No tenía derecho a hacerlo.

¡No ahora! ¡No él!

Un hombre solo puede dormir sobre maderos, sobre tablas, mientras le abrasen el corazón la fe y la ambición. El detenido duerme sobre tablas, pues no le queda otra cosa. Y también la detenida, separada de él por la fuerza.

Mas, ahí donde una mujer y un hombre han acordado reunirse, esos hociquitos blandos y gordos esperan con toda confianza lo que se les debe. Saben que saldrán ganando.

Y abandonando la fortaleza inaccesible, demasiado bien protegida para él, con la plancha golpeándole la espalda y la mano amputada, Oleg se fue lentamente, franqueó el portón; y el bastión de almohadas le enviaba alegremente unas salvas de metralla a la espalda.

No partía esa maldita moto.

Una vez pasado el portón, las explosiones le llegaron apagadas y Oleg se detuvo a esperar un poco más.

Aún no estaba excluida la posibilidad de esperar el regreso de Vega. Si volvía, había de pasar forzosamente por aquí. Y se sonreirían ¡Y estarían tan felices de verse! "¡Buenos días!..." "¿y ¿sabe?.." "¡Y qué chusco ha sido!..."

¿Y sería entonces cuando sacaría de la manga las violetas ajadas, aplastadas, marchitas?

Nada le impediría esperar su regreso. Entrarían de nuevo al patio. Sí, ¡pero no habría modo de evitar aquel bastión grueso, llena de seguridad!

De a dos, jamás los dejaría pasar.

Puede que no hoy, sino seguramente de vez en cuando, también Vega, Vega la de las piernas leves, etérea, con sus ojos café claro, por muy ajena que fuese al polvo terrestre, también ella debía de exponer su ropa de cama en esa galería y, por muy aérea, delicada y encantadora que fuese, no por eso dejaba de ser ropa de cama.

Ni el ave ni la mujer viven sin nido.

Por inmaterial y sublime que seas, ¿qué puedes hacer contra las ocho horas de la noche?

Contra el momento de dormir.

Contra el momento del despertar.

Listo, ¡había partido! Había partido la moto púrpura, ultimando a Kostoglotov con algunas nuevas detonaciones, y el mocetón do nariz achatada enarbolaba una cara victoriosa.

Kostoglotov se retiró, vencido.

Sacó las violetas de su manga. Habían alcanzado el último grado en que todavía se podían ofrecerlas.

Venían llegando en sentido contrario dos jóvenes pioneras uzbekas, con unas trencitas negras más apretadas que cables eléctricos. Con las dos manos tendidas, Oleg le ofreció un ramillete a cada una.

-¡Tomen, ilustres muchachas!

Ellas se quedaron sorprendidas. Se dijeron algo en uzbeko. Habían comprendido que no estaba ebrio ni las abordaba... Quizás hubieran comprendido que el señor les ofrecía los ramitos porque se sentía desgraciado.

Una cogió el ramo y le dirigió una pequeña seña con la cabeza.

La otra cogió el ramo y le dirigió una pequeña seña con la cabeza.

Y prosiguieron su camino con paso rápido, rozándose hombro con hombro y hablando animadamente.

Y ya no le quedaba más que su mochila parchada, a la espalda, toda impregnada de sudor.

¿Dónde pasar la noche? Había que reconsiderar este punto.

¿En los hoteles? Imposible.

¿En casa de Zoe? Imposible.

¿En casa de Vega? Imposible.

Es decir, sí, era posible. Y a ella la contentaría. Y ella jamás exteriorizaría nada.

Pero eso estaba más que vedado.

Y sin Vega, toda esta ciudad hermosa, opulenta, constituida por millones de personas, era grávida como un pesado saco a la espalda. Vera curioso que, recién esa mañana, la ciudad pudiera gustarle tanto y que él deseara quedarse en ella mucho tiempo.

Y otra cosa singular: ¿qué había sido, pues, lo que le causara tanta alegría esa mañana? De repente, toda su curación había cesado de parecerle una especie de don excepcional.

Aún no había pasado una cuadra, cuando sintió cuánta hambre tenía y cuánto le herían los pies sus botas, cuán fatigado estaba su cuerpo todo y cómo su tumor, todavía no liquidado, le bailaba en el vientre. Y de veras le dieron ganas de abandonar la ciudad cuanto antes.

Pero el regreso a Ush-Terek, al cual ahora ya nada se oponía, también había cesado de seducirlo. Oleg comprendió que allá la nostalgia iba a devorarlo cada vez más.

En este momento preciso, sencillamente no podía imaginarse un solo lugar, una sola cosa capaz de causarle agrado.

Sí, regresar a donde Vega. Sería preciso poder dejarse caer a sus pies. ¡No me eches! ¡No me eches! ¡No es culpa mía Pero eso estaba más que vedado.

Le preguntó la hora a uno que pasaba. Las dos y algo más. Por cierto que había que decidir algo.

Percibió en un tranvía el número de la línea que llevaba al Resguardo. Se puso a buscar el paradero más próximo.

Y en medio de un rechinar de tierras, sobre todo en las vueltas, cual si también él fuese Un enfermo grave, el tranvía se lo llevó a través de estrechas calles pavimentadas. Sujetándose de las correas de cuero, Oleg se agachó para mirar por la ventanilla. No había sino adoquines y casas decrepitas que se sucedían, sin vegetación, sin paseos. Apareció por un instante un anuncio de un cine al aire libre con funciones diurnas. Sería interesante ver cómo marchaba eso. Mas también el interés que llevaba él esta mañana por las novedades del mundo se había embotado un tanto.

Está orgullosa de haber soportado catorce años de soledad.

Pero lo que ignora es lo que pueden representar seis meses solamente que se pasen así, ni juntos ni separados.

Reconoció su paradero, descendió. Había aún por recorrer cerca de un kilómetro y medio, por una de esas calles lóbregas como no se las halla sino en los barrios industriales; Por la calzada, en ambos sentidos, zumbaban sin cesar camiones, tractores, y la acera se extendía a todo lo largo de un interminable muro de piedra, cruzaba una vía férrea de fábrica y un basural, en seguida bordeaba un sitio erizado herido por excavaciones y de nuevo atravesaba rieles; luego, otra vez un muro y por último unas barracas de un piso, de las que arman bajo el título de "construcciones civiles provisionarias" y que no obstante subsisten por diez, veinte y hasta treinta años. Por lo menos, ya no había el barro que reinaba ahí en enero, cuando Kostoglotov, bajo la lluvia, buscara por primera vez este Resguardo. Lo cual no impedía que el trayecto fuese lúgubremente largo de hacer, y costaba creer que esta calle se encontraba en la misma ciudad que las avenidas de circunvalación, las encinas de troncos enormes, los interminables álamos y la maravilla rosada del albaricoquero.

Por más que ella se esforzara por convencerse de que así estaba bien, de que era justo, de que era el buen camino, no por eso sería la zozobra menos desgarradora.

¿Qué consideraciones habían podido inducir a situar en un paraje tan escondido y tan excéntrico ese Resguardo que disponía del destino de todos los relegados de la ciudad? Pero he ahí que se hallaba entre las barracas, las callejuelas sucias, las ventanas de vidrios quebrados tapadas con planchas de madera terciada, de la ropa tendida... la ropa, siempre la ropa.

Oleg recordó la expresión repelente del comandante (que ni siquiera estaba en su puesto en un día de trabajo) y la forma en que lo había recibido; y ya en el corredor de la barraca del Resguardo, acortó el paso para adoptar una actitud independiente y un semblante impenetrable. Nunca se permitía Kostoglotov sonreírles a los carceleros. Hacía cuestión de honor el recordarles que no había olvidado.

Golpeó, entró. La primera pieza estaba enteramente desguarnecida y vacía: no contenía más que dos bancos cojos, sin respaldo, y, detrás de un tabique con ventanillo, se divisaba una mesa donde, con toda seguridad, se celebraba dos veces al mes el misterio del puntaje de los relegados locales.

En este momento no había nadie y, un poco más allá estaba abierta la puerta con la plancha "Comandante". Poniéndose bien a la vista en el vano de dicha puerta, Oleg preguntó con voz austera:

-¿Se puede entrar?

-Por favor, por favor -dijo una voz agradable y acogedora, invitándolo a pasar.

¿Qué era eso? Nunca en su vida había oído Oleg un tono semejante en el N.K.V.D. Entró. En la pieza no se hallaba sino el comandante, sentado a su mesa. Pero no era el antiguo, el imbécil enigmático de expresión que pretendía ser inteligente; no, era un armenio de rostro afable, inclusive cara de intelectual, de ningún modo altivo y que llevaba no uniforme, sino un terno de buena calidad que poco armonizaba con este barrio periférico formado de barracas. El armenio le dirigió unas miradas muy joviales, como contento de que Oleg hubiese venido a verlo provisto de una buena carta de recomendación.

Después de haber vivido en los campamentos, Oleg no podía tenerles nada de apego a los armenios: poco numerosos allá, se guardaban celosamente las espaldas entre ellos, se asignaban lo mejor: encargados de la ropería, de las cocinas. Mas, para ser justo, no era posible reprochárselo: no fueron ellos quienes inventaron esos campamentos, tampoco ellos los que inventaron esa Siberia; ¿y en nombre de qué idea habrían debido renunciar a sacarse mutuamente de apuros, evitar los ardides y cavar la tierra con azadón?

En este instante, frente a este armenio alegre, bien dispuesto para con él, en el ejercicio de su función legal, fue ante todo en el inconformismo y la eficiencia de los armenios en lo que pensó Oleg con simpatía.

Habiendo oído el apellido de Oleg y sabido que estaba inscrito aquí a título provisorio, el comandante lleno de buena voluntad se levantó con ligereza, a pesar de su obesidad, y, acercándose a uno de los estantes, se puso a hojear unas fichas. Simultáneamente, como esforzándose por distraer a Oleg, no dejaba de pronunciar algo en voz alta, o vanas exclamaciones, o incluso apellidos que, según las instrucciones, no tenía, en rigor, derecho a pronunciar.

-Bien, bien, bien... Veamos... Kalifotidi... Konstantinidi... Pero, por favor, siéntese Kulaev... Karanuriev... ¡Ah, ésta sí que está ajada! Kazymagomaev... ¡Kostoglotov!

Y de nuevo contraviniendo aun más, gravemente todas las reglas del N.K.V.D., no le preguntó sus nombres de pila y patronímico, sino que los mencionó él mismo:

-¿Oleg Filemonovich?

-Sí.

-Claro que es ésta. A usted lo atendieron en el dispensario anticanceroso desde el 23 de enero... -y alzó de su papel una mirada humanitaria- ¿y bien? ¿Sigue mejor?

Y Oleg sintió que ya estaba conmovido, que hasta le picaba un poco

la garganta. Pero ¡qué poco se requería: sentar a hombres humanitarios a estas mesas odiosas, para que la vida cambiase radicalmente! Y ya nada tenso, con gran llaneza, respondió:

-Sí, ¿cómo decirle?.. En un aspecto, sigo mejor; en el otro, no tan bien. ¡No tan bien!, ¡Qué ingrato es el hombre! ¿Qué podía haber peor que estar agazapado en el suelo del dispensario, deseando morir?-. En conjunto, sigo mejor.

-Muy bien! -se alegró el- comandante-. Pero ¡siéntese, pues!

La preparación de los boletos de teatro exigía tiempo, empero. Había que poner un timbre, la fecha con tinta, inscribir algo en un registro, tarjarlo en otro registro. Todo esto lo ejecutó el armenio con soltura y buen humor. Entregó el certificado de Oleg con permiso para abandonar la ciudad y, al pasárselo, mirándolo de manera significativa, le dijo algo más quedamente, con voz extraoficial:

-No se preocupe. Muy pronto tendrá fin todo eso.

-Eso, ¿qué? -exclamó Oleg, sorprendido.

-¿Cómo qué? El puntaje. La relegación. ¡Los co-mandan-tes! -dijo con sonrisa despreocupada (era notorio que tenía en reserva un trabajito un poco más agradable).

-¿Cómo? ¿Hay ya ... disposiciones? -sondeó Oleg, apresurándose a conseguir alguna información.

-No propiamente disposiciones -emitió el comandante, con un suspiro-, pero ya hay indicios en tal sentido. Se lo digo en serio: eso ocurrirá. Manténgase bien; resista, sane, usted llegará lejos todavía.

Oleg tuvo una sonrisa gesticulante. -Yo ya estoy de vuelta.

-¿Cuál es su especialidad?

-Ninguna.

-¿Casado?

-No.

-Muy bueno -dijo el comandante, con convicción-. En general, los matrimonios. de relegados se divorciall; y entonces es un papeleo. de nunca acabar. Mientras que usted, una vez liberado, regresará al terruño y podrá casarse. -¡Podrá casarse!. ..

-Bueno, si es así, gracias -replicó Oleg, levantándose.

A manera de despedida, el comandante le dirigió un saludo lleno de cordialidad, pero no llegó hasta estrecharle la mano.

Mientras atravesaba las dos piezas, Oleg iba diciéndose: ¿Por qué hay un comandante así? ¿Era así por naturaleza, o bien era que estaba en un buen cuarto de hora? ¿Estaba aquí en forma permanente o transitoria? *¡O* bien habían empezado. a nombrarlos especialmente así? Era muy importante saberlo, mas de ningún modo iba él a regresar allá.

Volviendo a pasar frente a las barracas, a atravesar los rieles, el basural, a todo lo largo de esa calle industrial interminable, caminó Oleg con impetuosidad, más ligero, más regularmente; y pronto el calor lo hizo quitarse el capote. Poco a poco, sentía bailar y desbordarse en él aquel cántaro de alegría que le vertiera el comandante. Sólo paulatinamente llegó todo eso a su

conciencia.

Paulatinamente, pues habían desacostumbrado a Oleg a creerles a los hombres sentados en esas oficinas. ¿Cómo olvidar aquellos rumores, difundidos a propósito por los personajes oficiales, los capitanes y los mayores, toda aquella mentira de los años de postguerra, de que se preparaba una amplia amnistía para los presos políticos? ¡Cómo les habían creído! "¡El capitán me lo dijo personalmente!" Siendo que sólo habían ordenado levantarles la moral a quienes la habían perdido, porque necesitaban resistir, cumplir con la norma, esforzarse por vivir al menos para algo.

Sin embargo, todo lo que se podía decir de este armenio era que tenía demasiados conocimientos para el puesto que ocupaba. Por lo demás, ¿no esperaba Oleg lo mismo, por lo que leía en un lado u otro de los periódicos?

¡Dios mío, verdad que ya era hora! ¡Verdad que demás era hora! Figúrense, pues! Si un tumor basta para llevarse a un hombre, ¿cómo podría vivir un país cubierto de campamentos y lugares de relegación?

De nuevo se sintió Oleg dichoso. Al fin de cuentas, él no estaba muerto. Y he aquí que pronto podría sacar pasaje para Leningrado. Para Leningrado!. .. Podría, pues, acercarse a San Isaac, tocar una columna! El corazón le estallaría de júbilo!

En realidad, por cierto que se trataba de San Isaac. Era con Vega con quien cambiaba todo ahora. ¡Qué vertiginoso! Ahora, si verdaderamente .. " si seriamente... idejaba eso de ser fantasía! Podría vivir aquí, con ella!

¡Vivir con Vega! ¡Vivir! ¡juntos! Con sólo imaginarlo, había para explotar. . .

¡Y cuánto se regocijaría ella, si iba de inmediato a verla y se lo contaba todo! ¿Y por qué no contárselo? ¿Y por qué no ir? Si alguien había en el mundo a quien decírselo, ¿no era ella? ¿Quién más se interesaba por su libertad?

Y ya se hallaba muy cerca del paradero de tranvías. ¿Había que escoger el que iba a la estación o el que iba a donde Vega? Y era preciso apresurarse, porque ella se iría, pues. El sol ya no estaba tan alto.

Y de nuevo lo oprimió la emoción. Y de nuevo, todo lo arrastraba hacia Vega! Y nada quedaba de los argumentos concluyentes que reuniera en camino al Resguardo.

¿Por qué había de evitarla como un culpable, como un ser mancillado? Vamos, por cierto que ella pensaba en algo, mientras lo cuidaba. Vamos, por cierto que era ella la que callaba, la que se retiraba de escena, cuando él discutía, cuando pedía que interrumpieran su tratamiento.

¿Por qué no había de ir? ¿Por qué no podrían elevarse, sobreponerse a eso? ¿No eran seres humanos? En todo caso, Vega si, en todo caso ella ...

Y ya daba codazos para poder subir. Cuánta gente en este paradero, y todos se habían abalanzado precisamente a ese tranvía. Todos necesitaban ir en esa dirección. Y Oleg, con su capote en una mano, su mochila en la otra, no podía sujetarse de la barandilla y oprimido por todos lados, arrastrado en un torbellino, se vio proyectado primero a la plataforma, luego al interior del tranvía.

Salvajemente apretado por todas partes, se recuperó detrás de dos

muchachas, al parecer estudiantes. Una completamente rubia, la otra muy morena; tan cerca de él se hallaban, que seguramente lo oían respirar. Sus brazos, separados, estaban atascados a un lado y otro, tanto que no pudo pagarle a la irritada cobradora ni moverlos. Con el brazo izquierdo, el que llevaba el capote, parecía sostener a la chica morena, mientras que todo su cuerpo estaba pegado a la chica rubia, de las rodillas al mentón; la sentía entera y ella, a su vez, no podía no sentirlo. NI la mayor de las pasiones hubiese podido soldarlos tan estrechamente como lo hacía esta multitud. El cuello de la joven, sus orejas, se hallaban próximos a él más allá de todo límite imaginable. A través de la tela vieja de su ropa, recibía él su calor, su suavidad, su juventud. La chica morena seguía hablando de lo que pasaba en la escuela; la chica rubia cesó de contestarle.

En Ush-Terek no había tranvías. El no se había encontrado comprimido así sino en furgones celulares. Pero ahí no siempre era con mujeres. Esta sensación no se había visto confirmada ni fortalecida durante decenas de años y no por eso era ahora menos poderosa ni menos desquiciadora.

Mas eso no era felicidad. Era sufrimiento. Había en esta sensación un umbral que él no podía franquear ni siquiera sugestionándose.

Pero, al fin y al cabo, se lo habían advertido: quedaría la libido. ¡Y nada más que ella! ..

Fue así como pasaron dos paraderos. Después de lo cual, aunque estrechos, de todos modos se estaba menos apretado en la parte trasera y bien pudo Oleg haberse apartado un poco. Pero no lo hizo. Le faltó voluntad para substraerse a ese suplicio, a esa felicidad. En este minuto, en este preciso instante, no deseaba nada más que seguir y seguir así. Aun cuando el tranvía regresara a la., ciudad vieja. Aun cuando, atacado de demencia, debiese reñir y girar en redondo sin cesar hasta la noche. Aun cuando se apoderara de, él la osadía de ir a dar la vuelta al mundo. A Oleg le faltaba voluntad para ser el primero en desprenderse. Prolongando esa dicha que ahora ya no era digno de rebasar, Oleg, lleno de gratitud, fijaba en su memoria los ricitos que le caían a la joven sobre la nuca (en cuanto a la cara, no se la vio).

Se había desprendido, la rubiecita, y ahora avanzaba hacia la delantera del tranvía.

Cuando se despabiló, flaqueándole las rodillas debilitadas comprendió Oleg que en realidad lo que le esperaba donde Vega era un suplicio y un fraude.

Iba allá a exigir de ella más que de sí mismo.

Habían convenido finalmente, en forma tan sublime, que la comunión de las almas era mas preciosa que todas las demás relaciones. Pero, apenas construido ese altísimo puente con sus manos unidas, bien vio que las manos de él ya cedían. Se dirigía a donde ella para asegurarle alegremente algo, mientras que, torturado, estaría él pensando en otra cosa. Y cuando ella no estuviese presente y él se quedara solo en su departamento, ¿no iba a gritar, doblado sobre una prenda de vestir suya, sobre cada detalle de su vida, sobre un pañuelo perfumado?

No. convenía ser más prudente que esa muchachita. Era menester ir a



la estación.

Y en lugar de dirigirse a la delantera, donde aún se hallaban los estudiantes, se abrió camino hacia la plataforma trasera y saltó del tranvía, insultado por alguien.

Y cerca del paradero del tranvía, de nuevo estaban vendiendo violetas.

Ya descendía el sol. Oleg se puso el capote y se encaminó a la estación.

En este tranvía iban menos apretados.

Después de haber vagado algún tiempo por la plaza de la estación, de haber pedido informes y recibido respuestas erróneas. Llegó por fin a la sala, bastante parecida a un mercado bajo techo, donde vendían los pasajes para las líneas importantes.

Había cuatro ventanillas y, frente a cada una de ellas, sus ciento cincuenta o doscientas personas. Sin contar las que se habían ausentado, haciéndose guardar un sitio.

Esta vez, Oleg reconoció aquel cuadro, las colas en las estaciones. que duraban días y noches, cual si jamás hubiese dejado de verlo. Muchas cosas habían cambiado en el mundo -otras modas, otros faroles, otra manera de ser en los jóvenes-, pero aquí todo estaba como antes, hasta donde él podía recordar: así era en el 46, también era así en el 39, también en el 34, en el 30. Vitrinas desbordantes de mercadería, aún se podía recordarlas, remontándose a la época de la Nueva Política Económica; pero ventanillas de estación accesibles, ni siquiera podía imaginárselas. Los únicos que ignoraban las dificultades de la partida eran los que tenían tarjetas especiales o documentos especiales que presentar para la ocasión.

Hoy, también él tenía su documento, no uno de muy gran valor, pero que en todo caso podía servir.

La atmósfera estaba pesada y Kostoglotov, chorreando sudor.

No obstante, sacó de la mochila su gorra de piel demasiado chica y se la embutió en la cabeza, como lo hubiera hecho con una horma para agrandarla. Se echó la mochila al hombro. Se fabricó la cara de un hombre que, hacía apenas dos semanas, se hallaba sobre la mesa, entregado al bistrú de León Leonidovich; y fue, con la mirada apagada, a plena conciencia de aquella circunstancia abrumadora, como se arrastró por entre las colas, en dirección a unas ventanillas distantes.

Había allá otros aficionados a esta clase de ejercicio, que empero no se deslizaban hasta la ventanilla ni buscaban disputa pues había un agente.

Con gesto bien visible de debilidad, sacó Oleg su documento del bolsillo interior del capote y, confiado, se lo pasó al camarada agente.

El agente, un uzbeko bigotudo y macizo, que parecía un general joven, leyó el papel con gravedad y les declaró, a los que se encontraban a la cabeza de la cola:

-Miren, a éste vamos a ponerlo aquí. Acaban de operarlo. Y le indicó un puesto en tercer lugar.

Lanzando una mirada de agotamiento a sus nuevos compañeros en la

cola, Oleg ni siquiera trató de insertarse en la fila y se quedó a un lado, con la cabeza baja. Un uzbeko muy entrado en carnes, de cierta edad, con un gorro de terciopelo café con reborde, en forma de plato, lo empujó a la fila.

Uno no se aburre esperando cerca de la ventanilla: se ven los dedos de la cajera despachando boletos; el dinero impregnado de sudor, apretado en la mano del pasajero que lo sacó hace un buen rato, sin contarle, del fondo de su bolsillo o de su cinturón, en cuyo interior lo tenía cosido; se oyen los ruegos tímidos del viajero, las respuestas negativas de la inflexible cajera; se ve avanzar eso y no tan lentamente, después de todo.

Y ahora le tocó a Oleg inclinarse hacia la ventanilla.

-El mío, por favor, será un boleto de segunda, sin reserva, para Jan-Tau.

-¿Para dónde? -se informó la cajera.

-Para Jan-Tau.

-Vaya, eso no me dice nada -pronunció ella, encogiéndose de hombros; y se puso a hojear una enorme guía.

-Guapo, ¿por qué sacas pasaje sin reserva? -dijo a su espalda una mujer compasiva-. Vienes saliendo de una operación, ¡y tomas pasaje sin reserva! Si te pones a trepar a la tabla de arriba, vas a hacerte saltar los puntos. Deberías sacar asiento numerado.

",-No tengo con qué -dijo Oleg, suspirando. Era cierto.

-¡No hay estación con ese nombre! -exclamó la cajera, cerrando la guía-. Tome boleto para otra estación.

-Pero ¿cómo es eso? -demandó Oleg, sonriendo débilmente-.

Hace un año que existe. Yo mismo partí de esa estación. Si hubiese sabido, habría guardado el boleto.

-¡Yo no quiero saber nada! Puesto que no está en la guía, es que no existe.

-Sí, pero los trenes se detienen -dijo Oleg, quien se dejó arrastrar a la discusión con más vehemencia de la que hubiese podido suponérsele a un operado en fecha reciente.

-¡Ciudadano: si no lo quiere, pase! Al siguiente!

-Es justo, ¿por qué hacerles perder tiempo a los demás? -refunfuñaron doctoralmente detrás de él-. ¡Toma lo que te dan! Viene saliendo de una operación, ¡Y todavía encuentra cómo hacer el vivo!

Ah, cuánto habría podido discutir Oleg en este instante! ¡Cómo hubiese ido de una autoridad a otra, pidiendo hablar con el Jefe de tránsito, con el jefe de estación! ¡Cuánto le gustaba perforar esas cabezas duras y hacer constar su derecho, aunque mas, no fuese aquel pequeñísimo derecho, ese misero derecho que siempre lo era! ¡Y qué bueno sentirse hombre, aunque más no fuese defendiendo su derecho!

Pero implacable es la ley de la oferta y la demanda; implacable, también, la de la planificación de los traslados. Esa misma mujer de corazón magnánimo que lo incitara a tomar asiento reservado, adelantaba ya su dinero por encima del hombro de Oleg. Aquel agente que acababa de ponerlo en la cola,

ya alzaba la mano para hacerlo salir de ella.

-De esa estación, me quedan treinta kilómetros por recorrer, para llegar a mi casa, mientras que desde la otra son setenta --dijo *todavía* Oleg, inclinándose en la ventanilla; mas ya fue como un relegado, fue la queja de un calabozo. Se apresuraba ya a aceptar.

-Bueno, déme un boleto para Chu.

Esa estación la conocía la cajera de memoria y también el precio del pasaje; le sobró, y había que alegrarse. Antes de alejarse del todo, Oleg verificó a la luz el timbre, verificó el vagón, verificó el precio. verificó el cambio y luego se fue lentamente.

Y a medida que se alejaba de aquellos para quienes era un operado, ya iba enderezándose; luego se sacó su malhadada gorra y la metió de nuevo en la mochila. Hasta la partida del tren, quedaban dos horas. Ahora podía festejar: gastar un poco de dinero en un helado (ya en Ush-Terek, no habría); beber kvas (tampoco habría). Y además, comprar pan negro para el viaje. No olvidar el azúcar. Llenar pacientemente una botella de agua hervida (una gran cosa, tener agua!). Y por nada del mundo servirse arenque escabechado. ¡Oh, cuánto más a sus anchas se sentía uno viajando así, en comparación con los vagones Stolypin bajo custodia! No habría registro al embarcar; no los llevarían en furgón celular; no los harían sentarse en el suelo, en medio de un círculo de guardias, y no habría que soportar la sed durante cuatro días. Y además, si él conseguía ocupar la tabla portaequipaje, bien arriba, podía tenderse ahí cuan largo era. Aquella tabla ya no sería para dos, hasta para tres personas, sino para uno solo. Ir acostado y no sentir más ese tumor que le dolía, ¡vamos, si era la felicidad! Era un hombre feliz. ¿De qué habría podido quejarse? .•

Y para colmo, al comandante se le habían escapado cosas a propósito de la amnistía ...

La felicidad de su vida, esa felicidad tanto tiempo esperada, ¡había llegado! Mas, cosa rara, Oleg no la reconocía.

Al fin de cuentas, por cierto que mediaban entre ella y él ese "León" y ese "tú". Y había alguien más. De no ser así. .. , ¡cuántas posibilidades!. .. Siempre es por sorpresa como aparece una pero sana en la vida de otra.

Cuando vio la luna, esta mañana, creía en eso. Sí, pero la luna era menguante.

Ahora había que ir al andén; ir mucho más temprano, mucho antes del momento de subir al tren: cuando hicieran avanzar el tren vacío, tendría que ubicar de inmediato el vagón e ir a la carga, para tomar la colocación en la fila de espera. Oleg se fue a ver el horario. Había un tren con destino a otra parte, el 75, que ya debía de estar abierto al público. Habiéndoselas compuesto para estar sofocado y dando fuertes codazos frente a la puerta, se puso a preguntarles a cuantos venían, entre otros al inspector de andén (vaya, pues, como prueba estaba ahí su boleto, entre sus dedos):

-¿Es ya la hora para el 75? .. Para el 75, ¿es ya la hora?

. De veras parecía temer mucho perder él 75, Y el inspector, sin revisarle el boleto, hasta lo empujó un poco, con un golpecito en su mochila repleta y recargada.

Llegado al andén, Oleg empezó a deambular apaciblemente; luego se detuvo, se quitó la chaqueta y la dejó sobre un reborde de piedra. Recordó otro caso igual de gracioso: Fue en el 39, en Stalingrado, en los últimos hermosos días de libertad que disfrutara Oleg; fue después del acuerdo Molotov-Hibbentrop, pero antes del discurso de Molotov y antes de la orden de movilizar a los jóvenes de diecinueve años. Aquel verano, él y un amigo habían descendido en lancha por el Volga hasta Stalingrado, donde vendieron su embarcación y de donde debían regresar en tren para reanudar los cursos. Iban cargados con todo lo que necesitaran durante su descenso en lancha y dos no eran demasiado para transportarlo. Además, en una tienda de provincia, en algún paraje remoto, había comprado el amigo de Oleg un altoparlante. En aquella época no se los encontraba en Leningrado. El altoparlante constaba de una gran bocina sin funda, que su amigo temía estropear cuando se tratara de trepar al tren. Entraron a la estación de Stalingrado e inmediatamente se hallaron en el extremo de una cola bien poblada que ocupaba toda la sala, ya repleta de valijas de madera, de sacos, de baúles. No era cosa de abrirse paso a través de todo eso antes de la hora prevista, lo cual los exponía a quedarse dos noches sin asiento con cama. Y en esa época vigilaban ferozmente que nadie pasara al andén antes de la hora. Oleg tuvo entonces una idea luminosa: "¿Conseguirás transportar todas nuestras cosas al vagón, aunque debas llegar el último?" Cogió el altoparlante y, con paso ágil, se dirigió a la entrada de servicio, prohibida al público. A través del vidrio, agitó seriamente el altoparlante frente a la guardiana. Esta le abrió. "Instalo éste y se acabó", dijo Oleg. La mujer sacudió la cabeza con aire de entendida, cual si se tratara de alguien que en todo el día no había hecho sino transportar altoparlantes. Hicieron avanzar el tren y, ya antes de embarcar, Oleg fue el primero en saltar al tren, donde tomó posesión de dos tablas portaequipajes.

En dieciséis años, nada había cambiado.

Oleg iba y venía por el andén. Se hallaban ahí otros vivos como él: también se habían introducido para un tren que no era el de ellos y esperaban junto a su bagaje. Hasta eran bastante numerosos; pero de todos modos había en el andén incomparable, mente más espacio que en la estación y en las plazoletas vecinas. Se paseaban, despreocupados, pasajeros del 75, bien vestidos, que tenían lugares reservados!, de los cuales nadie más podía disponer. Había mujeres que llevaban ramos que les habían regalado; hombres con los brazos cargados de bebidas; algunos tomaban fotos. Esa era toda una vida inaccesible y casi incomprensible. En esta cálida tarde de estío, este largo andén bajo su galpón le recordaba algo meridional, salido desde el fondo de su infancia: ¿balnearios, quizás?

A continuación, observó Oleg que había una oficina de correos que daba al andén y hasta una mesa con cuatro recados de escribir.

Sintió un cominillo. Sí, por supuesto, era preciso. Y mejor de inmediato, mientras eso no se hubiera disgregado, marchitado.

Pasó al interior con su mochila, compró un sobre ... , no, dos sobres, con hojas de papel. .. , no, además una postal. .. , Y volvió a salir al andén. Se puso entre las piernas su mochila con la plancha y las migas de pan; se arrellanó

ante el pupitre y comenzó por lo más fácil, por la postal:

**¡Hola, Diomka!**

**Pues bien, fui al zoo. Es algo que no puede decirse. Nunca había visto yo nada semejante. No dejes de ir allá. Osos blancos, ¿te das cuenta? Cocodrilos, tigres, leones. Tómame un día entero para visitado. Dentro, hasta venden panecillos. No mires a la ligera al carnero salvaje, con sus cuernos en espiral; míralo sin apresurarte, reflexiona. Y si ves al antílope nilgo, también ... Hay muchos monos, vas a divertirte en grande. Pero falta uno: el Macaco rhesus; un mal hombre le tiró tabaco a los ojos, así, por nada, y lo dejó ciego.**

**La hora del tren está próxima, me doy prisa.**

**¡Sana pronto! ¡Sé hombre! Por ti no me preocupo. Transmítele a Alexis Filipovich mis mejores deseos. Espero que sane.**

**Te estrecha la mano,**

**OLEG.**

Escribía con facilidad; sólo que la lapicera estaba muy sucia: las plumas, torcidas o abiertas, rasgaban el papel, en el cual se enterraban como palas; y tan grumosa estaba la tinta que, a pesar de cuantas precauciones pudieran tomarse, daba miedo ver la carta una vez terminada.

**Zoe, mi abejiita:**

**Le estoy agradecido por haberme dejado rozar con los labios una vida real. Sin esas pocas veladas, me sentiría completa, pero completamente agraviado.**

**Usted fue más razonable que yo, gracias a lo cual puedo ahora partir sin remordimientos. Me invitó a pasar a su casa y yo no lo hice. ¡Gracias! Pero me dije: quedemos en eso, sin estropear nada. Es con gratitud como recordaré todo lo que viene de usted,**

**Sincera, lealmente, le deseo el más venturoso de los matrimonios.**

**OLEG.**

Era como en el calabozo: en el día de las declaraciones, daban la misma clase de porquería en un tintero, una pluma más o menos como ésta y, en cuanto a papel, un pedazo más chico que una postal; y la tinta se embebía, atravesando el papel. Se podía escribirle cualquier cosa a cualquiera.

Oleg releyó su carta, la dobló; quiso pegar el sobre (recordaba, desde su más temprana edad, una novela policial donde todo empezaba con una confusión de sobres), mas, figúrense .., solamente una faja algo más hundida, en los bordes diagonales del sobre, indicaba la parte prevista para la goma por la Oficina de Normas; parte que no tenía goma, se entiende.

Y habiendo enjugado la punta de la pluma menos mala de las tres. Oleg se puso a reflexionar en la tercera misiva. Poco antes, estaba firme sobre sus piernas, incluso sonriente. Ahora, todo había comenzado a moverse. Estaba seguro de que iba a escribir: "Vera Korniliev" y no obstante escribió:

**iQuerida Vega!**

**(Hace mucho tiempo que hubiera deseado llamarla así; que por lo menos sea en este instante.)**

**Puedo escribirle con esta franqueza, ausente de nuestras conversaciones en voz alta, pero no de nuestros pensamientos, ¿no es cierto? No es simplemente a un enfermo, ¿verdad?, al que su doctora le propone su vivienda y su cama.**

**Hoy me dirigí varias veces a su casa. Una vez, hasta llegué a mi destino. Fui a donde usted, emocionado como se está a los dieciséis años, como acaso ya no se presente, con lo que ya llevo vivido. Estaba emocionado, confuso, feliz, temeroso. La de años que debí atravesar para comprender que eso me cae del cielo.**

**Con todo, Vega, si la hubiera encontrado en su casa, habría podido empezar entre nosotros algo falso, algo intencional, forzado. V mientras caminaba, comprendí que era mejor no haberla hallado. Todo lo que usted ha sufrido hasta ahora, y también lo que he sufrido yo hasta ahora, todo eso, por lo menos tiene un nombre, se puede mencionarlo. Pero lo que habría comenzado entre usted y yo, eso ni siquiera habría sido posible decírselo a nadie. Usted, yo, y entre nosotros, eso, esa especie de monstruo gris, fracasado y sin embargo cada vez más importante.**

**Soy mayor que usted,. no tanto por los años como por la vida. Por eso, créame: usted tiene razón; tiene razón en todo, en todo, absolutamente en todo; en su pasado, en su presente; pero no puede adivinar lo que será usted en el futuro. Puede no estar de acuerdo, pero yo se lo predigo: mucho antes de haber llegado a una vejez indiferente, bendicirá usted el día en que no compartió mi destino. (No me refiero a mi relegación, hasta dicen que va a terminar.) Inmoló usted, como un cordero, la mitad de su vida; salve, pues, la otra mitad.**

**Y en este momento, como de todas maneras me marchó (y si termina la relegación, ya no se efectuarán donde ustedes el control médico ni los cuidados ulteriores, lo cual significa que nos decimos adiós), voy a revelarles esto: aun cuando hablábamos de lo que hay de más elevado y cuando yo mismo lo pensaba y creía lealmente, todo el tiempo, todo el**

**tiempo, tuve deseos de estrecharla en mis brazos y besarla en los labios!**

**¡Y fuera uno después a recobrar-se!**

**Y ahora, sin haber obtenido la autorización para hacerlo, los beso.**

Con el segundo sobre fue la misma historia: la faja reservada - para la goma no pegaba. En todo momento había pensado Oleg que no -era casualidad.

Y a su espalda -¡vaya, de nada habían servido su previsión ni su ardid!- llegaba el tren y la gente corría,

Empuñó su mochila, cogió los sobres y se precipitó a la oficina de correos:

-¿Dónde está la goma? Eh, señorita ¿Tiene goma? ¿Goma?

-¡Es que la gente se la lleva! -explicó la joven, con voz sonora. Lo miró; luego, vacilante, sacó el frasco-. Pegue sus cartas aquí, cerca de mí, sin alejarse.

En la goma oscura, espesa, todo el cuerpecillo en forma de huso del pincelito escolar se había cubierto de grumos de goma, reseca o fresca. Ya no se sabía de dónde tomarlo y era preciso esparcir la goma con el mango, pasándolo como un rodillo por la diagonal del sobre; luego, retirar el excedente con los dedos. Pegar. Retirar de nuevo con los dedos el sobrante desbordado.

Y entretanto la gente corría por el andén.

Ahora: la goma a la joven, la mochila en la mano (la había tenido todo el tiempo entre las piernas, por temor a que se la robaran), las cartas al buzón y ... ¡al galope!

Hubiérasele tomado por un moribundo; se habría jurado que ya no le quedaban fuerzas; y sin embargo, cuando había que ir a paso de carrera, ¡vaya por el paso de carrera! Tras lo cual, arrastrando su humanidad hacia la segunda vía, emergió de la puerta principal y llegó frente a su carro, donde se halló como en el vigésimo puesto. Con las personas que llegarían a juntarse con los que les reservaban lugar, pongamos que era el- trigésimo. No con, seguiría la segunda tabla; mas no le importaba, por sus largas piernas. Y tablas portaequipajes debían de quedar aún. Si habían instalado ahí canastos, pues bien, él empujaría esos canastos.

Todos tenían el mismo tipo de canasto y hasta baldes ... , ¿llenos de primicias, quizás? ¿No serían precisamente esos los que, según contaba Chaly, se trasladaban a Karaganda para reparar los errores de aprovisionamiento?

El inspector, un viejito de cabello cano, gritó que se situaran a lo largo del vagón, que no se estrellaran y que habría sitio para todos. Acerca de esto último, se pronunció con menos certeza; y detrás de Oleg, la cola iba alargándose. Y Oleg notó de inmediato ese acto que temía, consistente en meterse adelante sin respetar la cola. El primero en iniciarlo fue una especie de simulador frenético y furioso, a quien alguien sin experiencia hubiese podido tomar por enfermo mental, dejarlo pasar, diciéndose: Conforme. que pase antes que todos. Mas en ese enfermo mental reconoció Oleg inmediatamente a un

proletario, con la manera que tenían ellos de intimidar a la gente. E imitando al chillón, personas sencillas y pacíficas empezaron también a empujar: Si le permiten a ése, ¿por qué no a nosotros?

Claro, Oleg pudo ponerse a empujar él también y habría tenido su tabla asegurada. Pero estaba hasta la coronilla de todo lo que había visto en estos últimos años. Deseaba que todo se hiciera honestamente, sin desorden, tal como lo deseaba el viejo inspector.

Sin embargo, el viejito no dejaba subir al insano y éste le soltaba impertinencias y espetaba las peores injurias, con tanta naturalidad como si se tratara de las palabras más comunes del idioma. Y en la cola se hizo oír un rumor compasivo:

-¡Déjelo subir! ¡Es un enfermo!

Entonces, no pudiendo más, de unas cuatro zancadas, se acercó Oleg al insano y en plena oreja, sin miramientos con su tímpano, aulló:

-¡Oiga! Yo también vengo de allá.

El insano se sobresaltó, se frotó la oreja: -¿De dónde?

Oleg se sabía demasiado débil aún para reñir; sabía que todo esto estaba consumiéndole sus últimas fuerzas; mas, por si acaso, sus dos largos brazos estaban libres, mientras que el furioso tenía un canasto en una mano. E inclinado hacia el insano, bajando ahora la voz, articuló:

-Del lugar donde noventa y nueve lloran, mientras ríe uno solo.

En la cola no entendieron qué había curado al insano; pero la gente lo vio calmarse, guiñar un ojo y decirle al alto del capote:

-Pero si yo no digo nada, no me opongo; sube, si quieres.

-Mas Oleg se quedó junto al insano y al inspector. En el peor de los casos, también él se introduciría, desde donde se hallaba. Entretanto, los oportunistas ya habían empezado a recuperar terreno-. Como gustes -dijo el insano, en tono de reproche-. ¡Esperemos!

Y la gente subió, con sus canastos y sus baldes. Bajo el saco que los cubría, se veían a veces claramente grandes rábanos rosa-lila de forma alargada; dos viajeros de cada tres presentaban boletos para Karaganda. ¡Esa era la gente para la cual Oleg había puesto orden en la cola! Subían igualmente pasajeros comunes. Una dama muy correcta, de chaqueta azul. Cuando subió Oleg, el insano lo siguió sin vacilar.

Atravesando rápidamente el vagón, Oleg divisó una repisa portaequipaje transversal casi enteramente desocupada todavía. -Bueno -declaró, vamos a correr un poco este canasto.

-¿Adónde? ¿Para qué? -se inquietó un tipo algo cojo, sano, no obstante.

-Porque sí -hizo oír Kostoglotov, quien ya se había encaramado-. La gente no tiene dónde meterse.

La tabla la acomodó sin demorar nada: la mochila se la puso mientras tanto debajo de la cabeza, después de haber sacado la plancha; se quitó el capote, lo extendió; se desembarazó también de su blusa marinera ... ; aquí arriba podía uno permitírsele todo. Y se estiró para tomar aliento. Sus botas puestas -calzaba cuarenta y cuatro- sobresalían hacia el pasillo hasta media



pierna, mas a esa altura no molestaban a nadie.

Abajo también se instalaban, resoplaban, trababan amistad. El cojo, sociable, contó que había sido veterinario.

-¿Y por qué te dejaste estar? ..,-se asombró alguien.

-¡Oué crees tú! Antes que pasar en el banquillo de los acusados por la más insignificante oveja que revienta, prefiero ser un inválido y dedicarme a transportar verdura -explicó el cojo, confidencialmente.

-¡Y por qué no! -dijo la dama de chaqueta azul-. En tiempos de Beria, arrestaban a la gente por la verdura, por la fruta; mientras que ahora no detienen sino por los productos manufacturados.

El sol ya estaba con toda seguridad en sus últimos rayos y, por lo demás, la estación lo ocultaba .. Abajo, en el compartimiento, aún estaba un poco claro; pero arriba era el crepúsculo. Los pasajeros de primera y de los carros numerados seguían paseándose por el andén, mientras que aquí nadie se movía del puesto ocupado, instalaban su bagaje. Oleg se tendió cuan largo era. ¡Oué agradable! En los vagones Stolypin era muy incómodo viajar dos días y dos noches con las piernas encogidas. De a diecinueve personas, en este tipo de compartimiento, resultaba muy molesto viajar. De a veintitrés, peor aún.

Algunos no habían sobrevivido. El sí. Y he aquí que tampoco había muerto de cáncer; y también, que la relegación estaba resquebrajándose cual una cáscara de huevo.

Se acordó del comandante que le aconsejara casarse. Pronto le darían todos, el mismo consejo.

Era agradable estar acostado. ¡Qué agradable!

Fue solamente cuando el tren se puso en movimiento, tras una sacudida, que algo se le oprimió, allí donde se encuentra el corazón, o bien el alma, en alguna parte esencial del pecho. Y se dio vuelta, se tendió de boca sobre el capote, hundiendo su cara, con los ojos entornados, en su mochila acolchada de mendrugos.

Rodaba el tren, y las botas de Kostoglotov, como privadas de vida, se mecían por sobre el pasillo, con las puntas vueltas hacia abajo.

Un mal hombre le había tirado tabaco en los ojos al Macaco rhesus. Por nada ... Simplemente porque sí.

FIN

